



Frans G. Bengtsson

Orm el Rojo

La gran novela histórica
escandinava

Lectulandia

Bengtsson se convirtió en un clásico de la literatura escandinava, y al tiempo de la narrativa de tema naval, con esta poderosa saga épica en la que pone de manifiesto un extraordinario conocimiento de la vida, las costumbres, las creencias y los códigos de los vikingos.

Capturado de niño en su aldea, Orm no tarda en convertirse en un vikingo respetado por sus camaradas por su audacia y valor en los saqueos en que participa, pero cuando desembarca en Al-Andalus, donde es hecho prisionero y se pone al servicio de Almanzor, descubre un mundo nuevo por completo. Y nuevas experiencias le esperan en Irlanda, donde conoce una religión con la que no puede sino chocar, antes de regresar a su patria.

Una emocionante novela histórica, una saga apasionante, un fabuloso clásico de la literatura sueca del siglo XX, que, sorprendentemente, hasta ahora no había sido traducida al español.

Lectulandia

Frans Gunnar Bengtsson

Orm el Rojo

ePub r1.0

Titivillus 23-02-2018

Título original: *Röde Orm - Sjöfarere i Västerled (I); Röde Orm, hemma och i Österled (II)*

Frans Gunnar Bengtsson, 1945

Traducción: Ivette Miravittas

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO I

Navegante en la ruta del oeste

PRÓLOGO

De cómo vivían los hombres tonsurados en Skåne en los tiempos de Harald *Diente Azul*^[1]

Muchos fueron los hombres de espíritu inquieto que siguieron a Bue y Vagn a Skåne y carecieron de fortuna en la batalla de Hjörungavåg, y tantos otros siguieron a Styrbjörn hasta Uppsala y cayeron con él. Al conocer las noticias de que tan sólo unos pocos regresarían de aquellas empresas, los aldeanos erigieron lápidas funerarias y pronunciaron elegías. Sin embargo, a pesar de aquellos acontecimientos cualquier persona en su sano juicio era de la opinión que era mejor que las cosas hubieran seguido ese curso, ya que así podrían esperar tiempos de paz, y que sus bienes no siguieran viéndose cercenados a golpe de hierro. A estos hechos les siguieron años de abundancia, con centeno y arenque, en los que la mayoría vivieron satisfechos. Otros, en cambio, hastiados de la lentitud de las cosechas, se embarcaron hacia Inglaterra e Irlanda, donde, tras imponerse por las armas, decidieron instalarse.

En esos días, los hombres tonsurados habían empezado a llegar a Skåne desde la tierra de los sajones y desde Inglaterra para predicar la doctrina cristiana. Tenían mucho que contar, al principio despertaban cierta curiosidad entre la gente, que los escuchaba deleitada, y a las mujeres les complacía que aquellos forasteros las bautizaran y las obsequiaran con túnicas blancas. Sin embargo, a aquellos extranjeros pronto se les terminaron los presentes, y la gente dejó de prestar atención a sus prédicas, que resultaban pesadas y poco convincentes. Además, se expresaban en una lengua ruda y entrecortada que habían aprendido en Hedeby o en las islas occidentales, y parecían niños que aún no habían aprendido a hablar.

Tal vez fue ése el motivo por el que el cristianismo no acabó de cuajar, y aquellos hombres tonsurados, que predicaban la paz sin descanso y clamaban contra los dioses, a veces eran capturados por sacerdotes que los colgaban de fresnos sagrados y los acribillaban a flechazos para que acabaran siendo pasto de los pájaros del dios de la muerte. En cambio, otros que habían elegido dirigirse al norte, a los bosques de Göinge, donde la piedad brillaba por su ausencia, eran recibidos con júbilo por comerciantes que los llevaban presos a los mercados de Småland para canjearlos por bueyes y pieles de castor. Como esclavos de los habitantes de Småland algunos se dejaron crecer el cabello y, a pesar de sentirse descontentos con su dios cristiano, trabajaron duro para ganarse el pan, aunque la gran mayoría siguió prefiriendo las tareas de destronar dioses y bautizar a mujeres y niños a las de picar piedra o moler grano. Este hecho enojó a los señores de la tierra hasta tal punto que pronto los

habitantes de Göinge no pudieron canjear un par de bueyes de tres años de Småland por un clérigo en buen estado sin una cuota adicional de sal o de sayal, y eso, como era de prever, provocó en aquellas tierras fronterizas una cierta animosidad hacia los hombres tonsurados.

Un verano se supo en todo el reino de los daneses, el *Danavälde*, que el rey Harald *Diente Azul* había abrazado la nueva doctrina. Lo había intentado una vez de joven y, al poco, se había arrepentido, pero esta vez la situación era distinta puesto que el rey Harald era ya viejo y, durante mucho tiempo, había sufrido fuertes dolores de espalda que le privaban de disfrutar de los gozos que le proporcionaban la cerveza y las mujeres. Los sabios obispos enviados por el emperador le aplicaron friegas de lardo de oso ensalzado con los nombres de los apóstoles, lo enfajaron con piel de borrego y le dieron agua bendita en lugar de cerveza. Además, después de hacerle la señal de la cruz, exorcizaron los malos espíritus con lecturas sagradas hasta que el dolor pasó y el rey se convirtió sin dudar al cristianismo.

Fue entonces cuando los hombres de Dios le advirtieron que caerían sobre él males aún peores si caía de nuevo en la tentación del sacrificio a las deidades o si su fe se tambaleaba. Por todo ello el rey Harald, después de recuperar la movilidad y haber podido regocijarse con una esclava morisca que Olof *de las Piedras Preciosas*, rey de Cork, le había enviado como presente de amistad, dio orden al pueblo de dejarse cristianizar. A pesar de que tales mandatos sonaban extraños a los oídos de los descendientes de Odín, muchos le obedecieron, puesto que el rey Harald llevaba tiempo gobernando, y con fortuna, además, y por ello ejercía gran influencia sobre sus súbditos. Impuso los castigos más severos a aquellos que osaron poner la mano encima a los clérigos, que en Skåne se multiplicaron, y mandó construir iglesias en los llanos. Fue así como los antiguos dioses fueron cayendo en desuso, para reaparecer sólo cuando el ganado enfermaba o los barcos zozobraban.

Pero a las gentes de Göinge estas historias les resultaban hilarantes. Y es que los habitantes de los bosques fronterizos tenían la risa más fácil que la gente juiciosa de las tierras pantanosas, y por ello se mofaban como los que más de las órdenes del rey. En aquellos parajes, el poder de algunos llegaba poco más lejos que su mano derecha, y el trecho entre Jellinge y Göinge era demasiado largo incluso para los grandes reyes. En tiempos de Harald *Diente de Guerra* e Ivar Vidfamne^[2], e incluso antes de sus reinados, los regentes se acercaban a Göinge para cazar uros en los vastos bosques de la región, pero en raras ocasiones lo hacían por otros motivos. Así, con el tiempo, los uros se esfumaron y con ellos las visitas reales. Ahora, si a algún rey le molestaba la desobediencia o la escasez de impuestos recaudados y amenazaba con una visita, recibía siempre la misma respuesta: los uros ya no frecuentaban aquellos parajes, pero si reaparecían se lo harían saber y entonces le acogerían con mucho gusto. Por esta razón, y desde hacía tiempo, en las tierras fronterizas se decía que ningún rey se acercaría allí hasta que los uros regresaran.

Y así fue como en Göinge las cosas continuaron como siempre, sin cristianización

alguna. Los clérigos que se aventuraban por aquellas tierras eran vendidos en la frontera en contra de la opinión de algunas personas de Göinge, que hubieran preferido quitarles la vida allí mismo y declarar la guerra a los avariciosos habitantes de Sunnerbo y Allbo, ya que el precio de los mercados de Småland no les aportaba beneficios razonables.

PRIMERA PARTE

El largo viaje

CAPÍTULO I

Del campesino Toste y de su hogar

En la costa, la gente vivía en aldeas porque las posibilidades de manutención eran mayores, pero también porque era más seguro. A menudo los navíos que seguían la costa hasta Skåne intentaban varar en sus playas en primavera, cargados de hombres que se aventuraban a descender a tierra para abastecerse de alimentos frescos: en otoño, aquellos que habían sido derrotados en el campo de batalla regresaban a casa con las manos vacías. En las noches en las que se producía el desembarco de tales hordas podía oírse el bramar de los cuernos pidiendo ayuda. En ocasiones, aquellos habitantes de estas prósperas aldeas que no se habían embarcado conseguían hacerse con uno o dos navíos de algún que otro extranjero incauto y con el botín correspondiente, que mostrarían ufanos a los viajeros que regresaran a casa en barcos largos^[3] en busca del reposo hibernal. En cambio, a los ricos y presuntuosos que gozaban de navío propio les molestaban los vecinos y preferían vivir en sus apartadas granjas, puesto que incluso cuando se embarcaban podían dejar sus tierras bajo la protección de hombres diestros. En Rullabygden había muchos de estos *storman*^[4]; allí los campesinos adinerados tenían fama de ser más vanidosos que en otros lugares y, a pesar de que las granjas estaban separadas por grandes extensiones de tierra, a menudo se enzarzaban en disputas durante los períodos que pasaban en casa. Eso no sucedía a menudo, ya que viajaban la mayor parte del tiempo, pues habían contemplado el mar desde la infancia y lo tenían por los confines de sus tierras; en aquellas aguas, todos los que con ellos toparan debían atenerse a las consecuencias.

En aquel lugar, Rullabygden, vivía un campesino llamado Toste, hombre respetado y gran navegante que, a pesar de su edad, todos los veranos surcaba aguas lejanas, entre ellas las de Limerick, en Irlanda. Toste tenía familiares entre los vikingos asentados allí, y solía ir a comerciar y a ayudar al *hövding*^[5] de sangre Lodbrok, a recaudar impuestos de los irlandeses y de sus monasterios e iglesias. Los buenos tiempos para los vikingos en Irlanda empezaron a acercarse a su fin cuando Muirkjartach *de los Abrigos de Piel*, rey de Connacht, dio la vuelta a la isla con el escudo mirando al mar; los autóctonos se defendían ahora mejor que antes y obedecían a sus reyes, así que la recaudación de impuestos se había convertido en una ardua tarea. Incluso en los monasterios y las iglesias, antes fáciles de saquear, se habían construido altas torres de piedra donde los clérigos se agazapaban con sus bienes protegidos del fuego y las armas. Por esta razón, muchos entre los hombres de Toste opinaban que hubiera sido mejor poner rumbo a Inglaterra o a Francia, donde los tiempos eran prósperos y podía conseguirse mayor botín con menos esfuerzo; sin

embargo, Toste ya estaba bien como estaba y se sentía demasiado viejo para aventurarse a países en los que no se sintiera como en casa.

La mujer de Toste se llamaba Åsa y era natural de una región boscosa. Su lengua era afilada y mostraba siempre un humor algo guerrero. Toste comentaba a veces que no apreciaba ningún indicio de que estos rasgos se suavizaran con los años, como solía suceder con los hombres, pero que ella era una buena esposa y cuidaba bien de la granja cuando él se embarcaba. Le había dado ocho hijos, cinco varones y tres hembras, aunque con los primeros no habían tenido la mejor de las suertes: el mayor había fallecido de joven en una boda, cuando animado por la cerveza había querido demostrar que podía cabalgar sobre un toro; el siguiente se había precipitado por la borda del barco durante una tormenta en su primer viaje, pero la peor suerte había sido para el cuarto, Are, porque el verano de sus diecinueve años dejó embarazadas a las esposas de dos vecinos mientras sus maridos estaban en el extranjero, provocando con ello gran revuelo y mucho escarnio, además de grandes desembolsos cuando los hombres regresaron a casa. Escarmentado, Are se volvió huraño y dio muerte a un hombre que bromeaba demasiado sobre su eficacia con las mujeres. Acto seguido, huyó del país. Se rumoreaba que se había unido a comerciantes suecos, y que con ellos había viajado al este para evitar encontrarse con gente que conociera sus penurias, pero nadie había vuelto a oír hablar de su paradero. Un día Åsa soñó con un caballo negro con el lomo cubierto en sangre, y desde ese momento supo que su hijo había muerto.

Y así, a Åsa y Toste sólo les quedaron dos hijos. Odd, ahora el mayor, un hombre menudo aunque robusto y con las piernas arqueadas, fuerte, algo tosco pero prudente a la hora de medir sus palabras. Pronto acompañó a Toste en sus viajes y mostró buena mano para la navegación y las armas, pero cuando estaba en casa solía estar de mal humor: los inviernos se le hacían cuesta arriba y a menudo Åsa y él reñían. Había llegado a contar que, en una ocasión, la rancia y salada comida de a bordo le había parecido más sabrosa que el asado de Navidad que habían paladeado en tierra firme. Eso sí, Åsa nunca pudo constatar que comiera menos que los demás de aquello que ella servía en la mesa. Dormía tanto durante el día que a menudo se quejaba de haber pasado mala noche, y decía incluso que la cosa ni siquiera mejoraba cuando se llevaba una criada al lecho. No era del gusto de Åsa que se acostara con sus sirvientas, ya que aquello las volvía pretenciosas y a menudo se mostraban rebeldes con la señora de la casa. Además, era más conveniente que Odd se casara, pero él insistía en que no había motivos para apresurarse: las mejores mujeres que había encontrado estaban en Irlanda y de éstas no se podía llevar ninguna, ya que si así lo hiciera podía suponer que Åsa y ella no tardarían en enzarzarse en continuas peleas. Fastidiada por ese comentario, Åsa preguntaba a Odd si acaso deseaba su muerte, a lo que él respondía a su vez que ella podía hacer lo que estimara mejor, que no quería darle consejos sobre el asunto y que asumiría lo que sucediera de la mejor manera posible.

A pesar de que él no se expresaba con demasiada agilidad, Åsa no siempre conseguía tener la última palabra, y solía decir que le resultaba muy duro haber perdido tres buenos hijos y haberse quedado con aquel del que habría podido prescindir. Odd se llevaba mejor con Toste, y su humor cambiaba en cuanto llegaba la primavera y se empezaba a percibir el olor a brea en los embarcaderos y en los alrededores de los cobertizos para los barcos. A veces intentaba incluso componer canciones, sin demasiada fortuna, por cierto, sobre cómo los campos de alcas estaban listos para ser arados, o cómo los caballos del mar pronto le conducirían a la tierra del estío; pero nunca llegó a hacerse un lugar entre los grandes escaldos, y menos aún entre las hijas casaderas de los campesinos, y cuando partía de viaje rara vez le veían volver la mirada atrás.

El hermano de Odd era el menor de los hijos de Toste y el preferido de su madre: se llamaba Orm^[6]. Creció rápido y pronto se convirtió en un joven alto y flaco. Åsa se lamentaba a menudo de su delgadez. Siempre andaba escudriñando su plato, y cuando no le veía ingerir mayor cantidad de viandas que los adultos, se apoderaba de ella el temor de perderle y le repetía una y otra vez que aquel escaso apetito sería su ruina. A Orm le gustaba la comida, y en raras ocasiones se quejaba de las preocupaciones de su madre sobre su alimentación, pero Toste y Odd sí lanzaban algún que otro gruñido cuando veían los manjares que le servían. De niño enfermó en dos ocasiones, lo que hizo que Åsa nunca más volviera a creer que podía gozar de buena salud, y por ello le rondaba todo el tiempo llena de temor y advertencias. Le imaginaba a veces plagado de dolencias graves, de las que requerían tratamiento con cebolla sagrada, conjuros curativos y fuentes de barro, cuando en realidad su mala salud no iba más allá de un empacho de gachas de cebada y carne de cerdo.

Las preocupaciones de Åsa crecieron con él, pues tenía puestas sus esperanzas en que se convirtiera en un hombre singular y llegara a ser *hövding* de su comunidad. Orgullosa, solía acosar a su marido señalándole que su hijo iba camino de convertirse en un hombre fuerte, robusto y tan hábil con la palabra que no parecía haber salido a la familia de su padre. A pesar de ello, temía por los peligros que la vida le fuera a deparar, y con frecuencia le hablaba de los accidentes que habían sufrido sus hermanos y le había hecho prometer que se guardaría de toros, que se andaría con cautela a bordo de navíos y que nunca se acostaría con las mujeres de otros hombres, aunque había tantas cosas que le podían suceder que en realidad no sabía cómo aconsejarle. A los dieciséis años, cuando llegó el momento de partir con los demás, Åsa se lo prohibió porque aún era demasiado joven y su salud aún delicada, y cuando Toste le preguntó entonces si pensaba educarlo como *hövding* de cocina o como héroe femenino, estalló en un ataque de cólera tal que Toste sintió miedo, la dejó hacer y estuvo contento de poder poner tierra de por medio lo más pronto posible.

Aquel otoño, Toste y Odd tardaron en regresar y habían perdido tantos hombres que apenas les quedaba tripulación a los remos, pero a pesar de la desdicha se sentían satisfechos y tenían muchas peripecias que contar. El botín conseguido en las costas

de Limerick había sido más bien escaso, pues los reyes irlandeses de Munster eran ahora tan poderosos que los vikingos se habían visto principalmente ocupados en defenderse. Sin embargo, algunos amigos de Toste allí amarrados con sus barcos le invitaron a participar en un asalto a un gran mercado que tenía lugar con ocasión del solsticio de verano en Merioneth, en Gales, en un territorio que los vikingos no habían visitado antes, pero al que ahora podían llegar gracias a la ayuda de dos guías de confianza que los amigos de Toste tenían a su disposición. Odd convenció a Toste de que debían unirse a ellos y sus hombres también se mostraron dispuestos, así que desembarcaron en Merioneth con siete navíos y marcharon por un largo y pesado camino hacia el interior y, sin que nadie se percatara de su presencia, asaltaron el mercado. El enfrentamiento fue duro y con algunas bajas, los vikingos salieron victoriosos de la batalla y consiguieron un buen botín, tanto en bienes como en número de prisioneros, y acto seguido pusieron rumbo a Cork para vender a los esclavos, dado que allí se reunían, desde tiempos remotos, comerciantes de todos los rincones del mundo para escoger entre las capturas que los vikingos llevaban hasta aquel lugar. Una vez allí, el rey, *Olof de las Piedras Preciosas*, que era cristiano, anciano y sabio, adquiría los que le parecían adecuados, para después vendérselos a sus familiares, cosa que conllevaba grandes ganancias para él. Desde Cork navegaron a vela hasta casa bien acompañados para evitar ataques piratas, pues pocas ganas les quedaban de entrar en batalla, con una tripulación debilitada y considerables riquezas a bordo. Llegaron sanos y salvos a Skagen, donde consiguieron eludir a los habitantes de la bahía oriundos de Vestfold, que solían estar al acecho esperando a navíos que, de vuelta a casa, fueran presas fáciles.

Después de que toda la tripulación recibiera la parte que le correspondía del botín, aún quedó una buena parte para Toste y, cuando pesó la plata en su cámara, dijo que un viaje así podía convertirse en un punto y final perfecto a sus idas y venidas. Dijo también que desde aquel mismo momento pensaba quedarse en casa, sobre todo porque a él se le empezaba a agarrotar el cuerpo y Odd ya podía ocuparse de todo tan bien como él, además de contar con la ayuda de Orm. A Odd le parecieron razonables aquellas palabras, pero Åsa no tardó en expresar su desacuerdo. Por un lado, era cierto que la plata del botín era abundante, pero no les iba a durar mucho si tenían en cuenta los comensales que acogían en invierno, y por el otro se preguntaba cómo podrían confiar en que Odd no iba a dilapidar en mujeres todas sus ganancias en Irlanda, y que quizá ni siquiera se molestaría en volver. Además, Toste debía entender que el agarrotamiento que sufría en la espalda le venía de estar sentado sin hacer nada a la luz de la hoguera durante el invierno, y no de viajar. Para ella, tropezarse con sus piernas durante una de las dos mitades del año era más que suficiente. Decía que no podía comprender qué pasaba con los hombres de aquellos tiempos, porque su tío abuelo materno, Sven Råttnos, un gran héroe entre los habitantes de Göinge, había caído como un hombre en contienda con los de Småland tres años después de haber emborrachado a la mayoría en la boda de su nieto mayor. Y añadió que, a pesar de

que tenía que escuchar a aquellos hombres quejarse de sus achaques, hombres en la flor de la vida que no se avergonzaban de querer morir sobre la paja como reses, pensaba dar la bienvenida con una buena cerveza que fuera de su gusto a Toste, a Odd y a todos los que con ellos habían vuelto a casa. Así Toste se quitaría esas manías de la cabeza y alzaría el vaso para brindar por que el viaje del año próximo fuera tan próspero como el de este año. Después pasarían un buen invierno juntos, siempre que nadie la enfadara con ese tipo de monsergas.

Cuando Åsa fue a preparar la cerveza, Odd dijo que Sven Råttnos quizás había elegido a los de Småland como mejor partido ante el temor de que todas las mujeres de esa familia berrearan como hacía ella. Toste le respondió que no le llevaría la contraria en lo que acababa de decir, pero añadió que su esposa era una mujer muy capaz en muchos sentidos, y que por eso no quería fastidiarla más de lo que fuera necesario; además, consideraba que Odd debería hacer lo mismo.

Aquel invierno todos notaron que Åsa se mostraba a menudo afligida y pálida; tenía la lengua menos expedita que de costumbre y se preocupaba por Orm más que nunca, incluso a veces llegaba a quedarse en pie observándolo como si de una aparición se tratara. Orm había crecido y podía ya medir sus fuerzas con todos los muchachos de su misma edad y con algunos mayores que él. Era pelirrojo y de tez suave, tenía los ojos separados, la nariz no demasiado grande y una gran boca; de brazos largos y ligeramente encorvado, era ágil y rápido y, con el arco y la lanza, más certero que la mayoría. Sufría arrebatos de ira con facilidad, lo que podía hacer que se abalanzara ciegamente sobre aquel que lo provocara, e incluso Odd, que antes se divertía haciéndolo enrojecer de ira y enfadándole, era más prudente con él desde que su fuerza había comenzado a convertirle en peligroso. Cuando nada de eso ocurría, era una persona tranquila y complaciente, todavía acostumbrado a hacer todo lo que Åsa le decía, a pesar de que, de vez en cuando, discutía con ella cuando sus desvelos por él se le hacían demasiado molestos.

Toste le facilitó armas de hombre: una espada, un hacha de hoja ancha y un buen yelmo, y Orm se talló un escudo. Eso sí, no fue tan fácil conseguir la cota de malla, ya que ninguna de las que había en la casa le quedaba bien y, en aquellos tiempos, escaseaban en la región los herreros que las confeccionaban porque la mayoría se había marchado al extranjero, a Inglaterra o con los *jarl*^[7] de Ruán, donde las pagas eran más sustanciosas. A Toste le pareció que Orm podía conformarse de momento con una coraza de cuero hasta que pudiera conseguir una buena cota en Irlanda, puesto que allí en todos los puertos podían comprarse a buen precio las vestiduras de guerra de los caídos en batalla.

Un día, cuando conversaban de estos temas a la hora de comer, Åsa se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Todos los presentes callaron y la observaron, ya que ella no tenía por costumbre reaccionar de aquel modo. Odd le preguntó si tenía dolor de muelas y ella, volviéndose hacia Toste, respondió que hablar de la indumentaria de los muertos le parecía un mal presagio, y estaba segura ya de que

Orm moriría nada más embarcarse con ellos. Había soñado tres veces que le veía sangrando sobre el banco de un barco, y todos sabían que sus visiones no debían tomarse a la ligera. Por ello quería rogar a Toste que fuera bondadoso con ella y no arrojara por la borda la vida de Orm de aquella manera, y que le permitiera quedarse en casa aquel verano, puesto que creía que su vida no tardaría en correr peligro, añadiendo que tal vez si sobrevivía a esta primera amenaza quizás en adelante estaría más protegido.

Orm le preguntó si había podido discernir si en el sueño caía herido, y Åsa le respondió que cada vez se despertaba horrorizada por las imágenes, pero que había alcanzado a ver su pelo empapado de sangre y la tez muy pálida. Aquello la había apesadumbrado mucho, cuanto más se repetía el sueño peor se sentía, pero no había querido mencionarlo hasta ese momento.

Sentado a la mesa, Toste reflexionó y concluyó que no sabía demasiado de sueños y que nunca se había angustiado demasiado por ellos.

—Como se solía decir, lo que hilen las Hiladoras^[8], hilado estará. Eso sí, cuando tú, Åsa, tienes el mismo sueño tres veces, puede considerarse una advertencia, y ya hemos perdido suficientes hijos. Por todo ello, no voy a llevarte la contraria en esta cuestión, y Orm podrá quedarse en casa este verano si a él le parece bien. Por lo que a mí respecta, creo que he decidido embarcarme una vez más y quizás esto sea lo mejor para todos.

Odd no pudo más que estar de acuerdo con Toste, porque, en repetidas ocasiones, habían podido constatar que los vaticinios de Åsa se acababan cumpliendo. Orm no se sintió satisfecho con la decisión tomada, pero estaba acostumbrado a obedecer a Åsa en las cuestiones importantes, por eso a partir de ese momento nadie volvió a mencionar el tema.

Cuando llegó la primavera y los hombres de los pueblos del interior que cerraron un trato con Toste para ocupar un lugar entre su tripulación fueron suficientes, él y Odd zarparon a vela, como era costumbre. Orm se quedó en casa, disgustado con Åsa. Algunos días fingía estar enfermo para asustarla, pero cuando ella se apresuraba a proporcionarle cuidados y medicinas, él mismo empezaba a creer su propio engaño y la propia invención acababa por no divertirse ni a él. Åsa no podía olvidar aquellos horribles sueños y, a pesar de todos los desvelos que le causaba, estaba contenta de tenerlo en casa.

A pesar de todo, aquel verano Orm se embarcaría en su primer viaje sin que nadie pidiera permiso a Åsa para ello.

CAPÍTULO II

De la travesía de Krok y de cómo Orm llegó a embarcarse por primera vez

En el cuadragésimo año del reinado del rey Harald *Diente Azul*, seis veranos antes de la incursión de los Vikingos de Jom^[9] en Noruega, tres naves con nuevo velamen y numerosa tripulación zarparon desde la península de Listerlandet, rumbo al sur, para llevar a cabo saqueos entre los vendos. A la cabeza iba un *hövding* de nombre Krok, un hombre de piel oscura, alto y desgarrado y muy fuerte, de gran reputación en la región, ya que tenía facilidad para diseñar planes audaces y se mofaba de sus iguales dándoles lecciones sobre cómo él hubiera resuelto las situaciones si se hubiera encontrado en su lugar. No había alcanzado grandes hitos en su vida, pero lo que más le gustaba era departir sobre sus próximos planes. Tanto había arengado a los jóvenes de la aldea hablándoles de las posibilidades que tenían los más audaces de hacerse con un buen botín en una breve incursión a las tierras de los vendos, que había conseguido reunir la tripulación suficiente. Juntos habían preparado el barco y le habían elegido a él como *hövding* del viaje. Entre los vendos, obtendrían grandes ganancias, dijo, y sobre todo podían estar seguros de que el botín de plata, ámbar y esclavos sería fructífero.

Krok y sus hombres llegaron a la costa de los vendos, alcanzaron la desembocadura de un río y bogaron a contra corriente hasta que llegaron a un fuerte de madera sobre pilotes situado en la orilla opuesta, donde desembarcaron al despuntar la aurora y se acercaron a los vendos bordeando su construcción de madera. La batalla fue dura, las huestes enemigas eran numerosas y muy hábiles con el arco; los hombres de Krok, en cambio, estaban exhaustos de tanto bogar, pero a pesar de todo los vendos acabaron batiéndose en retirada. Krok perdió a algunos de sus mejores hombres y, cuando contabilizaron el botín, resultó que de aquella incursión tan sólo habían obtenido un par de ollas de hierro y algunas zamarras. Así descendieron de nuevo por el río y lo volvieron a intentar en otro emplazamiento un poco más al oeste, pero se encontraron con que dicha aldea también disponía de buenas defensas y después de una ardua escaramuza, que también causó algunas bajas, los hombres de Krok sólo habían conseguido un par de trozos de panceta ahumada, una cota de malla rota y oxidada, y un collar de delgadas monedas de plata.

Dieron sepultura en la orilla a los que habían caído en la contienda y, acto seguido, se reunieron en consejo. A Krok le costó explicar por qué el viaje no había sido tan fructífero como había prometido, pero consiguió tranquilizar a sus hombres con palabras inteligentes. Las circunstancias y la mala suerte, dijo, eran cosas ante las

que uno debía estar siempre preparado, los vikingos de verdad no se dejaban abatir por pequeñeces, los vendos eran más duros de pelar que antes y, vista la situación, quería presentar una nueva alternativa que los favorecería a todos. Su propuesta consistía en intentar asaltar Bornholm, puesto que sus riquezas eran conocidas por todos y en la isla escasearían hombres que combatieran porque muchos de ellos habían zarpado hacia Inglaterra para la campaña de Primavera. Un desembarco sorpresa allí depararía unas ganancias abundantes, tanto en oro como en tapices o bellas armas, y todo ello con nimios esfuerzos.

A todos les parecieron sabias aquellas palabras y recuperaron su confianza, de modo que izaron velas y pusieron rumbo a Bornholm, donde llegaron al día siguiente al amanecer. Con la mar en calma chicha y aprovechando la niebla, que poco a poco se dispersaba, bordearon a remo la costa oriental, buscando el lugar óptimo para llevar a cabo el desembarco. Remaban muy juntos y se sentían con buen ánimo, pero se mantenían en silencio para intentar llegar a tierra sin que nadie los descubriera. Fue entonces cuando oyeron ante ellos el ruido de los escálamos, de las palas de los remos que se hundían en el agua a ritmo constante, y atisbaron a través de la niebla un *drakkar* que se acercaba tras haber doblado un cabo y ponía rumbo directo a ellos sin aminorar el ritmo de remada. Todos clavaron la vista en aquella embarcación, que era grande y bella, con una cabeza de dragón roja y veinte pares de remos, y se alegraron de que no fuera acompañada de ninguna otra. Krok ordenó a todos los hombres que no remaban que cogieran sus armas y se prepararan, ya que aquel encuentro podía suponerles grandes ganancias. No obstante, el solitario barco se acercaba como si no se hubiera percatado de nada. Un hombre corpulento en la proa con una gran barba bajo un yelmo abollado hizo bocina con la mano cuando se hallaban a poca distancia y exclamó con voz ronca:

—¡A un lado o a las armas!

Krok rió, y con él sus hombres, y respondió gritando:

—¿Cuándo has visto tú tres barcos virar por uno?

—¡He visto eso y mucho más! —gritó el orondo *stambo*^[10] con impaciencia desde la proa—, ¡pues la mayoría vira ante Styrbjörn! ¡Pero toma tu decisión, y hazlo rápido!

Krok no tuvo más que añadir ante aquellas palabras; se hizo a un lado y mantuvo los remos inmóviles mientras el barco extranjero pasó por su lado; no hubo espada alguna que se blandiera a bordo de sus barcos. Pudieron ver a un hombre joven de gran estatura vestido con un abrigo azul y con vello claro en la barbilla, que se había levantado de su lugar de descanso al lado de los esclavos remeros del barco forastero y que, empuñando una lanza, los miraba con los ojos entornados. Acto seguido, regaló un largo bostezo, dejó la lanza a un lado y se echó de nuevo a descansar. Los hombres de Krok comprendieron que se trataba de Björn Olofsson, también llamado Styrbjörn, el sobrino proscrito del rey de Uppsala, que casi nunca se doblegaba ante la tormenta y jamás ante la batalla, y cuyo encuentro en el mar en ningún caso era

voluntario. La embarcación prosiguió su viaje y desapareció rumbo al sur en la neblina, pero a Krok y a sus hombres les costó recuperar el buen humor perdido.

Bogaron hasta los islotes orientales, desiertos, y desembarcaron para cocinar algo y celebrar un largo consejo. Muchos expresaron la opinión de que era mejor regresar a casa, puesto que la adversidad les había seguido hasta Bornholm. Con Styrbjörn en aquellas aguas, bien seguro que la isla estaría llena de vikingos de Jom, y ya no quedaría nada para los que ahora llegarán. Algunos dijeron que quizá no tenían muchas posibilidades en el mar sin tener un *hövding* a la altura de Styrbjörn, que no viraba nunca si no era necesario.

En un principio, Krok fue menos pródigo en palabras que de costumbre, pero esperó a que desembarcaran cerveza para todos y, después de que hubieran tomado algunas jarras, se dispuso a animarles. Por un lado, en cierto modo el encuentro con Styrbjörn había sido producto de la fatalidad, pero por otro había sido una suerte que hubiera tenido el final que había tenido, ya que si hubieran desembarcado antes se hubieran encontrado con sus hombres o con otros vikingos de Jom, y hubieran sufrido grandes daños. Todos los vikingos de Jom, y sobre todo los hombres de Styrbjörn, eran medio *berserker*^[11], a veces soportaban los golpes de hierro, y atacaban con ambas manos y con todas sus fuerzas como los mejores guerreros de Lister. El hecho de que él no hubiera querido abordar el barco de Styrbjörn podía parecer extraño a ojos de un insensato, pero él creía que su cautela estaba bien fundada, y había sido una suerte poder tomar aquella decisión antes de que fuera demasiado tarde, puesto que un pirata sin tierras no podía haber juntado demasiadas posesiones que merecieran una dura batalla, y ellos no se habían embarcado para obtener una gloria vacía, sino para hacerse con un botín. Por este motivo, había considerado mejor pensar en el bien de todos que en su propia reputación; el tiempo y la reflexión les diría a todos que se había comportado como debe hacerlo un *hövding*.

De este modo, Krok empezó a disipar el desaliento de sus hombres y a la vez se sintió reforzado por sus propias palabras. Continuó aconsejándoles que no regresaran a casa porque los habitantes de Lister, dijo, eran de los que tienen lengua de víbora y las mujeres se mostrarían especialmente importunadas al verles de vuelta, les acribillarían a preguntas sobre sus hazañas, sobre el botín y sobre aquel regreso adelantado. Ningún hombre de reputación quería exponerse a tales habladurías, y por este motivo la vuelta a casa debía posponerse hasta que hubieran obtenido alguna cosa por la cual mereciera la pena regresar. Ahora se trataba de ponerse de acuerdo en estar unidos y mostrar perseverancia, al mismo tiempo que intentaban encontrar un próximo objetivo que pudiera serles fructífero; antes de proseguir, quiso escuchar la opinión de sus hombres, que eran muy sensatos.

Uno propuso que viajaran a las tierras de Courland y de Livonia, donde podían encontrar succulentos botines, pero esta sugerencia no obtuvo aprobación, ya que algunos que disponían de mejores informaciones sabían que los suiones saqueaban estas tierras en grandes grupos cada verano, y no veían con buenos ojos a los

extranjeros que acudían allí con el mismo propósito que ellos. Otro había oído que la mayor parte de la plata del mundo estaba en Gotland, y le parecía que podrían intentarlo allí, aunque otros, un poco más sabios, dijeron que los habitantes de Gotland, desde que eran ricos, vivían en fuertes poblados que sólo podían atacarse con una gran hueste.

Un tercero tomó la palabra, un hombre llamado Berse que hablaba con cautela y cuya sabiduría le había hecho ganarse el afecto de todos. Dijo que el mar Báltico empezaba a quedarse pequeño porque había muchos saqueadores, y que por este motivo incluso los vendos estaban preparados para defenderse. Como no podían regresar a casa, porque en este asunto era de la misma opinión que Krok, deberían sopesar si no era mejor adentrarse en la ruta occidental. Él no había estado nunca allí, pero el verano pasado había hablado en un mercado con hombres de Skåne que habían estado en Inglaterra y Bretland con Toke Gormsson y el *jarl* Sigvalde, y que no escatimaban elogios de aquellos viajes. Habían ofrecido un maravilloso espectáculo mostrando anillos de oro y valiosas prendas y, según contaban los vikingos que se habían asentado en las desembocaduras de los ríos franceses durante más tiempo para poder saquear el interior, también se acostaban con hijas de condes para su disfrute en la cama, y tenían alcaldes y abates por sirvientes. Desconocía hasta qué punto sus informantes de Skåne se ceñían a la verdad, pero teniendo en cuenta la fiabilidad habitual de los de Skåne, quizá no estaba de más creerse la mitad. Sin embargo, era seguro que estos hombres que habían regresado a casa causaban impresión de buena salud y prosperidad, y hasta le habían invitado a abundante cerveza de la fuerte y ni siquiera le habían robado las pertenencias al quedarse dormido. Por ese motivo, tenía que ser cierta al menos una parte de todo lo que contaban; además, conocía también estas informaciones a través de otras fuentes. Allí donde los de Skåne habían tenido tanto éxito, también lo podían tener los de Blekinge y por eso, concluyó Berse, proponía aventurarse al oeste.

Dicha propuesta fue aprobada por parte de la mayoría de los presentes, y muchos expresaron su alegría con una ovación, aunque otros consideraban que los alimentos que llevaban no iban a ser suficientes para llegar a las ricas tierras del oeste. Entonces habló Krok de nuevo y dijo que Berse le había quitado las palabras de la boca, pues él había pensado hacerles la misma proposición. A lo que Berse había dicho sobre las hijas de condes y los ricos abates, por los que se solían obtener grandes rescates, quería añadir algo que todos los hombres viajados conocían: en Irlanda no había menos de ciento sesenta reyes en total, cada uno con sus riquezas y sus bellas mujeres, cuyos guerreros luchaban sólo con indumentaria de lino, cosa que no podía hacerlos muy difíciles de vencer. La única dificultad a la que se iban a enfrentar era cruzar el estrecho de Öresund, donde podían toparse con gentes que se les aproximaran demasiado, pero tres barcos con buena tripulación a bordo, que ni el mismo Styrbjörn se había atrevido a atacar, infundirían respeto allí también; a esto había que añadir que la mayoría de los vikingos de la zona en esta época del año iban

ya de camino al oeste y, además, las próximas noches iban a ser de luna nueva. Y en cuanto a los alimentos que pudieran faltarles, los conseguirían con facilidad si pasaban victoriosos el estrecho.

Así recuperaron todos el buen humor; les pareció bien aquella propuesta y estuvieron de acuerdo en que nadie superaba a Krok en inteligencia y conocimientos, muy orgullosos de reunir el suficiente arrojo para emprender un viaje a las aguas occidentales, ya que no recordaban que nadie de su región se hubiera embarcado en tal aventura.

Alzaron velas y llegaron a Möen, donde amarraron un día y una noche, atentos, a la espera de un viento que les favoreciera. Surcaron el estrecho y la tormenta que sobre él se abatía y, a última hora de la tarde, atravesaron el cuello sin haberse topado con enemigo alguno; al caer la noche se pudieron poner a sotavento en la península de Kullen^[12] y decidieron buscar alimento. Desembarcaron tres grupos, cada uno por su lado: el de Krok tuvo suerte, llegó a un redil de corderos cerca de una enorme granja, y consiguió dar muerte al pastor y a su perro antes de que pudieran dar la voz de alarma. Después, capturaron a los carneros y degollaron tantos como se veían capaces de cargar, pero como daban estridentes balidos Krok ordenó a sus hombres que se apresuraran.

Descendieron de nuevo al barco por el mismo sendero por el que habían subido, cada uno con un carnero cargado al hombro, y aligeraron el paso todo lo que les fue posible mientras oían a sus espaldas los gritos de la gente de la granja que se había despertado. No tardaron en llegar los perros que habían soltado para que les siguieran el rastro, luego se oyó a lo lejos la voz de una mujer que, cruzando toda aquella algarabía de hombres y perros, vociferaba «¡Espera! ¡Detente!». Y gritó «¡Orm!» varias veces, luego «¡Espera!», con una voz estridente llena de desesperación. A los hombres de Krok les costaba avanzar con sus cargas, ya que aquel sendero era pedregoso y muy empinado, y la noche estaba nublada y oscura. Krok iba el último de la fila cargado con su carnero al hombro y un hacha en la otra mano, prefería no tener que luchar por el botín porque no compensaba arriesgar cuerpo y miembros por tan poco, y dirigía duras palabras a sus hombres cuando tropezaban o caminaban despacio.

El barco flotaba cerca de unas rocas, y lo mantenían separado de ellas con remos. Estaba preparado para zarpar en cuanto Krok volviera, ya que los otros grupos ya lo habían hecho y con las manos vacías; algunos hombres bajaron a tierra para ayudar a Krok en caso de que fuera necesario. Estaba tan sólo a unos pasos de alcanzar el barco, cuando dos grandes perros se acercaron a toda velocidad por el sendero; uno de ellos se abalanzó sobre Krok, quien consiguió hacerse a un lado y le propinó un golpe con el hacha, el otro le pasó por el lado de un salto y atacó al hombre que caminaba delante de él; el desdichado cayó al suelo por el impulso y la fuerza del animal, que le mordió en el cuello. Dos de los hombres que les esperaban se apresuraron para ayudarlo pero, cuando junto con Krok se acercaron a comprobar el

estado del hombre herido, pudieron constatar que tenía el cuello destrozado y se desangraba muy deprisa.

En ese mismo instante, una flecha pasó muy cerca de Krok y dos hombres descendieron por la pendiente para llegar hasta las grandes rocas. Habían corrido tanto que habían dejado atrás al resto de las personas que les acompañaban. El que iba delante, que no llevaba yelmo ni escudo, pero sí empuñaba una espada corta, tropezó y cayó de bruces sobre el improvisado embarcadero; dos flechas le pasaron por encima y alcanzaron a sus compañeros, que cayeron y no pudieron volver a alzarse. Pero el que no llevaba yelmo enseguida se incorporó aullando como un lobo, se abalanzó contra un hombre que había corrido hacia delante blandiendo la espada mientras caía y lo abatió asestándole un golpe en la sien. Luego corrió hacia Krok, que era quien se encontraba más cerca, y todo sucedió muy rápido: le asestó un fuerte y duro golpe, pero Krok aún llevaba el carnero al hombro y éste amortiguó el impacto, al tiempo que levantaba el hacha del revés y alcanzaba a su oponente en la frente, que se desplomó perdiendo el conocimiento. Krok se inclinó sobre él y pudo ver que se trataba de un mozo pelirrojo de nariz chata y tez pálida, le palpó la frente con los dedos donde había impactado el reverso del hacha y constató que el cráneo estaba ileso.

—Me llevo al carnero y al ternero —dijo Krok—; bogará en el lugar de aquel al que ha dado muerte.

De modo que lo levantó, lo subió a bordo y lo colocó bajo uno de los bancos de los remeros. El barco zarpó con toda aquella carga dejando atrás a los dos hombres que habían caído en el enfrentamiento, justo en el momento en que un gran grupo de personas llegaba a las rocas. Para entonces ya había empezado a romper el día, y algunas flechas sobrevolaron el bajel sin acertar a nadie. Los hombres impulsaban sus remos con fuerza, contentos de llevarse consigo comida fresca y, cuando ya estaban lejos de la costa, atisbaron la silueta de una mujer en la orilla vestida con una túnica larga de color azul y la melena al viento, que corría hasta el lugar donde yacían los cadáveres y agitaba los brazos hacia el barco, gritando. Su voz sólo les llegó como un débil retumbo sobre el agua, pero ella permaneció de pie mucho rato después de que sus alaridos se hubieran dejado de oír.

Y así fue como Orm, hijo de Toste, que con el tiempo acabó siendo conocido como Orm *el Rojo* u Orm *el Gran Viajero*^[13], se embarcó en su primer viaje.

CAPÍTULO III

De cómo navegaron a vela rumbo al sur y de cómo encontraron un buen guía

Los hombres de Krok llegaron a la isla de Anholt, donde encontraron algunos viejos pescadores cuya pobreza los había puesto a salvo de saqueadores. Estaban hambrientos después de haber tenido que bogar todo el camino, así que amarraron y desembarcaron para recoger leña y prepararse una buena comida. Al descuartizar los carneros, elogiaron su gordura y el buen pasto que debía de haber en Kullen en primavera, ensartaron los trozos en las lanzas, los pusieron al fuego y los cataron cuando la grasa empezó a chisporrotear, porque hacía lustros que no habían oído nada semejante. Muchos recordaban y comentaban la última vez que habían tenido la oportunidad de paladear tales manjares; todos estuvieron de acuerdo en que el viaje en las aguas occidentales se presentaba bien y, dicho esto, se dispusieron a comer hasta que les rezumaron las barbas.

Orm había vuelto en sí, pero no valía para gran cosa; cuando bajó a tierra con los demás le costaba sostenerse de pie y, una vez sentado, mantenía la cabeza entre las manos y no respondía cuando le hablaban. Pero al cabo de un rato, después de haber vomitado y haber bebido agua se encontró mejor, y cuando le llegó el olor del asado alzó la cabeza como si acabara de despertarse y observó a los hombres que tenía a su alrededor. El que estaba sentado a su lado le sonrió amable, le cortó un trozo de lo que comía y se lo acercó.

—Toma y come —le dijo—, no habrás probado mejor asado en tu vida.

—Claro que sí —respondió Orm—, soy yo el que os lo ha proporcionado.

Aceptó el trozo de carne que le ofrecía y lo sostuvo en la mano sin comer, miró muy bien a su alrededor, a todos los hombres, uno tras otro, y luego preguntó:

—¿Dónde está el hombre a quien yo golpeé? ¿Acaso murió?

—Sí, murió —respondió su vecino—, pero ninguno de nosotros va a vengarle y tú bogarás en su lugar, en el remo que queda junto al mío, por eso será mejor que nos hagamos buenos amigos. Mi nombre es Toke, ¿y el tuyo?

Orm le dijo su nombre y luego preguntó:

—¿El hombre que abatí era alguien apreciado entre vosotros?

—Era un poco lento, como tú mismo pudiste comprobar —respondió Toke—, y con las armas no era tan bueno como yo, aunque eso hubiera sido mucho pedir, pues yo soy uno de los mejores de esta tripulación; pero era un hombre fuerte y decidido y estaba bien considerado, sí. Se llamaba Ale, su padre siembra doce barriles^[14] de centeno y ya se había embarcado en dos ocasiones anteriores. Si remas tan bien como

él, diremos que no remas nada mal.

Al escuchar estas palabras, Orm se sintió de mejor humor y empezó a comer, pero al poco preguntó:

—¿Cuál de vosotros fue el que me propinó el golpe?

Krok estaba sentado un poco más lejos de ellos y oyó la pregunta. Esbozó una sonrisa y, alzando el hacha, con la boca llena dijo:

—Ha sido ella la que te ha besado, no me has preguntado si te ha mordido, ¿verdad?

Orm observó a Krok con los ojos como platos, como si no pudiera parpadear, luego suspiró y respondió:

—Porque no llevaba yelmo y estaba sin aliento tras la carrera, de lo contrario las cosas a lo mejor se hubieran resuelto de otra manera.

—Eres osado, hombre de Skåne —respondió Krok—, y te crees ya un luchador, pero eres aún demasiado joven y te falta el sentido común del guerrero, porque ningún hombre con cabeza se aventura sin yelmo por unos cuantos carneros, ni tan sólo si la que ha sido robada es su mujer. Eso sí, pienso que eres un hombre con suerte, y es posible que nos la traigas también a nosotros. Esa suerte tuya la hemos constatado de tres maneras: en primer lugar, tropezaste con las rocas y así esquivaste dos flechas que se dirigían a ti; por otra parte, ninguno de nosotros pretende vengarse de Ale, a quien tú quitaste la vida y, por último, yo no te quité la vida porque quería un remero que reemplazara a Ale. Por todo ello, pienso que llevas la suerte contigo y que puede sernos útil, así que te dejaremos en paz..., siempre que te encargues del remo de Ale.

A todos les parecieron bien dichas las palabras de Krok; Orm comía y reflexionaba, y al final respondió:

—Acepto la libertad que me ofreces, y no creo que me tenga que avergonzar de ello a pesar de que me hayáis robado unos cuantos carneros. Sin embargo, no quiero bogar como esclavo, ya que provengo de buena familia y, aunque sea joven, me considero un hombre con reputación, pues he abatido a alguien tan bueno como Ale. Por este motivo, quiero que me devolváis la espada.

Aquella demanda despertó muchos comentarios; algunos pensaban que la petición de Orm no era razonable, y que podía estar satisfecho con que le hubieran obsequiado con la vida, pero otros opinaban que la osadía no era nada malo en un hombre joven y que había que mostrar consideración para con un hombre afortunado. Al escuchar estas palabras, Toke rió y se preguntó en voz alta cuántos eran los hombres de las tres tripulaciones que podían sentir miedo de un joven armado con una espada. Un hombre llamado Kalv^[15], que se había opuesto a la petición de Orm, quiso enfrentarse a Toke por lo que había dicho, a lo que éste se mostró dispuesto en cuanto acabara con el exquisito trozo de riñón que estaba degustando. No obstante, Krok prohibió toda contienda por tal causa, y decidió que devolvieran la espada a Orm y que sería su conducta la que acabaría por decidir si estaba con ellos en calidad de

preso o de compañero. Eso sí, Orm tendría que pagar a Krok por la espada, que era una buena arma, en cuanto hubieran obtenido ganancias a lo largo del viaje.

Soplaba una leve brisa, y Krok dijo que había llegado el momento de ir marchando con ella. Todos subieron a bordo, y los barcos surcaron el estrecho de Kattegatt con las velas llenas. Orm volvió la cabeza y, mirando al mar, dijo que era una gran suerte para Krok que las embarcaciones de los oriundos de la zona fueran escasas en esta época del año, porque, si conocía bien a su madre, a estas alturas le hubiera perseguido con la mitad de Kullen a bordo. Luego se lavó la herida de la frente y se aclaró la sangre coagulada del pelo y, al verle, Krok aseguró que la cicatriz que le quedaría sería digna de ser mostrada a las mujeres. Al cabo de un rato, Toke apareció con un viejo casco de cuero con tiras de hierro, le dijo que no era nada del otro mundo en aquellos tiempos, pero que lo había encontrado entre los vendos y no tenía yelmo mejor que proporcionarle. Contra un hacha, le dijo, no le serviría de gran cosa, pero era mejor que nada. Orm se lo probó y constataron que le iría bien cuando la inflamación de la herida hubiera disminuido; el hijo de Toste se lo agradeció, y desde aquel momento ambos supieron que serían amigos.

Pasaron Skagen con un buen viento y, allí, siguiendo las viejas costumbres, hicieron una ofrenda a Ägir y a toda su familia, que consistió en carne de cordero y de cerdo y bebida. Un grupo de gaviotas los siguió después durante largo rato, cosa que interpretaron como una buena señal. Descendieron por la costa de Jutlandia, donde sólo avistaron tierra desierta y, en las playas, a menudo las cuadernas de los barcos, quebradas. Más al sur desembarcaron en un par de islas menores y encontraron agua y frutos silvestres, pero poco más que eso. Continuaron bordeando la costa rumbo al sur y la mayor parte del tiempo la fortuna les acompañó en forma de viento favorable, así que los hombres mantuvieron su buen humor, ya que, en tales condiciones, se ahorraban duras jornadas al remo. Toke observó que Orm quizá también les traía otro tipo de fortuna: la del tiempo, que era de las mejores que un hombre podía tener, y por ello Orm podía esperar, y con razón, un buen futuro. Orm pensaba que Toke podía estar en lo cierto, pero Krok no se mostró de acuerdo con aquella afirmación.

—Soy yo quien tiene la fortuna de su lado en este aspecto —dijo él—, puesto que hemos sido afortunados con el tiempo y el viento desde el principio, mucho antes de que Orm apareciera, y si no hubiera confiado en ella nunca me hubiera aventurado a un viaje como éste. Pero parece que la fortuna también está del lado de Orm, a pesar de que no sea como la mía, y cuantos más hombres con buena estrella llevemos a bordo... pues mejor para todos.

El sensato Berse estuvo de acuerdo con las palabras de Toke y dijo que los hombres desafortunados eran los que lo tenían más difícil:

—Puesto que contra los hombres luchan los hombres, contra las armas, las armas; contra los dioses están los *blot*^[16] y contra la brujería el *sejd*^[17], pero contra la mala fortuna no hay remedio que valga.

Toke respondió que no sabía si los vientos le eran o no favorables, y que la única suerte que había tenido había sido en la pesca y en los enfrentamientos con hombres con los que tenía alguna cuenta pendiente, aunque eso podía tener más que ver con su fuerza y destreza que con la suerte.

—Pero ahora —dijo—, siento curiosidad por saber si en este viaje tendré estrella con el oro y las mujeres, puesto que he oído hablar de las maravillas que se pueden encontrar en occidente, y ya hace demasiado tiempo desde la última vez que tuve en mis manos un anillo de oro y una mujer; y aunque al final la mayor parte sea plata en vez de oro, y no encuentre hija de conde alguna, como espera Berse, sino tan sólo casaderas francas de a pie, pues tampoco me quejaré, ya que no soy un hombre vanidoso.

Krok dijo que Toke debía tener paciencia unos días más, fuera cual fuera su glotonería por una u otra cosa, y Toke consideró oportuno seguir su consejo, ya que parecía que el oro y las mujeres no eran algo habitual en aquellas latitudes.

Navegaron junto a costas poco elevadas sobre el mar, donde no se veía más que arena y marismas, y alguna que otra cabaña de pescador; bordearon cabos en los que se erigían altas cruces, y comprendieron entonces que habían llegado a tierra de cristianos y a las costas de los francos. Los pocos que tenían alguna experiencia en aquellas cuestiones sabían que aquellas cruces habían sido colocadas por el gran emperador Carlomagno, padre de todos los emperadores, para mantener alejados del país a los navegantes nórdicos. Sin embargo, los dioses de los hombres del norte demostraron ser más fuertes que el de Carlomagno.

Se adentraron en ensenadas y bahías para pasar la noche y cuando amenazaba tormenta, y allí pudieron contemplar el agua más cristalina que jamás hubieran visto; además, subía y bajaba con la marea, algo sorprendente. No se atisbaban ni barcos ni personas, pero a veces sí los rastros de algún antiguo poblado, ya que antaño había habido muchos de ellos, antes de que los hombres del norte aparecieran por esas costas. No obstante, hacía ya tiempo que todo había sido saqueado, y ahora desierto, así que los navegantes no podían contar con encontrar ganancias hasta que descendieran un buen trecho hacia el sur.

Llegaron hasta el lugar donde el mar se estrechaba entre Inglaterra y el continente, y sopesaron si hacer una incursión en las costas inglesas, pues sabían que el rey Edgar acababa de fallecer y que le habían sucedido en el trono sus dos hijos menores de edad, detalle que había sido recibido con alborozo entre los vikingos. Pero Krok y Berse, y otros entre los más expertos, sostuvieron que la tierra de los francos seguía siendo la mejor opción si descendían lo suficiente, puesto que el rey de Francia y el emperador de Alemania estaban en guerra por sus tierras fronterizas y, desde tiempos remotos, se sabía que cuando este tipo de batallas tenían lugar las costas acostumbraban a ser magníficos objetivos para los hombres del norte.

De modo que decidieron seguir acercándose al dominio de los francos, pero permanecieron en alta mar, observantes, porque sabían que habían llegado al lugar

donde los hombres del norte habían vencido al rey de Francia y, si bien aún se avistaba alguna antigua cruz en los cabos o en las desembocaduras de los ríos, predominaban las estacas de las que pendían cabezas barbudas, como signo de que los ojos de los señores de estas tierras no querían ver navegantes de sus mismas latitudes por lo que ahora eran sus costas. Krok y sus hombres pensaban que tal mezquindad contra sus hermanos del norte sería una gran deshonra para aquellos hombres que ahora poseían las riquezas de aquel país, pero era lo que había esperar, dijeron, de un pueblo que procedía de Skåne o de Sjælland. También preguntaron a Orm si tenía familia en aquellas tierras, a lo que respondió que lo dudaba, puesto que los de su estirpe siempre habían navegado por Irlanda, aunque eso sí, lo de poner las cabezas en estacas era algo que iba a recordar para cuando volviera a casa, ya que podía serle de utilidad para proteger sus ovejas. Todos rieron con aquel comentario y estuvieron de acuerdo en que Orm tenía cierta habilidad en la réplica.

Se colocaron al acecho en la desembocadura de un río, y abordaron algunos barcos de pescadores sin obtener grandes botines, ni tampoco respuestas de los tripulantes al preguntarles dónde podían encontrar las grandes y ricas aldeas de la zona. Después de dar muerte a dos de ellos y viendo que los demás seguían sin responder, decidieron dejarlos a su suerte: su aspecto era decrepito, y no servían ni como esclavos remeros ni para su venta. Más de una vez probaron asaltos nocturnos, pero tampoco obtuvieron grandes beneficios de aquellas incursiones, ya que las gentes vivían en aldeas grandes y bien protegidas. Incluso tuvieron que apresurarse de vuelta al barco para no verse acorralados por huestes más numerosas, de modo que decidieron salir de inmediato de aquellas tierras bajo dominio de los hombres del norte.

Una tarde se encontraron con cuatro *drakkars* que venían a remo desde el sur y que parecían llevar pesadas cargas, de modo que Krok dejó que sus hombres se acercaran para comprobar quiénes eran sus tripulantes. Era una tarde tranquila, y se fueron aproximando despacio; los extranjeros colocaron un escudo largo en el primer mástil con la punta hacia arriba, para señalar que se acercaban en son de amistad, y los hombres de Krok hablaron con ellos a la distancia de un tiro de lanza mientras calculaban los efectivos con que contaba cada uno. Los extranjeros dijeron que eran de Jutlandia y que iban de regreso a casa después de un largo viaje. Habían saqueado las costas de Bretaña con siete barcos el verano pasado, y luego habían continuado rumbo al sur; allí habían pasado el invierno en una isla, en el exterior de la desembocadura del Loira, y habían remontado el río, pero después sufrieron una dura plaga y ahora volvían a casa con los barcos para los que habían conseguido tripulación. Al preguntarles sobre su botín, respondieron que el buen navegante nunca se congratula de sus ganancias antes de que las haya puesto a buen recaudo en tierra firme, pero sí podían decirles al menos, ya que en aquel encuentro se sentían suficientemente fuertes para defender su botín, que no tenían de qué quejarse. Los viejos tiempos de saqueo fácil habían quedado atrás, y por muy lejos que se navegara

ahora era muy difícil y laborioso conseguir algo que valiera la pena, pero los que tenían suerte en encontrar un lugar que no hubiera sido devastado en Bretaña, o en latitudes aún más meridionales, podían aún ver recompensados sus esfuerzos.

Krok preguntó si llevaban consigo vino o cerveza de la buena para poder canjear por carne de cerdo y pescado seco, buscando así acercarse aún más a ellos, ya que se sentía muy tentado de probar suerte y así conseguir de una vez las ganancias que justificaran su viaje entero. Pero, por toda respuesta, el *hövding* de los jutos ordenó alinear sus barcos con la proa hacia Krok, y respondió que pensaban quedarse con el vino y la cerveza para su propio consumo.

—Pero que sepas que te recibiremos como es debido —le dijo a Krok—, si quieres probar alguna otra cosa.

Krok cogió una lanza; parecía confuso y aún sopesaba cuál era la mejor opción cuando algo ocurrió en el barco extranjero: dos hombres luchaban sobre la borda y, acto seguido, se precipitaron al agua aún enzarzados en la pelea. Ambos se hundieron, y a uno de ellos no se le volvió a ver, el otro emergió a unos metros del barco, pero volvió a sumergir la cabeza cuando le arrojaron una lanza desde el barco que acababa de dejar. Se oyeron gritos desde el barco juto, y cuando los hombres de Krok preguntaron qué sucedía no obtuvieron respuesta alguna. Comenzaba a anochecer y, tras unos instantes en los que mantuvieron un breve intercambio de palabras, los extranjeros prosiguieron su camino a remo sin que Krok hubiera podido decidirse sobre el abordaje. Toke, que estaba sentado en el barco de Krok en un remo de babor, al lado de Orm, le dijo con un alarido:

—¡Ven aquí a ver esto! Cada vez tengo mejor suerte en la pesca.

Una mano se sujetaba en el remo de Toke, la otra en el de Orm, y en la superficie se veía el rostro de un hombre entre los remos que miraba hacia el barco, tenía los ojos grandes, la tez muy pálida y el pelo y la barba negros.

—Tiene que ser alguien astuto y buen nadador —dijo uno de los hombres—, ha buceado por debajo del barco para escapar de los jutos.

—Y sin duda es un hombre sabio —continuó otro—, ya que viene a nosotros, que somos mejores que ellos.

—Es negro como un tizón y amarillo como un moribundo —dijo un tercero—, y no parece alguien con buena estrella; podría ser peligroso subir a bordo a un hombre así.

Unos argumentaron a favor, otros en contra, y algunos lanzaron preguntas a gritos al hombre que aún estaba en el agua, pero éste no soltó prenda, sujetándose a los remos y parpadeando mientras se balanceaba al ritmo de las olas. Al final, Krok ordenó que le izaran a bordo; luego le podrían dar muerte, dijo a los que se mostraban reticentes, si al final resultaba que era la mejor opción.

Toke y Orm tiraron de sus remos y subieron a bordo a aquel hombre de tez amarillenta y constitución robusta, desnudo hasta la cintura, pues sólo se cubría con algunos harapos de tela. Se tambaleaba y casi no podía sostenerse de pie, pero alzó el

puño apretado en dirección al barco juto, que ya se alejaba, escupió, hizo rechinar los dientes y vociferó alguna cosa. Acto seguido se balanceó y se desplomó, pero enseguida pudo incorporarse y, tras darse algunos golpes en el pecho, abrió los brazos con la vista puesta en el cielo y profirió palabras que nadie comprendió. En la vejez, cuando relataba sus recuerdos, Orm solía contar que jamás había oído un rechinar de dientes tan furioso, ni tampoco una voz más triste y profunda que la que salió de aquel extranjero al clamar al cielo.

Aquel hombre que habían recogido se comportaba de una forma extraña para todos, y lo acribillaron a preguntas sobre su identidad y lo que le había sucedido. Él comprendía algunas de las cosas que le decían, y pudo responder con algunas palabras sueltas en lengua nórdica. Les pareció entender que era juto y que no quería bogar los sábados, y que éste era el motivo de su encono hacia aquellos de los que había huido. No obstante, no sacaron nada en claro a ese respecto, y algunos creyeron que se trataba de un ataque de locura. Le dieron de comer y de beber, y engulló con glotonería las alubias y el pescado, pero rechazó horrorizado el tocino en salazón. Krok dijo que de momento podía servirles de remero, y que al final del viaje podrían venderlo por una buena cantidad. Berse, continuó Krok, quizá podía intentar comprenderle haciendo uso de su sentido común, y sacarle sin que se diera cuenta alguna información sobre el lugar de donde procedía.

Durante los días que siguieron, Berse se sentó cerca del extranjero y hablaron todo lo que les fue posible. Berse era un hombre tranquilo y paciente, glotón y buen escaldo, y sólo se había embarcado para librarse de su pendenciera esposa. Tenía experiencia y disponía de muchos conocimientos, de modo que consiguió ir comprendiendo lo que el forastero quería decir y lo comunicó a Krok y a los demás.

—No está loco, aunque lo parezca —dijo Berse—, y tampoco es juto, basta mirarle para darse cuenta de ello; asegura que es judío, que para quien no lo sepa, es un pueblo del este que mató al dios de los cristianos. Si bien es cierto que estos hechos tuvieron lugar hace muchos años, los cristianos abrigan aún gran animadversión para con ellos por este motivo, y les dan muerte sin siquiera pasar por conciliación o considerar castigo alguno. Es por ello que la mayoría vive con el califa de Córdoba, porque allí el hombre asesinado no era venerado como un dios.

Berse añadió que él ya había oído contar algo parecido, y algunos de los hombres se sumaron a aquella afirmación. Orm explicó que a él también le habían llegado rumores de que al hombre en cuestión lo habían clavado sobre una cruz de madera, como los hijos de Lodbrok habían hecho años atrás con el arzobispo en Inglaterra. Eso sí, nadie comprende cómo pueden continuar venerándolo como un dios tras su muerte a manos de los judíos, puesto que las personas no pueden dar muerte a un dios verdadero. Luego Berse continuó explicando lo que había podido extraer de las palabras del extranjero:

—Ha estado un año con los jutos, y con ellos lo ha pasado muy mal porque no podía bogar los sábados y el dios de los judíos monta en cólera con aquel que no

descanse ese día. Los jutos no habían podido entenderle, a pesar de que había intentado explicárselo en numerosas ocasiones, y le golpeaban y le privaban del sustento cuando se negaba a remar. En su compañía aprendió lo poco que sabe de nuestra lengua, pero cuando habla de ellos los maldice con la suya propia porque no conoce suficientes palabras en la nuestra. Dice que ha derramado muchas lágrimas a su lado, y que en numerosas ocasiones ha invocado a su dios para que le ayudara. Al ver llegar nuestros barcos, comprendió que éste había escuchado sus plegarias, y de paso se llevó por la borda a un hombre que le había azotado en numerosas ocasiones. También le rogó a su dios que le hiciera de escudo a él y dejara perecer al otro, por eso no le alcanzó la lanza y tuvo las fuerzas para bucear bajo nuestro barco. Esas fuerzas llevan el nombre de su dios, que no ha querido repetir para mí por mucho que yo lo haya intentado. Esto es todo lo que tiene que contarnos de los jutos y de los motivos que le han llevado a escapar de ellos; eso sí, tiene más que decir sobre otros temas que él cree que pueden sernos útiles, pero por desgracia entre ellos hay muchos que no puedo comprender del todo.

Krok dijo que le costaba creer que un dios se molestara en salvar a un pobre zarrapastroso, por mucho que hubiera gritado, pero que sin duda el hombre había actuado ágilmente y con destreza. Además, añadió que los demás querían saber por qué aquel peculiar forastero rechazaba la carne de cerdo con repugnancia, pero mostraba un apetito voraz con otros alimentos peores. Berse respondió que parecía que con el tocino sucedía lo mismo que con el remo los sábados: el dios de los judíos se encolerizaba si veía a uno de los suyos comer cerdo, aunque Berse no había podido comprender por qué estos hechos desencadenaban tal ira. Se podía suponer, dijo, que al mismo dios le gustaba tanto este alimento que no dejaba que su pueblo se lo permitiera. Esta explicación pareció razonable a los hombres, que se alegraron de no tener dioses que se inmiscuyeran en tales asuntos.

Todos tenían mucha curiosidad por saber qué más tenía que decir el judío que les pudiera ser de utilidad, y al final Berse puso tanto empeño que consiguió comprender la mayor parte de las palabras que pronunciaba:

—Dice que él es un hombre rico en su tierra, la misma donde reside el califa de Córdoba. Se llama Salamán y es orfebre, y dice también que es un gran escaldo. Lo apresó un señor cristiano del norte, que llegó hasta su región en una expedición de saqueo; al parecer, cobró un rescate por él, pero le traicionó vendiéndolo a un comerciante de esclavos porque los cristianos no cumplían de buen grado su palabra con los judíos por el dios que habían ejecutado. El comerciante de esclavos lo vendió a un mercader, que lo enroló en una de sus galeras, y de ahí acabó cayendo en manos de los jutos; una gran desgracia para él ya que, desde el primer día, lo pusieron a bogar un sábado. Y es cierto que ahora odia a los jutos con todas sus fuerzas, pero no es menos el odio que siente contra el señor cristiano que lo engañó, un hombre de grandes riquezas que vive a un día de navegación. Dice que quiere mostrarnos el camino hasta él para que podamos despojarle de todo lo que posee e incendiar su

morada, sacarle los ojos y arrastrarlo desnudo sobre piedras y matojos. Dice, además, que allí hay riqueza para todos y cada uno de nosotros.

Todos estuvieron de acuerdo en que aquellas eran las mejores noticias que habían llegado a sus oídos en mucho tiempo, y Salamán, que había escuchado la historia sentado a la vera de Berse siguiendo todo lo que podía comprender, se alzó gritando con una expresión que parecía muy alegre, se lanzó a los pies de Krok, se puso un mechón de su propia barba en la boca y lo masticó. Acto seguido tomó uno de los pies de Krok y se lo colocó en la nuca hablando sin parar, acalorado, y sin que nadie pudiera comprender nada de lo que articulaba. Cuando se hubo calmado un poco, empezó a rebuscar entre las palabras que conocía y dijo que su intención era servir a Krok y a sus hombres hasta que ellos consiguieran tales ganancias y él su venganza, pero quería obtener la promesa firme de que él mismo podría sacarle los ojos al señor cristiano. Krok y Berse respondieron que lo consideraban una petición razonable.

Se parlamentó mucho sobre este tema a bordo de los tres barcos, y los hombres, de muy buen humor, decían que el forastero a lo mejor no se traía suerte a sí mismo, si tenían en cuenta lo que le había acontecido hasta el momento, pero quizá sí se la traería a ellos. Krok estaba convencido de que jamás había obtenido captura mejor. Fueron amables con el judío, le facilitaron ropa y le sirvieron cerveza, a pesar de que ya escaseaban las existencias. El país donde quería llevarlos se llamaba León, y sabían más o menos dónde se encontraba: a la derecha entre la tierra de los francos y la del califa de Córdoba, quizás a cinco días de buena navegación a vela hacia el sur desde el cabo de Bretaña, a partir de la posición que tenían en aquel momento. Hicieron de nuevo algunos sacrificios a las deidades del mar, sopló viento favorable y salieron a mar abierto.

CAPÍTULO IV

De cómo los hombres de Krok llegaron al reino de Ramiro y visitaron un lugar lucrativo

En su vejez, Orm solía recordar aquellos tiempos diciendo que, mientras estuvo con Krok, no tuvo demasiadas quejas, a pesar de haberse embarcado en contra de su voluntad. El golpe en el cráneo le dolió solo un tiempo y se llevaba bien con los hombres, así que pronto todos olvidaron que él era su prisionero. En cambio sí recordaban bien los carneros que habían obtenido en sus tierras, y Orm les interesaba también en otros aspectos. Conocía tantos poemas como Berse, y de su madre había aprendido a recitarlos con la entonación de los escaldos y a explicar de manera verosímil relatos falsos, si bien él mismo reconocía que Toke le superaba en ese arte. Por todo ello le consideraban un buen compañero, diestro, que podía ayudarles a matar el tiempo en los días en los que el viento soplaba constante y no tenían que remar.

Algunos de los hombres de a bordo se quejaban de que Krok había dejado atrás Bretaña sin haber intentado antes encontrar alimentos frescos, y que los que tenían en el barco empezaban a pasarse: el tocino estaba rancio; el bacalao, enmohecido; la harina, ácida; el pan, lleno de gusanos, y el agua, podrida. Sin embargo, Krok y los hombres de más experiencia consideraban que estos alimentos eran la mejor de las dietas y algo de lo que ningún marinero podía quejarse. Orm mascaba sus raciones con buen apetito, pero a menudo alternaba los bocados con comentarios sobre las exquisiteces a las que estaba acostumbrado en casa. Berse dijo que le parecía que era un arreglo sabio de los dioses el de poder comer en alta mar sin problemas y con gusto aquel alimento que, en tierra firme, en sus hogares, no darían ni a esclavos ni a perros, sino sólo a los cerdos, puesto que si no se hubiera dispuesto de este modo, aquellos largos viajes por el mar se harían demasiado arduos con digestiones difíciles.

Toke afirmó que para él lo peor era que se hubiera terminado la cerveza. Él no era un hombre exigente, dijo, y creía poder comer la mayoría de las cosas si la necesidad apretaba, hasta sus zapatos de piel de foca, siempre que los regaran con cerveza. Para él, dijo, la vida sin cerveza era impensable, ni en alta mar ni en tierra firme, y acribillaba a preguntas al judío sobre la cerveza del país al que se dirigían, pero no obtuvo jamás una respuesta clara. Hablaba de grandes festines, bacanales que él había vivido y se lamentaba de no haber aprovechado para beber aún más entonces.

La segunda noche que pasaron en alta mar sopló un fuerte viento que desató un gran oleaje, y como ahora se guiaban con las estrellas se alegraron de que el cielo permaneciera despejado. Krok empezó a sentir cierto temor por salir a mar abierto,

pero los que sabían de la navegación en aquellos lugares dijeron que siempre que mantuvieran el rumbo al sur, tomaran la ruta que tomaran, iban a tener tierra firme a su izquierda; excepto en el estrecho de Njörvasund^[18], claro, cuya ruta marítima llegaba hasta Roma, en el centro del mundo. Los hombres que navegaban de Noruega a Islandia, dijo Berse, lo tenían mucho peor, ya que, pasado Islandia, no les esperaba más tierra firme, sino sólo el vacío y el mar infinito.

El judío conocía bien los astros y se preciaba de tener cierta habilidad para marcar el rumbo, pero no fue de mucha ayuda, ya que sus estrellas tenían nombres extranjeros. Además sufrió fuertes mareos a bordo, como Orm, así que este último y Salamán se vieron encaramados a la borda uno al lado del otro pensando que aquella iba a ser su última travesía. El judío daba grandes voces en su propia lengua cuando no vomitaba, y Orm le pidió que callara aunque sintiera dolor, y éste le respondió que llamaba a su dios en el viento de la tormenta. Orm le agarró entonces del cuello y le respondió que, por muy mareado que estuviera, era suficiente hombre para lanzarle por la borda si gritaba una vez más, puesto que a él le parecía que el viento era ya suficiente sin necesidad de rogarle al dios que se acercara aún más.

Salamán obedeció y al amanecer el tiempo se calmó y los dos se sintieron mejor. Salamán tenía la tez de color verde, pero esbozó una sonrisa amable a Orm y, sin que diera la impresión de albergar animadversión hacia él, señaló el reflejo del sol, que podía contemplarse sobre el agua. Con las pocas palabras que sabía, dijo que aquéllas eran las alas rojas de la mañana en los confines del mar, y que su dios estaba allí. Orm respondió que a él le parecía que lo mejor era mantenerse alejado de aquel dios suyo.

Por la mañana, distinguieron montañas en el horizonte y se acercaron a la costa. Tuvieron ciertas dificultades para encontrar una bahía para el barco que estuviera a sotavento, y el judío dijo que aquellas tierras le eran del todo extrañas. Desembarcaron y no tardaron en enfrentarse a los oriundos del lugar, que vivían en aldeas muy cerca los unos de los otros y que no tardaron en huir. Los hombres de Krok registraron las cabañas y regresaron con cabras y otros alimentos, además de con un par de prisioneros. Luego encendieron hogueras y se sintieron contentos de haber alcanzado tierra firme sanos y salvos, y de poder degustar de nuevo la carne asada. Toke buscó cerveza un buen rato, pero sólo encontró un par de botas de piel llenas de vino, tan áspero y ácido que dijo que le parecía que le corroía el estómago al tragarlo. Por esta razón no pudo terminárselo todo él, sino que repartió lo que le sobraba y se sentó en un rincón el resto de la velada, cantando con melancolía y con la barba empapada en lágrimas. Berse dio órdenes de que nadie le molestara, ya que se volvía peligroso cuando bebía hasta las lágrimas.

Salamán habló con los prisioneros y, acto seguido, comunicó que se encontraban en las tierras del conde castellano y que el lugar adonde quería llevarlos estaba mucho más al oeste. Krok dijo que deberían aguardar a que cambiara el viento para poder poner rumbo hacia esa dirección, y que durante la espera podían descansar y

comer bien, pero eso sí, si se veían atacados por huestes numerosas aquí, mientras soplabla viento de mar, o si barcos enemigos los confinaban en la bahía en la que se encontraban, lo iban a pasar muy mal. Salamán les explicó lo mejor que pudo que el riesgo de que eso ocurriera era mínimo, ya que el conde de Castilla casi no tenía barcos, y necesitaría cierto tiempo para reunir a los hombres suficientes. El conde de Castilla había sido un hombre poderoso años atrás, pero ahora se veía avasallado por el califa de Córdoba y tenía que pagarle impuestos porque, a excepción de los emperadores Otón de Alemania y Basilio de Constantinopla, no había un soberano más poderoso en el mundo. Los hombres rieron a mandíbula batiente, y dijeron que el judío se esforzaba en dar información, pero que no parecía saber mucho de lo que hablaba. ¿Acaso no había oído hablar del rey Harald de Dinamarca? Le preguntaron. ¿Y acaso no sabía que el rey Harald era el más poderoso de todos?

Orm aún se sentía algo abatido después de su mareo; estaba desganado y pensaba que iba a enfermar de gravedad. El joven de Skåne sentía a menudo preocupación por su salud, pero pronto se quedó dormido a la luz de una hoguera y descansó bien. Sin embargo, ya de madrugada, cuando en el campamento no había más que silencio, Toke se acercó para despertarle. Lloraba amargamente y le dijo que él era el único amigo que tenía y que quería cantarle una canción que acababa de recordar sobre dos crías de oso, le dijo, que había aprendido de chico de su madre y que a él le parecía la más bella de las canciones. Dicho esto se sentó al lado de Orm y se secó las lágrimas para empezar a entonar la melodía. Una de las peculiaridades de Orm era que se le hacía difícil ser amable cuando le despertaban de un buen sueño, pero no dijo nada y, por toda respuesta, se dio la vuelta e intentó volver a conciliar el sueño.

Toke no recordaba bien la canción y se sintió alicaído de nuevo, dijo que había estado solo toda la velada, y que nadie se había acercado a él para hacerle compañía. Que Orm no hubiera ido a verle en su pena era lo que más le dolía, ya que le había tenido por un buen amigo desde el primer momento, pero ahora comprendía que era un granuja y un bribón, como todos los de Skåne, y cuando un cachorro como él se portaba mal una buena azotaina era el único remedio.

Entonces se levantó para ver si encontraba un bastón y Orm, que ahora ya estaba despierto del todo, se sentó. Cuando Toke lo vio, intentó propinarle una patada, a lo que Orm respondió cogiendo un leño ardiente del fuego y lanzándoselo al rostro. Toke se zafó en pleno puntapié y cayó de espaldas, pero no tardó en levantarse de nuevo, esta vez pálido y fuera de sí. Orm también se puso de pie enseguida. Era una noche clara, pero Orm tenía la vista nublada por la ira cuando se abalanzó sobre Toke, que intentaba empuñar la espada; Orm había dejado la suya a un lado, y ni siquiera había pensado en utilizarla. Toke era un hombre corpulento y robusto, de pecho ancho y con grandes manos; Orm aún no había recuperado la totalidad de sus fuerzas, pero su ímpetu hubiera podido con la mayoría. Agarró a Toke por el cuello con un brazo y su muñeca derecha con la otra mano para evitar que empuñara la espada, pero éste consiguió asirle bien por la ropa y se incorporó con una sacudida

lanzándolo con las piernas volando por encima de sus hombros. A pesar de esta acción, Orm no lo soltó del todo aunque tenía la sensación de que estaba a punto de romperse; dio la vuelta y le clavó la rodilla en la espalda a Toke, y se echó atrás cayendo sobre él con todo su peso; luego lo agarró con todas sus fuerzas y le dio la vuelta para que Toke quedara con el rostro contra el suelo. En este punto, muchos ya se habían despertado y Berse acudió corriendo con un cabo y dijo que esto era lo que podía esperarse cuando Toke bebía demasiado. Le ataron bien las manos y los pies a pesar de que se resistía con fuerza. No tardó en calmarse, y entonces gritó a Orm que ya recordaba el resto de la canción y empezó a cantarla, pero Berse le echó agua por encima y se quedó dormido sin más.

Cuando se despertó la mañana siguiente, se quejaba de que le hubieran atado sin recordar nada de lo que había sucedido durante la noche. No obstante, en cuanto escuchó el relato de lo acontecido se mostró arrepentido, y dijo que era su desgracia causar estos disgustos cuando bebía, ya que la cerveza lo transformaba con toda certeza en otro hombre, y el vino parecía que tenía el mismo efecto. Quería saber si Orm le guardaba rencor por lo que había hecho, y éste respondió que no estaba resentido con él y que no le importaba más adelante volver a enzarzarse en alguna pequeña reyerta cuando Toke se sintiera dispuesto. Eso sí, debía prometer una cosa, dejar de cantar, puesto que el canto nocturno de un chotacabras o de una vieja corneja en el techo de una caseta era con creces mucho más bonito que el suyo. Toke rió ante el comentario de Orm, y prometió intentar mejorar en este sentido, porque era un hombre apacible cuando la cerveza y el vino no le turbaban el carácter.

Todos estuvieron de acuerdo en que Orm se había portado mejor de lo que cabía esperar, siendo tan joven como era. La costumbre era que los que caían en manos de Toke cuando éste había llegado al punto de llorar por la borrachera solían acabar con profundas heridas, por lo que Orm ganó autoridad a sus propios ojos y a los de los demás y, tras estos hechos, todos comenzaron a llamarle Orm *el Rojo*, no sólo por el color de su cabello, sino porque se había mostrado como un hombre que podía pagar con la misma moneda y al que no había que importunar sin motivo.

Unos días más tarde, sopló el viento favorable y el barco pudo zarpar. Se mantuvieron bien alejados de la costa para evitar corrientes peligrosas, y pusieron rumbo al oeste bordeando el reino de Ramiro y viraron en la punta que quedaba más al oeste. Pusieron entonces rumbo al, sur, bogando, siguiendo los escarpados y recortados acantilados, para luego atravesar un arrecife, que los hombres encontraron muy parecido al de sus tierras, en Blekinge, hasta alcanzar la desembocadura de un río que el judío quería inspeccionar. Entraron en él aprovechando la pleamar, y remontaron el río a remo hasta que los detuvieron los rápidos. Desembarcaron y se reunieron en Consejo para que Salamán les describiera el camino que les quedaba por recorrer. Dijo que a paso ligero les llevaría menos de un día en llegar hasta el hombre del que se quería vengar, uno de los marqueses del rey Ramiro que se llamaba Ordoño: el mayor bandolero y malhechor, dijo, de toda la línea fronteriza de los

cristianos.

Krok y Berse le interrogaron en profundidad sobre la fortaleza, sobre su construcción, su situación y los efectivos de los que solía disponer el marqués allí. Estaba en una zona tan rocosa e inaccesible, explicó Salamán, que las huestes del califa, que en gran parte eran de caballería, no habían conseguido jamás acercarse allí. Por este motivo aquélla era una perfecta guarida para un bandido y escondía grandes fortunas en su interior. La fortaleza reposaba sobre troncos de roble y, protegida por una empalizada, albergaba como mucho unos doscientos hombres. Como se encontraba en un lugar tan escondido, Salamán no creía que estuviera bien vigilado y, además, a menudo la mayor parte de los hombres se encontraban en expediciones de saqueo en el sur.

Krok respondió que la cantidad de guardias le preocupaba menos que la muralla y la empalizada, que dificultaban una incursión rápida. Algunos de los hombres comentaron que prender fuego a la empalizada no debía presentar mayor dificultad, pero Berse respondió que, si el fuego se extendía, se iban a quedar sin riquezas de las que disfrutar. Al final decidieron confiar en la suerte y resolver el asunto una vez hubieran llegado hasta allí; cuarenta hombres se quedarían a bordo del barco, y el resto se pondría en camino cuando empezara a refrescar por la noche. Echaron a suertes quién se iba a quedar, pues todos querían participar en una empresa de la que podían obtenerse grandes beneficios.

Sin perder de vista las armas, se acostaron en una robleda durante las horas más cálidas, luego recobraron fuerzas dando buena cuenta de la carne de cabra que habían conseguido, y al atardecer el grupo formado por ciento treinta y seis hombres se encaminó a la fortaleza. Krok iba a la cabeza, con el judío y con Berse, y los demás les seguían en fila india, algunos con cota de mallas, otros con corazas de cuero; la mayoría llevaba espada y lanza, pero algunos también hacha, y todos y cada uno de ellos iba provisto de escudo y yelmo. Orm caminaba con Toke, que comentó que daba gusto estirar las piernas después de haber estado sentados tanto tiempo en el banco de remo.

Atravesaron una zona agreste y despoblada; este territorio fronterizo entre los cristianos y los andaluces ya hacía tiempo que estaba desierto. Siguieron la orilla norte del río y vadearon muchos arroyos, pero pronto la oscuridad se hizo tan cerrada que tuvieron que detenerse a esperar que apareciera la luna; luego se dirigieron al norte, subieron por un valle y, a paso ligero, llegaron a un campo abierto. Salamán resultó ser un buen guía, puesto que al amanecer ya se encontraron cerca de la fortaleza. Se quedaron quietos entre algunos matojos y descansaron unos instantes, mientras escudriñaban el asentamiento para intentar discernir lo que les fuera posible a la pálida luz de la luna. A la vista de las empalizadas, les invadió el desánimo, ya que estaban construidas con gruesos troncos, medían más de dos hombres de alto y el portal, cubierto, tenía un aspecto muy sólido.

Krok dijo entonces que quizá no sería fácil prender fuego a una madera así, y que

a pesar de que prefería atacar la fortaleza sin llamas se preguntaba si le quedaba otra salida: llevarían hasta allí algunos matojos y los apilarían contra las empalizadas; luego les prenderían fuego con la esperanza de que no todo acabara siendo pasto de las llamas. Consultó a Berse si tenía alguna propuesta mejor, pero éste se rascó la cabeza y, con un suspiro, dijo que no se le ocurría una idea mejor, aunque a él tampoco le gustaba usar el fuego. Salamán tampoco pudo dar una solución mejor, y dijo que él tenía que contentarse con que ardiera el infiel a pesar de que hubiera aspirado a obtener una venganza mejor.

Toke se acercó a cuatro patas hasta Krok y Berse, y les preguntó a qué estaban esperando, él tenía sed y, cuanto antes asaltarán la fortaleza, antes podrían conseguir algo para beber. Krok le respondió que lo difícil era entrar, y Toke dijo entonces que, si le daban cinco lanzas, podría demostrar que servía para otras cosas además de bogar y beber cerveza. Quisieron saber qué había pensado hacer; pero sólo respondió que les abriría camino una vez dentro de la fortaleza si todo iba bien, y que los propietarios de las lanzas prestadas se podían preparar a engastarlas cuando las recuperaran. Berse, que lo conocía desde hacía tiempo, ordenó que le entregaran las lanzas y así lo hicieron. Toke cortó el mango de las cinco lanzas por encima del refuerzo de hierro para conseguir un asidero de una vara de largo pegado a la hoja con cada una de ellas. Entonces dijo que estaba listo, y él y Krok empezaron a desplazarse a rastras hacia la muralla, escondidos entre matojos y piedras y seguidos por unos cuantos hombres bien escogidos. Desde el interior les llegó el canto de un par de gallos, pero el resto estaba en calma y en silencio.

Se encaramaron hasta llegar al pie de la muralla, a cierta distancia del portal. Toke se alzó al lado de la empalizada y clavó la hoja de uno de los trozos de lanza a unos dos metros por encima del suelo, ensartándola entre dos troncos con todas sus fuerzas para que se mantuviera firme. Un poco más arriba, en el resquicio más próximo, apuntaló otra hoja y, cuando al final consiguió que no se movieran, se encaramó sin hacer ruido alguno, con gran cautela, a las puntas de los mangos: sólo entonces clavó una tercera hoja en el resquicio que quedaba por encima de los anteriores. Sin embargo, le fue imposible lograr afianzar el tercero con firmeza en aquella posición y en silencio. Krok, que para aquel entonces ya había comprendido los planes de Toke, le hizo señales para que bajara y le dijo que ya no podría seguir avanzando sin usar un martillo, a pesar de que aquello pudiera despertar a los habitantes de la fortaleza. Acto seguido, cogió las hojas de lanza restantes y se colocó en el lugar de Toke, con los pies apoyados sobre los trozos de lanza afianzados, y hundió la tercera con un par de golpes de su martillo de guerra, y así fijó la cuarta y la quinta un poco más arriba y al lado. Después, se encaramó a ellas y consiguió de este modo coronar la empalizada.

En ese mismo instante se oyeron gritos y sonidos de alarma en el interior de la fortaleza, y los cuernos sonaron con fuerza cuando algunos hombres seguían ya a Toke por su improvisada escalera, trepando lo más rápido que podían para seguir a

Krok. Una pasarela de madera para los tiradores con arco recorría la parte interior de la empalizada, y Krok y sus hombres corrieron por ella y consiguieron abatir a algunos hombres soñolientos que se acercaban a ellos provistos de arcos y lanzas. Les dispararon algunas flechas desde el suelo, y algunas alcanzaron a un par de ellos, pero Krok y los demás se apresuraron por la pasarela hasta el portal y saltaron para poder abrirlo y dejar entrar a toda la tropa. Allí mismo se desató una cruda batalla, ya que muchos de los habitantes de la fortaleza habían tenido ya tiempo de llegar y cada vez eran más numerosos. Uno de los veinte hombres que había seguido a Krok había quedado suspendido de la empalizada con una flecha en el ojo, y otros tres habían sido derribados mientras corrían por la pasarela de madera. Los que consiguieron llegar a tierra formaron una pina y, profiriendo gritos de guerra, lanzas y arcos en mano atravesaron la entrada, donde enseguida la oscuridad y la aglomeración se adueñaron de todo, puesto que ahora los enemigos les acosaban por todos lados.

Pronto los gritos de guerra obtuvieron respuesta desde el otro lado de la empalizada, ya que los hombres que allí habían quedado se acercaron a la muralla al ver que el intento de asalto había tenido éxito. Muchos empezaron a golpear el portal con sus hachas, mientras que otros se encaramaban a los escalones de Toke para llegar justo a tiempo de ayudar a los de la entrada. La incertidumbre se apoderó de aquella escaramuza, con amigos y enemigos entremezclados; Krok derribó a varios hombres con el hacha, pero también fue alcanzado en la nuca. Un hombre grande que tenía la barba negra recogida en una trenza y tenía aspecto de *hövding* le asestó un mazazo, el yelmo paró el golpe, pero no pudo evitar que Krok se tambaleara y cayera de rodillas. Eludiendo esta gran aglomeración de escudos y hombres, donde las flechas ya no se podían usar y donde los pies resbalaban en la sangre, llegaron al portal Toke y Orm con algunos hombres más y abrieron el portón. Los enemigos que no consiguieron escapar en aquel momento fueron degollados allí mismo.

Entonces un gran temor sobrecogió a los cristianos y huyeron con la muerte pisándoles los talones. Salamán, que estaba entre los primeros que entraron por el portal, corrió como poseído, tropezando con los caídos, y encontró una espada en el suelo, que volteó sobre su cabeza mientras gritaba a viva voz que se apresuraran al bastión interior. Krok, que todavía se sentía algo mareado por el golpe y aún no podía sostenerse en pie, gritó desde donde yacía en la parte interior de la entrada. Muchos de los hombres entraron en las cabañas que había en ese lado del portal, para saciar la sed o en busca de mujeres, pero la mayoría siguieron a los que huían hasta el gran edificio que había en el medio, en cuyo portal se agolpaba un gran número de fugitivos. Los perseguidores entraron en la casa en ese instante, antes de que pudieran cerrar las puertas, y una vez más se desató la refriega en el interior, cuando los fugitivos se vieron obligados a oponer resistencia. El gigantón de la barba trenzada luchó con templanza y abatió a dos hombres que se le acercaban, pero al final fue acorralado en una esquina, lo golpearon y cayó al suelo herido de gravedad. Salamán, que llegaba al lugar en el momento en que el hombre se desplomaba, se abalanzó

sobre él, lo agarró de la barba y le escupió y le gritó, ansioso, pero el hombre, que no parecía comprender lo que sucedía, se estremeció, parpadeó y falleció.

Salamán rompió en lamentos, pues había perdido la oportunidad de vengarse y no había podido siquiera poner la mano encima a su enemigo. Los cristianos que aún se sostenían en pie dejaron de luchar al ver caer a su adalid. A algunos de ellos les perdonaron la vida, ya que podían serles de utilidad, y los vencedores se sirvieron pitanza y bebida, cerveza y vino, en abundancia. Acto seguido, registraron la fortaleza en busca de botín y se disputaron las mujeres que encontraron acurrucadas en escondrijos, porque hacía ya tiempo que no se había presentado esa oportunidad. Lo reunieron todo: monedas, alhajas, armas, atuendos, tapices, armaduras, enseres, arreos, fuentes de plata entre otras muchas cosas, y tuvieron ante los ojos un botín mucho mayor del que se habían imaginado, ya que, según dijo Salamán, aquéllas eran las capturas de los andaluces a lo largo de muchos años. A Krok, que ya se sostenía de nuevo en pie y llevaba un pañuelo empapado en vino alrededor de la cabeza, le complació aquella abundancia a pesar de que dijo que temía que no cupiera todo en los barcos. Sin embargo, Berse respondió que no creía que aquello representara problema alguno.

—Ya que nadie —dijo— protesta por una carga pesada cuando lo que se lleva a bordo es un botín.

Aquel día se divirtieron, satisfechos por las ganancias, descansaron y, ya entrada la noche, volvieron a los barcos. Todos los prisioneros iban bien cargados, e incluso los hombres de Krok acarreaban parte del botín. Habían encontrado a algunos de los cautivos andaluces en el sótano de la fortaleza, que lloraron de alegría al verse liberados, pero que tenían un aspecto espantoso y no podían llevar grandes cargas. Estos obtuvieron la libertad y les acompañaron en el viaje de vuelta para, junto con Salamán, continuar hacia el sur, hacia sus tierras. Se habían hecho con algunos asnos también, y montaron a Krok en uno de ellos, que de este modo encabezaba la comitiva, con las piernas tocando el suelo. Detrás de él marchaban los demás, cargados de alimentos y cerveza, que se esfumaron con rapidez, pues los hombres querían parar a menudo a refrescarse.

Berse intentó apresurarles para llegar rápido al barco; temía que les hubieran seguido, ya que algunos de los habitantes de la fortaleza habían escapado y podían haber llegado lejos y haber pedido ayuda, pero la mayoría estaban contentos y medio embriagados y les preocupaba poco lo que él decía. Orm cargaba con un fardo de seda, un espejo de bronce y un gran cuenco de cristal que le ocasionaba muchos problemas. Toke llevaba a los hombros un estuche de madera lleno de objetos y con bonitos embellecedores, al tiempo que guiaba a una muchacha que había sido de su gusto y que quería conservar el mayor tiempo posible. Reía sin parar, y le dijo a Orm que esperaba que la chica fuera la hija del marqués, pero enseguida le afligió la idea de que no hubiera sitio para ella en el barco. Avanzaba a trompicones a causa de lo que había bebido, pero parecía que la muchacha sentía ya cierta preocupación por él y

lo sujetaba cuando tropezaba. Se la veía bien formada y muy joven, y Orm dijo que había visto pocas mozas tan bellas y que desearía tener tanta fortuna con las mujeres como Toke. Este respondió que por muy buenos amigos que fueran no la podía compartir con él, porque la apreciaba demasiado y la quería mantener para él solo, si podía ser.

Regresaron al barco y los que se habían quedado allí mostraron gran alegría al avistar el cuantioso botín, pues iba a ser repartido entre todos. Salamán recibió agradecimientos y ricos obsequios, y continuó su camino con los cautivos liberados, ya que estaba impaciente por cruzar las fronteras de los cristianos. Toke, que no cesaba de empinar el codo, rompió a llorar cuando supo que Salamán le había dejado y dijo que se había quedado sin la única persona que le podía ayudar a hablar con la muchacha. Sacó la espada y quiso correr tras él, pero Orm y los demás consiguieron calmarlo sin tener que usar la violencia y se quedó dormido con ella después de haberla atado a él para asegurarse de que no se le escapaba o se la robaban mientras dormía.

A la mañana siguiente, empezó la repartición del botín, que no fue tarea fácil. Todos querían ir a partes iguales, pero Krok, Berse y algunos más pedían el triple que los demás, y a pesar de que pusieron a los hombres más sensatos a dividir de forma ecuánime, resultó difícil contentar a todo el mundo. Berse dijo que, como en gran parte había sido gracias a Toke que habían tomado la fortaleza, también debía recibir el triple, y a todos les pareció bien. No obstante, Toke dijo que él se conformaba con una sola parte si a cambio le permitían llevarse consigo a la muchacha y que le dejaran tenerla allí en paz.

—Porque yo quiero darle un hogar —dijo—, a pesar de no tener la certeza de que sea la hija de un marqués. Ya me siento a gusto con ella, y aún me sentiré mejor cuando haya aprendido nuestra lengua y podamos entendernos.

Berse dijo que esto último quizá no sería tan bueno como Toke creía, y Krok añadió que el barco iba a llevar un lastre tal a causa del abundante botín que, a pesar de poder descontar los once hombres que habían caído, no creía que la muchacha tuviera lugar a bordo y que incluso deberían dejar una parte del botín, la menos valiosa.

En ese instante Toke se alzó, se colocó a la chica sobre el hombro y les pidió a todos que observaran su belleza y su complexión.

—A mí me parece que podría despertar deseo en la mayoría —afirmó—. Si hay alguno entre vosotros que la anhela lo suficiente, le desafío a un combate aquí y ahora, como él prefiera, con espada o con hacha. El vencedor se quedará con la muchacha, y el que pierda la vida reducirá más lastre del que ella representa y así podré llevármela a casa.

Al principio, ella se sujetaba con una mano a la barba de Toke, y enrojeció al tiempo que pateaba cubriéndose los ojos con la otra mano, pero no tardó en retirarla y pareció contenta de ser objeto de tantas miradas. A todos les pareció una solución

sagaz la que proponía Toke, pero nadie se quiso batir con él a pesar de la belleza de la muchacha, ya que le tenían en gran estima y además era muy temido por su fuerza y su destreza con las armas.

Un vez repartido y estibado el botín, decidieron que Toke podía llevarse consigo a la muchacha en el barco de Krok, aunque fuera muy cargado, ya que se merecía tal recompensa tras su gesta en la fortaleza. Después se reunieron en Consejo para decidir la ruta de regreso a casa. Decidieron que sólo tomarían la de la costa si el tiempo les obligaba a ello, pero si éste no era el caso intentarían llegar hasta Irlanda para acercarse a casa bordeando las islas escocesas, puesto que con una carga tan valiosa como la que llevaban sería demasiado arriesgado atravesar pasos estrechos a vela, donde sin duda tendrían algún encuentro que otro.

Acto seguido ingirieron toda la comida y la bebida que pudieron, puesto que tanto lo uno como lo otro abundaba y se vieron obligados a dejar atrás una parte de los alimentos. Jocosos y llenos de alegría, se explicaron los unos a los otros lo que iban a comprar con toda aquella riqueza a su llegada a puerto. A continuación, soltaron amarras y bogaron río abajo. Krok estaba bastante restablecido, pero el *hövitsman*^[19] de una de las otras embarcaciones había caído en la fortaleza y Berse tomó el mando. Toke y Orm continuaron sentados a los remos del barco de Krok, como de costumbre, y no lo tuvieron difícil corriente abajo. Toke no le quitaba ojo a la muchacha, que pasaba la mayor parte del tiempo sentada en su regazo, y se preocupaba mucho de que nadie se acercara a ella si no era estrictamente necesario.

CAPÍTULO V

De cómo cambió la suerte de Krok dos veces y de cómo Orm pasó a ser zurdo

Llegaron a la bahía de la desembocadura del río en la bajamar, y ofrecieron a los dioses una bota de vino y una caldera de carne para que la fortuna les acompañara en el camino de vuelta a casa; alzaron el velamen y recogieron los remos, aprovechando la brisa que los empujaba fuera de la larga bahía. Las pesadas embarcaciones se desplazaban lentamente, hundidas en el agua a causa del lastre, y Krok predijo que iban a tener que bogar tanto antes de avistar de nuevo las costas de casa, que sus brazos iban a sufrir. Estas, decía Orm en su vejez, habían sido las palabras más funestas que jamás había oído pronunciar, puesto que a partir de ese momento se acabó la fortuna de Krok, que hasta aquel instante había sido la mejor de todo aquel viaje, como si un dios le hubiera escuchado y hubiera querido hacer realidad su augurio.

Siete embarcaciones se acercaban por el cabo sur con rumbo al norte, pero entraron en la bahía en cuanto avistaron los barcos de Krok, y se acercaron a remo, veloces. Krok nunca había visto unos barcos como aquéllos: largos, bajos y ligeros sobre el agua. Iban cargados de hombres armados, con la barba negra y con pañuelos alrededor de los yelmos, y sus esclavos, dos a cada remo, iban desnudos y tenían la piel negra y brillante. Avanzaban siguiendo el ritmo constante de dos pequeños tambores, que parecía acompañarse con los gemidos de esfuerzo de los bogadores.

Los de Krok enseguida se alinearon y se mantuvieron cerca de una de las orillas, lo más juntos posible para no verse cercados del todo. Sin embargo, Krok no quiso plegar velas, ya que, si el viento subía de intensidad, dijo, podía serles de ayuda. Toke se apresuró a esconder a su prisionera entre las pilas del botín, bien cubierta y protegida de las flechas y las lanzas. Después de ayudarle, Orm se colocó a lo largo de la borda junto a los demás, bien armado, con cota de malla, escudo y un buen yelmo que había conseguido en la fortaleza. Un hombre que tenía a su lado se preguntaba si aquellos forasteros eran cristianos en busca de venganza, pero Orm dijo que le parecía más posible que fueran hombres del califa, puesto que no se veía cruz alguna en sus escudos y estandartes, y Toke se mostró satisfecho de no tener que empezar a pelear con sed, ya que la batalla tenía visos de ser ardua.

—Y aquellos que sobrevivan —continuó— tendrán algo que contar, pues a estos hombres se les ve impacientes y son muchos contra nosotros.

Los forasteros estaban ya cerca, disparaban multitud de flechas y remaron con destreza hasta llegar a los barcos para atacarlos desde todos los ángulos a los que

tenían acceso. El de Berse estaba más cerca de la orilla y no podía pasar a la parte posterior, pero el de Krok era el que estaba más a la derecha y allí se desató enseguida un crudo enfrentamiento. Dos de los barcos enemigos se colocaron de costado, por la parte exterior, alineados, y se amarraron con cadenas y garfios de hierro; los hombres corrían dando alaridos del más alejado al más próximo, y pasaron todos al abordaje. Se abalanzaron sobre ellos con superioridad y gran furia, y manejaron las armas con destreza y rapidez. El barco de Krok sufría por el tremendo lastre y quedó el último de los tres. Un tercer barco enemigo asomó por la parte interior y también se pudo amarrar al de Krok. La batalla tomó el rumbo siguiente: el barco de Berse y el tercero se dirigieron a la salida de la bahía con cuatro navíos enemigos cercándoles, que ya les daban suficiente trabajo, y atrás quedó el de Krok, luchando en solitario contra tres. El viento sopló entonces con más fuerza y los dos de Berse se fueron alejando cada vez más, con gran fragor a bordo y dejando regueros de sangre tras de sí.

Los hombres de Krok no tenían tiempo de pensar en los barcos de Berse ni de ver cómo se desenvolvían, ocupados como estaban con los enemigos que les abordaban. Entraron tantos hombres de golpe saltando una de las bordas, que el barco se escoró hasta casi hundirse y, a pesar de que muchos fueron derribados y cayeron al agua o sobre la misma borda, quedaron en pie los suficientes y varios les siguieron desde ambos lados. Krok luchó con coraje, y aquellos a los que alcanzó callaron para siempre, pero pronto se percató de que los enemigos eran muy superiores en número. Entonces arrojó su escudo y corrió por la borda sujetando el hacha con las dos manos hasta llegar a cortar dos de las cadenas de abordaje, pero uno de los enemigos que había caído le agarró la pierna y, en ese mismo instante, Krok recibió el impacto de una flecha entre los hombros y se desplomó de bruces sobre el barco enemigo, donde muchos se abalanzaron sobre él y lo ataron para hacerle prisionero.

En ese momento cayeron muchos de los hombres de Krok después de haberse zafado todo lo que habían podido, y al final el barco entero quedó despejado, excepto por algunos que se habían agolpado en la proa, entre los que estaban Toke y Orm. A Toke le había alcanzado una flecha en el muslo, pero aún podía mantenerse en pie, y a Orm le habían golpeado con un hacha en la frente y no veía bien a causa de la sangre que le brotaba de la herida. Ambos estaban muy fatigados, la espada de Toke se partió al impactar con la umbela de un escudo, se echó atrás y topó contra un barril de cerveza amarrado en la proa. Lanzó lo que le quedaba de la espada y tomó el barril con las dos manos, alzándolo sobre su cabeza.

—Aún nos puede ser de alguna utilidad —dijo, arrojándolo contra los enemigos más cercanos y derribando así a un par de ellos, mientras otros muchos se precipitaban por la borda.

Toke gritó entonces a Orm y a los demás que ya no tenían nada más que hacer allí, y se lanzó de cabeza al agua para intentar llegar a tierra a nado. Orm y los que pudieron escapar de los atacantes le siguieron bajo una lluvia de flechas y lanzas que

alcanzaron a un par de ellos. Orm buceó y salió de nuevo a la superficie nadando lo mejor que sabía. Ya en su vejez contaba que pocas cosas son más difíciles que nadar con cota de mallas tras haber lidiado en una refriega. Pronto ambos se quedaron sin fuerzas, y estaban ya cerca de hundirse cuando uno de los barcos enemigos los alcanzó y los hizo prisioneros.

Los forasteros eran ahora los vencedores, y remaban hacia la costa para examinar su botín y enterrar a sus caídos. Despejaron el barco vencido, arrojaron los cuerpos sin vida por la borda y empezaron a revolver entre las pilas. A los presos se los llevaron a tierra y los obligaron a sentarse en la orilla, atados de brazos y bien vigilados; sumaban nueve en total y todos estaban heridos. Esperaban de esta guisa su ejecución, y observaban el mar en silencio. No había rastro alguno del barco de Berse ni de los enemigos que con él habían desaparecido.

Toke suspiró y empezó a hablar entre dientes, después dijo:

Sediento vi
la cerveza alejarse,
mas pronto cataré
el hidromiel^[20] de Odín.

Orm, que yacía boca arriba, dijo con la mirada puesta en el cielo:

En casa, en la tierra
que me vio nacer,
mejor estaría
con leche agria y pan.

Krok era el más abatido, ya que durante todo el viaje se había sentido un hombre afortunado, un héroe, y ahora veía cortada de cuajo su buena racha. Mientras observaba cómo arrojaban a los caídos por la borda, susurró:

Surcaron mares
ganando el jornal,
el botín fue desdicha
y ruin muerte.

Toke añadió que aquello era más de lo que nunca hubiera imaginado: había tres escaldos entre ellos.

—Y aunque se dé el caso —dijo a Orm y a Krok— de que ninguno de los dos muestre tanta habilidad como yo en el arte de componer versos, tenéis un consuelo, los escaldos beben del mayor de los cuernos en el banquete de los dioses.

En aquel momento se oyeron alaridos y gente gritando a bordo del barco: los

forasteros habían encontrado a la chica en su escondite. La llevaron a tierra y temieron que la cosa acabara en enfrentamiento, puesto que varios hombres se la disputaban entre estridentes graznidos y con la negra barba oscilando. Toke miró a sus compañeros:

—Ahora se pelean las cornejas por la gallina, pues el halcón tiene el ala rota.

Llevaron a la joven ante el *hövding* de los forasteros, un hombre rollizo con la barba entrecana y aros de oro en las orejas, que vestía una capa roja y sujetaba un martillo de plata con un largo y blanco mango. La miró mientras se acariciaba la barba, entonces se dirigió a ella en su propia lengua, y al parecer la joven lo entendió a la perfección. La muchacha tenía bastante que decir y en varias ocasiones señaló en dirección a los prisioneros, pero al responder a un par de preguntas que él le hizo señalando también a los de Krok, ella abrió los brazos y sacudió la cabeza. El *hövding* de los forasteros asintió en silencio y le dio una orden, que ella pareció obedecer a disgusto puesto que alzó los brazos al cielo y gritó, pero cuando él volvió a reiterarle la orden con una voz severa, ella se tornó dócil, se desvistió y se quedó desnuda ante él. Todos los hombres suspiraron y tirando de sus barbas mascullaron impacientes, puesto que se trataba de una bella muchacha, de la cabeza a los pies. El *hövding* hizo que se diera la vuelta y la examinó minuciosamente, le tocó el cabello, largo y moreno, y comprobó la dureza de sus carnes, luego se levantó y con un sello que llevaba en el dedo corazón le presionó el vientre, el pecho y los labios, al tiempo que les decía algo a sus hombres; acto seguido, le colocó la capa roja sobre los hombros. Al oír sus palabras, todos los hombres se colocaron la mano en la frente y mascullaron su sumisión mientras se inclinaban. La muchacha se vistió de nuevo, pero se dejó puesta la capa roja. Le dieron comida y bebida, y parecía que todos la trataban con respeto.

Los prisioneros observaban la escena en silencio y, al ver que la envolvían con la capa roja y le ofrecían comida y bebida, Orm dijo que parecía que ella era la que había corrido la mejor suerte de todos los que iban a bordo del barco de Krok. Toke estuvo de acuerdo con él, y añadió que había sido duro ver toda su belleza ahora que ya estaba en poder de otro hombre; sólo le quedaba llorar ante la idea de que nunca podría partírle el cráneo al hombre barrigudo de barba gris que la había toqueteado.

—Pero tengo la esperanza —añadió— de que el viejo pueda disfrutar poco con ella, ya que desde el primer momento me pareció buena y sensata, a pesar de que no pudiéramos comunicarnos, y por eso pronto aprenderá cómo se ensarta un cuchillo en la carcasa de un viejo macho como ése.

Krok había permanecido sentado, en silencio, sufriendo el sino de su destino, mirando al mar y sin preocuparse de lo que sucedía en tierra, pero de repente lanzó un grito y los forasteros se apresuraron a dar la voz de alarma, puesto que se avistaban cuatro barcos en la bahía que remaban rumbo a tierra: eran los que habían luchado con los de Berse. Remaban despacio, y pronto vieron que uno de ellos tenía la línea de flotación muy baja y estaba tocado: una de las bordas estaba hundida en la parte

central del barco, y muchos de los remos estaban rotos.

A pesar de que los prisioneros estaban apesadumbrados por su mala fortuna, desfallecidos por sus heridas y torturados por la sed, empezaron a gritar de alegría ante aquella imagen, ya que comprendieron que uno de los barcos de Berse había conseguido embestirles, al aumentar el viento en mar abierto. Los enemigos se habían visto obligados a abandonar la persecución y a regresar a remo con los heridos.

—Sin duda, habrá perdido a muchos hombres, ya que tenía un sinnúmero de enemigos a bordo y las manos llenas la última vez que lo vi. Además, pensará que pocos de nosotros hemos podido sobrevivir, puesto que no ha visto salir nuestro barco de la bahía. Lo más lógico es que intente llegar a casa con lo que le quede, con ambos barcos o sólo con uno si la tripulación sólo alcanza para uno. Si lo consigue, el viaje de Krok será explicado y vivirá en buen recuerdo entre los hombres de Lister. Eso sí, podemos estar seguros de que van a masacrarnos ahora por la indignación de que dos de nuestros barcos hayan escapado.

Pero este augurio de Krok no resultó cierto, pues al final les proporcionaron pitanza y bebida e incluso un hombre examinó sus heridas. Comprendieron entonces que se iban a convertir en esclavos, algunos lo consideraban mejor que la muerte, pero otros dudaban sin saber lo que iba a ser peor. El *hövding* de los forasteros dejó que los esclavos remeros, que parecían provenir de diferentes lugares, descendieran a tierra y les hablaran en varias lenguas, pero nadie conocía la lengua de los hombres del norte. Los forasteros permanecieron un par de días en aquel lugar, y restauraron el barco dañado en la batalla.

Muchos remeros habían perecido al ser embestidos con el espolón del barco de Berse, y en su lugar colocaron a los prisioneros. Estaban acostumbrados a bogar, y de entrada la tarea no les pareció excesivamente dura puesto que eran dos personas por remo. Eso sí, tenían que hacerlo con una pierna engrillada y casi desnudos, y al principio les resultaba humillante. Al lado de los demás, su piel parecía pálida al principio; pronto empezaron a sufrir el rigor del sol en sus espaldas, y cada aurora se les hacía una tortura mayor, pero al cabo de un tiempo se curtieron y se olvidaron de contar los días, sin hacer más que bogar, dormir y sentir hambre y sed; comer, beber y volver a bogar de nuevo. Al final llegaron a acostumbrarse a la dureza del trabajo, incluso se adormilaban al remo bogando como los demás sin perder el ritmo y sin que los tuviera que despertar el cómitre a golpe de látigo. Llegado ese punto, se habían convertido en eficaces esclavos remeros.

Remaban bajo el calor y la lluvia, a veces bajo una agradable brisa, pero jamás tuvieron que hacerlo en aguas heladas. Eran esclavos remeros del califa, sin embargo poco sabían del lugar hacia el que remaban o para qué servían sus esfuerzos. Borearon costas escarpadas y ricas tierras bajas, esforzándose para remontar ríos con fuertes corrientes en cuyas orillas veían hombres de tez morena e incluso negra y, a veces, en la distancia, avistaban mujeres con velo. Atravesaron el Njörvasund y llegaron hasta los límites del poder del califa; pudieron ver islas ricas y bellas

ciudades, todas sin nombre para ellos. Atracaron en grandes puertos, donde les mantuvieron encerrados en casas de esclavos remeros hasta que volvía a llegar la hora de bogar. Lo hacían duro, lanzados en persecución de barcos forasteros, hasta que parecía que sus corazones iban a explotar y yacían resollando boca abajo durante abordajes que no tenían fuerzas de contemplar.

No sentían ni tristeza ni esperanza, y no invocaban a dios alguno, ya tenían suficiente con cuidarse de su remo y vigilar al hombre con el látigo que supervisaba su tarea. Lo odiaban con todas sus fuerzas cuando les fustigaba, pero aún más cuando, en pleno trabajo, se paseaba con grandes trozos de pan empapados en vino agrio que les metía en la boca, puesto que aquello significaba que iban a tener que bogar sin sosiego hasta el fin de sus fuerzas. No comprendían sus palabras, pero pronto aprendieron del sonido de su voz cuántos golpes iba a recibir el que había descuidado el remo. Su mayor dicha consistía en imaginar una muerte horrible para él con el cuello degollado o con la espalda molida a latigazos hasta que sus huesos se atisbaran entre la sangre.

En su vejez, Orm decía que aquella época se le había hecho larga de vivir pero corta de contar; en su memoria, aquellos días alcanzaban una monotonía tal que, de algún modo, era como si el tiempo se hubiera parado. Sin embargo, había algunos indicios de que eso no era así, y uno de ellos era la barba. Había sido el único joven imberbe que habían puesto a remar, pero pronto empezó a crecerle la barba, aún más roja que su cabello, y al final la tuvo tan larga que barría el remo cuando se sentaba inclinado sobre él. No le creció más porque el roce con el remo la mantenía en esa longitud, y solía decir que aquélla era la peor de todas las maneras que existían de cuidarse la barba.

El otro indicio era el aumento de su fuerza física. Ya era fuerte cuando lo sentaron al remo, pues estaba acostumbrado a bogar en el barco de Krok, pero la fatiga de los esclavos remeros era mayor que la de los hombres libres y, al principio, cuando remaba muchas horas, cosa que requería grandes esfuerzos, el mareo y la debilidad le superaban. Pudo ver hombres que reventaban su corazón y echaban espumarajos sangrientos por la barba, caían de espaldas sobre el banco con espasmos en el cuerpo, fallecían y eran arrojados por la borda; sin embargo, sabía que tan sólo podía escoger entre dos cosas: bogar mientras los demás bogaran, aunque lo hiciera hasta morir, o recibir los azotes del látigo del cómitre. Decía que él solía preferir lo primero, puesto que, en una ocasión, al principio, había probado el látigo, y desde ese momento supo que si sucedía una vez más no iba a poder contener su ira, y entonces sí que podía dar por segura su muerte.

Por ello remaba lo mejor que podía, a pesar de que le superara el desfallecimiento y el dolor de brazos y espalda, pero al cabo de un tiempo casi dejó de sentir la fatiga. Su fuerza iba en aumento y tenía que ser comedido con ella ya que incluso se arriesgaba a romper el remo, que ahora le parecía una astilla, cosa que conllevaba una severa reprimenda con el látigo. En el tiempo que pasó como esclavo del califa,

estuvo en un remo de babor y de ahí lo curioso: cuando lo pusieron a bogar era diestro, pero salió de allí zurdo. Desde entonces, sólo arrojaba las lanzas con su brazo izquierdo. La fuerza que desarrolló, y que era mayor que la de otros hombres, le fue muy bien, y en su vejez conservó gran parte de ella.

Sin embargo, había un tercer indicio, más allá del crecimiento de la barba y de la fuerza, que le hacía percatarse de cómo el tiempo pasaba lento y pesado al remo, y es que empezaba a comprender algo de la lengua de los forasteros; primero alguna que otra palabra, y luego cada vez más. Algunos de los esclavos eran de tierras lejanas del sur y del este, y hablaban lenguas que sonaban a ladridos de perro que nadie comprendía aparte de ellos; otros eran esclavos de los cristianos del norte y tenían su propia lengua. Sin embargo, muchos eran andaluces a quienes habían puesto a bogar por rebeldes e insurrectos, o porque habían fastidiado al califa con nuevas doctrinas de su dios y su profeta, y estos hombres hablaban árabe como sus señores. El hombre del látigo también hablaba esta lengua, y como era útil para los esclavos remeros comprender siempre los deseos de este hombre, se convirtió en un buen maestro de lenguas sin pretenderlo.

Era una lengua difícil de comprender y aún más de pronunciar, con sonidos guturales que parecían más bien el canto de un cuervo o una rana croando, y a Orm y sus compañeros les parecía extraño que estos forasteros se tomaran la molestia de articular sonidos tan complejos en vez de hablar como humanos, como hacían los habitantes del norte. No obstante, Orm hizo gala de más habilidad en el aprendizaje de esta lengua que los demás, quizá porque era el más joven de todos ellos o porque siempre se le había dado bien aprender los vocablos difíciles de las viejas composiciones de los escaldos, aunque no comprendiera su significado.

Y por esta razón Orm fue el primero en comprender lo que se les decía, y el único que podía responder con alguna que otra palabra. Así se convirtió en portavoz e intérprete de sus compañeros, de modo que las órdenes iban dirigidas a él primero y averiguó muchas cosas para los demás haciendo preguntas como podía a los esclavos remeros que hablaban árabe y tenían información. A pesar de ser el más joven de los nórdicos a bordo, consiguió así hacer de *hövding*, ya que ni Toke ni Krok podían aprender aquella lengua extraña, y desde entonces Orm siempre decía que, después de la buena fortuna, la fuerza y la habilidad con las armas, no había nada más útil para un hombre que se encontrara entre forasteros que la capacidad de aprender.

El barco llevaba una tripulación de cincuenta guerreros, y los esclavos remeros eran setenta y dos en total para dieciocho pares de remos. De banco a banco se murmuraba la posibilidad de liberarse de las cadenas y reducir a los guerreros para conseguir la libertad, pero los grillos eran resistentes, siempre les asignaban vigilantes cuando el barco anclaba y no les quitaban el ojo de encima, incluso cuando entraban en batalla con barcos enemigos mataban sin dilación al que se mostrara inquieto. Cuando los llevaban a tierra en alguno de los grandes puertos de guerra del califa y los encerraban en casas de esclavos remeros hasta que el barco zarpara de

nuevo, eran sometidos a una vigilancia severa y jamás podían formar grupos; por todo ello les parecía que no tenían más remedio que esperar y bogar mientras continuaran con vida o hasta que algún barco enemigo pudiera vencer a aquellos que los habían sometido a tal condición, y quizá liberarles. Pero los navíos del califa eran numerosos y siempre estaban en superioridad, y por eso ni siquiera podían contar con esa posibilidad. Aquellos que intentaban rebelarse eran azotados hasta la muerte o arrojados vivos por la borda e incluso a veces, si se trataba de esclavos robustos, eran castrados y obligados a continuar bogando. A pesar de que los esclavos remeros jamás tenían oportunidad de estar con mujer alguna, eran escarmentados de este modo porque éste era considerado el peor de todos los castigos.

Cuando, en su vejez, Orm hablaba de sus días de esclavo remero, recordaba el lugar de todos y cada uno de sus paisanos en el barco, e incluso de la mayoría de los demás. En sus historias podía pasar de remo a remo contando el tipo de hombre que lo ocupaba, los que habían perdido la vida y de cómo otros los habían reemplazado, o de los que más latigazos recibían. Decía que no era difícil para él recordar todo aquello porque a menudo en sueños volvía a aquel barco y veía las espaldas tiesas, marcadas por el látigo, y escuchaba el gemir de los hombres cuando remaban duro, y siempre también detrás de sí los pasos del cómitre aproximándose. El lecho tenía que ser de buena madera para que no se rompiera cuando agarraba con fuerza el remo en el sueño, y solía decir que no había felicidad mayor que la de despertarse y darse cuenta de que aquello sólo había sido un sueño.

Tres remos por delante de Orm, en el mismo lado, a babor, Krok ocupaba su lugar. Estaba claro que para él todo aquello era distinto. Tanto Orm como los demás entendían que la condición de esclavo remero era más dura para él que para el resto, puesto que era un hombre que estaba acostumbrado a dar órdenes y que durante mucho tiempo había confiado en su fortuna. Ahora estaba siempre callado, y en raras ocasiones respondía cuando le hablaban los paisanos que tenía más cerca y, aunque con su gran fuerza podía gobernar el remo sin más problema, remaba como medio dormido y parecía siempre estar lejos de allí. A veces remaba más lento y perdía el ritmo, ganándose así unos cuantos azotes sin que nadie escuchara queja ni tan sólo una maldición mascullada; agarraba el remo con fuerza y volvía a coger el ritmo sin perder de vista al cómitre que se alejaba, como aquel que observa una avispa importuna que no puede alcanzar.

El compañero de Krok al remo era un hombre llamado Gunne. Él se quejaba de que recibía muchos latigazos por culpa de Krok, pero éste no respondía a sus quejas. Al fin, un día, cuando el cómitre los había molido a latigazos y las protestas y la rabia de Gunne fueron más fuertes de lo acostumbrado, Krok le observó como si acabara de verle por primera vez allí y dijo:

—Ten paciencia, Gunne, no te voy a fastidiar por mucho tiempo. Soy un *hövding* y no sirvo para esto, pero tengo una última tarea que cumplir, si mi fortuna me lo permite.

Dicho esto calló, y Gunne no pudo sacarle de modo alguno a qué tarea se refería.

Delante de Orm había dos hombres llamados Halle y Ögmund que conversaban mucho sobre los buenos tiempos, sobre la buena comida, la cerveza y las muchachas de sus pueblos, además de planear muchas maneras de quitarle la vida al cómitre que nunca eran capaces de llevar a la realidad. El mismo Orm compartía banco con un forastero de tez oscura al que por alguna fechoría le habían cortado la lengua. Era diestro con el remo y en pocas ocasiones recibía castigos, pero Orm hubiera preferido tener a su lado a un paisano o al menos a alguien que pudiera hablar. Lo peor, pensaba Orm, era que aquel hombre sin lengua, que no podía hablar, podía toser, con la peor de las toses que Orm jamás había escuchado. Se le ponía el rostro gris y resollaba como un pez fuera del agua; su aspecto era tan terrible que no se podía esperar que viviera mucho, y eso angustiaba a Orm, que se preocupaba por su propia salud. A pesar de que la vida como remero no valía mucho, no quería morir de la misma enfermedad que aquejaba a aquel hombre sin lengua, eso lo supo desde la primera vez que le oyó toser. Estos pensamientos lo entristecían, y por ello hubiera querido tener a Toke más cerca.

Toke estaba sentado varios remos por detrás de Orm, y sólo podían hablar en contadas ocasiones, cuando los llevaban a tierra o de vuelta a bordo, ya que en la casa de esclavos remeros estaban todos amarrados de cuatro en cuatro en pequeños habitáculos según el lugar que ocupaban en los remos. Toke conservaba su viejo talante y aún podía encontrar motivos para mostrarse socarrón. No se llevaba bien con su compañero de banco, un hombre llamado Turne, que según Toke no cumplía con su parte de trabajo al remo pero se tomaba más de la parte que le correspondía de rancho; a veces componía versos de escarnio, sobre Turne, o sobre el cómitre, y las cantaba como canciones de remo para que Orm y los demás también las escucharan.

Sin embargo, en lo que más se ocupaba era en encontrar la manera de liberarse, y la primera vez que él y Orm pudieron conversar le dijo que tenía un buen plan casi ultimado, y todo lo que necesitaba era un hierro adecuado que le permitiera forzar uno de los eslabones de los grillos. Tendría que ser en una noche oscura, cuando el barco estuviera amarrado en algún puerto y todos estuvieran dormidos, excepto los que hacían la guardia nocturna. Entre ellos se pasarían el hierro para que en silencio todos pudieran liberarse, forzando las cadenas. Una vez liberados todos los nórdicos, sólo les quedaría estrangular a los vigilantes sin alborotar y arrebatárles las armas, y ya en tierra encontrarían una manera de proseguir su fuga.

Orm le decía que aquel hubiera sido un buen plan si se hubiera podido llevar a cabo y si, contra todo pronóstico, llegaban tan lejos como para estrangular a los vigilantes. Aun así, había muchos condicionantes: ¿de dónde iban a sacar el hierro? ¿Y cómo unos hombres desnudos bajo constante vigilancia iban a conseguir subir uno a bordo sin que lo viera nadie? Toke suspiró y le respondió que eran dificultades que podían tenerse en cuenta, pero no había otro plan mejor y tendrían que tener paciencia y esperar la ocasión adecuada.

También se acercó a Krok para explicarle su plan, pero Krok le escuchó distraído, y sólo le dio algunas palabras como respuesta. Un tiempo después, vararon el barco a tierra hasta el astillero del califa para limpiarlo y embrearlo, y pusieron a trabajar en estas tareas a muchos de los esclavos remeros engrillados de dos en dos, y los nórdicos, que tenían buena idea de estos trabajos, estaban entre ellos. Vigilantes armados los rodeaban y el cómitre se paseaba con el látigo y aceleraba los trabajos, mientras dos hombres con arcos y espadas le seguían a todas partes para protegerlo. Cerca del barco calentaban la pez en una gran caldera, y al lado había un barril con agua para que bebieran los prisioneros.

Krok y Gunne estaban al lado del barril, bebiendo, cuando uno de los esclavos apareció cargando a su compañero que había resbalado durante los trabajos y se había lastimado el pie y no podía apoyarlo. Lo sentaron y le dieron agua, y el cómitre se acercó para ver lo que había sucedido. El herido estaba tendido en el suelo y se lamentaba, y el cómitre, que era muy desconfiado, le azotó para comprobar si podía o no tenerse en pie. Pero el hombre fue incapaz de levantarse, bajo la mirada atenta de todos los que se encontraban a su alrededor.

Krok estaba unos pasos atrás, al otro lado del barril, y se acercó llevándose a Gunne consigo: de repente toda su indiferencia se había esfumado. Estaba bastante cerca y vio que la cadena alcanzaba, cogió carrerilla y agarró al cómitre del cinturón y del cuello y lo volteó en el aire. Este profirió un gran berrido, y el vigilante que tenía más cerca se giró y le hincó la espada a Krok, que pareció no sentir nada y, sin soltar grito alguno, colocó al cómitre cabeza abajo en la pez hirviendo mientras el otro vigilante lo golpeaba con el hacha en la cabeza. Krok se tambaleó, pero mantuvo la mirada fija en lo que sobresalía del cómitre, rió y dijo:

—Ahora sí ha mejorado mi suerte.

Dicho esto cayó muerto, y todos los remeros que observaron la escena soltaron un grito de alegría al ver que el cómitre había tenido aquel final. Sin embargo, los hombres de Krok sintieron también tristeza y después comentaban a menudo la hazaña de su líder y sus últimas palabras. Estaban de acuerdo en que había actuado como un *hövding* y esperaban que el cómitre, dentro de la caldera, hubiera vivido lo suficiente para poder sentir la pez de verdad. Toke compuso una estrofa en honor a Krok, que rezaba así:

Peor castigo que el látigo
probó el verdugo
en la tina ardiente
del caballo de mar.

Krok, llegó al remo
por infortunio
pero logró venganza y libertad:
mejor ahora es su fortuna.

Al volver a los remos les asignaron un nuevo cómitre, pero a todos les pareció notar que éste había aprendido algo de aquellos hechos y fue más comedido con el látigo.

CAPÍTULO VI

Del judío Salamán y de la soberana Subaida y de cómo Orm consiguió la espada *Lengua-Azul*

El hombre sin lengua, que bogaba en el mismo remo que Orm, empeoró hasta el punto de perder toda utilidad y cierto día, estando el barco amarrado en uno de los puertos de guerra del sur del califato, llamado Málaga, fue desembarcado y sustituido al remo. Orm, que había llevado hasta aquel momento la mayor parte de la carga del trabajo, sentía curiosidad por si su nuevo compañero iba a ser mejor que el anterior. A la mañana siguiente y con gran esfuerzo, cuatro soldados arrastraron a bordo al nuevo remero por la pasarela, y ya de lejos se pudo oír que no había perdido la lengua. Era un hombre joven y apuesto, imberbe y esbelto que vociferaba y maldecía como nunca se había escuchado en aquel barco.

Una vez colocado en su puesto lo mantuvieron firme mientras le colocaban el grillete, y fue entonces cuando le brotaron algunas lágrimas, al parecer más provocadas por la ira que por otro sentimiento. Tanto el capitán del barco como el cómitre acudieron a verle, y el joven les acosó con amenazas e injurias que los oídos de Orm jamás habían escuchado antes; por ello, el resto de esclavos remeros pensó que aquel recién llegado se iba a llevar unos buenos azotes. Sin embargo, el capitán y el cómitre sólo se acariciaron la barba con aire reflexivo mientras leían un documento que les habían entregado los soldados. Ahora sacudían la cabeza, ahora asentían y conversaban pensativos, mientras el recién llegado les gritaba y les llamaba hijos de perra famélica, comedores de tocino y fornicadores de pollinas. Finalmente, tras amenazarlo con el látigo e instarle a que se calmara, el cómitre se alejó con el capitán y sólo entonces el recién llegado se puso a temblar entre sollozos.

A Orm todo esto le resultó ciertamente extraño, y aunque comprendió que aquel hombre no le iba a ser de demasiada ayuda al remo hasta que no le azotaran, estuvo contento de todos modos por haber conseguido un compañero que pudiera hablar en vez del otro sin lengua. Al principio el nuevo no decía gran cosa, a pesar de que Orm se mostraba amable con él, y su trabajo al remo era más bien mediocre; le costaba aceptar su nueva situación y al principio se quejaba furioso de la comida que les daban, aun cuando Orm pensaba que, si bien la cantidad era parca, siempre tenía buen sabor. Orm, paciente, remaba por los dos y le animaba todo lo que podía. En más de una ocasión le preguntó de dónde era y por qué había acabado allí, pero el otro respondía siempre con una mirada soberbia y encogiendo los hombros. Al fin, como si estuviera ladrándole, le dijo que era un hombre de estirpe noble que no estaba acostumbrado a ser interrogado por esclavos que ni tan siquiera podían hablar

correctamente. Entonces Orm le dijo:

—Sólo por lo que acabas de decir podría apretar tu cuello de cigüeña hasta dejarte sin aliento, pero es mejor que mantengamos la paz y nos conozcamos. Aquí todos somos esclavos remeros, y tú lo eres como los demás; y no eres el único que viene de buena familia, mírame a mí, por ejemplo, me llamo Orm y soy hijo de un *hövding*. Es cierto que no domino tu lengua, pero tú aún dominas menos la mía porque no sabes ni una palabra. Por todo esto me parece a mí que tú y yo somos iguales y, si uno de los dos tiene que ser el mejor, no me parece que vayas a ser tú.

—No hablas bien mi lengua —respondió el recién llegado—, pero pareces un hombre razonable. Es posible que seas de buena estirpe entre los tuyos, pero conmigo no puedes siquiera competir, ya que por parte de madre soy descendiente del Profeta, en paz descanse. Y tienes que saber que la mía es la lengua del mismísimo Alá, mientras que los malos espíritus han creado las otras para impedir la doctrina verdadera. Por eso no somos iguales tú y yo. Me llamo Khalid, hijo de Yazid, mi padre tuvo un alto cargo en la corte del califa, y soy propietario de grandes riquezas; me dedico sólo a mi vergel y a mis festines, mi música y mis poemas. Es cierto que ahora tengo otros quehaceres, pero no será por mucho tiempo. ¡Que los gusanos devoren los ojos de aquel que aquí me colocó! He compuesto melodías que se cantan por todo el califato, y pocos poetas en vida se pueden medir conmigo.

Orm dijo que si, según creía, un poeta era un escaldo, sin duda habría muchos en el reino del califa, pues ya había conocido uno antes, y Khalid respondió que de algún modo sí eran numerosos, puesto que muchos se atrevían con el arte de los escaldos; sin embargo, sólo unos pocos eran verdaderamente virtuosos.

Empezaban a llevarse bien, aun cuando Khalid seguía siendo un pésimo remero y a veces apenas servía porque los remos le desollaban las manos. Pronto le explicó a Orm cómo había acabado de remero. Khalid tuvo que repetir lo que le contaba con palabras diferentes porque para Orm no era fácil comprenderle. Al final, Orm alcanzó a entender la mayor parte de la historia que le contaba su compañero.

Khalid le contó que su infortunio había empezado con la más bella de las casaderas de Málaga, la hija del gobernador del califa en la ciudad, hombre de humilde cuna y carácter malvado. Sin embargo, la hermosura de su hija era tal que ni siquiera un escaldo podía soñar con mayor beldad. Khalid tuvo la oportunidad de contemplarla sin el velo en una fiesta de la cosecha. Tras aquel encuentro, la amó más que a todas las mujeres, y compuso canciones en su honor que se derretían en la boca. Un día se encaramó a una azotea cerca de la casa de la muchacha y la pudo observar una vez más en su terraza. Él la saludó con entusiasmo y le pidió que se descubriera el rostro una segunda vez. Esta fue la señal que indicaba que ella también le amaba, y su gran belleza le había embelesado.

Tras ser consciente del interés de la muchacha por él, entregó ricos presentes a su sirvienta para comunicar así su devoción. Un día el gobernador fue a visitar al califa para rendir cuentas de su demarcación, y ella, aprovechando la ausencia de su padre,

le envió una flor roja. Entonces, Khalid se disfrazó de anciana y, con la ayuda de la esclava, entró en sus dependencias y disfrutó del delicioso amor carnal en varias ocasiones. No obstante, un día, mientras caminaba por la ciudad, acudió a él su hermano empuñando una espada. En el enfrentamiento el hermano de la muchacha resultó herido a causa de la destreza de Khalid con las armas, y, cuando el gobernador regresó a casa, detuvieron a Khalid y lo llevaron ante él.

En aquel punto, a Khalid le cegó la ira, y escupió enconado en el remo mientras maldecía al gobernador. Y tras esto continuó diciendo:

—Según la ley, él no tenía nada contra mí. Sin duda había practicado el amor carnal con su hija, pero a cambio la había mencionado en bellas melodías, y que un hombre de mi linaje no puede casarse con la hija de un berebere de baja estirpe era algo que hasta su padre podía comprender. Había herido a su hijo, pero éste me había atacado y tan sólo mi benignidad le había permitido salir de allí con vida. Por esto último el gobernador tenía que haber sentido agradecimiento si hubiera sido un hombre probo, pero en lugar de eso pidió consejo a su maldad, que es la mayor de toda Málaga, y ésta es la consecuencia. ¡Escucha, hereje, y asómbrate!

Orm escuchó atento la explicación de aquel hombre, aunque muchas palabras le eran ajenas, tanto a él como a los hombres de los bancos cercanos, ya que Khalid explicaba su historia en voz muy alta.

—Hizo leer uno de mis más bellos poemas y me preguntó si yo era su autor, a lo que respondí que todos y cada uno de los habitantes de Málaga conocían aquellas estrofas y sabían que yo las había compuesto, ya que se trataba de un canto a Málaga, el mejor que jamás se haya recitado, y en él había los siguientes versos:

Y algo sí sé con certeza: si el Profeta tan sólo
hubiera catado el jugo de nuestras viñas,
jamás hubiera, a ciegas como hizo,
prohibido el néctar de uva en su severo texto.
Si no feliz, con la barba manchada de mosto rojo y la copa llena,
hubiera mejorado su doctrina con permiso del vino.

Tras recitar estos versos, Khalid rompió a llorar y dijo que por ellos había sido condenado al remo. El califa, que era el guardián de la doctrina verdadera y el representante del Profeta sobre la tierra, había decidido que todo aquel que le injuriara o reprobara su doctrina sería castigado severamente. El vengativo gobernador juzgó que ésta era la mejor manera de escarmentarle con la justicia como excusa.

—Sin embargo, me consuela pensar que esto no va a durar mucho tiempo, puesto que mi familia es más poderosa que la suya y el califa la tiene bien considerada, y por ello mi liberación no tardará en tener lugar. Es por ello que nadie a bordo se atreve a azuzarme con el látigo, saben que nadie que ponga la mano encima a un descendiente

del Profeta queda impune.

Orm preguntó cuándo había vivido ese profeta del que hablaba, y Khalid le respondió que hacía más de trescientos cincuenta años. Orm dijo entonces que, ciertamente, aquel profeta debía de haber sido un hombre poderoso cuando aún podía proteger a sus allegados y aún podía decidir lo que su gente podía beber. En Skåne, ningún hombre había gozado de tal poder, ni siquiera el mismo rey, Ivar Vidfamne, que había sido el hombre más poderoso que allí había vivido.

—También es cierto que en el lugar del que yo vengo nadie se inmiscuye en lo que beben los demás, ni reyes ni otras personas.

La habilidad de Orm para departir en árabe aumentó en gran medida con Khalid de compañero de remo, puesto que este último hablaba sin parar y tenía mucho que contar. Días más tarde incluso quiso saber dónde estaba situada la tierra de Orm y cómo había llegado hasta allí. Orm le contó entonces el viaje de Krok y de cómo se había embarcado con él y lo que había sucedido. Después de haberle explicado todo lo mejor que pudo, dijo:

—Y todo esto a partir de nuestro encuentro con el tal judío Salamán. A lo mejor era de verdad un hombre con buena estrella, puesto que fue liberado de su cautiverio y, durante su estancia con nosotros, todo anduvo bien. Decía que era un hombre poderoso de una ciudad llamada Toledo, uno de los más virtuosos escaldos y orfebre de profesión.

Khalid dijo que lo conocía bien, sus argenterías tenían mucha fama y para ser de Toledo era, en efecto, un poeta virtuoso.

—Y no hace mucho tiempo escuché uno de sus poemas recitado por un juglar itinerante del norte, y en él describía cómo había caído en las manos de un marqués asturiano y cómo éste le había torturado. Luego seguía contando cómo había conseguido escapar, y cómo se había dirigido a la fortaleza acompañado de bandidos: la había asaltado, había dado muerte al marqués y había colgado su cabeza de un poste para las cornejas; luego se había llevado su cráneo a casa con el resto del botín. Era una composición bien creada en su sencillez, pero sin la agilidad en el tono que caracteriza a los mejores poetas malagueños.

—No escatima detalles con sus hazañas —dijo Orm—, y si ha sido capaz de todo ello para vengarse de un enemigo, debería también poder hacer algo para recompensar a los amigos que le han ayudado. Nosotros lo liberamos de la esclavitud, asaltamos la fortaleza y ejecutamos su venganza. Si es un hombre poderoso en estas tierras, podría devolvernos el favor a los que aquí nos encontramos, aunque la verdad, no sé cómo podría conocer nuestra desgracia, ni cómo podría liberarnos.

Khalid le dijo que Salamán era conocido por sus riquezas, y que estaba bien considerado ante el califa a pesar de no pertenecer a la doctrina verdadera. Orm empezó entonces a sentir cierta esperanza, pero no mencionó a sus compatriotas lo que le había contado Khalid. Al final, Khalid prometió transmitir el mensaje y los saludos a Salamán de Toledo en cuanto le pusieran en libertad.

Pasaron algunos días sin que Khalid, que cada vez estaba más nervioso y se ponía hecho una furia ante la ineptitud de su familia, viera liberación alguna. Empezó también a elaborar un largo poema sobre lo pernicioso del riño, que esperaba poder escribir en algún puerto y enviarlo al califa para que se supieran sus verdaderas ideas en aquel asunto. Sin embargo, al llegar al enaltecimiento del agua y del zumo de limón, como bebidas preferibles al vino, se encallaba y no le salían los versos. Y a pesar de que en sus malos momentos continuaba profiriendo injurias contra los mandos del barco, nunca lo azuzaron con el látigo. Orm veía este hecho como una buena señal de que no se quedaría a bordo por mucho tiempo.

Una mañana, en uno de los puertos orientales, una vez atracado el barco tras una dura persecución de piratas africanos, subieron cuatro hombres a bordo. Cuando Khalid los vio se llenó de tanta alegría que ni siquiera oía las preguntas de Orm. Uno de ellos era un alto cargo con un gran turbante y una lujosa chilaba de invierno: le dejó una carta al capitán del barco y éste, después de pasársela por la frente, la leyó con devoción. El otro era al parecer un familiar de Khalid, ya que en el momento que este último fue liberado de los grilletes se abalanzó a sus brazos y no cesó de hablar interrumpiéndose y a toda velocidad entre abrazos, sollozos y besos. Los otros dos hombres eran sirvientes cargados de ropas y cestos. Le colocaron a Khalid una bonita vestidura y le ofrecieron comida. Orm le llamó para recordarle su promesa, pero Khalid ya estaba ocupado reprendiendo a su familiar porque había olvidado llevar consigo a un barbero y no oía nada de lo que le decía. Poco después, Khalid desembarcaba con su comitiva, y el capitán y los marineros le despidieron con una reverencia a la que él respondió con un gesto distinguido con la cabeza. Desapareció así envuelto en su comitiva, sin prestar más atención a las personas que dejaba atrás.

Orm se quedó apesadumbrado por aquella actitud; Khalid había sido una buena compañía para él y ahora, una vez en libertad, su condición le hacía olvidar lo que había prometido. Colocaron a otro hombre al lado de Orm, un comerciante orondo que había estafado con pesas trucadas, que se cansaba enseguida y se quejaba aún más, mientras mascullaba retahílas devotas para sí mismo. Este dio pocas alegrías a Orm, y aquel tiempo a bordo se le hizo el más duro de todos. Tenía sus esperanzas puestas en Khalid y en Salamán, pero éstas se desvanecían a medida que pasaban los días.

En Cádiz, finalmente, llegó su día de suerte. Un *hövitsman* se acercó al barco con una numerosa tripulación de reserva, y liberó a todos los esclavos remeros del norte de sus grilletes. Les procuraron vestiduras y calzado, y los llevaron a otro navío que remontó el gran río hacia Córdoba. Allí tuvieron que ayudar a remontar el río a remo, pero sin grilletes ni látigos y con buenos relevos. Además, podían sentarse juntos a charlar libremente por primera vez en mucho tiempo. Habían sido esclavos remeros durante dos años y gran parte del tercero, y Toke, que cantaba y reía mucho, dijo que ignoraba lo que iba a ser de ellos de ahora en adelante, pero una cosa sí sabía: había llegado la hora de beber hasta saciar su sed. Orm en cambio respondió que prefería

que esperase un momento más oportuno, puesto que malo sería que tuvieran que enzarzarse en una pelea ahora, cosa que solía suceder, por lo que él recordaba, cuando saciaba su sed. Toke estuvo de acuerdo en que era mejor contenerse, pero dijo que la espera sería difícil. Todos se preguntaban qué iba a ser de ellos, y Orm les contó su conversación con Khalid sobre el judío. Numerosos fueron los elogios al judío y a Orm, y a pesar de que este último era el menor de todos ellos vieron en él, desde ese momento, a su nuevo *hövding*.

Orm le preguntó al *hövitsman* qué suerte les deparaba el destino y si conocía al judío Salamán, pero lo único que sabía el hombre era que le habían ordenado llevarlos hasta Córdoba, del judío no había oído nada.

Llegaron a la ciudad del califa y contemplaron cómo se extendía por ambas riberas del río con casas muy juntas y palacios blancos, palmerales y torres. Se maravillaron de su esplendor y belleza, que superaban todo lo que habían imaginado, y sus riquezas les parecieron tan abundantes que hubieran sido suficientes para satisfacer el hambre de saqueo de todos los navegantes del reino de los daneses.

Los condujeron a través de la ciudad y observaron, curiosos, a la muchedumbre. Los hombres se quejaban de que las mujeres brillaban por su ausencia, y las pocas que se mostraban iban envueltas en ropas y llevaban velo.

—Mucho haría falta —dijo Toke— para que una mujer no me pareciera hermosa a estas alturas; al menos si encontramos alguna, puesto que hace ya tres años que nos encontramos entre estas gentes y aún no he podido ver si hay mujeres entre ellos.

—Si nos devuelven la libertad —dijo Ögmund—, podremos disfrutar de las mujeres aquí como en cualquier otro lugar, porque sus hombres no parecen gran cosa comparados con nosotros.

—Cada hombre de este país —añadió Orm— puede tener cuatro esposas cuando abraza al Profeta y su doctrina, pero una vez hecho esto jamás podrá volver a catar el vino.

—Difícil elección, sin duda —respondió Toke—, puesto que su cerveza es demasiado ligera para mi paladar; pero quién sabe, a lo mejor no hemos degustado la mejor de ellas. Y cuatro mujeres me parece algo que yo podría necesitar.

Llegaron a una gran hacienda llena de soldados y allí pasaron la noche. A la mañana siguiente, se acercó un desconocido para llevarlos hasta una casa no muy lejos de allí, donde fueron bien acogidos por lavadores y barberos, y donde pudieron saborear bebida fresca en pequeños y bellos cuencos. Después les proporcionaron ropa más suave que no les causara tantas rozaduras, porque como habían estado desnudos tanto tiempo la ropa les parecía rasposa sobre la piel. Al vestirse, se miraron sorprendidos, y cada uno se mofó del otro por su aspecto refinado. Para mayor sorpresa, fueron conducidos a un comedor donde les recibió un hombre dándoles la bienvenida. Enseguida reconocieron a Salamán, a pesar de que entonces actuara de un modo distinto a la última vez: se veía en todos los detalles que se trataba de un hombre opulento y poderoso.

Fue muy amable con ellos y les invitó a comer y a beber, insistiendo en que se sintieran como en su propia casa, pero como había olvidado lo poco que había aprendido de la lengua nórdica, Orm era el único que se podía comunicar con él. Le contó que había hecho todo lo que había podido por ellos al oír los apuros que estaban pasando, ya que en el pasado le habían hecho el mayor de los favores y ahora le había alegrado en gran medida poderles corresponder. Orm le agradeció el gesto de la mejor manera que le fue posible, pero lo que más les importaba era saber, dijo, si eran hombres libres o todavía esclavos remeros.

Salamán dijo que los esclavos del califa nunca dejaban de serlo, y que no podía hacer nada a ese respecto, aunque ahora iban a servir en la escolta, formada siempre por hombres de entre los mejores prisioneros de guerra del califa, y por esclavos comprados en el extranjero. Los califas de Córdoba siempre habían tenido una escolta así, dijo, porque se sentían más seguros de este modo que con súbditos armados en su casa, puesto que estos últimos eran más fáciles de convencer por familiares y amigos a la hora de ponerle la mano encima cuando reinaba el descontento en el califato.

Antes de formar parte de la escolta, explicó, serían sus invitados y podrían recuperarse de sus esfuerzos. Y allí se quedaron cinco días con él pasándolo bien, como héroes sentados a la mesa de Odín. Degustaron numerosos manjares y les sirvieron la bebida que desearan, los músicos tocaron para ellos y, cada noche, se animaban con vino, ya que para Salamán ningún profeta lo había prohibido. Orm y los demás no perdían de vista a Toke, no fuera caso que bebiera demasiado y empezara a sollozar y se volviera peligroso. Su anfitrión ofreció a cada uno de ellos a una joven esclava para que les hiciera compañía en el lecho, y esto les complació más que nada. Lo elogiaron como hombre magnánimo, *hövding*, tan bueno como si hubiera sido de estirpe nórdica, y Toke dijo que la pesca nunca había sido tan buena como cuando había sacado al noble judío del agua. Dormían hasta tarde por las mañanas, en las camas más blandas que jamás habían probado, y, mientras comían, discutían sobre quién tenía la mejor esclava, aunque ninguno quería cambiar la suya por otra.

La tercera tarde Salamán pidió a Orm y a Toke que le acompañaran; había otra persona a quien debían agradecer su liberación y que quizás había hecho más por ellos que él mismo. Le siguieron por intrincadas callejuelas y Orm le preguntó si Khalid, el gran poeta de Málaga, había llegado a Córdoba, y si era con él con quien iban a encontrarse. Salamán dijo que quien les esperaba era más distinguido que Khalid.

—Sólo un extranjero —añadió con decisión— puede creer que Khalid es un gran poeta, aunque él mismo así se considere. Cuando cuento los poetas virtuosos de verdad que ahora viven en el reino del califa, llego a un total de sólo cinco, y Khalid nunca será uno de nosotros, por mucha que sea su habilidad con las rimas. Orm, haces bien en sentirte agradecido con él, porque sin su misiva nunca hubiera sabido de ti y de tus hombres y por ello, si te encuentras con él de nuevo y se llama a sí

mismo poeta, no deberías contradecirle.

Orm respondió que su sentido común era suficiente para no cuestionar la grandeza de un poeta. Toke preguntó por qué le habían pedido que les acompañara, pues no comprendía nada de lo que decían y se encontraba la mar de bien en casa, y Salamán le respondió que era necesaria su presencia puesto que así se había ordenado.

Así llegaron a un jardín protegido por una estrecha cerca que abrieron para ellos. Entraron y avanzaron entre bellos árboles y plantas de gran colorido, y llegaron a un lugar con una fuente cuya agua cristalina manaba entre la hierba floreciente en menudos y sinuosos arroyos. Del lado opuesto se acercó una silla de manos, cargada por cuatro esclavos y seguida de dos esclavas y dos hombres negros con sendas espadas.

Salamán se paró, y Orm y Toke hicieron lo mismo. Los esclavos colocaron la silla en el suelo y las esclavas se apresuraron a situarse a un lado, reverentes, cuando descendió una mujer cubierta con un velo. Salamán la saludó con tres reverencias, con las manos en la frente, y Orm y Toke comprendieron que debía de ser de estirpe real, pero se mantuvieron en pie, derechos, ya que eso de inclinarse ante una mujer les parecía poco apropiado para un hombre.

Ella asintió con distinción hacia Salamán y, mirando a Orm y a Toke con amabilidad, murmuró algunas palabras bajo el velo. Salamán repitió la reverencia y dijo:

—Guerreros del norte, agradeced a su Alteza Subaida vuestra liberación; es su poder quien la ha hecho posible.

Orm le dijo entonces:

—Si ha contribuido a nuestra liberación, le debemos el mayor de los agradecimientos, pero desconocemos su identidad y el porqué de tal favor.

—Y sin embargo ya nos conocemos —dijo ella—, y quizá no me hayáis olvidado del todo desde entonces.

Con esto se retiró el velo y el judío volvió a inclinarse. Toke se acarició la barba y le dijo a Orm:

—Es mi muchacha de la fortaleza, aún más bella ahora que cuando la rapté. Buena fortuna la suya, pues ha conseguido convertirse en reina desde entonces; me gustaría saber si se alegra de verme de nuevo.

Ella miró a Toke y le dijo:

—¿Por qué te diriges a tu amigo y no a mí?

Orm respondió que Toke no hablaba árabe, pero que la recordaba y pensaba que su belleza era aún mayor desde que la vio por última vez.

—Y nos complace a los dos —dijo Orm— que hayas logrado la felicidad y el poder, puesto que a nuestros ojos eras merecedora de ambos.

Ella miró a Orm esbozando una sonrisa y respondió:

—Pero tú, hombre rojo, has tenido tiempo de aprender esta lengua, como yo.

¿Quién es mejor guerrero, tú o tu amigo, que fue mi protector?

—A los dos se nos considera buenos hombres —respondió Orm—, pero yo soy joven, no he vivido tanto como él y su reputación aumentó cuando tomamos la fortaleza donde vos os encontrabais. Por ello le considero mejor que yo, aunque él mismo no pueda decirlo en la lengua de estas tierras. Eso sí, mejor que nosotros dos era Krok, nuestro *hövding*, ahora difunto.

Ella respondió que recordaba a Krok, y que era rara la ocasión en que los grandes *hövding* vivían largas vidas. Orm contó cómo había fallecido el jefe de la expedición, y ella asintió y dijo:

—Extraña tela la que nos ha tejido el destino. Tomasteis la fortaleza de mi padre y lo asesinasteis a él y a la mayoría de los que allí se encontraban, y por ello debería querer quitaros la vida. Sin embargo, mi padre era un hombre cruel y más aún con mi madre, y yo le odiaba y le temía como si fuera un demonio peludo. Su muerte me pareció bien, y no me dolió caer entre extraños ni tampoco ser amada por tu amigo, a pesar del problema que representaba que no nos pudiéramos comunicar. No me apasionaba el olor de su barba, pero tenía la mirada alegre y su sonrisa era amable; eso era de mi gusto y me tocó con manos cuidadosas incluso cuando había bebido y su deseo era urgente. Ni un solo moretón tuve en mi cuerpo en el tiempo que estuve con él y me cuidó con delicadeza de camino al barco. Por todo ello le hubiera seguido encantada hasta vuestro país, ¡díselo tú!

Orm le repitió a Toke lo que ella había dicho, y éste asintió con satisfacción y respondió:

—Aquí tienes mi fortuna con las mujeres y ella ha sido la mejor de todas ellas, se lo puedes decir de mi parte, ¿crees que me va a convertir en un *storman* del país?

Orm le respondió que ella no había mencionado nada de eso, y después de trasmitirle las palabras de Toke le pidió que les explicara lo que había sido de ella desde que la vieron por última vez.

—El capitán del barco me llevó a Córdoba —dijo—, y él no me tocó a pesar de que me obligó a desnudarme ante él, pero sí vio que podía ser un buen presente para su señor, y ahora pertenezco a Almanzor, el visir del califa, el hombre más poderoso de estas tierras. Me instruyeron en la doctrina del Profeta y de esclava pasé a ser consorte principal, puesto que mi belleza le pareció mayor que la de cualquier otra. ¡Loado sea Alá por ello! Y así me han ido las cosas gracias a vosotros, ya que si no hubierais llegado a la fortaleza de mi padre aún estaría yo allí, sufriendo las injusticias de mi progenitor, que me hubiera casado con un mal hombre a pesar de mi belleza. Es por todo esto por lo que he querido ayudaros en lo que me ha sido posible cuando Salamán, el orfebre de mis más bellas joyas, me hizo saber que aún conservabais la vida.

—A tres personas debemos estar agradecidos —dijo Orm— por habernos sacado de los bancos de remo: a vos y a Salamán, y a un hombre de Málaga de nombre Khalid. Ahora sabemos que vos sois la más poderosa de las tres, y por ello queremos

mostraros un agradecimiento mayor. Ha sido una suerte para nosotros encontrar a gente como vos y los otros dos, ya que, de no haber sido así, aún estaríamos bogando y no podríamos esperar nada más que la muerte. Ahora queremos prestar servicio a vuestro señor y ayudarle con sus enemigos, pero aun así es extraño que vos, a pesar de todo el poder del que gozáis, hayáis sido capaz de conseguir nuestra liberación, puesto que los navegantes nórdicos aquí contamos como enemigos desde la época de los hijos de Lodbrok.

—El favor se lo habéis hecho vosotros a mi señor Almanzor, al tomar la fortaleza de mi padre y haberme conseguido para él. Entre nosotros es sabido que los hombres de vuestras tierras son de palabra y buenos guerreros, ya que el califa Abderramán el Grande y su padre, el emir Abdallah, tenían muchos nórdicos en su escolta. Ellos eran también grandes desoladores de las costas españolas, pero desde entonces pocos se han acercado hasta aquí y en la escolta no había ninguno hasta que habéis llegado. Si servís fielmente a mi señor Almanzor, recibiréis buena recompensa. La escolta del *hövitsman* os entregará a vosotros y a vuestros hombres equipo de guerra y buenas armas, pero yo tengo otro tipo de presente para vosotros dos.

Llamó a uno de los esclavos que esperaban junto a la silla de manos, y éste se acercó con dos espadas con bellos adornos en las vainas y sus correspondientes cinturones con pesadas fíbulas de plata. Le entregó una a Toke y la otra a Orm, y ellos las aceptaron con mucha alegría, ya que se sentían desnudos al no poder llevar armas, pues no era lo que tenían por costumbre. Desenfundaron las espadas, examinaron la hoja minuciosamente y probaron el mango. Salamán miró las espadas y dijo:

—Están forjadas en Toledo, de donde vienen los mejores artesanos de la plata y el acero. Allí todavía se fraguan las espadas rectas, como se hacía en el tiempo de los reyes godos, antes de que los servidores del Profeta llegaran a estas tierras; hoy nadie forja mejores espadas que éstas.

Toke soltó una fuerte carcajada de satisfacción y se dijo a sí mismo en voz baja:

Largo tiempo han sentido
las manos del guerrero
la madera del remo,
qué placer ahora
cambiarla por el acero.

Orm no quiso ser menos que él en la composición de versos, reflexionó y, sosteniendo la espada ante sí, recitó:

La espada, obsequio de bella doncella,
elevo con la izquierda,
como Tyr entre los dioses;
de nuevo Orm, la serpiente, puede morder.

Subaida rió y dijo:

—Darle una espada a un hombre es como darle un espejo a una mujer. Hace que no tenga ojos para nada más, pero es un placer ver que mis obsequios son tan bien recibidos. ¡Que la fortuna os acompañe al blandir esas espadas!

Orm dijo:

—Ahora nos sentimos como *hövding*, ya que nunca habíamos visto espadas tan recias como éstas, y si vuestro señor Almanzor se parece a vos merecerá la pena servirle.

Así acabó aquella reunión, ya que Subaida se excusó diciendo que había llegado el momento de despedirse, y que quizá volverían a encontrarse algún día. Dicho esto, se montó en la silla de manos y desapareció de su vista.

Volvieron a casa de Salamán deshaciéndose en elogios para Subaida y sus generosos obsequios. El orfebre judío dijo que hacía más de un año que trataba con ella con cierta asiduidad, puesto que le había vendido joyas en diversas ocasiones, y enseguida se había dado cuenta de que era la misma muchacha que Toke se había llevado de la fortaleza del malvado marqués, si bien su belleza había aumentado desde entonces. Toke dijo:

—Es hermosa y buena, y no le falta memoria para aquellos por quienes ha sentido afecto, pero a mí me resulta difícil, ahora que la he vuelto a ver, saberla casada con un *storman*. Sin embargo, es bueno que no pertenezca al hombre barrigudo con el martillo de plata que nos capturó, eso sí que me hubiera dolido. Y ahora no quiero lamentarme más, ya que la chica que me ha proporcionado Salamán nada tiene de malo.

Orm hizo algunas preguntas sobre el tal Almanzor, el señor de Subaida, y sobre cómo podía ser el hombre más poderoso del país, ya que a él le parecía que debía serlo el califa. Salamán entonces le dio la siguiente explicación: el anterior califa de Córdoba, Hacham *el Iluminado*, hijo de Abderramán *el Grande*, había sido un señor poderoso aun cuando pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros y conversando con sabios. A su muerte había dejado un hijo enclenque llamado Hisham, que ahora era califa. Para gobernar el reino durante su niñez, Hacham nombró al mejor de sus funcionarios y a su consorte favorita, la madre del niño, quienes se acostumbraron al poder y dejaron al joven califa recluido en un castillo, bajo el pretexto de que era tan devoto que no podía encargarse de cosas terrenales. Y este funcionario, en calidad de valido del reino, ganó muchas batallas contra los cristianos del norte, y por ello le habían dado el nombre de Almanzor, el victorioso. La reina, la madre del califa, amaba a Almanzor más que a nada en el mundo, pero él se cansó de ella porque era

mayor que él. Obsesionado por el poder, decidió recluirla como a su hijo, el califa, de modo que Almanzor dirigía ahora el califato en calidad de valido, en nombre del califa. Por todas estas cosas que había hecho al califa y a la madre del califa, mucha gente le odiaba, pero también muchos le amaban por sus victorias sobre los cristianos. Además, trataba muy bien a su escolta de extranjeros, porque confiaba en ellos para que le protegieran de todos aquellos que sentían odio y envidia hacia su persona. Por ello era de suponer que Orm y sus hombres pasarían buenos días en el palacio de Almanzor en tiempos de paz, aunque también recibirían su ración de batalla, pues Almanzor solía organizar una gran expedición de guerra anual hacia el rey de Asturias o el conde de Castilla, así como contra el rey de Navarra y los condes aragoneses, bien al norte, cerca de las tierras fronterizas de los francos. Como era muy temido por todos ellos, a menudo le ofrecían tributos de pleitesía para evitar su visita.

—Pero les resulta difícil comprarle su libertad —continuó Salamán—, y eso se debe sin duda a que él es un hombre infeliz. Es poderoso y triunfador, y ha tenido éxito en todas sus empresas; no obstante, todos saben que lo tortura un gran temor, puesto que ha osado tocar al califa, que es la sombra del Profeta: le ha robado el poder y por ello teme la ira de Alá y su alma no descansa. Cada año intenta aplacar a Alá con una nueva ofensiva contra los cristianos, y por ello no recauda los tributos de los principados de una vez, sino uno tras otro, puesto que siempre quiere tener alguno a mano para visitarle con su espada y así hacer gala de su devoción. Entre todos los guerreros nacidos en estas tierras él es el más poderoso, y ha pronunciado el juramento de morir en el campo de batalla, con el rostro dirigido a los idólatras que creen que el hijo de José es Dios. Le importa poco la poesía y la música, son días difíciles para los poetas comparado con lo que fueron en los tiempos de Hacham *el Iluminado*, pero en sus momentos de reposo se dedica a la orfebrería con oro, plata y piedras preciosas, y por eso no soy unos de sus detractores —añadió con una sonrisa—. He comprado esta casa aquí en Córdoba para poder comerciar con él, y ojalá continúe prosperando y disfrutando de lo bueno, ya que para un orfebre él es en verdad un buen señor.

Salamán explicó esto y mucho más a Orm, y éste a su vez lo iba traduciendo para Toke y los demás. Todos estuvieron de acuerdo en que este Almanzor debía de ser un príncipe peculiar, pero les resultaba difícil comprender el miedo que sentía de Alá, ya que, para los hombres del norte, el temor a los dioses era cosa extraña.

Antes de que llegara el momento de marcharse de casa del judío, éste les dio buenos consejos en muchos sentidos y a Toke le recomendó que, desde aquel momento, evitara contar lo que había sucedido con Subaida cuando la raptaron.

—Puesto que a los príncipes no les gusta más que a los demás saber de hombres que han estado con sus mujeres —dijo—, y ella ha hecho gala de valentía al reunirse con vosotros, a pesar de que hubiera testigos que aseguraran que todo transcurría de la manera correcta. Almanzor es un señor perspicaz, en esto como en el resto de

cosas, y por eso Toke debería ser cauto en este tema.

Toke respondió que eso no representaba ningún problema, y que lo que más le preocupaba en aquel momento era encontrar un buen nombre para su espada, puesto que un arma como aquélla había sido forjada de un herrero tan prominente como el que forjó la espada *Gram*, de Sigurd, o *Mimming*, la de Didrik, o *Skofnung*, la que llevaba Rolf Krake, y por ello debía también llevar un nombre como aquéllas. No obstante, no encontraba un nombre que diera la talla a pesar de que le daba vueltas a menudo. Orm llamó a la suya *Lengua-Azul*.

Se despidieron de Salamán colmándole de agradecimientos y los acompañaron al palacio de Almanzor, donde fueron recibidos por un *hövitsman*. Allí les dieron un equipo completo además de armas, y empezaron a servir en la escolta. Para sus compatriotas, Orm continuó siendo el *hövding*.

CAPÍTULO VII

De cómo Orm sirvió a Almanzor y de cómo navegó a vela con la campana del apóstol Santiago

Orm empezó a servir en la escolta de Almanzor en el octavo año del califa Hischam, tres años antes de la expedición de Bue Digre y Vagn Åkesson en Noruega, y en ese puesto permaneció cuatro años.

Los hombres de la escolta tenían una excelente reputación e iban mejor equipados que los demás. Sus cotas de malla eran ligeras y finas, pero mejor forjadas y mejor templadas que cualquier malla que Orm y sus hombres hubieran visto jamás. Sus yelmos brillaban como la plata, y a veces llevaban una capa roja sobre la armadura, y los escudos estaban adornados con una orla de bellos caracteres, los mismos que había bordados en el gran estandarte de Almanzor, que siempre iba a la cabeza del ejército, y que significaban: «No hay más vencedor que Alá».

Cuando Orm y sus hombres fueron conducidos por el capitán de la escolta por primera vez ante la presencia de Almanzor, se asombraron de su aspecto, ya que pensaban que tendría la talla de un héroe. Era un hombre menudo, delgado y medio calvo, con el rostro amarillento y los párpados grandes y pesados. Estaba sentado entre cojines en un amplio lecho, y se acariciaba despacio la barba mientras hablaba a toda velocidad a dos funcionarios que le escuchaban sentados en el suelo ante él, y que tomaban nota de sus órdenes. En una mesa al lado del lecho, había una arqueta de cobre y un cuenco con frutas, así como una gran jaula trenzada donde jugaban algunos monos pequeños corriendo en el interior de una rueda. Mientras los funcionarios apuntaban sus últimas indicaciones, tomó varias frutas y las introdujo a través de los barrotes de la jaula, observando indiferente cómo los monos se disputaban aquellos obsequios y alargaban las manos pidiendo más. Sin embargo, él no sonreía a sus habilidades, sino que los contemplaba con la mirada triste mientras continuaba dándoles fruta y seguía dictando a sus funcionarios.

Al cabo de un rato, dejó a los escribientes y ordenó al capitán que se acercara con sus hombres, al tiempo que apartaba la mirada de los monos y la dirigía a Orm y a los demás. Tenía los ojos negros y apesadumbrados, pero Orm tuvo la impresión de que algo ardía y centelleaba en lo más profundo de su ser, eso hacía difícil mantener la mirada fija en ellos mucho tiempo. Observó bien a los hombres, uno a uno, y asintió.

—Estos parecen guerreros de verdad —le dijo al capitán—; ¿comprenden nuestra lengua?

El capitán señaló a Orm y dijo que él entendía el árabe, pero que los demás muy poco, o nada, y que consideraban a Orm como su *hövding*.

Almanzor se dirigió a Orm:

—¿Cómo te llamas?

Orm dijo su nombre y lo que significaba. Almanzor respondió:

—¿Quién es tu rey?

—Harald Gormsson —respondió Orm—, señor de todo el reino de los Daneses.

—Nunca había oído su nombre —dijo Almanzor.

—Pues este hecho debe alegrarle, señor —afirmó Orm— ya que allí donde sus barcos han llegado los reyes palidecen al oír su nombre.

Almanzor miró a Orm y luego dijo:

—Me pareces rápido con la lengua, y a lo mejor el de serpiente es un nombre apropiado para ti. Tu rey, ¿es amigo de los francos?

Orm esbozó una sonrisa y dijo:

—Sólo cuando las cosas van mal en su tierra, pero cuando no es así prende fuego a sus ciudades y a las de Sajonia, y es un rey de gran fortuna.

—Es posible que sea un buen rey —respondió Almanzor—; ¿quién es tu dios?

—Esa es una pregunta difícil, señor —respondió Orm—, mis dioses son los de mi pueblo y los tenemos por fuertes, como nosotros. Son muchos, pero algunos de ellos son ancianos y los poetas apenas los tienen en cuenta. Tor se llama el más fuerte, es pelirrojo como yo y se considera amigo de todos los hombres, pero el más sabio se llama Odín, es el dios de los guerreros, y se dice que es gracias a él que los hombres del norte somos los mejores en el campo de batalla. Sin embargo, desconozco si alguno de ellos ha hecho algo por mí, es sabido que poco he hecho yo por ellos y, además, me parece que están bien lejos de estas tierras.

—Escucha bien lo que te digo, pagano —respondió Almanzor—. No hay más dios que Alá. No digas que son muchos y menos que son tres; será bueno para ti en el día del Juicio si así lo haces. Alá es uno, el Eterno, el Sublime, y Mahoma es su Profeta. Esta es la verdad y en ella tienes que creer. Cuando me embarco en una campaña contra los cristianos, lo hago por Alá y por el Profeta, y no sería bueno que los hombres de mi ejército no le veneraran. Es por ello que tú y tus hombres desde ahora no debéis invocar a otro dios que al Verdadero. Orm dijo:

—Nosotros, los hombres del norte, tenemos por costumbre no invocar a nuestros dioses en vano, ya que no queremos cansarlos con nuestras voces. En esta tierra no hemos invocado a ningún dios desde que una vez invocamos a los dioses del mar para pedir un retorno afortunado y no nos sirvió de nada, ya que poco después llegaron sus barcos y los que ve aquí y algunos más fuimos capturados. A lo mejor nuestros dioses disponen de poco poder en estas latitudes y por ello, señor, os complaceré con mantenerme fiel a vuestro dios mientras aquí me encuentre. Y si así lo deseáis, preguntaré la opinión del resto en la materia.

Almanzor asintió, y entonces Orm se volvió a sus hombres y dijo:

—Dice que tenemos que venerar a su dios. Sólo tiene uno, se llama Alá y no le gustan los otros dioses. Yo creo que su dios es fuerte en estas tierras y los nuestros

débiles, puesto que nos separa gran distancia de casa. Nuestra reputación será mejor si seguimos las costumbres de aquí, y no sería un movimiento inteligente de nuestra parte llevar la contraria a Almanzor en esta cuestión.

Los hombres opinaron que no tenían demasiada elección, puesto que consideraban imprudente enojarse a un señor como Almanzor, así que Orm se volvió de nuevo hacia Almanzor y le comunicó que todos querían venerar a Alá y a nadie más.

Almanzor hizo llamar a dos sacerdotes y a un juez, y Orm y sus hombres tuvieron que pronunciar las palabras sagradas de los servidores de Mahoma, las mismas que Almanzor había dicho a Orm: que no hay más dios que Alá y Mahoma es su Profeta. Para todos ellos, excepto para Orm, fue difícil repetir las palabras a pesar de que se las habían pronunciado con mucho cuidado.

Cuando terminaron, Almanzor expresó su satisfacción y les dijo a sus imanes que creía haber servido bien a Alá con aquel gesto, y éstos estuvieron de acuerdo con él. Introdujo la mano en la arqueta de cobre que tenía sobre la mesilla y sacó monedas de oro que repartió entre los hombres. Les dio quince a cada uno y a Orm el doble. Le dieron las gracias y, hecho esto, fueron conducidos de nuevo por el capitán a su alojamiento.

Toke observó:

—Acabamos de despedir a los que eran nuestros dioses, y quizá sea lo adecuado en un país extraño donde otros gobiernan, pero si algún día vuelvo a casa me van a importar más ellos que este tal Alá. Sin embargo, creo que aquí Él es el mejor, y gracias a Él ya nos han dado monedas de oro y, si me da mujeres, aún más estimación le profesaré.

Poco tiempo después, Almanzor inició su campaña contra los cristianos y se encaminó al norte con su escolta y un nutrido ejército. Durante tres meses, llevaron a cabo razias en Navarra y en los condados aragoneses, donde sus hombres se hicieron con botín y mujeres. Desde entonces, realizarían una incursión tras otra con Almanzor en primavera y en otoño, pero permanecerían en Córdoba durante los días de canícula y durante aquel tiempo que los habitantes del sur llamaban invierno. Intentaron adaptarse a las costumbres de aquellas tierras, y poca queja tuvieron de Almanzor, puesto que les obsequiaba a menudo con ricos presentes para mantener su lealtad; además, podían quedarse con lo que obtuvieran en asaltos y otros saqueos, después de que se hubiera descontado la quinta parte del botín, que iba a parar a las arcas del visir.

Sin embargo, servir a Alá y complacer al Profeta a veces les resultaba difícil; por ejemplo, cuando a lo largo de las ofensivas por tierras cristianas encontraban vino y tocino se les prohibía disfrutar de ellos, aun cuando sus ansias de ambos eran fuertes. En pocas ocasiones se atrevían a desobedecer esta prohibición, que les parecía lo más necio que sus oídos habían escuchado jamás, puesto que Almanzor era muy severo en estas cosas. Los rezos a Alá y las reverencias al Profeta les parecían demasiado frecuentes, por la mañana y por la noche. Cuando Almanzor estaba en el campo de

batalla, todo su ejército caía de rodillas con el rostro mirando al lugar donde decían que se encontraba la ciudad del Profeta, y cada uno de ellos debía inclinarse varias veces tocando el suelo con la frente. Esto les parecía impropio de hombres, les resultaba difícil mantener la compostura y sabían que jamás se acostumbrarían a aquellos rezos, pero acordaron que debían adaptarse lo mejor que pudieran y hacer lo que hicieran los demás.

Destacaron como guerreros, y se ganaron el respeto de todos los miembros de la escolta. Ellos mismos se consideraban los mejores, y cuando llegaba el momento de repartir el botín nadie se interponía entre ellos y sus derechos. En total eran ocho: Orm y Toke, Halle y Ögmund, Turne, que había remado con Toke, Gunne, que había remado con Krok, Rapp, que era tuerto, y Ulf, que era el mayor de todos ellos en edad y a quien hacía mucho tiempo, en un festín navideño, le rajaron una de las comisuras de la boca y desde entonces fue llamado Grinulf, *Ulf el de las Muecas*, puesto que tenía la boca torcida y más grande que el resto. Su fortuna era ahora tan buena que sólo uno del grupo perdió la vida en los cuatro años que estuvieron con Almanzor.

Durante este tiempo, tuvieron que viajar mucho, ya que, a medida que la barba de Almanzor encanecía, éste mostraba más y más inquietud contra los cristianos y pasaba cada vez menos tiempo en Córdoba. Estuvieron con él cuando consiguió tomar Pamplona, en el reino de Navarra. En dos ocasiones sitió la ciudad en vano, pero a la tercera la tomó y la saqueó. En aquella ocasión, Turne, que había remado con Toke, fue derribado por una piedra de catapulta. Navegaron en el barco de Almanzor hasta Mallorca cuando el gobernador de las islas se rebeló, y formaron parte del pelotón de ejecución cuando hizo partir la cabeza a éste y a treinta de su familia. Lucharon también bajo el polvo y el calor penoso en una gran batalla en Henares, en la que las gentes del conde castellano les acosaron con insistencia, aunque al final consiguieron cercarlos y vencerlos. Esa noche, reunieron a los cristianos caídos y los colocaron en un gran montón de cadáveres, desde cuya cima uno de los imanes de Almanzor llamó a los siervos del Profeta a la oración. Poco después participaron en una gran ofensiva contra el reino de León, donde el rey Sancho, *el Craso* demostró tal incapacidad que sus propios hombres decidieron deponerlo, y como por su obesidad no podía siquiera montar a caballo lo entregaron en una carreta junto con el tributo a Almanzor.

A lo largo de todas estas razias, Orm y sus hombres se maravillaron de la inteligencia e ingenio de Almanzor, de su fortuna en todas aquellas empresas que llevaba a cabo, pero por encima de todo del temor que albergaba ante Alá y de la manera en que había decidido apaciguar a su dios. El polvo que se posaba en sus ropas y en su calzado en cada campo de batalla era cuidado y almacenado por sus sirvientes en una bolsa de seda y transportado de allí a Córdoba. Había dispuesto su sepultura con todo este polvo de sus batallas contra los cristianos, ya que el Profeta había dicho: «Bienaventurados sean aquellos que han recorrido caminos polvorientos

en la guerra contra los infieles».

A pesar de todo este polvo, el temor que Almanzor sentía de Alá no parecía apaciguarse, y al final decidió llevar a cabo la más grande de sus empresas y destruir la ciudad santa de los cristianos en el norte de la Península, donde el apóstol Santiago, el gran obrador de milagros, yacía en sepultura. En otoño del decimosegundo año del califa Hisham, el cuarto de Orm y sus hombres al servicio de Almanzor, reclutó una gran hueste, la mayor que jamás había reunido, y se encaminó al noroeste atravesando la Tierra de Nadie, que era el antiguo territorio fronterizo entre los andaluces y los cristianos astures.

Llegó a las tierras de los cristianos al otro lado de los campos desiertos, que nadie recordaba que hubiera pisado un andaluz, y desató batallas diarias, ya que los cristianos se defendían bien entre las montañas y los desfiladeros. Cierta día, a última hora de la tarde, cuando el ejército había acampado y Almanzor, después de la plegaria de la tarde, descansaba en su amplia tienda, los cristianos les atacaron y tuvieron éxito al principio: un grupo irrumpió en el campamento y se desató la alarma, con gritos de guerra y de auxilio. Almanzor se apresuró a salir de la tienda armado con yelmo y espada, pero sin cota de malla, para ver lo que sucedía. Orm y dos de sus hombres, Halle y Rapp *el Tuerto*, estaban de guardia ante la puerta de la tienda esa noche. En aquel instante, algunos jinetes enemigos se acercaron a toda velocidad y, al ver a Almanzor, lo reconocieron por su almófar verde (él era el único de toda la hueste que vestía ese color) y vociferando, impacientes, le arrojaron sus lanzas. Había oscurecido y Almanzor era viejo y difícilmente hubiera podido zafarse de tal ataque, pero Orm, que era el que se encontraba más cerca, corrió hasta precipitarse sobre él y hacerlo caer al suelo de bruces, parando así dos lanzas con el escudo y una con el hombro. Una cuarta arañó a Almanzor en el costado sobre el que yacía en el suelo, y de la herida brotó sangre. Halle y Rapp corrieron hacia los enemigos arrojando sus lanzas y alcanzaron a uno de ellos; entonces aparecieron hombres de todos lados y los cristianos fueron abatidos o ahuyentados.

Orm se sacó la lanza que le había herido y ayudó a Almanzor a ponerse en pie, sin tener la certeza de qué opinaría éste sobre la osada maniobra. Sin embargo, Almanzor se mostró satisfecho con su herida, la primera que jamás había recibido, puesto que le alegraba derramar sangre por Alá siempre que la herida no fuera mortal. Hizo llamar a tres de sus superiores de caballería y les reprochó, ante los *hövitsman* reunidos, su pésima vigilancia del campamento. Estos, a su vez, se lanzaron a sus pies y reconocieron su error entre sollozos. Almanzor, como acostumbraba a hacer cuando estaba de buen humor, les dio tiempo para hacer sus plegarias y atar sus barbas antes de que les decapitaran.

A Halle y a Rapp les dio un puñado de oro a cada uno y, acto seguido, mientras aún se encontraban reunidos todos los *hövitsman*, hizo acercar a Orm, lo miró y le dijo:

—Le has puesto la mano encima a tu señor, barbirrojo, y eso es algo que ningún

guerrero puede hacer. Además, has lastimado mi honor al derribarme al suelo. ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Había muchas lanzas en el aire —respondió Orm—, y no podía hacer otra cosa. Y soy del parecer, señor, que su honor es tal que no se verá afectado por este suceso. Además, la caída fue de cara al enemigo, así que nadie puede decir que retrocediera ante él.

Almanzor se tocaba la barba en silencio, después asintió y dijo:

—Me parece bien tu defensa, me has salvado la vida y quizá tenga todavía algún valor.

Del cofre sacó esta vez una pesada cadena de oro y dijo:

—Veo que te ha alcanzado una lanza en el hombro y sin duda esa herida te dolerá siempre, pero aquí tienes una compensación por el sufrimiento ocasionado.

Colgó la cadena alrededor del cuello de Orm, un honor excepcional, y a partir de aquel momento Orm y sus hombres fueron aún mejor considerados por Almanzor. Toke examinó la cadena y se alegró de que Orm hubiera conseguido una joya como aquélla.

—Y es seguro —dijo éste— que Almanzor es el mejor de los príncipes a los que podemos servir, pero también te digo, Orm, que me parece que ha sido una suerte para ti y para los demás que no lo derribaras de espaldas.

El ejército continuó así su camino, para llegar finalmente a la ciudad santa de los cristianos, donde se encontraba la sepultura del apóstol Santiago, y donde se había erigido un gran santuario. Allí se enfrentaron a los cristianos, puesto que éstos pensaban que su apóstol les iba a ayudar y lucharon todo lo que pudieron. Sin embargo, al final fueron reducidos por Almanzor y la ciudad fue saqueada e incendiada.

Los cristianos habían reunido grandes tesoros en aquel lugar, puesto que esta ciudad nunca había sufrido la amenaza de enemigo alguno, así que las huestes de Almanzor se hicieron con un gran botín y numerosos prisioneros. Lo que éste hubiera querido destruir por encima de todo era la iglesia que albergaba la tumba del apóstol, pero era de piedra y las llamas no la podían derribar. Por ello puso a los prisioneros y a algunos de sus hombres a derruirla. En las torres colgaban doce grandes campanas que llevaban el nombre de los apóstoles, tenían un bello tañido y los cristianos las tenían por objetos maravillosos, sobre todo la más grande de todas ellas, la que llevaba el nombre de Santiago.

Almanzor ordenó que los prisioneros cristianos llevaran las campanas a Córdoba, y que una vez allí fueran alzadas del revés en la gran mezquita y las llenaran con aceites aromáticos para que quemaran como grandes lámparas en honor de Alá y del Profeta. Eran muy pesadas y confeccionaron grandes estructuras para su transporte, que llevarían a cabo sesenta prisioneros que se turnarían para cada campana. No obstante, la de Santiago era demasiado pesada y no se pudo construir estructura alguna para ella; tampoco podía trasladarse con carros de bueyes por los caminos de

las montañas, pero Almanzor no quería dejarla atrás bajo ninguna circunstancia, pues para él aquella campana era la perla del botín.

Hizo construir una plataforma donde se colocaría la campana para ser arrastrada sobre cilindros hasta el río más cercano, de modo que pudiera ser transportada en barco hasta Córdoba. Cuando la plataforma estuvo lista y los cilindros colocados, hicieron pasar varas por la gran argolla de la campana, y muchos fueron los que intentaron levantarla para colocarla sobre la plataforma, pero los habitantes del sur no tenían ni la altura ni las fuerzas suficientes para ello, y cuando usaron varas más largas para que un número mayor de personas pudiera intentarlo éstas se rompieron y la campana cayó al suelo. Orm y sus hombres llegaron al lugar y, al ver aquello, se echaron a reír. Toke dijo:

—A seis hombres hechos y derechos no les costaría mucho levantarla.

—Yo pienso —añadió Orm— que cuatro bastan.

Así Orm, Toke, Ögmund y Rapp *el Tuerto* se acercaron a la campana, colocaron una vara corta en la argolla y pusieron sin más la campana sobre la plataforma.

Almanzor llegó a caballo, se paró y vio lo que sucedía. Hizo llamar a Orm y le dijo:

—Alá os ha concedido gran fuerza a ti y a los tuyos, ¡alabado sea su nombre! Y me parece que tú y tus hombres sois los más indicados para cargar esta campana a bordo de un barco y llevarla hasta Córdoba, ya que nadie más ha podido con ella.

Orm hizo una reverencia y explicó que aquella tarea no le parecía en absoluto difícil.

Sin dilación, Almanzor hizo elegir un grupo de buenos esclavos de entre los prisioneros que arrastraría la campana hasta el río, en el punto en el que se convertía en navegable, y bogaría en un barco que estaba amarrado allí y que habían tomado de los astures. También enviaron a dos funcionarios de la administración de Almanzor para supervisar la travesía.

Ataron cuerdas a la plataforma y emprendieron camino; mientras unos de ellos tiraban, otros se encargaban de los cilindros. El camino fue penoso, ya que era sobre todo cuesta abajo y varias veces la campana se desbocó, de modo que algunos de los esclavos que cambiaban los cilindros murieron aplastados, pero Orm hizo que ataran cuerdas en la parte posterior de la plataforma para poder retenerla en los tramos de pendiente, y así les fue mejor y llegaron al río donde les esperaba el barco amarrado.

Era un barco mercante, no muy grande pero bien construido y provisto de diez pares de remos, e incluso de mástil y vela. Orm y sus hombres subieron la campana a bordo y la sujetaron con cuerdas y lastres, colocaron a los esclavos en sus lugares a los remos e iniciaron el descenso por el río que fluía hacia el oeste, al norte de aquel que un día había remontado el barco de Krok hacia la fortaleza del marqués. A los nórdicos les complació ser de nuevo señores de un barco.

Los hombres de Orm se turnaban para supervisar a los remeros y los encontraron torpes y desobedientes, y les apenó que no hubiera grilletes para los pies, ya que eso

los obligaba a vigilarles toda la noche; aun así, un par de ellos que ya habían recibido varios azotes con una vara consiguieron escapar de todos modos. Todos estuvieron de acuerdo en que nunca habían visto remeros tan ineptos, y que no podían continuar así hasta Córdoba.

Al alcanzar la desembocadura, se encontraron con muchos de los grandes barcos de guerra de Almanzor que no habían podido remontar el río, y que habían enviado a la mayoría de sus guerreros a tierra para unirse al ejército. A los hombres de Orm les gustó lo que vieron, y éste envió a los dos escribas a pedir prestados grilletes a los capitanes de los barcos hasta que obtuvo los que necesitaba. Encadenaron a los esclavos remeros, y Orm recibió también vituallas, puesto que el viaje hasta Córdoba era largo, y esperó junto a los barcos de guerra en una bahía al abrigo del viento, a la espera de que el tiempo mejorara para poder navegar.

Aquella tarde Orm bajó a tierra firme con Toke y Gunne, y dejó a sus otros hombres vigilando el barco. Una vez en la orilla, se acercaron a unas cabañas de pescadores donde un nutrido grupo de mercaderes se había instalado para comprar parte del botín y vender artículos de primera necesidad a los marineros. Al acercarse a una de las cabañas, vieron entrar en ella a seis hombres de uno de los barcos y Gunne se detuvo en seco.

—Acaban de pasar algunos hombres con quien tenemos cuentas pendientes —dijo—. ¿Habéis visto a los dos que iban a la cabeza?

Ni Orm ni Toke se habían fijado en ellos.

—Son los hombres que decapitaron a Krok —dijo Gunne.

Orm palideció y se estremeció.

—En ese caso han vivido ya lo suficiente —respondió.

Desenvainaron las espadas. Orm y Toke llevaban los obsequios de la soberana Subaida, pero este último aún no había encontrado un nombre para su espada que fuera tan acertado como el de *Lengua-Azul*.

—Krok está por encima de Almanzor —dijo Orm—, y aquí tenemos todos motivos de venganza pero yo más aún, ya que tomé el relevo en el cargo de *hövding*. Corred a la parte trasera de la cabaña, los dos, de modo que nadie pueda escapar por ahí.

La cabaña tenía puertas en las dos paredes laterales. Orm entró por la más cercana y encontró a seis hombres con el comerciante, que gateó entre algunos sacos al ver a Orm con la espada desenvainada. En cambio los demás sacaron sus armas y lanzaron preguntas a gritos. En la cabaña no había apenas espacio y era oscuro, pero Orm vio enseguida a uno de los dos hombres que habían decapitado a Krok.

—¿Has pronunciado la oración de la tarde? —dijo, al tiempo que le hacía saltar la cabeza con un tajo de su espada.

Entonces dos hombres atacaron a Orm y le dieron de este modo mucho que hacer, mientras los otros tres corrieron hacia la puerta trasera donde esperaban Toke y Gunne. Toke derribó a uno de ellos enseguida y, gritando el nombre de Krok, asestó

rápido el siguiente golpe; ahora sí que les faltaba el espacio entre los artículos en venta. Un hombre saltó encima de un banco y se dispuso a atacar a Orm, pero la viga del techo paró el golpe y Orm le lanzó el escudo al rostro y el pico se le clavó en el ojo. El hombre cayó y quedó inmóvil en el suelo. La lucha no se alargaría mucho más: el otro que había participado en la muerte de Krok fue derribado por Gunne, Orm había derribado a dos hombres y Toke a tres, pero el comerciante, del que poco se veía en el rincón donde se había escondido, pudo yacer allí sin recibir daño alguno porque no tenía nada que ver en este asunto.

Cuando salieron de la cabaña con las armas ensangrentadas, se les acercaron algunos hombres para preguntar a qué se debía tanto jaleo, pero dieron la vuelta a verlos y se apresuraron a alejarse de allí. Toke elevó la espada ante sí, la sangre espesa corría por el filo y las gordas gotas caían al suelo por la punta.

—Ahora te voy a poner nombre, hermana de *Lengua-Azul* —dijo—, tras el día de hoy te llamaré *Pico-Rojo*.

Orm miró a los hombres que huían de ellos.

—Será mejor que nosotros también nos demos prisa —dijo—, puesto que ahora nos hemos convertido en fugitivos en estas tierras, aunque la venganza lo mereciera.

Se apresuraron a embarcar y explicaron a los demás lo que había sucedido. Zarparon enseguida, a pesar de que aún era de noche. Todos se mostraron contentos de que Krok hubiera sido vengado, y comprendieron que ahora debían abandonar estas tierras tan pronto como les fuera posible, y todos arrimaron el hombro para que los remos cogieran buen ritmo. El mismo Orm se colocó a la espadilla y miraba atento en la oscuridad. Los dos escribas de Almanzor, que no sabían qué había sucedido, le lanzaron pregunta tras pregunta, pero pocas respuestas obtuvieron. Al final, el barco salió de la bahía y, con viento del sur, pudieron alzar velas. Pusieron rumbo al norte mar adentro hasta que amaneció y no vieron ni un solo barco que les persiguiera.

Vieron un par de islas a su derecha, y Orm ordenó que se dirigieran a una de ellas. Dejó a los dos escribas en tierra y les dio un mensaje para Almanzor.

—No quiero huir de tal señor sin mediar palabra —dijo—. Por ello, decidle de parte de todos nosotros que nuestro destino ha sido el de matar a seis de sus hombres porque teníamos que vengar a Krok, nuestro *hövding*, y la vida de seis hombres no es demasiado por la vida de nuestro amigo. Nos llevamos el barco y los esclavos remeros que hay en él. Almanzor no echará en falta nada de todo esto, y nos llevamos también la campana porque da estabilidad al barco y nos esperan mares peligrosos. A todos nos parece que ha sido un buen señor, y si esto no se hubiera interpuesto entre nosotros le hubiéramos seguido sirviendo gustosos, pero las cosas han ido así y ésta es la única manera de escapar de él con vida.

Los escribas prometieron darle el mensaje, palabra por palabra, como lo había dicho Orm. Este añadió:

—Me gustaría que ambos, cuando volváis a Córdoba, llevéis nuestros saludos a

un judío rico llamado Salamán, escaldo y orfebre, y le agradecáis el haber sido un buen amigo, ya que dudo que volvamos a verle.

—Y decidle a la soberana Subaida —dijo Toke— que dos hombres del norte que ella conoce le hacen llegar su agradecimiento y sus saludos. Decidle también lo siguiente: que las espadas con las que nos obsequió han sido muy útiles, y que no hay ni una muesca en la hoja, a pesar de que han sido bien usadas, aunque esto último no deberíais decirlo en presencia de Almanzor.

Los escribas habían sacado sus utensilios de escritura y tomaban buena nota de todo aquello que escuchaban, después los dejaron en la isla, y les dieron todo el alimento que podían necesitar allí hasta que algún barco los encontrara o ellos mismos pudieran llegar a tierra.

Todos los esclavos remeros gesticularon y gritaron cuando el barco puso rumbo a mar abierto, y quedó claro que ellos también querían que les dejaran donde los escribas. Los hombres de Orm tuvieron que pasearse con varas y puntas de cuerda para tranquilizarlos y conseguir que bogaran, ya que el viento no soplaba y tenían prisa por escapar de aquellas aguas.

—Menos mal que los tenemos sujetos con grilletes —dijo Gunne—, porque si no se hubieran arrojado todos por la borda, a pesar de nuestras espadas. No obstante, es una pena que además no nos dieran un látigo, ya que las varas y las puntas de cuerda me parece que no hacen suficiente mella en hombres tan rebeldes.

—Es extraño pero tienes razón —dijo Toke—, ya que nosotros mismos hemos estado en su lugar y no nos hubiéramos atrevido a imaginar que alabaríamos las virtudes del látigo.

—La espalda de uno es la que más duele, es cierto —dijo Gunne—, pero más les dolerá la espalda a estos hombres si conseguimos escapar.

Toke estuvo de acuerdo con las palabras de Gunne y de nuevo se pasearon entre los esclavos remeros para atizarles lo mejor que pudieron, y hacer así avanzar más rápido el barco. A pesar de los esfuerzos, no tuvieron éxito, pues los esclavos remeros no conseguían mantener el ritmo. A la vista de esto, Orm dijo:

—A golpes no les vamos a enseñar a bogar cuando no tienen la costumbre de hacerlo, pero a lo mejor la campana sirve de ayuda.

Dicho esto, tomó un hacha y se colocó a lado de la campana y la golpeó al ritmo del remo. De ella salió un fuerte tañido que captó la atención de los esclavos remeros e hizo que mejoraran. Orm ordenó a sus hombres que se turnaran para marcar el ritmo, y descubrieron que si percutían con un bastón de madera envuelto en cuero sacaban el mejor tañido de la campana, algo que les complació sobremanera.

Sin embargo, pronto sopló el viento de nuevo y el remo dejó de ser necesario. El viento aumentó y aumentó, hasta convertirse en tormenta y tomar un aspecto peligroso. Grinulf dijo entonces que esto era de esperar al haber iniciado el viaje sin haber hecho sacrificio alguno a las deidades del mar, pero algunos protestaron y le recordaron el sacrificio que habían hecho una vez, cuando los barcos del califa, poco

después, les habían traído la mala fortuna. Gunne pensaba que lo más seguro era hacer un sacrificio a Alá y un par más estuvieron de acuerdo, pero Toke dijo que no creía que Alá tuviera mucho que decir en alta mar. Orm dijo entonces:

—Yo creo que nadie puede saber con certeza cuál es el poder de cada dios y en qué nos puede ayudar, y quizá lo mejor sea no desatender ni a uno ni a otro. Algo sí sabemos, hay uno que ya nos ha ayudado en este viaje, y éste es Santiago, ya que su campana da estabilidad al barco y nos ha ayudado con el remo, por eso no debemos olvidarle.

A los hombres les parecieron bien las palabras de Orm y sacrificaron carne y bebida a Ägir^[21], a Alá y al apóstol Santiago, y se sintieron de mejor humor al haberlo hecho.

No sabían muy bien dónde se encontraban, aparte de saber que estaban fuera de las costas de Asturias, pero sí sabían que, si ponían rumbo al norte, dejándose llevar por la tormenta, y no se desviaban demasiado al oeste, al final avistarían tierra firme, o Irlanda o Inglaterra o, si no, Bretaña. Por todo ello mantenían el buen humor y capearon la tormenta hasta que amainó y discernieron las estrellas un par de veces, convenciéndose de que llevaban buen rumbo.

El mayor problema lo representaban los esclavos, ya que, a pesar de que no tenían nada que hacer a los remos, pronto estuvieron en pésimas condiciones, tanto por el mareo como por la humedad, el frío y el miedo, de modo que un par de ellos incluso murieron. No tenían mucha ropa de abrigo a bordo, y cada día hacía más frío, puesto que ya era bien entrado el otoño. A Orm y a sus hombres les preocupaba su precario estado y los cuidaban lo mejor que sabían, y cuando sacaban fuerzas de flaqueza para comer, les daban los mejores alimentos, ya que si conseguían llevar a tierra a estos esclavos remeros iban a tener un gran valor.

Al final la tormenta se retiró, y el buen tiempo y el viento favorable les acompañaron durante un día, de modo que pusieron rumbo al noroeste mientras los remeros se recuperaban al sol. Al caer la tarde, el viento cesó del todo y la bruma se cernió sobre ellos y se hizo más y más densa; era tan fría y rezumante, que todos pasaron frío, y más aún los esclavos. Ni siquiera soplabla una leve brisa, así que el barco se quedó inmóvil y se balanceaba sobre las amplias olas de la mar de fondo. Orm dijo:

—Ahora sí que lo tenemos mal porque, si nos quedamos aquí parados esperando que sople el viento, los esclavos morirán de frío, y si hacemos que remen morirán también, si tenemos en cuenta el pésimo estado en el que se encuentran. Además, no tenemos cómo fijar el rumbo mientras no aparezcan el sol o las estrellas.

—A mí me parece que lo mejor es que remen —opinó Rapp—, y así entrarán en calor. Y que fijemos el rumbo que marca la mar de fondo, ya que la tormenta venía del sur y no tenemos otra manera de orientarnos mientras dure la niebla.

La sugerencia de Rapp tuvo buena acogida, y los esclavos tuvieron que ponerse de nuevo a los remos a pesar de las quejas y sus escasas fuerzas. Los hombres se

turnaron a marcar el ritmo en la campana, y les pareció que el tañido aún era más bello que antes, con un tono largo después de cada golpe, lo que la hacía una buena compañía en la bruma. De vez en cuando dejaban dormir a los esclavos remeros un rato, pero el resto de la noche bogaron siguiendo el rumbo que les marcaba la mar de fondo, siempre acompañados por la espesa bruma.

Por la mañana, Ögmund ocupaba el puesto de la espadilla y Rapp golpeaba la campana, mientras el resto de los hombres dormían. De repente, oyeron algo y se miraron para volver a prestar atención al sonido: un leve tono se oía desde lejos. Atónitos, despertaron a los demás y escucharon todos juntos aquel sonido. El tono se seguía oyendo y parecía venir de proa.

—Suenan como si no fuéramos los únicos que navegamos con campana —afirmó Toke.

—Tenemos que navegar con cautela, pues podría tratarse de Ran^[22] y sus hijas, que atraen a los navegantes con cantos y música.

—A mí me suena más a enanos que forjan —dijo Halle—, y también puede ser peligroso acercarse demasiado a ellos. A lo mejor estamos en algún archipiélago ocupado por los trols.

El leve tono lejano continuaba sonando, y todos estaban impacientes y esperaban las palabras de Orm. Hasta los esclavos remeros escuchaban y empezaron a parlotear ansiosos, pero Orm y sus hombres no conocían su lengua.

—Nadie puede saber de qué se trata —dijo Orm—, pero mal andaríamos si tuviéramos miedo de tan poco. Por ello, sigamos bogando como venimos haciendo, y mantengámonos alerta. Yo tengo que decir que jamás he oído hablar de hechizos que tengan lugar de mañana.

Estuvieron de acuerdo con él y siguieron bogando. El extraño tono se hacía cada vez más fuerte. Una incipiente y leve brisa empezó a disipar la niebla y todos a una gritaron al avistar tierra. Era una costa pedregosa y parecía una isla o un cabo, no había duda de que de allí procedía el tono, pero justo en aquel momento cesó. Vieron la hierba verde y algunas cabras pastando, también algunas chozas y junto a ellas un hombre que observaba el barco.

—A mí no me parece que sean ni trols ni las hijas de Ran —dijo Orm—. Vamos a desembarcar aquí para ver adónde hemos llegado.

Así lo hicieron, y los hombres de la isla no mostraron ni pizca de miedo al ver desembarcar a aquellos hombres vestidos de guerreros; en vez de eso, se les acercaron amables y los saludaron. Eran seis, todos ancianos, con barbas blancas y capas largas y de color marrón. Nadie pudo comprender lo que decían.

—¿A qué país hemos llegado? —dijo Orm—. ¿Y quién es vuestro señor?

Uno de aquellos viejos comprendió sus palabras y gritó a los demás: «¡Lochlannach, Lochlannach!». Y respondió en la lengua de Orm y los suyos:

—Has llegado a Irlanda, y nosotros somos siervos de San Finnian.

Orm y sus hombres, al escuchar aquello, sintieron gran alegría y se imaginaron ya

casi en casa. Podían ver ahora que habían llegado a una pequeña isla ocupada sólo por aquellos viejos hombres y sus cabras; un poco más allá, discernían la costa de Irlanda.

Los ancianos hablaban impacientes entre ellos y parecían asombrados. El que comprendía la lengua nórdica dijo a Orm:

—Hablas la lengua de los hombres del norte, y yo la puedo comprender ya que de joven traté mucho con ellos, antes de llegar a esta isla. Sin embargo, es cierto que jamás había visto a hombres de Lochlann vestidos como tú y tus hombres. ¿De dónde venís? ¿Sois Lochlannach blancos o negros? ¿Y cómo es que habéis llegado navegando al ritmo de una campana? Hoy es el día de San Brandan y tañemos nuestra campana para honrar su memoria, y fue entonces cuando oímos vuestra campana responder desde el mar. ¿Hago bien, pues, en suponer que todos estaréis bautizados en nombre de Jesucristo, al venir navegando con santo tañido?

—El anciano sabe hablar —dijo Toke—, y parece que tendrás mucho trabajo, Orm, para responder a sus muchas preguntas.

Orm respondió al anciano:

—Somos Lochlannach negros, hombres del reino del rey Harald, a pesar de que ignoro si el rey vive aún, puesto que hace tiempo que dejamos nuestro hogar, pero nuestras capas y vestidos son sarracenos, pues venimos de Andalucía, donde hemos servido a un poderoso señor al que llaman Almanzor. Nuestra campana se llama Santiago, y proviene del santuario cristiano donde yace el apóstol sepultado; es la mayor de todas las campanas de allí, pero el cómo acabó acompañándonos en este viaje es demasiado largo de contar ahora. Conocemos a Cristo, sí, pero allí de donde venimos no está bien considerado, y no hemos sido bautizados; eso sí, como sois cristianos os gustará saber que, a los remos, llevamos gente de vuestro credo. Son nuestros esclavos remeros y proceden del mismo lugar que la campana, y ahora están maltrechos por el viaje y no sirven de mucho, por ello nos gustaría desembarcarlos aquí para que puedan descansar antes de proseguir con nuestro viaje. Además, no debéis temernos puesto que parecéis buenas gentes y no somos violentos con aquellos que no nos contrarían. Es posible que perdáis algunas de vuestras cabras, pero esto es lo peor que os haremos, pues no pensamos quedarnos mucho tiempo.

Cuando los ancianos comprendieron, asintieron y esbozaron una sonrisa amable, su portavoz respondió que raras veces recibían la visita de navegantes en su isla, y los que lo hacían no acostumbraban a hacerles daño.

—Puesto que nosotros no hacemos daño a nadie —dijo—, y no tenemos otras posesiones que las cabras, los campos de nabos y las chozas; además, la isla es propiedad de San Finnian, que vela por nosotros ante Dios. Este año ha sido generoso al bendecir nuestras cabras, así que alimento no va a faltar; sed bienvenidos y disponed de lo poco que podemos ofrecer. Para nosotros, ya ancianos, que pasamos la mayor parte de tiempo aquí solos, es una alegría poder escuchar a hombres viajados.

De este modo, desembarcaron a los esclavos y vararon el barco; Orm y sus hombres descansaron en la isla de San Finnian y se entendieron bien con los monjes. Fueron a pescar con ellos y obtuvieron buenas capturas, dieron de comer a los esclavos hasta que tuvieron mejor aspecto y Orm y los demás pudieron explicar todas sus aventuras a los monjes, ya que, a pesar de las dificultades que presentaba la traducción, se mostraron muy ávidos de noticias de tierras lejanas. Sin embargo, lo que más admiraron de todo fue la campana, que era más grande que todas de las que habían oído hablar en Irlanda. Dijeron que había sido un milagro fuera de lo común que Santiago y San Finnian se llamaran a través de las campanas desde la lejanía, y a veces en los oficios tañeron la campana de Santiago en vez de la propia, y se alegraban de que su gran eco sonara en la inmensidad del mar.

CAPÍTULO VIII

De la estancia de Orm con los monjes de San Finnian y de cómo sucedió un milagro en Jellinge

A lo largo de su estancia con los monjes, Orm y sus hombres deliberaron sobre cuál era la mejor manera de proceder, ahora que los esclavos tenían salud suficiente para poder proseguir el viaje. Todos querían volver a casa, Orm y los demás, y en esta época del año el riesgo de ser acosados por los piratas era improbable, puesto que había pocos barcos en el mar. Sin embargo, el periplo sería arduo en el mar invernal, y los esclavos podían apagarse hasta morir, y por ello lo más inteligente era intentar venderlos lo más pronto posible. Para ello podían viajar a Limerick, donde el padre de Orm era muy conocido, o navegar hasta Cork, donde Olof *de las Piedras Preciosas* dirigía desde tiempos inmemoriales el mayor comercio de esclavos. Antes de tomar una decisión, preguntaron a los monjes qué les parecía mejor.

Cuando por fin los monjes comprendieron lo que les preguntaban, hablaron entre risas y el portavoz les dijo:

—Se nota que venís de lejos y que no sabéis bien cómo están las cosas en Irlanda en estos momentos. Os será difícil comerciar en Limerick y en Cork. Brian Borhumba tiene el poder en Irlanda y, a pesar de ser extranjeros de tierras lejanas, a lo mejor habéis oído hablar de él.

Orm dijo que había oído a su padre hablar a menudo de un rey Brian que guerreó contra los vikingos en Limerick.

—Ya no está en guerra con ellos —dijo el monje—. Al principio, era *hövding* de los dalcasianos, y los vikingos de Limerick le declararon la guerra. Después se convirtió en rey de Thomond y declaró la guerra, con poco éxito, a los vikingos de Limerick, pero al final se coronó rey de Munster y fue entonces cuando asaltó Limerick y mató a la mayoría de los vikingos asentados allí. Los que pudieron salvar la vida huyeron. Ahora es el mayor de los héroes de Irlanda, rey de Munster, señor de Leinster, señor de todos los extranjeros que aún habitan sus ciudades de la costa y que le pagan impuestos, y está en guerra con Malachi, el Gran Rey de Irlanda, para conseguir a su consorte y tomar su reino. Olof *de las Piedras Preciosas* le paga impuestos y tiene que enviarle guerreros para su lucha contra el rey Malachi, y el mismo Sigtrygg *Barba de Seda*, de Dublín, el extranjero más poderoso de Irlanda, le ha pagado tributo en dos ocasiones.

—Esta no es una noticia cualquiera —dijo Orm—, y el rey Brian parece ser un poderoso señor, aunque sea posible que nosotros hayamos visto señores más poderosos; aun así, aunque todo lo que nos has contado fuera cierto, ¿por qué no

podemos venderle nuestros esclavos remeros?

—El rey Brian no compra esclavos —respondió el monje—, sino que él mismo se proporciona los que necesita de entre sus vecinos o de los hombres de Lochlann. Además, tenéis que saber que hay tres cosas que aprecia más que a nada y tres que detesta más que a nada, y estas últimas no van a vuestro favor. Las cosas que más aprecia son: el mayor de los poderes, que ya tiene, el oro más abundante, que también tiene, y la mujer más bella, que todo el mundo sabe que es Gormlaith, hermana de Maelmora, rey de Leinster, a la cual todavía no ha podido conseguir. Ella estuvo casada primero con el rey Olof Kvaran de Dublín, quien la repudió por su lengua pendenciera. Ahora está casada con Malachi, el Gran Rey, quien gimotea en su cámara y ya casi no tiene fuerzas para acudir al campo de batalla. Si Brian vence a Malachi sin duda se quedará también con Gormlaith, y Brian Borhumba suele conseguir cuanto se propone. Las cosas que más detesta son: los no cristianos, los hombres de Lochlann y los escaldos que alaben a otros reyes. Sus odios son tan fuertes como sus afectos, y nadie puede aplacarlo en este sentido, y como vosotros no sois cristianos y además sois de Lochlann queremos aconsejaros que no os acerquéis a él, ya que no os queremos ningún mal.

Los hombres escucharon atentos aquellas palabras y concluyeron que no iba a ser muy lucrativo hacer negocios con el rey Brian. Orm añadió:

—Me da la impresión de que la campana del apóstol Santiago nos ha guiado bien al traernos a esta isla, en vez de llevarnos al reino del rey Brian.

—La campana de San Finnian también ayudó —dijo el monje—, y ahora que habéis constatado lo que pueden hacer los santos, incluso por hombres no cristianos, ¿no sería razonable que empezara a creer en Dios y os convirtierais al cristianismo?

Orm respondió que no había reflexionado demasiado sobre aquella cuestión, y que no le parecía acuciante.

—Tal vez lo es más de lo que piensas —dijo el monje—, pues ya sólo faltan once años para que el mundo desaparezca y Cristo ascienda a los cielos y juzgue a todas las personas. Antes de que esto suceda, todos los paganos tienen que estar bautizados y no sería inteligente de vuestra parte quedaros los últimos. Los no cristianos se acercan a Dios ahora más de lo que lo habían hecho antes, así que pronto quedarán pocos en la oscuridad y la aparición de Cristo está ahora cerca, después de que el peor de los paganos, el rey Harald de Dinamarca, se haya bautizado. Por ello deberíais abandonar vosotros también a vuestros falsos dioses, y adoptar la misma doctrina.

Todos los hombres lo miraron atónitos y un par de ellos se echaron a reír mofándose de aquel hombre.

—Por qué no nos dices que se ha hecho monje como tú —dijo Toke—, y que se ha tonsurado la cabeza también.

—Hemos recorrido medio mundo —dijo Orm—, y tú que vives con tus hermanos en esta isla solitaria tienes la mayor noticia para darnos. Sin embargo, lo que nos pides que creamos no es poco cuando dices que el rey Harald se ha hecho cristiano, y

me parece más plausible que algún navegante te lo haya contado para pasar un buen rato a costa de tu ingenuidad.

El monje insistió en que lo que les contaba era cierto, y no una mentira de marinero de barco, ya que se lo había contado el mismo obispo en su visita de hacía un par de años y, durante siete domingos, había expresado su agradecimiento a Dios por aquella gran compensación para todos los cristianos perseguidos y vilipendiados por los hombres del norte.

Tras esta afirmación, los hombres creyeron en lo que había dicho el monje, pero les siguió pareciendo difícil aceptar tan insólita noticia.

—Él mismo es descendiente de Odín —dijeron mirándose unos a otros—. ¿Cómo puede entonces acudir a otro dios?

—Y además, ha tenido la fortuna de su parte toda la vida —dijeron—, fortuna que le regalaron los Ases^[23]. Sus flotas han navegado contra los cristianos y han regresado con grandes riquezas, ¿qué tiene que ver él entonces con el dios de los cristianos?

Entre gestos de incompreensión, quedaron sumidos en el asombro.

—Tiene ya cierta edad —dijo Grinulf—, y podría ser que se hubiera vuelto niño de nuevo, como el rey Ane en Uppsala en los viejos tiempos, puesto que los reyes beben cerveza más fuerte que los demás hombres y tienen muchas mujeres. Con el tiempo, esto puede agotarlos y hacer que su juicio se vea turbado y ya no sepan lo que hacen. Y claro, como son reyes hacen lo que les place a pesar de que hayan perdido la razón; sólo de este modo el rey Harald puede haber sido atrapado en la doctrina cristiana.

Los hombres asintieron y empezaron a contar historias de gentes ancianas del pueblo que, al hacerse mayores, se habían vuelto extraños y habían causado muchos problemas a sus familias con ideas retorcidas. Todos fueron de la opinión que no valía la pena vivir hasta que se te cayeran los dientes y la razón empezara a consumirse. El monje añadió entonces que peores cosas iban a pasarles a ellos, ya que el día del Juicio Final, en once años, serían expulsados de la tierra sin dilación; pero ellos respondieron que para ellos quizá sería un buen momento y que eso no les parecía motivo suficiente para convertirse al cristianismo.

Orm tenía mucho en que pensar ahora, pues tenían que decidir qué hacer al no atreverse a entrar en Irlanda a comerciar; finalmente, les dijo a sus hombres:

—Ser *hövding* es una ventaja cuando se reparte el botín y se sirve la cerveza, pero deja de serlo cuando hay que diseñar nuevos planes; la verdad es que ahora mismo no se me ocurre nada. Una cosa está clara, tenemos que partir hoy mismo puesto que los esclavos están en la mejor forma posible gracias a los alimentos y al descanso, y cuanto más esperemos más arduo será nuestro viaje. Me parece que lo mejor será que naveguemos hacia el rey Harald, pues con él hay *storman* ricos que quizá nos ofrezcan un buen precio por los esclavos. Además, si es cierto que se ha convertido al cristianismo, me parece que llevamos un buen presente para él y así podremos

obtener su favor enseguida. Yo mismo preferiría ser uno de sus hombres a quedarme en la casa de mis padres como hijo menor, si el viejo aún vive y Odd, mi hermano mayor, también. Y para los que tenéis asuntos pendientes en casa, será fácil llegar hasta Blekinge después de haber concluido nuestra venta y repartido las ganancias. Sea como sea, más difícil será mantener con vida a los esclavos cuando lleguemos a las frías aguas de nuestro mar.

Tras pronunciar estas palabras, Orm dijo a los monjes que quería hacer un trato con ellos: le darían todas las pieles de cabra que tuvieran y las ropas de las que pudieran prescindir. A cambio, él les dejaría dos de los esclavos remeros más decrepitos, porque, de lo contrario, perecerían a lo largo del trayecto, aunque podrían ser de ayuda para los monjes si se curaban; además, también les daría algunas monedas de plata andaluzas. Los monjes esbozaron tímidas sonrisas y respondieron que aquella transacción era mejor que la que los irlandeses solían tener con Lochlannach, pero que preferían que les dejaran la campana de Santiago. Orm respondió que la campana era imprescindible para ellos, de modo que el trato se cerró como él había dicho y los esclavos pudieron disponer de ropas más adecuadas para el frío.

Ahumaron pescado y carne de cabra para el viaje, y se llevaron también nabos de los campos de los monjes. Estos les ayudaron con los preparativos y, siempre muy amables, no se quejaron de que su rebaño de cabras hubiera disminuido durante su estancia. Lo único que les apenaba era que la campana permanecería en manos de los paganos, y que Orm y sus hombres no comprendieran lo que era mejor para ellos, negándose a convertirse al cristianismo. Al despedirse, hablaron una vez más sobre Cristo y San Finian, sobre el día del Juicio Final y de todo lo que podía suceder a los viajeros si ignoraban la posibilidad de adoptar la doctrina verdadera. Orm les respondió que no tenía tiempo de escuchar ese tipo de cosas, pero añadió enseguida que no sería propio de un buen *hövding* mostrarse avaro ante tales anfitriones. Dicho esto, puso la mano en su cinturón y sacó tres monedas de oro que entregó a los monjes.

Al contemplar Toke este gesto, rió ante tal abundancia, pero añadió que él también se lo podía permitir puesto que, a su debido tiempo, se casaría con alguna mujer de las mejores haciendas de Lister y se convertiría en un *storman* de la región. Dicho esto, también entregó tres monedas de oro a los monjes, y éstos se quedaron estupefactos ante tal desprendimiento. A los otros hombres pareció no gustarles demasiado aquellos gestos, pero por no dañar su reputación también hicieron alguna aportación. Todos menos Grinulf, que se ganó las mofas del grupo por su tacañería y respondió a ellas con las muecas de su boca torcida y rascándose la barba, satisfecho de sí mismo.

—Yo no soy *hövding* —dijo—, y además empiezo a hacerme mayor y no habrá muchacha joven con hacienda en mano que me quiera desposar, ni vieja tampoco, por eso estoy en todo el derecho de ser prudente con mis escasos bienes.

Tras haber embarcado y encadenado a los esclavos remeros, Orm zarpó desde la isla de San Finnian y puso rumbo al sur para dar la vuelta a Irlanda con fuerte viento y buen viaje. A todos se les hacía duro el frío del otoño pese a poderse envolver en las pieles de cabra; Orm y sus hombres habían pasado tanto tiempo en el sur que el frío azotaba su piel más que antes. A pesar de las bajas temperaturas, todos estaban de buen humor por tener su casa tan cerca, aunque se mantenían atentos porque sabían que sus compatriotas navegantes controlaban esas aguas. Los monjes les habían contado que barcos vikingos daneses se agrupaban más que nunca en las costas de Inglaterra, ahora que la mayor parte de Irlanda había quedado cerrada debido al poder del rey Brian; en cambio Inglaterra aún era adecuada para el saqueo. Por el miedo de encontrarse con otros barcos vikingos, Orm mantuvo el barco bien alejado de la costa al remontar el estrecho inglés. Tuvieron la suerte de su lado y evitaron todo encuentro, salieron a mar abierto, sintieron que las salpicaduras de las olas eran aún más frías y navegaron hasta avistar las costas de Jutlandia. Entonces gritaron todos de júbilo, ya que les alegraba ver de nuevo tierras que pertenecían al reino de los daneses, y siguieron las señales terrestres que habían visto en el inicio del viaje con Krok, hacía ya mucho tiempo.

Doblaron Skagen y, con rumbo al sur, alcanzaron la zona sin vientos, de modo que los esclavos remeros tuvieron que volver a bogar, lo mejor que supieron, al ritmo del canto de la campana del apóstol Santiago. Aquí hablaron con los pescadores que fueron encontrando y averiguaron cuánto les quedaba para llegar a Jellinge, donde vivía el rey Harald. Bruñeron las armas y repasaron sus equipos para poder presentarse ante el rey como hombres de buena reputación.

Una mañana a primera hora, llegaron a Jellinge a remo y amarraron en un muelle. Podían ver el *kungsgård*^[24], que se erigía en una colina a cierta distancia de la costa, rodeado por un terraplén y una empalizada. Cerca del embarcadero había algunas cabañas, y de ellas salía gente que observaba a Orm y a sus hombres como si fueran extranjeros. Desembarcaron la campana con la plataforma y los cilindros que habían utilizado en Asturias, rodeados por curiosos que querían contemplar tan insólito acontecimiento y saber de dónde venían los extranjeros. Para Orm y sus hombres fue también extraño escuchar de nuevo su propia lengua en boca de todos, puesto que habían vivido mucho tiempo entre extranjeros. Hicieron desembarcar a los esclavos remeros y los amarraron a la estructura de la campana para llevársela al rey.

En ese momento, se oyeron gritos que provenían de las dependencias reales, y vieron a un hombre grueso vestido con un largo hábito que corría hacia ellos camino abajo. Iba afeitado, llevaba una cruz de plata colgada en el pecho y el miedo escrito en el rostro. Llegó sin aliento a las cabañas y agitando los brazos.

—¡Sanguijuelas! ¡Sanguijuelas! —gritaba—. ¿No hay una sola alma caritativa que tenga sanguijuelas? Las necesito ahora mismo, ¡sanas y fuertes!

Por su forma de hablar se veía que no era de allí, pero su lengua se movía a toda velocidad en lengua danesa, a pesar de que hacía grandes esfuerzos por respirar.

—Nuestras sanguijuelas están enfermas —dijo— y no quieren morder. Y las sanguijuelas son el único remedio cuando tiene dolor de muelas. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿no hay nadie que tenga sanguijuelas?

Ninguno de los habitantes de las cabañas tenía sanguijuelas, y el orondo monje gemía y se quejaba de impotencia. Había llegado al embarcadero donde estaba atracado el barco de Orm, y fue entonces cuando vio la campana y a los hombres que había a su alrededor. La observó estupefacto y se acercó en un revuelo.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¡Una campana, una campana santa! ¿Estoy soñando? ¿Es un engaño de Satanás o una campana de verdad? ¿Cómo ha llegado hasta aquí, hasta esta tierra de oscuridad y demonios? Nunca había visto una campana de este tamaño, ni siquiera en la iglesia del emperador, en Worms.

—Se llama Santiago, como el apóstol —dijo Orm—, y la hemos traído hasta aquí desde la iglesia del apóstol, en Asturias. Hemos sabido que el rey Harald es ahora cristiano y hemos pensado que un presente así podría complacerle.

—¡Un milagro, un milagro! —gritó el sacerdote al tiempo que sollozaba con las manos alzadas hacia el cielo—. Los ángeles de Dios han acudido en nuestra ayuda cuando nuestras sanguijuelas han enfermado. Esta es mejor cura que las sanguijuelas, pero daos prisa, ¡vamos, vamos! Si tardamos corremos peligro, puesto que tiene fuertes dolores.

Los esclavos tiraron de la campana para llevarla hasta las dependencias reales, y el sacerdote animaba a los hombres apremiándoles con todas sus fuerzas. Hablaba sin parar, como si hubiera perdido la razón, se secaba los ojos mientras volvía el rostro al cielo y hacía invocaciones en la lengua de los sacerdotes. Orm y los demás comprendieron que el rey tenía dolor de muelas, pero no lo que aquella campana podía hacer por él. Sin embargo, el sacerdote parloteaba lleno de alegría y los llamaba mensajeros divinos mientras aseguraba que ahora todo iría bien.

—No le quedan muchos dientes en la boca, alabado sea el Todopoderoso —dijo—, ¡pero los pocos que tiene nos causan tantos problemas como todas las demás diabluras de todo este país! A pesar de su edad, sufre a menudo fuertes dolores en todo el cuerpo, excepto en los dos azules, y cuando se siente mal es un peligro para los que se acercan a él, ¡y blasfema sin límites! Una vez, el verano pasado, tuvo dolor en una muela y poco le faltó para convertir al hermano Willibald en un mártir. Resulta que le golpeó en la cabeza con nuestro gran crucifijo, que tenía que ayudar a paliar el dolor. El hermano Willibald ya se ha recuperado, alabado sea el Señor, pero tuvo que reposar con gran sufrimiento y mareo. Pusimos nuestras vidas en manos de Dios, el hermano Willibald y yo, cuando seguimos al obispo Poppo hasta aquí, a la tierra de la oscuridad con el evangelio y nuestra medicina, pero no obstante parece una abominación amenazar con el martirio por algunos dientes viejos. No nos deja que le arranquemos ni uno, nos lo ha prohibido a riesgo de perder la vida porque dice que no quiere ser como un viejo rey de los suevos que, al hacerse mayor, sólo podía beber leche de un cuerno. Así, entre dificultades y aprietos, vivimos con este

soberano para promover el reino de Dios: el hermano Willibald, que es el mejor médico de todo el arzobispado de Bremen, y yo mismo, que soy chantre y médico y me llamo Matías.

Respiró hondo, se secó el sudor del rostro y gritó a los esclavos que se apresuraran. Luego continuó:

—En este país, el peor problema de los médicos como yo es que no tenemos reliquias que nos asistan, ni siquiera un solo diente de San Lázaro, que son infalibles contra el dolor de muelas y que abundan en muchos lugares de la cristiandad. A nosotros los que nos embarcamos hacia los paganos no nos confían reliquias, puesto que podrían caer en manos de infieles y verse mancilladas. Tenemos que confiar en nuestras plegarias, en la cruz, y en los remedios terrenales, pero a veces todas estas cosas no son suficientes. Por ello nadie puede curar con remedios milagrosos entre los daneses hasta que haya reliquias disponibles en estas tierras, y para eso aún tendremos que esperar. Parece que ya tres obispos y muchos más predicadores han perdido la vida en manos de las gentes de aquí, y algunos de los restos mortales de estos mártires han podido ser rescatados y han recibido cristiana sepultura para que sepamos donde se encuentran, pero la Santa Iglesia ha dispuesto que no se exhumen huesos de obispos y mártires para su uso como remedio hasta treinta y seis años después de su muerte y, hasta entonces, nosotros los médicos lo tenemos difícil.

Con un gesto negativo masculló algunas palabras, triste, pero enseguida volvió a mostrarse radiante.

—Sin embargo, ahora que Dios ha permitido que tuviera lugar este milagro, a mí y al hermano Willibald nos irán mejor las cosas. Si bien es cierto que jamás he visto en texto alguno que Santiago se mencione como poderoso contra el dolor de muelas, en su campana, recién llegada de su santa sepultura, debe de reunirse mucho poder contra todo lo malo, e incluso contra los dientes corruptos. Por todo ello tú, *hövding*, eres, con seguridad, nuncio para el hermano Willibald y para mí y para todos los actos cristianos de este país.

—Sabio maestro —dijo Orm—, ¿cómo puedes curar el dolor de muelas con una campana? Mis hombres y yo hemos estado en tierras lejanas y hemos visto cosas muy extrañas, pero ésta me parece la más extraña de todas.

—Hay dos maneras que nosotros conocemos —respondió el hermano Matías—, y ambas son buenas, pero mi idea es, y el hermano Willibald estará sin duda de acuerdo conmigo, que la vieja práctica de San Gregorio es la mejor, y pronto podrás verlo.

Habían llegado al terraplén ante la empalizada, y un anciano guardián abrió el gran portal de entrada mientras otro hacía sonar un cuerno para avisar de que llegaban forasteros. El hermano Matías se colocó a la cabeza de la comitiva, al tiempo que entonaba una melodía sacra, *Vexilla regis prodeunt*. Detrás de él caminaban Orm y Toke seguidos por los esclavos, que eran apremiados por los demás hombres.

Dentro de la empalizada había muchas casas. Todas formaban parte de los sirvientes del rey, puesto que éste gozaba de más poder y riqueza que su padre. Había ampliado y mejorado la sala de banquetes del rey Gorm, y había construido grandes alas para sus hombres y para el servicio. Una vez construidas las cocinas y el *brygghus*^[25], los escaldos cantaron sus excelencias y los entendidos afirmaron que eran más grandes que las del rey de Uppsala. El hermano Matías los condujo hasta el edificio donde se hallaba el dormitorio del monarca: el rey Harald pasaba allí la mayor parte del tiempo con sus mujeres y sus arcas.

Era una casa de troncos de madera con amplios espacios, pero no acostumbraba a estar tan habitada como antes, ya que, desde que el obispo Poppo le hubiera señalado que tenía que esforzarse en vivir una vida cristiana, el rey se había deshecho de la mayoría de sus mujeres y sólo mantenía a algunas de las más jóvenes; las mayores que le habían dado hijos vivían ahora en otros edificios. Sin embargo, aquella mañana las dependencias del rey estaban llenas de actividad y mucha gente corría de un lado a otro, con miedo y prisa, tanto hombres como mujeres. Muchos se pararon a mirar a los recién llegados y preguntaron a qué venían, pero el hermano Matías interrumpió sus incesantes preguntas para abrirse paso con impaciencia entre la gente y llevarlos hasta el dormitorio del rey. Orm y Toke le siguieron.

—¡Hermano Willibald, hermano Willibald! —gritó—. ¡Aún queda bálsamo en Gilead! Señor rey, alegraos y bendecid a Dios, puesto que un milagro ha acontecido por vos y pronto ahuyentaremos vuestro dolor. Soy como el hijo de Saúl, el hijo de Kis, ya que salí a buscar sanguijuelas y encontré un objeto sagrado.

Mientras Orm y sus hombres entraban la campana con gran dificultad en la cámara, el hermano Matías empezó a contar la historia.

Orm y sus hombres saludaron al rey Harald con gran respeto y le observaron con curiosidad, ya que habían oído hablar de él toda su vida y se les hacía extraño verle sufriendo y enfermo.

Su cama estaba colocada en la pared del fondo, frente a la puerta, era alta y maciza y en ella había numerosas almohadas y pieles; era tan grande que cabían tres o cuatro personas sin necesidad de apretarse. El rey Harald estaba sentado en el borde, con muchos cojines a su alrededor. En la cabeza llevaba una caperuza amarilla de lana, y estaba envuelto en un gran abrigo de piel de nutria. En el suelo, a sus pies, había dos mujeres jóvenes agachadas, con un brasero entre ellas, y tenían cada una un pie del rey sobre la rodilla para mantenerlos calientes.

Todo el mundo podía ver que el rey Harald era un gran rey, a pesar de no llevar el cetro y a pesar del temor que reflejaban sus ojos grandes y redondos. Su mirada, con una mezcla de ira y esperanza triste, se dirigió a la gente que entraba en la cámara y a la campana sin que pareciera importarles en exceso lo que veía. Respiraba con leves resuellos, como si se hubiera quedado sin aliento, ya que el dolor había cesado hacía un rato y allí sentado esperaba que volviera a sacudirle. Era alto y fuerte, de pecho ancho y barriga prominente; tenía el rostro grande y encarnado, con la piel lustrosa y

sin arrugas. Su pelo era cano, pero la barba, que era ancha y tupida y se posaba sobre su pecho, tenía un color amarillento y en el medio, en una fina franja que nacía en el labio inferior, se había conservado rubia, sin blanquearse. Todo lo que había tomado contra el dolor le había dejado el contorno de la boca mojado, de modo que ambos colmillos azules, que eran famosos no sólo por su color sino por su longitud, resplandecían más que de costumbre, como los de un puerco viejo. Tenía los ojos saltones y enrojecidos, y daba la sensación de que el poder y el peligro vivían en ellos, así como en su frente ancha y sus tupidas cejas grises.

Así encontraron al rey Harald *Diente Azul* la primera vez que le vieron Orm y sus hombres, y Toke opinó después que pocos reyes viejos con dolor de muelas se hubieran comportado de un modo tan mayestático.

El obispo Poppo no se encontraba en aquellos momentos en la cámara porque había estado velando al rey toda la noche, rezando por él al tiempo que escuchaba blasfemias y palabras amenazadoras cuando el dolor era agudo, lo que hizo que al final tuviera que retirarse a reposar. Sin embargo, el hermano Willibald, que junto con el hermano Matías había estado probando diferentes remedios toda la noche, todavía conservaba cierto grado de vitalidad. Era un hombre menudo y enjuto, totalmente calvo, con una prominente nariz y los labios apretados; en su coronilla resplandecía una gran cicatriz roja. Asentía diligente ante la historia del hermano Matías, y elevó los brazos al aire cuando entraron la campana.

—Esto es, con toda seguridad, un milagro —dijo con la voz clara y nerviosa—, como si los cuervos celestiales llevaran alimento al profeta Elias en el desierto, así estos hombres viajeros han acudido a ayudarnos con fuerzas divinas. Con remedios terrenales sólo hemos podido paliar el dolor un rato, ya que en cuanto nuestro señor rey, impaciente, abría la boca, volvía el dolor; y así hemos pasado la noche. Ahora la curación está sin duda asegurada. Hermano Matías, deberías lavar la campana con agua bendita, y me parece que lo mejor será que la tumbes sobre un lado y la laves por dentro, ya que por fuera no veo yo el polvo que necesitamos. Mientras, yo mezclaré el resto.

Le dieron la vuelta a la campana y el hermano Matías la lavó con un pañuelo que sumergió en agua bendita; después del lavado, lo escurrió en un cuenco. En la campana había polvo viejo en abundancia, y el hermano Matías se alegró de la buena nueva. Mientras, el hermano Willibald empezó a ocuparse de sus remedios, trabajando sobre un gran arcón de piel y dando lecciones a aquellos en la cámara que quisieran escucharlo.

—Las viejas prácticas gregorianas son el mejor remedio en casos como éste, y para el dolor de muelas son fáciles y no tienen secretos. Jugo de endrino, bilis de cerdo, salitre y sangre de buey, una pizca de rábano rusticano y algunas gotas de aceite de enebrina: todo mezclado con una parte igual de agua bendita, con la que se ha lavado la sagrada reliquia. Tiene que mantenerse en la boca durante tres versos de salmo, y este procedimiento debe repetirse tres veces. Esta es la manera más segura

que conoce la medicina contra el dolor de muelas, y si la reliquia es suficientemente poderosa, nunca falla. Los médicos apulios del anciano emperador Otto preferían la sangre de rana a la de buey, pero ahora se ha abandonado esta práctica y me alegro de que así sea, ya que en invierno la sangre de rana es difícil de encontrar.

Sacó un par de botellas de metal del arcón y las destapó para oler su contenido, hizo un gesto negativo con la cabeza y envió a un sirviente a la cocina a por más sangre de buey acabada de recoger y bilis fresca.

—Sólo lo mejor es lo bastante bueno en un caso como el que nos ocupa —dijo él—. Aunque la reliquia sea tan poderosa como parece, también hay que cuidar la calidad del resto de los componentes.

Había pasado ya un rato, y el rey Harald parecía estar menos inquieto por el dolor. Tenía la mirada fija en Orm y Toke, pues sin duda le parecía extraño ver a forasteros vestidos con uniforme de guerra extranjero, ya que llevaban las capas rojas y los escudos adornados de Almanzor, y los yelmos tenían apéndice nasal y se prolongaban sobre las mejillas y el cuello. Les hizo una señal para que se acercaran.

—¿A qué rey servís? —preguntó.

—Somos tus hombres, señor rey —respondió Orm—, pero venimos de Andalucía, donde servimos a Almanzor de Córdoba, el poderoso señor, hasta que la sangre se interpuso entre nosotros. Krok de Lister fue primero nuestro *hövding*, y con él emprendimos el viaje a bordo de tres embarcaciones, pero él murió y muchos otros con él. Yo soy Orm, de Kullen, en Skåne y *hövding* de los que quedaron, y hasta ti hemos llegado con esta campana, que pensamos que sería un buen presente puesto que hemos oído que te has cristianizado. Desconozco sus poderes contra el dolor de muelas, pero en el mar nos ha sido de gran ayuda, y es la mayor de las campanas de la sepultura del apóstol Santiago, en un lugar al que llaman Asturias, donde había muchas curiosidades. Hasta allí llegamos con nuestro señor Almanzor, y él la consideraba un gran tesoro.

El rey Harald asintió sin articular palabra, pero una de las dos jóvenes muchachas que tenía a los pies giró la cabeza y miró a Orm y a Toke al tiempo que decía muy rápido en árabe:

—¡En nombre de Alá, el Piadoso, el Misericordioso! ¿Sois hombres de Almanzor?

Ambos la miraron, estupefactos al escuchar aquella lengua en la corte del rey Harald. Era una bella muchacha, con los ojos grandes y marrones que se alargaban en el pálido rostro. Tenía el pelo negro y nacía en sus sienes sujetado en dos grandes trenzas. Toke no había tenido tiempo de aprender a ser ocurrente en árabe, pero hacía mucho tiempo que no conversaba con una mujer, y por ello pronto tuvo lista la respuesta:

—Podrías ser de Andalucía, allí he visto a mujeres que se parecían a ti, pero ninguna tan bella.

Ella le sonrió enseguida mostrando sus dientes blancos, pero enseguida volvió a

su expresión triste.

—Ya veo, forastero que hablas mi lengua, con lo que me ha obsequiado mi belleza —dijo ella con una voz suave—. Aquí estoy, una andaluza de los kalbíes, de esclava entre los paganos de la más lóbrega de las oscuridades, obligada a la vergüenza de llevar el rostro descubierto, frotando los dedos de los pies podridos de este Diente Azul. En este país no hay más que oscuridad y frío, pieles y piojos, y comida que haría vomitar a los perros de Córdoba. En realidad, me refugio en Alá de lo que mi belleza me ha obsequiado.

—Demasiado buena me pareces para la tarea que te han asignado —dijo Toke, amable—, deberías encontrar a un hombre que pudiera darte algo más que los dedos de los pies.

El rostro de la muchacha se iluminó de nuevo con una tímida sonrisa, a pesar de que hacía unos momentos tenía lágrimas en los ojos, pero el rey Harald se movió y dijo enfurecido:

—¿Y quién eres tú que te pones a parlotear en la lengua de los cuervos con mis mujeres?

—Soy Toke, el hijo de Grå-Gulle, de Lister —respondió—, y mi espada y mis palabras son todo lo que poseo. Y no pretendo ser irreverente, señor rey, al dirigirme a tu mujer. Me ha hecho una pregunta sobre la campana, y yo he respondido. Ella ha dicho a su vez que le parecía tan buen obsequio como ella misma, y que iba a ser igual de útil.

El rey Harald abrió de nuevo la boca para responder, pero en ese mismo instante se le eclipsó el rostro y, tras lanzar un grito, se echó atrás entre los cojines, lo que hizo que las dos mujeres que tenía a sus pies salieran despedidas al suelo: el dolor volvía a acosarlo.

En ese momento se desató la inquietud en la cámara y aquellos que se encontraban más cerca del lecho del rey retrocedieron ante la violencia de sus convulsiones. El hermano Willibald había terminado su mezcla y se acercó con valentía, la expresión ansiosa y palabras reconfortantes.

—¡Ahora, señor rey! ¡Ahora, señor rey! —gritó al tiempo que hacía la señal de la cruz, primero sobre el rey y luego sobre el cuenco con la mezcla que sostenía en una de las manos. Acto seguido, tomó con la otra mano una cuchara de cuerno y continuó con voz solemne:

Tormentos que arden
con fuerza en la boca
se aplacan con este
remedio, y verá
qué pronto el dolor
se desvanece.

El rey miró fijamente al cuenco y al hermano y soltó una risa ahogada e iracunda, sacudió la cabeza y gimió. Luego agitó los brazos violentamente en señal de dolor y gritó con una potente voz:

—¡Fuera de aquí, cura! ¡Desaparece con tus conjuros y tus caldos! ¡*Stallare*^[26] Hallbjörn, Arnkel, Grim! ¡Traed el hacha y acabad con este infame monje!

Sin embargo, sus hombres, que a menudo le oían decir estas cosas, hicieron caso omiso de sus gritos, y el hermano Willibald no se dejó atemorizar, sino que prosiguió en voz alta:

—Tened paciencia, señor rey, sentaos y tomad esta cucharada, llena de poder de santo y todo lo que va con él. Sólo tres cucharadas, señor, y no es necesario que lo traguéis. ¡Canta, hermano Matías!

El hermano Matías, que con el gran crucifijo en la mano se mantenía detrás del hermano Willibald, entonó un canto sacro:

Solve vincla reis,
profer lumen caecis
mala nostra pelle
bona cuneta posee!

La melodía aplacó al rey, que dejó que lo levantaran con paciencia. El hermano Willibald, diestro, le metió una cucharada de la mezcla en la boca y empezó él mismo a entonar la misma melodía que el hermano Matías, cosa que todos los que se encontraban en la cámara observaron albergando grandes esperanzas. El rostro del rey se tornó azul por la fuerza del medicamento, pero mantuvo la boca cerrada y, cuando el canto de los tres versos concluyó, escupió obediente lo que le habían puesto en la boca; inmediatamente el hermano Willibald, sin dejar de cantar, le endosó una nueva cucharada.

Todos los asistentes estuvieron luego de acuerdo en que sólo había pasado un momento después de que el rey recibiera su segunda cucharada, antes de que pudieran terminar el siguiente verso, cuando de repente cerró los ojos y se agarrotó. Después volvió a abrir los ojos y escupió lo que tenía en la boca, suspiró profundamente y pidió cerveza con un grito. El hermano Willibald interrumpió su canto y se inclinó impaciente hacia delante:

—¿Está mejor, señor? ¿Ha cesado el dolor?

—Ha cesado —dijo el rey mientras escupía de nuevo—. Tu revoltijo era ácido, pero ha sido útil.

El hermano Willibald abrió los brazos, henchido de felicidad.

—*Hosanna!* —exclamó—. ¡Es un hecho! ¡El apóstol Santiago de Hispania nos ha asistido! Alaba al Señor, señor rey, ya que ahora nos esperan tiempos mejores. El dolor de muelas ya no eclipsará tu espíritu ni causará temor en el pecho de tus sirvientes.

El rey Harald asintió y se apartó la barba del labio superior. Agarró con ambas manos un amplio cazo con mango de madera, que un gentilhomme había acercado, y lo elevó hasta la boca. Primero fue cauto con los tragos, por miedo a que volviera el dolor, pero luego bebió confiado hasta vaciar el cazo. Enseguida lo hizo llenar de nuevo y se lo pasó a Orm.

—¡Bienvenidos seáis! ¡Y gracias por vuestra ayuda!

Orm cogió el cazo y bebió. Era la mejor cerveza que jamás había probado, fuerte y con cuerpo, como sólo los reyes podían permitirse, y bebió con gusto. Toke observaba entre suspiros y al final dijo:

Ásperas tiene lengua y garganta
el huésped que de lejos viene.
Sabio y poderoso rey, haz correr el cazo
¡y que llegue hasta Toke!

—Si eres escaldo beberás —dijo el rey Harald—, pero al hacerlo tendrás que componer.

Llenaron el cazo para Toke, se lo puso en la boca y bebió, con la cabeza bien atrás, y en la cámara del rey estuvieron de acuerdo en que pocos cazos se habían vaciado más rápido que aquél. Reflexionó mientras se secaba la espuma de la barba, y luego dijo con la voz más fuerte que antes:

Tiempo he sufrido sin cerveza.
He remado y luchado:
poderoso hijo de Hell Gorm, que, clemente,
evita que siga sin ella.

Los hombres allí presentes encontraron los versos de Toke bien compuestos, y el rey Harald opinó:

—Los escaldos escasean y no se ven en estos días hombres que compongan versos sin pensar demasiado. Muchos han acudido a mí con *drapa*^[27] y estrofas, y ha sido indignante verlos con la nariz en la cerveza sin ser demasiado útiles después de haber recitado el poema que habían traído con ellos. A mí me gustan los que componen con facilidad para que sean una alegría diaria en el salón, y es posible que tú, Toke de Lister, seas más habilidoso que otros que he escuchado desde que Einar Skålaglam y Vigfus Viga-Glumsson fueron mis huéspedes. Os quedaréis los dos conmigo a pasar la Navidad, y vuestros hombres con vosotros, y os daremos la mejor de las cervezas, ya que me parece que vuestro obsequio lo merece.

Dicho esto, el rey Harald hizo un gran bostezo porque estaba cansado de su difícil noche. Se envolvió en las pieles y se metió en el lecho para reposar, con ambas mujeres a su lado. Extendieron las pieles, y los hermanos Matías y Willibald le

santiguaron y murmuraron una oración. Todos salieron de la cámara, y los *stallare* del rey se colocaron ante la puerta del patio espada en mano y gritaron tres veces en voz muy alta: «¡El rey de los daneses duerme!», para que el bullicio no interrumpiera el descanso de Harald *Diente Azul*.

CAPÍTULO IX

De cómo se saboreaba la Navidad en compañía del rey Harald *Diente Azul*

Storman de todos los rincones acudieron a Jellinge para celebrar la Navidad en compañía del rey Harald, y se tuvieron que apretar en los dormitorios y a la mesa; pero Orm y sus hombres no se quejaban de este hecho, ya que les pagaron un buen precio por sus esclavos antes de que llegaran las fiestas. Después de que Orm repartiera las ganancias de la transacción, sus hombres se sintieron ricos y tranquilos, impacientes por llegar a casa, a Lister, para mostrar lo que habían conseguido, y por saber si los dos barcos de Berse habían llegado sin más novedad o si eran ellos los únicos que habían sobrevivido del viaje de Krok. Eso sí, durante las festividades querían quedarse en Jellinge, ya que era un gran honor, que daba reputación para toda la vida, haber celebrado la Navidad en la corte del rey de los daneses.

El más distinguido de los invitados fue el hijo del rey Harald, el rey Sven *Barba de Horquilla*, que había venido desde Hedeby con un gran séquito. Era un hijo rebelde, como todos los hijos del rey Harald, y la relación con su padre no era un camino de rosas, así que ambos se evitaban con gusto. Sin embargo, en Navidad el rey Sven solía acudir a Jellinge y todos sabían por qué: era en estas ocasiones, cuando la comida y la bebida eran más abundantes y más fuertes, que los hombres ancianos fallecían de repente, en el lecho o en el banco de la mesa. Así había ocurrido con el viejo rey Gorm, que después de mucho tocino de Navidad había caído en el lecho y, tras dos días de silencio, había fallecido, y el rey Sven quería estar donde estuvieran las arcas reales cuando su padre expirara. Muchas Navidades había acudido allí en vano, y su impaciencia aumentaba cada año. Sus hombres eran grandes guerreros, valientes y tenaces, y les costaba mantener la armonía con los sirvientes del rey Harald. Además, las cosas habían empeorado desde que el rey Harald se había convertido al cristianismo, y muchos de sus hombres con él, ya que el rey Sven seguía fiel a la vieja doctrina, y se mostraba furioso ante la conversión de su padre. Decía que los daneses se hubieran evitado esa vergüenza si el viejo hubiera tenido la sensatez de morir a tiempo.

Esto, claro está, no lo decía en voz alta cuando se encontraba en Jelling, porque al rey Harald le bastaba poco para montar en cólera y, cuando eso sucedía, todos corrían peligro. Después de los saludos de cortesía no tenían nada más que decirse, y desde sus sitios de honor en el salón de invitados no brindaban entre ellos más de lo necesario.

El día antes de Navidad hubo tormenta de nieve, pero después el tiempo se calmó

e hizo frío, y el día de Navidad por la mañana, cuando los sacerdotes cantaban la misa del día y las dependencias reales estaban envueltas en el vapor agradable de los preparativos en las cocinas, llegó un gran barco largo desde el sur y entró en el puerto hacia el muelle con la vela rasgada por la tormenta y los remos cubiertos de hielo. El rey Harald asistía a la misa y el heraldo le arrancó de su sopor. Se preguntó entonces quiénes podían ser aquellos invitados y subió a la galería para avistar el barco. Era un barco de altas bordas; la cabeza de dragón rojo de la proa estaba colocada sobre un retorcido cuello, y tenía hielo en las fauces después de haber surcado el duro mar. Avistaron hombres con las vestiduras cubiertas por una corteza de hielo, entre ellos un *hövding* alto con capa azul y otro con capa roja, este último de la misma envergadura que el anterior. El rey Harald lo observó todo escudriñando en la distancia, y dijo:

—Parece ser un barco de los vikingos de Jom o uno de los suiones, y a bordo llevan tripulación arrogante, puesto que llegan a casa del rey de los daneses con un solo barco y sin haber enarbolado el escudo de paz. Sólo conozco a tres hombres que sean capaces de algo semejante: Skoglar-Toste, Vagn Åkesson y Styrbjörn. Y el barco ha entrado a remo sin haber arriado la cabeza del dragón, a pesar de que saben que a los *landvettar*^[28] no les gusta esta visión, y sólo conozco a dos que no se preocupen en absoluto de lo que piensen los *landvettar*: Vagn y Styrbjörn. Además, se ve con claridad que el barco no ha buscado abrigo de la tormenta y sólo conozco a una persona que no se amilane ante temporales como el de la noche pasada. Por todo esto pienso que es Styrbjörn, mi yerno, al que hace cuatro años que no veo; la capa azul encaja también, la lleva de ese color hasta que recupere la herencia de su padre de manos del rey Erik. En cambio, no puedo decir con seguridad quién es el segundo, que parece igual de corpulento que Styrbjörn, aunque podría ser uno de los hijos de Strutharald, que son más altos que los demás, los tres, y son amigos de Styrbjörn. No puede ser el *jarl* Sigvalde porque no le gustan los festines en estos tiempos, por el oprobio que sufrió al ciar en Hjörungavåg, y Hemming, su hermano, está en Inglaterra. Por tanto, podría tratarse del tercero, Thorkel *el Alto*.

Estas fueron las palabras del rey Harald, hombre de inconmensurable sabiduría, y cuando los extranjeros llegaron a las dependencias reales y se constató que tenía razón, se alegró mucho más de lo que lo había hecho con la llegada de su hijo, el rey Sven. Dio la bienvenida a Styrbjörn y a Thorkel, hizo que calentaran la sauna y ordenó que les dieran cerveza caliente a todos.

—Puede ser necesario después de un viaje así —dijo—, incluso para los más aguerridos guerreros, y como decían nuestros ancestros:

Cerveza caliente para hombres con frío,
cerveza caliente para los exhaustos;
puesto que el cuerpo tiene en ella amiga,
bastón y puntal del ánimo.

Algunos de los hombres de Styrbjörn estaban tan extenuados del viaje que temblaban, pero cuando les acercaron las jarras de cerveza caliente enseguida se les templó el pulso y no derramaron ni una gota.

—Y cuando hayáis pasado por la sauna y hayáis descansado, empezará el festín navideño —dijo el rey Harald—, que, todo sea dicho, me apetece más ahora que si sólo mi hijo me hubiera acompañado a la mesa.

—¿Así que tienes por aquí a Barba de Horquilla? —dijo Styrbjörn al tiempo que miraba a su alrededor—. Con él me gustaría hablar a mí.

—Tiene las esperanzas puestas en verme morir —respondió el rey Harald—, por eso ha venido. Yo pienso que si muero en un festín navideño será de extenuación por sus expresiones adustas. Ya tendrás tiempo de hablar con él, pero una cosa sí quiero saber, ¿tenéis asuntos de sangre pendientes?

—No, de momento no hay asuntos de sangre entre nosotros —dijo Styrbjörn—, pero quizá sea sólo de momento. Me prometió ayudarme con barcos y hombres contra mi aliado en Uppsala, y no ha llegado ninguno.

—La cuestión es que aquí se han dispuesto las cosas de la siguiente manera —dijo el rey Harald—. Durante este tiempo sagrado, no pueden deshacerse entuertos, y quiero que lo sepas desde ahora, aunque esa contención a ti a lo mejor te resulte difícil. Y es que yo ahora venero a Cristo, que me ha ayudado en gran manera, y Éste no tolera disputas en el día de Navidad, que es el día de su nacimiento, y tampoco los días sacros posteriores.

—Yo soy un apátrida —dijo Styrbjörn—, y la paz es un lujo para mí, ya que soy de los que prefiere ser cuervo^[29] que ser devorado por los cuervos. Sin embargo, ahora que soy tu invitado creo que podré mantener la paz como cualquier otro, sea cual sea el dios que se celebre, puesto que has sido un buen suegro y jamás he tenido conflicto contigo. También es cierto que tengo que contarte que tu hija Tyra ha fallecido, y hubiera preferido traerte noticias mejores que ésta.

—Ciertamente es una mala noticia la que traes —dijo el rey Harald—. ¿De qué murió?

—Se disgustó cuando me busqué una amante de entre los vendos —dijo Styrbjörn—, y su ira fue tal que hasta echaba sangre por la boca, y después de esto se fue apagando y al final murió. Por lo demás, fue una buena esposa.

—Es una cosa en la que ya me había fijado —dijo el rey Harald—. La gente joven muere con más facilidad que la vieja, pero bueno, no dejemos que esto nos entristezca demasiado en la celebración de la Navidad; y tengo tantas hijas que no sé qué hacer con ellas. Son todas rebeldes, y sólo quieren desposar hombres de alta estirpe con buena reputación, de modo que, si alguna de ellas te place, no tendrás que pasar mucho tiempo viudo. Podrás verlas a todas, y es posible que la paz navideña entre ellas se vea turbada por este motivo.

—Tengo otras cosas en la cabeza más allá del matrimonio —respondió Styrbjörn—, pero de ellas tendremos oportunidad de hablar más tarde.

Muchos observaban a Styrbjörn desde puertas y galerías mientras se dirigía a la sauna con sus hombres, puesto que era un invitado de excepción y el mayor de los guerreros de las tierras del norte desde los tiempos de los hijos de Lodbrok. Tenía la barba clara y corta, y los ojos de color azul pálido, y aquellos que no lo habían visto antes murmuraban con sorpresa entre ellos que lo encontraban delgado y enclenque. Y es que todos sabían que su fuerza era tal que con su espada, llamada *Canción-de-Cuna*, partía escudos como hogazas y a hombres con armadura del cuello a la entrepierna. Había sabios que decían que llevaba consigo la vieja suerte de la estirpe de Uppsala, y que ésta le daba la fuerza y el éxito en todas sus aventuras. No obstante, también era sabido que incluso había vivido su parte de la maldición de la estirpe y el infortunio ancestral, y por ello era *hövding* sin tierras, de ahí que a veces pesara sobre él el cansancio y la melancolía. Cuando esto sucedía, se encerraba para yacer solo día tras día, entre suspiros y susurros oscuros, sin hablar con nadie que tuviera cerca, excepto una mujer que le peinaba el pelo y un viejo arpista que le obsequiaba con cerveza y entonaba canciones tristes. Sin embargo, en cuanto la melancolía le abandonaba, siempre tenía prisa por volver al mar y a las batallas, y podía agotar y atemorizar a sus hombres más aguerridos con su temeridad y su mala fortuna con el tiempo.

Por todo ello, Styrbjörn era más temido que cualquier otro *hövding*, como si algo del poder de los dioses y de su peligrosidad viviera dentro de él. Algunos pensaban que alguna vez, cuando se encontrara en plenitud de fuerzas, viajaría hasta Miklagård^[30] y se haría emperador allí para viajar alrededor del mundo con enormes flotas.

Otros decían que en sus ojos veían que iba a morir joven.

Todo estaba preparado y listo para el festín navideño en la espléndida sala del rey Harald, y todos los hombres se dispusieron a ocupar los bancos. Las mujeres no participaban en estos grandes banquetes, ya que, según el rey Harald, ya era bastante difícil mantener la paz entre hombres como para que, en su embriaguez, hubieran tenido mujeres al alcance para mostrar su arrogancia con ellas. Una vez asignados los lugares, los *stallare* del rey anunciaron en voz alta que la paz de Jesucristo y la paz del rey Harald reinaban en el salón, y que ni un solo filo debía usarse para otra cosa que no fuera cortar la comida. Los cortes, pinchazos y cada herida de sangre que un hombre causara a otro con jarra de cerveza o hueso de carne, plato de madera, cucharón o puño, se consideraría homicidio completo e irreverencia ante Cristo, así como el peor de los delitos, y al culpable le amarrarían una piedra al cuello y lo ahogarían en aguas profundas. Todas las armas, a excepción de los cuchillos de mesa, se habían colocado en los zaguanes, y sólo los altos cargos que acompañaban al rey Harald en su mesa pudieron entrar con sus espadas, ya que se daba por supuesto que podían controlarse incluso después de haber bebido.

El salón había sido construido para poder acoger a seis centenas sin apreturas, y en medio se encontraba la mesa del rey Harald, donde se sentaban los treinta hombres

más distinguidos. Las mesas de los demás estaban atravesadas desde ambos extremos del salón. Había seis plazas de honor en la mesa del rey Harald, tres a cada lado. A su derecha, Styrbjörn, a la izquierda el obispo Poppo y, enfrente, el rey Sven. Este tenía a Thorkel *el Alto* a su derecha y a un viejo, encarnado y *jarl* calvo, de las islas Småöarna, llamado Sibbe, a su izquierda. El resto estaban colocados según su notoriedad, y cada lugar había sido asignado por el rey Harald. Orm no estaba entre los *hövding* de más importancia, pero obtuvo mejor lugar del que se hubiera podido imaginar, y Toke con él, ya que el rey Harald les estaba muy agradecido por la gran campana y además disfrutaba con el arte poético de Toke. Orm ocupaba el tercer lugar del lado del obispo, y Toke el cuarto, ya que Orm había dicho al rey Harald que prefería no separarse de Toke porque existía un cierto riesgo de que la cerveza le volviera pesado. Ante ellos, al otro lado de la mesa, tenían a los *hövding* del séquito del rey Sven.

El obispo leyó una plegaria, que fue breve a petición del rey Harald, y después pronunciaron tres brindis: en honor a Cristo, por la fortuna del rey Harald y por el retorno del sol. Hasta los que no estaban cristianizados brindaron por Cristo, ya que era el primer brindis y tenían sed de cerveza, pero algunos de ellos hicieron la señal del martillo sobre la jarra y mascullaron el nombre de Tor antes de beber. Cuando llegó el brindis por la fortuna del rey Harald, el rey Sven se atragantó y tosió de tal modo que Styrbjörn le preguntó si aquel trago había sido demasiado fuerte para él.

Tras los brindis llegó el tocino de Navidad; guerreros y *hövding* enmudecieron al verlo llegar, respiraron profundamente y dieron gruñidos de alegría, algunos incluso se aflojaron el cinturón para estar bien preparados desde el principio. Y es que, aun cuando algunos afirmaban que el rey Harald se había vuelto algo tacaño en la vejez con el oro y la plata, jamás nada parecido se había dicho de la comida y la bebida, y menos aún si habían participado en sus festines navideños.

Cuarenta y ocho cerdos de bellota, bien cebados, solía hacer matar el rey Harald para Navidad, y decía que si no alcanzaban para todas las fiestas, siempre serían suficientes para que todos probaran bocado. Después tendrían que contentarse con cordero y buey. Los sirvientes de la cocina entraban de dos en dos, en una larga fila; unos cargaban grandes y humeantes marmitas, y otros portaban artesas con morcillas. A ellos les siguieron los marmitones, que llevaban largos pinchos. En cuanto los primeros dejaron los pucheros junto a las mesas, los segundos clavaron el pincho en el caldo y pescaron grandes trozos de carne, que fueron servidos a los invitados por orden, para que no hubiera conflictos. Además, al comensal que lo deseaba le servían una buena sarta de morcillas o las que quisiera. Sobre la mesa había hogazas y colinabos fritos en fuentes de barro, y en los extremos había cubas de cerveza para que cuernos y jarras siempre estuvieran llenos.

Cuando el tocino llegó a Orm y a Toke se quedaron expectantes, girados mirando a la marmita, y siguieron con cautela los movimientos del marmitón al pescar con el pincho. Suspiraron de alegría cuando les sacó sendos hermosos pedazos de panceta, y

se recordaron mutuamente cuánto tiempo hacía que no asistían a un banquete así, preguntándose cómo habían soportado tantos años en un país sin tocino. Pero cuando llegaron las morcillas les saltaron las lágrimas y les dio la sensación de que, desde que se embarcaron con Krok, no habían probado comida como aquélla.

—El olor es lo mejor de todo —dijo Orm en voz baja.

—Es el tomillo que le han puesto —añadió Toke con la voz quebrada.

Se metió la morcilla en la boca, hasta que no le cupo más, y la mordió y la masticó. Hecho esto, se volvió resuelto y pescó al sirviente, que pretendía proseguir con la artesa, y lo agarró de la ropa diciendo:

—Dame más morcilla ahora mismo, si esto no va en contra de las órdenes del rey, puesto que he pasado mucho tiempo en la tierra de los andaluces, donde no hay alimento para hombres, y hace siete años que no cato morcilla de Navidad y la echo de menos.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo Orm.

El sirviente rió, y dijo que el rey Harald había dispuesto suficiente morcilla para todos. Les puso una sarta más, de la morcilla más gruesa, y se sintieron más tranquilos y empezaron a comer en serio.

Durante un rato, el silencio se hizo dueño de todo, tanto en la mesa del rey como en las demás, y sólo se rompía cuando alguien pedía más cerveza o alababa entre bocado y bocado la pitanza navideña con la que los agasajaba el rey.

A la derecha de Orm, había un joven que cortaba la comida con un cuchillo con la empuñadura adornada. Tenía la tez clara y el pelo largo y bonito, peinado con cuidado. Pertenecía al séquito de Thorkel *el Alto*, y no había duda de que era de buena familia porque estaba sentado cerca del rey, a pesar de que aún era imberbe. También se veía en sus vestidos y en la vaina de la espada, que era de plata. Cuando la premura inicial por comer se fue apagando, se giró hacia Orm y le dijo:

—En los festines está bien estar sentado al lado de hombres viajados, y me ha parecido oír que tú y tu vecino habéis estado fuera más tiempo que la mayoría.

Orm respondió que así era, y que él y Toke habían pasado siete años en Hispania.

—Nuestro viaje se alargó más de lo previsto por diversos motivos, y muchos de los que se embarcaron no llegaron a regresar jamás.

—Pues entonces seguro que tenéis algo que contar —dijo el otro—. Sin embargo, aunque yo no haya pasado tanto tiempo fuera como vosotros, también participé en un viaje del que pocos volvieron.

Orm le preguntó quién era y cuál había sido su viaje.

—Soy de Bornholm —dijo el otro—, me llamo Sigurd y Bue Digre era mi padre. A lo mejor has oído hablar de él, a pesar de haber pasado tanto tiempo en el extranjero. Yo estuve en Hjörungavåg, donde él cayó, y allí me capturaron junto con Vagn y otros. Y no estaría yo aquí explicándotelo si no hubiera sido por mi larga cabellera, ya que fue ésta la que me salvó la vida cuando se disponían a ejecutar a los prisioneros.

En este punto, varios comensales empezaban ya a hartarse y hablaban por los codos, y Toke intervino en la conversación y dijo que aquello que acababa de decir el de Bornholm no era algo que se oyera cada día, y debía de ser una buena historia, ya que él mismo había pensado siempre que el pelo demasiado largo era más dañino que beneficioso para el guerrero. Thorkel *el Alto* se hurgaba los dientes a la manera caballeresca que se había hecho popular entre los *storman* viajados, de lado y con la palma de la mano cubriendo la boca. Al oír aquella conversación, señaló que las largas melenas más de una vez habían acarreado infortunios a los guerreros, y que por ello los hombres sensatos siempre se recogían el pelo bajo el yelmo; sin embargo, de lo que contaba Sigurd Buesson, dijo, podía uno aprender que el pelo también podía redundar en beneficio del hombre astuto, y esperaba que todos los hombres de aquel salón pudieran oír aquella historia.

El humor del rey Sven había mejorado, si bien en un principio la aparición de Styrbjörn se lo había empañado. Estaba sentado, inclinado hacia atrás en su lugar de honor, zampándose un pie de cerdo y escupiendo los huesos en el suelo de paja, mientras contemplaba con satisfacción cómo el rey Harald, que conversaba con Styrbjörn de mujeres, todavía comía y bebía más que cualquier otro. Escuchaba con atención lo que se decía del pelo largo, y tomó la palabra para afirmar que el guerrero inteligente también tiene que pensar en su barba, ya que en las batallas con viento podía perturbarle la visión justo cuando tuviera que ver venir un proyectil o un hachazo y por ello, dijo, él, desde hacía mucho tiempo, tenía la costumbre de llevar la barba trenzada a las batallas. Ahora quería oír cómo Sigurd Buesson había sacado partido a su melena, puesto que todos los hombres que habían participado en Hjörungavåg tenían cosas interesantes que explicar.

El obispo Poppo no había podido terminar toda la comida que le habían servido, y sin embargo sentado allí, aun sufriendo constantes ataques de hipo por la cerveza, quiso pronunciarse.

Les dijo que quería explicarles el infortunio de Absalón, hijo de rey, a causa de su pelo largo; ésta, dijo, iba a ser una historia buena e instructiva del Libro Santo de Dios. El rey Sven respondió enseguida que se podía guardar aquellas historias para las mujeres y los niños, si las aguantaban, y entre él y el obispo tuvo lugar un intercambio de palabras sobre esto. Entonces el rey Harald dijo:

—Tiempo habrá para que todos puedan contar sus historias en unas fiestas como éstas, que duran seis días, y hay pocas cosas que superen el placer de escuchar buenas historias cuando se ha comido bien y aún queda cerveza en la jarra. De este modo, el tiempo entre los ágapes transcurre más rápido y se ponen menos disputas sobre la mesa. Y quiero defender el honor del obispo, que sabe buenas historias puesto que yo mismo he escuchado y disfrutado muchas de ellas, sobre santos, apóstoles y viejos reyes de Oriente. Me ha explicado muchas cosas de uno que se llama Salomón, que fue amado por Dios y se parecía a mí, a pesar de que es cierto que tuvo varias mujeres. Y ahora dispongo que el obispo sea el primero en contar su historia, antes de

que lo agoten la manduca y la cerveza, puesto que no se siente tan cómodo con los festejos navideños regados con cerveza porque no ha tenido tiempo de avezarse a ellos. Después, los demás podrán contar su historia, los que estuvieron en Hjörungavåg o con Styrbjörn entre los vendos, o en otros lugares. Aquí entre nosotros también tenemos a hombres que han estado en Hispania y de allí, en barco, me han traído una campana sagrada que me ha sido de gran utilidad; me gustaría, pues, poder también escuchar durante las fiestas lo que ellos tienen que contarnos.

A todos les pareció sabio lo que decía el rey Harald, y así se procedió. Aquella tarde, después de que hubieran hecho pasar las antorchas, el obispo contó la historia del rey David y su hijo Absalón. Habló en voz alta, para que todos pudieran oírle, y con mucha sensatez. A todos, exceptuando al rey Sven, les gustó la historia.

Cuando el obispo terminó su relato, el rey Harald dijo que merecía ser recordado por unos y por otros. Styrbjörn rió y, alzando la copa hacia el rey Sven, dijo:

—A lo mejor sería un buen consejo para ti que, después de esto, te rasuraras el pelo tanto como un obispo.

Al rey Harald le complació aquella intervención y se golpeó en el muslo, riendo de tal manera que el banco de honor tembló, y cuando sus hombres y los de Styrbjörn vieron a sus señores desternillarse se unieron a ellos, incluso los que no habían escuchado la historia, haciendo retumbar el salón entero. Sin embargo, a los hombres del rey Sven no les gustó nada aquello, y él mismo empalideció de ira y murmuró algo al tiempo que se mordía la barba del labio y ponía cara de malvado, como si estuviera a punto de estallar y volverse violento. Styrbjörn le miraba inclinado hacia delante con sus ojos pálidos, sin parpadear apenas, y sonreía. En el salón se palpaba la preocupación, pues parecía que la paz navideña no iba por buen camino. El obispo alzó las manos y gritó algo que nadie comprendió, mientras todos se miraban y buscaban a tientas el arma más cercana. Sin embargo, los dos bufones del rey Harald, dos hombres irlandeses menudos conocidos por sus habilidades, saltaron sobre la mesa del rey, vestidos con atuendos moteados y plumas en el pelo y, agitando los brazos como si fueran alas, empezaron a pisotear con fuerza y a estirar el cuello, gritándose como gallos de tal manera que a nadie le pareció haber oído un gallo cantar tan bien como ellos y pronto quedó atrás la ira, que se perdió entre las risas. Así acabó el primer día de celebraciones.

Al día siguiente, después de que se terminara la comida e hicieran entrar las antorchas, Sigurd Buesson explicó sus vivencias en Hjörungavåg y de cuánto le había servido su larga cabellera. Todos conocían bien aquella expedición de guerra: de cómo los vikingos de Jom y los hombres de Bornholm y de Skåne se habían embarcado con una gran flota, bajo el mando de los hijos de Strutharald y Bue Digre y Vagn Åkesson, para arrebatar Noruega de las manos del *jarl* Håkan, y de cómo tan sólo unos pocos regresaron de aquel intento. Sigurd apenas mencionó este hecho y no habló de cómo Sigvalde huyó con sus barcos de la batalla porque no hubiera sido correcto hablar mal de Sigvalde en presencia de Thorkel *el Alto*, aun cuando todos

sabían que Thorkel era un hombre valiente y que, durante aquella batalla, recibió el impacto de una gran piedra en la cabeza, en el momento del abordaje, y no estuvo consciente cuando su hermano escapó a remo.

Sigurd iba a bordo del barco de su padre y habló sólo de sus propias vivencias. Explicó la muerte de su padre, y cómo Bue, tras una ardua lucha y después de que los noruegos les superaran en número a bordo, recibió un hachazo en el rostro que le rebanó la nariz y gran parte de la barbilla, y cómo entonces alzó su gran cofre y saltó por la borda con él. También contó como el *stambo* de Bue, el *berserker* Aslak Holmskalle, había entrado en trance sin yelmo ni escudo, algo que por aquellos tiempos no se solía ver, y blandiendo la espada con ambas manos había atacado y se había defendido de los golpes recibidos, hasta que un escaldo de Islandia, del bando del hijo del *jarl* Håkan, Erik, alzó un yunque de cubierta y le partió el cráneo.

—Y para los que sobrevivimos a bordo del barco de mi padre —dijo Sigurd—, no hubo mucho más que hacer; éramos pocos y estábamos exhaustos, todos nuestros barcos habían sido dominados, excepto el de Vagn, en cuya borda todavía se luchaba. Nos aglomeramos en la proa y pronto no pudimos levantar ni manos ni pies hasta quedar sólo nueve, todos heridos, y nos recogimos allí, entre los escudos, hasta que nos obligaron a rendirnos. Nos desarmaron y nos desembarcaron, y los últimos del barco de Vagn no tardaron en llegar, con él entre ellos. Lo transportaban dos hombres y tenía heridas de espada y lanza: agotado y pálido, se mantenía en silencio. Nos sentaron sobre un tronco en la playa, y nos ataron las piernas con un largo cabo, pero nos dejaron las manos libres. Allí sentados esperamos mientras hablaban con el *jarl* Håkan para ver qué hacían con nosotros. Su decisión fue que nos ejecutarían a todos inmediatamente, y el *jarl* Erik, su hijo, acudió allí junto con muchos otros para ver la ejecución, puesto que los noruegos sentían curiosidad por saber cómo iban a comportarse los vikingos de Jom a la hora de morir. Éramos treinta hombres en aquel tronco, nueve del barco de Bue y ocho del de Vagn, y el resto de los demás jefes. Vagn estaba sentado en el extremo derecho, y ahora mencionaré a los que conozco de los que estaban allí.

Enumeró los nombres que conocía, en el orden en que estaban sentados en el tronco, y todos en el salón prestaron atención, ya que muchos de los que mencionó eran hombres conocidos y tenían familiares entre los oyentes.

—Entonces se acercó un hombre con un bardiche —continuó Sigurd Buesson—, y deteniéndose ante Vagn le preguntó: «¿sabes quién soy?». Vagn le miró con expresión vacía pero no respondió porque estaba extenuado. El otro dijo: «Soy Thorkel Leira, y seguro que recuerdas la promesa que hiciste de matarme y acostarte con mi hija Ingeborg». Lo que decía era cierto, Vagn había hecho esa promesa antes de embarcarse tras haber oído que la hija de Thorkel era la más bella muchacha de Noruega, y una de las más acaudaladas también. «Pero ahora», dijo Thorkel Leira con una gran mueca, «parece más bien que seré yo quien te mate a ti». Vagn sonrió y dijo: «Aún no han caído todos los Vikingos de Jom». «Pero pronto lo harán»,

respondió Thorkel, «y soy yo el que va a hacerse cargo de ello, para que no haya descuidos; verás como mato a todos tus hombres con mis propias manos y después tú mismo les seguirás». Dicho esto, Thorkel se dirigió al otro extremo del tronco y empezó a decapitar a los prisioneros, uno tras otro, en el orden en que estaban sentados. Tenía un buen bardiche, y ejecutaba su tarea con impaciencia, aunque nunca tuvo que golpear dos veces al mismo hombre. Pienso que los que contemplaron aquellas ejecuciones no pudieron decir otra cosa que el comportamiento de los hombres de Bue y de Vagn ante la muerte era digno. Dos hombres que no estaban muy lejos de mí elucubraban sobre si uno sentía algo una vez la cabeza se despegaba del cuerpo, y ambos estuvieron de acuerdo en que era algo difícil de saber de antemano. El uno dijo: «Tengo una hebilla en la mano, y si siento algo después de perder la cabeza me verás clavarla en la tierra». Thorkel llegó a él y después de que le asestara el hachazo la hebilla cayó al suelo. Sólo quedaban dos para que llegara mi turno.

Sigurd Buesson sonrió a los oyentes, que escuchaban tensos y en silencio, y alzó su jarra de cerveza para beber un buen trago. El rey Harald dijo:

—Veo que tienes aún la cabeza sobre los hombros, y por el trago que acabas de dar deduzco que no tienes problemas de garganta, pero la verdad es que tal como has relatado los hechos es difícil comprender cómo pudiste salvar cabeza y cuello, sea cual fuere la longitud de tu cabellera. A esto lo llamo yo una buena historia, y espero que no nos hagas esperar más para escuchar el final.

Todos estuvieron de acuerdo con el rey Harald, y Sigurd Buesson continuó:

—Allí sentados en el tronco éramos todos iguales, pero me parecía indignante morir sin haber tenido la oportunidad de hacer algo que pudiera ser contado. Por eso, cuando Thorkel se me acercó, le dije: «Siento cierto apego por mi pelo y no quiero que se me manche de sangre». Dicho esto, me dispuse a recogermelo en una trenza, cuando un hombre de los que seguía a Thorkel, que luego supe que era su cuñado, se acercó a mí y, enrollándose mi pelo en las manos, le dijo a Thorkel: «¡Dale ahora!». Y así lo hizo, pero en ese mismo momento di un cabezazo hacia delante lo más rápido que pude, de modo que el hacha se hundió entre el cuñado y yo y le seccionó ambas manos; una de ellas se me quedó colgando en el pelo.

Todos los comensales se echaron a reír y Sigurd, que no fue menos, continuó su relato:

—Reíd, reíd, no podéis imaginaros cuánto rieron los noruegos cuando vieron al cuñado de Thorkel rodando por el suelo bajo la mirada atónita de Thorkel, algunos incluso se desplomaron de la risa. El *jarl* Erik se acercó a mí y me preguntó: «¿Y quién eres tú?». Yo respondí: «Sigurd es mi nombre y Bue era mi padre. Y aún no han caído todos los vikingos de Jom». El *jarl* dijo: «Se nota que eres familia de Bue, ¿aceptas que te perdone la vida?». «De un hombre como tú, lo acepto», respondí. Y así me soltaron del cabo. A Thorkel no le gustó nada aquello y gritó: «¿Es que vamos a empezar ahora con estas cosas? En ese caso, será mejor que me dé prisa con Vagn».

Acto seguido, blandió el hacha y corrió hacia él, hacia el extremo del tronco, pero a uno de los hombres de Vagn, Skarde, que estaba sentado a cuatro lugares de él, le pareció injusto que Vagn cayera antes que él. Por ello se lanzó hacia delante por encima del cabo, delante de Vagn, cuando Thorkel llegaba corriendo. Este cayó de bruces sobre él, delante mismo de Vagn, quien atrapó el hacha y la estampó en la cabeza de Thorkel sin que cansancio alguno hiciera acto de presencia. «Cumplida está la mitad de mi promesa, y aún no han caído todos los vikingos de Jom». Los noruegos rieron aún más que antes y el *jarl* Erik dijo: «¿Aceptas que te perdone la vida, Vagn?». «Sí, acepto», respondió Vagn, «siempre y cuando sean perdonadas las de todos nosotros». «Así se hará», dijo el *jarl*, y así nos soltaron a todos. Fuimos doce los que abandonamos el tronco de la muerte con vida.

Sigurd Buesson recibió muchos elogios por su relato, y todos alabaron la manera de sacar partido a su melena. Comentaron su historia y su buena fortuna y la de Vagn, y Orm dijo a Sigurd:

—Mucho saben los demás que Toke y yo ignoramos, puesto que hemos estado fuera del país tanto tiempo. ¿Dónde está Vagn ahora? ¿Cómo le ha ido después de que escapara a la matanza del tronco? De tu historia deduzco que su fortuna es la mayor que jamás haya oído.

—Tu juicio es acertado —respondió Sigurd—, y su fortuna no se quedó a medio camino. Obtuvo el valimiento de Erik y, un tiempo después, buscó a la hija de Thorkel, Leira, y la encontró aún más bella de lo que había imaginado. Ella no tuvo inconveniente en ayudarle a cumplir el resto de la promesa, y ahora están casados y viven felices. Piensa volver a casa con ella, a Bornholm, en cuanto tenga la oportunidad, pero lo último que se ha sabido de él es que todavía anda por Noruega quejándose del tiempo que le lleva salir de allí. Y es que con la chica le vinieron tantas haciendas y grandes bienes que es difícil venderlo todo rápido y a un precio justo, y Vagn no tiene por costumbre vender barato si no es por necesidad.

—Hay algo en tu relato a lo que no puedo dejar de dar vueltas —dijo Toke a Sigurd—, y es el cofre de tu padre, Bue, que se llevó por la borda. ¿Conseguiste rescatarlo o lo hizo algún otro? Si todavía está en el fondo del mar, ya sé yo qué haré si alguna vez llego a Noruega: rastrearé las aguas buscando el arca, la plata de Bue ya te digo yo que lo merece.

—Hubo muchos intentos de rescatarla —dijo Sigurd—, por parte de los noruegos y también por la muestra, de los hombres de Bue que quedábamos. Muchos rastrillaron el fondo con anclas, pero nada consiguieron; un hombre de Viken se zambulló incluso con un cabo y jamás volvió a salir a flote. Tras estos intentos, todos interpretaron que Bue quería retener su cofre allí abajo, y que atacaría duro a aquellos que se lo quisieran arrebatarse, puesto que era un hombre muy fuerte y custodiaba su plata. Y los sabios están de acuerdo en que la fuerza de los fantasmas es mayor que la de los vivos, y así será con Bue también, a pesar de que no haya ascendido sino descendido al fondo del mar junto con su cofre.

—Es una pena por la plata —dijo Toke—, pero también es cierto que incluso el hombre más dispuesto preferiría desear cualquier otra cosa antes de sentir los brazos de Bue Digre abrazándole bajo el agua.

Y así llegó aquella tarde a su fin, y a la siguiente el rey Harald quiso escuchar las aventuras de Styrbjörn entre los vendos y los euros. Styrbjörn dijo que él no era buen narrador, pero un islandés de su comitiva tomó la palabra en su lugar. Se llamaba Björn Asbrandsson, un guerrero muy reputado e incluso gran escaldo, como todos los viajeros de Islandia. A pesar de que estaba algo ebrio, pronunció primero algunos versos con mucha destreza en honor al rey Harald en una métrica llamada *töglag*, la más nueva y más difícil en las creaciones de los escaldos islandeses, con los versos compuestos de una manera tan artística que pocos podían comprender su contenido. Todos escucharon con expresión inteligente, ya que no quedaba bien no comprender la poesía, y el rey Harald alabó los versos y le dio al escaldo un anillo de oro. Toke suspiraba sentado en la mesa y con la cabeza entre las manos, murmuraba apesadumbrado que esto era arte poético de verdad, y que se daba cuenta de que él jamás podría conseguir componer ese tipo de versos que daban anillos de oro.

El hombre de Islandia, al que algunos llamaban Björn *de la Ancha Capa Vikinga* y que había pasado dos veranos con Styrbjörn, continuó relatando las expediciones de éste y los extraños sucesos que habían tenido lugar. Hablaba bien, y lo hizo durante mucho rato sin que nadie se cansara de escuchar. Todos sabían que lo que contaba sería cierto mientras el mismo Styrbjörn fuera uno de los oyentes. Tenía mucho que explicar de empresas arriesgadas y de la gran fortuna de Styrbjörn, además de las riquezas que sus hombres habían conseguido. Concluyó recitando un viejo poema sobre los ancestros de Styrbjörn, desde los dioses hasta su tío Erik, que ahora estaba en Uppsala, al que él mismo añadió una última estrofa:

Rumbo al norte
a requerir herencia
Styrbjörn boga
y surca las olas;
hombres bravos
y victoriosos
se regocijan
en la morada de Erik.

Estos versos fueron celebrados con júbilo, y muchos se alzaron de los bancos y brindaron a la salud de Styrbjörn, quien hizo ir a buscar un valioso cáliz y, dándoselo al escaldo, dijo:

—No es tu paga de escaldo completa, te daré más cuando lleguemos a Uppsala. Hay buena recompensa para todos y cada uno de los miembros de mi comitiva, puesto que mi tío Erik es un hombre austero y ha ahorrado generosas cantidades que

pueden ser de utilidad. En primavera, pondré rumbo allí para abrir sus arcas, y los que quieran estar presentes serán bienvenidos.

Entre los hombres del rey Sven y los del rey Harald hubo muchos a los que gustó esta idea, y enseguida gritaron que querían unirse a ellos porque las riquezas del rey Erik eran legendarias, y Uppsala no se había saqueado desde los tiempos de Ivar Vidfamne. El *jarl* Sibbe de las islas Småöarna estaba ebrio y tenía dificultades para dominar su cabeza, y su jarra, pero también lanzó un grito para decir que seguiría a Styrbjörn con cinco barcos porque empezaba a sentirse viejo y cansado, y prefería morir entre guerreros que como una res sobre la paja. El rey Harald dijo que él era demasiado anciano para entrar en batalla, y que sus hombres eran necesarios en casa para mantener el orden entre los díscolos, pero dijo que no tenía nada en contra de que Sven prestara sus hombres y barcos para ayudar a Styrbjörn.

El rey Sven escupió mientras reflexionaba y echó un trago mientras jugueteaba con las trenzas de su barba, y dijo que le costaba prescindir de sus hombres y de sus barcos porque eran útiles para el pueblo contra los sajones y los abroditas.

—Y me parece más razonable —continuó— que sea mi padre el que proporcione esa ayuda, ya que ahora en la vejez sus hombres no tienen mucho más que hacer que atender las comidas y escuchar las charlas de los sacerdotes.

El rey Harald montó en cólera tras escuchar aquellas palabras, cosa que despertó gran preocupación en la sala, y dijo que no le costaba gran esfuerzo darse cuenta de que Sven le quería ver en casa y desarmado.

—Pero ahora se harán las cosas como yo disponga —exclamó con el rostro encarnado—, ya que sólo yo soy rey de los daneses y nadie más, y tú, Sven, le proporcionarás barcos y tripulación a Styrbjörn.

El rey Sven no dijo nada, puesto que temía la cólera de su padre y se daba cuenta de que muchos de sus hombres querían acompañar a Styrbjörn a Uppsala. Entonces Styrbjörn dijo:

—Me alegra ver que estáis ansiosos por conseguirme ayuda, los dos, y para mí será mejor que tú, Harald, decidas lo que Sven va a enviar, y que tú, Sven, digas cuál debería ser la ayuda de tu padre.

Muchos se echaron a reír al escuchar aquellas palabras, y el ambiente mejoró de nuevo. Al final, se decidió que Harald y Sven ayudarían a Styrbjörn con doce barcos cada uno, bien tripulados, además de lo que pudiera conseguir de los de Skåne. Por todo ello, Harald y Sven obtendrían una parte de los tesoros del rey Erik. Así concluyó aquella tarde.

El día siguiente se acabó el tocino. Le sustituyó sobre la mesa la sopa de col con carne de cordero, y a todos les pareció una buena variación. Aquella tarde un hombre de Halland relató una gran boda a la que había asistido en Finnveden con los salvajes de Småland. La discordia se desató por una transacción hípica que pronto hizo aparecer los cuchillos. La novia y las damas de honor habían reído y aplaudido y animado la disputa. Sin embargo, cuando la novia, que era de buena familia, vio

cómo uno de los parientes del novio le sacaba un ojo a su tío, arrancó una de las antorchas de la pared y golpeó al novio con ella, prendiéndole así fuego al pelo. Al ver esto, una resuelta dama de honor volvió del revés la túnica sobre él y apretó fuerte, salvándole así la vida a pesar de que éste chillaba y tenía fuertes quemaduras y la cabeza pelada cuando la sacó de nuevo. El fuego había hecho prender la paja del suelo, y once invitados ebrios y heridos murieron calcinados. La boda fue considerada como unas nupcias en toda regla, de las que merecen ser contadas. Y la novia vivía ahora feliz con el novio, a pesar de que jamás le volvió a crecer el cabello donde recibió quemaduras.

Cuando acabó este relato, el rey Harald dijo que le gustaba escuchar cosas tan animadas de la vida de los de Småland, que por naturaleza eran granujas y malhechores. También dijo que el obispo Poppo podía dar gracias a Dios tanto como le fuera posible, pues había ido a caer entre la gente decente de Dinamarca, y no entre los malvados bandidos de Finnveden y Värend.

—Y ahora, continuó el rey Harald, quiero que mañana escuchemos los relatos del país de los andaluces y todos los hechos singulares que han vivido Orm Tostesson y Toke Grågullesson en su viaje, ya que creo que pueden ser muy divertidos.

Así concluyó aquella tarde y, a la mañana siguiente, Orm y Toke deliberaron sobre cuál de los dos iba a relatar sus experiencias.

—Tú eres nuestro *hövding* —dijo Toke—, y por eso tienes que ser tú el que hable.

—Tú participabas en el viaje antes de que yo apareciera —dijo Orm—, y eres mejor orador que yo. Además, puede que ya vaya siendo hora de que puedas usar tu ración de palabra, ya que me ha parecido notar que en algunos momentos estos últimos días te ha costado estar en silencio mientras los demás relataban sus aventuras.

—Hablar no me da miedo —dijo Toke—: me parece que manejo la lengua como la mayoría, pero sí hay algo que se me hace difícil. Yo no puedo hablar sin beber cerveza en abundancia, puesto que se me seca la garganta, y éste va a ser un largo relato. Las últimas cuatro tardes me ha ido bien, y he conseguido dejar la mesa del rey sobrio y tranquilo, pero me ha resultado costoso a pesar de no haber hablado demasiado. Sería desastroso si ahora me pusiera de mal humor y me ganara mala reputación para siempre sentado a la mesa real.

—Esperemos lo mejor —dijo Orm—, y aunque ahora te emborracharas durante el relato, no creo que te vayas a volver esquinado y violento con tan exquisita cerveza.

—Lo que tenga que ser será —respondió Toke lleno de vacilación y sacudiendo la cabeza.

Aquella tarde, Toke les contó el viaje de Krok y todo lo que había pasado en él: de cómo Orm se había unido a ellos, de cómo encontraron al judío en el mar, del gran saqueo de la fortaleza del reino de Ramiro y, después de la batalla con los andaluces, de cómo lo habían pasado como esclavos remeros y de la muerte de Krok. Continuó explicando cómo les habían liberado del remo, les habló de la amistad del judío y de

cómo habían conseguido las espadas de Subaida.

En este punto, el rey Harald y Styrbjörn quisieron ver las espadas, y Orm y Toke hicieron pasar por la mesa a *Lengua-Azul* y *Pico-Rojo*. Harald y Styrbjörn las desenvainaron y las sopesaron, mientras las observaban detenidamente, y ambos opinaron que jamás habían visto espadas mejores que aquéllas. Acto seguido, recorrieron toda la mesa, ya que muchos sentían curiosidad ante armas como aquéllas, y Orm estuvo intranquilo hasta que volvieron a ellos, porque sin *Lengua-Azul* se sentía medio desnudo.

Casi enfrente de Orm y Toke estaban sentados dos hermanos llamados Sigtrygg y Dyre, ambos hombres del rey Sven. Sigtrygg era el *stambo* de la embarcación del rey Sven. Era grande y corpulento, y tenía una barba ancha y enmarañada que le crecía hasta los ojos. Dyre, su hermano, era más joven, y también se contaba entre los mejores hombres del rey Sven. Orm se había dado cuenta de que Sigtrygg los miraba sombrío desde hacía un rato, y un par de veces le había parecido ver que hacía ademán de intervenir. Cuando le llegaron las espadas, las observó y asintió, pero pareció tener ciertas dificultades para desprenderse de ellas.

El rey Sven, a quien le gustaban las historias de países lejanos, animó a Toke a que continuara y éste, que se había aplicado a la cerveza durante el descanso, dijo que estaba dispuesto a continuar en cuanto el hombre que tenía delante cerrara la boca de admiración ante su espada y la de Orm. Sigtrygg y Dyre devolvieron las espadas sin decir nada, y Toke retomó el relato.

Habló entonces de Almanzor y de su poder y riquezas, y de cómo habían entrado a servir en su guardia personal. También habló de la obligación que les había impuesto a rendir culto a su Profeta con reverencias y renunciaciones, y de las expediciones en que habían participado y los botines que habían conseguido. Llegó a explicar también su expedición por la Tierra Vacía, en dirección al norte, hacia la sepultura del apóstol Santiago, y explicó cómo Orm había salvado la vida a Almanzor y había recibido la gran cadena de oro en agradecimiento. Entonces intervino el rey Harald:

—Orm, si aún conservas la cadena me gustaría que nos la mostraras, ya que si es tan valiosa como las espadas seguro que merecerá la pena verla.

—Sí, la conservo —respondió Orm—, y la pienso seguir conservando, y siempre me ha parecido sensato mostrarla lo menos posible, ya que es lo bastante valiosa como para despertar la codicia de cualquiera, excepto en un rey y en los mejores *storman*. Pero claro, no estaría bien que me negara a mostrárosla, señor rey, y al rey Sven y al rey Styrbjörn y a los *jarl*, pero preferiría que no corriera entre los demás.

Dicho esto, Orm se abrió la camisa y sacó la cadena, que llevaba alrededor del cuello, y se la dio a Sigurd Buesson. Este la pasó al *stallare* Hallbjörn, que estaba sentado a su derecha, y éste al rey Harald por delante del obispo Poppo, ya que el lugar del obispo estaba vacío porque los incesantes festines habían acabado con él, y se encontraba en cama bajo los cuidados del hermano Willibald.

El rey Harald examinó la cadena y la sujetó ante la luz para contemplar mejor su belleza. Dijo que había ido reuniendo joyas y riquezas toda su vida, y que jamás había visto nada que igualara aquella pieza en beldad. La cadena estaba compuesta de gruesas placas de oro claro. Eran alargadas y estrechas, de una buena pulgada de largo y de la anchura de una uña de pulgar en el medio, donde era más ancha, luego se estrechaba hacia las puntas, donde había pequeños aros que la sujetaban a la siguiente placa. En total, la cadena tenía treinta y seis placas, y cada una tenía en el medio una piedra preciosa que alternaba el color rojo y el verde.

Cuando Styrbjörn tuvo la cadena en la mano, dijo que en realidad era una obra de Völundr, pero que creía que en las arcas de su tío había joyas tan bellas como aquélla, y el rey Sven opinó, cuando le llegó la cadena, que ésta era una joya de esas por las que cualquier guerrero daría gustoso su sangre y las hijas de un rey su virginidad.

Después de que Thorkel *el Alto* contemplara la cadena y la alabara como los demás, la devolvió a Orm por encima de la mesa. Entonces, Sigtrygg se estiró y la intentó alcanzar, pero Orm fue más rápido y se la arrebató.

—¿Y tú qué estás pescando? —le dijo a Sigtrygg—. No he oído que seas ni rey ni *jarl*, y los demás no la van a manosear.

—Quiero batirme contigo por la joya —dijo Sigtrygg.

—Es posible que así sea —dijo Orm—, porque me pareces un hombre avaro y sin modales, pero yo te aconsejo que controles tus dedos y dejes en paz a la gente razonable.

—Tienes miedo de batirme conmigo —vociferó Sigtrygg—, pero tendrás que elegir entre hacerlo o darme la cadena, puesto que tengo un asunto pendiente contigo desde hace mucho tiempo y reclamo la cadena en compensación.

—Será que no te sienta bien la bebida y se te sube a la cabeza —dijo Orm—, puesto que la primera vez que te vi fue en estos festejos, y por eso es imposible que tengas un asunto pendiente conmigo. Y ahora —continuó empezando a ponerse algo nervioso—, harás bien si te quedas quieto y callado antes de que le pida al rey Harald que me deje retorcerte la nariz aquí mismo. Soy un hombre de paz, y no me gustaría tener que tocar un hocico como el tuyo, aunque tengo la impresión de que podrías necesitar una reprimenda incluso del más paciente de los pacientes.

Sigtrygg era un gran luchador, temido por su fuerza y violencia, y poco acostumbrado a que le hablaran de aquel modo. Saltó del banco y bramó como un toro gritando insultos, pero aún más potente sonó la voz del rey Harald cuando, enfurecido, los llamó al orden y preguntó cuál era el problema.

—Este hombre de aquí, señor rey —dijo Orm—, debe de estar trastocado por tu buena cerveza, y su codicia le está perdiendo porque pide mi cadena a gritos y dice tener un asunto pendiente conmigo a pesar de que es la primera vez que le veo.

El rey Harald se quejó de que los hombres de Sven siempre causaban problemas, y preguntó con voz severa a Sigtrygg por qué no tenía la sensatez de comportarse cuando había oído que la paz de Cristo y del rey Harald habían sido proclamadas en

el salón.

—Señor rey —dijo Sigtrygg—, voy a contar las cosas tal como son, y veréis que tengo razón. Hace siete años sufrí un agravio, y ahora que he escuchado a estos hombres he comprendido que tuvieron parte en el asunto. Ese verano volvíamos de los países del sur con cuatro barcos, Bork el de Hven, Silverpalle, Faravid Svensson y yo. Nos encontramos con tres barcos que salían de viaje y hablamos con ellos, y gracias al relato de ese Toke ahora sé que eran ellos. A bordo de mi barco llevábamos un esclavo de Hispania, de pelo negro y con la piel amarilla, que se arrojó al agua arrastrando a mi cuñado Oskel, que era un buen hombre, y ya no volvimos a ver a ninguno de los dos. Ahora hemos podido escuchar todos que su barco sacó a ese esclavo del agua, ese al que han llamado judío Salamán y que tanto les sirvió. Estos dos hombres que tenéis aquí sentados, Orm y Toke, fueron los que lo sacaron del agua, lo hemos oído de su propia boca. De semejante esclavo hubiera podido sacar yo gran partido, y el tal Orm es ahora *hövding* de los que quedaron del barco de Krok. Me parece razonable que pague por el agravio que yo sufrí y, por todo ello, Orm, te exijo que me entregues la cadena en compensación por el esclavo y por mi cuñado. O me la das voluntariamente o te enfrentas a mí en duelo judicial aquí fuera, en terreno allanado, con escudo y espada, ahora mismo. No obstante, voy a tener que matarte, ya que has expresado tu voluntad de retorcerme la nariz y a mí, Sigtrygg, hijo de Stigand, el *stambo* del rey Sven, nadie me ha hablado en ese tono y ha vivido para ver el siguiente amanecer.

—Dos cosas me consuelan al oírte hablar —dijo Orm—. La una es que la cadena es mía y lo seguirá siendo, fuera quien fuera que saltara desde tu barco al mar hace siete años. Y la otra es que yo y *Lengua-Azul* también tenemos algo que decir sobre quién de nosotros dos va a vivir más tiempo. Eso sí, primero debemos escuchar la opinión del rey Harald sobre el asunto.

Todos los comensales estuvieron contentos de que las cosas fueran por el camino del duelo, ya que un enfrentamiento entre dos hombres como Orm y Sigtrygg podía ser digno de ver. Tanto el rey Sven como Styrbjörn opinaban que aquello podía dar cierta variación en los festejos, pero el rey Harald se acariciaba la barba pensativo y dudoso. Al final dijo:

—Este es un asunto que no es fácil de juzgar justamente, y me resulta difícil decidir si Sigtrygg tiene derecho a reclamar una gratificación por un agravio que ha sufrido sin que Orm lo haya ocasionado. Sin embargo, también es cierto que nadie pierde gustoso un buen esclavo y un cuñado sin exigir una compensación. Teniendo en cuenta ya el intercambio de ultrajes que hacen inevitable la lucha entre ellos en cuanto los pierda de vista, y que una cadena como la que lleva Orm ya habrá causado muchas muertes y no dejará de hacerlo, será mejor que se batan en duelo judicial aquí y ahora para nuestro disfrute. Y tú, Hallbjörn, asegúrate de que cerquen e igualen el lugar de la contienda, ante la puerta, donde el terreno es más llano. Coloca también antorchas y hachones alrededor, y avísanos cuando todo esté listo.

—Señor rey —dijo Orm con voz preocupada—, yo no quiero batirme en duelo judicial.

Todas las miradas se volvieron hacia Orm, y Sigtrygg y muchos de los hombres del rey Sven rompieron a reír. El rey Harald agitó la cabeza y dijo:

—Si tienes miedo de batirte con él tendrás que entregarle la cadena, no veo yo otra solución, si es que eso sirve de algo. Sin embargo, a mí me ha parecido que sonabas algo más duro hace un momento.

—No pienso en el duelo judicial en sí —dijo Orm— sino en el frío. Siempre he tenido una salud frágil y el frío es lo que menos soporto; no hay nada peor para mí que pasar de la cerveza y el calor al frío de la tarde, sobre todo ahora que he pasado mucho tiempo en las tierras del sur y no estoy acostumbrado al frío del invierno. Y no me parece lógico que por culpa del tal Sigtrygg tenga que andar tosiendo el resto del invierno, ya que estas cosas a mí me suelen durar y mi madre me decía a menudo que la tos y el dolor serían mi fin si no me cuida. Si yo pudiera decidir, señor rey, preferiría que la lucha tuviera lugar aquí dentro, ante vuestra mesa, donde hay espacio de sobra. Además, así podríais presenciar el enfrentamiento sin molestia alguna.

Muchos rieron por la amenazadora preocupación de Orm, pero Sigtrygg no soltó una sola carcajada; en vez de eso, vociferaba lleno de ira que le iba a ahorrar a Orm toda preocupación por la tos. Sin embargo, Orm no le prestó la menor atención y continuó mirando al rey Harald esperando su decisión. El rey Harald dijo:

—No vamos por buen camino si la juventud se nos vuelve tan débil y ya no es como antes. Los hijos de Lodbrok no pensaban ni en la salud ni en el tiempo, tampoco yo lo hice en su momento, pero pronto de entre los jóvenes no sabré de nadie más que Styrbjörn que sea como nosotros. Eso sí, también es cierto que a mi edad lo mejor es presenciar el duelo judicial desde aquí, y bueno es que el obispo esté ya en cama, porque él no lo hubiera aceptado. Yo decido que la paz que habíamos proclamado sólo se vea turbada por lo que yo autorice, y no creo que a Cristo le disguste un duelo judicial siempre que todo tenga lugar según la ley y las costumbres. Por ello dispongo que Orm y Sigtrygg se enfrenten aquí, en el espacio abierto que hay ante mi mesa con espada y escudo, yelmo y cota de malla, y nadie podrá asistirles más que para ayudarles a vestirse de guerra. Y si uno de los dos muere, todo estará bien, pero si uno no se sostiene en pie o tira la espada o huye bajo las mesas, no podrá ser golpeado por el otro, y habrá perdido el duelo y con él la cadena. Styrbjörn, el *stallare* Hallbjörn y yo nos aseguraremos de que todo se haga según estas normas.

Algunos hombres fueron a buscar los atuendos de guerra para Orm y Sigtrygg, y en el salón muchos empezaron a gritar y a dar voces. Los hombres del rey Harald pensaban que Orm era el mejor de los dos, pero los hombres del rey Sven alabaron a Sigtrygg y explicaron que había derribado a nueve hombres en duelo judicial sin sufrir él mismo ni un solo rasguño que necesitara vendaje. Entre los más locuaces estaba Dyre, que preguntó a Orm si le daba miedo toser en la tumba. Luego se volvió

hacia su hermano y le pidió que se contentara con la cadena y que le dejara a él, a Dyre, quedarse con la espada de Orm.

Después de que hubieran interrumpido su relato, Toke se había quedado sentado bebiendo, triste y pensativo, pero cuando oyó lo que decía Dyre se espabiló. Hundió el cuchillo de la comida en el tablero de la mesa de Dyre, de forma que se quedó derecho clavado en la madera, y lanzó su espada desenvainada al lado del cuchillo. Luego se abalanzó por encima de la mesa tan rápido que a Dyre no le dio tiempo de zafarse y le agarró por las orejas y la barba y le apretó el rostro contra el arma gritando:

—Aquí tienes un arma tan buena como la de Orm, pero la tendrás que ganar tú mismo si la quieres y no ir mendigando a otros.

Dyre era un hombre fornido y agarró a Toke por las muñecas. No obstante, el dolor en las orejas y la barba era tal que no conseguía moverse.

—Yo sólo te sujeto para hablar de la manera más amable —dijo Toke—, ya que no quiero perturbar la paz real aquí dentro. Eso sí, no pienso soltarte hasta que prometas que te batirás conmigo, ya que *Pico-Rojo* no se siente bien estando ociosa cuando su hermana trabaja.

—Suéltame —dijo Dyre con la boca contra la mesa—, y te mataré en cuanto te pille.

—Lo has prometido —dijo Toke. Dicho esto lo soltó y se sopló de las palmas de las manos una buena parte de la barba que le había arrancado.

Dyre tenía las orejas encarnadas, pero por lo demás estaba blanco de rabia y parecía haberse quedado sin palabras. Se alzó y dijo:

—Esta cuenta la saldamos ahora mismo, y eso será lo mejor, así mi hermano y yo tendremos cada uno una espada española. Salgamos ahora a orinar juntos sin olvidar nuestras espadas.

—Bien dicho —respondió Toke—, ya que entre nosotros no hacen falta solemnidades, te lo agradeceré mientras vivas, ya veremos cuánto tiempo va a ser.

Caminaron cada uno por su lado de la mesa real y luego a lo ancho del pasillo detrás de dos mesas perpendiculares, y salieron por una de las puertas laterales. El rey Sven los siguió con la mirada y esbozó una sonrisa, ya que le complacía que sus hombres fueran osados y mejoraran su reputación y aumentaran el temor que infundían.

Orm y Sigtrygg empezaron a vestirse para el enfrentamiento, y el suelo donde iban a luchar fue preparado para que no resbalaran con la paja o con los huesos de carne que se habían arrojado allí para los perros del rey Harald. Los hombres se agolpaban a ambos extremos del salón para poder ver mejor, y se apretaban en los bancos y las mesas atravesadas a ambos lados del espacio abierto y detrás de la del rey Harald y a lo largo de las paredes. El rey estaba de muy buen humor, impaciente por presenciar aquella contienda, y cuando se giró por casualidad y vio a un par de sus mujeres otear curiosas por la puerta entreabierta, ordenó que todas ellas y sus

hijas entraran, puesto que le parecía demasiado duro privarlas de tal espectáculo. Hizo sitio a algunas de ellas en el lugar de honor a su lado y en el asiento vacío del obispo, y las dos hijas más bellas tuvieron que sentarse al lado de Styrbjörn, aunque no se quejaron de que faltara sitio, sino que rieron cariñosas cuando las invitó a cerveza y bebieron aplicadas. Para las mujeres que no cupieron en el sitio de honor, colocaron un banco detrás de la mesa, donde los lugares de honor no les impidieran ver el espectáculo.

El *stallare* Hallbjörn hizo sonar los cuernos e invitó al silencio para proclamar que todos estuvieran quietos durante la lucha; nadie podía aconsejar a los contendientes, ni tampoco lanzar objetos al espacio de la lucha. En cuanto estuvieron listos, ambos contendientes entraron en el lugar y caminaron hacia el otro, y cuando se vio que Orm empuñaba la espada con la mano izquierda sonaron los murmullos de impaciencia, ya que un enfrentamiento entre un diestro y un zurdo era difícil para ambos, pues los golpes venían del lado opuesto y los escudos cubrían peor que en otros casos.

Se notaba que eran luchadores a los que pocos hubieran querido enfrentarse voluntariamente, ya ninguno se le notaba impaciente por salir. Orm era media cabeza más alto que Sigtrygg, pero éste era más corpulento y parecía el más fuerte de los dos. Mantenían los escudos firmes ante el pecho, lo bastante altos como para poder cubrir rápido el cuello, y sus ojos se clavaban en las espadas del otro para estar preparados para cada golpe. En cuanto se acercaron, Orm atacó la pierna de Sigtrygg, pero éste dio un salto y se zafó, resuelto, y devolvió un duro golpe que le dio en el yelmo con gran estruendo. Tras estos primeros avances, los dos fueron cautos y pararon todos los golpes con el escudo. El rey Harald explicó a sus mujeres que lo bueno de que fueran guerreros experimentados era que no se precipitaban en sus movimientos, y así la diversión duraba más.

—Y es difícil de decir, incluso para aquel que ha visto mucho, quién va a salir vencedor de este duelo —dijo—, pero el rojo me parece ser uno de los hombres más seguros que haya conocido a pesar de su miedo al frío, así que podría ser que Sven saliera de aquí con un *stambo* de menos.

El rey Sven, que como ambos *jarl* se había sentado en el borde de la mesa girado para poder ver la contienda, reía con desprecio y dijo que nadie que conociera a Sigtrygg iba a tener ese tipo de preocupaciones.

—Y a pesar de que mis hombres temen los duelos —dijo—, no suelo perder a alguien así, excepto cuando se baten entre ellos.

En aquel momento volvió Toke. Cojeaba y murmuraba un verso y, cuando dio una zancada para sentarse en su lugar, se vio que la sangre le fluía muslo abajo.

—¿Cómo ha ido la cosa con Dyre? —preguntó Sigurd Buesson.

—Pues ha llevado cierto tiempo —dijo Toke—, pero ahora ya ha terminado de orinar.

Todos tenían ojos sólo para el duelo, en el que Sigtrygg parecía querer llegar a un

rápido fin. Atacaba con dureza: ahora las piernas de Orm, ahora el rostro o la mano con la que sostenía la espada. Orm se zafaba bien de los golpes, pero no parecía resolver la situación y se notaba que el escudo de Sigtrygg le causaba problemas. Era mayor que el suyo y de madera dura, con una gruesa capa de cuero, y sólo el centro era de hierro, aunque si la espada se quedaba clavada en el borde del escudo podía romperlo o hacerlo saltar de la mano. El escudo de Orm era todo de hierro y con un afilado pico.

Sigtrygg sonrió a Orm y le preguntó si había entrado ya en calor. La sangre le corría por la mejilla después del primer golpe sobre el yelmo y tenía un pinchazo en la pierna y un corte en la mano; Sigtrygg aún estaba ileso. Orm no respondió, pero retrocedió paso a paso a lo largo de una de las mesas atravesadas. Sigtrygg, acurrucado detrás de su escudo, avanzaba adelante y a los lados, y cada vez atacaba con más dureza. A la mayoría les parecía que estaba muy cerca de la victoria.

De repente, Orm dio un salto hacia delante, encajó el golpe de Sigtrygg con la espada y empujó con toda su fuerza su escudo contra el de él, de modo que el pico del escudo atravesó cuero y madera y se quedó bien encajado. Apretó los escudos hacia abajo con tanta fuerza que los agarres de ambos se rompieron y salieron despedidos hacia atrás, y con las espadas libres empezaron a atacar enseguida. El tajo de Sigtrygg le alcanzó en el costado y agujereó la cota de malla de Orm, dejándole una herida profunda. En cambio el de Orm alcanzó el cuello, y un gran chillido sonó en el salón cuando la cabeza voló para rebotar contra el borde de la mesa y caer en el barril de cerveza en el extremo de la mesa.

Orm se tambaleó y se apoyó en la mesa, limpió su espada sobre la rodilla, la envainó y miró el cuerpo decapitado que tenía a los pies.

—Y así podrás ver —dijo— a quién pertenece esta cadena.

CAPÍTULO X

De cómo Orm perdió su cadena

Se habló largo y tendido de aquel duelo judicial por la cadena en las dependencias reales, tanto en el salón como en la cocina y en las cámaras de las mujeres. Aquellos que habían presenciado la lucha fijaron bien en la memoria todo lo que se había dicho y todo lo que había sucedido para poder tener algo interesante que contar desde ese día. La captura del escudo de Orm se llevó muchos elogios, y al día siguiente el islandés de Styrbjörn recitó versos en la métrica *ljodahattr* sobre el peligro de perder la cabeza en un barril de cerveza. Todos opinaron que unos festejos como aquellos no solían verse ni siquiera en la corte del rey Harald.

Sin embargo, Orm y Toke tuvieron que guardar reposo para curar sus heridas, y no lo pasaron bien a pesar de que el hermano Willibald los cuidaba con sus mejores ungüentos. Las purulencias en las heridas de Toke hicieron que en ocasiones delirara y se volviera violento, y tenía que ser sostenido por cuatro hombres para poderle limpiar las heridas. Orm, al que habían roto dos costillas de un mandoble y había perdido mucha sangre, se sentía dolorido y no experimentaba ya su legendario apetito. Esto le parecía una mala señal, y se sintió apesadumbrado.

El rey Harald les había facilitado una buena cámara donde poder yacer con el calor de un hogar de piedra y con heno en los lechos, en vez de paja. Muchos de los hombres del rey Styrbjörn acudieron allí el primer día para hablar de la contienda y bromear sobre la ira del rey Sven; la cámara se llenó de hombres que alborotaban hasta que el hermano Willibald los echó a todos a gritos, aunque Orm y Toke no estaban seguros de si se encontraban peor en compañía o solos. Sus hombres también les habían dejado, ya que después de los festejos quisieron volver a casa, todos menos Rapp, que era un fugitivo en sus tierras y por ello se quedó. Y es que pocos días después, cuando la tormenta amainó y el hielo se agrietó, y el rey Sven, sombrío, se hizo a la mar sin decir nada a nadie, Styrbjörn se despidió del rey Harald porque tenía prisa por zarpar y reclutar gente para su expedición. Los hombres de Orm que así lo quisieron pudieron embarcarse con él a cambio de bogar su turno a los remos. Styrbjörn hubiera deseado que Orm y Toke les hubieran acompañado, él mismo en persona fue a visitarlos a la cámara, y dijo que su aportación a la diversión en los festejos había sido excelente, pero que no debían quedarse mucho tiempo yaciendo con sus rasguños.

—Espero encontraros en Bornholm cuando se empiecen a ver grullas —dijo—, porque para hombres tan dispuestos como vosotros hay siempre un lugar en la proa de mi propio barco.

Se fue sin esperar respuesta, impaciente por lo que le apremiaba, así fue la

conversación con Styrbjörn. Tras un rato de silencio, Toke dijo:

Bienvenido será el día
en que desde cubierta vea
grulla y ganso y cigüeña
rumbo al norte.

Orm, en cambio, después de haber reflexionado, respondió con tristeza:

No mentes las grullas, pues yo
antes habré bajado allí
donde topos y ratones
husmean al difunto.

Cuando la mayoría de los invitados se fue y la cocina perdió el ajetreo navideño, el hermano Willibald hizo cocer un caldo de carne para los heridos dos veces al día para recomponer sus fuerzas, y algunas mujeres del rey entraron por curiosidad en su cámara a servirles el caldo. Podían hacerlo sin que las molestaran, puesto que el rey Harald se había acostado después de las comilonas de los festejos y los hermanos Willibald y Matías tenían que estar a su lado junto con el obispo para rezar sus plegarias y administrarle remedios depurativos para la sangre y los intestinos.

La primera que sacó la cabeza fue la joven morisca que habían visto la primera vez que se habían presentado ante el rey Harald. Toke dio un grito de alegría al verla y le pidió que se acercara. Ella entró con una jarra y una cuchara y se sentó al lado de Toke para empezar a darle de comer, mientras que otra joven hacía lo propio con Orm. Esta segunda era una muchacha alta y hermosa, con la tez pálida y los ojos grises y una boca grande y bonita. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido con una cinta de ámbar. Orm no la había visto antes, pero estaba claro que no era una sirvienta.

A Orm le costaba ingerir el caldo, ya que no podía incorporarse debido a sus heridas, y se atragantó y empezó a toser. La tos le dio una punzada en la herida y, lleno de desánimo, se quejó. La muchacha sonrió y Orm la miró sombrío. Cuando el acceso de tos cesó, dijo:

—No estoy aquí para que te rías de mí, ¿quién eres tú?

—Me llamo Ylva —respondió ella—, y hasta este momento no sabía que fueras tan gracioso. ¿Cómo puedes lamentarte por una cucharada de sopa caliente, tú que has derribado al mejor de los guerreros de mi hermano Sven?

—No ha sido por la sopa —respondió Orm—, hasta una mujer debería comprender que una herida como la mía duele. Pero si eres hermana del rey Sven quizá me traes sopa mala, no me gusta el sabor que tiene. ¿Acaso has venido para vengarte del agravio que le he ocasionado a tu hermano?

La muchacha se alzó, y lanzó la cuchara y la jarra al fuego. La sopa lo manchó todo y ella clavó su mirada enfurecida en Orm, pero luego se suavizó, rió y volvió a sentarse en el borde de la cama.

—No te da miedo mostrar tu temor —dijo ella—, te regalo este elogio, pero aún está por decidir cuál de los dos tiene menos razón. Yo te vi luchar con Sigtrygg, fue una buena contienda, y tienes que saber que nadie se ganará mi enemistad por agraviar a mi hermano Sven. Además, Sigtrygg había escapado a la muerte durante demasiado tiempo. Leapestaba la boca de lejos, y él y Sven habían barajado la idea de hacerme su esposa. Si así se hubiera hecho, él no hubiera durado mucho en ese matrimonio, ya que no me conformo con cualquier bruto. Ahora estoy en deuda contigo por haberme ayudado en este asunto.

—Eres arrogante y descarada, y probablemente más difícil de dominar que la mayoría —dijo Orm—, pero sin duda las hijas de los reyes son así. No quiero negarte que me pareces demasiado buena para un hombre como Sigtrygg, pero yo mismo he salido herido de ese enfrentamiento y no sé muy bien si saldré de ésta.

Ylva apretó la punta de lengua entre los dientes y asintió reflexiva.

—Quizás haya más personas que tú y Sigtrygg que han sido heridas o que han perdido algo en todo esto —dijo ella—. He oído hablar del collar que Sigtrygg quería, parece que te lo regaló el rey de la tierra del Sur, y que es la más bella de todas las joyas. Ahora me gustaría que me la dejaras ver y no tienes que temer que te la quite y me marche corriendo, a pesar de que hubiera podido ser mía si Sigtrygg hubiera vencido.

—Es una desgracia poseer una cosa que todo el mundo quiere toquetear —dijo Orm apesadumbrado.

—¿Por qué no dejaste, pues, que Sigtrygg se la quedara? —dijo Ylva—, así te hubieras ahorrado más quebraderos de cabeza.

—Una cosa sí sé ya —dijo Orm—, a pesar de que no hace mucho que te conozco: el que te despose tendrá que esperar mucho, entre ocasión y ocasión, de tener la última palabra.

—No creo que se te vaya a pedir que pruebes si tienes razón —dijo Ylva—, no con esa pinta que tienes, aunque tuvieras cinco cadenas como la tuya. ¿Por qué no te ha lavado nadie el pelo y la barba? Tienes peor aspecto que uno de Småland. Pero bueno, dímelo ya, ¿me vas a enseñar el collar de una vez o no?

—No es muy atento comparar a un hombre enfermo con uno de Småland —dijo Orm—. Soy de buena familia, tanto por parte de madre como por parte de padre. Sven Råttnos, *Nariz de Rata*, de Göinge, era el hermanastro de mi bisabuelo, y la familia de mi madre era de la estirpe Vidfamne. La indulgencia que muestro contigo y que hace que no te eche de aquí es producto de mi enfermedad, y es cierto que me gustaría que me lavaran a pesar de mi estado, y si me haces tú ese favor veré si se te da mejor que darme la sopa. Aunque cabe la posibilidad de que las hijas de los reyes no sean capaces de hacer bien cosas tan útiles como ésta.

—Me estás encargando la tarea de una sirvienta —dijo Ylva—, y nadie se había atrevido a hacer algo así antes que tú, será porque tienes sangre Vidfamne. Es cierto que me gustaría ver qué aspecto tienes una vez limpio, así que mañana vendré pronto a lavarte y te darás cuenta de que puedo hacer ese tipo de cosas tan bien como cualquier otra mujer.

—También me gustaría que me peinaran —dijo Orm—, y cuando todo esté hecho, y siempre que me sienta satisfecho, te mostraré la cadena.

En ese momento se despertó cierta agitación del lado de Toke. Él sí podía sentarse en la cama, y la sopa y la cercanía de una mujer le habían puesto de buen humor. Hablaban en la lengua de ella, y aunque Toke sólo la chapurreaba, tenía las manos mucho más ágiles e intentaba acercarse a la muchacha. Ella se defendía golpeándole en los dedos con la cuchara, pero no se resistía más de lo necesario y no tenía la expresión triste. Toke alababa su belleza lo mejor que podía, y maldecía la pierna mala, que le retenía sentado donde estaba.

Orm e Ylva se giraron hacia ellos cuando su juego se hizo ruidoso. Ylva sonrió, pero Orm se molestó y le gritó a Toke que fuera sensato y dejara a la mujer en paz.

—¿Qué va a decir el rey Harald —le dijo—, si oye que has estado toqueteando a su mujer más arriba de las rodillas?

—A lo mejor dirá lo que tú, Orm —respondió Ylva—, que es una desgracia poseer una cosa que todo el mundo quiere toquetear. Yo no diré esta boca es mía, ya que él tiene más que suficientes mujeres para la edad que tiene, y ella, pobre, lo pasa mal con nosotros; llora a menudo y es difícil de consolar, ya que no comprende gran parte de lo que se le dice. Por eso no debes preocuparte si bromea con uno con quien puede hablar y que parece dispuesto.

A pesar de las palabras de Ylva, Orm no dejó de repetir a Toke que debía ir con cuidado con este tipo de cosas mientras fueran invitados del rey Harald.

Toke se había calmado ya, y sólo sujetaba a la mujer de su única trenza. Le parecía que Orm se preocupaba sin motivo alguno.

—No daré mucho que hablar —dijo— mientras tenga la pierna como la tengo. Y tú mismo, Orm, has oído al pequeño sacerdote decir que el rey ha ordenado que hagan todo lo necesario para nuestro bienestar; parece que el disgusto que le hemos dado al rey Sven ha sido de su agrado. Y yo, como todo el mundo sabe, no estoy bien sin mujeres, y ésta de aquí me parece extraordinaria a pesar de mi enfermedad; creo que es la mejor ayuda para recuperarme, incluso puedo decir que ya me siento mejor. Le he pedido que venga todo lo a menudo que le sea posible para ayudarme en mi recuperación, y no creo que me tenga miedo a pesar de que me haya excedido un poco con las caricias.

Orm musitó algo enfurruñado, pero al final decidieron que ambas mujeres acudirían al día siguiente a lavarles el pelo y arreglarles la barba. El hermano Willibald llegó en ese momento algo agobiado para limpiarles las heridas. Gritó enfadado al ver la sopa derramada e hizo salir a las mujeres, ni siquiera Ylva se

atrevió a contradecirle, ya que todos temían a aquel que tenía poder sobre la vida y la salud.

Cuando Orm y Toke se quedaron solos tenían bastantes cosas en las que pensar, así que lo hicieron acostados en silencio. Poco más tarde, Toke dijo:

—Ahora ha cambiado nuestra suerte; desde que las mujeres nos han encontrado me siento mejor de ánimo.

Sin embargo, Orm no podía dejar de poner objeciones:

—Ahora la mala suerte caerá sobre nosotros si tú, Toke, no refrenas tu lujuria. Y me gustaría poder confiar en que puedes hacerlo.

Toke dijo tener grandes esperanzas al respecto, en caso de que lo intentara en serio.

—Pero es cierto —dijo él— que ella no se resistiría mucho si estuviera sano y fuera obstinado. Un viejo rey no es gran cosa para una mujer como ella, y la han atado muy corto desde que llegó aquí. Se llama Mirah y es de Ronda y, además, de buena familia. La raptaron hombres del norte; según dice, aparecieron una noche y se la llevaron a ella y a muchas otras y las vendieron al rey de Cork. Éste se la dio como obsequio de amistad al rey Harald por su belleza. Ella me ha dicho que le hubiera dado más valor a tal honor si hubiera sido obsequio para uno más joven y con quien hubiera podido hablar. No he visto muchas mujeres tan extraordinarias como ella, tan bella y de piel tan tersa. La que estaba sentada contigo merece también grandes cumplidos, a pesar de que es más bien delgada y de pocas carnes. Parece que le has caído en gracia, e incluso aquí se nota qué tipo de hombres somos cuando conseguimos mujeres así en nuestro estado.

Orm dijo que no pensaba ahora en el amor de una mujer porque se sentía cada vez más cansado y más enfermo, y que tal vez no le quedara mucho tiempo de vida.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, llegaron las mujeres como habían dicho, con agua caliente, jabón y paños, y a Orm y a Toke les lavaron el pelo y la barba con mucho cuidado. Con Orm fue más complicado, puesto que no podía sentarse, pero Ylva lo sujetó con firmeza y lo trató con cuidado, llevando a cabo su tarea con tanta delicadeza que no le entró jabón en los ojos ni en la boca. Luego se colocó en la cabecera de la cama y recostó su cabeza en sus rodillas para peinarle. Ella le preguntó si le molestaba la posición, pero Orm dijo que tenía que reconocer que le agradaba. A ella le costó pasarle el peine, puesto que Orm tenía el pelo grueso, rebelde y enredado tras el lavado, pero con paciencia lo fue desenredando con tanta pulcritud que a Orm le pareció que jamás había estado tan bien peinado. Ella hablaba ahora con él amistosamente, como si hubieran sido amigos desde hacía tiempo, y Orm se sintió bien teniéndola cerca.

—Antes de que os podáis levantar veréis mojar vuestros cabellos al menos una vez más —dijo ella—, puesto que al obispo le gusta bautizar a los enfermos y es extraño que aún no haya venido a hacerlo. Lo hicieron así con mi padre cuando estaba tan enfermo que creía que no lo iba a contar. La mayoría opina que el invierno

es la mejor época para que le bauticen a uno en el lecho de enfermo, ya que entonces los sacerdotes sólo rocían la cabeza con agua; de lo contrario, tienen que bautizarle a uno en el mar, de cuerpo entero, y no hay muchos a los que les guste la idea cuando el agua está gélida. Es difícil también para los sacerdotes, ya que se les pone el rostro azul de estar con el agua hasta las rodillas y tiritan tanto que apenas pueden pronunciar sus bendiciones. Por todo ello prefieren bautizar a aquellos que están en cama mientras dure el invierno. A mí el obispo me bautizó el día del solsticio de verano, que ellos llaman el día del Bautista, y de ese modo no fue tan duro. Nos pusimos de cuclillas a su alrededor vestidas con nuestras túnicas, mis hermanas y yo, mientras nos bendecía, y cuando alzó la mano, nos tapamos la nariz y nos sumergimos. Yo fui la que se quedó más rato bajo el agua, así que mi bautizo se considera uno de los mejores. Después nos dieron vestidos que habían recibido la bendición del Señor y una pequeña cruz a cada una para llevar al cuello, y ninguna de nosotras ha tenido secuelas de aquello.

Orm respondió que estaba al corriente de aquellas y de otras costumbres peculiares, puesto que había estado en la tierra del Sur, donde nadie podía comer tocino, y con los monjes en Irlanda, que le habían perseguido por media isla para que se bautizara.

—A mí me cuesta comprender —añadió— qué utilidad tiene este tipo de cosas para las personas, o qué alegría les da a los dioses. Y me gustaría ver al obispo, o a cualquier hombre de dios, hacerme meter en agua fría hasta las orejas, sea verano o invierno. Tampoco tengo ningunas ganas de que me rocíen la cabeza con agua mientras me bendicen, pues considero que hay que ser cauto con todo tipo de conjuros y bendiciones.

Ylva dijo que algunos de los hombres del rey Harald se habían quejado de lumbago tras el bautizo, y que habían querido pedirle al obispo una compensación por ello, pero a excepción de aquellos nadie había sufrido daño alguno, y ahora había muchos que, al contrario, pensaban que el bautizo era bueno para la salud. Los sacerdotes aquí no tenían nada en contra del tocino, como Orm mismo había podido constatar durante los festejos, y no se inmiscuían demasiado en lo que la gente comía. Tan sólo si se les imitaba a carne de caballo escupían y se santiguaban, y a veces se les había oído murmurar que la gente no debería comer carne los viernes, pero que su padre, el rey, les había dicho que no quería volver a oír discursos como aquél. Personalmente ella no podía decir que hubiera notado molestia alguna a causa de la nueva doctrina, pero algunos dicen que la cosecha del año pasado fue peor, y que la leche de las vacas es más clara desde que se han descuidado las viejas deidades.

Le pasó el peine despacio por un enredo que ya había desenmarañado, y lo sostuvo contra la luz del sol para observarlo bien.

—No entiendo cómo puede ser —dijo—, pero parece que no tienes un solo piojo en toda la melena.

—No puede ser —dijo Orm—. En ese caso es el peine que es malo, peina más

fuerte.

Ella respondió que era un buen peine de piojos y lo pasó aún con más fuerza, lo que hizo que a Orm le doliera el cuero cabelludo, pero aun así no encontró ni un piojo.

—Entonces estoy ciertamente mal —dijo Orm—, peor de lo que pensaba; esto quiere decir que la enfermedad ha pasado a la sangre.

Ylva le dijo que a lo mejor la cosa no era tan grave, pero Orm se lo tomó muy a pecho. Estuvo en silencio durante el resto del peinado, y gruñía triste con su charla. Sin embargo, Toke y Mirah tenían mucho más que decirse en aquel rato y parecía que cada vez se llevaban mejor.

Al final, Ylva terminó de peinar el pelo y la barba de Orm y observó su obra con satisfacción.

—Ahora tienes menos aspecto de fantasma y más de *hövding* —dijo—. Pocas mujeres huirían de miedo ahora, y es a mí a quien tienes que agradecer este hecho.

Alzó su escudo y lo frotó con la manga donde había sufrido menos golpes y lo sostuvo ante él. Orm se vio reflejado en él y asintió.

—Esto es un pelo bien peinado —dijo—. Es mucho más de lo que yo hubiera creído capaz a la hija de un rey. También es posible que tú seas mejor que las demás, y has merecido que haga lo que me pides con la joya.

Se abrió la camisa a la altura del cuello y sacó la cadena y se la dio. Ylva soltó una exclamación al sostenerla en las manos, la sopesó y admiró su belleza. Mirah dejó a Toke, acudió rauda a verla y también soltó un grito. Orm dijo a Ylva:

—Cuélgatela al cuello.

Ella hizo lo que le pidió. La cadena era larga y colgaba sobre los ornamentos de su justillo, y ella se apresuró a colocar el escudo en la banqueta de la pared para poderse mirar en él.

—Es tan largo que le podría dar dos vueltas alrededor del cuello —dijo la joven sin poder quitarle ni los ojos ni las manos de encima—. ¿Cómo se lleva?

—Almanzor lo tenía en un cofre —respondió Orm—, y nadie podía verlo. Desde que está en mi poder lo he llevado debajo de la ropa, incluso tengo la piel algo magullada, y no lo he mostrado innecesariamente hasta ahora, en Navidad; como sabes, eso me ha causado problemas enseguida. Nadie puede negar que ahora está en un lugar mejor: es tuyo, Ylva, y lo puedes llevar como mejor te parezca.

Ella sostenía la cadena con ambas manos y la contemplaba con los ojos como platos.

—¿Has perdido la razón? —dijo—. ¿Qué he hecho yo para que me agasajes con tal obsequio? La más noble de las reinas copularía con un *berserker* por una joya más sencilla que ésta.

—Me has peinado bien —dijo Orm esbozando una sonrisa—, y los de la estirpe Vidfamne o damos buenos obsequios a los amigos o no damos nada.

Mirah también quería probar la cadena, pero Toke le ordenó volver con él y que

olvidara la joya. Él tenía ya un poder tal sobre ella que la joven obedeció de inmediato. Ylva dijo:

—A lo mejor tendré que esconderlo bajo el vestido, como tú has venido haciendo, ya que mis hermanas y todas las mujeres a mi alrededor van a querer sacarme los ojos por él. Lo que no entiendo es por qué me la das a mí, por mucho que seas de la estirpe Vidfamne.

Orm lanzó un suspiro:

—¿Para qué lo voy a querer cuando la hierba crezca sobre mí? Ahora sé que voy a morir, ya que ni siquiera los piojos están a gusto en mi cabeza, era lo que yo ya suponía. Es posible que te la hubiera regalado de todos modos si no hubiera estado sentenciado, pero entonces te hubiera pedido algo a cambio. Me parece que eres digna de una joya así, y creo que te sabrás defender si alguien te quiere quitar los ojos, pero yo hubiera preferido vivir para verte lucirla.

CAPÍTULO XI

De la ira del hermano Willibald y de cómo Orm se postuló como pretendiente

No tardó mucho en pasar lo que Ylva había dicho: el obispo expuso sus deseos de bautizar a los dos heridos, pero no tuvo éxito con ninguno de los dos. Orm mostró de inmediato su rechazo y dijo que quería ahorrarse discursos como aquél porque, de todos modos, él ya estaba sentenciado. Toke dijo, en cambio, que él no necesitaba nada de eso porque sentía que pronto iba a estar curado. El obispo envió al hermano Matías a convencerlos y a instruirlos en la doctrina armándose de paciencia. Tras ser sometidos a varios intentos de enseñarles el credo y al ver que sus objeciones no eran respetadas, Toke pidió que le trajeran una buena lanza con la hoja estrecha y afilada. Al día siguiente, cuando el hermano Matías apareció para instruirles, Toke la sopesaba en su mano:

—Es feo turbar la paz en las dependencias del rey —dijo Toke—, pero nadie puede tener nada que objetar si los que lo hacen son enfermos y en legítima defensa. Además, sería una pena ensuciar esta cámara hiriendo a un hombre rechoncho como tú, que parece tener mucha sangre. Se me ha ocurrido una cosa, sin embargo; si consigo clavarte en la pared con esta lanza a lo mejor el flujo de sangre es menor. Esta no es tarea fácil para un hombre que está en cama, pero me esforzaré en lo que me sea posible y lo haré en cuanto abras la boca para darnos la charla que ya te hemos pedido que nos ahorres.

El hermano Matías se quedó allí de pie, pálido, mostrando las palmas de las manos con la expresión de querer decir algo. Luego le invadió un escalofrío y retrocedió veloz hasta salir de la cámara, cerrando la puerta tras de sí. Aquella fue la última vez que los molestó, pero el hermano Willibald, que nunca daba muestras de temor, acudió a su habitación como de costumbre y, mientras les curaba las heridas, les reprochó duramente que hubieran asustado de ese modo al hermano Matías.

—Eres un hombre de verdad, a pesar de ser menudo —dijo Toke—, y es extraño que te prefiera a otros de tu calaña porque también eres descortés e irascible. Quizá sea porque no intentas convertirnos al cristianismo y te conformas con curar nuestras heridas.

El hermano Willibald respondió que llevaba más tiempo que los demás en aquella tierra de oscuridad, y que se había librado de algunas ideas pueriles.

—En un principio —dijo—, mi impaciencia por bautizar paganos era como la de cualquier otro miembro de la hermandad de San Benito, pero ahora sé distinguir lo útil de lo trivial. Deberían bautizarse los niños de estas tierras y también las mujeres

que no se hayan revolcado demasiado en el barro del pecado, si es que aún queda alguna que no lo haya hecho. Sin embargo, la entrega de los hombres adultos al diablo es total, y por la justicia de Dios morirán en el fuego del infierno por mucho que los bauticemos, ya que no hay redención que sea suficiente para ellos. Por todo esto no desperdicio mi tiempo intentando convertirlos a vosotros dos.

Hablaba cada vez más nervioso, su mirada iracunda corría de uno a otro y, haciendo aspavientos, gritó:

—¡Lobos sedientos de sangre, asesinos y malhechores, fornicadores y puercos de Gadara! ¡Adoradores de Belcebú, mala hierba de Satán, ralea de víboras y basiliscos! ¿Acaso creéis que el bautizo os purificaría y que podríais presentaros ante los hombres de Dios inmaculados como la nieve? Yo digo que no: nunca jamás. Llevo ya mucho tiempo aquí, he visto demasiadas cosas, os conozco bien, ni obispo ni cura pueden hacerme creer nada parecido. ¿Cómo podría dejarse entrar a los hombres del norte en el reino de los cielos? Correríais detrás de las santas vírgenes diciendo barbaridades, proferiríais gritos de guerra contra serafines y arcángeles, y pediríais cerveza a gritos ante los mismísimos ojos de Dios. No, no, yo sé de lo que hablo: el infierno es el único lugar para vosotros, os bauticen o no, alabado sea el Todopoderoso en la eternidad eterna, amén.

Exasperado, rebuscó en sus cajetillas y vendas y se acercó a Toke para ponerle unguento en las heridas.

—¿Por qué te esfuerzas tanto por curarnos cuando tu rabia es tan intensa? —dijo Orm.

—Pues porque soy cristiano y puedo hacer el bien a pesar de que reciba el mal a cambio —respondió—, y eso es más de lo que vosotros jamás seréis capaces de aprender. Aún llevo la marca en la cabeza del golpe que me propinó el rey Harald con el santo crucifijo, pero a pesar de ello me esmero en cuidar su malogrado cuerpo. Además, puede ser de utilidad mantener con vida a grandes guerreros como vosotros en este país, ya que vais a enviar a muchos de vuestra calaña al infierno antes de ir vosotros mismos, como ya os he visto hacer en los festejos de los últimos días. Que los lobos se coman a los lobos, y así el cordero de Dios se sentirá aliviado.

Cuando los dejó solos, Toke dijo que a él le parecía que aquel hombre se había trastocado a raíz del golpe en la cabeza que le había propinado el rey, porque la mayoría de las cosas que decía le resultaban ininteligibles. Orm estuvo de acuerdo con Toke, pero ambos reconocieron que era concienzudo en la medicina y que ponía mucho empeño en sus cuidados.

Toke se encontraba cada vez mejor y pronto pudo cojear por la cámara y por fuera de ella. Orm, en cambio, sólo recibía las visitas de Ylva. Cuando ella se sentaba a su lado pensaba menos en su muerte; Ylva era una joven habladora, entusiasta y alegre, y a él le gustaba escucharla, aunque se disgustaba cuando ella le decía que tenía mejor aspecto y que pronto se recuperaría. Sobre eso, le decía él, nadie sabía más que él mismo. Sin embargo, no tardó en poderse incorporar en la cama sin sentir

demasiado dolor, y en la siguiente ocasión que Ylva le peinó le encontró un piojo grande, sano y lleno de sangre. Este hecho despertó en él serias dudas y ya no supo qué pensar.

—Ahora no debes apenarte por la cadena —dijo Ylva—. Me la diste cuando pensabas que ibas a morir y quizá te pese ahora que sabes que no va a ser así. No te preocupes, te la devolveré a pesar de que es más bella que nada de lo que yo haya visto antes en este país, porque no quiero que se diga que me aproveché de que estabas débil y enfermo por las heridas, cosa que, por cierto, ya he tenido que oír una o dos veces.

—Es cierto que no estaría mal conservar una joya como ésta en la familia —dijo Orm—, pero la mejor transacción para mí sería conservarte a ti y a la joya, y si no es de este modo no la quiero de vuelta. Antes de hablar con tu padre sobre esto, me gustaría saber qué opinas tú, ya que la primera vez que nos vimos me dijiste que si te hubieran entregado a Sigtrygg hubieras escondido un cuchillo en el lecho nupcial, y por ello me gustaría saber si tu predisposición hacia mí es algo mejor.

Ylva soltó una carcajada y dijo que fuera cauto con sus palabras.

—Porque soy más indómita de lo que tú puedas imaginar, y aún más difícil de complacer. Las hijas de rey son peores que las demás cuando las casan, incluso pueden llegar a quitarles la vida a los reyes cuando no se sienten a gusto con ellos. ¿Has oído lo que le pasó a Agne, el rey de los suiones, hace ya tiempo, cuando consiguió a la hija poco dispuesta de un rey cuyas tierras se esconden al este del mar? Yació con ella la primera noche en una tienda bajo un árbol y, cuando se durmió, le sujetó una soga al anillo del cuello, que era bueno y fuerte, y lo colgó del árbol, a pesar de que era un rey robusto, con la sola ayuda de una sirvienta. Por eso, piénsalo bien antes de intentar nada conmigo.

Ella se inclinó hacia adelante, le acarició la frente y le pellizcó la oreja mirándole a los ojos con una sonrisa. Orm se sintió mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Los ojos de Ylva, sin embargo, pudieron detectar la preocupación en el semblante de Orm: sabía que aquellas palabras no tenían sentido sin antes haber escuchado la opinión de su padre al respecto. Y estaba seguro de que iba a ser difícil conseguir su consentimiento si Orm no tenía más ganado y oro que los demás.

—Se queja a menudo de que tiene muchas hijas por casar —dijo ella—, pero le cuesta encontrar hombres que a su juicio sean lo bastante ricos y reputados. Ser hija de rey no es tan divertido como muchos creen, ya que muchos hombres jóvenes y dispuestos nos miran a hurtadillas e intentan pescarnos la cinta de la túnica cuando nadie les ve, pero pocos se atreven a dirigirse a nuestro padre, y aquellos que osan hacerlo salen cabizbajos del encuentro. Es una desventura que ponga tanto empeño en conseguir matrimonios tan ventajosos, si bien es cierto que quizás un hombre pobre no daría la talla en mi caso. Tú, Orm, que eres un hombre que puede regalar una cadena como ésta y que llevas sangre Vidfamne, debes de ser uno de los *storman* más

puddientes de Skåne, ¿no?

Orm respondió que esperaba poder entenderse con el rey Harald porque estaba bien situado ante él gracias a la campana de Santiago y al duelo.

—Pero desconozco cuáles son mis riquezas en Skåne —dijo—, porque va a hacer siete años que me fui de allí y, desde entonces, no sé nada de mi familia. Es posible que menos miembros de mi familia estén vivos, y de este modo mi parte de la herencia habrá aumentado. Eso sí, de la tierra del Sur me llevé mucho más que la cadena, y aunque sólo fuera eso lo que me quedara no se me podría llamar pobre. Además, de la misma manera que he conseguido la cadena podría conseguir otras cosas.

Ylva asintió apesadumbrada y dijo que sus palabras no le parecían muy prometedoras, teniendo en cuenta lo duro que era su padre. Toke, que había entrado en la habitación durante la conversación, opinó lo mismo y dijo que aquella situación requería consejos sensatos.

—Y ahora me parece un buen momento —dijo— para contaros cómo puede conseguirse con certeza una linda y rica doncella de buena familia, cuando el padre se muestra reacio pero ella no. Mi abuelo por parte de madre se llamaba Tønne de Nåset, y se dedicaba al comercio con los de Småland. Tenía una pequeña finca, doce terneros y mucha inteligencia. Una vez, estando de viaje de negocios en Vårend, vio a una muchacha que se llamaba Gyda, la hija de un *storman*, y decidió conseguirla tanto para mejorar su reputación como porque le gustaron su bella complexión y sus trenzas rojas y gruesas. Sin embargo, su padre (que se llamaba Glum) era un hombre soberbio y dijo que Tønne no le parecía lo bastante bueno como yerno, aunque la muchacha no compartía esa opinión. Gyda y Tønne no se quedaron lamentando las palabras del viejo, sino que pronto decidieron qué hacer y se dieron cita en el bosque cuando ella salió a buscar arándanos con las sirvientas; copularon como lobos y ella quedó preñada. Tønne tuvo que verse las caras con el hermano dos veces, y ambos se llevaron marcas de aquellos encuentros que no se borrarían hasta que perecieran. Al nacer los mellizos, el viejo pensó que no tenía sentido seguir oponiéndose a la relación, y así se casaron y tuvieron siete hijos más. Todos en la aldea elogiaron la astucia de mi abuelo, y su fortuna y su reputación mejoraron, sobre todo después de haber recibido una sustanciosa herencia del viejo Glum. Y si mi abuelo no hubiera encontrado una manera tan astuta de casarse, no estaría yo hoy aquí dando consejos útiles, ya que mi madre fue una de los dos mellizos de los arbustos de arándanos.

—Así que lo que dices es que hacen falta mellizos para que surta efecto —dijo Ylva—. Pues me resulta más fácil apreciar el consejo que ejecutarlo, la verdad. Además, hay cierta diferencia entre un campesino en Vårend y el rey de los daneses, y por eso no es seguro que un intento así pueda funcionar con nosotros.

Orm opinó que aquel consejo daba mucho de que hablar, tanto a favor como en contra, pero para un hombre enfermo e imposibilitado aquello no eran más que palabras. Lo primero que quería hacer, de momento, era recuperarse y hablar con el

rey Harald.

Aún pasó cierto tiempo, pero, al final, Orm consiguió recuperarse del todo: La herida cicatrizó y empezó a recobrar sus fuerzas cuando la primavera ya estaba cerca. El rey Harald estaba animado y de buen humor, y tenía muchas cosas que organizar avituallando barcos, ya que iba a ir a Skanör a recaudar el tributo por el arenque y quería enviar a Styrbjörn las embarcaciones que le había prometido. Orm se presentó ante él y le explicó la naturaleza del asunto que quería tratar. El rey Harald no mostró reticencia ante su petición, pero enseguida preguntó con qué medios contaba para atreverse a pensar en un enlace como aquél. Orm le contó cuál era su situación familiar, sus orígenes y las propiedades de su padre y lo que él mismo se había traído del extranjero.

—Además hay algunos terrenos en Göinge que mi madre esperaba en herencia, pero poco sé de ellos. También desconozco cuál es la situación de mi familia en este momento. No sé cuántos de ellos viven, puesto que en siete años pueden pasar muchas cosas allí en casa.

—La joya que le has dado a mi hija es el obsequio de un *storman* —dijo el rey Harald—, y a mí me has hecho grandes favores que no voy a olvidar. Pero el matrimonio con una hija del rey de los daneses es lo más alto a lo que un hombre puede aspirar, y nadie ha acudido a mí sin presentarme una lista de posesiones mucho más larga que la tuya. Además, tienes un hermano que se interpone entre la herencia de tu padre y tú. Si vive y tiene hijos, ¿con qué medios vas a mantener a mi hija? Empiezo a hacerme viejo, a pesar de que mi aspecto pueda engañar, y me gustaría ver a mis hijas bien casadas y poder dejarles la vida arreglada para cuando yo no esté.

Orm tuvo que reconocer que no tenía mucho que aportar a una petición de mano como aquélla.

—Pero bien pudiera ser que yo fuera el único heredero cuando llegue a casa —dijo—. Mi padre empezó a envejecer hace siete años, y mi hermano Odd andaba por Irlanda cada verano y no tenía ganas de echar raíces en casa. Además, he oído que las cosas no han ido bien para nuestras gentes en Irlanda en los últimos años, desde que el rey Brian reina allí.

El rey Harald asintió y dijo que el rey Brian se había desecho de muchos daneses y de muchos navegantes en las costas vecinas. Por ello a veces su actuación había sido útil, porque entre éstos había muchos hombres que no habían causado más que problemas aquí en casa, en Dinamarca.

—Pero a Brian, rey de Munster —continuó—, se le ha subido la victoria a la cabeza, de modo que no sólo exige impuestos al rey Olof de Cork, que es mi amigo, sino también al rey Sigtrygg de Dublín, que es familiar mío. A un rey irlandés no le sienta bien ser tan engreído, y por ello, cuando llegue el momento, enviaré flotas a la isla para atajar esa arrogancia suya. Me gustaría capturarlo y traerlo aquí, lo amarraría a la puerta del salón, no sólo para la diversión de mis hombres acompañando la cerveza, sino también como lección de humildad cristiana y como advertencia a otros

reyes, ya que yo siempre he pensado que el rey de los daneses es el rey de entre los reyes y debería ser más respetado que ningún otro.

—Yo opino que eres el mayor de los reyes —dijo Orm— e incluso hay hombres entre los andaluces y los *blamenn*^[31] que conocen tu nombre y tus hazañas.

—Ahí has escogido bien tus palabras —dijo el rey Harald—, pero por lo demás me demuestras poca pleitesía viniendo a pedirme la mano de una de mis hijas más bellas sin si siquiera saber cuál es el estado de tu herencia y tus posesiones. No te lo voy a tener en cuenta, ya que te domina la osadía de la juventud, pero ni asiento ni rechazo, ésta es mi decisión: vuelve en otoño, cuando yo haya regresado de mi viaje y ya conozcas mejor tu situación. Si entonces considero tus riquezas suficientes, te concederé a la muchacha por la amistad que te profeso y, si no es así, siempre tendrás una buena posición entre mis hombres. Hasta ese momento, vas a tener que armarte de paciencia.

Ylva se disgustó al escuchar de boca de Orm el rumbo que había tomado la conversación; los ojos se le llenaron de lágrimas, y dijo que quería tirar de la barba al viejo por su tacañería y obstinación, y pasar a seguir el consejo de Toke de inmediato. Sin embargo, cuando consiguió serenarse, pensó que lo mejor era olvidar esa opción.

—No temo a su ira —dijo ella—, ni siquiera cuando brama como un toro y me arroja la jarra de cerveza: soy demasiado veloz para él. A día de hoy, aún no me ha alcanzado ni una vez, y esa ira es de las que se pasan enseguida. Sin embargo, él es así, si en un momento dado toma la decisión de oponerse a algo, se vuelve obstinado y jamás olvida las razones que lo han llevado a tomarla. Por eso, lo más sabio es no llevarle la contraria, puesto que entonces podría nacer en él una animadversión contra nosotros y podría entregarme al mejor de sus hombres sólo para fastidiarnos y demostrar quién toma las decisiones. Eso sí, Orm, tienes que saber que yo no quiero a otro hombre, y merecerá la pena esperar por ti hasta el otoño a pesar de que estoy segura de que el tiempo transcurrirá lento. Y si para entonces él sigue en sus trece, no esperaré más y te seguiré adonde quiera que vayas.

—Ahora, tras escuchar tus palabras, me siento mejor —dijo Orm.

CAPÍTULO XII

De cómo Orm llegó a casa tras su largo viaje

El rey Harald avitualló veinte barcos para su viaje. De ellos, doce serían para Styrbjörn, el resto le acompañaría a Skanör, donde se requería una comitiva numerosa para poder recaudar el tributo del arenque. Escogió a su tripulación con esmero, pero todos preferían embarcarse en los barcos que iban a navegar con Styrbjörn, ya que de ese viaje podían esperar un gran botín.

Muchos acudieron a Jellinge para unirse a la flota del rey Harald, y Orm y Toke echaron un vistazo entre los que sobraron, puesto que querían enrolar remeros para el viaje de vuelta en su propio barco. No obstante, los remeros eran caros y aquel desembolso les contrariaba: ahora que se encontraban tan cerca de casa no se sentían muy generosos. Al final, para evitar el dispendio llegaron a un acuerdo con un hombre de Fyn llamado Åke: se quedaría con el barco y a cambio él conseguiría tripulación y los llevaría a casa a los dos, a Orm a Kullen y a Toke a Lister; además, se encargaría del avituallamiento a lo largo de la travesía. La negociación fue larga y a punto estuvo de terminar en reyerta entre Toke y Åke, ya que el primero pedía además algún dinero, pues el barco, según él, estaba como nuevo, era estable y navegaba bien, a pesar de que fuera pequeño. Pero Åke no quería darles nada, porque le parecía que aquella embarcación, además de ser extranjera, estaba mal construida y tenía poco valor, y temía correr el riesgo de perder en la transacción. Al final, tomaron al *stallare* Hallbjörn como árbitro y el negocio se cerró sin que llegaran a las manos, pero con pocos beneficios para Orm y Toke.

Ninguno de ellos se sentía dispuesto a unirse a Styrbjörn, ya que tenían otras cosas en la cabeza. Además, las fuerzas de Orm retornaban lentamente y a él le parecía que aquella debilidad le duraría toda la vida. También le pesaba tener que separarse de Ylva. El rey Harald la tenía vigilada por dos mujeres para que ella y Orm no tropezaran demasiado el uno con el otro antes de tiempo. Sin embargo, a pesar de que las viejas eran resueltas, se quejaban de que el rey les había encomendado una tarea demasiado ardua para sus viejas piernas.

Cuando la flota estuvo a punto de zarpar, el rey Harald ordenó al obispo que bendijera los barcos, pero no se lo quiso llevar de viaje por la mala suerte que tenían los sacerdotes con el tiempo. El obispo quería ir a Skåne para ocuparse de sus monjes y sus iglesias y contar a los conversos, pero el rey Harald dijo que tendría que ser la próxima vez que los barcos navegaran en esa dirección: él no pensaba jamás llevar a bordo un obispo, ni siquiera un simple sacerdote.

—Y es que yo soy demasiado mayor para andar jugando con la fortuna —dijo—, eso lo saben todos los navegantes, que no hay peor enemigo de los seres y los troles y

todos los poderes del mar que los hombres tonsurados, a los que quieren ahogar en cuanto salen a la mar. Guld-Harald, mi sobrino, zarpó un día hacia casa desde Bretaña con muchos esclavos recién capturados a los remos, y se encontró con tormenta y ventisca y el peor de los mares a pesar de que apenas se había iniciado el otoño. Cuando su barco estaba a punto de ser engullido por las olas, examinó a sus remeros y entre ellos encontró a dos hombres tonsurados. Tras arrojarlos por la borda, tuvo un tiempo ideal durante el resto del viaje. Eso lo podía hacer él, que era un pagano, pero en mi caso no sería apropiado arrojar por la borda a un obispo para calmar el tiempo, por eso él tiene que quedarse aquí.

Esa mañana en que la flota tenía que hacerse a la mar y Orm y Toke con ella, el rey Harald apareció vestido con una capa blanca y un yelmo de plata por los muelles de camino a su propio barco, con una gran comitiva y el pendón alzado ante él. Cuando llegó al lugar donde Orm estaba amarrado, se paró y dejó que su séquito esperara mientras él subía solo a bordo para decirle algunas palabras.

—Quiero honrarte de esta manera —dijo él—, para que quede constancia de nuestra amistad y para que nadie crea que quedan rencillas entre nosotros porque aún no te he entregado a mi hija Ylva. En estos momentos, se encuentra encerrada con las demás mujeres y se entiende con ellas, ya que tal como es se le podría ocurrir corretear hasta tu barco en cuanto me dé la vuelta y tentarte para que la lleves con ella, y eso no sería nada bueno, ni para ella ni para ti. Aquí se separan nuestros caminos un tiempo, y no tengo obsequio ahora que recompense la campana con la que me agasajasteis, pero en otoño las cosas serán de otro modo.

Era una bella mañana de primavera con el cielo despejado y una ligera brisa, y el rey Harald estaba de buen humor. Observó de cerca el barco y estudió su construcción extranjera. Era muy instruido y sabía de tablazones y escálamos como un maestro de azuela, e hizo varios comentarios sobre aspectos que le parecieron dignos de mención. Mientras tanto, Toke subía a bordo encorvado bajo un gran arcón. Se sorprendió de ver al rey Harald en el barco, dejó el arcón en la cubierta y se acercó a saludarle.

—Vas bien cargado —dijo el rey—. ¿Qué llevas ahí?

—Un poco de todo lo que he ido cambiando para la señora de casa, para mi madre..., si aún vive, claro —respondió Toke—. Puede ser bueno llevar algo conmigo a casa después de haber estado tanto tiempo fuera como he estado yo.

El rey Harald asintió y dijo que le parecía bien que los hombres jóvenes mostraran consideración y amabilidad para con sus progenitores; él no había visto muchos de ese tipo últimamente.

—Y ahora —dijo sentándose sobre el arcón—, tengo sed y quiero un trago de cerveza antes de que nos despidamos.

El arcón crujió por el peso y Toke, nervioso, dio un paso hacia él, pero la madera parecía resistir. Orm vertió cerveza de una barrica y se la dio al rey, que brindó por que tuvieran un buen viaje. Luego se limpió la espuma de la barba y dijo que era

extraño que la cerveza siempre tuviera mejor sabor en el mar, y que por eso quería que le llenaran una vez más la jarra. Así lo hicieron y éste la vació lentamente. Luego se despidió con un gesto y bajó a tierra para acercarse a su gran embarcación real, donde colgaba su pendón de seda roja con dos cuervos bordados en negro con las alas extendidas.

Orm miró a Toke.

—¿A qué viene esa palidez? —le preguntó.

—Tengo mis preocupaciones, como todo el mundo —respondió Toke—. Mírate, tú tampoco estás resplandeciente que digamos.

—Sé lo que dejo atrás —dijo Orm—, pero ni los más sabios pueden saber lo que me esperará al volver, o si volveré cuando preveo hacerlo.

Todos los barcos zarparon entonces con diferentes rumbos. El rey Harald, con su flota, navegó entre las islas, mientras el barco de Orm avanzó a remo, costeando rumbo al norte para llegar a Själland. El navío real gozaba de viento a favor, y pronto estuvo muy lejos. Toke los miraba desde cubierta, y cuando el velamen se hizo pequeño en el horizonte dijo:

Un poco más
y el rey danés
hubiera abollado
el frágil arcón.
Incrédulo aún,
observo el fardo
que ileso ha salido
del peso de Diente Azul.

Se acercó al arcón, lo abrió y sacó su fardo, con la mujer morisca dentro. Estaba desfallecida y se sentía mal, ya que en el arcón no tenía ni espacio ni aire y había pasado allí un buen rato. Cuando Toke la dejó en el suelo, se desplomó de debilidad y se quedó allí jadeante, temblando, y parecía medio muerta hasta que él la ayudó a levantarse. Ella empezó a llorar y miró a su alrededor.

—Ya no tienes que tener más miedo —dijo Toke—. Está ya muy lejos.

Allí sentada y con los ojos como platos miraba a los hombres del barco sin decir nada; los remeros también la observaban con los ojos como platos, y se preguntaban los unos a los otros qué significaba aquello. Sin embargo, el más pálido de todos y el que miraba con los ojos más abiertos fue Orm, como si una gran desgracia le hubiera caído encima.

Åke, el patrón del barco, reflexionaba de pie mientras se tiraba de la barba.

—No mencionaste nada de esto cuando cerramos nuestro negocio —le dijo a Orm—. No me dijiste que íbamos a llevar una mujer a bordo. Y lo menos que puedo pedir ahora es que me digas quién es y por qué se ha embarcado metida en un arcón.

—Esto no es nada que te incumba —respondió Orm, sombrío—. Tú encárgate del barco y nosotros nos encargaremos de nuestros asuntos.

—El que no quiere responder es porque quizá tenga cosas oscuras que ocultar —dijo Åke—. Yo soy extranjero en Jellinge, y no sé mucho de cómo funcionan las cosas aquí; eso sí, salta a la vista que aquí hay algo que no es cómo tiene que ser, y tal vez me ocasione problemas. ¿A quién se la habéis robado?

Orm estaba sentado en un rollo de sogas, abrazándose las rodillas y dando la espalda a Åke, y respondió sin alzar la voz ni girar la cabeza.

—Mira, te voy a dar a escoger entre dos cosas —dijo—. O guardas silencio o te arrojo de cabeza por la borda. Elige lo que prefieras, y hazlo ya, porque ladras como un perro y me molestas.

Åke se volvió y masculló algo mientras escupía por la borda. Cuando asió la espadilla del timón, Orm no se movió, tenía la mirada fija en un punto delante de él, pero sabía que Åke no se contentaría con aquello.

Después de que la joven se hubiera recuperado del desfallecimiento y hubiera tomado algo para recuperar fuerzas, se mareó y, colgada de la borda, se lamentaba sin prestar la menor atención a las palabras de consuelo que Toke le decía. Al final éste la dejó tranquila, la amarró con un cabo y se sentó junto a Orm.

—Lo peor ya ha pasado —dijo él—, pero seguro que esta manera de procurarse una mujer va a ser motivo de desasosiego y problemas. Pocos se hubieran atrevido a hacer algo así, aunque quizá mi fortuna sea mejor que la de muchos.

—Es mejor que la mía, en eso te doy la razón —dijo Orm.

—Eso está por ver —replicó Toke—, puesto que tu fortuna siempre ha sido buena y es mucho mejor conseguir a la hija de un rey que a la que yo tengo. Y no tienes que lamentar no haber podido hacer lo mismo que yo en este caso, ya que hubiera sido una empresa demasiado difícil teniendo en cuenta lo vigilada que tenían a la muchacha.

Orm rió entre dientes. Se quedó sentado en silencio y luego ordenó a Rapp que sustituyera a Åke a la espadilla, para que a éste no le crecieran demasiado las orejas de tanto intentar escuchar.

—Yo creía —dijo luego a Toke— que la amistad entre nosotros dos era sólida después de haber compartido tantas cosas; sin embargo, lo que dicen nuestros mayores es bien cierto: un hombre está mucho tiempo a prueba, y en esta locura que acabas de desatar has actuado como si yo no existiera o no fuera digno de tener en consideración.

—Tienes un rasgo que no es propio de un *hövding* —dijo Toke—, tu susceptibilidad. Muchos me hubieran alabado por haber raptado a la mujer por mi cuenta sin cargar a nadie más con mis problemas. En cambio, tú eres así y piensas que se te ha faltado al respeto porque no has estado al corriente de todo desde el principio. Yo llamo amistad verdadera a aquella que no se vuelve esquinada por cosas cómo ésta.

Orm le miraba fijamente, pálido de ira.

—Es difícil ser indulgente con una actuación tan necia como la tuya —dijo—. ¿Tú crees que a mí me importa cómo te las hayas apañado para raptar a tu mujer o si lo has llevado en secreto o no? Lo que me preocupa es si has convertido al rey Harald en nuestro importunado enemigo, y a nosotros en fugitivos en su reino. Te has llevado a tu mujer, sí, pero me has dejado a mí sin la mía. No hace falta ser susceptible para encontrarle inconvenientes a una amistad así.

Toke no tenía argumentos para defenderse y tuvo que reconocer que no había pensado en eso. Intentó aplacar a Orm diciendo que el rey Harald era mayor y decrepito y que no viviría mucho tiempo más. Pero aquél era un pobre consuelo para Orm, y a medida que pasaba el tiempo más lejano se sentía de Ylva y mayor era su ira.

Amarraron en una bahía para pasar la noche y encendieron dos hogueras. Alrededor de la primera se sentaron Orm y los suyos, y alrededor de la segunda se sentaron Åke y sus marineros. Nadie estaba muy hablador en la hoguera de Orm, pero en la otra Åke y sus hombres tenían mucho que decirse y hablaban en voz baja para que desde la de Orm no pudieran oír lo que decían.

Después de la comida, la mujer se quedó dormida a la lumbre cubierta con una capa. Orm y Toke estaban sentados en silencio, alejados el uno del otro, mientras caía la noche. El viento sopló frío y el mar se tornó gris, y algunas nubes de tormenta se alzaron en el oeste. Orm suspiró varias veces y se tiró enérgicamente de la barba; Toke se hurgaba los dientes. Ambos estaban furiosos.

—Terminemos con todo esto de una vez —dijo Orm.

—Sólo tienes que decirme cómo quieres que lo hagamos —respondió Toke.

Rapp se había ido a buscar combustible para la fogata y, al volver, oyó lo que decían. Era un hombre reservado que en raras ocasiones se inmiscuía en los asuntos de los demás, pero entonces dijo:

—Deberíais dejar para más tarde lo de vuestra pelea, ya que aquí tenemos otras cosas que hacer. Los marineros son catorce y nosotros tres, así que la diferencia es obvia.

Le preguntaron qué noticias traía.

—Tienen la intención de atacarnos por la mujer —respondió Rapp—, albergan grandes esperanzas al respecto. Lo he oído cuando he ido a recoger leña entre los árboles.

Orm se echó a reír.

—El lío que has armado no hace más que mejorar —le dijo a Toke.

Toke hizo un gesto de incompreensión y miró preocupado a la mujer dormida.

—Bueno, así están las cosas —dijo—, y lo que importa ahora es encontrar una buena manera de resolver este problema. A mí me parece que lo mejor será abalanzarnos sobre ellos mientras están ahí tranquilos urdiendo nuestro infortunio. Son muchos, sí, pero les falta un buen trecho para ser tan hombres como nosotros.

—Parece que se avecina mal tiempo —dijo Rapp—, y eso no nos permite matar a muchos de ellos porque los necesitamos a bordo. Eso sí, más vale que hagamos ya lo que tengamos que hacer, de otro modo nos vamos a quedar sin descanso nocturno.

—Éstos son simplones de Fyn —dijo Toke—, y en cuanto nos hayamos sacado de encima a Åke y a unos cuantos más, el resto va a obedecernos con gusto, ya verás. Ahora, Orm, te toca a ti darnos instrucciones porque quizá nos convendría atacarlos mientras duermen.

Orm se sentía de mejor humor ahora que había surgido algo que hacer. Se levantó y se puso a orinar para poder ver a los de la otra hoguera sin que le vieran.

—Hay doce junto a la hoguera —dijo al sentarse de nuevo—, eso puede hacernos pensar que han enviado a dos al bosque para buscar ayuda sin que nos hayamos dado cuenta. Si es así, podemos esperar el ataque de un grupo mayor y por eso será mejor resolver las cosas cuanto antes. Son hombres prudentes pero con poca iniciativa, ya que hubieran tenido que ir a por ti, Rapp, hace un momento cuando estabas solo. Ahora vamos a enseñarles que con nosotros tienen que andarse con ojo. Vosotros me seguiréis en silencio cuando me acerque a ellos a hablar y me miren, entonces tendremos que atacar raudos y con dureza si queremos que todo salga bien. Yo no podré llevar escudo, pero contra eso no podemos hacer nada.

Tomó con la mano un amplio cazo donde había habido cerveza para la cena, y se acercó a la hoguera de Åke para rellenarlo del barril que habían desembarcado y colocado allí. Un par de hombres ya dormían, pero la mayoría de ellos estaban despiertos y tenían la mirada puesta en Orm. Una vez llenó el cazo, sopló para quitar la espuma y dio un trago.

—La madera de tu barril no es buena —dijo a Åke—, tu cerveza ya sabe a leña.

—Si la cerveza fue lo bastante buena para el rey, también lo será para ti —respondió Åke, arisco—. Pero yo te prometo que no tendrás que beber más cerveza de ésta.

Los hombres se echaron a reír por aquellas palabras, pero Orm le acercó el cazo como si nada hubiera pasado.

—Comprueba tú mismo si tengo razón o no —dijo Orm.

Åke agarró el cazo desde el lugar donde estaba sentado. Cuando lo tuvo en la boca, Orm le dio un golpe tal que le partió la mandíbula y todos pudieron ver cómo le caía el mentón al pecho.

—¿Le notas el gusto a madera? —preguntó Orm, al tiempo que desenvainaba la espada y asestaba un mandoble al hombre que tenía sentado más cerca y que acababa de levantarse.

Los hombres que estaban junto a la hoguera se quedaron estupefactos ante aquel gesto, y apenas tuvieron tiempo de sacar sus armas cuando Toke y Rapp les atacaron por la espalda y les arrebataron la oportunidad de demostrar lo que valían. Mataron a cuatro, dos se escaparon al bosque y los cinco restantes acabaron a bordo del barco dispuestos a defenderse. Åke estaba vivo aún y a los pies de Orm, quien les ordenó

que arrojaran las armas si querían salvar la vida. La orden les hizo dudar.

—No podemos saber si vas a mantener tu palabra —dijeron.

—Es posible que así sea —respondió—, pero podéis albergar la esperanza de que no soy tan traidor como vosotros.

Deliberaron entre ellos y no les pareció que aquello les diera gran seguridad, preferían, dijeron, que les dejara marcharse con sus armas y Orm y el resto se quedaran con el barco.

—Entonces, si así lo preferís, os diré algo que sí es seguro —dijo Orm—. Moriréis todos aquí mismo si no obedecéis enseguida. A lo mejor os conviene más hacerlo.

Dicho esto, subió a bordo del barco y se dirigió a ellos sin esperar a Toke y a Rapp. Se había quedado con la cabeza descubierta por una pedrada, tenía los ojos encendidos de ira y empuñando a *Lengua-Azul* ensangrentada fue hacia ellos como si fuera a meter a una manada de perros en vereda. Ellos le obedecieron y arrojaron las armas despotricando de Åke, ya que lo hacían responsable de todo.

Oscurecía y soplabla una brisa fresca, pero Orm creyó que lo mejor era no quedarse allí mucho tiempo, porque, si lo hacían, dijo, podían esperar que un centenar de hombres de Sjælland se abalanzara sobre ellos para recuperar la propiedad del rey Harald. Por ello deberían ahora tentar su suerte en alta mar, en la oscuridad, con mal tiempo y con pocos brazos, y seguramente por una razón cuyas consecuencias iban a acarrear por mucho tiempo.

Tenían prisa y embarcaron el arcón con los alimentos y el barril de cerveza. La mujer lloraba en silencio y temblaban de miedo ante semejante viaje, pero se embarcó sin quejarse. Orm se colocó al lado de los esclavos con su espada, a los remos, mientras Toke y Rapp subían la cerveza. Toke estaba sangrando y parecía torpe, y Orm les gritó que se dieran prisa.

—Se me escurre de las manos —dijo Toke abatido—; creo que tengo la mano partida.

Orm jamás le había visto tan apesadumbrado, le habían roto la mano de la espada a la altura del dedo corazón, de forma que dos dedos apuntaban hacia un lado y los otros hacia otro.

—No me falta sangre —dijo Toke—, pero no creo que pueda remar con esta mano esta noche, y eso no es una buena noticia porque habrá que bogar duro para poder salir de la bahía.

Metió la mano en el agua helada y se dirigió a la mujer.

—Tú, pobre, ya me has ayudado a armarla buena —dijo—, aunque puede ser que tu parte de culpa sea menor que la mía. Vamos a ver si puedes ayudarme también con esto.

La mujer se secó las lágrimas y se acercó a él. Gimió al ver la aparatosa herida, pero se mostró hábil en los cuidados. Hubiera preferido tener vino para poder lavarla y musgo para cubrirla, pero a falta de tales medios se apañó con agua, hierba y pan

masticado, y luego lo vendó fuerte con algunas tiras que rasgó de su túnica.

—Hasta las cosas más inútiles pueden servir de algo —dijo Orm—; ahora somos zurdos los dos.

Por su voz se deducía que la rabia que había sentido hacia Toke se había calmado.

Zarparon con siete remeros y con Toke a la espadilla. Salir de la bahía y bordear el cabo fue lo más arduo que Orm había vivido después de remar como esclavo. Llevaba preparada una lanza para señalar al primero de los cautivos que no se aplicara en su tarea, y cuando un remo se soltó al surcar una ola y tumbó de espaldas a su propietario, éste se incorporó raudo y enseguida cogió el ritmo de los demás. La mujer se había acurrucado a los pies de Toke y se cubría los ojos llena de miedo y malestar. Toke la tocó con el pie y ordenó que cogiera el achicador e hiciera algo útil, pero a pesar de que ella intentó obedecerle no fue capaz de nada. El barco se había llenado hasta la mitad cuando al final bordearon el cabo y pudieron alzar velas y empezar a achicar agua.

Navegaron en la tormenta toda la noche, con Orm a la espadilla. Todo lo que podía hacer era mantener rumbo al noreste y esperar que el barco no chocara con tierra antes del amanecer. Nadie albergaba grandes esperanzas de sobrevivir con un tiempo como aquél, que era peor que el que habían probado de camino a Irlanda, así que Rapp dijo:

—Tenemos a cinco presos a bordo, sin armas y a nuestra merced. No sabemos si van a ser más útiles a los remos, y quizá les saquemos más provecho entregándolos a las deidades del mar.

Toke dijo que el plan le parecía bueno y correcto, pero que a lo mejor podrían conformarse arrojando uno o dos primero, y ver si el resto quería ayudarles.

Orm, en cambio, dijo que nada de eso era posible con los cinco cautivos, puesto que él les había perdonado la vida.

—Y si tú, Toke, quieres sacrificar a alguien a las deidades del mar —dijo—, no se me ocurre nadie mejor que tu muchacha. Y la verdad es que sería bueno para todos deshacernos de aquella que nos ha traído tanta mala fortuna.

Sin embargo, Toke respondió que nada de aquello iba a suceder mientras él siguiera con vida y tuviera una mano que pudiera alzar una espada.

No volvieron a hablar del asunto. Al alba, se puso a llover tanto que parecía que estuvieran envueltos por una cortina, pero la tormenta empezó a amainar poco después. Cuando despejó, avistaron la costa de Halland y alcanzaron, cansados, la desembocadura de un río con el barco lleno de agua y el velamen hecho pedazos.

—Estas tablas me han traído hasta aquí desde la tumba del apóstol Santiago —dijo Orm—, y ya no falta mucho para llegar a casa. Eso sí, vuelvo sin cadena y sin campana de Santiago alguna, y haberlas regalado por el camino no me ha aportado grandes ganancias.

—Vuelves a casa de viaje con un barco y una espada —dijo Toke—, y yo con una espada y una mujer, y recuerda que no todos los que remaron con Krok han tenido la

misma suerte.

—También nos traemos a casa la gran ira de un rey —dijo Orm—, y nadie puede hacer peor adquisición que ésta.

Los apuros del viaje habían pasado; desembarcaron a los cinco prisioneros y los dejaron escapar y, tras haber reposado y acondicionado el barco y la vela, tuvieron buen tiempo y navegaron costeano con viento suave. Hasta la mujer estaba ahora de buen humor y podía echar una mano con algunas cosas, así que a Orm se le hacía más soportable su presencia.

Al atardecer, atracaron en las grandes rocas de Toste, donde el barco de Krok había amarrado la última vez que estuvieron allí, y luego subieron el camino hasta la granja. Orm iba delante. Un poco más arriba, el camino llevaba a atravesar un arroyo caudaloso donde había una pasarela con tres troncos. Orm dijo:

—Tened cuidado con el de la izquierda, está podrido y resbala.

Luego miró fijamente el tronco y dijo:

—Ya estaba podrido mucho antes de que me embarcara, y cada vez que mi padre pasaba por aquí decía que no iba a tardar en repararlo. Todavía sigue igual y tampoco se ha caído, y yo tengo la impresión de que llevo mucho tiempo fuera; quizá mi padre esté vivo y todo.

Un poco más adelante, encontraron un nido de cigüeñas en un alto árbol con una cigüeña dentro. Orm se paró y silbó, y la cigüeña batió las alas y crotoró con el pico.

—Me reconoce —dijo Orm—, es la misma cigüeña. Ahora tengo la sensación de que fue ayer la última vez que hablamos ella y yo.

Después pasaron por la puerta de una cerca y Orm dijo:

—Cerradla bien porque mi madre se enfada si se escapan las ovejas, y eso suele repercutir en la calidad de la cena.

Los perros empezaron a ladrar y, cuando se aproximaron a la granja, vieron a algunos sirvientes mirando desde la puerta. Una mujer se abrió camino entre los hombres y se les acercó. Era Åsa. Estaba pálida, pero, por lo demás, tenía el mismo aspecto despierto de siempre.

—Pues ya estoy de nuevo aquí —dijo Orm.

—¡Orm! —exclamó ella con voz temblorosa. Y añadió—: Dios ha escuchado mis plegarias a pesar de que le ha llevado largo tiempo.

—Últimamente tiene muchas voces que escuchar —dijo Orm—, pero es una sorpresa para mí que tú te hayas convertido al cristianismo.

—He estado sola —dijo Åsa—, pero ahora todo va bien.

—¿Tus hombres se han embarcado ya? —preguntó Orm.

—No me queda ninguno —dijo ella—. Odd desapareció un año después que tú, y Toste murió hace tres, el mismo año de la gran epidemia del ganado. Pero yo he podido vivir gracias a que he comprendido la verdad cristiana; sabía que ibas a volver gracias a mis plegarias.

—Seguro que tenemos mucho de que hablar —dijo Orm—, pero no estaría mal

comer antes un poco. Estos son mis hombres, pero la mujer que ves es extranjera y no es mía.

Åsa dijo que Orm era ahora el señor de la finca y que todos los amigos de él serían sus amigos y serían agasajados de la mejor manera. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando entró portando la comida preferida de Orm. Había mucho que contar, y les duró muchas veladas, pero nunca explicaron cómo Toke había conseguido a su mujer, ya que Orm no quería turbar la alegría de su madre justo después de su llegada. A Åsa Toke le gustó enseguida, y le cuidó la mano rota con gran celo, de modo que pronto empezó a recuperarse. Con Mirah tenía una actitud maternal y tierna, a pesar de que no podían comunicarse mucho, y alababa su belleza y sus cabellos negros. Le parecía una lástima que Orm y los demás no quisieran unirse a ella para dar gracias a Dios por el feliz regreso a casa, pero estaba demasiado contenta para disgustarse por algo así, y dijo que tanto Orm como los demás podrían comprender mejor las cosas cuando alcanzaran una edad más madura.

Al principio, a Orm le parecía extraña la alegría y la dulzura de Åsa, y no fue hasta el sexto día cuando la oyó hablar a las sirvientas a su manera, cortante; sólo entonces le pareció que volvía a ser la misma de siempre.

Entre Orm y Toke reinaba la paz y no mencionaron a Ylva. Cuando explicaron a Åsa todo cuanto les había pasado desde que se embarcaron con Krok, Orm apreció de nuevo la vieja amistad por Toke y tuvo muchas palabras de elogio para él, pero cuando se puso a pensar en Ylva cambió su humor, y la visión de Toke y su mujer era lo que menos alegría le daba. Mirah se hacía más bella cada día y reía y cantaba. Ella y Toke estaban tan a gusto juntos que no se daban ni cuenta de las preocupaciones de los demás. A Åsa le parecía que los hijos que tuvieran iban a ser hermosos y, al escuchar esto, Mirah reía y respondía que hacían lo que podían al respecto. Åsa también decía que pensaba buscarle a Orm una esposa lo antes posible, pero Orm sólo respondía, con la expresión sombría, que no había ninguna prisa.

Tal como habían sucedido las cosas, Toke no podía continuar el camino a casa por mar teniendo en cuenta que el rey Harald se encontraba en Skanör, así que decidió proseguir el viaje por tierra hasta Lister sólo con su mujer (ya que Rapp se quedó con Orm), y compró caballos para ello. Emprendieron el viaje una mañana a primera hora, después de haber agradecido a Åsa su hospitalidad, y Orm les acompañó un trecho para mostrarles el camino correcto.

—Aquí se separan nuestros caminos —dijo Orm—, y quiero desearte un buen viaje. Eso sí, lo que pueda pasar más tarde es difícil de decir, puesto que el rey Harald te va a buscar dondequiera que estés.

—Es nuestro destino —dijo Toke—. Parece que no tenemos suerte con los reyes, a pesar de que seamos tan pacíficos como cualquier otro. Almanzor, el rey Sven y el rey Harald: hemos terminado con todos ellos de la misma manera, y aquel que consiguiera nuestras cabezas recibiría una buena recompensa. No obstante, yo voy a intentar conservar la mía.

Así se despidieron. Toke y Mirah se encaminaron al este y desaparecieron entre los árboles, y Orm cabalgó de vuelta a la granja para contar a Ása la desdicha que se cernía sobre ellos por la cólera del rey Harald.

SEGUNDA PARTE

En el reino del rey Ethelred

CAPÍTULO I

De la batalla que tuvo lugar en Maeldun y de su desenlace

Aquella primavera se construyeron muchos barcos de madera a lo largo de las costas del norte y se embrearon quillas que llevaban mucho tiempo secas. Las bahías y los estrechos escupieron flotas lideradas por reyes iracundos y, durante aquel verano, una gran agitación se apoderó de los mares.

Styrbjörn fue de los primeros en remontar el Báltico, con muchos barcos y tripulaciones de Jomsborg, Bornholm y Skåne, y se adentró en el lago Mälaren para llegar a los llanos de Uppsala, donde se enfrentó al rey Erik. Allí cayó, al poco de empezar la batalla, y se decía que lo hizo riendo, ya que, en cuanto vio aparecer las poderosas huestes suionas formadas a la manera antigua, detrás de caballos que portaban estandartes bien altos, y con el mismo rey Erik en un viejo carro de bueyes en el medio de la formación, lanzó la cabeza hacia atrás y profirió grandes carcajadas, momento en que recibió el impacto de una lanza entre la barba y el borde del escudo, en el gaznate. El pánico cundió entonces entre sus hombres y algunos huyeron sin esperar más, y así obtuvo el rey Erik una gran victoria.

Más tarde, el joven Sven *Barba de Horquilla*, harto ya de que su padre se resistiera a morir, bajó hasta las islas danesas con barcos de Fyn y de Jutlandia para atrapar al rey Harald, que se encontraba en Skanör contando el dinero de los arenques. Pero el rey Harald escapó a Bornholm y reunió barcos allí, y la lucha entre estos dos fue encarnizada hasta que el rey Harald, herido, huyó a Jomsborg. Entonces la división se apoderó del reino de los daneses. Unos apoyaron al rey Harald y otros al rey Sven, mientras que otros quisieron favorecer su propia suerte aprovechando que el país estaba sin señor a causa del enfrentamiento entre padre e hijo.

Sin embargo, el rey Erik de Uppsala llegó en pleno verano con una flota mayor de la que los suiones habían desplegado en mucho tiempo, con los restos de la flota de Styrbjörn a la cabeza, que había estado saqueando sus costas para vengar la caída de su señor. Su intención era vengarse del rey Harald y del rey Sven por la ayuda que habían proporcionado a Styrbjörn, y a muchos les pareció poco provechoso enfrentarse a aquel que había vencido a tal hombre y que ahora empezaban a llamar el Victorioso. Persiguió al rey Sven cuando éste se batió en retirada a las islas y a Jutlandia, y fue colocando a sus propios *jarl* a medida que iba avanzando. No tardó en saberse que el rey Harald había muerto en Jomsborg a causa de las heridas, como fugitivo desterrado, traicionado por la fortuna que siempre le había acompañado; sin embargo, entre los otros dos la guerra proseguía. El rey Erik parecía a todas luces

dominar la situación, pero el rey Sven, obstinado, resistía. Se decía que el *kungsgård* de Jelling a veces estaba en manos de uno y a veces en las del otro, pero todo el mundo daba por hecho que sería el rey Sven el primero en abrir las arcas de plata del rey Harald.

En Skåne pocos *storman* tenían ganas de verse envueltos en todo esto, y preferían dejar que los reyes arreglaran sus asuntos entre ellos y por su cuenta, para poder ocuparse en cosas que les dieran mayores beneficios. Entre éstos estaba Thorkel *el Alto*, que no estaba dispuesto a convertirse en hombre del rey Sven y aún menos quería ver reducido su poder con el rey Erik. Hizo correr el mensaje entre los *hövding* y terratenientes de que se iba a embarcar al extranjero, a Frisia y a Inglaterra si tenía una buena flota que le acompañara. Esta propuesta convenció a muchos, puesto que Thorkel era un *hövding* bien considerado y su suerte gozaba de buena salud desde que sobrevivió a la batalla de Hjörungavåg. Algunos hombres sin señor de las expediciones de Styrbjörn, que habían escapado del acoso del rey Erik, se unieron también a él, y pronto consiguió reunir veintidós barcos en el estrecho de la isla de Hven, aunque no se sentía aún lo bastante fuerte para zarpar.

Uno de los que se unió a él fue Orm *el Rojo*, el hijo de Toste, de Kullen, con un gran barco y una portentosa tripulación. Había conocido a Thorkel en los festejos de la corte del rey Harald, y lo saludó con alegría.

Orm no había tardado mucho en cansarse de estar en casa, encargándose únicamente de las reses y los mozos, y le había resultado difícil acostumbrarse a la nueva actitud de Åsa, a pesar de que ella no tenía más que buenas intenciones. Para Åsa, Orm no era más que un joven adolescente y estaba encima de él constantemente dándole buenos consejos como si no fuera capaz de pensar por sí mismo. No servía de mucho decirle que ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a tomar decisiones que le concernían a él y a los demás, y sus ansias por cristianizarlo y casarlo no habían ayudado a que él se sintiera mejor.

La noticia de la defunción del rey Harald fue un gran alivio para ambos, ya que cuando Åsa conoció la situación de Toke y de su mujer sintió miedo y propuso vender la granja y mudarse a sus tierras del norte, en los bosques fronterizos con Småland, para estar así a salvo del poder del rey Harald. El miedo de Åsa sucumbió con el rey Harald, pero Orm vivía obsesionado pensando qué habría sido de Ylva. Se preguntaba a menudo cuál habría sido su suerte tras la muerte del rey Harald: si el rey Sven la gobernaba ahora y la habría entregado ya a alguno de sus *berserker* o si habría caído en manos de los suiones, cosa que no le aliviaba en absoluto. Sabía que Sven tenía cuentas pendientes con él, no encontraba la forma de recuperarla, sobre todo mientras no reinara la paz en las islas.

Orm no había contado a Åsa nada de lo ocurrido con Ylva para ahorrarse las charlas obvias, pero no ganó mucho con eso. Åsa sabía de varias muchachas casaderas de por allí y pensaba que podían ser de su agrado, y como sus madres eran de la misma opinión le visitaban recién lavadas y con cintas rojas de seda en las

trenzas. Dispuestas a todo, se sentaban con sus joyas tintineantes sobre el busto sobresaliente y le miraban con los ojos como platos a hurtadillas. No obstante, la pasión de Orm por Ylva continuó intacta, ya que ninguna la igualaba en belleza e ingenio, y Åsa pronto empezó a impacientarse, puesto que le parecía que Orm estaba siendo casi más difícil de contentar que su hermano Odd.

Por todo ello, cuando llegó la noticia de que Thorkel iba a marcharse en una expedición al extranjero con un buen número de hombres, Orm no prestó más atención a las lágrimas de Åsa, se agenció un buen barco y enroló a hombres de toda la región. Todos sabían que era un hombre muy viajado y que había traído oro en abundancia a casa, y por este motivo no le costó encontrar diestros marineros. Antes de partir, le dijo a Åsa que no iba a tardar tanto en volver como la última vez, y que luego sentaría la cabeza para ocuparse de la granja de verdad. Åsa respondió llorando y le dijo que no podía vivir en tal tristeza y abandono, pero Orm le respondió que todavía le quedaba mucha vida por delante para reprender a sus nietos. Al oír esto las lágrimas de Åsa se redoblaron, y Orm no pudo más que despedirse y dirigirse al encuentro de Thorkel.

Mientras Thorkel aún esperaba a que soplara buen viento, apareció una flota con veintiocho barcos a remo procedente del sur que, a juzgar por los pendones y los timones que llevaban, no parecía que fuera suiona. El tiempo estaba tranquilo y era propicio para la lucha; las dos partes se prepararon, pero Thorkel se dirigió a los extranjeros, les dijo quién era y les pidió hablar con su *hövding*. Estaban a las órdenes de dos *hövding* de igual valía, el uno se llamaba Jostein y era de Uppland y el otro se llamaba Gudmund y era de Östergötland. Estaban allí para ayudar al rey Erik a saquear en Dinamarca, y le preguntaron a Thorkel qué más quería saber.

—Si luchamos —dijo Thorkel—, tenemos poco que ganar y muchos hombres que perder. Además, lo más probable es que sea yo el que se lleve la victoria.

—Tenemos cinco barcos más que tú —respondieron los recién llegados.

—Mi gente está descansada y acaba de desayunar —dijo Thorkel—, pero vuestros hombres están exhaustos de remar y eso les hará peores con la lanza y la espada. Pero hay otra alternativa que sería lucrativa para todos, ya que hay lugares donde el saqueo da más beneficios que en Dinamarca.

—Estamos aquí para ayudar al rey Erik —dijo el de Uppland.

—Es posible que así sea —dijo Thorkel—, y si me enfrento a vosotros yo seré de ayuda al rey Sven. Pero si nos unimos y navegamos juntos a los lugares donde nos esperan grandes fortunas, habremos ayudado a nuestros reyes del mismo modo que si nos batimos aquí, porque de esa forma nos esfumaremos todos. La diferencia es, sin embargo, que nosotros viviremos, y con los cinturones llenos de oro.

—Hablas bien —dijo Gudmund—, y tiene sentido lo que dices; merece la pena que lo hablemos con más detenimiento.

—La fama que os precede es la de dos grandes y honestos *hövding* —dijo Thorkel—, y por eso no tengo miedo de que me traicionéis si nos sentamos a hablar.

—Conozco a tu hermano Sigvalde —dijo Jostein—, pero muchos dicen que tú, Thorkel, no eres como él.

Decidieron que se encontrarían en la isla para hablar en la orilla, al pie de la pendiente y a la vista de los barcos: Jostein y Gudmund acompañados de tres hombres cada uno y Thorkel de cinco, todos con espada pero sin armas arrojadas. Así se hizo, y desde los barcos vieron cómo en un principio se colocaron un poco distanciados, con sus hombres pegados detrás de ellos. Pero luego Thorkel ordenó que sirvieran cerveza, tocino y pan, y pronto se les vio sentarse juntos y conversar amistosamente. Cuantas más vueltas le daban Jostein y Gudmund a la propuesta de Thorkel, mejor les parecía, y Gudmund pronto estuvo de acuerdo. Jostein se opuso al principio y dijo que el rey Erik tenía un carácter difícil con aquellos que se mostraban desobedientes, pero Thorkel tenía mucho que decir sobre los buenos tiempos para los navegantes de la ruta del oeste, y Gudmund opinó que ya habría tiempo suficiente para preocuparse del humor del rey Erik cuando fuera necesario. Establecieron cuál sería la cuota de poder de cada uno durante el viaje, y decidieron cómo se repartiría el botín para que no hubiera disputas al respecto, y Gudmund dijo que el tocino y la conversación daban sed y alabó la cerveza de Thorkel. Este hizo un gesto con la cabeza y dijo que sin duda era la mejor cerveza que podía ofrecer ahora, pero que no tenía punto de comparación con la de Inglaterra, donde se encontraba la mejor malta. Jostein no pudo más que estar de acuerdo en que el país merecía una risita. Luego se estrecharon las manos para sellar el pacto, y cuando subieron a bordo de nuevo sacrificaron tres ovejas sobre la roda de los barcos de los *hövding* a las deidades del mar, para que les acompañara la fortuna en el tiempo y en el viaje. Toda la flota estaba satisfecha con las decisiones que se habían tomado, y la reputación de Thorkel, que ya era considerable entre sus hombres, se hizo aún mayor por la agudeza que había mostrado en aquella situación.

Algunos barcos más, de Skåne y de Halland, se unieron a Thorkel, y cuando el viento fue favorable la flota se hizo a la mar: con cincuenta y cinco embarcaciones, saqueó Frisia aquel otoño y pasó allí el invierno.

Orm preguntó a Thorkel y a otros si sabían qué había sido de los sirvientes del rey Harald. Algunos habían oído decir que Jellinge había sucumbido a las llamas, otros que el obispo Poppo había calmado el mar con salmos y que había escapado, a pesar de que el rey Sven hubiera querido capturarlo, pero nadie sabía nada de las mujeres del rey.

* * *

En Inglaterra las cosas volvían a ser como antes, en los tiempos de los hijos de Lodbrok, desde que el rey Ethelred había llegado al reino. Tras haber alcanzado la

edad adulta y asumido la regencia, no tardó en ser conocido como Ethelred *el Indeciso*, y los hombres del norte, navegantes, se agolparon en sus costas para ayudarle a hacer honor a su nombre.

Al principio sólo acudían en pequeños grupos y no tardaban en ser ahuyentados, ya que en cuanto vislumbraban las almenaras a lo largo de la costa, los defensores acudían en grupos numerosos para batirse con ellos por encima de los anchos escudos. Pero el rey Ethelred bostezaba sentado a la mesa, imponía plegarias contra los del norte y se dedicaba con esmero a acostarse con las mujeres de sus *storman*; gritaba encolerizado en su cámara cuando le comunicaban que los barcos vikingos volvían a pesar de sus rezos; escuchaba cansado las incesantes recomendaciones y se quejaba de sus grandes esfuerzos sin saber qué más hacer. Entonces las visitas a sus costas se hicieron más habituales y más numerosas, hasta que la defensa empezó a no ser suficiente. Poco a poco, las incursiones enemigas consiguieron penetrar más allá de las costas y los hombres volvían a sus barcos encorvados por el peso del botín conseguido. Muchos escucharon lo que se decía sobre el rey Ethelred. Las riquezas y alimentos que allí se podían conseguir eran extraordinarios para aquellos navegantes que se atrevían a llegar hasta allí, pues hacía ya mucho tiempo que Inglaterra no se veía saqueada más allá de sus costas.

Todavía no había llegado ninguna gran flota y ningún *hövding* había aprendido aún a recaudar el *danegeld*, el impuesto de los daneses, en monedas de plata con la efigie del rey Ethelred. Sin embargo, en el año de gracia 991 llegó el momento, y muchos fueron los que lo pusieron en práctica mientras el rey Ethelred estuvo allí para pagar.

Poco después de la Pascua de ese año, que era el quinto de Ethelred como regente, se encendieron las almenaras a lo largo de la costa de Kent. Las gentes miraban pálidas al amanecer hacia el mar, y corrían para esconder lo que podían y llevar a sus reses al bosque y ocultarse con ellas. Los mensajeros hicieron galopar a sus caballos todo lo que pudieron para explicarle al rey Ethelred y a sus *jarl* que la mayor flota que se había visto en muchos años ascendía ahora por la costa, y que los paganos ya habían empezado a pisar tierra firme.

A pesar de sus fuertes defensas, no pudieron hacer nada ante los forasteros, que se paseaban por el reino con grandes tropas saqueando y arrasando lo que encontraban a su paso. Tanto cundió el pánico ante la posibilidad de que se atrevieran a realizar incursiones tierra adentro, que el arzobispo de Canterbury acudió al rey para pedir ayuda para su ciudad; sin embargo, como los extranjeros habían hecho lo que habían querido en la costa y se habían llevado a sus barcos lo que les parecía que tenía valor, siguieron su camino navegando costa arriba. Luego aterrizaron en las tierras de los sajones del este, y actuaron allí del mismo modo.

El rey Ethelred y su arzobispo, que se llamaba Sigerik, pronunciaron las plegarias más largas que jamás se hubieran escuchado y, cuando llegó a sus oídos que los paganos, tras haber asolado unas cuantas aldeas, se habían hecho de nuevo a la mar,

hicieron repartir obsequios a los curas que se habían aplicado más en los rezos, pensando que les habían ahorrado aquella devastadora visita. Poco después, los hombres del norte navegaron hacia la ciudad de Maeldun, muy cerca de la desembocadura del río Panta, y acamparon en una isla entre dos ríos con la intención de prepararse para atacar la ciudad.

El *jarl* de los sajones del este se llamaba Byrhtnoth. Era famoso en el país, más alto que el resto, orgulloso y valiente. Había reunido un ejército muy numeroso, y ahora se acercaba a ellos para intentar ahuyentarles con otra cosa que no fueran plegarias. Llegó a Maeldun y pasó de largo para dirigirse al campamento enemigo, puesto que sólo los brazos del río separaban a ambas huestes. Sin embargo, no le era fácil alcanzar a los hombres del norte en el río, y lo mismo les sucedía a ellos. La marea llegó y llenó los brazos del río hasta el borde, que no eran más anchos que el tiro de una lanza, y pudieron intercambiar gritos pero nada más, y las huestes tuvieron que esperar a que el capricho de la primavera decidiera su suerte.

Un heraldo del séquito de Thorkel *el Alto*, un hombre elocuente, se acercó a la orilla y, levantando su escudo, gritó al otro lado:

—Me envían valientes navegantes para deciros lo siguiente: entregadnos plata y oro y, a cambio, obtendréis paz. Sois más acaudalados que nosotros y más os conviene comprar la paz con joyas que enfrentaros con espada y lanza a gentes como las nuestras. Si vuestras riquezas son suficientes, no hará falta que nos matemos. Y cuando hayáis comprado vuestra libertad y así obtenido vuestra paz, la de vuestras familias y granjas y de todo lo que es vuestro, nos convertiremos en vuestros amigos y volveremos a nuestros barcos con lo recaudado para alejarnos, cumpliendo con nuestra promesa.

Pero el mismo Byrhtnoth dio un paso adelante y agitando su lanza gritó:

—¡Escucha, pirata, nuestra respuesta! Éstas son las joyas que os queremos dar: puntas de lanza y afiladas espadas. Mal irían las cosas si un *jarl* como yo, Byrhtnoth, hijo de Byrthelm, de fama intachable, no defendiera mis tierras y las de mi rey. Entre nosotros, sólo se hará justicia con puntas y filos, y duro tendréis que combatir para poder encontrar otras cosas que ésas aquí.

Se quedaron allí enfrentados hasta que la marea empezó a retirarse, entonces el heraldo de los vikingos gritó al otro lado del río:

—Demasiado tiempo hemos pasado ya de brazos cruzados. Venid a nosotros y os daremos un campo de batalla aquí, o si no hacednos un lugar en vuestra orilla y allí iremos.

Al *jarl* Byrhtnoth no le pareció sensato vadear el río, ya que el agua estaba fría y sus hombres cargarían con peso adicional sus armaduras. No obstante, estaba impaciente por entrar en batalla antes de que sus hombres empezaran a notar el cansancio y el hambre. Por todo ello, respondió en voz muy alta:

—Aquí tenéis el espacio que pedís: venid pronto a luchar. Dios no tardará en saber quién de nosotros va a salir vencedor.

Aquel día, el poeta de Byrhtnoth, que participó en la contienda y salvó la vida, escribió estos versos:

La fuerza de los marinos no se empapó:
los lobos vadearon el Panta por el oeste,
y sobre las aguas brillantes
llevaron sus escudos de cuero hasta la orilla.

Los hombres de Byrhtnoth formaron un muro de escudos. Éste les había ordenado primero arrojar las lanzas, y luego avanzar con las espadas para hacer retroceder a los paganos en el río. Pero los hombres del norte se apresuraron a colocarse a lo largo de la orilla, conforme iban subiendo, agrupados por tripulaciones, y profiriendo gritos de guerra corrieron con sus *hövding* a la cabeza. Les llovieron enjambres de flechas que derribaron a muchos dejándolos tendidos en el suelo, pero no tardaron en llegar a estar escudo contra escudo con el enemigo. El enfrentamiento fue arduo, con gran griterío por todas partes, y finalmente los hombres del norte se vieron detenidos y arrinconados. Pero Thorkel *el Alto* y los dos *hövding* que tenía más cerca —Orm era uno de ellos y el otro era Faravid Svensson, un famoso *hövding* de Själland, desterrado por el rey Harald del reino de los daneses y que había estado con Styrbjörn en Fyris— consiguieron llegar al muro de escudos del mismo Byrhtnoth y lo rompieron. Thorkel gritó a sus hombres que si derribaban al hombre alto del casco de plata la victoria sería suya, y así se desató la más dura de las batallas. Ni siquiera los más pequeños tenían espacio para moverse. Faravid se abrió camino y derribó al hombre que sostenía el pendón de Byrhtnoth, y asestó un golpe a este último que le dejó herido, pero cayó al tiempo que una lanza le atravesaba la barba. En ese instante, los mejores hombres de ambos bandos caían uno detrás de otro, y Orm patinó con un escudo que había en el suelo, y que resbalaba por la sangre, y cayó de bruces sobre un hombre al que acababa de matar. Allí mismo recibió el golpe de una maza en el cogote, pero enseguida fue cubierto por escudos que sus hombres más cercanos le lanzaron encima para guardarle la espalda.

Cuando se recuperó y se pudo poner en pie, con la ayuda de Rapp, la batalla había cambiado de tercio y los hombres del norte llevaban ventaja. Byrhtnoth había caído y muchos de sus hombres huían, pero otros habían conseguido formar en círculo y, aunque acorralados, seguían luchando. Thorkel les gritó entonces por encima del bullicio de la pelea que estaba dispuesto a perdonarles la vida si arrojaban sus armas, pero desde el círculo respondieron:

—Mejor apuntaremos y más duro golpearemos, y con más osadía, cuantos menos seamos.

No dejaron de pelear hasta que todos yacieron allí, junto con muchos adversarios, alrededor del cuerpo de su señor. Su coraje fue muy elogiado por los hombres del norte, pero esta batalla en Maeldun, tres semanas antes de Pentecostés del año 991,

significó una gran derrota para el rey Ethelred y una desgracia para su reino: su país quedaba totalmente abierto al paso de los forasteros.

* * *

Los hombres del norte inhumaron a sus caídos y brindaron por ellos y por la victoria. Entregaron el cadáver de Byrhtnoth a emisarios apenados que fueron a recogerlo para darle cristiana sepultura, y comunicaron a Maeldun y a otras ciudades los tributos y rescates que debían pagarse con celeridad, para evitar males mayores. Se alegraron ante aquellas riquezas que ya contaban como suyas, y se llenaron de ira cuando pasaron los días y vieron que nadie aparecía con la rendición y las monedas. Entonces se dirigieron a remo hasta Maeldun y otras ciudades, prendieron fuego a la empalizada que había al lado del río y asaltaron la ciudad y la devastaron, para después lamentarse de que el fuego había hecho estragos y poco botín quedaba por repartir. Decidieron ser más cautos con el fuego en el futuro, puesto que era la plata lo que les interesaba, y no la destrucción que la hacía desaparecer. Se aplicaron a reunir caballos de los alrededores para poder llegar a lugares donde no les esperaran, y pronto los grupos cabalgaban por todas partes para volver bien cargados al campamento. El miedo era tal en el país que tras Byrhtnoth no hubo un solo *hövding* que quisiera enfrentarse a ellos. Los prisioneros dijeron que el rey Ethelred había palidecido detrás de sus muros y murmuraba con los sacerdotes sin saber qué hacer.

En la iglesia de Maeldun, que era de piedra, había gente, curas, mujeres y otros, que habían huido durante el asalto encaramándose a la torre y llevándose consigo las escaleras para que nadie pudiera alcanzarlos. A los del norte les pareció que se habían llevado con ellos bastantes riquezas, e intentaron por todos los medios hacer bajar a aquellas gentes de allí y conseguir lo que guardaban. Pero nada pudieron hacer ni con fuego ni con armas: los de la torre se habían abastecido con alimentos y agua, entonaban salmos y parecían animados. Cuando los hombres del norte llegaron al pie de la torre para convencerlos de que bajaran y les entregaran sus riquezas, les arrojaron piedras, maldiciones e inmundicias a la cabeza, y gritaban alegres cuando daban en el blanco. Todos los hombres del norte estaban de acuerdo en que las iglesias de piedra y sus torres eran de lo más fastidioso que podían encontrarse.

Jostein, que era un hombre viejo y duro, muy codicioso con la riqueza, dijo que sólo sabía de una cosa que les pudiera sacar de aquel aprieto: reunir a los prisioneros ante la iglesia y matarlos uno tras otro hasta que los de arriba cedieran ante aquel espectáculo. Algunos se mostraron de acuerdo con él, puesto que tenía reputación de hombre inteligente, pero a Gudmund y a Thorkel les pareció que aquello no era una manera valiente de luchar y no quisieron saber nada de ello. Sería mejor, dijo Thorkel, intentarlo con astucia: conocía bien a los curas, y sabía cómo había que

comportarse con ellos para conseguir lo que uno quería.

Hizo bajar una gran cruz que había sobre el altar en la iglesia y se colocó debajo de la torre gritando que necesitaba sacerdotes para atender a los heridos, y aún más para instruirle a él en la doctrina cristiana. En los últimos tiempos, había sentido un anhelo creciente, dijo, y quería actuar con ellos como si ya fuera cristiano, y permitir que todos los de la torre se marcharan sanos y salvos.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando cayó una piedra de la torre y le alcanzó el brazo del escudo y se lo rompió a la altura del hombro. Los dos hombres soltaron la cruz y lo ayudaron a salir de allí mientras la gente de la torre daba gritos de alegría. Jostein, que estaba allí de pie, observando, sonrió y dijo que no siempre las artimañas de guerra eran tan sencillas como podían imaginarse algunos hombres jóvenes y con poca experiencia.

Los hombres de Thorkel, al ver que su *hövding* había sido herido, empezaron a disparar flechas enfurecidos bien cerca de las aspilleras de la torre, pero todo fue inútil y la situación se volvió ciertamente embarazosa. Orm dijo que en las tierras del sur había visto algunas veces hacer salir a los cristianos de las torres con humo, y enseguida lo intentaron. Amontonaron leña y paja húmeda dentro de la iglesia y alrededor de la torre y la prendieron, pero la torre era alta y el viento se llevaba el humo. Al final, se cansaron y decidieron armarse de paciencia hasta que la inanición hiciera mella en los cristianos.

Thorkel estaba desolado por su fracasada treta, y temía tener que escuchar pullas al respecto. Además lo malo era, dijo él, que durante un tiempo no podría cabalgar con los demás, y que tendría que quedarse en Maeldun vigilando el campamento; quería que hombres duchos en medicina fueran a echarle un vistazo a su herida. Orm también se acercó a él. Estaba sentado frente a una hoguera con el brazo colgando, muchos se lo tocaban pero nadie sabía cómo debían entablillarlo.

Thorkel se quejaba mucho cada vez que lo tocaban, y dijo que ya había tenido suficiente de medicina y que le sujetaran el brazo como pudieran, con o sin tablillas.

—Lo que he dicho antes ahora sí es cierto —dijo—: lo que más necesito en este momento es un cura, puesto que ellos a menudo entienden de estas cosas.

Orm asintió y añadió que los curas eran excelentes médicos: le contó que, después de los festejos de la corte del rey Harald, cuando sufrió una herida mucho más grave que la de Thorkel entonces, fue curado por un sacerdote. También dijo que no le hubiera ido mal uno en aquel entonces, como a Thorkel, ya que el golpe que había recibido en la cabeza con una maza herrada aún le dolía, hasta el punto que creía que algo se le había quebrado en la cabeza.

—Yo te tengo por el más astuto de los *hövding* —dijo Thorkel cuando se quedaron solos—, e incluso por el mejor de los guerreros desde que cayó Faravid, pero esto es tan cierto como que tienes cierta tendencia a desanimarte cuando te sucede algo, a pesar de que quizá la herida no sea grave.

—Lo que pasa conmigo es lo siguiente —objetó Orm—: soy un hombre que ha

perdido su suerte. Antes la fortuna me acompañaba, salía ileso en más ocasiones que la mayoría y tenía éxito en todo. No obstante, desde que volví a casa desde el sur todo me ha ido en contra. He perdido mi cadena de oro, a mi prometida y al hombre con quien más a gusto estaba, y en el campo de batalla me hieren aun antes de desenvainar la espada. Ni siquiera tengo éxito cuando sugiero desalojar una torre con humo.

A Thorkel le pareció que había visto hombres más desafortunados que Orm, pero éste sacudió la cabeza y decidió dar permiso a Rapp para que se llevara a la tripulación a saquear, mientras él se quedaba con Thorkel en la ciudad y se recluía a lamerse las heridas.

Una mañana, las campanas de la torre sonaron largo y tendido y la gente de allí arriba cantaba salmos sin parar, así que algunos hombres se preguntaron qué pasaba. Ya no les quedaban piedras que tirar a los paganos, pero les dijeron en voz alta que había llegado Pentecostés y que era un día de júbilo para ellos.

Todos se quedaron estupefactos ante tal respuesta, y algunos preguntaron por qué estaban tan alegres y cómo iban de carne y cerveza.

Respondieron que hacían lo que podían en ese sentido, pero que estaban alegres de todos modos puesto que Cristo estaba en el cielo y les iba a ayudar.

Los hombres de Thorkel asaron corderos bien jugosos y el olor subió hasta la torre, donde todos estaban hambrientos. Los del norte les gritaron que se comportaran como gentes sensatas y bajaran a probar el asado, pero no les hicieron el menor caso y empezaron a cantar de nuevo.

—Están cantando más roncós que de costumbre —dijo Thorkel—; se les empieza a secar la garganta, lo que quiere decir que, si se les acaba la bebida, no tardarán en bajar.

—Lo están pasando peor que yo y aún son capaces de cantar —dijo Orm al tiempo que miraba con tristeza un buen pedazo de carne de cordero antes de hincarle el diente.

—Seguro que tienes razón —dijo Thorkel—; no creo que encajaras como cantante en la torre de una iglesia.

* * *

El mismo día a la hora de la cena Gudmund regresó de una incursión a las tierras del interior. Era un hombre de complexión grande, jovial, con la cara llena de viejas heridas de oso, y llegaba cabalgando borracho y parlanchín, equipado con una valiosa capa escarlata sobre los hombros, dos pesados cinturones de plata y una amplia sonrisa bajo su barba amarilla.

Este, gritó en cuanto vio a Thorkel, era un país de su gusto, con riquezas que

superaban toda razón, y le estaría agradecido el resto de sus días por haberle convencido de hacer aquel viaje. Había saqueado nueve poblados y un mercado, y había perdido cuatro hombres. Sus caballos resoplaban bajo el peso de las cargas, a pesar de que sólo se habían llevado lo mejor de lo que habían encontrado, y aún les seguían carros arrastrados por bueyes, que llevaban cerveza fuerte entre otras cosas. «Será necesario —dijo— buscar con tiempo barcos con amplias bodegas, para poder llevarse a casa todo lo que con poco esfuerzo se consigue en este país».

—Además, también he encontrado un grupo de gente por el camino —continuó—, dos obispos y sus séquitos. Dicen que son heraldos del rey Ethelred, así que les he invitado a cerveza y los he traído hasta aquí. Los obispos son viejos y cabalgan lentos, pero pronto estarán aquí, aunque lo que quieren de nosotros no resulta fácil de comprender. Dicen venir a traer la paz de su señor, pero somos nosotros los que decidimos cuándo habrá paz y no él. Es posible que pretendan instruirnos en la doctrina cristiana, pero no tendremos mucho tiempo para escucharlos teniendo en cuenta la excelente calidad del saqueo de por aquí.

Thorkel se alegró y dijo que sacerdotes era lo que él más necesitaba, pues era preciso que le curaran el brazo, y Orm también quería hablar con alguno de ellos sobre su herida en la cabeza.

—Aunque quizá sus intenciones son en realidad comprar la libertad de los prisioneros y de la gente de la torre —aventuró Thorkel.

Los obispos entraron a caballo un rato después. Eran hombres venerables con bastones y caperuzas y grandes séquitos, jinetes que iban a la cabeza y sacerdotes, maestresalas, escanciadores y músicos que anunciaban la paz de Dios sobre todos los que se cruzaban en su camino. Los hombres de Thorkel, tantos como había en la ciudad, acudieron allí para observarlos boquiabiertos, pero algunos de ellos se espantaron cuando el obispo alzó la mano hacia ellos y la gente de la torre clamó ante aquella presencia y empezaron a tañer de nuevo las campanas.

Thorkel y Gudmund se mostraron hospitalarios, y después de haber descansado y dado las gracias a Dios por el buen viaje, explicaron lo que les traía allí.

El obispo que parecía mayor, y al que llamaban obispo de la sepultura de San Edmund, tomó la palabra ante Thorkel, Gudmund y los que habían acudido a escuchar. Dijo que eran malos tiempos y que para Cristo y su iglesia era una lástima que la gente no supiera vivir en paz, tolerancia y amor. Con todo, en Inglaterra iban muy bien las cosas, el país tenía un rey que adoraba la paz con todo su corazón, a pesar de su gran poder y de las legiones de guerreros que era capaz de desplegar, y prefería ganarse el afecto de sus enemigos a destruirlos con la espada. El rey Ethelred veía a los hombres del norte como jóvenes impacientes sin maestro, desconocedores de su propio bien. Tras haber escuchado a diferentes consejeros, había decidido esta vez que lo correcto no era avanzar con dureza, sino orientar con suaves exhortaciones. Por ello había enviado a aquellos heraldos, para ver si los nobles *hövding* de las tierras del norte y sus hombres podían hacer las paces y así

convencerles de que dejaran los peligrosos caminos que habían tomado. El rey Ethelred deseaba lo siguiente: que regresaran a sus barcos, abandonaran sus costas y volvieran a casa, a vivir en paz y alegría. No obstante, a fin de facilitarles las cosas y ganar su amistad para siempre, quería entregarles presentes que les llenaran de júbilo y agradecimiento. Tal vez así su corazón se ablandara y aprendían a amar la ley de Dios y el Evangelio de Cristo. Entonces el bueno del rey Ethelred se alegraría de verdad y su amor hacia ellos aumentaría aún más.

El obispo estaba encorvado por la edad y desdentado, y pocos comprendían lo que decía, pero sus palabras fueron traducidas por un culto sacerdote de su séquito y todos los que presenciaron la escena se miraron ante tal mensaje. Gudmund estaba sentado sobre un barril de cerveza, bebido y satisfecho, y frotaba una pequeña cruz de oro para hacerla brillar. Cuando comprendió lo que había dicho el obispo, empezó a balancearse adelante y atrás, complacido, y le dijo a Thorkel que respondiera a aquel bello discurso.

Thorkel tomó cortés la palabra y respondió que aquello que acababa de escuchar merecía cierta reflexión. En el reino de los daneses, el rey Ethelred ya tenía una gran reputación, pero daba la impresión de que era aún mejor de lo que habían podido creer, y su intención de agasajarlos con presentes estaba en consonancia con lo que ellos mismos habían tenido en mente desde un primer momento.

—Puesto que ya le dijimos al *jarl* Byrhtnoth, cuando hablamos de orilla a orilla en el río, que en este país sois ricos, y nosotros navegantes pobres, estábamos dispuestos a ser amigos vuestros si compartíais vuestras riquezas con nosotros. Ahora nos complace escuchar que el rey Ethelred es de la misma opinión, y siendo tan acaudalado y poderoso como es, y tan lleno de sabiduría, seguro que se mostrará espléndido. Todavía no hemos oído con cuánto piensa obsequiarnos, pero mucho hace falta para llenarnos de júbilo, puesto que somos de naturaleza atrabiliaria. Además, lo mejor será que todo se nos entregue en oro y monedas de plata, porque así será más fácil de contar y más fácil de transportar. Y hasta que todo esté listo nos quedaremos aquí, sin que nos molesten, y tomaremos de los alrededores lo que nos sea necesario para abastecernos y sentirnos bien. Sin embargo, hay una persona que tiene tanta parte en la decisión como Gudmund y yo mismo, y éste es Jostein. En estos momentos está saqueando con muchos hombres, y hasta que no vuelva tendremos que esperar para decidir la cuantía de vuestro obsequio. Sí hay una cosa que me gustaría saber ahora mismo, y es si en vuestro séquito hay un sacerdote que tenga conocimientos de medicina, porque tengo el brazo roto y necesito que me lo curen.

El otro obispo respondió que en la comitiva iban dos hombres con conocimientos médicos que aceptarían de buen grado echarle un vistazo al brazo de Thorkel. A cambio, quería que los que estaban encerrados en la torre pudieran bajar e ir libremente adonde quisieran, ya que se le hacía duro saber que sufrían de hambre y sed.

—Por mí pueden bajar en cuanto quieran —dijo Thorkel—. Es lo que venimos intentando desde que tomamos la ciudad, pero se han empeñado en quedarse ahí, a pesar de nuestros consejos, y han sido ellos los que me han roto el brazo. Tendrán que entregar la mitad de las riquezas de la torre, es la mínima compensación que merezco por mi brazo y por todos los problemas que nos han causado. Una vez hayan hecho esto, podrán ir adonde quieran.

No tardaron en bajar todos de la torre, pálidos y demacrados. Algunos de ellos lloraban y se arrojaban a los pies de los obispos, otros pedían agua y alimento, desesperados. Los hombres de Thorkel se sintieron abatidos al constatar que en la torre no había muchos objetos de valor, pero les dieron de comer y les dejaron en paz.

Orm pasó al lado de una fuente donde bebían muchos de los que habían estado en la torre. Entre ellos había un hombre pequeño y calvo, vestido con una capa de sacerdote, con la nariz larga y una cicatriz roja en la coronilla. Orm le observó estupefacto y lo agarró.

—¡Qué alegría encontrarte de nuevo! —dijo—; te debo un agradecimiento desde la última vez que nos vimos, pero me resulta extraño ver aquí a los médicos del rey Harald, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Pues desde la torre —respondió el hermano Willibald encolerizado—, donde he tenido que estar quince días por culpa de vuestros violentos y paganos compatriotas.

—Tengo mucho que hablar contigo —dijo Orm—; sígueme y te proporcionaré comida y bebida.

—No tenemos nada de que hablar tú y yo —respondió el hermano Willibald—. Cuantos menos daneses vea, mejor, ya he aprendido la lección. Ya encontraré la comida y la bebida por otro lado.

Orm tuvo miedo de que aquel menudo sacerdote, llevado por la cólera, se le escapara y desapareciera. Por ello lo alzó y se lo llevó consigo prometiendo que nada malo le iba a suceder. El hermano Willibald se resistía pataleando, y vociferaba que le soltara y que la lepra y las infecciones eran el menor de los castigos para aquellos que ponían la mano encima a un cura. Sin embargo, Orm lo llevó a una casa que él había elegido tras el asalto a la ciudad, y donde ahora sólo había algunos heridos de su tripulación y un par de mujeres mayores.

El aspecto del pequeño cura indicaba que estaba hambriento, pero cuando la carne y la cerveza estuvieron sobre la mesa se quedó inmóvil un buen rato ante la fuente y la jarra, mirando los alimentos con expresión amarga. Después suspiró y susurró algo para sí mismo, y haciendo la señal de la cruz sobre la comida empezó a comer con un hambre voraz. Orm le llenó la jarra de cerveza y esperó paciente hasta que hubo saciado su apetito. La sabrosa cerveza no consiguió suavizarle la expresión, y de su voz no salió dulzura alguna, pero sí pudo entonces responder a las preguntas de Orm y pronto habló con ardor.

Había escapado de Dinamarca con el obispo Poppo cuando el malvado y pagano

rey Sven se dirigió a Jelling para acabar con todos los siervos de Dios que hubiera allí. El obispo se encontraba ahora con el abad de Westminster, débil y decrepito, lamentándose sobre su desaprovechada labor con los daneses. Pero esto, creía el hermano Willibald, no merecía grandes lamentos si uno lo pensaba bien, ya que seguramente todo lo que había sucedido era una señal de Dios para decir que no debían convertir a los de las tierras del norte, sino que debían dejarlos tranquilos para que se destruyeran entre ellos con su maldad, que sin duda no tenía límites. Él mismo pensaba abandonar del todo la labor de conversión de este pueblo, y estaba dispuesto a anunciarlo ante la cruz de Cristo y bajo tortura ante quien quisiera escucharle, aunque fuera ante el mismo arzobispo de Bremen.

Vació su jarra con los ojos centelleantes, la saboreó y dijo que la cerveza era más sana que la carne para aquel que ha pasado mucha hambre. Orm le sirvió más, y él continuó su historia.

Cuando el obispo Poppo supo que los hombres del norte habían desembarcado en la costa este de Inglaterra, quiso obtener información fiable de lo sucedido en el reino de los daneses: si aún vivía algún cristiano allí, y si el rumor de que el rey Harald había fallecido era cierto, entre otras cosas parecidas. Pero el obispo estaba demasiado débil para un viaje tan peligroso, y por ello tuvo que llevarlo a cabo el hermano Willibald.

—El obispo me dijo que no iba a correr ningún peligro entre los paganos, a pesar de que estuvieran furiosos. Me dijo que me acogerían como médico y que tal vez algunos incluso me apreciarían al haberme visto en la corte del rey Harald. Yo tenía mis propias ideas al respecto, ya que os conozco mejor de lo que quisiera, yo, que soy demasiado bueno para este mundo. Pero no es conveniente llevar la contraria a un obispo en estos asuntos, y por eso hice lo que me pedía. Llegué cansado una tarde a esta ciudad, y después de cantar la víspera me acosté a descansar en el albergue de la iglesia y allí me despertaron los gritos y un humo espeso: la gente corría medio desnuda en el resplandor de las llamas exclamando que los demonios se abalanzaban sobre nosotros. No eran demonios, peor que eso, y me pareció poco inteligente acudir a ellos con saludos del obispo Poppo. Me escapé con los demás a la torre, y allí hubiera perecido junto con los demás si Dios no nos hubiera salvado de nuestra urgencia en este santo día de Pentecostés.

Asintió y bebió mirando a Orm con los ojos cansados.

—De esto hace quince días y apenas hemos dormido desde entonces. Mi cuerpo está débil... No, débil, no, es fuerte, tan fuerte como el alma, pero con límites.

—Podrás dormir más tarde —dijo Orm impaciente—. ¿Sabes algo de Ylva, la hija del rey Harald?

—Lo que sé —respondió el hermano Willibald sin vacilar— es que irá al infierno por su arrogancia, testarudez y mal humor si no mejora pronto. ¿Y quién puede esperar una mejoría de esta índole de una hija del rey Harald?

—¿También desprecias a las mujeres del norte? —preguntó Orm—. ¿Qué mal te

ha hecho ella?

—No importa lo que me haya hecho a mí —dijo el pequeño cura con amargura—, si bien es cierto que me llamó viejo búho calvo cuando la amenacé con la ira de Dios.

—¿Qué tú, cura, la amenazaste? —dijo Orm levantándose—. ¿Por qué lo hiciste?

—Gritó que iba a hacer lo que ella quería, casarse con un pagano, aunque todos los obispos del mundo se opusieran a ello.

Orm se agarró la barba y le miró con los ojos como platos al tiempo que volvía a sentarse.

—Es conmigo con quien va a casarse —dijo tranquilo—. ¿Dónde está?

Sin embargo, Orm no obtuvo respuesta a su pregunta aquel día, ya que el hermano Willibald, embriagado por la cerveza, se hundió despacio allí mismo, sobre la mesa, y se durmió con la cabeza apoyada sobre los brazos. Orm intentó despertarlo de nuevo, pero no lo consiguió y al final lo llevó a su catre, lo acostó allí y lo cubrió. Se dio cuenta, asombrado, de que aquel misántropo sacerdote le despertaba cierta simpatía, pero tras haber pasado un buen rato solo con su cerveza y sin sentir sueño alguno, le superó la impaciencia y se acercó al catre y sacudió fuerte al hombre durmiente.

Aun así, el hermano Willibald sólo se dio la vuelta, dormido, y susurró con voz gruñona:

—Peores que demonios...

* * *

Cuando el menudo sacerdote finalmente despertó a la mañana siguiente, tenía el humor un poco más suave y no parecía encontrarse del todo mal allí, así que Orm no esperó para intentar averiguar todo lo que sabía sobre Ylva. Ella había huido con el obispo porque lo prefería a quedarse en su tierra bajo el gobierno de su hermano Sven, y había pasado el invierno con él, impaciente por volver a Dinamarca en cuanto le llegaran buenas nuevas de allí. Sin embargo, hace poco tiempo llegó un rumor que afirmaba que el rey Harald había fallecido en el destierro, y entonces Ylva empezó a pensar en dirigirse al norte, a casa de su hermana Gunhild, que estaba casada con el *jarl* danés Palling, en Northumbria. El obispo no quería que se aventurara a tan peligroso viaje, y prefería que desposara algún *storman* del país que él le podía ayudar a elegir. Pero al oír estas palabras palideció de ira y empezó a lanzar insultos a diestro y siniestro, incluso al mismísimo obispo.

Esta era toda la información de que disponía el menudo sacerdote sobre Ylva. A Orm le gustó escuchar que había escapado al rey Sven y a sus hombres, pero se le hacía cuesta arriba no saber cómo ponerse en contacto con ella. También le preocupaba el golpe que había recibido en el cogote y el dolor que aún sufría, pero el

hermano Willibald hizo una mueca de desdén y dijo que los cráneos como el suyo aguantaban eso y mucho más. Después le puso sanguijuelas detrás de la oreja para que se sintiera mejor. Los pensamientos sobre Ylva se hicieron entonces más intensos, y lo que más hubiera deseado en ese momento hubiera sido poder convencer a Thorkel y a los demás de salir a saquear Londres y Westminster para poder llegar hasta ella. No obstante, entre los *hövding* y los emisarios tenían lugar largas deliberaciones sobre la cuantía del obsequio del rey Ethelred, y la hueste entera estaba de brazos cruzados, esperando, matando el tiempo comiendo y bebiendo sin dejar de especular sobre lo que un rey como aquél debía de poder pagar.

Los dos viejos obispos se esforzaban cuanto podían por defender su causa, y se oponían con firmeza a las cantidades que los *hövding* estimaban oportunas: querían enseñarles, decían, que había cosas más valiosas que la plata, cosas que no eran de este mundo. Les decían también que para un hombre con grandes riquezas era más difícil alcanzar el reino de los cielos que para un buey pasar por la campana de una chimenea. Los *hövding* escucharon y respondieron que estaban encantados de asumir ese riesgo, y que la cifra sería la que pedían. Además, añadieron que, si lo del reino de los cielos y la chimenea era como ellos decían, podían ser de gran ayuda al rey Ethelred aliviándolo de su pesada carga.

Los obispos tuvieron que aumentar su oferta entre suspiros y lamentos, y al final se pusieron de acuerdo sobre la cantidad. Cada hombre de la flota recibiría seis marcos de plata, además de lo que ya hubieran conseguido en los saqueos, cada segundo de a bordo, doce, y cada *hövding* de barco, sesenta. Thorkel, Gudmund y Jostein recibirían trescientos cada uno. Los obispos dijeron que éste era un día triste para ellos y que desconocían por completo lo que el rey iba a pensar de aquellas cantidades, sobre todo porque tenía otras negociaciones en curso con un *hövding* noruego, de nombre Olaf, hijo de Tryggve, que saqueaba con otra flota las costas del sur. Además, dijeron, no sabían si las riquezas del rey Ethelred iban a alcanzar para todos ellos.

Al escuchar aquello, los *hövding* se pusieron algo nerviosos, temerosos de haber pedido una suma demasiado baja y de que los noruegos se les adelantaran. Tras deliberar entre ellos, dijeron a los obispos que mantenían lo que habían dicho, pero que debían apresurarse a regresar a ver al rey para recoger la plata y que se tomarían muy a mal que los noruegos consiguieran lo suyo primero.

El obispo de Londres, un hombre amable y risueño, asintió ante aquellas palabras y prometió que haría lo que estuviera en sus manos.

—Pero me resulta extraño —dijo— ver a hombres tan valerosos preocupados por este *hövding* noruego, cuya flota es menor que la vuestra. Quizá sería una buena cosa para vosotros descender a remo hasta la costa del sur, donde se encuentra este *hövding*, y atacarle raudos para conseguir todas sus riquezas. Ha subido desde Bretaña con bellos barcos, y se dice que ha obtenido grandes ganancias allí. Ésta sería una manera de aumentar el amor que mi señor rey os profesa, y además le sería fácil

repartir el gran obsequio al no tener que contentar también al noruego.

Thorkel asintió con cierta vacilación, y Gudmund rió y dijo que aquella idea merecía cierta reflexión.

—Yo nunca me he topado con los noruegos —dijo—, pero todos saben que los encuentros con ellos suelen resultar en buenas contiendas que dan mucho que hablar. En mi tierra, en la bahía de Bråviken, muchos dicen que ni siquiera los superan los hombres de Östergötland, y no estaría mal poder probarlo. Y entre mi gente tengo *berserker* de Aland que empiezan a decir que este viaje les da buen botín y la mejor de las cervezas, pero poca batalla, y sin duda esto les resulta extraño.

Thorkel dijo que ya se había topado antes con los noruegos, pero que no tenía ningún problema en encontrarse de nuevo con ellos, siempre y cuando su brazo curara, ya que se podía ganar con ello gran honor y riquezas.

Sin embargo, Jostein se echó a reír y, quitándose el sombrero, lo lanzó al suelo ante sí. Siempre llevaba puesto un sombrero rojo viejo de ala ancha fuera del campo de batalla porque el yelmo le molestaba.

—Mírame —dijo—, soy viejo y calvo, y donde está la edad, está la sabiduría, eso se nota ahora. A vosotros dos, Thorkel y Gudmund, os puede tentar el cura con su astucia, pero a mí no, puesto que yo soy tan sabio como él. A él y a su rey les gustaría que nos enfrentáramos a los noruegos y nos destruyéramos mutuamente, así se nos sacarían de encima y no tendría que desperdiciar plata con los pocos que quedaran. Pero nada de todo esto sucederá si me escucháis y seguís mi consejo.

Tanto Gudmund como Thorkel tuvieron que reconocer que no habían pensado en esto y que Jostein era el más inteligente, así que los emisarios estimaron que ya no había nada más que discutir. Se prepararon para regresar junto al rey Ethelred para explicarle cómo había transcurrido todo y para que satisficiera el tributo lo más pronto posible.

No obstante, antes se vistieron con sus mejores paramentos y se llevaron consigo a su séquito al campo donde había tenido lugar la batalla. Allí bendijeron a los difuntos, que estaban medio ocultos por la alta hierba, mientras las cornejas y los cuervos revoloteaban en bandadas innumerables, quejándose por haber sido molestados.

CAPÍTULO II

De cosas espirituales

El júbilo reinó en la hueste cuando se hizo público el acuerdo entre los *hövding* y los emisarios. Todos elogiaron a los primeros por esta transacción, y alabaron al rey Ethelred como el mejor de los reyes para los pobres navegantes del norte. Se alborozaron y bebieron. Hubo gran demanda de corderos jugosos y muchachas jóvenes, y los más sabios reflexionaron alrededor de las hogueras donde se asaban los corderos, intentando contar la suma final de cada barco y después la de toda la flota. Les parecía una tarea difícil e intercambiaron palabras en varias ocasiones sobre quién se había acercado más en el cálculo, pero todos estuvieron de acuerdo en que nadie hubiera creído que existía tanta plata en el mundo excepto, quizá, en las arcas del emperador de Miklagård. Algunos quisieron resaltar una cosa: que los segundos de a bordo recibirían una generosa cantidad a pesar de que su tarea no era difícil y de que nunca debían sentarse a los remos, pero éstos pensaban, en cambio, que todo hombre en su sano juicio podía darse cuenta de que ellos eran los únicos que podían valer más que los demás.

A pesar de que la cerveza era abundante y fuerte y de que estaban muy animados, la sangre no llegó al río, y no se enzarzaron en peleas serias sobre esta cuestión, ya que todos se sentían acaudalados y contentos de vivir, y por ello les llevaba más tiempo empuñar un arma.

Sin embargo, Orm estaba sentado, sombrío y pensativo, junto al sacerdote menudo, y se lamentaba de que pocos lo tenían más difícil que él.

El hermano Willibald se había encontrado con muchas cosas que hacer, puesto que los hombres heridos que requerían cuidados eran numerosos, y se dedicó a ello con seriedad y celo. También examinó el brazo de Thorkel, y tuvo mucho que decir sobre los médicos de los obispos y la manera en que le habían curado, ya que le resultaba difícil estar de acuerdo con otros en lo concerniente a asuntos de medicina. Dijo que pensaba viajar con los obispos, pero Orm no le iba a dejar marchar tan a la ligera.

—Es que es bueno tener un médico a mano —dijo—, y puede ser que tengas razón y que tú seas el mejor de todos ellos. Es cierto que me gustaría dejarte partir con un mensaje para Ylva, la hija del rey Harald, ya que eres el único que conozco que puede hacerlo, pero entonces no volveré a verte nunca más, por el odio que nos profesas a los hombres del norte, y nunca llegaré a saber su respuesta. Por eso estoy aquí sentado sin saber qué hacer, de forma que el hambre y el sueño empiezan ya a escasear.

—¿Me vas a retener como prisionero? —preguntó el hermano Willibald,

indignado—. Y eso que a menudo se dice de vosotros que sois valerosos y que soléis mantener vuestra palabra, y a todos los que estábamos en la torre se nos prometió que podríamos marcharnos libremente donde quisiéramos. ¿Acaso lo has olvidado?

Orm dijo con la mirada perdida y triste que a él no le era fácil olvidar las cosas.

—Pero me cuesta dejarte marchar —continuó—, ya que es como si fueras una ayuda para mí, a pesar de que no puedas hacer nada al respecto. Eres un hombre inteligente, pequeño cura, y escucha bien lo que te digo: si estuvieras en mi lugar, y te encontraras en mi situación, ¿qué harías entonces?

El hermano Willibald sonrió y miró a Orm amistosamente al tiempo que sacudía la cabeza.

—Parece que le tienes mucho apego a esa joven muchacha, a pesar de su difícil carácter —dijo—, y eso es algo raro, ya que vosotros, hombres impíos, tomáis a las mujeres como os place sin perder la cabeza por ninguna en concreto. ¿Se debe todo a que es la hija de un rey?

—No creo que pueda esperar herencia alguna, teniendo en cuenta la suerte que ha corrido su padre —respondió Orm—. De ello puedes deducir que no estoy buscando riquezas, sino sólo a ella misma. Eso sí, que sea de buena estirpe no hace daño, puesto que yo también lo soy.

—Es posible que te administrara una pócima amorosa —dijo el hermano Willibald—, y que sea eso lo que da tanta solidez a tu estima.

—Una vez me dio de beber —dijo Orm—, y nunca más, ésa fue la primera vez que la vi, y lo que me dio fue caldo de carne. Además, poco pude ingerir, puesto que se enfadó y arrojó la jarra y el caldo. Tú mismo habías dado las indicaciones para que me cocinaran aquel caldo.

—Yo no estuve allí ni cuando se cocinó ni cuando te lo llevaron —dijo el hermano Willibald, pensativo—, y para un hombre joven no hacen falta grandes cantidades de esa pócima cuando la mujer es joven y bien parecida. Pero si ha hechizado el caldo no hay nada que hacer, ya que no hay más cura para estas pócimas que el amor, lo dicen los médicos más sabios desde la Antigüedad.

—Es ése el remedio que busco —respondió Orm—, y ahora te pregunto si tienes algún consejo para darme a este respecto.

El hermano Willibald levantó el dedo, aleccionando, y habló con aire paternal.

—Sólo puede hacerse una cosa cuando una persona lo pasa mal y no sabe qué hacer, y tú, pobre idólatra, lo tienes difícil, ya que la única salida es rogar a Dios que te ayude, algo que sin duda no puedes hacer.

—¿Él te suele ayudar? —preguntó Orm.

—Me ayuda cuando ruego por cosas sensatas —respondió el hermano Willibald con decisión—, y es más de lo que tus dioses hacen por ti. No me escucha si me quejo de pequeñas cosas que le parece que puedo soportar, y yo mismo he visto al santo hombre de Dios, al obispo Poppo, cuando huimos por mar, rogar a gritos a Dios y a san Pedro para que le ayudaran con el mareo sin que le escucharan. En cambio,

cuando estábamos allí en la torre con los demás, y el hambre, la sed y la espada de los paganos nos amenazaban, rogamos a Dios que nos ayudara y nos escuchó, a pesar de que entre nosotros no había ni uno que fuera tan bueno ante Dios como el obispo Poppo. Entonces llegaron los emisarios a salvarnos, y si bien es cierto que eran heraldos del rey Ethelred que se dirigían a los *hövding*, también lo eran de Dios para ayudarnos a nosotros, en respuesta a nuestras plegarias.

Orm asintió y reconoció que aquello tenía cierto sentido, puesto que él había presenciado la escena.

—Ahora comprendo mucho mejor por qué no funcionó la estrategia de sacaros de ahí con humo —dijo—, y pudo ser Dios o algún otro a quien hubierais llamado quien hizo soplar la ligera brisa que apartó la humareda.

El hermano Willibald respondió que así era. Había sido la mano de Dios la que había conseguido que tal ardid diabólico quedara en nada. Orm reflexionaba mientras se tiraba de la barba, dubitativo.

—Mi madre se ha hecho cristiana ahora que es mayor —dijo—. Ha aprendido dos plegarias que utiliza a menudo y que le parecen buenas. Ella dice que son estas plegarias las que hicieron que regresara a casa y sobreviviera a muchos peligros, a pesar de que sin duda *Lengua-Azul* y yo hemos contribuido a ello, y tú también, pequeño cura. Ahora podría tener ganas de rezarle a Dios yo también, ya que está tan dispuesto a ayudar, eso sí, no sé lo que exige a cambio ni tampoco cómo tengo que comunicarme con él.

—No puedes pedir la ayuda de Dios hasta que te hayas hecho cristiano —dijo el hermano Willibald—, y no lo serás hasta que te bauticen, y no podrás ser bautizado hasta que no reniegues de tus falsos dioses y te confieses ante el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

—No hacían falta tantas artes para hablar con Alá y su profeta —dijo Orm, apesadumbrado.

—¿Alá y su profeta? —dijo el pequeño cura, estupefacto—. ¿Qué sabes tú de ellos?

—Llevo más tiempo viajando por el mundo que tú —respondió Orm—, y cuando estuve con Almanzor en Andalucía invocábamos a Alá y a su profeta dos veces al día y a veces tres. Todavía recuerdo esas plegarias si las quieres oír.

—¡En el nombre del Padre Dios, del Hijo y del Espíritu Santo! —gritó—. ¡Protégenos de la obra del diablo y de las astucias de Mahoma, el maldito! Contigo es peor aún que con los demás, puesto que escuchar a Mahoma es lo peor que hay. ¿Eres aún prisionero de su doctrina?

—Le veneré mientras estuve con Almanzor, ya que él así lo ordenaba —dijo Orm—, y porque era un hombre a quien no era sensato contradecir. Tras esto no he servido a dios alguno y quizá sea por eso que las cosas me han ido peor.

—Me parece extraño que el obispo Poppo no llegara a saber esto cuando estuviste en la corte del rey Harald —dijo el hermano Willibald—. Si hubiera oído que te

habías confesado en la doctrina del traidor negro, te hubiera bautizado *ipso facto*, tan pío y celoso de su trabajo como es, aunque hubieran tenido que llamar a doce de los guerreros del rey Harald para sujetarte. Es una buena obra, una obra bendita salvar un alma mortal de la oscuridad y la ceguera. Es posible que hasta los hombres del norte puedan llegar hasta allí, a pesar de que me cueste creerlo después de todo lo que he vivido; sin embargo, todos los hombres de Dios están de acuerdo en que es siete veces mejor salvar a uno que se haya entregado a Mahoma, puesto que nada enoja más al diablo que esto.

Orm hizo algunas preguntas sobre el diablo, y el hermano Willibald le instruyó ansioso sobre él.

—Entonces parece que yo, sin saberlo —dijo Orm—, he molestado al diablo al abandonar a Alá y al Profeta, y de ahí vienen mis infortunios.

—Así es —dijo el pequeño cura—, y es bueno para ti que te hayas dado cuenta de esto. Tal como están las cosas, nadie lo tiene peor que tú, la verdad, ya que el diablo te persigue iracundo y no tienes protección de Dios. Eso sí, mientras venerabas a Mahoma, ¡maldito sea!, el diablo fue tu amigo y por eso te fueron bien las cosas.

—Es lo que yo pensaba —dijo Orm—, pocos lo tienen tan mal como yo. Y no complacer ni a Dios ni al diablo es tener demasiadas cosas en contra.

Se quedó un rato allí sentado, pensativo.

—Bueno, ahora quiero que me acompañes a ver a los emisarios —dijo al fin—. Quiero hablar con aquellos que tienen poder ante Dios.

* * *

Los obispos habían vuelto del campo de batalla, donde habían bendecido a los caídos, y ahora pensaban en emprender al día siguiente el viaje de regreso a casa. El mayor de ellos estaba cansado tras el camino y se había acostado a descansar, pero el obispo de Londres se había presentado en el albergue de Gudmund y se sentó a beber con él, pues pretendía conseguir que se dejara cristianizar.

Desde su llegada a Maeldun, ambos obispos habían hecho todo lo posible para convertir a los *hövding* al cristianismo, puesto que así lo habían ordenado el rey Ethelred y su arzobispo, ya que el honor del rey aumentaría de este modo ante Dios y ante los hombres. Con Thorkel no habían llegado muy lejos. Su respuesta había sido que su fortuna de armas gozaba de buena salud, mejor que la de los cristianos, y que por ello no tenía la más mínima intención de conocer nuevos dioses. Y con Jostein no les había ido mejor: escuchó sentado en silencio con las manos apoyadas en el hacha de guerra que siempre llevaba encima, y que llamaba *Luto-de-viuda*, y les miró fijamente con las cejas fruncidas mientras le hablaban de Cristo y del reino de Dios. Luego se echó a reír, tiró su sombrero al suelo y les preguntó si le tenían por un

insensato.

—He sido sacerdote en el gran *blot* de Uppsala durante veintisiete inviernos —dijo—, y poco respeto se me demuestra viniendo a mí con discursos como éste, que a lo mejor sirven para niños y mujeres. Con esta hacha que veis aquí he derribado a aquellos que hemos sacrificado para las buenas cosechas, y que luego hemos colgado en el árbol santo ante el templo, cristianos entre ellos, y curas también, desnudos y arrodillados en la nieve, gimoteando e implorando perdón, así que ya me diréis de qué les sirvió a todos ellos su Dios.

Al escuchar aquello, ambos obispos se estremecieron y se santiguaron comprendiendo que no valía la pena presionar a un hombre como aquél.

En cambio tenían sus esperanzas puestas en Gudmund, pues era amable y de carácter alegre y les escuchaba encantado. A veces, cuando había bebido mucha cerveza, les daba las gracias, conmovido, por decir cosas tan bellas y se preocupaba por el éxito de su empresa. Sin embargo, no les había querido prometer nada aún, y ahora el obispo de Londres había dispuesto una mesa con los mejores manjares de que disponía, para obligarle a decidir.

Gudmund se sirvió de todo a lo que le imitaban, y al cabo de un rato los músicos del obispo tocaron para él con tal excelencia que las lágrimas le cayeron sobre la barba. Tras esto, el obispo empezó a convencerle con voz más suave y con palabras escogidas con gran prudencia. Gudmund escuchó, asintió y reconoció que había muchas cosas en los cristianos que le gustaban.

—Eres un buen hombre —le dijo al obispo—. Eres hospitalario y sabio, bebes como un hombre y es un placer escucharte. Por eso querría complacerte, pero lo que me pides no es poco: ya que para mí no sería bueno llegar a casa y ser el hazmerreír de todos, sirvientes y vecinos, por haberme dejado tentar por las palabras de un sacerdote. No obstante, creo que un hombre como tú tiene mucho poder y conoce muchos secretos, y aquí tengo una cosa que encontré hace poco y que me gustaría que bendijeras.

Sacó la pequeña cruz de oro de su camisa y la sostuvo delante del obispo.

—La encontré en la casa de un hombre rico y costó la vida de dos hombres; jamás he visto juguete más bello. Se la voy a dar a mi hijo pequeño cuando regrese a casa; se llama Folke y las muchachas le llaman Filbyter^[32]. Es un mozalbete intrépido y le gusta mucho el oro y la plata, y no suelta lo que consigue agarrar. Él no dudará en alargar las dos manos para coger esta cruz y, si puedes cargarla de fortuna, mejor que mejor, ya que me gustaría que sea rico y poderoso para que pueda quedarse en casa y ver crecer sus cosechas y engordar sus reses. Así se ahorraría tener que vagar por los mares buscando sustento y resultar malherido entre extraños y sus armas.

El obispo esbozó una sonrisa, tomó la cruz y la bendijo murmurando, y Gudmund se la colocó de nuevo en la camisa, satisfecho.

—Volverás a tu hacienda como un hombre acaudalado —dijo el obispo— gracias a la gran generosidad del rey Ethelred, pero créeme cuando te digo: tu fortuna sería

aún mejor si te convirtieras a Cristo.

—La fortuna siempre puede ser mejor —dijo Gudmund mientras se estiraba de la barba, meditabundo—. Ya sé a qué vecinos voy a comprarles las tierras y cómo será la nueva casa, la construiré amplia y de la mejor madera de roble. Voy a necesitar mucha plata para poder conseguir todo lo que quiero como lo quiero. Y haga lo que haga ahora y aquí, quizá nadie se reirá de mí en casa, si soy lo suficientemente rico y me queda plata en las arcas. Por eso se hará como tú quieres: puedes bautizarme, y a partir de ahora seguiré a Cristo si me aumentas mi parte con cien marcos de plata.

—Este —dijo el obispo suavemente— no es el espíritu correcto que tiene que tener aquel que va a ser aceptado en la congregación Cristiana. Sin embargo, no te voy a culpar, ya que no puedes saber que se suele decir que bienaventurados serán los pobres. Me llevaría mucho tiempo explicarte esta verdad. Deberías pensar que ya vas a recibir una gran fortuna del rey Ethelred, mayor que la que nadie jamás te haya podido entregar, y si bien es cierto que es un gran rey y poderoso, sus arcas también tienen fondo. Por eso es para él imposible darte tanto dinero aunque quisiera hacerlo. Te puedo prometer un obsequio de bautizo de veinte marcos porque eres un gran *hövding*, pero es lo máximo que te puedo dar e incluso esto le puede parecer demasiado. Ahora vas a probar esta bebida que tengo aquí y que probablemente no es conocida en tu país: es vino caliente preparado con miel y con algunas especias poco comunes de las tierras del este llamadas canela y cardamomo. Los que saben de esto opinan que no hay bebida más agradable al paladar o más útil a la hora de apaciguar las cavilaciones y la melancolía.

A Gudmund le gustó la bebida y la encontró saludable, pero la oferta del obispo no le pareció suficiente: por una suma así no quería aventurar su reputación en sus tierras.

—Pero por la gran amistad que siento por ti —dijo—, lo haré por sesenta marcos. Más barato no me tendrás nunca.

—Yo también te profeso gran amistad —dijo el obispo—, y tal es mi anhelo de verte converso y formando parte del reino de los cielos que incluso te lo daría de mis arcas para que estuvieras en paz. Pero mis posesiones terrenales no son abundantes, y diez marcos es todo lo que yo puedo añadir.

Gudmund sacudió la cabeza y parpadeó soñoliento. Entonces se escuchó un alboroto ante la puerta y Orm entró acompañado del hermano Willibald, a quien llevaba agarrado del brazo, y de dos guardias que le sostenían por la ropa y gritaban que el obispo no debía ser molestado.

—Santo obispo —dijo—, yo soy Orm, hijo de Toste, de Kullen, en Skåne, uno de los *hövding* de Thorkel *el Alto*. Quiero ser bautizado y acompañarte a Londres.

El obispo lo miró atónito y, en un primer momento, pareció tener miedo, pero cuando se dio cuenta de que Orm no estaba ni borracho ni furioso, quiso saber a qué venía todo aquello, puesto que no estaba acostumbrado a que los hombres del norte se presentaran ante él con tales intenciones.

—Quiero que Dios me proteja —dijo Orm—, porque yo lo tengo peor que cualquier otro. Este cura te lo explicará todo mejor que yo mismo.

El hermano Willibald le pidió al obispo disculpas por haber participado en aquella irrupción: no había tenido lugar por su voluntad, sino que había sido obligado a ella con vehemencia y fuerza bárbaras, lo habían arrastrado por delante de los guardias a pesar de que había oído que se estaban negociando cuestiones importantes a puerta cerrada.

El obispo le pidió con amabilidad que no pensara más en eso y señaló a Gudmund que, ahora, ayudado por un último trago de vino, se había quedado dormido sentado.

—Mucho esfuerzo he dedicado para convencerlo de que se convierta al cristianismo —dijo—, y sin embargo no lo he conseguido, ya que su alma está totalmente ligada a lo terrenal. Y ahora Dios me envía otro que viene sin que lo hayan llamado. ¡Bienvenido seas, *hövding*! ¿Estás totalmente preparado?

—Sí lo estoy —respondió Orm—, ya que tiempo atrás serví al profeta Mahoma y a su dios y ahora he comprendido que no hay nada más peligroso que esto.

Los ojos del obispo se abrieron como platos, se santiguó tres veces y pidió que le trajeran agua bendita.

—¿Mahoma y su dios? —le dijo al hermano Willibald—. ¿Cómo puede ser?

Se ayudaron mutuamente a explicar todo el asunto al obispo, que dijo que había visto mucho pecado y oscuridad en su vida, pero que jamás había conocido a nadie que hubiera servido a Mahoma. Cuando llegó el agua bendita, tomó un pequeño cepillo que mojó en el agua y salpicó a Orm con ella mientras leía plegarias para ahuyentar los malos espíritus. Orm se quedó pálido ante aquello, y luego dijo que aquellas salpicaduras eran difíciles de soportar, puesto que le provocaban escalofríos por todo el cuerpo y sentía como si los pelos del cogote se le quisieran poner como escarpas. El obispo se aplicó un buen rato, pero acabó por terminar y dijo que ya era suficiente.

—Que no te salga espuma por la boca ni te desplomes con temblores y ni siquiera notemos un ligero mal olor significa que el mal espíritu ya te ha abandonado, lo que sin duda debes agradecer a Dios.

Salpicó también un poco a Gudmund, que se levantó de inmediato gritando que rizaran la vela y después se volvió a sentar en el banco y se sumió de nuevo en su sueño.

Orm se secó las gotas del rostro y preguntó si esto era igual de sano que el bautizo.

El obispo respondió que había una gran diferencia y que no era tan fácil lo de ser bautizado, y menos aún para aquellos que habían servido a Mahoma.

—Primero tienes que abjurar de tus falsos dioses —dijo—, y confesar tu fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Además, tienes que ser instruido en la doctrina cristiana.

—Yo no tengo dioses de los que abjurar —respondió Orm—, y quiero venerar a

Dios, a su hijo y a su espíritu. La instrucción de la doctrina cristiana es algo que he escuchado a menudo: primero con los monjes, en Irlanda, luego con el rey Harald y en casa de mi anciana madre, al menos tanto como ella podía comprenderla, y ahora de este pequeño cura que es mi amigo y que me ha enseñado mucho sobre el diablo. Por eso en este tema me considero tan ilustrado como la mayoría.

El obispo asintió y dijo que le agradaba escuchar aquello, y que no se encontraba a menudo con paganos que hubieran escuchado tanta enseñanza en cuestiones sagradas. Luego se frotó la nariz y puso cara de reflexionar, miró a Gudmund, que dormía la mar de a gusto, y a Orm de nuevo.

—Hay una cosa más —dijo despacio y con mucha seriedad—. Te has entregado a cosas peores de las que nadie haya visto jamás, ya que has servido al falso profeta, que es el *hövding* más oscuro del diablo. Y ahora que tú, tras tal abominación, quieres entrar en el corral de Dios, por ello es conveniente que lleves contigo un obsequio para Él y para su iglesia, pues debes mostrar que tu intención es seria y que tu corazón ha mejorado.

Orm respondió que le parecía justo hacer alguna donación para mejorar su fortuna y conseguir la protección de Dios. Preguntó qué cantidad sería considerada un obsequio razonable.

—Pues esto depende del linaje y el patrimonio y de la magnitud del pecado en cuestión —dijo el obispo—. Una vez bauticé a un *hövding* danés que había heredado en este país. Él dio cinco bueyes y un barril de cerveza y veinte libras de cera a la iglesia de Dios. Pero en escrituras antiguas se puede leer que hombres de alta alcurnia dieron diez marcos de plata, o doce quizá, y además construyeron una iglesia..., aunque también se dejaron bautizar junto con todos los sirvientes.

—Yo no quiero ser menos que los demás —dijo Orm—, llevo sangre Vidfamne. Construiré una iglesia a mi regreso a casa y podrás bautizar a toda la tripulación de mi barco, además te daré quince marcos de mi plata; eso sí, quiero entonces que intercedas ante Dios por mí.

—Eres un *hövding* de verdad —dijo el obispo contento—, y haré todo lo que pueda por ti.

Ambos quedaron muy satisfechos, pero el obispo se preguntó si Orm hablaba en serio cuando dijo que iba a dejar bautizar a toda la tripulación de su barco.

—Si yo me convierto al cristianismo —dijo Orm—, no puedo llevar paganos a bordo, ¿qué diría Dios entonces? En mi tripulación no tiene que haber diferencias, y ellos harán lo que yo les ordene. Llevo a bordo unos cuantos que ya están bautizados una y dos veces, pero que lo sean una vez más no puede hacer daño.

Su idea era que los dos obispos y todo su séquito se embarcaran con él al día siguiente para llevarlos a Londres y a Westminster. Allí podrían bautizarles a todos.

—Tengo un barco grande y bueno —dijo—. Estaremos un poco apretados con tanta gente a bordo, pero el viaje será corto y el tiempo bueno y tranquilo.

Estaba impaciente, pero el obispo dijo que no podía tomar una decisión de tal

importancia antes de haber parlamentado con el hermano y los demás. Por este motivo Orm tuvo que armarse de paciencia hasta el día siguiente. El obispo le llenó de agradecimientos y así se separaron para volver a su vivienda con el hermano Willibald. Éste no había hablado demasiado ante el obispo, pero ahora reía ahogadamente al caminar.

—¿Qué es lo que te resulta tan divertido? —preguntó Orm.

—Menuda la que has montado para casarte con la hija del rey Harald —respondió el pequeño cura—. Y me parece que lo estás haciendo bien.

—Si todo se resuelve bien, no te faltará recompensa —dijo Orm—, puesto que creo que mi fortuna mejoró en el momento en que te vi aquí.

Cuando el obispo se quedó solo, sonrió en silencio, pensando, y luego hizo que sus sirvientes despertaran a Gudmund. Lo consiguieron un rato después, si bien éste gruñía cada vez que lo molestaban.

—He dado muchas vueltas a lo que hemos hablado tú y yo —dijo el obispo—, y con la ayuda de Dios te puedo prometer cuarenta marcos si te dejas bautizar.

Aquellas palabras despertaron a Gudmund del todo y, al cabo de un rato, llegaron a un acuerdo sobre cuarenta y cinco marcos además de una libra de las especias que el obispo había puesto en el vino.

* * *

Al día siguiente, tuvieron lugar deliberaciones en el barco de Thorkel sobre la propuesta de Orm y la partida de los obispos. Gudmund dijo que también pensaba navegar con ellos; los emisarios eran un buen salvoconducto, y además ahora que iba a haber paz de todos modos entre ellos y el rey Ethelred quería estar allí para ver cómo pesaban la plata del rey, de modo que todo se hiciera de manera justa y correcta.

A Thorkel le pareció razonable y dijo que él mismo hubiera querido participar si hubiera tenido el brazo mejor, pero Jostein dijo que había suficiente con tres *hövding* en un viaje así, ya que eso siempre podía tentar al enemigo de pasar al ataque y, además, el campamento no debía debilitarse hasta que tuvieran la plata en las manos.

Los obispos no tuvieron nada en contra de viajar por mar mientras hiciera buen tiempo, aunque querían sentirse a salvo de los piratas, por lo que al final se decidió que Gudmund y Orm, con sus respectivos barcos, navegarían a Westminster con los obispos. Allí apresurarían el pago y si el rey se encontraba en la abadía, le agradecerían los obsequios y le dirían que si tardaba demasiado volverían a saquear y aún peor que antes.

Orm reunió a su tripulación y les explicó que iban a navegar a Westminster en son de paz y con los emisarios sagrados del rey Ethelred a bordo.

A varios de sus hombres les preocupó aquello. Dijeron que era temerario llevar sacerdotes a bordo, como sabían bien todos los navegantes, y con obispos a lo mejor la cosa era aún peor.

Orm los calmó y les dijo que todo iba a ir bien, ya que estos hombres de dios eran tan sagrados que nada les iba a ocurrir, fuera lo que fuera lo que intentaran las deidades del mar contra ellos. Luego continuó:

—Cuando lleguemos a Westminster, haré que me bauticen, puesto que tras conversar con los santos hombres he concluido que lo mejor es venerar a Cristo y esto es lo que pienso hacer a partir de ahora. A bordo de un barco lo deseable es que reine la concordia y la igualdad, y por eso es mi deseo que os bauticéis conmigo. Esto será también lo mejor para vosotros, podéis confiar en lo que yo os digo, lo sé muy bien. Si hay alguien que no quiera hacerlo que lo diga ahora; tendrá que abandonar el barco con sus pertenencias y nunca más formará parte de mi tripulación.

Algunos de los hombres se miraron con la duda en el rostro y se rascaron detrás de la oreja, pero Rapp *el Tuerto*, que era uno de los remeros del barco, temido por la mayoría, se encontraba a la cabeza del grupo y asintió tranquilo a las palabras de Orm, pues ya había vivido algo parecido en lo concerniente a Mahoma y Almanzor. Al verlo convencido, no hubo más que decir.

—Bueno, yo sé que entre vosotros hay algunos que ya fuisteis bautizados en casa, en Skåne —continuó Orm—, y que tal vez recibieron una camisa o un sayo por el esfuerzo, o una pequeña cruz para llevar al cuello, y a veces se oye decir por ahí a estos hombres que lo de estar bautizado no les ha dado beneficio alguno. Pero eso es porque los bautizos fueron de poco calado, y estaban dirigidos sobre todo a mujeres y niños. Este bautizo será distinto, y lo llevarán a cabo hombres más santos, de modo que tendremos la protección de Dios prácticamente asegurada y mejorará nuestra fortuna para toda la vida. Y claro, no sería razonable recibir tal beneficio a cambio de nada. Yo mismo voy a hacer una cuantiosa aportación, y la vuestra será de dos céntimos.

Al escuchar aquello se alzó un murmullo entre los hombres. Se oyó decir a algunos que era una novedad esto de pagar por estas cosas y que dos céntimos no era poco.

—No obligo a nadie a hacerlo —dijo Orm—. Aquel que opine que lo que he propuesto es desorbitado o está fuera de lugar puede ahorrarse el dinero batiéndose en duelo conmigo en cuanto nos hayan bautizado. Si gana no tendrá que pagar y, si pierde, pues tampoco.

A la mayoría le pareció que aquellas palabras habían sido muy bien dichas y se invitó a aquellos que querían ahorrarse plata a que dieran un paso al frente. Sin embargo, los aludidos protestaron discretamente y se contentaron con aquel tipo de compensación.

Gudmund y Orm se repartieron a los hombres de dios, de forma que el mayor de los obispos y su séquito se embarcaron en el barco del primero y el obispo de

Londres en el del segundo, acompañado también por el hermano Willibald. Los obispos bendijeron el bajel, rezaron por un buen viaje y colocaron sus pendones. Luego los barcos se hicieron a la mar acompañados por un viento favorable y buen tiempo, y entraron en el río Támesis con marea alta. Pasaron la noche en la parte interior de la desembocadura y, a la mañana siguiente, bajo un amanecer radiante, empezaron a remontar el río a remo.

Algunos nativos observaron suspicaces el paso de tan peculiar comitiva desde las cabañas que había entre la maleza de la orilla, y los pescadores del río se apresuraron a escapar al ver la inconfundible silueta de los barcos, pero se calmaron al ver los estandartes de los obispos. En un par de lugares vieron poblados calcinados, desiertos tras la visita de los hombres del norte, y un poco más arriba llegaron a un lugar donde el río estaba protegido por una empalizada de cuatro líneas con tan sólo una estrecha ranura abierta en el medio. Allí había tres barcos vigías amarrados, cargados de hombres provistos de armas que les dieron el alto, al tiempo que una de las embarcaciones se colocaba bloqueando la entrada al canal con todos los hombres preparados.

—¿Sois ciegos o estáis locos? —les gritó Gudmund—. ¿Acaso no veis que llevamos el escudo en son de paz y santos obispos a bordo?

—A nosotros no nos engañáis —respondieron desde el puesto de vigilancia—. Aquí no se deja pasar ni a un solo pirata vikingo.

—Acompañamos a Westminster a un emisario real —gritó Gudmund.

—Os conocemos —respondieron—, os sobran la astucia y la maldad.

—Venimos a que nos bauticen —gritó Orm impaciente.

Al escuchar aquello los tripulantes de los barcos vigías se echaron a reír, y una voz dijo en voz alta:

—¿Os habéis cansado del diablo, vuestro amo y progenitor?

—Sí —respondió Orm, enfurecido.

Al escuchar aquello rieron aún más. La cosa iba camino de acabar en contienda, ya que a Orm no le hacían ninguna gracia aquellas risas y ordenó a Rapp que mantuviera el rumbo y abordara el barco más cercano, donde más se reía. Sin embargo, los obispos se habían apresurado a vestirse con sus atavíos y, con los bastones en alto, dieron la orden de que nadie se moviera de su lugar. Orm obedeció con desgana e incluso a Gudmund le pareció que aquello era demasiado para su orgullo. Los obispos entablaron conversación con sus compatriotas y se dirigieron a ellos con autoridad para que comprendieran que aquellos santos hombres eran lo que parecían, y no prisioneros o piratas disfrazados. Entonces dejaron pasar a los barcos, y la cosa quedó en varios intercambios de duras palabras entre las tripulaciones cuando se cruzaron al remo.

Orm sostenía una lanza en la mano y miraba hacia los barcos vigía aún pálido de ira.

—A éstos les hubiera yo enseñado modales con gusto —dijo al hermano

Willibald, que estaba a su lado y que no se había inmutado al ver que parecía desatarse la batalla.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —respondió éste—. Así reza el libro sagrado, donde se encuentra toda la ilustre sabiduría. ¿Cómo hubieras podido llegar hasta la hija del rey Harald si te hubieras enzarzado en una disputa con el barco del rey Ethelred? Eres esclavo de la violencia, y no dejarás de serlo nunca, peor para ti.

—Cuando la haya conseguido, me convertiré en un hombre de paz —respondió.

Pero el pequeño cura hizo un gesto de duda con la cabeza al escuchar aquello.

—¿Acaso puede el lince perder sus manchas? —dijo—. ¿O el *blamenn* su piel oscura? Eso también está escrito, pero da gracias a Dios y a los santos obispos que te han ayudado.

Pronto salieron de un meandro del río y contemplaron Londres ante ellos, a su derecha. Aquella vista dejó estupefactas a las tripulaciones de los barcos, ya que la ciudad era de tal magnitud que desde el río no se veía su fin, y los sacerdotes dijeron que, según los entendidos, allí vivían más de treinta mil personas. A muchos de los hombres les resultó difícil comprender de qué vivían tantas personas en tales condiciones, sin campos de cultivo y sin vacas, pero los sabios decían que estos ciudadanos formaban parte de una especie malvada y ladina que se las apañaba para conseguir buen sustento de la gente honrada del campo, sin tener que tocar un arado ni un cabestro. Por eso era algo bueno, según decían los sabios, que navegantes atrevidos a veces saquearan a este tipo de personas y les quitaran aquello que habían reunido sólo con engaños; y todos observaron la ciudad, serios, mientras remaban contracorriente, pensando que seguro que había muchas cosas interesantes allí.

No obstante, Orm y Rapp *el Tuerto* dijeron que habían visto ciudades más grandes que aquella, y que ésta no era nada comparado con Córdoba.

Llegaron entonces al colosal puente construido con grandes troncos, por donde podían pasar los mayores barcos a remo tras plegar el mástil. Allí apareció mucha gente que acudía corriendo al verlos, muchos de ellos armados, que lanzaban gritos sobre paganos y diablos, pero que se llenaron de júbilo cuando su obispo les gritó con voz poderosa que todo iba bien y que habían pactado la paz con los hombres del mar. Cuando los barcos se acercaron, se agolpó la gente por todo el puente para poder verlos de cerca, y cuando los navegantes vieron a algunas muchachas jóvenes y bellas les gritaron que aprovecharan y saltaran, ya que a bordo había buenos obsequios, plata, alegría y hombres valientes, además de muchos curas que les podían bendecir allí mismo al mejor modo cristiano. Un par de estas mujeres rieron joviales y respondieron que no tenían pocas ganas de probarlo, pero que el puente estaba demasiado alto para saltar. Enseguida salieron allegados con cara de pocos amigos a prenderlas de la cabellera, y les prometieron una azotaina en el trasero por hablar de aquella manera con los paganos.

El hermano Willibald sacudió la cabeza y dijo que la juventud empezaba a volverse difícil últimamente, incluso entre los cristianos. Rapp, que iba a la espadilla,

también sacudió la cabeza cuando el barco pasó por debajo del puente, y dijo triste que las mujeres siempre parlotearían sin más, así eran ellas.

—Tenían que haberse callado —dijo él—, y haber saltado sin más, como les decían.

Se aproximaban a Westminster y empezaban a ver las altas torres saliendo de detrás de los árboles. Los obispos volvieron a ponerse sus atavíos, y los sacerdotes y sus séquitos entonaron un antiguo himno que san Columbanus solía cantar en el bautizo de paganos:

Aquí navegan los salvados,
¡acoge, oh, Señor!,
a los que hace poco nadaban
en el río oscuro del pecado.
Vuelven la vista ahora
hacia la Cruz sobre la hierba de la tierra,
y pronuncian tu nombre
las almas que hace poco eran del diablo.
¡Acógelas, Señor!

La canción sonaba bonita en el claro anochecer sobre el río, y cuando los hombres a los remos cogieron el ritmo, lo siguieron bien y les pareció que aquella canción no era del todo mala para la remada.

Cuando se acabó la canción viraron a estribor y atracaron en los muelles, bajo los muros rojizos de Westminster.

CAPÍTULO III

De nupcias, bautizos y la plata del rey Ethelred

El rey Ethelred *el Indeciso* se encontraba en Westminster, rodeado de consejeros, esperando noticias de las negociaciones con los hombres del norte. Se había rodeado de guerreros para protegerse en estos tiempos difíciles, pero también para no perder de vista a sus súbditos de Londres, que empezaban a dar muestras de inquietud tras la derrota de Maeldun. Tenía consigo al arzobispo para que le asistiera y le consolara, pero no había mucho que éste pudiera hacer y la preocupación del rey era ya tan grande, desde que los emisarios habían emprendido el camino, que ni siquiera salía a cazar y había perdido las ganas de misas y de mujeres. Pasaba la mayor parte del tiempo con un matamoscas, con el que, según decían, era muy habilidoso.

Sólo se libró de su melancolía cuando supo que sus emisarios habían regresado y habían pactado la paz con los hombres del norte. Su alegría fue aún mayor cuando le llegó la noticia de que algunos *hövding* y sus tripulaciones les habían acompañado para ser bautizados. Ordenó enseguida que tañeran todas las campanas y que los forasteros fueran recibidos de la mejor manera, pero luego volvió a inquietarse cuando supo que los que habían llegado formaban dos numerosas tripulaciones, y no sabía bien si sentir temor o alegría por ello. Se tiró de la barba y preguntó a sus sacerdotes, cortesanos y sirvientes de cámara sobre qué pensaban al respecto, y acabaron por decidir que los del norte acamparían en una pradera a las afueras de la ciudad, pero que no se les permitiría entrar en palacio y que la vigilancia de las murallas sería reforzada. Además, en todas las iglesias se proclamaría que numerosos, paganos se reunían para ser bautizados y mejorar como personas, por lo que todos y cada uno deberían alabar y agradecer a Dios y a su rey la buena nueva.

A la mañana siguiente, proclamó, los emisarios podrían presentarse ante él, después de que hubieran podido descansar, junto con los *hövding* que iban a ser bautizados.

Los hombres del norte se dirigieron a su campamento y los funcionarios del rey se apresuraron a conseguirles lo que necesitaban en tanto que huéspedes del rey. Pronto ardieron las hogueras y el ganado de matanza mugió, se oyeron voces que pedían pan blanco, queso graso, miel, bizcocho de huevo, tocino fresco y cerveza de la que solían beber los reyes y los obispos. Los hombres de Orm eran los que armaban más bulla y los más difíciles de contentar, ya que como habían aceptado bautizarse les parecía que merecían las mayores atenciones.

Orm, en cambio, tenía otras cosas en mente que los alimentos de sus hombres, y se mostraba ansioso por irse a otro lugar con el hermano Willibald, de quien no se separaba. La preocupación por Ylva le hacía sentir mal; le costaba creer que ella se

encontraba realmente en aquel lugar, a pesar de lo que dijera el hermano Willibald. Le resultaba más fácil pensar que había contraído matrimonio o que la habían raptado o que el rey, de quien se decía que era muy aficionado a las mujeres, la había visto y se la había llevado con él.

Cruzaron las puertas de la ciudad sin que nadie les diera el alto, ya que los guardias no querían obstaculizar el paso de un forastero acompañado de un sacerdote, y el hermano Willibald le mostró el camino hasta el gran monasterio donde se alojaba el obispo Poppo como invitado del abad, quien justo en aquel momento acababa de salir del oficio de la tarde. Parecía mayor y más delgado que la última vez que Orm le había visto en la corte del rey Harald, pero su rostro se iluminó de alegría cuando vio al hermano Willibald.

—Doy las gracias a Dios por esto —dijo—. Has pasado mucho tiempo fuera, y ya pensaba que el infortunio te había alcanzado en tu viaje. Tengo muchas cosas que preguntarte, pero antes, dime, ¿quién es éste que llevas contigo?

—Compartimos mesa en la corte del rey Harald —dijo Orm—, cuando explicaste la historia del hijo del rey que se quedó colgado del pelo. Allí éramos muchos y han pasado muchas cosas desde entonces. Mi nombre es Orm, hijo de Toste, y mi *hövding* en este viaje por mar ha sido Thorkel *el Alto*. He venido aquí para que me bauticen y a buscar a mi doncella.

—Antes sirvió a Mahoma —dijo el hermano Willibald, impaciente—, pero ahora le gustaría huir del diablo. Él es a quien curé después de la última celebración de Navidad en la corte del rey Harald, después de enzarzarse en una pelea con espadas en el salón ante los reyes borrachos. Fueron él y su compañero los que ahuyentaron al hermano Matías con una lanza para evitar escuchar la doctrina cristiana, pero ahora quiere ser bautizado.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —exclamó el obispo—. ¿Ha servido a Mahoma?

—El obispo de Londres ya lo ha limpiado y bendecido —dijo el pequeño cura, tranquilizador—, pero no quedaba ningún mal espíritu en él.

—Es a Ylva, la hija del rey Harald, a quien vengo a buscar —dijo Orm—. Estoy prometido con ella y cuento con el beneplácito del rey Harald.

—Ahora él está muerto —dijo el pequeño cura—, y los paganos riñen entre ellos en Dinamarca.

—Santo obispo —dijo Orm—, me gustaría verla enseguida.

—Por Dios y todos los santos que contáis demasiadas cosas a la vez —dijo el obispo invitándoles a sentarse.

—Ha venido para ser bautizado junto con todos sus hombres por ella —dijo el hermano Willibald.

—¡Y ha servido a Mahoma! —dijo el obispo—. Es una señal extraordinaria y asombrosa. Dios me concede una alegría a pesar de que aquí me encuentro como un desterrado, con todo mi trabajo perdido en vano.

Ordenó que les sirvieran cerveza y empezó a preguntarles todo lo que supieran de Dinamarca y de lo que se había decidido en Maeldun.

El hermano Willibald tenía mucho que explicar, y Orm le ayudó a confirmar su información con lo que él sabía, a pesar de su impaciencia, puesto que el obispo era un hombre atento y venerable y era difícil no complacerle en lo que estaba impaciente por saber.

Al final, cuando el obispo ya había oído todas las noticias que llevaban con ellos, se giró hacia Orm y dijo:

—Y ahora vienes tú a llevarte mi ahijada, Ylva. No es cualquier cosa aspirar a la hija de un rey, pero alguna cosa he oído de este asunto de su boca y desde luego ella es una de las que sabe lo que quiere, ¡que Dios nos ayude!

Hizo un gesto con la cabeza y esbozó una sonrisa tranquila.

—Es una de esas protegidas que pueden hacer envejecer a un hombre viejo con más fuerza que la de los años que pasan —dijo—. Y si consigues gobernarla, habrás conseguido más que el propio Harald y más que yo también. Sin embargo, los caminos del Señor son inescrutables, y una vez hayas sido bautizado no me opondré a ello. Además, su matrimonio me quitará un gran peso de encima.

—Ya hemos estado separados tiempo suficiente, ella y yo —dijo Orm—. Déjeme verla ahora.

El obispo vaciló y dijo que un ansia así era propia de la juventud, pero que era ya tarde y que tal vez era preferible esperar a después del bautizo; sin embargo, al final se dejó enternecer. Llamó a un diácono de su séquito y le ordenó que, con cuatro hombres, fuera a hablar con Ermentrude y le rogara que acudiera a buscar a la hija del rey Harald, a pesar de la hora tardía, en nombre del obispo.

—He intentado tenerla a buen recaudo —dijo después de que el diácono saliera—, algo quizá necesario con una muchacha como ella en un lugar como éste, ahora que el rey y sus cortesanos y todo el séquito han venido aquí. Se aloja con las monjas de la bendita reina Berta, cerca de aquí, y es una huésped bien fastidiosa a pesar de que todas las monjas la quieren. Ha intentado escapar en dos ocasiones aludiendo que se aburría demasiado, según sus propias palabras. Una vez, no hace mucho, convenció a dos jóvenes de buena cuna, que la habían visto en el jardín de las monjas y habían hablado con ella desde el otro lado del muro, a saltar al interior, al alba, con sirvientes y séquito. Les tentó a batirse en duelo con espada entre los campos de cultivo de hierbas de las monjas para ver cuál de los dos se quedaba con ella, mientras los miraba y reía sentada en su ventana hasta que se los llevaron a ambos sangrando con profundas heridas. No está bien hacer algo así en un convento de monjas, ya que las devotas almas de las servidoras de Dios podían haber resultado heridas de gravedad. Lo que sí es cierto es que, viniendo de ella, esto obedece más a un impulso atolondrado que a la mala voluntad.

—¿Murieron ambos? —preguntó Orm.

—No, se salvaron, a pesar de la seriedad de sus heridas —dijo el obispo—. Yo

mismo ayudé a ello rogando a Dios por su salud. Ya entonces estaba yo cansado y enfermo y me pesaba tener una protegida como ella, así que la sermoneé bien y le pedí que desposara a alguno de los dos puesto que habían luchado con ansia por ella y eran de buena cuna. También añadí que yo moriría más tranquilo si la veía casada. Pero ella entonces reaccionó impetuosamente y me dijo que, como ambos hombres estaban aún con vida, la pelea no había sido en serio y no quería saber nada de ellos. Ella dijo que le gustaba más el tipo de hombre que no necesitaba ni vendas ni súplicas una vez asestaba un golpe. Fue entonces cuando la oí hablar de ti.

El obispo asintió amable hacia Orm y le pidió que no olvidara su cerveza.

—Sin embargo, ésta no era mi única preocupación —continuó—, puesto que, a raíz del duelo, la abadesa, la devota señora Ermentrude, quiso darle unos buenos azotes. Conseguí impedirlo porque mi pobre ahijada era sólo huésped en el convento y además la hija de un rey; eso sí, tuve que aplicarme en el esfuerzo, ya que las abadesas no suelen escuchar directrices de buena gana y poco creen en la inteligencia del hombre, aunque se dé la casualidad de que seamos obispos. Al final, conseguimos que el castigo quedara en tres días de plegaria y ayuno, y yo creo que fue lo mejor, ya que sin duda la devota señora Ermentrude es una mujer con una voluntad de hierro y buenas intenciones, más ancha de pecho que las demás, pero sin embargo sólo Dios sabe quién hubiera sentido el escozor si se hubiera hecho su voluntad e intentado lo del azote. Y entonces la última abominación hubiera sido sin duda peor que la primera.

—La primera vez que hablamos ella y yo —dijo Orm—, se me ocurrió que a lo mejor nunca le habían dado una buena azotaina a pesar de que la hubiera necesitado. Pero no volví a pensar en ello las veces siguientes que la vi, y yo creo que podré gobernarla de ahora en adelante, aunque a veces pueda mostrarse obstinada.

—Eso mismo dijo el sabio rey Salomón —dijo el obispo—: Una bella mujer sin disciplina estricta es como una cerda con una anilla de oro en el hocico. Esto puede ser cierto, ya que el sabio rey Salomón conocía bien a las mujeres y a veces he pensado en estas palabras cuando me ha causado preocupaciones. Lo que me resulta extraño es que nunca he podido sentir rencor hacia ella, por eso quiero pensar que se trata tan sólo de delirios de juventud y de su inconsciencia, y es posible que la puedas gobernar sin azotes incluso cuando ya estéis casados.

—Hay una cosa más que debe ser tenida en cuenta y que a menudo he observado —dijo el hermano Willibald—. Después de los primeros tres o cuatro hijos, muchas mujeres se vuelven más tranquilas de carácter. He oído a hombres casados decir que, si Dios no lo hubiera previsto así, sería difícil de soportar.

Orm y el obispo asintieron; oyeron pasos y entró Ylva. La cámara estaba oscura, puesto que aún no habían encendido vela alguna, pero ella enseguida vio a Orm y corrió hacia él dando voces. A pesar de su edad, el obispo dio un brinco y se interpuso entre ellos con los brazos abiertos.

—¡Así no, así no! —exclamó persuasivo—. ¡Tranquilízate, por el amor de Dios!

No te cuelgues de su cuello ante los ojos de los sacerdotes y en las santas salas de un —monasterio. ¡Y él todavía no está bautizado, piensa en eso!

Ylva intentó apartar al obispo, pero él resistió, templado, y el hermano Willibald acudió en su ayuda y la agarró del brazo. Ella se rindió y sonrió dichosa hacia Orm por encima del hombro del obispo.

—¡Orm! —exclamó ella—. Vi los barcos remontando el río a remo con hombres de nuestras tierras, y también una barba roja al lado de los remeros de uno de ellos. Y rompí a llorar porque parecía que eras tú y no podía ser. Pero aquella mujer no me dejaba salir...

Apoyó el rostro sobre el brazo del obispo, temblando de sollozos.

Orm se acercó y le acarició el cabello, pero no supo qué decir, puesto que no entendía muy bien el llanto de las mujeres.

—Puedo darle unos azotes a la vieja si tú quieres —dijo—, pero no estés triste.

El obispo intentó apartarlo y hacer que Ylva tomara asiento mientras la consolaba.

—Pobre niña, no llores ahora —dijo—. Has estado sola entre extraños, pero Dios ha sido considerado contigo. Ahora siéntate en el banco y te daremos vino caliente con miel. Willibald lo irá a buscar inmediatamente, bien cargado de miel, y también bonitas velas. Te dejaré probar deliciosos frutos secos traídos de las tierras del sur, que se llaman almendras y que me ha regalado mi hermano, el abad. Podrás comer todas las que quieras.

Ylva se sentó y, secándose el rostro con la manga, se echó a reír a carcajadas.

—El vejistorio es tan bruto como tú, Orm —dijo ella—, aunque es el mejor de los hombres santos. Cree que estoy triste y me quiere consolar con frutos secos, pero ni en el cielo de los santos hay alguno que esté tan feliz como yo lo estoy ahora.

Trajeron velas encendidas, muy bellas, y el hermano Willibald entró con el vino caliente. Lo sirvió en copas de cristal verde y proclamó con voz severa que debía ser bebido rápido para poder degustar toda su fuerza y buen sabor. Nadie se atrevió a desobedecerle en tal asunto.

Orm dijo:

Bonita brilla la luz
de las velas.
Bellas copas
y la bondad del hombre de Dios.
Pero el más bello es
el brillo que
se enciende ahora
en los ojos de mi prometida.

—Y son los primeros versos que se me ocurren en mucho tiempo —añadió.

—Si yo pudiera componer así —dijo Ylva—, también me gustaría plasmar este momento en verso, pero al parecer no es una de mis virtudes. Lo sé desde que un día me impusieron tres días de plegaria y ayuno e intenté componer canciones de escarnio sobre la abadesa, pero me fue imposible. Mi padre intentó enseñarme en varias ocasiones, cuando estaba de buen humor. Él no sabía componer, pero conocía bien la técnica. Pero cuando más me fastidió este defecto fue cuando ni siquiera pude componer aquella canción de escarnio. Ahora ya da lo mismo, porque nunca más me va a vigilar una vieja.

—Eso puedo asegurártelo —dijo Orm.

Tenía muchas cosas más que preguntarle, y el obispo e Ylva tenían también mucho que contar sobre lo que había sucedido durante los últimos tiempos en Dinamarca y en su huida del rey Sven.

—Pero hay algo que quiero contarte antes que nada: cuando Sven estaba cerca y no sabía si iba a poder escapar de él —dijo Ylva—, escondí la cadena, ya que prefería cualquier cosa a que cayera en sus manos. Y luego no hubo tiempo de recogerla antes de zarpar con el barco. Esto quizá te entristezca, Orm, pero fue la única solución que se me ocurrió.

—Prefiero tenerte a ti sin cadena que a la cadena sin ti —respondió—, pero es una joya real y creo que la pérdida te duele más a ti que a mí. ¿Dónde la escondiste?

—Pues te lo puedo decir —dijo ella—, porque aquí no hay nadie que vaya a desvelar el secreto. Un buen trecho fuera del gran portal hay una pequeña cuesta con enebro y brezo, a la derecha, siguiendo el pequeño muro hacia el puente de abajo, en la pendiente, hay tres piedras juntas entre los matojos. Dos son enormes, están medio enterradas y apenas se ven, y en ellas se apoya la tercera, que no es muy grande, puesto que yo sola la pude mover. Envolví la cadena en un pañuelo, la metí en un pequeño saco de cuero y lo enterré debajo de la piedra. Me resultó difícil dejarla allí ya que era lo único tuyo que tenía, pero creo que ahí está segura, más segura que si me hubiera acompañado a un país extranjero, pues es una zona muy poco transitada, ni siquiera las vacas pasan por allí.

—Yo conozco esas piedras —dijo el hermano Willibald—. Recogí allí pie de gato y tomillo rojo cuando reunía plantas contra la acidez de estómago.

—Fue una buena idea esconderlo fuera de las murallas —dijo Orm—, a pesar de que puede resultar difícil ir a buscarlo de todos modos, tan cerca de la boca del lobo.

Después de haberse sacado ese peso de encima, Ylva se sintió aún más feliz y, en un arrebato, se colgó al cuello del obispo y poniéndole almendras en la boca empezó a suplicarle que los bendijera y los uniera en matrimonio. El obispo se atragantó con una almendra del susto y la apartó como si estuviera loca.

—Yo pienso como ella —dijo Orm antes de que el obispo expusiera objeción alguna—. El mismo Dios nos ha ayudado a encontrarnos de nuevo, y ahora no pensamos separarnos más.

—¡No sabéis de lo que habláis! —dijo el obispo—. ¡Esto es inspiración del

diablo!

—No pienso volver con esa señora —dijo Ylva—, y aquí no me puedo quedar. Me voy con Orm, y en ese caso será mejor que nos bendigas primero.

—Pero... ¡ni siquiera está bautizado! —gritó el obispo desesperado—. ¿Cómo quieres que te case a ti, mi propia ahijada, con un pagano? Y es verdaderamente descarado ver una casadera tan encendida de pasión. ¿Acaso no tienes vergüenza?

—No —respondió Ylva con decisión—. Mi padre me enseñó muchas cosas, pero de vergüenza no sabía mucho. Aun así, ¿cómo puede haber algo malo en que yo me quiera casar?

Orm sacó de su cinturón seis monedas de oro, de las que había traído de Andalucía, y las puso sobre la mesa delante del obispo.

—Puedo pagar al obispo para que me bautice —dijo—. Y mi posición es tan buena que podría pagar de nuevo para que me casaran. Por lo demás, si le hablas bien de mí a Dios y compras velas para su iglesia por esto, no puede ser tan grande la diferencia si me casas primero y luego me bautizas.

—Lleva sangre Vidfamne —dijo Ylva, orgullosa—. Y si tanto te cuesta unir en matrimonio a un hombre que no está bautizado, bien que puedes bautizarlo ahora mismo. Haz que traigan agua y bautízalo como solías hacer con los enfermos en casa. ¿Qué importa si luego le vuelven a bautizar con los demás ante el rey? Dos veces no pueden ser peor que una.

—No se puede hacer mal uso de los sacramentos —dijo el obispo—. Y no sé si está del todo preparado.

—Lo está —dijo el hermano Willibald—. Y quizás ahora podría persignarle a pesar de que no sea algo habitual en nuestros días, pero un hombre persignado puede contraer matrimonio con una mujer cristiana.

Orm e Ylva contemplaron admirados al hermano Willibald, y el obispo se limitó a cruzar las manos; la expresión de su rostro se tornó alegre.

—La edad empieza a hacerme olvidadizo —dijo—. O tal vez sea el buen vino, a pesar de que en muchos sentidos es bien sano. Antes era práctica habitual persignar a aquellos que todavía no querían bautizarse, pero que, con todo, honraban a Cristo. Y es algo bueno para todos tener con nosotros a un ayudante como el hermano Willibald.

—La amistad que siento por él viene de lejos —dijo Orm—, y esto no la hace menor. Desde que le conocí mi fortuna ha sido buena.

El obispo envió a buscar al abad y a un par de canónigos, que acudieron de buen grado, tanto para ayudarlo como para ver al *hövding* extranjero. Cuando el obispo terminó de colocarse su atavío, mojó la mano en agua bendita e hizo la señal de la cruz sobre la frente, el pecho y las manos de Orm mientras leía bendiciones.

—Empiezo a acostumbrarme —dijo Orm cuando terminó—, ya que esto no me ha resultado tan difícil como cuando el otro me ha salpicado con esa especie de escobilla.

Todos estuvieron de acuerdo en que era imposible casar a un hombre sin bautizar en la capilla del monasterio, y que todo podía tener lugar en la cámara del obispo. Orm e Ylva tuvieron que ponerse de rodillas sobre un par de reclinatorios ante el obispo.

—A esto sí que no estarás acostumbrado —dijo Ylva.

—Me hincué de rodillas más que la mayoría —respondió Orm—, durante el tiempo que pasé con los andaluces, pero me alegro de poder ahorrarme la ceremonia de postrarme, mi frente queda muy lejos del suelo.

Cuando el obispo llegó a las amonestaciones y les ordenó reproducirse y entenderse bien a lo largo de la vida, ambos asintieron con el firme propósito de hacerlo así. Sin embargo, cuando ordenó a Ylva ser sumisa en todo, se miraron.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo Ylva.

—Se hará lo que se pueda para empezar —añadió Orm—, ya que no llevo muy bien esa costumbre. Eso sí, estoy dispuesto a ayudarla en lo posible a recordar este decreto cuando sea necesario.

Cuando terminaron y todos les desearon buena suerte y muchos hijos, el obispo empezó a preocuparse por su noche de bodas. Este tipo de cosas no podían tener lugar allí, ni siquiera en el albergue del monasterio, y él no sabía de ningún lugar donde pudieran alojarse en la ciudad.

—Yo me voy con Orm —dijo Ylva, desenfadada—. Lo que a él le parezca bien, me parecerá bien a mí también.

—No puedes dormir con él entre los hombres a la luz de las hogueras del campamento —dijo el obispo preocupado.

No obstante, Orm dijo:

El navegante
que del mar viene,
de arar los campos
de las gaviotas,
ofrecerá lecho
a su doncella
mejor que de paja
o de edredón.

El hermano Willibald los acompañó hasta las puertas de la ciudad para solicitar que les abrieran la portezuela lateral. Allí se despidieron con agradecimientos y bajaron hasta los muelles. Rapp había puesto dos hombres a bordo del barco para que lo vigilaran por si se acercaban ladrones. Se habían aplicado con la bebida en su soledad, de modo que sus ronquidos se oían de muy lejos. Orm los espabiló y les ordenó que le ayudaran a soltar amarras y, a pesar de su torpeza, lo consiguieron. Allí levaron anclas y el barco cabalgó contracorriente.

—Y ahora ya no os necesito a bordo —dijo.

—¿Y cómo vamos a llegar a tierra desde aquí? —respondieron.

—Para un hombre valiente es un camino corto a nado —dijo él.

Ambos dijeron que estaban borrachos y que el agua estaba fría.

—Pues a mí no me va bien esperar hasta que ambas cosas mejoren, la verdad —dijo Orm.

Dicho esto, agarró a uno de ellos por el pescuezo y el cinturón y lo arrojó de cabeza al agua. El otro le siguió sin necesidad de más argumentos. A través de la oscuridad, oyeron cómo, tosiendo y estornudando, nadaban hacia la orilla.

—Ahora ya nadie nos molestará —dijo Orm.

—No me voy a quejar de este lecho nupcial —respondió Ylva.

Aquella noche tardaron en conciliar el sueño, pero durmieron bien.

* * *

Cuando los emisarios se presentaron al día siguiente ante el rey Ethelred, con Orm y Gudmund en su séquito, encontraron al monarca de excelente humor y les acogió a todos con amabilidad. Elogió a ambos *hövding* por su deseo de bautizarse, y les preguntó si se sentían a gusto en Westminster. Gudmund había agarrado una buena borrachera y todavía estaba torpe de palabra, y a ambos les pareció que no había inconveniente en responder con una simple afirmación a la pregunta del rey.

Los dos obispos explicaron su viaje y cómo habían arreglado las cosas con los extraños bajo los atentos oídos de todos los asistentes. El rey estaba sentado bajo un baldaquín y llevaba una corona en la cabeza y un cetro en la mano. A Orm le pareció que aquél era un nuevo tipo de rey que contemplar, después de Almanzor y el rey Harald. Era un hombre alto y majestuoso, envuelto en una capa de terciopelo y pálido de piel, con la barba fina y castaña y los ojos grandes.

Cuando los obispos llegaron a la gran cantidad de plata que debía pagar, el rey Ethelred asestó un golpe con su cetro en el brazo del asiento y todos los de la sala murmuraron.

—¡Mira! —dijo al arzobispo, que estaba sentado a su lado en una silla más baja—, cuatro moscas de un golpe, y eso que éste no es un buen matamoscas.

El arzobispo dijo que no creía a muchos reyes capaces de hacer algo semejante, y que era una señal de buena maña y buena suerte. El rey rió satisfecho, los emisarios continuaron con lo suyo y todo el mundo volvió a escuchar.

Al terminar, el rey les dio las gracias y alabó su sabiduría y celo, y le preguntó al arzobispo qué se podía decir en aquel trato. Este respondió que, si bien era cierto que sería una carga, era el mejor acuerdo posible. El rey asintió.

—Es algo bueno —dijo el arzobispo, satisfecho por todos los cristianos y

sumamente contento por Dios— que nuestros devotos emisarios hayan conseguido a importantes *hövding* guerreros y muchos hombres para Cristo, y esto tiene que alegrarnos a todos.

—Y así es —añadió el rey.

El obispo de Londres susurró a Gudmund que era su turno de intervenir, y Gudmund dio un paso adelante de buen grado. Le dio las gracias al rey por su hospitalidad y generosidad, y dijo que su reputación tras aquello iba a ser tan grande como para llegar hasta Östergötland y aún más allá. Pero una cosa sí quería saber, para evitar posibles conflictos, y era cuánto tiempo podía tardar la plata en llegar a sus manos.

El rey lo observaba atento mientras hablaba, y preguntó a qué se debían aquellas marcas que tenía en la cara.

Gudmund respondió que se las había hecho un oso que una vez intentó cazar de manera insensata. El oso había roto el asta de la lanza después de que hubiera conseguido clavársela en el pecho, y le arrastró con las garras antes de que tuviera tiempo de asestarle un hachazo.

Al rey Ethelred se le ensombreció la mirada al escuchar aquella explicación.

—Aquí en este país no hay osos —dijo—, y es una lástima. No obstante, mi hermano, el rey Hugo de Francia, me ha enviado dos que pueden bailar para gran disfrute de todos, y me hubiera gustado poder enseñártelos, pero va a ser difícil puesto que mi mejor guía de osos se marchó con Byrhtnoth y desapareció en la batalla. Y no es poco lo que he perdido, ya que ahora apenas bailan o no bailan en absoluto cuando otros intentan que lo hagan.

Gudmund estuvo de acuerdo en que aquello era desafortunado.

—Pero bueno, todo el mundo tiene sus preocupaciones —dijo—, y a nosotros lo que nos da quebraderos de cabeza es lo siguiente: ¿cuándo tendremos la plata?

El rey Ethelred se tocó la barba y miró al arzobispo.

—Es una gran cantidad —dijo el arzobispo—, y ni siquiera el poderoso rey Ethelred tiene tal suma en sus arcas ahora. Por ello hay que enviar emisarios a lo largo y ancho del país para recaudar lo necesario. Esto puede tardar dos meses, quizá tres.

Gudmund hizo un gesto de incompreensión al escuchar aquellas palabras.

—Ahora tienes que echarme una mano, hombre de Skåne —dijo—, ya que una espera así será demasiado larga y se me ha quedado la garganta seca de tanto hablar.

Orm dio un paso adelante y dijo que era demasiado joven y de poca categoría para hablar ante un alto señor y hombres tan sabios, pero que lo haría lo mejor que le fuera posible.

—No es cualquier cosa —dijo— esto de hacer esperar a los *hövding* y a sus hombres por lo que se les ha prometido, pues estos últimos tienen poca paciencia y ninguna propensión a la inactividad, y podría ser que pronto se cansaran de esperar de brazos cruzados, ya que han tenido mucho éxito y saben que, por estas tierras, hay

buen saqueo por doquier. Este Gudmund, que aquí veis, es tranquilo y alegre siempre que todo le complazca, pero su furor aterroriza a los más osados del Báltico y derriba tanto a osos como hombres. Además, tiene a algún *berserker* en sus filas que son casi tan peligrosos como él mismo.

Todos miraron a Gudmund, que se sonrojó y se aclaró la garganta, y Orm continuó:

—Por otro lado, Thorkel y Jostein son de la misma calaña, y sus hombres son igual de ingobernables que los de Gudmund. Por todo ello sería bueno si la mitad de la suma pudiera ser entregada ahora mismo, porque así la paciencia duraría un poco más, probablemente hasta que se haya recaudado el resto.

Al oír esto el rey asintió, miró al obispo y volvió a asentir.

—Y como tanto Dios como tú, señor rey, estáis contentos por los que han venido a bautizarse, quizá sería útil que éstos recibieran la cantidad íntegra de inmediato. Entonces los demás tal vez comprenderían que lo de convertirse al cristianismo es una buena cosa.

Gudmund dijo en voz bien alta que le había quitado las palabras de la boca.

—Y si se hace lo que se ha dicho —dijo—, puedo prometer que cada hombre que me ha acompañado hasta aquí me seguirá por la senda del cristianismo.

Al arzobispo le parecieron buenas noticias, y dijo que preceptores bien instruidos acudirían de inmediato para prepararles. Luego se decidió que todos los que se habían presentado ante el rey recibirían la plata tras el bautizo, y que las huestes de Maeldun recibirían enseguida una tercera parte, y el resto seis semanas después.

Al terminar la reunión y salir de allí, Gudmund estaba impaciente por agradecer a Orm su ayuda.

—Jamás antes había oído palabras tan sabias de un hombre tan joven —dijo—, y es seguro que has nacido para ser *hövding*. Es un gran triunfo para mí recibir toda la plata ahora, ya que podría ser que luego faltara para completar los últimos lotes. Por eso quiero recompensarte y, cuando yo reciba lo mío, te daré cinco marcos de oro.

—Hay una cosa que he notado —dijo Orm—, y es que eres un hombre demasiado tímido, a pesar de tu inteligencia. Si fueras un *hövding* corriente, sin importancia, con cinco o seis, barcos, y sin gran reputación, podrías darme cinco marcos por esto. Sin embargo, con tu reputación, que traspasa las fronteras del reino de Sveavälde, no es apropiado aceptar tan nimia recompensa, ni siquiera para mí, puesto que ello dañaría seriamente tu reputación.

—Es posible que sea cierto lo que dices... —respondió Gudmund—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Sé de algunos que han dado quince marcos por un favor así —dijo Orm—. Styrbjörn lo hubiera hecho, y Thorkel hubiera dado doce. También conozco a algunos que no hubieran dado nada. Pero bueno, no soy yo el más indicado para aconsejarte en este asunto, seremos buenos amigos decidas lo que decidas.

—No es fácil comprender uno mismo la fama que le precede —dijo Gudmund

preocupado mientras se marchaba pensativo.

El domingo siguiente, los bautizaron a todos en la gran iglesia. La mayoría de los sacerdotes hubieran preferido que el oficio tuviera lugar en la orilla del río, a la antigua usanza, pero tanto Gudmund como Orm habían dicho que a ellos no los iban a sumergir en el Támesis. Ambos encabezaban la comitiva, con la cabeza descubierta y con mantos largos y blancos adornados con cruces rojas bordadas en la parte delantera. A ellos les seguían sus hombres que, en la medida de lo posible, vestían los mantos que había. Nadie había dejado sus armas, ya que Orm y Gudmund dijeron que en raras ocasiones se separaban de sus espadas, sobre todo en un país extranjero. El mismo rey estaba sentado en el coro, la iglesia estaba a rebosar y, entre los asistentes, estaba Ylva. A Orm le daba miedo mostrarla a nadie porque pensaba que ella estaba más bella que nunca y temía que se la robaran, pero ella había querido ir a la iglesia para ver cuán devoto podía mostrarse Orm cuando le corriera el agua por la nuca. Estaba sentada con el hermano Willibald, que la cuidaba y le prohibía reírse de los mantos blancos, y también el obispo Poppo participó en el bautizo a pesar de que se sentía débil. Fue él quien bautizó a Orm, y el obispo de Londres hizo lo propio con Gudmund y, tras ellos, seis sacerdotes tomaron el relevo y bautizaron al resto de hombres lo más rápido que pudieron.

Después del bautizo, Gudmund y Orm se acercaron al rey. Les entregó a cada uno su anillo de oro con el deseo de que, a partir de entonces, Dios les acompañara, y quiso que en cuanto pudieran fueran a ver a sus osos, que por alguna razón extraña habían empezado a mejorar en sus bailes.

Al día siguiente, los escribientes y el tesorero del rey entregaron la plata a los bautizados, y todos estuvieron muy contentos, aunque los hombres de Orm algo menos, puesto que debían pagar dos céntimos por su bautizo. Eso sí, ninguno de ellos escogió el camino más barato, el de batirse en duelo con él.

—Con esto construiré una iglesia en mi tierra —dijo Orm al poner las monedas en su arca.

Después, puso quince marcos en una bolsa, se dirigió al obispo de Londres con ellos y recibió una buena bendición por ello. Por la tarde, Gudmund subió a bordo con la misma bolsa que Orm había entregado al obispo en la mano, muy ebrio pero con la mente clara. Dijo que tenía lo suyo contado y estibado, y que había sido una dura jornada de trabajo.

—Y he pensado en tus palabras —añadió—, y tienes razón en lo que me has dicho, con mi reputación no te puedo dar cinco marcos. Te voy a dar quince, y creo que es lo más adecuado ahora que ya no tenemos a Styrbjörn entre nosotros.

Orm dijo que no se lo esperaba, pero que no quería rechazar un obsequio tal de un hombre como él. A cambio, le dio a Gudmund su escudo andaluz, el mismo que había llevado en el duelo con Sigtrygg en el salón del rey Harald.

Ylva dijo que se alegraba de que Orm tuviera buena mano reuniendo plata, ya que a ella no se le daba tan bien y le parecía posible que acabaran teniendo muchos hijos.

Aquella tarde, Orm e Ylva fueron a despedirse del obispo Poppo, ya que ahora tenían prisa por volver a casa. Ylva lloraba y le resultó difícil separarse del obispo, a quien llamaba su segundo padre, y a él mismo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Si no me hubiera sentido tan débil —dijo—, me hubiera ido con vosotros porque en Skåne todavía hubiera podido ser de ayuda, pero estas piernas viejas ya no aguantan nada.

—Willibald es un hombre muy competente —dijo Orm—, y nos llevamos bien con él, tanto Ylva como yo. Sería bueno si nos quisiera acompañar, al no poder hacerlo tú, para ayudarnos con todo esto del cristianismo y en las tareas de evangelización. Es una pena que no se sienta a gusto entre los hombres del norte.

El obispo dijo que Willibald era el más inteligente de sus curas, y que siempre mostraba mucho celo en sus actos.

—Es el mejor de todos en las tareas de conversión —dijo—, aunque tiene cierta facilidad para refunfunar sobre el pecado y la debilidad en su gran impaciencia y celo. Lo mejor será que se lo preguntéis a él mismo, ya que no os puedo entregar a un sacerdote que no quiera acompañaros.

Cuando entró el hermano Willibald y escuchó lo que se le planteaba, preguntó con voz contrariada cuándo pensaban hacerse a la mar. Orm respondió que sería al día siguiente si el tiempo era propicio.

El hermano Willibald sacudió la cabeza.

—Me parece muy mal que me deis tan poco tiempo para organizarlo todo —dijo—. Ya que voy a viajar a la tierra de la oscuridad y la violencia, me gustaría llevarme ungüentos y medicamentos en abundancia. Pero lo tendré todo listo, con la ayuda de Dios, y me daré prisa, puesto que estaré encantado de ir con vosotros.

CAPÍTULO IV

De cómo el hermano Willibald enseñó al rey Sven una palabra de los textos

Orm acudió a Gudmund para pedirle que le dijera a Thorkel que no podía quedarse con ellos, y que pensaba volver a casa. A Gudmund le entristecieron aquellas palabras, e intentó convencerlo para que cambiara de opinión, pero Orm respondió que su suerte había sido demasiado buena en los últimos tiempos para que le durara mucho más.

—No tengo nada más que hacer en este país —dijo—. Y si tú mismo tuvieras a bordo una mujer como Ylva, tampoco querrías desembarcarla en medio de un ejército de hombres ociosos que persiguen con la lengua fuera a cada mujer que ven. He participado en muchas contiendas, y ahora quiero vivir con ella en paz. Y ella también lo quiere así.

Gudmund reconoció que cualquier hombre podría perder la razón al mirar a Ylva, aunque fuera sólo un instante. Y pensándolo mejor, dijo, él mismo hubiera preferido también volver a casa, a Bråviken, ya que le inquietaba tener toda aquella plata a bordo, pero tenía que reunirse con el resto de sus hombres y explicar a Thorkel y a Jostein lo que se había decidido sobre la plata.

—Aquí mis hombres se ven acosados por mujeres resueltas que se agrupan alrededor de sus riquezas y hurgan en sus pantalones y camisas para robarles la plata una vez los han emborrachado lo suficiente. Por eso lo mejor será que parta al mismo tiempo que tú, al menos si consigo reunir a la gente a tiempo.

Fueron a despedirse del rey Ethelred y del arzobispo, pero antes tuvieron que ver a los osos bailar estupendamente sobre las dos patas traseras. Luego hicieron sonar los cuernos, y los hombres se sentaron a los remos, donde muchos estuvieron torpes en un principio a causa del cansancio y la embriaguez. Avanzaron rápido río abajo, y el barco que guardaba el pantalón de acceso a Londres no se interpuso en su camino esta vez, a pesar de que las tripulaciones se gritaron unas cuantas cosas. Pasaron la noche en la parte interior de la desembocadura, y allí se separaron Gudmund y Orm y siguieron cada uno su camino.

Ylva soportaba bien el mar, pero aun así deseaba que el viaje no fuera muy largo, ya que a bordo no tenía mucho sitio. Orm la consolaba diciendo que en esta época del año el tiempo acostumbraba a ser el mejor, y que no iba a causarles retraso alguno.

—Por lo demás, nuestra única misión es pasar por la cuesta de las piedras de Jellinge para recoger la cadena —dijo—; eso no nos retrasará mucho.

Ylva no estaba segura de si era sensato intentar recuperar la cadena ahora, cuando

nadie sabía cómo estaban las cosas en Jutlandia y ni siquiera quién se encontraba en Jellinge, pero Orm respondió que quería sacarse aquello de encima lo más pronto posible.

—Y sea quien sea el dueño de Jellinge ahora —dijo—, ya el rey Sven ya el rey Erik, lo más probable es que no esté en casa en esta época del año, cuando todos los reyes prefieren salir a luchar. Desembarcaremos de noche y, si todo va bien, no nos molestará nadie.

El hermano Willibald se sentía a gusto a bordo, a pesar de que no había podido encontrar achaques con los que lidiar. Le gustaba sentarse con Rapp, cuando éste manejaba la espadilla, y preguntarle cosas de la tierra del sur y de sus aventuras allí. A pesar de que Rapp era parco en palabras, parecía que aquél era el inicio de una gran amistad.

Doblaron el cabo de Jutlandia y pusieron rumbo al sur bordeando la costa sin encontrarse con navío alguno, aunque el viento no les era favorable y tuvieron que remar duro. En cierta ocasión incluso se vieron obligados a atracar y a esperar que el tiempo mejorara. Remaron hasta la desembocadura del río cerca de Jellinge en la oscuridad de la noche, pero ya había empezado a amanecer cuando Orm ordenó amarrar el barco un poco antes de llegar allí. Pidió al hermano Willibald y a dos hombres de confianza que le acompañaran, y le dijo a Ylva que ella se quedaría a bordo. A la joven no le gustó nada aquella decisión, pero él dijo que así se haría.

—En estas cosas soy yo el que decide —dijo Orm—, pase lo que pase luego con otras cuestiones. El hermano Willibald conoce el lugar tan bien como tú, y si nos topamos con hombres, ahora que empieza a amanecer, y acabamos en contienda, es mejor que te quedes aquí. Pronto estaremos de vuelta.

Subieron desde la orilla hasta las dependencias reales y avanzaron por los campos de cultivo del lado sur. Justo cuando el hermano Willibald estaba diciendo que sólo les quedaba un corto trecho hasta la cuesta, oyeron los pasos y gritos de hombres desde el puente que tenían a su izquierda.

Lo que se les acercaba era una manada de reses guiada por varios hombres.

—Será mejor que los matemos a todos —dijo Rapp blandiendo la lanza.

El hermano Willibald lo agarró enseguida del brazo y le prohibió terminantemente la violencia contra hombres que no habían hecho nada. Orm dijo que no les iba a hacer falta si se daban prisa.

Corrieron hasta la cuesta, y los hombres que llevaban las vacas se detuvieron y los observaron atónitos.

—¿De quién sois hombres? —gritaron.

—Del rey Harald —respondió Orm.

—¡El pequeño cura! —vociferó uno de los hombres entre las reses—. ¡Es el pequeño cura que estaba con el rey Harald! ¡Son enemigos! ¡Corred y despertad a la gente!

Rapp y los dos hombres que le acompañaban empezaron a perseguirlos, pero las

reses se interpusieron entre ellos, de forma que los primeros consiguieron una holgada ventaja. Orm corrió hasta la cuesta con el hermano Willibald, y éste se apresuró a mostrarle las tres piedras: allí estaba la cadena, tal como la había dejado Ylva.

—Ahora tendremos que correr un rato —dijo Orm mientras se la colocaba encima.

Desde las dependencias reales se oían ya voces y gritos de alarma, y cuando alcanzaron a Rapp y a sus dos hombres, el primero refunfuñó por no haberse lanzado sobre los guías a tiempo. Llevado por la ira, había arrojado su lanza contra uno de ellos, que había quedado en el suelo ante las puertas.

—Sin embargo, no ha servido de mucho, y encima he perdido una buena lanza.

Se lanzaron a la carrera campo a través, y pronto escucharon fuertes gritos detrás de ellos y el sonido de los cascos. Rapp gozaba de buena vista en el único ojo que le quedaba, y él y Orm iban volviendo la cabeza para ver mientras corrían.

—Nos viene siguiendo el mismísimo rey Sven —dijo Orm—, menudo honor.

—Y tiene prisa —dijo Rapp—, porque veo que ha olvidado trenzarse la barba.

El hermano Willibald no era tan joven como los demás, pero corría muy bien con sus cortas piernas y con la capa de sacerdote arremangada.

—¡Ya los tenemos aquí! —gritó Orm—. ¡Señálalos con la lanza!

En ese mismo instante, él mismo se paró y lanzó su arma contra el que se le había acercado más, un hombre sobre un gran caballo que había adelantado al rey Sven. El hombre hizo poner al caballo sobre las patas traseras al ver la lanza, y ésta se clavó bien hondo en el pecho del caballo, que cayó hacia delante y rodó con el hombre debajo. Rapp y los dos hombres que habían ido con ellos lanzaron las suyas contra el rey Sven, aunque no dieron en el blanco, y para entonces ya los tenían encima y no les quedaban lanzas.

El hermano Willibald se inclinó y recogió una señora piedra que arrojó con todas sus fuerzas.

—¡Ama al prójimo! —gritó al lanzarla.

La piedra golpeó al rey Sven en la boca, quien profiriendo un alarido furioso cayó del caballo y rodó por el suelo.

—A esto lo llamo yo un buen cura —dijo Rapp.

El resto del séquito se apresuró a asistir al rey Sven, y Orm y sus hombres pudieron llegar al barco, sin aliento pero sanos y salvos.

Orm ordenó con un grito a los remeros que desatracaran de inmediato, mientras él y los demás chapotearon por la orilla y fueron subidos a bordo. Cuando vieron a los jinetes en la costa, ellos ya estaban lejos. Había empezado a soplar el viento con la aurora, y ahora les era favorable y escapaban rápido con los remos y la vela.

Orm entregó la cadena a Ylva y le explicó lo que les había sucedido, y Rapp fue menos parco en palabras que de costumbre al explicar el lanzamiento del menudo cura.

—Espero que le doliera —dijo Ylva.

—Tenía sangre en la boca cuando cayó al suelo —dijo Rapp—. Lo vi claramente.

—Mi pequeño cura —dijo Ylva—, me dan ganas de darte un beso por ese golpe. Orm rió.

—Siempre ha sido el mayor de mis temores —dijo— que, llevada por tu piedad, empieces a besuquearte con los curas.

El hermano Willibald explicó con decisión que no quería que le besaran, pero que no le apenaban en absoluto aquellos elogios.

—El rey Sven no va a olvidar tan fácilmente el beso que recibió —dijo Orm—. Y no es propio de él dejar estas cosas sin venganza. Si llegamos bien a casa, mi madre tendrá que empezar a empacar a toda velocidad, ya que ahora sólo encontraremos calma en los bosques, fuera del alcance de los reyes. Y será allí donde tendré que construir mi iglesia.

* * *

Y así será contado el destino de Orm allí en el norte, en los bosques, cerca de la frontera: de su celo del cristianismo, y de la fortuna del hermano Willibald con las conversiones; de sus preocupaciones con los de Småland y las contiendas que mantuvieron con ellos, y de cómo regresaron los uros.

LIBRO II

En casa y en la ruta del este

PRIMERA PARTE

Orm en Gröning

CAPÍTULO I

De cómo Orm construyó casa e iglesia, y de sus hijas pelirrojas

Habían pasado tres años desde que Orm llegó a la región fronteriza con toda su comitiva: su mujer y su madre, la gente de la finca y el pequeño cura, además de las reses, los caballos y todos los bienes que habían conseguido cargar sobre estos últimos. Había tenido que vender a toda prisa la finca de Kullen, heredada de su padre, para huir de la ira del rey Sven. La granja de la familia de Åsa llevaba el nombre de Gröning, y la encontraron desierta y deteriorada, con los techos derrumbados y las tierras de cultivo cubiertas de maleza. Un decrepito capataz, su mujer y unas cuantas ocas eran los únicos signos de vida que les habían recibido al llegar allí. Aquel panorama no satisfizo a Orm, que consideraba que aquella hacienda no era digna de un hombre como él y de la hija del rey Harald. Åsa corría de un lado a otro llorando y clamando a Dios ante aquella desgracia, mientras profería duras palabras contra sus progenitores, puesto que ella no había vuelto a la finca desde que se había marchado de joven, cuando su padre vivía muy bien allí antes de morir con sus hijos en una contienda.

En cambio, a Ylva le parecía que aquel lugar podía estar lo bastante lejos del rey Sven y sus secuaces.

—Yo creo que me puedo sentir bien aquí —dijo—; al menos si tú, Orm, demuestras ser tan diestro con la construcción como en el campo de batalla y al timón de un barco.

El primer invierno sufrieron algunas penurias: los alimentos escaseaban para los hombres y para el ganado, y los vecinos resultaron ser mezquinos. Orm envió a sus hombres a visitar a un terrateniente de la región, Gudmund de Uvaberg, a quien apodaban Gudmund *el Aullador* y que era conocido por su beligerancia y sus grandes riquezas, para comprar heno y malta. Los hombres regresaron con una escueta respuesta y las manos vacías porque un hombre como Gudmund no pensaba tomar en serio a un recién llegado del que, además, se decía que se había cristianizado. Entonces Orm mismo acudió a hacerle una visita a caballo, acompañado por Rapp *el Tuerto* y tres hombres más, y llegó a Uvaberg al amanecer. Entró en la casa sin mayores problemas, sacó a Gudmund del lecho y lo llevó al patio en volandas. Luego lo llevó hasta el pozo de la finca y lo puso boca abajo sujetándolo por una pierna, mientras Rapp y los demás se colocaban con la espalda en la puerta para que nadie de la casa les molestara. Orm y Gudmund charlaron un rato en aquella posición y apalabraron la venta, tanto de heno como de cebada, a un precio razonable. Orm le

dio la vuelta y lo volvió a colocar de pie sin que hubiera más violencia. La rabia del Aullador no era mucho mayor que el respeto que sentía por Orm ahora, y era casi de la magnitud de su sorpresa porque no le hubiera quitado la vida.

—Puesto que tienes que saber —dijo— que soy un hombre peligroso, aunque como eres superior a mí en fuerza tardarás en darte cuenta de ello. Y son pocos los que han osado perdonarme la vida después de haberme hecho lo que tú. No sé siquiera si yo mismo me hubiera atrevido a hacerlo si hubiera estado en tu lugar, aunque también puede ser que tu inteligencia y tu fuerza no estén al mismo nivel.

—Soy más instruido que tú —respondió Orm—, puesto que yo venero a Cristo y conozco bien su doctrina. Y Él quiere que nos acerquemos al prójimo con humildad, aun cuando éste sea un fastidio. Por ello deberías darle las gracias, si la razón te lo permite, porque tu pozo me ha parecido profundo. Sin embargo, si desde hoy piensas convertirte en mi enemigo sabré cómo actuar, y entonces verás cuál será el desenlace de esta situación, puesto que me he enfrentado a enemigos peores que tú sin que haya resultado ser yo el más perjudicado.

Gudmund dijo que esto iba a costarle unas cuantas burlas y graves secuelas en su reputación, además de un tirón en la pierna por haber estado colgado sobre el pozo. Asimismo, acababa de saber que uno de sus hombres, que había salido corriendo con una espada al ver que Orm se lo llevaba en brazos, estaba en manos de las mujeres con el hombro destrozado por el golpe que Rapp le había asestado con el martillo de guerra. Le preguntó entonces qué opinaban Orm y Cristo de todo aquello, y si no había que tener en cuenta tanto perjuicio.

Orm reflexionó y respondió que el hombre al que habían roto el hombro se lo había buscado, y que no le iba a compensar por aquella herida.

—Porque ha tenido suerte, a pesar de su mala cabeza —dijo—, de que Rapp sea un buen cristiano como yo, de lo contrario tus mujeres se hubieran ahorrado el tener que cuidar de él, así que mejor que no se queje. Pero, por lo demás, creo que mereces un desagravio razonable, por eso te ofrezco que me acompañes a mi casa, donde se hospeda un hombre de Dios. Es el mejor de los médicos y curará tu herida en un santiamén, y su poder divino es tal que la pierna que te has lastimado quedará incluso mejor que la otra. Además, haber sido sanado por el hombre que durante largo tiempo cuidó los achaques del rey Harald e hizo milagros con ellos será el mayor de los honores para ti, y mejorará tu reputación en gran medida.

Conversaron un rato sobre la cuestión, y al final Gudmund acompañó a Orm a su casa. El padre Willibald le embadurnó la pierna con unguento del bueno y se la envolvió en vendas, mientras Gudmund le acribillaba a preguntas sobre el rey Harald. Sin embargo, cuando el cura quiso hablarle de Cristo y de lo positivo del bautizo, expresó gran preocupación y dijo a gritos que no quería ni oír hablar de ello, puesto que pasar por la pila bautismal provocaría aún más escarnio que el incidente de su suspensión sobre el pozo. Además, le parecía que lo peor de todo era que le tomaran por alguien tan simple como para dejarse embelesar con algo así.

Cuando se despedía de Orm después de haber recibido el pago por la compra, dijo:

—La venganza ya no ensangrentará nuestras relaciones, pero si algún día viene bien y puedo devolverte el oprobio que me has ocasionado, no desaprovecharé la ocasión. Es posible que lleve cierto tiempo, pero soy hombre de buena memoria.

Orm le miró e hizo una mueca con la boca.

—Sé que eres un hombre peligroso —respondió—, puesto que tú mismo así lo has dicho, pero no creo que la promesa que acabas de hacerme vaya a quitarme el sueño. Una cosa sí tienes que saber, si me enojas serás bautizado, y seré yo quien te sujete de la oreja o de la pierna.

Willibald estaba apenado por no haber tenido éxito en aquella conversión y se sentía poco útil, pero Ylva le consoló diciéndole que las cosas le irían mejor cuando Orm construyera la iglesia. Orm había dicho que, sin duda, su intención era construirla, tal como había prometido, pero primero tenía que reconstruir el caserío y, una vez hecho esto, no tardaría en levantarla. Pronto se puso manos a la obra y mandó a sus hombres a talar árboles y a arrastrar a casa troncos escamondados que él mismo preparaba con el hacha. Lo elegía todo con gran atención, y sólo quería troncos de árboles gruesos en perfecto estado, ya que su obra, decía, tenía que ser sólida y digna, y no una simple guarida de bosque. La finca estaba situada en el amplio meandro de un río, sobre un terreno firme que jamás se inundaba, y el agua la protegía por tres costados. Había espacio suficiente para todo lo que él quería construir, y le iban tan bien los trabajos que cuanto más construía más motivado se sentía. Construyó su casa con un hogar empotrado con una puerta corrediza para el humo, como las que había visto en las dependencias del rey Harald, y con el techo de madera pelada de fresno joven, cubierto por corteza de abedul; además, colocó encima el tepe más duro. Después, construyó el *brygghus*, el establo y la despensa, todo muy amplio y digno de admiración, y hecho esto consideró que lo más necesario estaba listo y que lo siguiente sería la iglesia.

Aquella primavera le tocó a Ylva dar a luz, y Åsa y el hermano Willibald estuvieron a su lado. Tenían mucho que hacer y, en sus ansias por ayudar, a menudo tropezaban el uno con el otro. Ylva lo pasó mal y gritó mucho, y enfadada dijo que prefería ser monja que parturienta, pero el hermano Willibald le colocó el crucifijo sobre el vientre y la bendijo con palabras clericales. Al final, todo terminó bien y dio a luz gemelos, dos niñas. Tanto Åsa como Ylva lo tomaron mal en un principio, pero llevaron a las recién nacidas a Orm, las colocaron sobre sus rodillas y éste no tuvo nada que objetar. Todos estuvieron de acuerdo en que lloraban y pataleaban tan vigorosas como cualquier chiquillo. En cuanto se acostumbró a ellas, Ylva volvió a sonreír y le prometió a Orm que la próxima vez serían varones. Cuando se vio que ambas iban a ser pelirrojas, a Orm le pareció que la cosa no se presentaba demasiado bien para aquellos pobres seres, ya que si habían heredado su color de pelo era posible que también hubieran heredado su aspecto, y eso era algo que no deseaba a

una mujer. No obstante, tanto Åsa como Ylva le espetaron que no fuera agorero, ya que no tenía por qué ser tan terrible, dijeron, y el pelo rojo no hacía daño a nadie.

Cuando llegó el momento de elegir los nombres, Orm decidió que una se llamaría Oddny, como su abuela materna, cosa que complació a Åsa.

—Pero me gustaría que la otra llevara el nombre de alguien de tu familia —dijo a Ylva—. Y en eso te dejo elegir a ti.

—Puede resultar difícil escoger bien y con fortuna —respondió su mujer—. Mi madre fue raptada por los hombres de Harald, mi padre, y falleció cuando yo tenía siete años. Se llamaba Ludmilla, era hija de un *hövding* de los abroditas y la raptaron durante su propia boda. Siempre se ha dicho que lo mejor es atacar a los abroditas u otros vendos cuando celebran una gran boda y están ebrios, porque entonces los hombres son poco diestros con las armas y los vigilantes duermen abatidos por el fuerte hidromiel. Así pueden conseguirse suculentos botines, riquezas y jóvenes mujeres con poco esfuerzo. No he visto mujer más hermosa que ella, y mi padre siempre decía que era una mujer afortunada a pesar de que muriera joven, ya que la prefirió a cualquier otra durante tres años. Y es mucho para una abrodita, decía, entrar en el lecho del rey de los daneses y darle una hija. Eso sí, tengo para mí que es posible que ella no fuera de la misma opinión. Cuando murió escuché a las sirvientas murmurar que se había intentado ahorcar al poco de haber llegado allí, y pensaban que quizás era porque había visto cómo le quitaban la vida a su novio antes de llevársela al barco. Estaba profundamente enamorada, pero no sé si ponerle el nombre de mi madre va a hacer a nuestra hija más afortunada.

Åsa dijo que ni pensarlo, que no había infortunio peor que el de ser raptada por un guerrero y que, si la llamaban así, era posible que la niña corriera la misma suerte.

Sin embargo, Orm dijo que no era fácil decidir lo más apropiado en tales cuestiones.

—Yo mismo fui capturado por guerreros una vez —dijo—, y ahora no lo considero una desgracia, ya que de no haber sido por ello no hubiera conseguido ni la espada ni la cadena de oro, y probablemente tampoco a Ylva. Además, si Ludmilla no hubiera sido raptada, el rey Harald jamás hubiera tenido a la hija que está sentada aquí ahora.

Les costó ponerse de acuerdo sobre aquello, y a pesar de que Ylva deseaba que el nombre de su bondadosa y bella madre reviviera, no quería cargar a su hija con el destino de ser raptada por los de Småland o por otros. Pero cuando el hermano Willibald se unió a ellos, mientras estaban deliberando, dijo enseguida que Ludmilla era un buen nombre, y afortunado además, puesto que lo había llevado una santa princesa en el país de Moravia en los tiempos del viejo emperador Otto. Y tras estas palabras la llamaron Ludmilla, y todos los sirvientes sugirieron augurios peculiares para aquella que llevaba un nombre tan extraño, nombre que jamás habían oído antes.

Cuando ambas niñas fueron lo bastante fuertes, el padre Willibald las bautizó entre grandes llantos. Crecieron y además con buena salud, y no tardaron en gatear

por toda la casa jugando con los grandes perros irlandeses que Orm se había llevado consigo, o en disputarse muñecas o animales que Rapp y el padre Willibald tallaban para ellas. Åsa las quería con locura y tenía más paciencia con ellas que con nadie más, pero a Orm e Ylva a veces les costaba decir cuál de las dos iba camino de ser más rabiosa y más testaruda. Con el tiempo, Ludmilla empezó a oír a menudo que llevaba el nombre de una santa, aunque ello no se reflejara en su carácter. Se llevaban bien a pesar de que no dudaban en tirarse de los pelos y, cuando a una de ellas le propinaban unos azotes, la otra se colocaba al lado y gritaba al mismo volumen.

Un año después, hacia el verano, Orm ultimó la construcción de la iglesia. La había colocado al abrigo de los otros edificios, en el extremo más alejado. Tenía capacidad para sesenta personas sentadas, a pesar de que nadie comprendía de dónde iba a salir tanta gente, y también erigió una robusta muralla coronada con una doble empalizada de extremo a extremo, con un gran portón en medio. Y es que cuanto más tiempo pasaba y más construía, más se preocupaba por la seguridad de la finca, y más quería estar preparado para defenderse de los bandidos de frontera y de los hombres que el rey Sven pudiera enviar.

Cuando terminó todo aquello, Ylva se dio una gran alegría a sí misma y a los demás alumbrando a un varón. Åsa dijo que ahí tenía *Orm* la bendición de Dios por haber construido la iglesia, y él estuvo de acuerdo en que era posible que así fuera.

Al recién nacido no se le detectó defecto alguno ni en el cuerpo ni en los miembros, y se pudo constatar que tenía una potente voz desde el nacimiento. Todos estuvieron de acuerdo en que, ciertamente, debía de tener madera de *hövding*, puesto que era descendiente de la estirpe del rey Harald y de la de Vidfamne. Cuando se lo acercaron a su padre para que lo viera, este cogió a *Lengua-Azul* del gancho de la pared y la desenvainó, y en la punta pusieron harina y algo de sal. Åsa sostuvo al niño con cuidado y lo acercó a la espada hasta que la lengua y los labios tocaron aquello que se le ofrecía. El hermano Willibald les observaba con la expresión sombría, y persignó al pequeño mientras decía que aquella costumbre pagana con arma de guerra no era nada bueno, y que además era penosa, pero nadie le apoyó en esta cuestión. Incluso Ylva, desde donde yacía, cansada y débil, le gritó impaciente que estaba equivocado.

—Es la costumbre para los recién nacidos de alta cuna —dijo—. Y de aquí nace la aptitud para ser *hövding*, el talante valeroso y la fortuna en las armas e incluso el don de palabra. Y me parecería extraño de Cristo, después de todo lo que me has contado de él, que se mostrara envidioso ante tales obsequios para un pequeño.

—Es una costumbre ancestral —dijo Orm—, y nuestros ancestros eran sabios en muchas cosas, a pesar de que no conocieran a Cristo. Mi primera comida fue sin ir más lejos la que me ofrecieron con la punta de la espada, y mi hijo y nieto del rey Harald no será menos que yo.

Y así se hizo, a pesar de que el hermano Willibald sacudía la cabeza mientras murmuraba para sí mismo sobre las libertades que se tomaba el diablo en aquellas

tierras.

CAPÍTULO II

De los preparativos del festín del bautizo del nieto del rey Harald

En aquellos tiempos, Orm se sentía más animado que nunca, ya que todo le salía a pedir de boca. Sus campos de cultivo le daban buenas cosechas, y sus reses crecían y se multiplicaban. Sus despensas y sus graneros se llenaron, había tenido un hijo y podía esperar más, e Ylva y los niños gozaban de buena salud. El mismo enseñó con celo a sus hombres a evitar la holgazanería desde el alba. Åsa tenía siempre controladas a las sirvientas en la cámara de la leche y en los telares. Rapp era un diestro ebanista y un excelente herrero, y en la preparación de zalagardas para aves y caza nadie le igualaba; además, el hermano Willibald pronunciaba una bendición cada tarde para proteger a la aldea de cualquier desgracia. Lo único que apenaba a Orm era la distancia que le separaba del mar, ya que decía que a veces le sabían a poco las nubes de tormenta a su alrededor o echaba de menos la voz del mar estival o percibir su salobridad en la brisa.

De vez en cuando, se veía angustiado por penosas pesadillas y podía llegar a ponerse tan nervioso mientras dormía que Ylva lo despertaba para saber si lo acosaban los demonios de la noche y, si ése no era el caso, para preguntarle qué le sucedía. Tras despertarse y recuperarse con la ayuda de una cerveza, le explicaba que había vuelto al barco morisco a remar bajo la amenaza de los azotes de látigo y los lamentos, y la visión de las espaldas encorvadas sobre los remos. El día después a un sueño así, le gustaba dedicarse a labores de carpintería con Rapp (que, según decía, nunca soñaba), mientras conversaban sobre recuerdos de aquellos tiempos.

Sin embargo, peor aún le parecían los sueños que había tenido un par de veces con el rey Sven como antagonista, ya que el barco morisco era sólo un recuerdo, pero el rey Sven y su venganza eran otra cosa, puesto que soñar con él podía anunciar la desgracia. Por ello, cuando tenía un sueño así se apoderaba de él un gran desasosiego, y se lo contaba a Åsa y al hermano Willibald para que le ayudaran a interpretarlo. Una vez había visto al rey Sven acercarse con una risa malvada sobre la proa de un poderoso barco mientras él, con pocos hombres a los remos, viraba lanzándole improperios. La segunda vez estaba él acostado impotente en la oscuridad, escuchando los gritos y lamentos de Ylva mientras se la llevaban. Después el rey Sven aparecía envuelto en llamas y blandiendo la espada *Lengua-Azul*, y justo en ese momento Orm despertaba.

Su madre y el padre Willibald estuvieron de acuerdo en que estos sueños podían tener algún significado, y Åsa rompió a llorar cuando escuchó el relato de este

último, pero cuando reflexionó un poco consiguió sosegar-se.

—Es posible que hayas heredado mi don de los sueños premonitorios —dijo—, y no me parece una herencia deseable, puesto que yo jamás he podido beneficiarme de tal don, más bien al contrario, he sufrido y me he angustiado más que otros. Hay una cosa que sí me consuela, y es que yo no he percibido nada que pudiera presagiar una desgracia para nosotros. Tu infortunio sería sin duda el mío propio, y si alguien te amenazara a ti y a tu casa lo hubiera sabido en mis sueños.

—Yo creo —dijo el hermano Willibald— que el rey Sven tiene muchas otras cosas que hacer y poco tiempo para perseguirte, Orm, hasta estos confines. Además, podría decirse que con quien tiene una cuenta pendiente es conmigo, puesto que fue mi mano la que le asestó el golpe con la piedra, como cuando el hombre de Dios, David, golpeó al pagano Goliat. Eso sí, es cierto que los caminos de la maldad son sinuosos e inescrutables, y es mejor estar preparado.

Orm expresó su acuerdo con él en este asunto, se esforzaba en hacer que la muralla y la empalizada fueran sólidas, y se aseguraba de que la gran puerta fuera atrancada con travesaños para poder dormir más tranquilo. Pronto dejó de pensar en aquellos sueños para dedicar más tiempo al gran festín de cristianización que pensaba celebrar para su hijo.

En cuanto al nombre del recién nacido nunca tuvo dudas: su hijo iba a llamarse Harald.

—Ya que es muy posible —dijo— que con este nombre de rey le estuviera dando un gran destino. Aunque pocos han gozado de tanta fortuna como el rey Harald o conseguida tanto renombre como él. Y de entre todos los *hövding* que he conocido sólo sé de uno (y fue Almanzor, en Andalucía) que le igualara en sabiduría. Por eso sería injusto negarle a mi hijo el nombre que llevaba su abuelo materno.

—Sólo hay una cosa que me preocupa de que le des a nuestro hijo su nombre —respondió Ylva—, que no va a tener medida con las mujeres, como mi padre, que nunca tenía suficientes. Eso puede ser aceptable para un rey, pero no para los demás.

—Será fuerte y de buena constitución —dijo Åsa—, a mí me parece que eso ya se le nota. Y si además tiene un espíritu alegre, no va a hacerle falta llevar nombre real para que le sea fácil seducir a las mujeres. Así sucedió con mi hijo Are, cuya actitud le hizo caer en desgracia. Las mujeres no se le podían resistir cuando les guiñaba el ojo y las sujetaba de la trenza, eso me lo han confesado ellas mismas. Tenía los ojos risueños y un carácter despreocupado, era el mejor de mis hijos después de Orm, y deseo que Dios disponga que tú, Ylva, jamás tengas que vivir la pena que yo sentí por él cuando cayó en desgracia por el amor de una mujer, y huyó del país para dirigirse a Miklagård y no volver.

—Yo también lo deseo —dijo Ylva—, y también es cierto que prefiero que a mi hijo no le resulten difíciles las mujeres a que la timidez le impida atreverse a dar un solo paso cuando llegue el momento.

—En este sentido puedes estar tranquila —dijo Orm—, pues tu hijo no va a

heredar timidez alguna de la familia.

Para la cristianización del pequeño iban a celebrar un gran festín al que invitarían a todos los buenos vecinos de la región. Orm no quería andar con tacañerías, ni en pan, ni en cerveza ni en viandas. Los habitantes del bosque iban a poder catar su hospitalidad en un banquete de tres días. La iglesia haría las veces de salón para la celebración, puesto que aquél era el más amplio espacio, y en el tercer día, cuando todos estuvieran contentos por los copiosos ágapes, el padre Willibald pronunciaría sus prédicas y muchos se dejarían bautizar.

En un principio, el padre Willibald no quería que aquella fiesta con los paganos exaltados se celebrara en su nueva iglesia, donde acababa de ultimar el altar y de colocar una bella cruz, pero accedió al pensar que quizá la doctrina verdadera podía convertir muchas almas en esa ocasión. A Ylva le preocupaban dos cosas. La primera era que no quería que la cerveza fuera demasiado fuerte, porque entre los invitados habría salvajes y a la mesa se iban a sentar hombres y mujeres juntos; y la segunda que no sabía qué hacer con su cadena de oro, pues dudaba si llevarla puesta o no.

—Porque la última vez que la mostré en un festín, se blandieron espadas —dijo—, y aquí la avaricia por oro es aún mayor que en Jellinge.

—En mi opinión deberías llevarla —dijo Orm—, puesto que me gustaría que se viera que eres mejor que el resto y, además, poco disfrutas la joya mientras la tienes encerrada en un arcón.

Todos estaban atareados con los preparativos del festín, con grandes cantidades de cerveza y de pan, entre otros manjares. Cada día Orm se acercaba a palpar las carnes de los animales de la matanza y los dejaba continuar engordando.

Un día, un hombre procedente del sur salió del bosque con dos caballos de carga y se acercó cabalgando a la finca. Le recibieron bien y le invitaron a entrar. Se llamaba Ole y era un hombre mayor que, desde hacía ya tiempo, iba de finca en finca por las tierras fronterizas vendiendo pieles y sal; por esto último le llamaban Sal-Ole y su fama llegaba a muchos rincones. Nadie le asaltaba a pesar de que viajaba solo, puesto que tenía un temperamento peculiar y se decía que era un hombre extraño. Eso sí, sabía mucho de pieles y no era fácil de engañar, y su sal siempre era bienvenida en casa de aquellos que podían permitirse tan costosa mercancía. Los grandes perros le ladraron, pero a él le importaban tan poco como a sus viejos caballos; no obstante, al llegar a la puerta se quedó de pie y se negó a cruzar el umbral antes de saber si el cura había salido de la casa, ya que a él sí que le tenía pavor.

—Nuestro cura no muerde —dijo Åsa, indignada, mientras le servía la comida—, pero hoy ha salido a pescar con Rapp, así que no tendrás que verle; hace falta ser un jamelgo con una sensatez como la tuya para tenerle miedo a un sacerdote de Dios. A pesar de todo, serás bienvenido en esta casa, siéntate y come, pobre abuelo; vienes en un buen momento a ofrecer la sal, ya que la nuestra está a punto de terminarse y no vamos a escatimar en nuestro festín si todo se acaba haciendo como Orm ha dispuesto. Él quiere que a cada uno le sirvan tres pizcas de sal blanca molida para

mojar, tanto con la carne como con las salchichas, y también con las gachas, a pesar de que muchos pensarían que eso es exagerado incluso para gente pudiente como nosotros, y que la mantequilla y la miel son suficientes para las gachas hasta en el mejor de los festines.

El abuelo, que tomaba la leche agria y mojaba pan, sacudía la cabeza al escuchar las palabras de Åsa.

—La sal es lo mejor que hay —dijo—. Las personas tenemos que comer toda la sal que podamos, porque da salud, fuerza y larga vida. Elimina lo malo del cuerpo y purifica la sangre. A todos les gusta la sal. ¡Mira, si no!

Las gemelas, de la mano, le miraban con semblante serio. Tomó dos trozos de sal de su cinturón y, sosteniéndolos ante las niñas, cloqueó amable. Las dos se acercaron vacilando y al final tomaron los trozos de sal y se pusieron a lamerlos de inmediato.

—Fíjate —dijo el abuelo, satisfecho—, así es. Nadie dice que no a la sal.

Terminó y bebió su cerveza, pero cuando le preguntaron por novedades e Ylva intentó concretar su compra, supieron que casi no le quedaba sal en las bolsas: nada de la blanca, a la que llamaban sal del emperador y que Orm quería para su festín, y muy poca de la oscura.

Åsa lo amenazó con el puño.

—Podías haber empezado por ahí —dijo—, y te hubiera recibido como te mereces. Y es que las cosas son como yo siempre he dicho: de abuelos, trols y viejos bueyes, ¿qué saca una de todo lo que les mete en el gaznate?

Sin embargo, Ole, que estaba harto y satisfecho, dijo que había consuelo para todo:

—Hay otros comerciantes de camino aquí —dijo—. Los adelanté mientras descansaban en Gökliden, once hombres, un niño y catorce caballos. Llevaban clavos, vestidos y sal, y me dijeron que habían subido por Langa Stockar y que pensaban seguir subiendo hacia Småland. No los conozco, y eso que a veces pienso que conozco a todo el mundo, pero empiezo a hacerme mayor y, claro, llega gente nueva. Pero vienen hacia aquí, eso sí que lo sé, ya que su *hövding* preguntó por ti, Orm.

—¿Por mí? —preguntó Orm—. ¿Quién era?

—Se llama Östen de Öre, de la región de Finnveden, pero nunca había estado antes aquí. Ha pasado mucho tiempo embarcado en el extranjero, pero ahora ha invertido todas sus ganancias en este ajobo para volver a casa con las manos llenas.

—¿Y por qué preguntó por mí? —dijo Orm.

—Se ve que había oído hablar de ti, de tu reputación y riquezas, y que eras una de esas personas a las que un comerciante quiere tener de anfitrión. También llevaba joyas de plata entre sus mercancías, dijo, y sólidas flechas y cuerdas de arco.

—¿Y sólo ha preguntado por mí? —dijo Orm.

—También quería saber qué otros *storman* había en estas tierras que no compraran menudencias regateando y con lamentos. Eso sí, sobre todo se habló de ti,

puesto que había llegado a sus oídos que tú eras el más acaudalado.

Orm se quedó en silencio un buen rato.

—¿Once hombres? —preguntó al fin.

—Y un niño, un niño pequeño. Hacen falta hombres diestros para defender un ajobo como el que llevan, y el niño les ayudaba con los caballos.

—Es posible —respondió Orm—, pero de todos modos es bueno que me pongas sobre aviso a tiempo, cuando se trata de un grupo de forasteros tan nutrido como éste.

—Yo no he notado maldad alguna en él —dijo Ole—, pero es posible que sea un hombre valiente, porque le dije que en tu finca había un cura y no le preocupó en absoluto la noticia.

Todos rieron al escuchar aquellas palabras.

—¿Por qué tienes tanto miedo del cura? —preguntó Orm.

Pero el viejo no supo qué responder, sólo sacudió la cabeza y, con aspecto exhausto, murmuró en voz baja que no era tan tonto como eso y sabía que aquel tipo de personas eran peores que los trols. Y dicho esto pareció tener prisa por marcharse.

—En siete semanas celebraré mi festín —le dijo Orm cuando se alejaba a caballo—, y si estás entonces por estas tierras serás muy bienvenido, ya que es posible que tú hoy me hayas hecho un gran favor.

CAPÍTULO III

De los forasteros con el ajobo de sal y de cómo el rey Sven perdió una cabeza

Pocos días después, al atardecer, llegaron a Gröning los forasteros con su ajobo. Había empezado a llover, y los hombres y los caballos se quedaron a una cierta distancia del portalón, mientras uno de ellos se acercaba a preguntar por Orm y a pedir cobijo para pasar la noche. Los perros ladraron a tiempo, y Orm se plantó en la entrada con Rapp, el cura y cinco sirvientes, todos bien armados a excepción del padre Willibald. El forastero que se había acercado era un hombre alto y flaco, envuelto en una capa ancha. Se secó lluvia de los ojos y dijo:

—Esta es una lluvia difícil para los comerciantes, ya que ni las balas ni los fardos de cuero, ni la sal ni las telas soportan bien la humedad. Por todo ello, y a pesar de que soy forastero, te pido a ti, Orm, protección para mis mercancías y un techo para mí y para mis hombres. Soy hijo de Östen Ugge, de Örestad en Finnveden, de la familia de Grim *el Largo*, y mi tío materno era Styr *el Sabio*, a quien todos conocen.

Orm le observó atentamente mientras hablaba.

—Te acompaña una numerosa comitiva —dijo.

—Pues a mí a veces me parecen pocos —respondió Östen—, puesto que llevo conmigo valiosas mercancías y estas tierras no son las más seguras para los comerciantes. Hasta el momento ha ido todo bien, y espero que así siga. Por cierto, tal vez tenga entre mis bultos alguna u otra cosa que tu mujer y tú queráis comprar.

—¿Estás bautizado? —preguntó el hermano Willibald.

—No, no —se apresuró a responder Östen—. Ni yo ni mis hombres, somos todos hombres honorables.

—Dices lo que puedes —dijo Orm con severidad—. Aquí estamos todos bautizados, y el que te lo ha preguntado es un cura cristiano.

—Estas cosas no son fáciles de adivinar para un forastero —dijo Östen, complaciente—, pero ahora recuerdo que un viajante me dijo que había un cura en la finca. La verdad es que lo había olvidado, ya que sobre todo habló de ti, Orm, de tu hospitalidad y de tu gran reputación.

La lluvia se hizo más intensa, y de lejos llegó el ruido de los truenos. Östen miró su ajobo con cara de preocupación. Sus hombres esperaban con los caballos dando la espalda al viento, con las capas vueltas del revés sobre la cabeza. La lluvia les envolvía como si de humo se tratara.

En el rostro de Rapp se dibujó una sonrisa.

—Ahora la sal nos puede salir barata —dijo.

Pero Orm respondió:

—Tu estirpe será buena, habitante de Småland, y no quiero pensar mal de ti, pero once extraños armados hospedados en mi finca una noche entera me parece mucho. No me gusta mostrarme parco en hospitalidad, pero no me parece que me puedas culpar por ello. Ahora tendrás que elegir entre dos cosas: o prosigues tu camino y acampas donde puedas, o te hospedas en la sauna junto con tus hombres y tus mercaderías, pero dejando las armas aquí en la entrada.

—Duras condiciones las que propones —dijo Östen—, ya que con ello pongo en tus manos a mi persona y a mis bienes, y no lo hago de buen grado. De todos modos, me pareces demasiado noble para pensar en traicionarme, y la verdad es que no tengo elección, por ello se hará como tú dispongas.

Dicho esto, se sacó la espada y se la entregó mientras gritaba a sus hombres que se apresuraran a ponerse a cubierto con la mercancía. Se dieron prisa y todos tuvieron que dejar sus armas antes de entrar en la finca. Amarraron los caballos en una arboleda, junto a la orilla del río, puesto que no había peligro de lobos en aquella época del año.

Cuando todo estuvo organizado, Orm invitó a los forasteros a comida y cerveza, y luego apalabró la compra de sal y telas con Östen, y le pareció un vendedor honrado que no pedía más por sus mercancías que lo que alguien sensato juzgaría razonable. Brindaron por la transacción en armonía, y luego Östen y sus hombres dijeron que se sentían cansados tras un día duro como aquél. Agradecieron la acogida que les habían dado, y se marcharon al lugar donde iban a pasar la noche.

El mal tiempo empeoró y, al poco rato, se oyeron los bramidos de las reses que se encontraban en el redil, al lado de las viviendas. Rapp y el vaquero salieron para ver si los animales se habían escapado por la excitación. Estaba todo oscuro, exceptuando algún que otro relámpago, y Rapp y el hombre se pasearon por los rediles y comprobaron que todo estaba en orden. Entonces oyeron una tenue voz desde la oscuridad:

—¿Eres Orm *el Rojo*?

—No del todo —respondió Rapp—, pero soy su segundo de a bordo. ¿Qué quieres de él?

Un relámpago iluminó el rostro del niño pequeño que acompañaba a los comerciantes.

—Quiero saber lo que me daría por su cabeza —dijo el niño.

Rapp se inclinó veloz y lo agarró del brazo.

—¿Qué clase de comerciante eres tú? —dijo.

—Si se lo cuento todo tal vez me ofrezca algo a cambio —dijo el niño ansioso—. Östen ha vendido su cabeza al rey Sven, y ha venido hasta aquí para buscarla.

—Ven —dijo Rapp.

Se apresuraron a entrar. Orm se había acostado vestido, por el mal tiempo y porque tenía forasteros en casa, y se despertó en cuanto oyó lo que tenían que

contarle. Prohibió que encendieran luz alguna y se puso a toda prisa la cota de mallas.

—¿Así que, a pesar de todo, me han engañado? —dijo—. Tengo sus armas aquí.

—Llevan espadas y hachas escondidas en los fardos —dijo el niño—. Dicen que por tu cabeza vale la pena la molestia, pero a mí no me dan nada y me han enviado a vigilar a los caballos bajo la lluvia, y por eso se merecen que los descubra; yo no soy uno de ellos, y te lo advierto: no tardarán en aparecer.

Todos los hombres de Orm estaban ya despiertos y armados. Con Orm y Rapp sumaban nueve, pero algunos eran ya mayores y no podía contarse con ellos para una batalla.

—Será mejor que acudamos a su puerta de inmediato —dijo Orm—. Y si la cosa se presta, pues los ahumamos.

Rapp entreabrió la puerta y miró fuera.

—Tenemos suerte —dijo—, está amainando. Así acertaremos mejor con las flechas si quieren salir.

La tormenta había pasado, y la luna apareció con un resplandor tímido entre las nubes.

Ylva se quedó atrás, viendo cómo salían los hombres.

—Me gustaría que todo hubiera pasado ya —dijo.

—No sufras —dijo Orm—, y ve calentando la cerveza; es posible que más de uno la necesite a la vuelta.

Atravesaron la propiedad en dirección a la sauna, pasando junto al cobertizo de leña que había junto a ella. Habían alcanzado este punto cuando se abrió despacio la puerta de la sauna, los hombres sacaron la cabeza y Orm y los suyos entrevieron las armas. Las lanzas volaron rápidas desde el bando de Orm, pero la visibilidad no era buena. Se oyeron gritos de guerra y los hombres se agolparon en la puerta cuando los forasteros quisieron apresurarse a salir. Orm se inclinó y agarró el yunque que estaba delante del cobertizo de la leña, lo alzó, a pesar de que le crujieron los brazos, y corrió lanzándolo con todas sus fuerzas contra la abertura de la puerta. Los primeros consiguieron esquivarlo, pero dio de lleno en otros que fueron derribados en medio de un gran griterío.

—Esto va a hacer mucho bien —dijo Rapp.

Los forasteros respondieron con osadía, a pesar de que las cosas habían empezado de una manera distinta a la que imaginaban. Todos los que quedaban en pie corrieron para salir de la sauna. La batalla fue ardua y hubo gran confusión, ya que cuando la luna se ocultaba no era fácil discernir amigo de enemigo. Orm entró en contienda con dos hombres y pronto derribó a uno de ellos, pero el otro, un hombre pequeño y robusto, se acercó a él a toda velocidad con la cabeza baja como un puerco y le hizo caer al suelo, al tiempo que le clavaba un cuchillo largo en el muslo. Orm soltó la espada y le agarró por el cuello, mantuvo el cuchillo apartado con la otra mano y usó toda la fuerza que pudo. Se revolcaron en agua de lluvia un buen rato, ya que el otro tenía el cuello corto y era fuerte como un oso; Orm tenía la sensación de estar

batiéndose con un trol. Al final, impactaron contra la pared de la sauna. Orm pudo entonces sujetarle bien fuerte, el otro empezó a respirar con dificultad, y luego le crujió el cuello y quedó inmóvil. Orm se puso de pie de nuevo y buscó su espada, desalentado por la puñalada que había recibido, puesto que tenía dificultades para moverse, y oyó pedir ayuda a dos de sus hombres.

En aquel instante, se oyeron ladridos que ahogaron todo fragor de batalla, y el hermano Willibald, lanza en mano, apareció a toda velocidad con los colosales perros, que él mismo había soltado. Los cuatro estaban furiosos, sacaban espuma por la boca y se abalanzaron sobre los forasteros con gran ímpetu. Aquellos hombres fueron presas del pánico, puesto que no se esperaban canes del tamaño de terneros de cuatro meses y empezaron a huir hacia el río con los perros y los hombres de Orm detrás de ellos. Atraparon y abatieron a un par, pero tres de ellos se escaparon por el agua. Orm, cojeando y preocupado porque Östen fuera uno de los que había conseguido escapar, subió de nuevo a las casas y encontró a Rapp sentado sobre un tronco, apoyándose en el mango de su hacha y observando a un hombre que yacía ante él.

—Aquí tienes al comerciante en persona —dijo Rapp cuando vio a Orm llegar—, pero no sé si está vivo o no. Nada despreciable como guerrero, si me permites dar mi opinión.

Östen estaba acostado boca arriba, pálido y cubierto de sangre, y tenía el casco partido por un hachazo. Orm se sentó al lado de Rapp y observó al caído y, al verlo, se sintió de tan buen humor que olvidó su herida. Ylva y Åsa salieron corriendo, alegres y preocupadas a la vez, y quisieron llevar a Orm al interior para curarle y vendarle, pero éste se quedó sentado mirando a Östen y murmurando. Al final, dijo:

Ahora sé
qué obsequio
puedo enviar
a mi cuñado, Sven.
Comerciante:
una cabeza tendrás,
no la de Orm,
pero sí la tuya.

El padre Willibald se acercó, examinó la herida de Orm y le ordenó entrar enseguida o dejarse transportar por Rapp y las mujeres. Luego se inclinó sobre Östen y palpó el lugar en que el hacha de Rapp había golpeado.

—Aún vive —dijo—, pero no sé por cuánto tiempo más.

—Su cabeza tiene que ser llevada al rey Sven —dijo Orm.

Pero el padre Willibald respondió severo que no quería ni oír hablar de tales chifladuras, y que Östen sería llevado al interior como el resto de heridos.

—Y voy a tener trabajo para un tiempo en adelante —dijo.

El padre Willibald siempre había sido un hombre decidido, pero aún lo era más cuando se trataba de enfermos y heridos; nadie se atrevía a llevarle la contraria en estas cosas. Todos los que podían ser de utilidad tuvieron que ayudar a entrar y a vigilar a los heridos.

Orm se desplomó después de que le hubieran ayudado y curado, puesto que había perdido mucha sangre. Al día siguiente, se encontraba mejor de lo que esperaba y pensó, con satisfacción, en cómo habían ido las cosas; decidió que el niño se quedaría con él de ahora en adelante, y que disfrutaría de la misma vida que los de la familia. Le dijeron entonces que había perdido dos hombres, y que dos más estaban muy malheridos, así como uno de los perros, pero con la ayuda de Dios se recuperarían, pensaba el padre Willibald, tanto los hombres como el can. A Orm le apenó la pérdida de los dos hombres, pero dijo que también podía haber sido peor. De los forasteros quedaba Östen y dos más con vida, además de los tres que habían saltado al río. Dentro de la sauna habían encontrado a dos que habían sido alcanzados por el yunque: uno estaba muerto, con las costillas hundidas, y el otro tenía una pierna rota y el pie hecho añicos. El padre Willibald había hecho llevar a todos los heridos a la iglesia, y los había colocado sobre paja, donde recibirían los mejores cuidados. Al menudo cura se le notaba que se sentía bien con aquella ardua tarea por delante, ya que en los últimos tiempos no había tenido muchas oportunidades de ejercer la medicina, y por ello el tiempo allí le parecía que había transcurrido más lento.

Orm se recuperó pronto sin secuelas serias de la herida recibida, y cierto día a la hora de la cena el padre Willibald entró en la casa más satisfecho que de costumbre, y le dijo que hasta Östen, que había sufrido la peor de las heridas, parecía mejorar. Rapp sacudió la cabeza al escuchar aquellas palabras.

—Pues si es así, mi golpe fue menos diestro de lo que pensaba —dijo.

A Orm no le pareció que aquella noticia fuera como para alegrarse.

CAPÍTULO IV

De cómo Orm predicó para el comerciante de sal

Aquella batalla en Gröning pronto se hizo famosa en la región, y pocos días después Gudmund de Uvaberg llegó con un grupo de vecinos lejanos que Orm nunca había visto antes para visitarles y escuchar cómo había transcurrido todo. Se aplicaron a beber la cerveza que Orm les ofreció, y mostraron su alegría armando bulla al oír la historia. Estas cosas, gritaron, eran buenas y mantenían firme la vieja reputación de la región. Dedicaron grandes elogios a los perros, y mostraron su interés en cruzarlos para que criaran, y al ver la gran cantidad de sal, telas y otras cosas buenas que Orm había conseguido, se lamentaron de que tal fortuna no hubiera llamado a su puerta. Llegaron también a un acuerdo sobre los caballos, ya que Orm tenía ahora más de los que quería o necesitaba, y no puso obstáculos con el precio, puesto que se trataba del botín de una contienda. Luego los más fuertes probaron su fuerza con el yunque, y aun cuando los presentes nombraron a difuntos que con facilidad habían llevado a cabo pruebas más difíciles que aquélla, nadie pudo igualar el lanzamiento de Orm. Este, animado por aquel hecho, les dijo que no le dieran más importancia.

—Porque ni siquiera yo me veo capaz de repetir el lanzamiento —dijo—, sin la ayuda que proporciona la ira más severa.

Todos sentían curiosidad por el tal Östen, y se preguntaban por qué Orm lo había dejado con vida. Un buen tajo en el cuello, anunciaron unánimemente, acostumbraba a ser el mejor remedio para gente como aquélla, y le aconsejaron con gran gravedad que no complicara las cosas para él ni para los demás dejando marchar a ese hombre con vida, puesto que ese tipo de decisiones podían volverse contra uno fácilmente, le advirtieron, ya que conocían bien a los de Småland y eran rencorosos por naturaleza. Un par de ellos querían entrar en la iglesia para ver al hombre en cuestión y hablar con él. Querían preguntarle, dijeron, qué pensaban ahora de la caza de cabezas entre los de Göinge. No obstante, el padre Willibald mantuvo la puerta cerrada y no se dejó persuadir. Entrarían en la iglesia, respondió, cuando llegara el momento y si ésa era la voluntad de Dios, pero no para mofarse de un hombre herido que aún siquiera alzaba la cabeza con dificultades.

Por ello tuvieron que armarse de paciencia, pero, antes de alejarse, se dijeron alto y claro, con la jarra de despedida en la mano, que ahora nadie dudaría de que Orm era un *hövding* entre los de Göinge, y sin duda sangre de la sangre de Sven Råttnos, a pesar de que se hubiera bautizado, y que le apoyarían encantados en las contiendas futuras que de todo esto pudieran surgir.

Orm les entregó una medida de sal a cada uno como obsequio de despedida y por la buena convivencia entre vecinos, y se alejaron de Gröning a galope y de buen

humor, botando sobre la silla y graznando como arrendajos.

El mozuelo que había advertido a Orm de la traición se mostró inquieto cuando oyó decir que Östen iba a recuperarse, y le pareció que las cosas no se presentaban bien para él, puesto que entonces, dijo, Östen le quitaría la vida en cuanto tuviera oportunidad. Pero Orm le respondió que nada malo iba a sucederle, podía estar seguro de ello, fuera lo que fuera que pensara Östen. El muchacho se llamaba Ulf, y desde el principio recibió los mimos de Åsa e Ylva, que no sabían cuánto le apreciaban por aquel impagable favor que les había hecho a todos. Åsa se puso a confeccionarle buena ropa, y junto con el padre Willibald estuvieron de acuerdo en que se notaba la mano de Dios en aquello que el pobre niño había hecho por ellos, como si hubiera sido enviado para salvarles de las garras del mal. Le preguntaron cómo había llegado a unirse al comerciante, y les explicó que se había escapado de las continuas palizas de un familiar malvado que vivía en la costa, donde había pasado muchas necesidades desde que sus padres habían muerto ahogados pescando, cuando él era muy pequeño. El comerciante lo había aceptado como mozo para cuidar de los caballos.

—Pero eran tacaños con la comida —dijo—, así que lo mejor que me daban era lo que yo mismo robaba en las casas. Por la noche debía vigilar los caballos y, si algo les sucedía, me cosían a palos, pero lo peor era que apenas me dejaban montar, y en ocasiones incluso estuvieron a punto de abandonarme porque no podía seguir su ritmo. Sin embargo, esto era mejor que vivir con ese malvado primo de mi padre, aunque no siento afecto alguno por Östen y los demás, y estoy contento de haberme librado de ellos, puesto que ahora tengo lo que jamás antes había tenido: comida suficiente y un lecho donde dormir. Por todo esto me gustaría quedarme con vosotros, si me aceptáis en vuestra casa. Y no le tengo miedo al bautizo, si lo consideráis necesario.

El padre Willibald le dijo que sí, que no había duda alguna de que el bautizo era necesario, y que le administrarían el sacramento en cuanto hubieran tenido tiempo de instruirle en la doctrina cristiana. Ylva lo puso a vigilar a Oddny y a Ludmilla, que ya se movían solas y desaparecían fuera de la casa fácilmente, incluso un par de veces las habían encontrado cerca del río. El muchacho atendía la tarea con gran dedicación, y seguía a las niñas por doquier, cosa que le parecía mejor que vigilar a los caballos. Sabía silbar de muchas maneras y mejor que nadie, y parecía saber imitar el canto de todas las aves conocidas, así que a las niñas les gustó desde el principio. Por su carácter jovial, acabaron por llamarle Ulf *el Alegre*.

Östen y sus dos hombres se habían recuperado hasta el punto de poder empezar a moverse. Los trasladaron entonces a la sauna, donde pusieron a un hombre armado para vigilarles. El padre Willibald intentó hablar con ellos de la doctrina cristiana, y luego acudió a ver a Orm para decirle que el mantillo del corazón para la semilla de la gracia era ciertamente yermo en estos hombres, aunque ciertamente no cabía esperar otra cosa de gente de su calaña.

—No soy un hombre vanidoso —dijo—, y no busco ni fama ni gloria, pero por supuesto me sentiría recompensado por mis esfuerzos si fuera yo el primero que bautizara a un habitante de Småland, pues nadie ha oído que algo así haya sucedido jamás, y entonces la alegría en el cielo sería magna. Sin embargo, ignoro si voy a poder tener éxito con estos hombres, puesto que su testarudez es excesiva y me gustaría que tú, Orm, me ayudaras con una palabra de exhortación para con este Östen.

A Orm la idea del cura le pareció buena, y estuvo de acuerdo en ayudarlo en la tarea.

—Y yo te prometo —dijo— que serán bautizados los tres antes de salir de Gröning.

—Pero primero tienen que escuchar mis enseñanzas —dijo—, y ahí topamos con el primer escollo.

—Entonces escucharán las mías —respondió Orm.

Entraron juntos a la sauna, y Orm y Östen se vieron por primera vez después de la batalla. Östen dormía acostado, pero se despertó cuando les oyó entrar. Tenía la cabeza envuelta en vendas que el padre Willibald cambiaba cada día. Se incorporó con cierta dificultad y miró a Orm.

—Este es un buen encuentro para mí —dijo Orm—, puesto que a mi cabeza le ha ido mejor que a la tuya y te debo un agradecimiento por las abundantes riquezas que has traído hasta mi casa, aunque no fuera así como tú lo habías previsto.

—Hubiera ido de otra manera —dijo Östen—, si el mocoso no nos hubiera traicionado.

Orm soltó una carcajada.

—Qué bonita suena la palabra «traición» en la boca de un hombre como tú, pero aquí hay algo sobre lo que me gustaría saber tu opinión. Viniste a buscar mi cabeza, y ¿quién es ahora dueño de la tuya?

Östen reflexionó en silencio un buen rato y finalmente dijo:

—La suerte no ha estado de mi parte en este asunto; es todo lo que tengo que decir.

—Y sin embargo, podrías haber corrido peor suerte —dijo Orm—, de no haber sido por este hombre santo, a quien debes el mayor de los agradecimientos. Cuando supe que el rey Sven quería una cabeza de estas latitudes, pensé en enviarle la tuya, pero este cura cristiano me lo desaconsejó. Ha salvado tu vida y ha sanado tus heridas, aun así no se siente feliz, pues quiere también salvar tu malvada alma de Småland. Por ello hemos decidido que vamos a cristianizarte, y a tus hombres contigo. No tienes nada que decir al respecto, ya que tu cabeza es ahora mía y hago con ella lo que quiero.

Östen les miró a los dos sombríamente.

—Mi familia es grande y poderosa —dijo—, y ninguno de sus miembros queda sin vengar. Por ello todo esto te va a costar muy caro, que lo sepas, y te costará más

caro aún si me obligas a cosas ignominiosas.

—Nadie te obliga —dijo Orm—, tú mismo harás la elección. ¿Quieres que el sacerdote te rocíe la cabeza, algo que sólo puede traer prosperidad a tu vida? ¿O prefieres que la pongamos en un saco y se la enviemos al rey Sven? Yo te prometo que la envolveremos con esmero para que llegue en perfecto estado, y así pueda ver a quién pertenece. Lo mejor será enviarla en sal, puesto que ahora me sobra.

—Ningún miembro de mi familia ha sido bautizado jamás —dijo Östen—, sólo entre nuestros esclavos hay cristianos.

—Tienes que saber —dijo Orm— que el mismo Cristo dijo que todos deben ser bautizados, incluso los de Småland. El padre Willibald conoce las palabras.

—Estas fueron sus palabras —añadió el padre Willibald—: «Id y adoctrinad a todas las personas y bautizadlas». Y también dijo: «El que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea irá al reino de Hel^[33]».

—Pues ya lo has oído —dijo Orm—, es lo que yo te he dicho:

Al reino de Hel irás,
descabezado,
o con agua bendita
serás rociado.

—Tu pecado es grave y tu maldad oscura —dijo el padre Willibald—, pero así son las cosas con la mayoría de los habitantes de este país. No obstante, si te bautizas podrás contarte entre los buenos, por la bondad de Cristo, cuando ascienda a los cielos para juzgar a todas las personas. Y no falta mucho para que llegue ese momento.

—Y además debes saber —añadió Orm— que la mano de Dios estará contigo desde que te bautices, y es una mano fuerte, como tú mismo has podido comprobar en un intento contra mí y lo que es mío. A mí nunca me había ido tan bien en todo como desde que empecé a seguir a Cristo. Todo lo que tienes que hacer es liberarte de los viejos dioses y decir: «No hay más dios que Dios, y Cristo es su profeta».

—Su profeta no, su hijo —le corrigió con severidad el padre Willibald.

—Su hijo —dijo Orm enseguida—, eso es, si ya lo sabía yo. Me he precipitado al hablar, y la lengua se me ha ido por el mal camino, el de la doctrina falsa que obedecí cuando serví al señor Almanzor de Córdoba, en la tierra de los andaluces. Pero de eso hace ya mucho tiempo, y éste es el cuarto año desde que me bautizó un santo obispo en Inglaterra; desde entonces, Cristo me ha sido de gran ayuda. Pone a mis enemigos en la palma de mi mano, de modo que no sólo hombres como tú caen ante mí, sino incluso el mismo rey Sven, además de otras cosas que me han acontecido. Nací con buena estrella, sí, pero sin duda el bautizo ha marcado una gran diferencia en mi vida.

—En esto no puedo llevarte la contraria —dijo Östen—, tienes mejor fortuna que yo.

—Pero no fue hasta que me bautizaron que mi fortuna fue la que tengo hoy — insistió Orm—. Ya que antes, —cuando la vieja doctrina era todo lo que yo conocía, a menudo lo pasaba muy mal y durante dos años serví de esclavo en el barco de Almanzor, amarrado con grilletas al banco de los remeros. Y es cierto que conseguí esta espada que ves, la mejor de todas las armas. Incluso Styrbjörn, que tenía en sus huestes a los mejores herreros, al sostenerla en la corte del rey Harald dijo que no tenía parangón; eso sí, también puedo decir que fue un pago generoso después de mis muchos esfuerzos al servicio del califa; y fue entonces cuando abracé la doctrina de los andaluces, como me ordenó mi señor Almanzor, y cuando conseguí la gran joya que llevaba ahora mi esposa. Pero por aquella joya casi me hirieron de muerte en un duelo en el salón del rey Harald, a pesar de que portaba una sólida cota de mallas andaluza. Sin la ayuda que me proporcionó este cura con sus conocimientos médicos, hubiera muerto por aquella herida. Al final me bautizaron y entré en el reino de Dios, y entonces conseguí a la hija del rey Harald, que cuento como uno de mis mejores tesoros. Y tú mismo has podido ver cómo Cristo me ha ayudado a conseguir todo lo que tú has traído hasta aquí con tu ajobo. De todo ello puedes deducir, si eres un hombre sensato, que no vas a perder nada con el bautizo, al revés, vas a ganar mucho, aunque tú no des demasiada importancia a conservar la cabeza.

Ésta fue la prédica más larga que jamás habían oído de la boca de Orm, y luego el padre Willibald le dijo que no lo había hecho nada mal a pesar de ser tan nuevo en la labor.

Östen se quedó pensando un buen rato tras escuchar aquellas palabras. Luego dijo:

—Si lo que dices es cierto, estoy de acuerdo en que la doctrina cristiana no te ha perjudicado, al revés, puesto que conseguir a la hija del rey Harald no es una nimiedad, como tampoco lo es lo que has conseguido de mí. Pero los esclavos cristianos que tenemos en casa no podrían decir lo mismo que tú, y yo no sé cuál es la suerte que me va a tocar a mí, si la de un *hövding* o la de un esclavo. Una cosa sí quiero saber: si acepto lo que tú propones, ¿qué harás conmigo después?

—Pienso soltarte y dejarte marchar —dijo Orm—, y a tus hombres contigo.

Östen le miró con desconfianza, pero al final asintió.

—Te creeré cuando lo digas ante todos —dijo—. Y entonces se hará tu voluntad, y así empezará mi suerte como cristiano, pero lo que tú sacas de mi bautizo es algo que escapa a mi comprensión.

—Pues nada más que lo que es justo —respondió Orm—; poder dar una alegría a Dios y a su hijo, cuando ellos han hecho tanto por mí.

CAPÍTULO V

Del gran festín de cristianización y de cómo bautizaron a los primeros oriundos de Småland

Cuando las abejas empezaron a libar y se recolectó el primer heno, llegó el momento del gran festín de cristianización de Orm. Duró tres días, según los deseos del hijo de Toste y Åsa, y desde el principio lo tacharon de festín peculiar, porque no se manchó de sangre ni una sola arma, y ello a pesar de que cada noche los invitados estaban tan ebrios como se podía desear en el banquete de un *storman*. La única desgracia que sucedió fue que, durante la primera noche, dos hombres jóvenes, en su primera embriaguez, se acercaron a los enormes canes para jugar. El uno salió rápido de allí sin más daños que algunos rasguños y algún jirón en la ropa, pero el otro, al que derribaron entre alaridos, fue salvado por un par de mujeres de la casa que los canes reconocieron, y lo sacaron con las manos y las piernas laceradas y con una oreja arrancada. Esto despertó grandes risas y se elogió a los perros describiéndolos como un orgullo para toda la región, pero nadie más se atrevió a jugar con ellos.

A Åsa y a Ylva les costaba acomodar a todos los invitados a la hora de dormir, puesto que habían acudido más de los previstos y muchos jóvenes adultos les habían acompañado. A pesar de que muchos de los más entrados en años caían dormidos en el mismo banco donde habían comido o debajo de éste, en el suelo, y pasaban allí la noche sin dar más problemas, tantos otros tuvieron que arreglárselas en cualquier rincón. Los jóvenes estuvieron a gusto, ya que las mozas durmieron en un granero y los mozos en otro, sobre heno fresco y bueno. Y aun cuando para muchos de ellos resultó difícil encontrar el granero correcto, o quedarse allí, no se escucharon quejas al respecto. Por la mañana, las chicas murmuraban púdicas con sus madres sobre la perdición que les había acontecido sobre el heno, y escuchaban exhortaciones de ir con más cuidado la noche siguiente para que nadie más se tropezara con ellas, ya que estas cosas podían dar mala reputación. Luego tuvieron lugar deliberaciones entre los progenitores de los jóvenes, de modo que se apalabraron siete u ocho matrimonios antes de que terminara el festín. A Orm y a Ylva les alegró esta noticia, pues demostraba que los invitados lo pasaban bien en su celebración, tanto los jóvenes como los mayores, y el padre Willibald refunfuñaba tranquilo y en voz baja, sin que pareciera muy preocupado por dar su opinión al respecto.

En cambio, sí tuvo mucho que decir ya el primer día: cuando todos habían ocupado sus lugares en los bancos en la iglesia y se había servido la cerveza de bienvenida, encendió ante el altar, donde habían colocado la cruz, tres bellas velas que habían moldeado Åsa y él, y se dirigió a los congregados para hablarles del lugar

sagrado en el que se encontraban.

—Y el Dios que reina aquí —dijo—, y que es el único verdadero, es el Dios de la sabiduría, de la fuerza y de la fortuna. Y su casa, donde habéis podido entrar, es la Casa de la Paz, ya que él dispone de una gran paz que concede a aquellos que quieren acercarse a él. Habéis acudido a este lugar desde la ignorancia y la oscuridad, y a ellas volveréis al salir de aquí para cebaros con el pecado y crecer en maldad hasta el fin de vuestros días, cuando a los ojos de Dios estéis entre los extraños. Sin embargo, el hijo de Dios, Cristo, siente una amistad incondicional por vosotros, a pesar de que cada día actuáis en su contra en la mayoría de las cosas, y por ello habéis podido entrar en su casa. Él quiere el bien de todas las personas y, en su periplo por la tierra, convirtió agua en sabrosa bebida de festín para complacer a sus amigos. Ahora, sin embargo, el tiempo de su amistad se acerca a su fin para aquellos que se alejen de él, y aquellos que sientan su ira lo pasaran mal, peor que el *hövding* guerrero del que hablan las canciones, aquel que terminó en un nido de serpientes. Y seguro que todos comprendéis que lo mejor sería que pudierais evitar pertenecer a ese grupo. Él no duda en invitar a todos a entrar en su corral y a ser admitidos entre sus sirvientes a través del bautismo, pero aquellos que se opongan tendrán que atenerse a las consecuencias.

Los congregados escucharon las palabras del padre Willibald y susurraron entre sí que podía tener razón en mucho de lo que decía, a pesar de que no resultara fácil seguirle en sus razonamientos. Se notaba que los de más edad eran los que ponían más atención, puesto que los jóvenes, hombres y mujeres, tenían sobre todo los ojos puestos en Ylva. Daba gusto mirarla, pues estaba en la plenitud de su beldad; satisfecha con todo y amable con todos, llevaba un vestido nuevo, con el justillo cosido con seda y plata de la mejor que habían encontrado en los fardos de Östen, y la impresionante cadena andaluza al cuello. En las miradas de la gente se leía que una mujer y una joya así no tenían fácil parangón, y al ver aquellas miradas Orm no se sintió peor.

Cuando el cura terminó de hablar, Orm intentó que algunos de los invitados más juiciosos reconocieran que era sensato dejarse cristianizar, pero sólo consiguió que un par le dijeran que lo pensarían e incluso más tarde, cuando ya empezaban a estar ebrios, no quisieron prometer más que eso.

Al día siguiente, domingo, el padre Willibald habló a los congregados sobre la obra y el descanso de Dios, historia que les pareció entretenida, y sobre la resurrección de Cristo en este día, algo que les resultó más difícil de creer. Luego Harald Ormsson, el hijo de los anfitriones, fue bautizado dentro de la iglesia. Åsa lo llevó hasta la pila bautismal, y el padre Willibald procedió con gran ceremonia, alzando plegarias en latín que ahogaron los llantos del niño y dejaron sentados y atemorizados a los congregados. Cuando terminó, brindaron por la fortuna del recién bautizado y por el recuerdo de los grandes héroes (Harald *Diente Azul*, Sven Råttnos e Ivar Vidfamne), cuya sangre corría por las venas de este niño.

Luego todos abandonaron la iglesia para presenciar el bautizo de los de Småland en la orilla del río. Sacaron a Östen y a sus dos hombres de la sauna y les hicieron dar unos pasos río adentro. Allí se colocaron en fila, con la cabeza descubierta y con la expresión sombría. El padre Willibald se había colocado sobre el pequeño embarcadero, ante ellos, con Rapp a su lado empuñando dos lanzas para asegurarse de que no iban a escapar. El sacerdote los bendijo con la voz temblorosa de fervor y júbilo, ya que para él era éste un gran día. Luego les ordenó que inclinaran la cabeza y se las mojó con agua una por una con un cazo. Después los bendijo posando las manos en sus cabezas, y se inclinó para darles a cada uno el beso fraternal.

Aquellos hombres aceptaron cada uno de los pasos de la ceremonia con resignación, sin hacer ni una mueca, como si apenas hubieran reparado en el padre Willibald y sus actos, y para nada en los espectadores que se habían congregado en la orilla del río.

Al volver a tierra firme, Orm les dijo que desde aquel momento eran hombres libres y podían marcharse a donde quisieran.

—Pero antes de que me dejéis —dijo—, vais a poder ver una prueba más de cómo actúa un cristiano, puesto que se impone que nosotros, que veneramos a Cristo, mostremos buen temperamento con nuestros enemigos, incluso con aquellos que han pretendido quitarnos la vida, y en eso no quiero ser menos que otros.

Ordenó así que les dieran alimentos del banquete para el camino, y les ofreció un caballo a cada uno de los que habían pertenecido a su ajobo.

—Y ahora podéis ir en paz —dijo—, y no olvidéis que debéis ser fieles a Cristo.

Östen lo miró y, por primera vez aquel día, las palabras salieron de sus labios.

—No soy un hombre que olvide fácilmente —dijo despacio, y su voz sonó como si estuviera muy cansado.

Se subió al caballo sin añadir nada más, cruzó el portón a caballo con sus hombres y desapareció en el bosque.

Los demás volvieron a ocupar sus posiciones en los bancos, y el festín continuó con alegría y bullicio; poco después, cuando el padre Willibald quiso continuar explicando la doctrina cristiana, tuvo dificultades para mantener la atención de los congregados. Le dijeron que preferían escuchar las aventuras de Orm en países extranjeros y de su enemistad con el rey Sven, y en esto Orm se doblegó a su voluntad. El rey Sven no gozaba de mucho aprecio en aquella región, puesto que las gentes de las tierras fronterizas alababan encantados a los reyes difuntos, pero raras veces encontraban algo bueno que decir de los vivos. Cuando Orm contó cómo una vez el padre Willibald había arrojado una piedra al rostro del rey Sven, haciéndole sangrar por la boca y rompiéndole algunos dientes, lanzaron gritos de júbilo y todos se apresuraron a llenar sus jarras para brindar en honor del pequeño cura. Muchos se removieron en el banco con lágrimas en las mejillas y boquiabiertos; otros, acosados por una repentina carcajada, no pudieron más que escupir la cerveza gritando en voz alta que no se conocía hazaña igual a la de aquel menudo ser.

—Ha sido por inspiración divina —dijo el padre Willibald—. El rey Sven es enemigo de Dios, y por eso le pudo derribar mi débil mano.

—Hemos oído decir —dijo un hombre reputado llamado Ivar *el Herrero* que estaba sentado cerca de Orm— que al rey Sven no le gustan los cristianos, y los que menos, los curas, a quienes mata en cuanto tiene ocasión. Y esto es comprensible si una vez recibió tal castigo de la mano de este cura, porque estas cosas pueden ser la mayor ignominia para un rey, algo difícil de olvidar.

—Sobre todo si le han hecho saltar los dientes —dijo otro buen campesino llamado Svarte Grim de Fjäle—, ya que cada vez que dé un mordisco a un trozo de pan o intente roer un hueso de cordero recordará la humillación sufrida.

—Es cierto —dijo un tercero llamado Ulf *Pie de Muñón*—, ya que lo mismo me sucedió a mí cuando perdí el pie, en aquella ocasión en que yo y mi vecino, Thorvald de Långaled, nos enfrentamos. Me propinó el hachazo en plena discusión, y no conseguí saltar a tiempo. Mucho tiempo después de que el muñón hubiera sanado y aprendiera a caminar con una pata de palo, me seguía sintiendo cansado e impotente, tanto de pie como sentado, e incluso acostado en el lecho, eso os lo puede decir mi mujer, ya que durante un tiempo estuvo tan amargada como si hubiera sido viuda. Sin embargo, la fortuna cambió cuando por fin vi a Thorvald tumbado ante mí en el camino con mi flecha en el cuello; di un salto por encima de él que casi me lleva a romperme la otra pierna, tan lleno de fuerza me sentí. Y tras esto no me ha faltado de nada.

—Mi hermano Sven no mata cristianos por el padre Willibald —dijo Ylva—, siempre les ha tenido un odio cerval, sobre todo desde que mi padre empezó a protegerles y se hizo bautizar. No podía siquiera ver al santo obispo Poppo, que era la más dulce de las personas, sin susurrarle algún insulto, pero no se atrevió a más mientras mi padre estuvo en el poder. Ahora mata obispos y otros, en cuanto se los encuentra, hasta aquí han llegado esos rumores, y la verdad es que no estaría mal si tuviera los días contados.

—Los días de los malvados suelen ser largos —dijo el padre Willibald—, pero hay una cosa que alcanza aún más lejos: el castigo de Dios.

En este punto se empezaron a componer versos en uno de los extremos de la mesa, donde estaban sentados los jóvenes y reinaba gran alborozo. Aquella noche se compuso una canción de escarnio que se cantó mucho tiempo en las tierras boscosas, tanto en festines como en batallas y en el bosque, y que con el tiempo llegó a llamarse la vieja canción del rey Sven. Fue un hombre joven llamado Gisle, hijo de Svarte Grim, quien empezó. Era un mozo bien proporcionado, más bien sombrío y de tez clara, y a pesar de que estaba en su sano juicio tenía la peculiaridad de ser tímido con las mujeres, si bien ellas no le dirigían precisamente miradas hostiles. A todos sus familiares esto les parecía una dolencia extraña, para la que ni siquiera los más sabios tenían cura; ahora se encontraba sentado una vez más en silencio, tímido, se dedicaba sobre todo a la comida y la bebida, a pesar de que se sabía que podía mostrar una

elocuencia al alcance de muy pocos hombres. Sentada en el lado opuesto de la mesa tenía a una moza llamada Rannvi, una casadera floreciente con la nariz algo chata y un hoyo en la barbilla que podía hacer soñar a cualquier hombre joven, y a hurtadillas la había contemplado más o menos desde el principio, aunque sin atreverse a decir nada y llenándose de pavor cuando se encontraban sus miradas. En un par de ocasiones ella lo había criticado por su parquedad de palabra sin que sirviera de nada, pero ahora la sabrosa cerveza le había mejorado el humor y, después de haber reído sin parar de lo que habían contado del enfrentamiento entre el rey Sven y el padre Willibald, empezó a mecerse adelante y atrás en el banco y recitó de repente en voz alta:

Con el cura
una vez luchaste,
del rocín caíste y
la tierra probaste,
oh, rey Sven.

—¡Menuda novedad! —gritaron los más cercanos—. ¡Gisle es escaldo y compone una canción sobre el rey Sven! Pero ésta es sólo la primera parte: ¿cómo sigue?

Muchos se animaron a ayudar a terminar la canción, pero no era fácil hacerlo encajar todo. Una vez más fue a Gisle a quien se le ocurrió la solución, de forma que se pudiera cantar como una vieja y conocida tonada:

Grande es el reino
Sven, hijo del rey, de tu regencia.
El dios Tyr era,
oh, rey Sven, tu igual.
Pero la ira del cura
te hizo sentir la piedra dura,
y con estrépito,
oh, hijo de rey, te desplomaste atónito.

—¡Es un escaldo! ¡Ha compuesto una canción de verdad! —gritaron los que estaban más cerca, aunque la que gritó más fuerte fue Rannvi.

—Escuchad a los jóvenes —dijeron los mayores—, tienen a un escaldo ahí abajo. El hijo de Svarte Grim, que ha compuesto una canción sobre el rey Sven. ¿Quién hubiera creído algo así? ¿Acaso lo ha heredado de ti? ¿O de otra persona?

—Escuchemos la canción —dijo Orm.

Gisle tuvo que recitar su obra ante todos, y al principio le tembló la voz, pero cuando se percató de que a la gente le gustaba su composición y que el mismo Orm

asentía, perdió el miedo y se atrevió a mirar a Rannvi a los ojos sin timidez.

—Puedo componer más y mejores que ésta —le dijo a ella al sentarse.

Svarte Grim, su padre, sonrió muy satisfecho y dijo que él a veces había sentido cierta predisposición a la poesía en su juventud, pero que otras cosas se habían interpuesto entre ellos.

—Sin embargo, esto es algo peculiar —dijo—, puesto que el chico es algo esquivo, y sus temores aparecen sobre todo con la cercanía de las muchachas, a pesar de que él quisiera que fuera de otro modo.

—Ya no tiene que tener miedo de ellas, créeme, Grim —dijo Ylva—. Ahora que ha mostrado sus cualidades de escaldo, se le van a colgar del cuello todas las que quepan. Más de una vez oí decir a mi padre, que por cierto era un hombre lleno de sabiduría, que, al igual que las moscas sobrevuelan todo tipo de alimento y degustan de buena gana cualquier cosa, pero la abandonan en cuanto perciben el olor del bote de miel, así son las cosas también con las casaderas cuando aparece un escaldo.

Orm, con el rostro apesadumbrado, tenía la mirada hundida en la jarra de cerveza sin escuchar lo que decían.

Åsa quería saber si le faltaba algo, pero él tan sólo refunfuñó cansado y no respondió.

—Si le conozco bien, está componiendo —dijo Ylva—; suele ponerse así cuando lo hace. Es una peculiaridad de los escaldos, si están juntos y uno compone, el otro no descansa hasta haberle superado con una estrofa que él considere mejor.

Orm tenía las manos sobre las rodillas y se balanceaba adelante y atrás en el banco. Suspiraba profundamente y murmuraba para sí con la voz apagada. Pero al final hizo cuadrar la estrofa, asintió aliviado y golpeó la mesa con el puño para hacerse oír en el bullicio. Luego recitó lo siguiente:

Tal vez entre tus amigos
ya no me cuentes,
oh, rey Sven.
Y quizás entre tus enemigos
sea el más odiado,
Sven, hijo del rey.
Mas en esta lucha
la compañía me alienta:
fieles a Dios y hierro afilado,
oh, rey Sven.

Esta estrofa fue acogida con ovaciones por todos los que aún podían comprender lo que dijo, y Orm dio un largo trago y volvió a estar de un excelente humor.

—Aquí hemos hecho algo bueno —dijo—, una canción que alegra a todo el mundo, pero que poco entusiasmaría al rey Sven. Es memorable que dos escaldos

hayan coincidido en este festín, puesto que son escasos en estas tierras. Y aunque es posible que no estemos a la misma altura en nuestra destreza poética, tú, Gisle, te has defendido bien, y por ello quiero brindar por ti.

No obstante, cuando Orm escudriñó el extremo de la mesa a través del humo de la antorcha de brea, no encontró rastro de Gisle ni allí ni debajo de la mesa con los demás. Pero como el lugar de la joven casadera Rannvi también estaba vacío, los anfitriones pensaron que era posible que a los dos les hubiera venido sueño a la vez y que, como jóvenes bien educados, se habían marchado sin molestar a nadie.

Aquella noche el padre Willibald, con la ayuda de Åsa e Ylva, consiguió la promesa de cuatro de las mujeres de que pronto bautizarían a sus bebés si la ceremonia tenía lugar con la misma solemnidad y en la misma pila que se habían usado con Harald Ormsson. En cambio, ninguno de los invitados quiso hacer una promesa así de firme sobre sus personas, a pesar de que su humor fuera óptimo tras los manjares, por lo que el cura tuvo que armarse de paciencia a pesar de que las esperanzas que había puesto en aquella celebración habían sido mayores.

Al día siguiente, que fue el último día del festín de Orm, llegó el momento de empinar el codo de verdad: a Orm todavía le quedaba carne de cordero ahumado y gran parte de un buey fresco, dos barriles de cerveza de festín y un barril pequeño con hidromiel de tilo bien fuerte, y dijo que no le honraría a él ni a sus invitados si algo de esto quedaba al concluir el banquete. Todos los invitados se preocuparon por su propia honra y la de él, prometieron hacer todo lo que estuviera en sus manos y se lo tomaron muy en serio desde primera hora de la mañana. Y ahora la intención era, dijeron con confianza, que tanto el anfitrión como el cura acabaran debajo de la mesa antes de que se vaciara la última gota.

Orm hizo un aparte con el padre Willibald y le pidió consejo. Le dijo que quería saber si era legal ante Dios bautizar a paganos medio inconscientes por los efectos del alcohol.

—Porque, de ser así, es probable que podamos hacer mucho bien hacia el atardecer, teniendo en cuenta cómo se presenta el día.

El padre Willibald le respondió que aquélla era una difícil pregunta que a menudo había sido objeto de dudas entre los hombres de Dios que se dedicaban a la conversión.

—Algunos están a favor de permitirlo cuando el demonio es demasiado persistente —dijo—, y se apoyan en que el emperador Carlomagno, cuando bautizó a los salvajes sajones que se mantenían firmes en su vieja maldad, a veces calmaba a los más recalcitrantes con un mazazo cuando los arrastraban a la pila bautismal para atajar su violencia y los alaridos blasfemos. Nadie puede negar que se importuna al demonio también de este modo, y no creo que tenga demasiada importancia si los recalcitrantes son aplacados con un mazazo o con cerveza. Sin embargo, el santo obispo Pilgrim de Salzburgo, en los tiempos del viejo emperador Otto, opinaba distinto en este asunto, y escribió una carta sobre el tema llena de sabiduría. Mi

devoto maestro, el obispo Poppo, siempre decía que su opinión era la correcta. Puesto que sí puede ser cierto, dijo, que importune al demonio incluso el bautizo de los paganos en tal estado, pero tal enojo es pasajero. Cuando de nuevo se despabilan y descubren lo sucedido, nadie puede notar, a pesar de toda la fuerza del sacramento, el más mínimo atisbo de amor hacia Dios. Al contrario, vuelven a abrir de nuevo sus corazones al demonio, y aún más que antes, y causan estragos contra Cristo y sus siervos. Así pues, de esto no surge ni recompensa ni bendición, y por eso dicen los hombres de Dios que he mencionado, y muchos con ellos, que no debería tener lugar un solo bautizo por estos medios.

—Es bien posible que sea como tú dices, pues lo escuchaste del propio obispo Poppo —dijo Orm, apenado—, y sin duda él es quien más sabe de estas cuestiones. Eso sí, es una pena que éste sea el caso.

—Es la voluntad de Dios que así sea —dijo el padre Willibald, asintiendo pensativo—. Nuestra tarea con los paganos sería demasiado fácil si los pudiéramos bautizar con ayuda de la cerveza. Hace falta mucho más que eso: persuasión, buenos actos y mucha paciencia, lo último es lo más arduo.

—Es mi deseo ayudar a Dios en lo que me sea posible —dijo Orm—, pero cómo vamos a poder instruir a mis vecinos en su doctrina es algo que escapa a mi comprensión.

No hablaron más de este asunto, y el banquete continuó con disfrute y alborozo. Ya entrado el día, mientras la mayoría aún se sostenía en pie, las mujeres casadas fueron a ver al hijo de Ylva para, según las viejas tradiciones, colmarle de presentes de bautizo y buenos deseos. Los hombres, a quienes les pareció que les vendría bien algo de aire, empezaron con juegos y pruebas de fuerza en la pendiente de hierba que llevaba al río. Allí tuvieron lugar pulsos con los dedos y enfrentamientos de agarre de la cintura y levantamiento de piernas rectas, con gran bulla y alegría y muchas y bellas volteretas. Algunos de los más osados probaron también el duro juego sólo para dos hombres fornidos que llevaba el nombre de «levantamiento de fardo», aunque sin que nadie se agotara, se reventara o se rompiera el cuello.

Fue mientras todo esto tenía lugar que los cuatro peculiares mendigos llegaron a Gröning.

CAPÍTULO VI

De cuatro peculiares mendigos y de cómo los maestros de Erin fueron de gran ayuda al padre Willibald

Tenían el aspecto que suelen tener los mendigos: llegaron a la finca a pie cargados con bolsa y bastón, y pidieron comida y bebida. Ylva estaba sentada en el banco ante la casa, ensimismada en una conversación con las madres de Gisle y Rannvi, ya que éstos habían acudido a ella aquella misma mañana para decirle que se sentían a gusto juntos, y le habían pedido que intercediera por ellos ante sus progenitores para que se pudieran casar cuanto antes mejor, e Ylva les había prometido encantada que les ayudaría en aquel asunto. Cuando le dijeron que había mendigos en el portal de entrada, hizo llamar a Orm, ya que había dispuesto que no dejaran entrar a ningún extraño sin que él lo supiera.

Orm examinó a los caminantes, y ellos respondieron gustosos a sus preguntas, pero no le pareció que se comportaran como mendigos. El primero de ellos era un hombre corpulento, ancho de espalda y orondo, con algunas canas en la barba y una mirada perspicaz que parecía agazaparse bajo el ala de su sombrero. Al moverse, arrastraba una de las piernas, que parecía estar rígida a la altura de la rodilla. Hablaba con una voz grave y se le notaba que era de la región de los suiones. Le dijeron que venían de Själland y se dirigían al norte, al otro lado de la frontera. Un pescador les había ayudado a atravesar el Estrecho, y desde Landöre habían mendigado hasta allí.

—Pero hoy aún no hemos probado bocado —dijo—, porque las distancias son enormes entre las fincas y no nos llevamos nada en las bolsas del último lugar en que nos hospedamos.

—Sin embargo, para ser un mendigo a ti no parece haberte faltado alimento —dijo Orm.

—Los pasteles de los daneses y de los de Småland son alimentosos —dijo el hombre con un suspiro—, pero a partir de ahora y hasta llegar a la región del Mälaren van a ser más magros, y yo con ellos.

A su lado tenía a un hombre joven enjuto y pálido, con las mejillas y la barbilla negras por una incipiente barba que crecía muy espesa. Orm le miró.

—Se podría pensar que te han afeitado para cura —dijo al fin.

El hombre enjuto esbozó una sonrisa triste.

—Se me chamuscó la barba asando tocino en un día ventoso, y todavía no le ha dado tiempo de crecer.

No obstante, los que despertaron más sospechas en Orm fueron los otros dos

extraños que le acompañaban. Se veía que eran hermanos, ya que ambos eran menudos y escuálidos, orejudos y con grandes narices, y le miraban con ojos de ardilla, marrones e inteligentes. A pesar de ser tan menudos, parecían ser hombres fuertes y nervudos. Con la cabeza ladeada escuchaban el ladrido de los grandes perros, y de repente uno de ellos se puso un dedo en la boca y emitió un silbido, suave, vibrante y con un tono peculiar. Los canes callaron de inmediato, y desde ese momento sólo oyeron sus gañidos amistosos.

—¿Acaso sois troles o solo brujos? —preguntó Orm.

—Pues no todo lo que nosotros quisiéramos —respondió uno de ellos—, ya que no podemos hacer aparecer los alimentos por arte de magia, aunque estemos muy hambrientos.

Orm sonrió.

—Yo no os voy a negar el sustento —dijo—, y no creo que vuestra magia pueda ser peligrosa a la luz del día, pero nunca había visto mendigos como vosotros. Ningún extranjero hace callar a mis perros... A veces, ni siquiera yo lo consigo.

—Podríamos enseñarte esta habilidad —dijo el otro hombre menudo— cuando hayamos puesto una buena ración en el estómago y dos más en las bolsas. Somos hombres errantes, y comprendemos a los canes mejor que la mayoría.

Orm dijo que no iban a tener que marcharse de allí con las bolsas vacías, y dicho esto les invitó a entrar.

—Y llegáis en el momento más oportuno, en pleno banquete —dijo—, así que tendría que haber suficiente manduca para vosotros, pasteles de carne, tortas y otras cosas. Eso sí, hubiera sido mejor para los comensales si tú, que sabes silbar, hubieras sabido también tocar algún instrumento.

Los hombres menudos se miraron con complicidad, pero no dijeron nada y los cuatro le siguieron al interior de la finca. Orm gritó a Ylva:

—Aquí tienes a unos viajeros, tanto grandes como pequeños, que necesitan su ración de pitanza de festín.

Ylva alzó la cabeza y asintió distraída, dejando por un momento la conversación, pero cuando vio a los dos hombres menudos se le abrieron los ojos como platos del asombro, y se levantó del banco con un brinco.

—¡Los maestros de Erin! —gritó—. ¡Felimid y Ferdiad! ¡Los bufones de mi padre! ¡Y todavía vivís! En el nombre de Dios, mis pobres amigos, ¿por qué os presentáis como mendigos? ¿Sois acaso demasiado mayores para vuestras habilidades?

Los dos más pequeños no pudieron esconder su asombro al reconocer a Ylva, y ambos saltaron de alegría, soltaron los bastones y las bolsas de mendigo, y dieron un par de pasos hacia Ylva brincando. Uno se puso boca abajo apoyándose sobre las manos y saltando adelante y atrás al son de alegres sonidos. El otro se encogió hasta hacerse una madeja y rodó hasta sus pies. Luego volvieron a ponerse de pie, y con el rostro impasible la saludaron cortés.

—No es que seamos mayores —dijo uno de ellos—, lo has podido comprobar tú misma, la más bella de las hijas de Harald. Tienes que saber que la edad espanta a maestros cómicos como nosotros. Y eso que ya hace tiempo que, sentada en las rodillas de tu padre, nos viste actuar por primera vez, pero ahora estamos más hambrientos que entonces.

Muchos de los invitados al festín acudieron en este punto a toda prisa para ver a aquellos peculiares hombres que podían hacer la vertical y voltear sobre sí mismos con tanta facilidad, pero Ylva dijo que los recién llegados iban a comer y beber con calma primero, y que iban a ser agasajados como cualquier otro invitado. Ella misma los acompañó a la casa y les hizo servir la mejor comida y bebida que tenían, y luego no fue necesario obligarles a hincar el diente. Las pequeñas gemelas y el joven Ulf les acompañaron fascinados, pero se mantuvieron en silencio en un rincón esperando que los dos hombres menudos retomaran sus cabriolas. Orm explicó a los curiosos que esperaban en la puerta quiénes eran aquellos peculiares mendigos.

—Fueron bufones del rey Harald —dijo—, y ahora no tienen señor. Son irlandeses, y su reputación les precede. Los vi una vez en el festín de navidad del rey Harald, pero iban decorados con plumas y con gran colorido de ropajes, y por eso no los he reconocido a primera vista. No sabemos por qué se presentan como mendigos, pero cuando hayamos bebido la cerveza escucharemos lo que tienen que contarnos.

Cuando los recién llegados estuvieron hartos, los bufones no tuvieron reparos en unirse al festín, que ahora, tras el descanso, se reemprendería en serio. Sin embargo, los otros dos no decían gran cosa ante sus fuentes vacías, pues sentían una gran fatiga después de los esfuerzos del camino y el succulento ágape. El padre Willibald les acompañó a su propia cámara para que pudieran dormir sin ser molestados. Después, se llevó a los dos bufones aparte para mantener una seria conversación con ellos que nadie quiso interrumpir; los tres se conocían ya desde hacía mucho tiempo de la corte del rey Harald, y estuvieron contentos de volverse a ver.

Todos volvieron a ocupar sus lugares en la iglesia, y los dos bufones se colocaron junto al padre Willibald. Desde el principio, las preguntas sobre ellos fueron numerosas y todos estaban impacientes por contemplar alguna de sus artes, y cuanto antes mejor. Sin embargo, los dos bufones hacían oídos sordos, y daban sorbos a la cerveza sin parecer preocupados por aquellas demandas. Orm dijo entonces:

—No estaría bien que insistiéramos en ver algo de vuestras habilidades, puesto que tenéis derecho a estar cansados tras el camino y aquí reina la hospitalidad sin esperar nada a cambio. Eso sí, es cierto que a todos nos gustaría disfrutar de vuestro arte, puesto que por lo que yo sé los dos tenéis gran fama, y siempre he oído que no hay bufón en todo el mundo que pueda competir con los de Irlanda.

—*Hövding* —respondió uno de ellos—, has oído bien, y te puedo decir que ni siquiera en Irlanda hay dos hombres más reputados en nuestro arte que yo, Felimid O’Flann y mi hermano Ferdiad, que me iguala en calidad. En nuestra familia hemos sido bufones de rey desde nuestro progenitor Flann *el Orejudo*, que hace mucho

tiempo actuaba para Conchobar Mac Nessa, rey de Ulster, y ante los héroes de la Rama Roja que estuvieron con él en Emain Macha. Y para todos nosotros, miembros de la familia Flann *el Orejudo*, con el tiempo se convirtió en costumbre y en ley sólo actuar ante sangre real desde el momento en que nos convertimos en maestros consumados en el arte de la bufonería y nos ganamos el derecho a tener el título de maestro bufón. Y tenéis que saber todos que los que bufoneamos ante los reyes no tenemos sólo la más difícil profesión, sino también la más útil de todas las que hay sobre esta tierra, puesto que un rey malhumorado y sus guerreros, cuando sufren de aburrimiento, son peligrosos para todo el mundo. En cambio, cuando diestros bufones les proporcionan distracción ríen con la cerveza en la mano y se acuestan satisfechos, dejando así en paz a los vecinos y a los súbditos. Después de los curas somos los que tenemos la tarea más importante, puesto que los primeros pueden dar felicidad celestial a través de su intercesión con Dios, y nosotros damos la terrenal a través de nuestro poder sobre el humor de los reyes. Y como en Irlanda son muchos los reyes, los bufones son los mejores del mundo y de muchos tipos: saltimbanquis y burladores y ventrílocuos, imitadores de animales y contorsionistas de cuerpo y rostro, tragasables y bailahuevos, resonadores de fuego por los orificios de la nariz... Pero el verdadero maestro bufón no es aquel que domina una o dos de estas habilidades, sino todas. Y los sabios hombres de Irlanda opinan que los mejores de entre nosotros son casi tan buenos como los tres bufones del rey Conaire en tiempos pasados. Se decía de ellos que nadie que los viera podía contener la risa, ni siquiera aquel que contemplaba a su padre o a su madre de cuerpo presente.

Estaban en silencio todos en la mesa y le escuchaban impacientes o miraban fijamente a su hermano que, sentado y con el gesto indiferente, se mecía adelante y atrás con sus grandes orejas. Todos opinaban que jamás se habían visto hombres semejantes en aquella región.

—Hablas bien —dijo Gudmund de Uvaberg—, y sin embargo no es fácil creer lo que dices, ya que si tan famosos sois en vuestras tierras, ¿por qué habéis venido a las tierras del norte, donde no abundan los reyes?

Felimid esbozó una sonrisa y asintió.

—Es una buena pregunta —dijo—, puesto que Irlanda es un país que nadie abandona de buen grado, y les puedo contar cómo salimos de allí a pesar de que corra el riesgo de sonar presuntuoso. Sepan todos que nosotros dos, mi hermano y yo, fuimos desterrados por una hazaña que puede que nadie hubiera conseguido como nosotros. Y así fueron las cosas: cuando aún éramos hombres jóvenes, pero ya duchos en nuestro arte, fuimos bufones en la corte del buen rey Domnal de Leighlin. Era un hombre amante de las bromas y la música, de la palabra de Dios y de los poemas épicos, del arte poético, la beldad femenina y la sabiduría de los mayores. A nosotros nos honró y nos recompensó con plata, reses y los mejores pastos. Por todo ello le teníamos gran aprecio, y nos sentíamos bien en su corte; la única preocupación era no engordar en nuestro bienestar, puesto que es de las peores cosas que pueden suceder

en nuestra profesión. Su vecino era el rey Colla de Kilkenny, un hombre peligroso, lleno de soberbia y hábil en las maquinaciones contra sus vecinos. Cierta año, para Pentecostés, se organizó una gran fiesta en la corte del rey Domnal, y tanto sus curas como nosotros tuvimos mucho que hacer, ya que el rey iba a desposar a Emer, hija del rey de Cashel. Ella tenía el aspecto que debe tener una doncella real, los ojos claros, los labios púrpura y la tez suave; era exuberante, tenía la cintura delgada y las caderas anchas, y sus trenzas eran tan largas que podía sentarse encima de ellas utilizándolas como almohadón. Era tan bella que apenas tú, Ylva, hubieras podido decir quién era la más hermosa de las dos. Este hecho deleitaba no sólo al rey Domnal, sino también a todos sus hombres, y la fiesta fue de las más animadas. Al final del segundo día, cuando todos estábamos ebrios, el rey Colla nos atacó. Mataron al rey Domnal en la puerta de su alcoba, donde, desnudo, se defendía, y a muchos con él. A la reina la sacaron del lecho nupcial y se la llevaron como parte del botín junto con nosotros, puesto que gozábamos de gran reputación. Al contemplar a la reina Emer, el rey Colla se relamió y sonrió satisfecho, pero a nosotros nos puso bajo vigilancia en su casa hasta que llegara el momento de celebrar la boda con aquella a quien había raptado. Entonces hizo que nos comunicaran que íbamos a actuar en su boda. Nos negamos a hacerlo porque estábamos de duelo, ya que había matado a nuestro señor, pero cuando supimos que nos iban a azotar con varas claveteadas si nos negábamos a ello, tuvimos que acceder y le prometimos acudir con nuestras mejores bufonerías. Y mantuvimos nuestra promesa, no lo pudo negar nunca.

Felimid esbozó una sonrisa reflexiva para sí, al tiempo que reponía fuerzas con la jarra. Todos bebieron con él, le dijeron que era un buen narrador y que estaban impacientes por oír la historia de aquella peculiar proeza. Él asintió y continuó:

—Allí estaba, sentado en su trono real, cuando nos presentamos ante él; ya andaba algo bebido entonces, no he visto jamás persona más satisfecha consigo misma y con su entorno. Al vernos llegar, anunció en voz alta a todos los presentes que los maestros de Leighlin iban a mostrar su habilidad en el arte de las gracias y las bromas. La voluble joven sentada a su lado vestida de novia tampoco parecía muy triste, puesto que las mujeres jóvenes pronto se acostumbran a los nuevos hombres y podría ser que a ella el rey Colla le pareciera mejor partido que nuestro rey Domnal. Empezamos con bromas sencillas, pero bien formuladas, y con artes que para nosotros eran rutinarias, pero el humor del rey Colla era tan bueno que empezó a reír de inmediato. Toda la concurrencia se unió a las risas también, y cuando Ferdíad se colocó boca abajo y tocó la flauta mientras yo, con grandes gruñidos, brincaba a su alrededor bailando la danza del oso, el griterío fue en aumento y el rey se echó hacia atrás con la boca abierta y salpicó a la reina con hidromiel de su jarra. Hizo esfuerzos para respirar y dijo a voz en grito que aquellos bufones no tenían parangón. Entonces aguzamos los oídos y empezamos a pensar y a cuchichear entre nosotros, ya que si él nunca había visto bufones como nosotros, tampoco nosotros habíamos oído jamás carcajadas como aquéllas por tan simplonas gracias. Pasamos a bromas más

complejas y mayores bufonerías, y el rey rió como el nido de una urraca en el mes de mayo, cuando el sol aparece tras el velo de la lluvia. En este punto nos sentimos más animados, y empezamos con nuestras artes más complejas y los chistes más irresistibles, de ésos que hacen temblar el vientre y desencajan las mandíbulas incluso de aquellos que sufren de tristeza o enfermedad. El rey Colla rió aún más, hasta que sonó como el estruendo de la novena ola en la costa de Donegal, con la llegada de las grandes mareas primaverales. Se le ennegreció el rostro, reventó por dentro y cayó de la silla para quedar tendido en el suelo. Entonces nos miramos y asentimos, Ferdiad y yo, pensando en nuestro señor rey Domnal y en que habíamos hecho cuanto nos había sido posible. La reina gritó llena de inquietud, mientras todos los asistentes acudieron al lugar y nosotros corríamos a la puerta, y antes de salir oímos que decían que el rey había fallecido. No esperamos a escuchar nada más, sino que nos escabullimos y huimos al norte, de páramo en páramo, evitando los caminos, tan rápidos como el obispo Aspa por el campo en Magh Slecht en aquella ocasión en que le persiguieron los fantasmas rojos. Llegamos hasta el rey Sigtrygg de Dublín, y pensamos que allí estábamos a salvo, pero los enviados de la reina Emer nos perseguían blandiendo las espadas y le dijeron al rey Sigtrygg que éramos hombres que ella había heredado de su esposo anterior, el rey Domnal, y que ahora con maldad y vileza le habíamos quitado la vida a su nuevo cónyuge, causándole gran daño a ella y a su reputación. Por todo ello, le dijeron, debían ejecutarnos. Conseguimos escaparnos en un barco mercante y llegamos a la corte del rey Harald de Dinamarca, y allí nos quedamos y vivimos satisfechos. Mientras él vivió no mencionamos nuestra proeza con el rey Colla para que el rey Harald no se angustiara al saber que, con nuestras artes, podíamos llevar a un hombre a la muerte.

Cuando Felimid terminó su relato, se armó una buena bulla alrededor de la mesa porque a muchos se les había subido ya la cerveza a la cabeza, y gritaron que, a pesar de que gozaba del don de la palabra, no era eso lo que querían, sino ver algunas de las gracias que habían matado de risa al rey Colla. El mismo Orm estuvo de acuerdo con ellos.

—Ya lo habéis oído —les dijo a los bufones—; mucha ha sido la curiosidad de la gente desde el principio, y ahora ha aumentado con esta historia. Aquí no tenéis que inquietaros porque alguien se muera de risa, ya que el que lo haga se lo habrá buscado y mi festín tendría así un buen final del que se hablaría durante mucho tiempo en las tierras fronterizas.

—Y si, tal como contáis —añadió Ylva—, sólo podéis actuar ante sangre real, yo os debo servir igual que un rey menor de Irlanda.

—Ciertamente nos sirves —se apresuró a responder Felimid—, nadie alberga más realeza que tú. Sin embargo, hay otra cosa que se interpone aquí, y si aún os queda paciencia os la explicaré. Sabed que mi antepasado ocho generaciones anterior, Felimid *Barba de Chivo*, nombre que luego heredé yo, era el más reputado de todos los bufones en los tiempos en que el rey Finachta, llamado también el Amigo de las

Fiestas, era Gran Rey de Irlanda, y fue el primero de nuestra familia que siguió la doctrina cristiana. Una vez sucedió que, estando de viaje, se encontró con san Adamnan en el lugar donde se hospedaba, y este hombre de Dios le despertó tal admiración y elevación que le pareció mejor que cualquier rey. Entonces actuó ante él, con su permiso y honor mientras el santo estaba sentado a la mesa, y le dedicó sus mejores y más difíciles bufonerías, de tal modo que sus ansias le llevaron a romperse el cuello. Y allí se quedó, como muerto, pero en cuanto el santo se dio cuenta de lo que había sucedido se acercó a él y, poniéndole la mano en el cuello, rogó por él con poderosos vocablos que le hicieron volver en sí al poco rato, a pesar de que la cabeza le quedó torcida para siempre. Y en agradecimiento por este increíble suceso, desde ese día adoptamos la costumbre en nuestra familia de actuar no sólo ante reyes y sus descendientes, sino también ante el arzobispo de Cashel, el arzobispo de Armagh y ante el abad de Iona y el abad de Clonmacnoise, pero sobre todo nunca debemos mostrar nuestras habilidades ante cualquiera que no esté bautizado. Y por este motivo no podríamos complacernos aquí, por mucho que lo hubiéramos deseado.

Al escuchar aquellas últimas palabras, Orm le clavó la mirada, pues sabía que aquello no era cierto, ya que les había visto actuar en el festín navideño del rey Harald. Estaba a punto de decírselo cuando le detuvo una mirada penetrante del padre Willibald.

—Es posible que sea voluntad de Dios —dijo el otro bufón, sosegado—, ya que podemos decir sin intención de presumir que muchos de los mejores hombres del rey Harald recibieron el bautizo para no tener que salir de la sala cuando íbamos a mostrar al rey nuestro arte.

Ylva se dispuso a intervenir, pero Orm, el padre Willibald y ambos bufones la interrumpieron, y en las mesas se desató tal algarabía a causa de la decepción y la borrachera que nadie oyó lo que decía.

Orm dijo entonces:

—Tengo la esperanza de que vosotros, maestros, os quedéis un tiempo con nosotros para que todos los de la finca tengamos la oportunidad de disfrutar de nuestra ración de vuestras habilidades cuando estemos a solas, ya que aquí todos somos buenos cristianos.

En este punto, algunos de los más jóvenes gritaban en voz cada vez más alta que querían ver a los bufones, y que harían lo que hiciera falta para conseguirlo.

—¡Bautízanos, si no hay otra cosa que podamos hacer! —gritó uno—. ¡Aquí y ahora!

—¡Sí, sí! —se unieron los demás—. ¡Será lo mejor, y que sea rápido!

Algunos de los mayores rieron, pero otros parecían confundidos y se miraban entre ellos.

Gisle, el hijo de Svarte Grim, saltó encima del banco y dijo en voz alta:

—Los que no estén de acuerdo con esto pueden irse a acostar al granero de heno ahora mismo, de modo que no sean un obstáculo para los demás.

El fervor y los gritos aumentaron. El padre Willibald estaba sentado inclinado hacia adelante, y murmuraba mientras ambos bufones, con la expresión apacible, mojaban los labios en cerveza. Svarte Grim dijo:

—Ahora el bautizo me parece una nimiedad y no me produce ningún temor, pero es porque he bebido grandes cantidades de la fuerte y caliente cerveza del banquete en buena compañía. Sin embargo, puede ser que cambien las cosas cuando se me pase la euforia de la cerveza y piense en las pullas y la risa de los vecinos.

—Tus vecinos están aquí hoy —dijo Orm—, ¿y quién se va a reír y va a lanzarte pullas si todos hacen lo mismo que tú hoy y aquí? Ya veréis como no vais a reiros de la gente que no esté bautizada después de esto, cuando sea evidente para todos cómo mejora vuestra fortuna con el bautizo.

—Quizá tengas razón —dijo Grim—, ya que no se puede negar que tu fortuna es de las mejores.

Entonces se alzó el padre Willibald y los bendijo en latín, con los brazos abiertos, y todos se quedaron en silencio e inmóviles, y algunas de las mujeres palidieron y se pusieron a temblar. Dos de los hombres más ebrios se levantaron pidiendo a sus mujeres que les acompañaran para huir de aquella brujería de inmediato, pero cuando ellas ni siquiera se inmutaron, con la mirada y los oídos puestos en el padre Willibald, se volvieron a sentar, como si hubieran hecho todo lo que estaba en sus manos, y retomaron la bebida con expresión compungida.

A todos les alivió que el padre Willibald terminara con el latín, que les sonaba a terribles conjuros. Empezó a hablar en lengua común sobre Cristo, su poder y su bondad, su voluntad de acoger a todos en su corral, incluso a meretrices y piratas.

—Y por eso —dijo—, no hay nadie aquí que pueda ser excluido de todo lo bueno que puede darnos, ya que es un *hövding* que invita a todos a su banquete y tiene ricos presentes para todos.

A los oyentes les alegraron aquellas palabras, y muchos rompieron a reír, ya que a todos les hacía gracia oír llamar meretrices y piratas a los vecinos, sin pensar que ellos pudieran pertenecer a alguno de estos grupos.

—Y ahora tengo las esperanzas puestas —siguió el padre Willibald— en que queráis venerarle toda la vida y que comprendáis lo que esto significa, para que vuestra conducta mejore según sus deseos, y para que nunca os dirijáis a otro Dios.

—¡Sí, sí! —gritaron muchos con impaciencia—. ¡Lo comprendemos todo! ¡Y date prisa para que podamos estar listos para otras cosas!

—Eso sí, os comprometéis a algo que siempre debéis recordar —continuó el padre Willibald—. A partir de ahora, acudiréis a mí en esta iglesia de Dios uno de cada dos domingos o al menos uno de cada tres para escuchar la palabra de Dios y aprender la doctrina cristiana. ¿Me lo prometéis?

—¡Sí, lo prometemos! —se gritó en la sala—. Y ya hemos hablado suficiente, el tiempo apremia y pronto empezará a anochecer.

—Sería lo mejor para vuestras almas si pudierais acudir cada dos domingos, pero

aquellos que vengan de lejos podrán venir cada tres.

—¡Cállate ya, cura, y bautízanos! —vociferó uno de los más impacientes.

—¡Silencio! —bramó el padre Willibald con una potente voz—. Son los astutos diablos de la incredulidad los que os tientan a gritar e interrumpirme, puesto que esperan así agraviar a Dios y manteneros de su lado. Sin embargo, lo que os estoy diciendo no son banalidades, y tenéis que escucharlo con atención y respeto. Y que desde este momento se aparte toda la maldad de vosotros para que seáis dignos de ser bautizados.

Dicho esto volvió a leer en latín, ahora despacio y con severidad, de modo que algunas de las mujeres mayores empezaron a lamentarse y a llorar. Ninguno de los hombres se atrevió a mediar palabra; allí sentados le observaban con la mirada fija y la boca abierta, pero pronto se vio cabecear a un par de ellos, cada vez más cerca de la jarra de cerveza hasta escurrirse despacio debajo de la mesa, desde donde enseguida emergieron largos ronquidos.

El padre Willibald les ordenó a todos que se acercaran a la pila bautismal, donde había sido bautizado Harald Ormsson, y allí fueron bautizados veintitrés hombres y diecinueve mujeres, jóvenes y mayores. Orm y Rapp sacaron a los dos durmientes de debajo de la mesa e intentaron reanimarles, pero al no conseguirlo los llevaron en brazos hasta la pila y los ataron bien hasta que fueron rociados con agua como los demás; después los dejaron en un rincón tranquilo, para que continuaran durmiendo. El júbilo se apoderó de todos, tanto de hombres como de mujeres, cuando se escurrieron el agua del pelo y volvieron a sus lugares en la mesa. Cuando el padre Willibald intentó terminar su obra con una bendición general, muchas de sus palabras fueron apagadas por el bullicio.

—¡Aquí nadie le tiene miedo a un poco de agua! —gritaron llenos de orgullo y sonriéndose los unos a los otros.

—¡Todo está listo ya!

—¡Venga, arriba, bufones, y brincad lo mejor que sepáis para nosotros!

Los bufones esbozaron una sonrisa y se alzaron de buen grado, y pronto se hizo el silencio en la sala. Saludaron a Ylva cortés al colocarse en el suelo, como si ella hubiera sido su único público, y durante un largo rato mantuvieron a la concurrencia muda de asombro o mugiendo de la risa. Dieron saltos adelante y atrás sin ayuda de las manos, y siempre caían sobre los pies. Imitaron pájaros y animales, bailaron cabeza abajo al son de canciones que tocaban en pequeñas flautas, hicieron malabares con jarras de cerveza, cuchillos y espadas. Sacaron dos grandes muñecas de sus bolsas, vestidas con muchos adoraos y con el rostro tallado cual si fueran abuelas. Felimid sostenía una y Ferdiad la otra, y de repente empezaron a hablar, primero muy amables, luego asintiendo y resoplando, y finalmente con horribles e inagotables insultos que se decían de un modo ocurrente graznando como cuervos. La concurrencia se estremeció cuando las muñecas hablaron: las mujeres empezaron a temblar, y los hombres palidieron y empuñaron las armas, pero Ylva y el padre

Willibald, que ya conocían sus artes desde hacía mucho tiempo, les calmaron diciendo que aquellos sonidos eran producto de la habilidad de los bufones, y que no había nada que temer. El mismo Orm tuvo sus dudas un instante, pero pronto lo comprendió y, cuando los bufones acercaron las muñecas entre sí y éstas empezaron a hacer aspavientos, al tiempo que se lanzaban todo tipo de improperios, como si estuvieran a punto de tirarse de los pelos, se echó a reír de tal modo que Ylva se inclinó hacia él y le dijo que no olvidara la suerte que había corrido el rey Colla. Orm se secó las lágrimas de los ojos y la miró.

—No es fácil pensar en todo cuando uno lo está pasando bien —dijo—. No obstante, no creo que Dios permita que nada me suceda ya, cuando le he servido tanto y tan bien.

Aun así, se notó que tomaba en serio el consejo de Ylva, pues él tenía cierta predisposición a preocuparse por su salud.

Al final, los bufones terminaron su exhibición, a pesar de que los asistentes no cesaban de pedirles que continuaran, sin que nadie muriera de la risa. El padre Willibald dio las gracias a Dios por la ayuda que les había facilitado, y por todas las almas que había tenido la gracia de acompañar hasta Cristo. Con esto terminó el gran bautizo de Orm y, al amanecer del día siguiente, los invitados se marcharon de Gröning en dirección a sus hogares, entre comentarios sobre los manjares que habían degustado y las entretenidas habilidades de los bufones.

CAPÍTULO VII

Del hombre que portaba la espada del rey de los suiones y del maestro de Aquisgrán y sus pecados

Cuando todo concluyó y la calma volvió a la granja, donde sólo quedaban ya los cuatro mendigos, Orm y todos los que vivían en su casa estuvieron de acuerdo en que el banquete había ido mejor de lo que habían podido esperar, y que Harald Ormsson había tenido una celebración de bautizo que bien seguro le otorgaba a él y a los suyos gran honor. La única que parecía pensativa era Åsa. Dijo que los voraces invitados se habían tragado gran parte de su despensa, tanto de líquido como de sólido, y que eso era motivo de preocupación.

—Las reservas de pan han menguado hasta el vacío absoluto —dijo—, no queda ni una panera, y en cuanto a la despensa parece que haya pasado por allí una manada de lobos. Y os lo digo a los dos porque, si tenéis muchos hijos más, no podremos celebrar bautizos como éste sin que agotéis todas vuestras riquezas. Sin embargo, no me quiero quejar demasiado sobre lo que se ha derrochado esta vez, puesto que es correcto honrar al primer hijo varón; eso sí, ahora nos tocará beber cerveza rebajada con la comida hasta que podamos conseguir nueva malta.

Orm dijo que prefería ahorrarse escuchar lamentos sobre los alimentos ingeridos.

—Sé que tu intención es buena —dijo después a Åsa—, y tus gruñidos son más que nada una mala costumbre. Por lo que he oído, la cerveza floja también se puede beber.

—Åsa, tienes que pensar —añadió el padre Willibald— que esta celebración ha sido excepcional. Ha fomentado la doctrina de Cristo y ha conducido a paganos al bautizo. Es por todo ello que no puede haber reproches sobre la abundancia, y Dios nos devolverá diez veces más.

Åsa reconoció que quizá por estos motivos se podía disculpar el despilfarro, ya que no le gustaba contradecir al padre Willibald ni siquiera cuando mostraba su humor más áspero.

El más feliz de todos era precisamente el padre Willibald, que durante aquella celebración había podido llevar a cabo grandes actos, ya que no sólo había bautizado a todos los asistentes, sino que también había sido el primero de los siervos de Dios en bautizar a hombres de Småland.

—Y ahora puedo decir que la verdad es que mi paciencia —dijo— ha sido recompensada, y que no os acompañé hasta estas tierras en vano. En estos tres días de celebraciones, he podido bautizar cuarenta y cinco almas con mis manos. Es cierto que aún no se me ha acercado nadie que necesitara a Cristo de corazón, a pesar de

que haya hablado mucho de él. A nuestros invitados les convencieron los maestros irlandeses, y los de Småland se vieron obligados a aceptar el bautizo. Sin embargo, yo creo que, si un siervo de Cristo cree que algún habitante de estas tierras necesitará a Dios de corazón, puede esperar sentado. Y de todo lo que se ha hecho aquí pueden surgir buenas cosas, aunque no haya sido por mérito propio, sino por obra y gracia de los dos bufones irlandeses, si bien es cierto que fue un claro milagro de Dios que fueran enviados aquí en el momento justo para ayudar a realizar la obra sagrada.

—Es fácil ver que esto efectivamente es así —dijo Åsa.

—Ahora puede que haya llegado el momento —dijo Orm a los cuatro forasteros — de que nos expliquéis algo más de vosotros; por ejemplo por qué habéis venido hasta aquí disfrazados de mendigos. Tenemos curiosidad por saber por qué dos maestros como vosotros os veis obligados a vagar así por el mundo, quiénes son los otros dos y con qué fines habéis venido.

El hombre corpulento con la barba gris miró a su alrededor y asintió despacio. Luego dijo con la voz compungida:

—Me llamo Spjalle, y soy de Uppsala. He participado en todas las expediciones del rey Erik como su hombre de confianza, llevándole el escudo, por mi tamaño y mi fuerza, pero ahora ya no estoy entre sus sirvientes. Mi único fin es llegar hasta casa, hasta Uppsala, vestido de mendigo y con una espada ligera atada a mi pierna.

Calló y todos lo miraron boquiabiertos.

—¿Y por qué llevas una espada escondida en la pierna? —preguntó Ylva.

—Podría contaros más, de este asunto y de otros —respondió—, pero es posible que ya haya hablado demasiado desde que sé que tú, señora de la casa, eres hermana del rey Sven. Sin embargo, hay una noticia mayor y peor que ninguna otra: el rey Erik, llamado el Victorioso, está muerto.

A todos les pareció que aquello era sin duda una novedad, y quisieron saber más de la cuestión.

—Y a mí no tienes que temerme, a pesar de que sea la hermana del rey Sven —dijo Ylva—. Fíjate, entre nosotros el amor fraternal es tal que acaba de enviar a unos hombres a quitarnos la vida. ¿Acaso es él quien ha matado al rey Erik?

—No, no —dijo Spjalle indignado—, no estaría yo con vida si así fuera. Murió por un hechizo, o eso es lo que yo creo, pero no sé si lo conjuraron los dioses o la malvada mujer de Västergötland, Sigrid, hija de Skoglar-Toste y su reina, ¡que se revuelque en los rápidos del Reino del Hel entre filos de espada y serpientes venenosas! El rey estuvo saqueando en las islas Småöarna con una gran flota, y tenía la intención de dirigirse en busca del rey Sven, que estaba en el norte de Sjælland, y todos disfrutamos de aquellos tiempos y de nuestras tareas. Un día, tras haber varado los barcos en Falster, empezó nuestro infortunio. El rey sufrió una confusión que le hizo anunciar ante toda la tropa que iba a bautizarse. Dijo que su fortuna contra el rey Sven mejoraría si así lo hacía, de modo que podría acabar con él de una vez por todas. Lo habían convencido algunos curas que habían acudido a él desde tierras

sajonas para susurrarle al oído. A la tropa le gustó poco aquella declaración de intenciones, y algunos hombres sensatos le dijeron abiertamente que era excesivo para un rey de los suiones que pensara en necedades como aquella, que podían ser buenas para los sajones y los daneses, pero no para ellos. No obstante, al rey le disgustaron los comentarios y fue muy duro en su respuesta, y como estaban todos acostumbrados a que el rey supiera lo que era mejor y hacía lo que más le convenía, no tuvo que escuchar más comentarios de sus hombres al respecto. Sin embargo, su reina, la loca de Västergötland, que participó en nuestras expediciones con los barcos que había heredado de su padre, sentía un odio acérrimo por Cristo y todos sus seguidores, de modo que no se dejó acoquinar. Se abrió un frente de batalla entre ellos, y se decía que la reina había dicho que un rey bautizado era lo más deplorable que había, y que éste le había prometido jarabe de palo si volvía a abrir la boca sobre este asunto. Pero entonces ya era demasiado tarde para hablar de castigos de ese tipo, pues sin duda aquella mujer los habría temido que recibir antes y más menudo. Esto dividió a la tropa, de modo que los suiones y los súbditos de la reina empezamos a mirarnos mal, nos insultábamos y cuando nos encontrábamos desenvainábamos las espadas. En este punto, el hechizo se hizo más poderoso y el rey enfermó y perdió sus fuerzas. Un día, a primera hora de la mañana, cuando la mayoría aún dormía, la hija loca de Skoglar-Toste se marchó con todos sus barcos. Muchos pensaron que se dirigía al encuentro del rey Sven, incluido el mismo rey cuando supo lo que había sucedido, pero no se pudo hacer nada ante tal infortunio: el rey estaba ya tan débil que no tuvo fuerzas para decir nada. Un gran temor se apoderó entonces del campamento, y todos los patrones de barco quisieron marcharse lo más pronto que pudieron; empezaron a discutir por las arcas del rey, sobre cómo repartirlas para que no cayeran en manos del rey Sven. Sin embargo, el rey me hizo llamar desde su lecho y me ordenó que volviera a casa y le entregara la espada a su hijo. Era la vieja espada de los reyes de Uppsala, venida de Fröj, y es su tesoro máspreciado. «Lleva la espada a casa, Spjalle», me dijo, «y no dejes que se pierda, puesto que en ella vive la fortuna de la estirpe». Luego pidió agua para beber, y entonces comprendí que no le quedaba mucho tiempo. Y aquel a quien la gente llamaba el Victorioso murió poco después, enfermo y en cama. Cuando esto sucedió no quedábamos muchos para construir una pira; lo hicimos lo mejor que supimos, y matamos a sus sirvientes y a dos de los curas y los colocamos a sus pies en la pira, para que no se presentara solo y como un villano ante los dioses. Cuando la hoguera aún ardía, los habitantes de la isla se acercaron en un nutrido grupo a nosotros lanzando gritos de guerra. Huí entonces a toda velocidad, pues debía salvar esta espada, y con estos tres hombres llegué a Skåne a bordo de un bote de pescadores. Llevo la espada atada a la pierna, bajo las ropas, para esconderla lo mejor que pueda. No sé como quedarán las cosas ahora, después de su muerte, porque él era el mejor de los reyes, a pesar de que por culpa de aquella mala mujer tuviera un final que ahora hace que, allí en la orilla, en Falster, no haya túmulo sobre sus cenizas.

Así terminó el relato de Spjalle, y a todos les parecieron extrañas aquellas noticias.

—Son malos tiempos para los reyes —dijo Orm—. Primero Styrbjörn, que era el más fuerte, luego el rey Harald, que era el más sabio, y ahora el rey Erik, que era el más poderoso. Y no hace mucho que supimos que la emperatriz Teofanía murió, ella que en solitario reinaba sobre sajones y lombardos. Tan sólo el rey Sven, mi cuñado, que reúne en su persona más maldad que otros, sobrevive, y además prospera y crece. Me gustaría saber por qué Dios no lo destruye a él y deja con vida a otros reyes mejores.

—Dios le golpeará cuando llegue el momento —dijo el padre Willibald—, como lo hizo con Holofernes, que fue decapitado por Judith, o Sanherib, el señor de los asirios, asesinado por sus hijos ante la imagen de su ídolo. A veces, en cambio, el mal es persistente, y en estas tierras el diablo es más fuerte que en otros lugares. Acabamos de escuchar una horrible prueba de esto; aquí tenemos a este Spjalle contándonos que ha participado en la matanza de siervos de Dios para la pira de su rey. Esa maldad no existe en otro lugar del mundo, excepto aquí y entre los peores de los vendos. Y para mí no es fácil decidir qué hacer ante tales actos y sus perpetradores. Podría decirte, Spjalle, que arderás en el infierno de por vida por esto, pero no estaría diciendo nada nuevo, al infierno irías de todas maneras.

Spjalle observó a los presentes, reflexivo.

—He hablado demasiado por mi mala cabeza —dijo—, despertando la ira de este sacerdote, pero lo que hicimos fue sólo seguir las viejas costumbres, como siempre se ha hecho en estas ceremonias con los reyes suiones. Y tú, señora de la casa, me dijiste que no me considerabais enemigo.

—No te consideramos enemigo —dijo Orm—, y aquí no se te dará reprimenda alguna, pero no debe extrañarte que a nosotros, que somos fieles a Cristo, nos parezca un acto vil el de matar a sacerdotes.

—Están ahora ya entre los santos mártires —dijo el padre Willibald.

—¿Y lo pasan bien allí? —preguntó Spjalle.

—Tienen la más clara salvación de Dios, y lo pasan mucho mejor de lo que el entendimiento humano puede alcanzar a comprender.

—Pues entonces su fortuna ha mejorado —dijo Spjalle—, ya que en la corte del rey Erik estaban entre los esclavos.

Ylva se echó a reír.

—Y por eso a ti te parece que te mereces más elogios que reproches, porque les has ayudado a llegar hasta allí —dijo ella.

El padre Willibald la miró con severidad, y le dijo que la frivolidad de sus palabras le afligía.

—Cuando todavía eras una muchacha casadera e irreflexiva, puede que tuvieras excusa —respondió—, pero tendrías que haber aprendido la lección, ahora que eres una mujer sensata, casada y con tres hijos que, además, ha recibido múltiples

enseñanzas.

—Sin duda he heredado esta cualidad de mi padre —dijo Ylva—, y no me parece que él mejorara demasiado a pesar de los muchos hijos que tuvo y de tus enseñanzas o las del obispo Poppo.

El padre Willibald sacudió la cabeza, contrariado, y se acarició la coronilla con la mano, despacio, como siempre hacía cuando se hablaba del rey Harald, pues aún llevaba ahí la marca de un crucifijo que el rey le había lanzado a la cabeza en una ocasión.

—Cierto es que el rey Harald era un gran pecador —dijo el padre Willibald—, y por poco me hizo pasar a formar parte del grupo de los mártires cuando me propinó aquel golpe, pero en muchas cosas se parecía al rey David, y eso se nota más aún al compararlo con el rey Sven, por lo que no creo que le hubiera gustado oír a su hija bromeando sobre ejecuciones de hombres santos.

—Todos somos pecadores, incluso yo —dijo Orm—, ya que más de una vez puse la mano encima a un cura cuando asaltamos ciudades de Castilla y León y prendimos fuego a sus iglesias. Lucharon valerosos contra nosotros, con lanza y espada, y Almanzor nos dio órdenes de matarlos antes que a nadie. Pero todo esto ocurrió antes de haberme instruido, y por eso creo que Dios no será muy estricto al pasarme cuentas por lo que hice entonces.

—Estoy, pues, mejor acompañado de lo que imaginaba —dijo Spjalle.

El pálido hombre joven con la pequeña barba negra, el cuarto de los forasteros, había estado sentado hasta aquel momento con la mirada compungida. Ahora, con un suspiro, tomó la palabra.

—Todos somos pecadores, es cierto, pero nadie entre vosotros carga un peso como el de mi pecado. Me llamo Rainald, soy un sacerdote indigno de Dios, canónigo del obispo Eckard de Slesvig. Nací en Zülpich, en Lofharingien, y antes fui maestro en el seminario en la iglesia de coronación de Aquisgrán. He llegado hasta las tierras del norte por mis pecados y mi poca fortuna.

—Tengo que decir —interrumpió Orm— que sería difícil encontrar mejores mendigos que vosotros, todos tenéis algo que contar. Si tu relato es bueno, estaremos encantados de escucharlo.

—Los relatos sobre pecados siempre son buenos —dijo Ylva.

—Sólo si uno los escucha con seriedad y para aprender a mejorar —respondió el padre Willibald.

—Mi relato está lleno de seriedad —dijo el maestro, apesadumbrado—, puesto que desde mi duodécimo año soy un hombre desgraciado. Os contaré que, en una cueva que hay al lado del camino entre Zülpich y Heimbach, vive la pitonisa Radia, que ve el futuro. Allí me llevó mi madre, que quería saber si todo me iría bien si me enviaba al seminario, pues yo tenía gran anhelo de convertirme en siervo de Cristo. La pitonisa me tomó las manos y estuvo mucho tiempo balanceándose y gimiendo con los ojos cerrados, yo casi me muero de miedo allí mismo. Al final, empezó a

hablar y dijo que sería un buen cura y muchas cosas me irían bien. «Pero llevas contigo una desgracia», dijo. «Cometerás graves pecados en tres ocasiones. El segundo será más grave que el primero, y el tercero será el peor. Este es tu destino y no podrás hacer nada para evitarlo». Estas fueron sus palabras, y no quiso decir más. Mi madre y yo, los dos, lloramos todo el camino de vuelta a casa, ya que nuestro deseo era que yo fuera un hombre pío y no un pecador. Acudimos a nuestro viejo cura para pedirle consejo, y nos dijo que aquel que pudiera salvarse con tres pecados graves podía sentirse afortunado, pero sus palabras no me consolaron. Ingresé en el seminario en Aquisgrán, y nadie mostraba más voluntad y más temor ante el pecado que yo. Era el mejor en latín y liturgia, y a los veintiún años me sabía los evangelios y el salterio de memoria, además de la mayoría de las epístolas a los tesalonicenses y a los gálatas, que eran demasiado difíciles para muchos, de modo que el deán Rumold me llenó de elogios y me acogió en su propio cabildo. Este deán era un hombre mayor de voz estruendosa y ojos saltones y grandes, y muchos le tenían pavor. Le gustaban dos cosas por encima de todo, excepto de la Iglesia Cristiana, por supuesto: el vino especiado y el conocimiento. Era versado en ciencias tan complejas y raras que pocos sabían sus nombres, como astrología, mántica y algoritmo, y se decía que podía departir con la emperatriz Teofanía en su propia lengua bizantina, porque de joven había estado en la Tierra del Este con el ilustrado obispo Liutprand de Cremona, y podía contar cosas peculiares sobre ello. Había recopilado libros toda su vida, y tenía más de setenta. A menudo, al final del día, cuando le llevaba el vino caliente a su cámara, me instruía en cultura o me hacía leer en voz alta textos de dos obras de poesía escáldica que tenía en su haber. Uno de los escaldos se llamaba Statius y cantaba con palabras difíciles sobre guerras antiguas de los bizantinos en una ciudad llamada Tebas. Sin embargo, el otro, que se llamaba Ermoldus Nigellus, era más fácil de comprender. Sus composiciones hablaban del piadoso emperador Luis, hijo del emperador Carlomagno, y de su expedición de guerra contra los paganos en España. El deán gritaba a menudo o me azotaba con su bastón cuando me equivocaba al leer a Statius. Decía que tenía que tenerle estima y leerlo con cariño, porque había sido el primer escaldo en Roma que se había convertido al cristianismo. Yo quería complacer al deán y librarme del bastón, y por eso me esforzaba cuanto podía, a pesar de que, por mucho que me esforzara, no conseguía apreciar los versos de aquel escaldo. Sin embargo, el deán tenía en su haber la obra de un escaldo más, cuya encuadernación era más bella que las demás. De vez en cuando le veía murmurar sentado con él en las manos con expresión de satisfacción y me enviaba a buscar más vino, pero nunca me invitó a leerlo. De ahí que mi curiosidad cada vez fuera mayor y, cierta tarde, cuando él se encontraba de celebración en casa del obispo, entré en su cámara y después de mucho buscar lo encontré en un pequeño cofre bajo el banco de la pared. Lo primero que leí en el libro fue *Regula Magistri*, la regla del santo Benedicto para una vida devota. Le seguía una serie de páginas sobre la castidad de un hombre pío de Inglaterra llamado Adhelmus, y luego un largo

poema, escrito con mucho esmero, *Ars Amandi*, se llamaba, que significa «el arte de amar», escrito por un escaldo de la antigua Roma llamado Ovidio, y que seguro que jamás se hizo cristiano.

El maestro miró compungido al padre Willibald al llegar a este punto de su relato, y éste asintió, reflexivo.

—He oído hablar de estos escritos —dijo—, y sé que es conocido entre monjes atolondrados y monjas ilustradas.

—Es como si fuera el brebaje mismo de Belcebú —dijo el maestro—, y sin embargo más dulce que la miel. Me resultó difícil de comprenderlo en su totalidad, ya que estaba lleno de palabras que no aparecen ni en evangelios ni en epístolas, ni siquiera en Statius, pero mi impaciencia era tan grande como mi miedo. No quiero desvelar nada de su contenido, sólo que estaba lleno de caricias, perfumes y alegres melodías, así como de todo tipo de juegos amorios que se puedan pensar entre hombre y mujer. Al principio pensé que debía de ser un pecado grave leer textos así, pero luego reflexioné rápido, convencido por el diablo, y pensé que aquello que podía leer un sabio deán no podía ser pecado para mí. Este lujurioso Ovidio era ciertamente un gran escaldo, pero sin duda estaba en manos del diablo, y, cosa extraña, sus versos quedaron marcados en mi memoria en un lugar mucho más profundo que las epístolas a los gálatas, a pesar de que les había dedicado grandes esfuerzos. Leí y leí sin parar, hasta que oí los pasos del deán cruzando el patio de la casa, y esa tarde me cosió a bastonazos porque descuidé mi tarea de ir a su encuentro con un farol para acompañarlo hasta casa. Pero la verdad es que aquellos bastonazos no me preocuparon, pues yo tenía otras cosas en la cabeza y, en dos ocasiones más, en su ausencia, entré en la cámara y leí el poema hasta el final. Esto provocó un gran cambio en mi persona; me paseaba con la mente llena de pecado y bellos versos. Por mis conocimientos, me nombraron maestro en el seminario, y todo me fue bien hasta que un día el obispo me hizo llamar. Me dijo que el rico mercader Dudo, de la ciudad de Maastricht, un hombre conocido por su devoción y que había colmado a la Iglesia de generosos presentes, había solicitado que le recomendaran a un sacerdote devoto e ilustrado para educar a su hijo en la virtud cristiana, y si era posible también en la escritura y el cálculo. El obispo me había elegido a mí porque el deán me consideraba uno de los mejores entre los jóvenes, y el único que tenía algún conocimiento del difícil arte del cálculo. Para que también pudiera dirigir su culto, el bueno del obispo me nombró presbítero, con derecho a escuchar confesión, y me pude encaminar a Maastricht..., donde el diablo me esperaba.

Se puso las manos a la cabeza y pronunció unas palabras indescifrables.

—Hasta ahora tu relato no nos aporta gran cosa —dijo Orm—, pero parece que ahora la cosa cambiará. Explícanos cómo fue el encuentro entre vosotros, entre el diablo y tú.

—No lo encontré en forma humana —continuó el maestro—, y aun así fue suficiente. El mercader vivía en una amplia casa en la orilla del río. Me recibió con

mucha amabilidad, y cada mañana y cada tarde rezaba para sus sirvientes. Puse mucho empeño en enseñar a su hijo, y el mismo Dudo a veces se sentaba a escucharnos, puesto que ciertamente era un hombre devoto y a menudo me ordenaba que no escatimara en jarabe de palo. Su esposa se llamaba Alchmunda, y en la casa también vivía una hermana de ella, llamada Apostólica, que era viuda. Aún eran jóvenes las dos, y muy hermosas. Se comportaban con castidad y decencia, y caminaban con grave devoción: la mirada baja y el rostro cubierto por un velo. A la hora de las plegarias, nadie se mostraba más devoto que ellas. Pero a pesar de que el maligno Ovidio seguía afincado en mi corazón, no osaba siquiera mirarlas ni hablar con ellas. Todo fue bien hasta que llegó el día en que el mercader se marchó a un largo viaje de negocios hacia el sur, a Lombardía. Antes de su partida, se confesó y prometió abundantes obsequios para la Iglesia si volvía a casa sano y salvo. Dio órdenes a todos sus sirvientes, me hizo prometerle que cada día rezaría por él, y se marchó con sus hombres y sus caballos. Su esposa y su hermana lloraron mucho al despedirse, pero su llanto se calmó pronto y empezaron a comportarse de manera muy distinta. En la hora de las plegarias, con los sirvientes siguieron mostrándose pías, pero acudían de buen grado a escucharme con mi discípulo y murmuraban entre ellas, mirándome, u ordenaban al chico marcharse a jugar o a descansar porque querían pedirme consejo sobre cosas importantes. Se preguntaban por qué yo tenía un talante tan serio a pesar de mi juventud, y la señora Apostólica quiso saber si era cierto que todos los curas jóvenes temían a las mujeres. Me dijo que ambas contaban ya como pobres viudas de luto, y que sin duda necesitaban consuelo y ánimo. Dijeron que las dos querían confesar sus pecados antes de Pascua, y Alchmunda quería saber si yo podía darles la absolución por ellos. Respondí que el obispo me había dado permiso para ello, pues esta casa era conocida por su devoción, así que serían escasas las confesiones. Aplaudieron al escuchar aquella noticia y, en ese instante, el diablo empezó a jugar conmigo de verdad y mis pensamientos cada vez se dirigían más hacia estas dos mujeres. Por su buena reputación no podían pasearse solas por la ciudad, el propio Dudo lo había prohibido con firmeza, y había puesto al intendente a vigilar que así se hiciera, por eso me lanzaron una mirada y me tentaron al pecado. Tendría que haberme mantenido firme y haberlas sermoneado, o haber huido inmediatamente de su presencia, como hizo el cristiano José en la casa de Putifar, si bien es cierto quejése no había leído a Ovidio y por ello lo tuvo más fácil que yo. Cuando las miraba, ya no había castidad y devoción en mis ojos, sino pecado y deseo en tal medida que temblaba en cuanto se me acercaban. No obstante, no me atrevía a actuar a causa de mi juventud e inexperiencia. Pero estas mujeres estaban tan llenas de pensamientos pecaminosos como yo, y eran aún más osadas y no se rendían y, cierta noche, cuando dormía en mi cámara, me desperté cuando una de ellas se metió en mi lecho. Me quedé sin palabras, tal fue mi pavor y mi alegría, pero ella susurró que se había desatado una tormenta y que tenía mucho miedo y, diciendo esto, me abrazó y empezó a besarme con pasión. A la luz de un rayo constaté que se trataba de

Apostólica y, a pesar de que normalmente yo solía tener miedo a los truenos, no tuve tiempo de pensar en ello en ese momento. Sin embargo, al cabo de un rato, después de haber disfrutado del amor carnal con ella, que era mucho más maravilloso que todo lo que Ovidio había cantado, oí cómo se acercaban los truenos. Entonces me entró el pánico y esperé a que Dios me azotara en aquel mismo instante con su relámpago, pero nada de eso ocurrió y, la noche siguiente, cuando Alchmunda acudió a mí, tan ardorosa como su hermana, no hubo tormenta, y la lujuria se apoderó de mí de un modo tal que me entregué a los gozos del pecado con ardor y alegría. Estas mujeres eran amables y bienintencionadas, nunca se peleaban, ni conmigo ni entre ellas, y dejando a un lado su gran lascivia no eran malas. Eso sí, tampoco albergaban signo alguno de arrepentimiento o angustia, más allá de su gran preocupación porque las criadas se dieran cuenta de lo que estaban haciendo. Pero el diablo les era fiel, ya que, ¿qué alegría puede ser mayor para él que hacer caer a un siervo de Cristo? Cuando llegó la Pascua, todos los sirvientes de la casa se confesaron en orden, y al final se acercaron Alchmunda y Apostólica, que me explicaron muy seriamente en confesión lo que había pasado entre nosotros, y yo me vi obligado a darles la total absolución de Dios. Este fue un acto horrible, ya que, a pesar de que ahora todo pecado recaía sobre mí, tenía la sensación de que había querido engañar a Dios de todos modos.

—Espero que hayas tenido tiempo de mejorar desde entonces —dijo con severidad el padre Willibald.

—Eso también espero yo —respondió el maestro—, pero mi destino estaba sellado: la pitonisa dijo que cometería tres grandes pecados. No obstante, no estuve del todo enmarañado en el ovillo del diablo, puesto que cada día rezaba por el comerciante, como había prometido, para que la fortuna le acompañara en el viaje y llegara a casa sano y salvo, y hacia el final lo hacía hasta dos y tres veces al día para aliviar el gran arrepentimiento y pavor que sentía. Pero el pavor se hizo cada vez más arduo y, al final, la noche antes de la Resurrección de Cristo, no pude soportarlo más y huí en secreto de la casa y de la ciudad para mendigar por los caminos hasta llegar a casa de mi madre. Ella era una mujer devota, y cuando se lo conté todo lloró mucho, pero después empezó a consolarme y me dijo que no era tan extraño que las mujeres perdieran el norte al verme, que estas cosas siempre habían sucedido y más a menudo de lo que la gente creía. Lo único que podía hacer ahora, dijo, era volver a visitar al bueno del deán y explicarle lo que había sucedido. Ella me bendijo antes de partir para hacer lo que ella me había aconsejado. El deán Rumold me miró asombrado y quiso saber por qué había vuelto y, entre sollozos, se lo expliqué todo, sincero, de principio a fin. Refunfuñó enojado cuando supo que había leído a Ovidio sin su permiso, pero cuando llegué a explicarle lo que me había sucedido con las dos mujeres empezó a golpearse las rodillas y rompió a reír. Quiso saberlo todo, incluso si las dos mujeres habían quedado satisfechas conmigo, y luego suspiró y dijo que la juventud era lo mejor de la vida, y lo de ser deán de todo el imperio no era nada

comparado con ella. Sin embargo, cuando continué mi relato, se fue ensombreciendo y, al llegar al final, golpeó la mesa con el puño y gritó que me había propasado seriamente y que éste era un asunto que el obispo debía considerar. Al llegar ante el obispo y una vez éste hubo escuchado toda la historia, estuvo de acuerdo con el deán en que había errado gravemente y traicionado a mi congregación en dos aspectos: había escapado del lugar donde él me había enviado y había traicionado el secreto de confesión al explicarle a mi madre lo que había sucedido con las dos mujeres. Mi amancebamiento era desde luego algo grave, pero no era peor que lo que tenía por costumbre oír y era una nimiedad al lado de lo otro, cosa que sólo podía expiarse con severa penitencia. Pero como había actuado por inconsciencia y no con mala fe, pensaban proceder con clemencia, y me dieron a escoger tres maneras de expiar mis pecados: ser padre espiritual de los leprosos del gran hospital en Jülich durante un año, marcharme de peregrino a Tierra Santa y traerles a la iglesia de la coronación aceite del Monte de los Olivos y agua del río Jordán, o llevar a cabo tareas de conversión entre los daneses. Me sentí reforzado por su clemencia y el anhelo de expiar mi pecado me quemaba por dentro, por eso escogí lo más difícil y me enviaron al obispo Eckard de Hedeby. Me acogió con mucha amabilidad, y pronto me hizo canónigo por mis conocimientos. Me quedé con él durante dos años, laborioso y devoto como maestro de la escuela que él había creado, hasta que el destino me volvió a alcanzar y cometí mi segundo pecado.

—Me pareces un nuevo tipo de cura —dijo Orm—, entre tus pecados y tus locas mujeres, pero aún no nos has explicado cómo has llegado hasta aquí.

—¿Por qué no te has casado como una persona sensata? —preguntó Ylva—. Si tu deseo por las mujeres es tan fuerte, es lo que deberías haber hecho.

—Algunos son de la opinión de que un cura tiene que vivir soltero —dijo el maestro—. Aquí mismo tenéis un sacerdote sin esposa, a pesar de que tal vez es cierto que es más santo que yo y más fuerte ante las tentaciones.

—He tenido otras cosas que hacer que pensar en mujeres —respondió el padre Willibald—, y ahora, alabado sea Dios, ya soy lo bastante viejo como para ahorrarme estas tentaciones. Sobre este tema ya los santos apóstoles tenían diferentes opiniones. El mismo san Pedro fue un hombre casado, incluso se llevó a su esposa en sus viajes entre los paganos; en cambio, esto no alegró a san Pablo, que se mantuvo soltero, y a lo mejor por eso tuvo más tiempo para hacer viajes más largos y ser prolijo en la escritura. Desde hace tiempo, los hombres santos han empezado a pensar que san Pablo tenía razón y los abates de San Benedicto en Francia abogan ahora porque cada cura viva soltero y preferiblemente en total castidad. Con todo, yo soy de la opinión de que aún pasará mucho tiempo antes de que todos los curas puedan seguir ese camino.

—Sí, así es —dijo el maestro—, conozco las prédicas del abate francés Odo y sus discípulos. Dice que el matrimonio es malo para un siervo de Cristo, y creo que están en lo cierto, pero los trucos del diablo son muchos y de una astucia inconmensurable,

y así como me veis aquí y ahora, soy un marginado y un caminante de las regiones salvajes porque me he negado a unirme en matrimonio. Éste es el segundo de los pecados que la bruja me profetizó, y me horroriza siquiera pensar cuál podrá ser el tercero.

Todos querían saber lo que le había sucedido y, después de que Ylva le obsequiara con una bebida fortificante, empezó a contar la historia de su segundo pecado.

CAPÍTULO VIII

Del segundo pecado del maestro pecador y de la penitencia que le impusieron

—Entonces —dijo con voz compungida—, apareció en mi vida una mujer llamada Thordis que no vive muy lejos de Hedeby. Es de alta cuna y de las más ricas de la región, posee grandes extensiones de tierra y poblados rebaños, y nació y creció en el paganismo. Por sus riquezas ha estado casada tres veces, a pesar de que aún es joven, y todos sus esposos han tenido muertes violentas en el campo de batalla y en duelos. Cuando mataron al tercero, se sintió desmoralizada y acudió al obispo Eckard diciendo que quería buscar ayuda en Dios. La instruyó y la bautizó el mismo obispo, y a menudo después acudía a misa a caballo, acompañada de un gran séquito y con alboroto y ruido de armas, como si se hubiera tratado de la llegada de un *hövding* guerrero. Su altivez era considerable y su temperamento porfiado, y al principio se negaba a permitir que sus seguidores dejaran las armas antes de entrar en la iglesia porque le parecía lastimoso. Al final, el obispo consiguió convencerla y quiso que tuviéramos paciencia con ella en todo porque podía ser de gran utilidad a la Iglesia de Dios. Y, sí, es cierto que en más de una ocasión acudió al obispo con generosos obsequios, pero a pesar de eso era difícil de soportar y la peor parte me la llevé yo, ya que, en cuanto me puso los ojos encima, se llenó de lujuria. Un día, después de misa, esperó sola a que saliera yo de la iglesia y me pidió mi bendición. Se la di, y luego me observó detenidamente y me dijo que, si me dejaba crecer el pelo y la barba, como era propio de un hombre, serviría para algo más que para decir misa: «En mi casa serás bienvenido cuando tú quieras, y no te arrepentirás de haberme visitado», me dijo. Dicho esto, me agarró por la oreja y me besó sin vergüenza alguna, a pesar de que el diácono se encontraba a mi lado, y me dejó allí para irse lleno de timidez y horrorizado. Era yo entonces, con la ayuda de Dios, fuerte contra las mujeres y decidido a caminar sin castigo; además, ella no se podía medir en belleza con las dos que me habían embaucado en Maastricht. Por estos motivos, yo no temía caer en el pecado con ella, pero sí tenía miedo de su locura, y fue mala suerte que el santo obispo Eckard estuviera ausente, de viaje a una reunión de la iglesia en Mainz. Hice callar al diácono sobre lo que había visto, a pesar de que en su ignorancia reía mucho, y esa tarde pedí a Dios con muchas ansias que me ayudara contra aquella mujer. Gracias a esto me sentí sorprendentemente reforzado, y me pareció comprender que ella había aparecido en mi camino para que pudiera demostrar cuan inquebrantable era ahora ante las tentaciones de la carne. Sin embargo, cuando aquella mujer volvió a la iglesia sentí de nuevo el pavor y, en cuanto pude, mientras aún sonaban los

cantos, huí a la sacristía para evitarla. Pero sin darme cuenta y antes de poder escapar la tuve detrás, osada, preguntándome por qué no me había visto por su casa a pesar de haberme invitado. Respondí que muchas cosas importantes habían llenado mi tiempo. «Nada es más importante que esto», respondió, «puesto que tú eres el hombre con quien me quiero casar, a pesar de que seas imberbe. Y yo pensaba que tenías el entendimiento suficiente para no hacerme esperar después de lo que te dije la última vez». En este punto me había sumido yo en una confusión descomunal, y sólo supe responder que por muchos motivos no podía abandonar la iglesia mientras el obispo estaba ausente, pero luego me crecí y le dije muy seriamente que para los siervos de Cristo era mejor vivir solteros, y que todos los santos padres eclesiásticos estaban de acuerdo en desaprobando a una mujer que contrajera matrimonio por cuarta vez. Ella palideció al escuchar mis palabras, y se acercó a mí sin dejarme terminar. «¿Acaso estás emasculado como un buey capado?», dijo, «¿o me consideras demasiado vieja?». Parecía peligrosa de tan iracunda, y agarré un crucifijo y lo sostuve contra ella al tiempo que leía rezos para ahuyentar a los malos espíritus, pero ella me lo arrancó de las manos con tanta fuerza y tan llena de ira que resbaló y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza con el canto del arcón de los vestidos. Aun así, no tardó en ponerse de nuevo en pie y clamó pidiendo auxilio, yo hice lo mismo, aunque sin saber por qué. Y con esto se consumó mi destino, del que no pude escapar, ya que en la batalla que se libró allí en la iglesia y en los alrededores entre su séquito, que quería ayudarla a ella, y buenos hombres de la villa, que querían ayudarme a mí, murieron hombres de ambos bandos, entre ellos un subdiácono que fue abatido con una espada, y el canónigo Andreas, que se apresuró a acudir desde la casa del obispo para apaciguar los ánimos y recibió el impacto de una piedra en la cabeza y murió al día siguiente. Al final, ahuyentaron a la mujer junto con los hombres que le quedaban, pero mi desesperación fue inmensa al ver lo que había sucedido, pues aquellos buenos hombres habían muerto por mi culpa. Cuando el obispo Eckard regresó y escuchó cuanto había sucedido, determinó que la mayor parte de la culpa era mía, ya que había ordenado que la mujer Thordis fuera tratada por todos con paciencia, y en eso yo le había fallado. Lo correcto, dijo para mi sorpresa, hubiera sido haber complacido su voluntad. Le pedí que me impusiera el más duro de los castigos, pues yo reconocía mi pecado a pesar de que había sido imposible de evitar. Le hablé de los vaticinios de la pitonisa y que lo que había sucedido era el segundo de los tres pecados que estaba predestinado a cometer. El obispo dijo que no me dejaría en Hedeby para que cometiera el tercero cuando llegara el momento, y así decidí mi penitencia. Me ordenó marcharme a las tierras de los salvajes de Småland para comprar la libertad del celoso siervo de Dios, el padre Sebastián, que hacía tres años había sido enviado a llevarles el Evangelio y que desde entonces languidece en la dura esclavitud. Y ahora voy de camino allí, y ya sabéis con qué propósito. Y sobre mí y mis infortunios ahora sabéis lo mismo que yo.

Así terminó su relato e Ylva rió y le invitó a cerveza.

—Me parece que lo tienes difícil con las mujeres, hagas lo que hagas, y a pesar de que hayas leído en un libro cómo hay que amarlas. Y aquí en estas tierras no creo que puedas aprender nada de esto.

El maestro Rainald respondió con serenidad que todas esas necedades se habían acabado para él.

—No sólo con las mujeres, sino también en otras cuestiones pareces un hombre de gran ingenuidad —dijo Orm—, y tu obispo también si pensáis que puedes volver habiendo comprado la libertad de un cura, y siquiera conservar la vida, en caso de que lleves oro y plata a los de Småland.

El maestro hizo un gesto negativo con la cabeza y esbozó una sonrisa triste.

—No llevo oro y plata conmigo —dijo—, porque no es con este tipo de cosas que se puede comprar la libertad del padre Sebastián, sino que yo mismo me pondré a trabajar de esclavo en su lugar. Soy más joven y fuerte, y por eso no creo que haya dificultades en hacer el cambio. Y con ello podré expiar algo de mi pecado, al causar la muerte de dos hombres de Dios.

Todos se asombraron al oír aquello, y al principio no querían creer que estuviera hablando en serio, pero el maestro se mantuvo firme en lo que había dicho.

—Yo me tengo por tan buen cristiano como otros —dijo Orm—, pero sin embargo me siento más capaz de cometer todos los pecados que de entregarme como esclavo.

El padre Willibald dijo que un acto cristiano como aquél no era para todo el mundo, pero que el maestro actuaba correctamente.

—Y no será muy larga tu esclavitud —le dijo a éste—, puesto que no contamos más de cinco años hasta el regreso de Cristo, tras el cálculo que la mayoría de hombres ilustrados consideran correcto. Y si tú ahora evitas a las mujeres y no tienes más infortunios con ellas, podría ser que tuvieras tiempo de bautizar a muchos habitantes de Småland antes de que ese día llegue. Entonces podrás presentarte tranquilo ante el tribunal del Señor.

—Es cierto lo que dices —dijo el maestro—, y yo mismo ya había pensado en ello, pero lo peor es que me queda por cometer el tercer pecado, y la bruja me dijo que sería el peor de ellos.

Nadie supo darle consuelo ante aquello, pero Orm dijo que esperaba que el tercero tardara en llegar.

—Puesto que no me gustaría ver —dijo— cómo lo cometes bajo mi techo; sea como sea, tenéis que saber tanto tú, cura, como tú, Spjalle, y los dos maestros de Irlanda, que podéis quedaros en mi casa todo el tiempo que os parezca.

—Y yo me uno a estas palabras —dijo Ylva.

Les dieron las gracias, pero Spjalle dijo que él sólo pensaba quedarse unos pocos días.

—No puedo retrasar mi partida —dijo—, pues llevo bajo mi custodia la fortuna de los reyes.

Los dos bufones dijeron que querían acompañar a Spjalle porque también se dirigían a Uppsala como él. Y si no se sintieran bien allí, tenían otros reinos donde escoger.

—Entonces a lo mejor nos iremos a Noruega —dijeron—, porque allí se encuentra el rey Olaf Tryggvesson, del que se dice que se ha convertido en un buen cristiano. O quizá pongamos rumbo al este, hacia el rey Valdemar de Gårdarike^[34], que tiene una gran reputación y se dice de él que muestra gran generosidad hacia los hombres duchos en artes.

—Hasta él tenéis un buen trecho —dijo Orm.

—Somos viajeros errantes en la tierra —dijeron—, pero caminamos de buen grado hacia allí donde haya reyes porque con ellos siempre recibimos grandes atenciones. Y más allá del reino de Gårdarike reina el cesar Basilio, llamado Bulgaróctono, el más poderoso señor del mundo, ahora que han fallecido el rey Harald y el rey Erik, a pesar de que podría ser que al joven emperador de Alemania no le gustaran estas palabras, ni tampoco al rey Brian, allí en nuestra tierra. Algunos hombres viajados nos han contado que los bufones del emperador en Miklagård tienen gran fama y consiguen hacer cosas muy difíciles, y especialmente hemos oído hablar de un espectáculo que presentaron ante los emisarios del viejo emperador alemán, en los tiempos en que reinaba el emperador Nicéforo en Miklagård. Lo hicieron con una escalada excepcional por un palo, y nosotros no conocemos esa acrobacia, a pesar de que creemos saber más que otros. Por ello podría valer la pena ver cuan diestros son y mostrarles de lo que son capaces los maestros de Erin. Si bien es cierto que sería para nosotros un gran honor poder actuar ante el emperador Basilio, y para él recibir nuestra visita, claro. Pero primero nos dirigiremos a Uppsala, a visitar al joven rey, y para eso es mejor que nos unamos a Spjalle, porque es una buena compañía para ir por ahí mendigando.

Y así lo hicieron. Unos días más tarde, cuando Spjalle sintió que había recuperado sus fuerzas, se volvió a ligar la espada de los reyes a la pierna y, junto con los dos maestros, recogieron sus bolsas y bastones de mendigo. Åsa e Ylva les ofrecieron abundantes alimentos para el camino, porque decían tener pocas esperanzas de encontrar por aquella ruta una hospitalidad como la que habían disfrutado en aquel lugar.

—Y si nos volvemos a ver —dijo Felimid a Orm al despedirse—, tienes que saber que en nosotros siempre tendrás a buenos amigos.

—Ya me gustaría veros de nuevo —respondió Orm—, pero si os encamináis a Miklagård, se quedara en eso, en un deseo, ya que aquí estoy yo muy tranquilo y veo a los niños crecer y a las cosechas prosperar, y no creo que vaya a viajar nunca más.

—Quién sabe, quién sabe... —dijeron los pequeños y orejudos hombres.

Y dicho esto asintieron, recibieron una bendición del padre Willibald y emprendieron camino con Spjalle.

El maestro Rainald se quedó con Orm un tiempo, ya que era lo que había

estimado mejor para él. Todos estuvieron de acuerdo en que no era una buena idea encaminarse a la frontera sólo a buscar al padre Sebastián, ya que de hacerlo así podrían capturarlo o matarlo y todos sus esfuerzos por liberar al padre Sebastián serían en vano. Por eso se decidió que se quedaría en Gröning hasta que llegara el momento del gran *ting*, la gran asamblea de las tierras fronterizas, en la roca Krakasten, que pronto tendría lugar, puesto que allí, dijo Orm, tal vez podría hacerse algo para poder presentar su causa.

CAPÍTULO IX

De cómo el maestro Rainald buscaba vaquillas y se sentó en un cerezo

Se hizo como Orm había dispuesto, y el maestro Rainald pasó el verano en Gröning. Ayudó al padre Willibald cuando éste celebraba la misa para el servicio de la casa y para los recién bautizados de la región que pensaban que valía la pena mantener la promesa que habían hecho. Pronto se ganó elogios por sus cantos en la misa, que eran lo más bello que nadie había oído jamás. Al principio los recién bautizados no parecían muy dispuestos a acudir a la misa, pero cuando corrió la voz de los cantos del maestro cambiaron de opinión y empezaron a congregarse en gran número, e incluso se pudo ver a algunas mujeres con lágrimas en los ojos al escucharle. Al padre Willibald le complacía la ayuda recibida, ya que él mismo no era muy ducho en este arte.

En cambio, el maestro no era tan versado en otras cuestiones. Orm quería ponerlo a trabajar durante la semana; quiso saber qué se le daba bien, pero fue difícil encontrar una tarea donde pudiera estar a la altura y ser de ayuda. Era ignorante en todo y no era nada diestro con las herramientas. Orm dijo:

—Vamos muy mal, pronto serás esclavo allí arriba, en Småland, y sólo con los cantos ya te digo yo que no lo vas a pasar bien. Te iría mejor si pudieras aprender alguna que otra cosa mientras estás aquí conmigo, porque con ello podrías ahorrarte muchas marcas en la espalda.

El maestro suspiró y estuvo de acuerdo con Orm, que le permitió intentar muchas cosas fáciles; aun así, no se desenvolvió bien en ninguna de ellas. Cuando le pusieron a segar la hierba causó una impresión lamentable, ya que no era capaz de comprender cómo se usaba la guadaña. En la carpintería no tenía remedio, a pesar de que Rapp, e incluso el mismo Orm, le enseñaron con mucha paciencia, y cuando le pusieron a cortar leña menuda para el horno de pan se asestó un golpe tal que lo encontraron en el suelo sangrando y entre lamentos. Cuando se recuperó y Orm se lo llevó al río para que le ayudara en las capturas, se asustó al ver una gran anguila que se le enrolló en el brazo, volcó el tronco de roble echando a perder toda la pesca, y a duras penas ambos consiguieron alcanzar la orilla. Así acabó siendo considerado un héroe en la iglesia, e incluso por las tardes como un buen hombre entre los sirvientes cuando todos se sentaban a sus quehaceres y él hablaba de santos y emperadores, pero en el resto de cosas sólo era un hombrecillo que nada comprendía de lo que tiene que saber un buen aldeano. Sin embargo, no caía mal, y se notaba que todas las mujeres, desde Åsa e Ylva hasta la sirvienta más joven, se preocupaban por él y tenían mucho que

decir en su disculpa.

Al principio de primavera de aquel año, Rapp *el Tuerto* había contraído matrimonio con la exuberante hija de un campesino llamada Torgunn y que él, a pesar de tener un solo ojo, había conseguido sin mayor dificultad gracias a su gran reputación de hombre viajado y diestro con las armas. Siguiendo las órdenes de Rapp, ella se hizo bautizar enseguida y desde ese momento no se perdió ni una misa. Estaba bien considerada por todos y era resuelta en sus tareas, y ambos parecían estar bien juntos, si bien cuando alguien le preguntaba a Rapp respondía murmurando que era difícil de callar y que tardaba mucho en quedarse encinta.

A Ylva Torgunn le gustaba mucho ella y ambas solían sentarse a charlar en confianza sin que se les agotaran las palabras.

Cierto día la gente de la finca tuvo que ausentarse al bosque para buscar una res joven que se había perdido, y la búsqueda duró muchas horas. Por la tarde, cuando Rapp volvía con las manos vacías, oyó un ruido que venía de un pequeño bosque de abedules, y cuando se acercó vio a Torgunn acostada sobre la hierba junto a una gran roca y al maestro Rainald doblado sobre ella. La maleza le impidió ver más, y ambos se pusieron de pie cuando oyeron sus pasos. Rapp se quedó helado, sin palabras, pero Torgunn se acercó dando saltos a la pata coja y enseguida se puso a hablar.

—Ha sido una suerte que hayas venido, así podrás ayudarme a volver a casa —dijo—. Me he torcido el tobillo al tropezar con una raíz, y el maestro Rainald acudió al oírme pedir auxilio. No tenía fuerzas para cargar conmigo, pero me ha bendecido el tobillo y ya me siento mejor.

—El ojo que me queda está en perfectas condiciones —dijo Rapp—. ¿Era necesario que se acostara sobre ti para bendecir tu tobillo?

—No estaba acostado sobre mí —dijo Torgunn indignada—. Rapp, Rapp, ¿qué cosas te estás imaginando? Me sujetaba el tobillo hincado de hinojos, y ha recitado las palabras sagradas tres veces.

—¿Tres veces? —dijo Rapp.

—No te hagas más el tonto de lo que ya eres —dijo Torgunn—. Primero en el nombre del Padre, luego del Hijo y luego del Espíritu Santo, en total son tres.

Rapp miró al cura, que estaba algo pálido y le temblaba la boca, pero por lo demás no se le notaba nada extraño.

—Si te hubiera encontrado sin aliento, ahora estarías muerto —dijo Rapp reflexivo.

—He venido a esta tierra para convertirme en mártir —replicó el maestro.

—Pues puede que no sea difícil —dijo Rapp—. Pero primero, mujer, déjame ver tu tobillo, si es que sabes cuál de los dos es.

Torgunn se quejó y dijo que jamás lo había pasado tan mal, pero se sentó obediente sobre la roca y mostró su tobillo izquierdo. Les costó ponerse de acuerdo sobre la hinchazón que se podía ver, pero ella gritó cuando él la tocó.

—Hace un rato estaba peor —dijo ella—. Y si me ayudas creo que podré llegar a

casa.

Rapp se quedó sombrío y, después de reflexionar, dijo:

—No sé si te ha pasado algo en el tobillo, puesto que tus gritos pueden ser gratuitos, pero no quiero que Orm pueda decir que he matado a su huésped en vano. El padre Willibald es quien sabe más de estas cosas, él decidirá.

Se encaminaron a la casa andando, a pesar de que Torgunn tenía que descansar a menudo acuciada por el dolor. En el último tramo tuvo que apoyarse sobre ambos hombres con un brazo alrededor del cuello de cada uno.

—Pesas bastante —dijo Rapp—, pero aun así me cuesta creerte en todo este asunto.

—Cree lo que quieras —dijo Torgunn—, pero yo lo siento, mi tobillo nunca más volverá a ser el mismo. Se me enganchó el pie entre dos raíces al saltar de un tronco caído, así ha sido, seguro que me quedaré con la pierna tesa después de esto.

—¿Y de qué ha servido, pues, tanta bendición? —dijo Rapp con tristeza.

Acompañaron a Torgunn hasta la cama, y el padre Willibald fue a visitarla. Rapp enseguida hizo un aparte con Orm e Ylva para contarles lo que había sucedido y lo que él creía. Ambos estuvieron de acuerdo en que aquél había sido un acontecimiento lamentable, y que sería una pena si Rapp y Torgunn se distanciaban por aquello.

—Es algo bueno que tienes tú, que siempre piensas las cosas antes de hacerlas —dijo Orm—, porque de no haber sido así a lo mejor le hubieras matado y eso no hubiera estado bien si es inocente, ya que un cura muerto traería el castigo de Dios sobre todos nosotros.

—Yo pienso mejor de Torgunn que tú, Rapp —dijo Ylva—. Es fácil torcerse un tobillo cuando se camina entre troncos y rocas. Y tú mismo dices que no viste nada.

—Lo que vi allí en el bosque fue más que suficiente.

—Es sabio no hacer juicios apresurados en estas cosas —dijo Orm—. Seguro que recuerdas cómo actuó el juez de Almanzor, en Córdoba, la vez que Toke Grågulleesson se había colado en la cámara de la mujer del dulcero egipcio, el que vivía en el callejón de los Penitentes, y una ráfaga de viento arrancó la cortina de la ventana cuando cuatro de sus amigos, que pasaban por el jardín, vieron a Toke y a la cónyuge del dulcero en su diván.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Rapp—, pero ellos eran paganos.

—Quiero saber qué fue de la mujer —dijo Ylva.

—El dulcero se presentó ante el juez con las vestiduras rasgadas y con los cuatro testigos como todo séquito pidiendo que Toke y la mujer fueran dilapidados por adúlteros. Almanzor había ordenado que este asunto se juzgara siguiendo la letra de la ley, a pesar de que Toke formara parte de su guardia personal. El juez interrogó a los cuatro testigos sobre lo que habían visto, y tres de ellos declararon bajo juramento que lo habían visto todo, pero el cuarto era viejo y no tenía bien la vista, así que no había podido distinguirlo todo como los demás. La ley del profeta Mahoma, que está escrita con la propia mano de Alá en su libro sagrado, dice que cuatro testigos

devotos tienen que haberlo visto todo clara y diáfana, de lo contrario no se puede condenar a nadie por adulterio. Por ello el juez falló que Toke y la mujer del dulcero eran inocentes, y condenó a éste a diez latigazos en las plantas de los pies por haberlos acusado falsamente.

—Ese país debe de ser bueno para las mujeres —dijo Ylva—, porque mucho tiene que pasar para que alguien se deje ver por cuatro testigos. A mí me parece que la parte que le tocó al dulcero fue dura.

—Con el tiempo a él no se lo pareció —dijo Orm—, puesto que después de esto el dulcero se hizo famoso entre los de la guardia, e íbamos a menudo a su tienda para bromear con él y beber su dulce hidromiel sirio, de modo que obtuvo grandes beneficios y alabó a Alá por su fortuna. Sin embargo, Toke decidió que, a pesar de que aquel asunto había terminado bien para él, también le sirvió de aviso y nunca más se atrevió a acercarse a aquella mujer.

El padre Willibald salió de la casa en aquel instante y dijo que era cierto que Torgunn se había torcido el tobillo.

—Pronto la hinchazón será tal —dijo a Rapp— que hasta tú podrás estar seguro de ello.

Todos pensaron que Rapp iba a sentirse aliviado ante aquellas noticias, pero se quedó sentado sombrío y pensativo, y al final dijo:

—En ese caso, el maestro ha estado allí un buen rato sosteniendo su pierna con ambas manos, o a lo mejor sólo con una. Me resulta difícil creer que la cosa no haya ido a más, puesto que él mismo nos ha dicho que le chiflan las mujeres y que ha aprendido en escritos romanos cómo darles placer. Yo creo que se ha dedicado a otras cosas que a bendecir el tobillo, porque de no haber sido así no se le hubiera hinchado, si es que vale algo como cura.

Aquél fue el discurso más largo que jamás habían oído de Rapp, y ninguno de ellos consiguió hacerle cambiar de opinión en este asunto. Entonces Ylva dijo:

—Primero tu suspicacia venía de la ausencia de hinchazón, y ahora de su presencia; al parecer nada puede hacerse, ya que vosotros los hombres sois así cuando se os mete algo en la cabeza. Ahora voy a hablar con Torgunn en confianza. Somos buenas amigas, ella y yo, y a mí me dirá cómo han ido las cosas. Y si hubiera cualquier cosa que ella no quiere que salga a la luz yo la sabría intuir, ya que una mujer enseguida sabe si otra mujer dice la verdad o si miente, y eso es más de lo que puede hacer un hombre, y alabado sea Dios por ello.

Dicho esto se marchó, y de lo que ella y Torgunn se dijeron no hubo testigos.

—Ahora puedes estar tranquilo, Rapp —dijo Orm—, puesto que no tardarás en saber la verdad. No hay mujer más sagaz que Ylva en este mundo, te lo digo yo; lo noté la primera vez que la vi.

Rapp asintió con un gruñido y empezó a hablar de las dos reses perdidas que todavía no habían aparecido, y dónde era mejor buscarlas al día siguiente.

Ylva estuvo con Torgunn un buen rato, y cuando volvió amenazó a Rapp

poniéndole el puño en la nariz.

—Ahora lo sé todo —dijo—, era como yo sospechaba y no tienes de que preocuparte, Rapp, ya que no se les puede reprochar nada de su encuentro en el bosque. Lo único lamentable es la que has organizado tú con tus sospechas. Torgunn va del llanto a la risa cuando piensa en tus duras palabras, y me ha dicho que ahora casi se arrepiente de no haber tentado al cura cuando tuvo la oportunidad. «Nos hubiera dado tiempo de hacer alguna que otra cosa antes de que Rapp llegara», me ha dicho, «y si tengo que cargar con la vergüenza y el disgusto, podía también haberme dado el placer». Esto es lo que me ha dicho, y si tú eres tan sensato como me parece, Rapp, no deberías sacar ni una sola palabra más del tema, ya que puede volverse contra ti, te lo advierto. Eso sí, si eres bueno con ella, no creo que tengas que oír nada más sobre el asunto tú tampoco. Y estaría bien que la dejaras embarazada pronto, ya que de este modo te ahorrarías toda la angustia que te empuja a fantasear con estos temas.

Rapp se acarició la coronilla y murmuró algo sobre que no le faltaba el empeño en esas lides. Se notó que las palabras de Ylva le aliviaron mucho, y le agradeció lo que había hecho para devolver las cosas a su lugar.

—Y es bueno que a mí no me falte la sensatez —dijo—, a pesar de que no pueda estar a tu altura, Ylva, puesto que si hubiera matado al maestro me hubiera quedado ahora con un palmo de narices y os hubierais enfadado conmigo. Ahora mismo entraré a ver a Torgunn para arreglar las cosas.

Cuando al final Orm e Ylva se quedaron solos y se acostaron, hablaron un momento sobre este asunto antes de dormirse.

—Ha ido mejor de lo que yo pensaba —dijo Orm—, y ha sido gracias a ti. Si yo hubiera tenido que dar mi veredicto en el asunto, me hubiera decantado por pensar que se dedicaban a otras cosas en el bosque que a sanar su tobillo.

Ylva estuvo en silencio un rato y luego dijo:

—Orm, hubieras dado el veredicto correcto, pero esto no puedes contárselo a nadie, nunca. Así se lo prometí a ella, y también que haría entrar en razón a Rapp. Nadie puede saber nada de esto, ni siquiera el padre Willibald, porque puede convertirse fácilmente en una gran desgracia para Rapp, Torgunn y para el pobre maestro chiflado por las mujeres. Pero a ti te diré la verdad: entre ellos hubo más roce que el de la bendición del tobillo. Ella dice que él le gustó desde el principio por la belleza de sus cantos, por el infortunio que planea sobre él y porque no podría resistirse a un hombre santo. Dice que le tembló todo el cuerpo como un murciélago capturado cuando él le examinó el tobillo, y que él no se mostró torpe, sino que enseguida empezó a tocar por todas partes. Pronto las ansias los acuciaron a los dos, y no pudieron evitarlo, según dice Torgunn. Después de tener tiempo de serenarse, él se lamentó y rompió a llorar, y de nuevo continuó bendiciéndole el tobillo, pero hacía poco que se había puesto a ello cuando llegó Rapp. Es por eso que ahora lo tiene tan hinchado, ya que en realidad tendría que haberlo hecho tres veces. Sea como sea,

Torgunn siempre tendrá que agradecer a Dios que Rapp no llegara un poco antes. Y si algún día explicaras esto a Rapp o a otra persona, me harás muy infeliz, y a otros conmigo.

Orm se echó a reír al escuchar aquello, y prometió gustoso no decir nada al respecto, ni a Rapp ni a otros.

—Mientras Rapp nunca sepa que ha sido engañado —dijo Orm—, el daño es nulo o mínimo. Sin embargo, este maestro me parece un hombre peculiar: es un incompetente en la mayoría de cosas que deben saber los hombres y, en cambio, parece que ciertamente tiene buena mano con las mujeres. No irían bien las cosas si, a partir de ahora, se encontrara con Torgunn a solas; podrían acabar mal, ya que Rapp no se dejaría engañar una segunda vez. Por ello tengo que encontrar una tarea fija para él, —una tarea que lo mantenga alejado de ella y a ella de él, porque no sabemos cuál de los dos tiene más ganas de volver a encontrarse con el otro.

—Pero no seas duro con él —dijo Ylva—, ya sufrirá en su momento, pobre, cuando se entregue a los de Småland. Yo misma ayudaré en lo que me sea posible para mantenerlos alejados el uno del otro.

A la mañana siguiente, Orm hizo llamar al maestro y le comunicó que había encontrado una tarea apta para él.

—No has sido muy útil en lo que hemos probado hasta este momento —dijo—, pero ahora sí lo vas a ser. Aquí puedes ver este cerezo, que es el mejor de mis árboles. La cuestión es que no lo opino sólo yo, sino también las cornejas. Te encaramarás a él, y será mejor que te lleves comida y bebida porque no podrás bajar hasta que las cornejas y las urracas hayan encontrado otras ramas para dormir. Allí te sentarás cada día y desde primera hora, porque las cornejas llegan al despuntar la aurora. Espero que se te dé bien esta tarea y consigas salvar las cerezas para nosotros, si tú no te las comes antes todas, claro.

El maestro miró triste hacia la copa del árbol; los frutos eran más grandes que en los cerezos comunes, y empezaban a estar oscuros de madurez. Todas las aves se acercaban ansiosas al árbol, y tanto Rapp como el padre Willibald intentaban mantenerlas a raya con flechas y piedrecillas, sin conseguir resultado alguno.

—Esto es lo que merezco, sí —dijo el maestro—, pero me da miedo subir tan alto.

—Tendrás que acostumbrarte —dijo Orm.

—Me mareo con facilidad.

—Sujétate bien y no te pasará nada con el mareo. Y si no te atreves todos se van a reír de ti, sobre todo las mujeres.

—Esto es ciertamente lo que me merezco —repitió el maestro, apesadumbrado.

Terminó por subirse al árbol con grandes esfuerzos, mientras Orm, desde abajo, lo animaba a subir más alto. Al final, y entre rezos, alcanzó una horcadura de tres ramas que se balanceaba con su peso. Allí le hizo quedarse Orm, porque era donde los pájaros le verían mejor.

—Ese es un buen sitio —dijo—, y estarás más cerca del cielo que los demás. Podrás comer y beber lo que te has llevado, y hablar con Dios de tus pecados.

Allí se quedó sentado, y las cornejas acudieron impacientes de todos lados hacia los sabrosos frutos, pero se espantaron asombradas al ver a una persona subida al árbol. Chillaron indignadas cuando lo sobrevolaron, y las urracas se posaron en las ramas de alrededor emitiendo murmullos como si conspiraran.

Al cabo de seis días, en una tarde de canícula, el maestro Rainald se precipitó al vacío. Se había quedado dormido bajo aquel intenso calor, y unas abejas en enjambre escogieron su cabeza como lugar de descanso. Esto le despertó aterrorizado, y empezó a dar bandazos a su alrededor hasta caer al suelo, entre gritos, junto con abejas, cerezas y ramas rotas. Las gemelas y sus compañeros de juego fueron los primeros en llegar al lugar al oír el estrépito. Lo miraron estupefactos, y el chico, Ulf, le preguntó por qué se había caído, pero el cura sólo podía lamentarse y decir que sus días habían llegado a su fin. Los niños empezaron a recoger contentos las sabrosas cerezas que habían caído, pero no tardaron en asustarse por las abejas y se pusieron a dar gritos. Toda la gente de la finca estaba en el río ocupada con las redes, y fue la misma Ylva y un par de sus sirvientas quienes acudieron a ayudar y acostaron al maestro en un lecho de la cámara de los telares. Cuando supieron cómo había ocurrido el accidente, las sirvientas se echaron a reír de tal manera que Ylva se impacientó y les propinó un cachete mientras les ordenaba ir a buscar de inmediato al padre Willibald, que había bajado al río con los demás.

Ylva sintió lástima por el maestro e hizo lo que pudo por él, y le sirvió una buena bebida reconstituyente elaborada con su mejor cerveza. Había escapado sano y salvo de las abejas, pero creía que se había roto el hombro al caer. Ylva se preguntaba si aquello no podía ser un castigo de Dios por su desliz con Torgunn en el bosque. Él estuvo de acuerdo en que era posible que así fuera.

—¿Pero cuánto sabes tú de lo que pasó en el bosque? —dijo él.

—Lo sé todo —respondió Ylva—, porque Torgunn me lo ha contado, pero no tienes que temer nada, pues tanto ella como yo sabemos callar cuando es necesario. Y si te sirve de consuelo, te ha llenado de elogios y ha dicho que no se arrepiente de lo que hubo entre vosotros, a pesar de que casi acabara en tragedia.

—Pero yo sí me arrepiento —dijo el maestro—, aunque ya sé que no sirve de mucho porque llevo la maldición de Dios sobre mí y no puedo estar a solas con una mujer joven sin que el deseo me domine de inmediato. Además, estos días sobre el árbol tampoco me han ayudado, puesto que he pensado menos en Dios que en el pecado de la carne. Ylva rió.

—Sin embargo, el enjambre de abejas sí te ha ayudado —dijo ella—, y también tu caída del árbol, pues ahora estás a solas conmigo, nadie nos puede molestar en un buen rato y no quiero pensar que mi belleza sea inferior a la de Torgunn y, no obstante, no me parece que sirvas para pecar mucho ahora mismo, pobre hombre.

—No sabes tú cuan grande es mi maldición —dijo el maestro, triste mientras

alzaba los brazos hacia ella.

Lo que pasó entre ellos dos es algo que nadie jamás supo seguro, y cuando el padre Willibald llegó para verle las heridas lo encontró durmiendo y gimiendo levemente en sueños, mientras Ylva se aplicaba en el telar.

—Es demasiado bueno para subir a un árbol, y no debe volver a hacerlo —le dijo Ylva aquella noche a Orm y a los sirvientes a la hora de la cena, en medio de una gran jocosidad por cómo había terminado la estancia del maestro sobre el árbol.

—No sé gran cosa de su bondad —dijo Orm—, pero si dices que es demasiado simple para subir a un árbol, no puedo estar más que de acuerdo contigo. No sé para qué sirve este hombre, la verdad, pero ya lo averiguarán los de Småland. La mayoría de las cerezas están ya maduras, y se podrán recoger antes de que los pájaros las roben, por eso el daño es menor; eso sí, me alegro de que ya no falte mucho tiempo para el Ting.

—Y hasta entonces seré yo la que lo cuide —dijo Ylva, decidida—; no quiero que se burle nadie de él y lo pase mal los últimos días que pasa entre los cristianos.

—Se ponga como se ponga, siempre tiene de su lado a las mujeres —dijo Orm—. Pero harás lo que quieras en este asunto.

Todos los de la casa se retorcían de risa en cuanto el maestro o su enjambre de abejas surgían en la conversación, pero Åsa dijo que aquélla era una buena señal, ya que a menudo había oído decir a los sabios y viejos que el que las abejas se posaran en la cabeza de una persona significaba larga vida y muchos hijos. El padre Willibald dijo que de joven también lo había oído de hombres ilustrados en la corte del emperador en Goslar, pero no se sabía, creía él, si la señal podía servir cuando se trataba de un sacerdote.

El padre Willibald no encontró nada grave en el dolorido hombro del maestro, pero éste se quedó en cama varios días de todos modos y apenas salió de la cámara. Ylva lo cuidó con esmero, lo alimentó y se aseguró de que ninguna de sus sirvientas más jóvenes se le acercara. Orm bromeaba sobre esto con ella y se preguntaba si también se había vuelto loca por el maestro, y se mostraba algo celoso por toda la buena comida que servían en la cámara de los telares. Ylva respondió muy seriamente que esto era algo que no incumbía a Orm: aquel pobre necesitaba buenos alimentos, no había duda, para poder poner un poco de carne en los huesos antes de marcharse con los de Småland, y por lo que se refería a las sirvientas lo único que pretendía era mantenerle lejos de las tentaciones y las burlas.

Así se salió Ylva con la suya en este asunto, y el tiempo pasó hasta que para los habitantes de ambos lados de la frontera llegó la hora de cabalgar a la asamblea de la roca Kraka.

CAPÍTULO X

Sobre las artes de las mujeres en Kraka y de cómo *Lengua-Azul* se llevó una señal en el filo

A finales de cada tercer verano, durante la primera luna llena después de que el brezo empezara a florecer, siguiendo una vieja costumbre, los hombres de las tierras fronterizas de Skåne y Småland se reunían en una roca llamada Kraka para acordar la paz o declarar la guerra, hasta el momento de la siguiente reunión.

Allí acudían *hövding* y algunos elegidos tanto de Finnveden como de Varend y de toda la región de Göinge. Los Ting podían durar varios días, ya que, aunque reinara la paz, había muchas cuestiones que aclarar entre los habitantes de las tierras fronterizas: disputas por la caza y los terrenos de pasto y los homicidios que de ellas habían resultado, o reses robadas, mujeres raptadas y esclavos que habían huido a través de la frontera. Todo se sopesaba y se juzgaba allí con la ayuda de hombres sabios de ambos bandos, a veces de forma amistosa, cuando el homicidio podía compensarse con homicidio o el robo con robo, y a veces con sanciones razonables. Pero cuando las peleas entre hombres beligerantes se complicaban y no se podía alcanzar conciliación alguna, se resolvía la cosa con un duelo judicial entre los contendientes en la llanura cubierta de hierba que circundaba parte de la roca. Esta era la mejor de las diversiones, y si en Kraka no retiraban al menos tres cadáveres del lugar del duelo, los asistentes se iban decepcionados. Eso sí, estas asambleas proporcionaban buenas necrologías, así que todos podían marcharse satisfechos de allí con algo que contar al llegar a casa.

Allí también tenían lugar muchas transacciones comerciales de esclavos, armas y bueyes, hierro batido y ropajes, pieles, cera y sal. En ocasiones, acudían allí hasta comerciantes de Hedeby y Gotland. Antaño, alguna vez incluso habían acudido allí los hombres de confianza de algunos reyes, del de los daneses y del rey de Uppsala, para defender las prerrogativas reales en el Ting y buscar fugitivos, pero los campesinos mataban demasiado a menudo a estos enviados y sus cabezas se ahumaban con enebro y se enviaban de vuelta a casa como señal a los reyes de que los habitantes de la frontera preferían arreglárselas solos. Aun así, los *stallare* y los patrones de barco de los *jarl* de Skåne y de Västergötland a veces aparecían por allí para reclutar diestros guerreros para sus viajes al extranjero.

Por todo ello, el Ting de Kraka era una gran fiesta para todos los habitantes de la frontera, y la gente a menudo contaba los días que faltaban hasta el siguiente Ting.

La roca recibía ese nombre porque, según se decía, había sido colocada antiguamente por Rolf Krake^[35] a su paso por el lugar, y ni reyes ni habitantes de la

frontera se habían atrevido a mover la marca que él había puesto entre los confines de daneses y suiones. Era una roca alta y colosal, de las que sólo los hombres de antaño podían levantar. Estaba situada en un terreno abierto, sobre una colina, que recibía la sombra de un espino blanco que se tenía por un árbol sagrado y tan antiguo como la roca. Al atardecer, un día antes de celebrar la asamblea, era costumbre entre los de Värend sacrificar dos chivos junto a la roca en una extraña ceremonia, y su sangre tenía que correr por la tierra. Se decía que el árbol obtenía mucha fuerza tanto de esta sangre como de la que se derramaba en los duelos que se celebraban allí, de modo que aún crecía a pesar de su edad, y al año siguiente, después de una asamblea, florecía con especial abundancia. Sin embargo, pocos eran los que veían estas flores, aparte de los pájaros entre sus ramas y las águilas y los animales alegres que deambulaban por los alrededores, ya que la roca Kraka estaba en un territorio desierto y agreste.

Orm se avituallaba ahora para dirigirse al Ting y llegaron muchos campesinos a Gröning para acompañarle, como Gudmund de Uvaberg y Svarte Grim, entre otros. Dejó a Rapp en casa para que cuidara de la finca, y se llevó a los dos curas y a dos de sus hombres. Todas las mujeres se compadecieron del maestro, que se dirigía a su esclavitud, pero éste dijo que las cosas tenían que ser así. Åsa e Ylva le habían confeccionado ropa nueva, tanto camisa como túnica y pantalones de cuero, y a Orm le pareció que podían permitirse, puesto que iba a ser más fácil intercambiarlo por el padre Sebastián si llevaba puesto un buen atuendo que podría utilizar el campesino que se lo quedara.

—No vayáis a creer que yo la voy a poder desgastar mucho tiempo —dijo.

Torgunn acudió con un celemín de corteza de abedul lleno de sabrosos alimentos que había preparado para el maestro. Rapp se mostró algo contrariado, pero ella hizo su voluntad y dijo que quería entregárselo en agradecimiento a su ayuda con el tobillo, y para recibir una bendición a cambio. El maestro, montado sobre el caballo, pálido, la bendijo a ella y a los demás, con tan bellas palabras, que a las mujeres les saltaron las lágrimas. El padre Willibald, que también estaba sobre el caballo, pronunció una plegaria para que tuvieran un buen viaje, exhortando a los animales salvajes y bandoleros a apartarse de su camino. Hecho esto, la nutrida comitiva, provista de armas, emprendió el camino al Ting.

Llegaron a la roca poco antes del anochecer, y acamparon junto con otros grupos en el lugar habitual de acampada de los habitantes de Göinge, cerca de un arroyo que fluía entre matojos y abedules, al sur de la roca. Allí aún se veían rastros de las hogueras de Ting anteriores. Al otro lado del arroyo, se encontraban los de Finnveden, y desde su posición podían oírse los gritos y la bulla que éstos armaban. Se decía que para ellos estar sin cerveza en Kraka era una privación mayor que para otros, y por eso tenían la vieja tradición de acudir ya borrachos al Ting. Tanto los de Göinge como los de Finnveden estaban un poco alejados del arroyo, y sólo se acercaban a él para abreviar a los caballos y llenar sus calderas, pues ya desde hacía

tiempo se creía que era mejor no mezclarse sin necesidad si podía así reinar la paz del Ting entre ellos.

Los de Värend fueron los últimos en llegar. Se veía de lejos que no eran como los demás, pues en nada se parecían a los hombres de otros poblados. Eran altos, llevaban aros de plata en las orejas y espadas más largas y pesadas que las de los demás. Se afeitaban la barbilla, y lucían un largo bigote que colgaba a ambos lados de la boca; su mirada era indescifrable, y eran parcios en palabras. Se decía entre los vecinos que la altivez de su gesto venía de que eran gobernados por sus mujeres y no querían que se les notara ante extraños, pero pocos se atrevían a preguntarles directamente sobre aquel asunto.

Tenían el campamento en una arboleda situada al este de la roca, donde el arroyo era más ancho, y allí estaban bien alejados del resto, cosa que complacía a la mayoría. Eran los únicos que se llevaban a sus mujeres al Ting, puesto que entre los de Värend había un viejo dicho que afirmaba que la mejor cura contra la esterilidad estaba allí, en Kraka, para aquellos que hacían lo que dictaba la sabiduría ancestral. Por eso las mujeres jóvenes y casadas que seguían sin hijos en sus matrimonios con hombres hechos y derechos estaban siempre ansiosas de acudir a los Ting. Aquella ceremonia de fertilización iba a tener lugar entonces, bajo la nueva luna llena. Aquella noche, los de Värend reinaban solos en la roca y su celo de que ningún extranjero viera lo que sus mujeres se traían entre manos después de que saliera la luna era conocido entre los de Göinge y los de Finnveden. Más de una vez había sucedido que lo último que habían visto aquellos que se habían acercado por curiosidad antes de tener tiempo de ver nada más, mientras las mujeres aún estaban allí, habían sido las lanzas volando y los golpes de espada. Sin embargo, algunos hombres jóvenes y curiosos entre los de Göinge y los de Finnveden que no estaban demasiado ebrios, esperaban de buen humor aquel acontecimiento. En cuanto se empezó a entrever la luna en el linde del bosque, treparon a las copas de los árboles, desde donde tenían buena vista, mientras otros se arrastraban entre arbustos y maleza hasta llegar tan cerca de la roca como les permitía su coraje.

Al padre Willibald no le gustaba nada todo aquello, pero le gustaba menos aún que hombres jóvenes de los de Orm, que habían sido bautizados en la gran celebración y que en ocasiones habían acudido a su iglesia, estuvieran tan ansiosos como los demás de ver lo que pudieran de aquellos hechizos junto a la roca.

—Todo esto es obra del diablo —dijo—, y he oído decir que estas mujeres corretean por la roca desnudas sin pudor alguno. Todos los que han sido bautizados deberían armarse con la fuerza de espíritu de Cristo ante abominaciones como ésta. Sería mejor que entre todos construyerais una cruz que se pudiera alzar ante la hoguera para protegernos del diablo esta noche. Yo soy demasiado viejo para estas cosas, y no puedo ver bien entre los árboles.

Pero la respuesta que obtuvo fue que ni todas las cruces ni toda el agua bendita del mundo podían impedirles ver lo que se traían entre manos las mujeres de Värend.

El maestro Rainald estaba sentado al lado de Orm, en el grupo que circundaba la caldera con las viandas. Estaba acurrucado, cabizbajo, y se balanceaba adelante y atrás. Le habían servido pan y carne de cordero ahumada como a los demás, pero no parecía tener mucho apetito. Solía hacer esto cuando reflexionaba sobre sus pecados, pero se levantó al escuchar las palabras del padre Willibald.

—Dadme un hacha —dijo—, y construiré una cruz.

Los hombres allí reunidos rieron y se preguntaron si servía para aquella tarea, pero Orm dijo:

—Haces bien en quererlo intentar y a lo mejor te resulta más fácil que encaramarte a un árbol.

El maestro cogió el hacha y se marchó a buscar la madera apropiada.

En algunos momentos, las nubes cubrían la luna y reinaba la oscuridad, pero mientras había claridad los curiosos podían ver más o menos qué hacían los de Värend en la roca. Había muchos hombres reunidos allí, algunos arrancaban un trozo largo y ancho de tepe, lo alzaban y lo sujetaban con estacas; otros cargaban leña menuda, que colocaron en cuatro montones alrededor de la roca. Terminado esto, algunos de ellos tomaron sus armas y, poniéndose cerca de los de Göinge y Finnveden, se quedaron allí de pie como guardias, de espaldas a la roca, mientras otros bajaron al arroyo.

Se oyeron balidos, y desde el campamento de los de Värend llegaron cuatro mujeres mayores llevando consigo dos chivos, acompañadas de un hombre calvo y menudo con la barba blanca, muy mayor y encorvado, que llevaba un largo cuchillo en la mano. A él le seguían un numeroso grupo de mujeres, todas cubiertas con capas.

Cuando llegaron a la roca, ataron las piernas delanteras de los animales y asieron largas cuerdas a las traseras. Después, entre todos los alzaron sobre el extremo más alto de la roca desde lados opuestos, y amarraron bien las cuerdas para que colgaran oblicuos a la roca, cabeza abajo, cada uno por su lado. El hombrecillo hizo aspavientos y dio voces hasta que los animales colgaron como él quería. Cuando estuvo satisfecho con el resultado, lo alzaron a él en el extremo de la roca con muchos esfuerzos. Allí le dieron el cuchillo y se sentó a horcajadas cerca de los chivos, alzó los brazos y gritó con voz estruendosa a las jóvenes mujeres:

—Esto es lo primero: ¡Pasad por la tierra!

Las mujeres empezaron a murmurar, dudosas y empujándose las unas a las otras. Al final, lograron quitarse las capas y, desnudas, se acercaron en línea al tepe alzado y empezaron a cruzarlo por debajo, arrastrándose, una por una. Se pudo oír en ese momento un estrépito proveniente del lado de los de Finnveden que atravesó el silencio, después se oyeron lamentos y alaridos seguidos de grandes risas, puesto que un viejo árbol torcido al que muchos se habían encaramado había cedido por el peso y había aplastado a algunos en su caída. Las mujeres, sin embargo, continuaron hasta que todas terminaron su recorrido a rastras; entonces el hombre menudo alzó los brazos y proclamó:

—Esto es lo segundo: ¡Pasad por el agua!

Bajaron al arroyo y se metieron en él, se pusieron de cuclillas allí donde las aguas eran más profundas y, cubriéndose el rostro con las manos, se sumergieron con gritos angustiados, de modo que el pelo flotó en el agua, y enseguida se levantaron de nuevo.

En ese momento, las viejas prendieron fuego a los montones de leña menuda que habían colocado alrededor de la roca y, cuando las mujeres regresaron del arroyo, el hombrecillo gritó:

—Esto es lo tercero: ¡Pasad por el fuego!

Y con esto las mujeres empezaron a correr alrededor de la roca y saltaron resueltas por encima de las hogueras. El hombre degolló a los animales, y la sangre corrió por los lados de la roca, al tiempo que empezaba a murmurar el conjuro sagrado. Las mujeres tenían que dar nueve vueltas a la roca y lamer nueve veces la sangre que les daría fuerza vital y las ayudaría a ser fértiles.

Una larga nube eclipsó la luna, pero a la luz de las hogueras podía verse a las mujeres, que continuaban saltando alrededor de la roca. Entonces, para sorpresa de todos, se oyó un canto cuyas palabras nadie pudo comprender, y cuando la luna volvió a aparecer vieron al maestro Rainald subiendo a la roca. Había atravesado el arroyo sin que los guardias se dieran cuenta, ya que en la oscuridad habían aprovechado para girarse a contemplar la danza de las mujeres. Había atado dos palos con ramas verdes de abedul formando una cruz, y la llevaba alzada ante sí mientras se acercaba a la roca a paso ligero.

Las viejas gritaron con todas sus fuerzas, de miedo y de rabia, y el hombrecillo de la roca se levantó raudamente, con el cuchillo sangriento en la mano, y bramó con voz poderosa. Las mujeres dejaron de saltar y se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer, pero el maestro se acercó atravesando su círculo y, alzando la cruz contra el hombre de la roca, gritó:

—¡Atrás, Satanás! ¡En el nombre de Jesucristo, aléjate, espíritu impuro!

El hombre pareció sentir miedo al ver al maestro gritar con la cruz, se hizo a un lado y resbaló, cayendo de espaldas desde la roca, para quedar tendido en el suelo con el cuello roto.

—¡Ha matado al sacerdote! —chillaron las mujeres.

—¡El sacerdote soy yo! —respondió el maestro—. ¡Mejor sacerdote que él!

Pero entonces se oyeron pasos acercándose y una voz áspera quiso saber por qué gritaban tanto allí arriba. El maestro se estremeció y, agarrando la cruz con ambas manos, se colocó con la espalda contra la roca. Apretó la cruz contra él, cerró los ojos y empezó a murmurar una especie de letanía, muy rápido:

—Estoy preparado. Cristo y todos los santos mártires, acógedme y salvadme. Estoy preparado... Estoy preparado...

Los guardias continuaban en su lugar a pesar de los gritos de las viejas. Estaban allí para evitar que los de Göinge o alguno de Finnveden borracho se acercaran para

hacer travesuras con las mujeres, y no les convenía acercarse a las mujeres desnudas de otros hombres en un lugar abierto, puesto que de esa actuación podían nacer muchas disputas.

En cambio, del campamento de los de Värend se acercó un hombre que se comportaba de un modo respetable y que no parecía temer la cercanía de las mujeres desnudas. Llevaba puesto un sombrero de ala ancha, camisa azul de tela suntuosa y un escudo rojo con una correa, y su espada colgaba de un ancho cinturón de plata. Las mujeres se mostraron algo tímidas ante él, e intentaron cubrirse como pudieron; algunas se secaron la boca con hierba, pero ninguna se movió de su lugar.

El recién llegado las miró y asintió.

—No me tengáis miedo —dijo con amabilidad—. No enloquezco por tan poco, excepto en primavera, y cuando eso sucede a las que cojo no les hace falta saltar por encima de hoguera alguna. Sí hay una cosa que no quiero negar, ahora que os veo de cerca, y es que varias de vosotras dais mejor impresión desnudas que vestidas. Y así tiene que ser, pero ¿quién es este paliducho que cierra los ojos ante una vista como ésta? ¿Acaso no le complace lo que ve?

—¡Un sacerdote cristiano! —gritaron las viejas—. ¡Y ha matado a Styrkar!

—Los sacerdotes están para reñir entre ellos, es lo que yo siempre he dicho —dijo el hombre tranquilo, acercándose al cuerpo sin vida. Se quedó de pie con los pulgares en el cinturón, miró al hombre y le dio la vuelta con el pie.

—Muerto como un arenque —dijo—. Aquí yaces ahora, Styrkar, con todas tus artes, todos tus hechizos. No creo que muchos vayan a llorar tu muerte, eras un bicho viejo y malvado, ya te lo había dicho en más de una ocasión, a pesar de que nadie pueda negar que, como sacerdote, eras diestro y tenías muchos conocimientos. Y ahora vete con el trol, adonde perteneces, puesto que no te van a querer entre los dioses si intentas entrar en su casa. Pero vosotras, mujercitas, ¿por qué seguís desnudas en el frío de la noche? Eso no puede ser bueno para el vientre.

—No hemos terminado —dijeron—, nos falta la mitad de la carrera alrededor de la roca. ¿Y qué vamos a hacer ahora que el sacerdote Styrkar ha muerto? ¿Tenemos que marcharnos como hemos venido, después de todos nuestros esfuerzos? No sabemos qué hacer.

—Pues tendrá que ser así —dijo el hombre—, y no os apesadumbréis por ello, porque yo creo que hay mejor cura para vosotras que estas viejas artes en la roca. Cuando mis vacas no se preñan, cambio de toro y suele funcionar.

—¡No, no! —dijeron las mujeres con tristeza—. ¡Te equivocas, te equivocas! No somos tan necias como crees; ésta es nuestra última salida.

El hombre rió y se giró para agarrar al maestro.

—Aquí estoy yo, hablando por hablar —dijo—, y a pesar de ello todos saben que soy el más perspicaz de los hombres. El sacerdote Styrkar está muerto, pero aquí tenemos a uno cristiano que lo puede sustituir. Todos los sacerdotes sirven igual, creo yo, puesto que los he visto de todo tipo.

Y dicho esto, agarró al maestro del cogote y de una pierna, y lo colocó encima de la roca.

—Vamos a ver —dijo— si tienes lengua de sacerdote. Alza el pico y lee los conjuros lo mejor que sepas. Hazlo bien, y ya veremos si mueres o no. Son los hijos de las mujeres de los de Värend los que tienes que hechizar con tu más poderoso *sejd*, y si puedes haz que sean gemelos.

El maestro temblaba y le castañeteaban los dientes allí de pie sobre la roca, pero el hombre que lo miraba desde abajo había desenvainado la espada y parecía peligroso. Por ello sostuvo la cruz ante sí y empezó a leer impaciente las plegarias, y en cuanto empezó su voz sonó más clara.

El recién llegado escuchaba, y luego asintió.

—Este es un sacerdote de los de verdad —dijo—. He oído ese tipo de oración antes y contiene mucha fuerza. Empezad a correr de nuevo antes de que el cansancio se apodere de él y las hogueras se apaguen.

Las mujeres cobraron fuerzas de nuevo y volvieron a correr, y cuando el peor miedo cedió en el maestro, se sintió bien y bajaba su cruz sobre ellas cada vez que se acercaban a la roca para lamer la sangre, bendiciéndolas con sus mejores oraciones. Las mujeres temblaban al sentir la cruz sobre la piel, y cuando todo terminó estuvieron todas de acuerdo en que aquel sacerdote era bueno y que pensaban que sus poderes sagrados eran mejores que los de Styrkar.

—Y se le perdonará la vida —dijeron—, nos acompañará y sustituirá a Styrkar.

—Si vosotras lo decís, así se hará —dijo el hombre—, y espero que os vaya mejor con él que con Styrkar.

En ese momento, se oyó una voz que gritaba desde el arroyo:

—¡Devolvedme a mi sacerdote!

Orm y sus hombres habían visto caer al hombre de la roca y no habían tardado en reconocer al maestro Rainald, subido allí, cosa que les llenó de asombro.

—Es posible que se haya vuelto loco —dijo el padre Willibald—, pero también que el espíritu de Dios lo haya dirigido, puesto que lo que lleva en la mano es una cruz.

—Suele tener facilidad para acudir allí donde hay mujeres —dijo Orm sombrío—, pero sería una vergüenza para nosotros verle sacrificado como un chivo.

Se llevaron a unos cuantos hombres con ellos y se acercaron por el arroyo. Una vez más, una nube había cubierto la luna, y cuando Orm gritó hacia la roca apenas pudo distinguir algo. Las mujeres iban de camino a casa y el maestro ya no estaba en la roca, pero el hombre del sombrero de ala ancha bajó hacia Orm junto con algunos de los guerreros de Värend.

—¿Quién grita ahí? —dijo.

—Devuélveme al sacerdote que se me ha escapado —dijo Orm, severo.

—¿Y quién eres tú, vocinglero? —gritó el otro.

Orm no estaba acostumbrado a que le hablaran de aquella manera y se llenó de ira

como pocas veces le sucedía.

—Alguien que puede darte una lección de modales —le respondió—, aquí y ahora.

—Ven aquí —dijo el otro—, y veremos quién tiene más que aprender.

—¿Me dejará pasar tu séquito? —dijo Orm.

—Sí, lo hará —dijo el de Värend, tranquilo.

Orm desenvainó la espada y saltó al otro lado del arroyo.

—No te ha costado llegar aquí —dijo el otro—, pero te van a tener que llevar a rastras para sacarte de aquí.

Orm se lanzó hacia adelante, y sus espadas chocaron de tal forma que saltaron chispas. Entonces dijo el otro:

Pico-Rojo,
¡de recio hierro!
Duro has topado
y las chispas han saltado.

Orm paró un rápido golpe con el escudo y su voz fue otra cuando respondió:

Amigo, hablaste
sin duda a tiempo.
Pues has de saber que *Pico-Rojo*
ha topado con *Lengua-Azul*.

Bajaron las espadas y se quedaron inmóviles.

—Bienvenido, Orm Tostesson, *hövding* de navegantes. ¿Qué haces tú entre los de Göinge?

—¡Bienvenido, Toke Grågulleesson, guerrero de Lister! ¿Qué haces tú entre los de Värend?

Se interrumpieron y rieron los dos, puesto que les unía una profunda amistad y había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían visto.

—Tenemos mucho que contarnos —dijo Toke—. Y menos mal que se te da bien componer versos, como yo te enseñé, de lo contrario nuestra pelea podría haber ido demasiado lejos y lo hubiéramos lamentado después. Aunque sin duda los que tú compones no alcanzan la altura de los míos.

—En esto te dejo que pienses así sin que me ofenda —dijo Orm—, pues desde que nos separamos he practicado más bien poco.

Toke pasó el dedo a lo largo del filo de *Pico-Rojo*.

—Ha quedado señal donde se han mordido —dijo—, es su primera mácula.

Orm también pasó la mano por el filo de su espada.

—Pues aquí ha pasado lo mismo —dijo—. Las espadas de los herreros andaluces

sólo pueden ser señaladas por filos andaluces.

—Tengo la esperanza —dijo Toke— de que estas dos no vuelvan a morderse.

—Pues en esto compartimos esperanzas tú y yo —dijo Orm.

—Me gustaría saber si la que nos las ofreció aún vive —dijo Toke—. Y también cómo le va a mi señor Almanzor, adónde lleva su gran estandarte de guerra ante él y si su fortuna aún continúa.

—¿Quién puede saberlo? —dijo Orm—. Esto queda ya muy lejos, sucedió hace mucho tiempo, a pesar de que es cierto que pienso en él a menudo. Pero ahora acompáñame y hablemos con calma, aunque ya es mala cosa que no pueda darte la bienvenida con cerveza.

—¿Sin cerveza? —se apresuró a decir Toke—. ¿Cómo podríamos hablar sin cerveza? La cerveza es el mejor amigo de los amigos.

—¿Y quién trae cerveza para el Ting? —dijo Orm—. La cerveza es instigadora de disputas, yo creo que eso lo sabes tú mejor que los demás.

—La fortuna nos sonrío a los dos esta noche —dijo Toke—, sin embargo, la tuya es ahora mejor, ya que yo soy el hombre que lleva cerveza al Ting. Tienes que saber que soy uno de los mayores comerciantes de Värend, y sobre todo vendo pieles. Sin cerveza no se cierran tratos comerciales. Tengo cinco caballos que han transportado cerveza hasta aquí y ninguna de sus cargas tiene que volver, si todo va bien, a excepción de las pieles. Por eso eres tú el que me va a acompañar a mí.

—Se hará como tú desees —dijo Orm—, y a lo mejor así encuentro a mi sacerdote perdido.

—A él se lo llevaron las mujeres —dijo Toke—; dijeron que estaban contentas de su *sejd*, así que no tenemos que preocuparnos por él. Me ha parecido que es un hombre muy dispuesto, ya que ha matado al sacerdote Styrkar con su cruz; eso sí, el Ting decidirá cómo van a quedar las cosas en este asunto.

—Aquí tengo yo a otro sacerdote más —dijo Orm—, uno que ya conoces desde hace tiempo.

El padre Willibald había atravesado el arroyo para saber qué había sido del maestro. Toke lo saludó con alegría.

—A ti te recuerdo bien —dijo—, y nos acompañarás a probar mi cerveza. Te debo un profundo agradecimiento por haberme curado la pierna en la corte del rey Harald mejor de lo que nadie hubiera podido curármela. Pero ¿qué haces aquí, tan lejos de las dependencias del rey de los daneses?

—Soy sacerdote de Dios en casa de Orm —dijo el padre Willibald—, y mi tarea es cristianizar a los paganos de este mundo lejano, como he hecho ya con él mismo. Ya pesar de que te recuerdo como alguien muy impío, también llegará tu turno; estoy seguro de que por eso te hemos encontrado aquí.

—Eso lo dudo —dijo Toke—, pero lo que no dudo es que los tres podamos sentarnos amistosamente. *¡Bismillahi, er-rahmani, er-rahimi!* Como decíamos cuando servíamos a mi señor Almanzor.

—¿Pero qué estás diciendo? —preguntó el padre Willibald—. ¿Qué idioma es éste? ¿Acaso te has entregado tú también a la hechicería?

—Es la lengua hispánica —dijo Toke—. Aún puedo hablarla, ya que mi mujer viene de esas tierras y todavía le gusta hablar su propia lengua, sobre todo cuando se enfurece. Por eso no la he olvidado yo.

—Y lo que ha dicho te lo puedo interpretar yo —dijo Orm—. Significa: «En el nombre de Dios, y del clemente y del misericordioso». El clemente es Cristo, eso lo saben todos; y el misericordioso puede ser el Espíritu Santo, puesto que, ¿quién puede ser más misericordioso que él? Con esto se nota que Toke es ya casi del todo cristiano, a pesar de que no quiera mostrarlo.

El padre Willibald refunfuñó lleno de incredulidad, pero sin más intercambio de palabras sobre el asunto se dirigieron al campamento de los de Värend.

CAPÍTULO XI

De Toke Grågulleesson y de su infortunio y de un regalo envenenado de los Finnveden

Estuvieron sentados junto a los barriles de cerveza de Toke hasta bien entrada la noche, hablando de lo que había sucedido a Orm y a Toke desde la última vez que se habían visto. Orm le explicó la expedición a Inglaterra con Thorkel Höge, la gran batalla de Maeldun y el gran botín que allí se consiguió; cómo encontró al padre Willibald y cómo se hizo bautizar al encontrar a la hija del rey Harald (en este punto el cura tuvo mucho que decir), y por supuesto le contó cómo el rey Ethelred tuvo que ofrecer ingentes cantidades de plata a las huestes de los hombres del norte para conservar su libertad. Luego también habló del camino de vuelta a casa, de la visita a Jellinge, del encuentro con el rey Sven y lo que había sucedido allí, y de cómo se había tenido que apresurar a trasladarse a la granja de su madre en las tierras fronterizas para evitar su venganza.

—Pero su memoria es buena y su brazo muy largo —dijo Orm—. Y me ha perseguido hasta aquí arriba por el escarmiento que recibió del bueno del sacerdote en nuestro último encuentro. La primavera pasada, tuve que batirme de noche en mi propia morada con un mercader que se hospedó en mi casa, un hombre de Finnveden llamado Östen de Örestad que había estado embarcado con los daneses. Vino acompañado de una nutrida comitiva para atacarme por sorpresa y enviar mi cabeza al rey Sven. Perdió en el intento muchos hombres y sus caballos, y salió de la contienda con la cabeza partida, ya verás que de este asunto se va a hablar en el Ting porque lo dejé marchar con vida después de que Willibald le curara el cráneo, junto con un par de sus hombres. Eso sí, antes le persuadí de que adoptara la doctrina de Cristo. El motivo de esta decisión es sobre todo la voluntad del padre Willibald, a quien no me gusta llevar la contraria, que prefería bautizarlos a matarlos.

—Hasta los hombres más inteligentes tienen sus momentos de insensatez —dijo Toke—. Y aquel que deja escapar a su enemigo con vida se habrá buscado lo que le suceda. Sé que los cristianos a veces lo hacen, para estar a buenas con su Dios, pero por estas tierras la mejor manera de actuar es la de antaño. La próxima vez quizá te cueste más esfuerzo matar al hombre que ahora has dejado libre, porque es seguro que va a intentar vengarse por todo lo que perdió y por el oprobio que sufrió con el bautizo.

—Hicimos lo correcto —dijo el padre Willibald—, luego el diablo y sus secuaces harán lo que puedan.

—Y la mano de Dios quizás es más fuerte de lo que quieres creer —dijo Orm—,

pero ya va siendo hora de que nos cuentes cómo te ha ido a ti desde la última vez que nos vimos.

Toke empezó a contar su historia, y dijo que para él no había habido largo viaje al extranjero, ni tampoco grandes aventuras como las que había vivido Orm, aunque sí tal vez tantas o más contiendas.

—Porque llegar a casa, a Lister, fue meterme en un nido de serpientes —dijo—. Apenas había llegado a la finca de mi padre, había saludado a los mayores y había pasado a mi mujer y mis bienes por la puerta, y ya se presentaron hombres con asuntos urgentes. Y enseguida me encontré en medio del conflicto que florecía en toda la región.

Este fue un conflicto que iniciaron los hombres de Orm, Ögmund y Halle, y otros dos, en cuanto llegaron a casa tras la expedición en el barco de Styrbjörn, después de haber estado en la corte del rey Harald, donde Orm y Toke yacían convalecientes. Al llegar a casa, se encontraron con que no había quedado ni un hombre con vida del viaje de Krok. Siete años antes, Berse había vuelto a casa con un barco y sólo treinta y dos a los remos, pero con una carga muy pesada con los más preciados tesoros de la fortaleza del marqués, que habían traído con los dos barcos que consiguieron huir de la flota andaluza que les atacó.

—Era un hombre de una inteligencia sin igual, Berse, y un hombre con fortuna, nadie lo puede negar —dijo Toke—, aunque también es cierto que, al volver a casa, casi se muere de un empacho, ya que era más glotón que nadie y cuando se encontró en casa y con grandes riquezas, no se pudo contener. Había sufrido tantas bajas en las batallas contra los andaluces que apenas le quedaba tripulación para un solo barco. Sin embargo, recogió lo mejor del barco que tenía que abandonar y desde allí llegó a casa sin infortunios. Sus hombres se dejaron la piel a los remos, pero nunca dejaron de estar alegres, ya que, cuantos menos sobrevivieran, más parte del botín le tocaría a cada uno. Antes de iniciar el viaje con Krok muchos de ellos apenas podían permitirse alimentar a un piojo, pero tras su llegada no había riqueza en Lister que se pudiera medir con la suya. Y ahí se quedaron, seguros en su abundancia, hasta que llegaron nuestros hombres y vieron todo aquello.

—Pero si nuestros hombres no eran pobres, ni en plata ni en oro —dijo Orm.

—No lo eran, ni mucho menos —respondió Toke—, ya que todos eran hombres sensatos y se trajeron con ellos muchas riquezas de Hispania, además de lo que consiguieron de la venta de los remeros asturianos en Jellinge. Hasta que llegaron a casa se sentían afortunados y satisfechos con todo, pero cuando oyeron hablar de los hombres de Berse y los vieron con aquellas grandes extensiones de terreno, las reses bien gordas y los barcos bien contruidos en una riqueza tal que hasta sus sirvientes dejaban el plato resoplando sin poder apurarlo, su humor cambió. Con el ánimo sombrío se pusieron a contar los apuros que habían pasado durante los siete años que pasaron en la tierra de los andaluces, y se fue cociendo la ira contra los hombres de Berse, que sólo pusieron la punta del pie en Hispania para salir remando a casa con

un barco cargado de oro y plata. Sentados y encorvados sobre el banco, escupían ante ellos mientras aseguraban que la cerveza no tenía el cuerpo adecuado.

—Así es el ser humano, puede ser pagano o cristiano —dijo el padre Willibald—, pero sólo está satisfecho con lo que tiene hasta que encuentra al vecino que tiene más.

—Lo mejor es sentirse rico, es cierto —dijo Orm.

—Gunne era el único que tenía algo bueno en qué pensar —continuó Toke—. Se había casado antes de embarcarse con Krok, pero después de la llegada de Berse, cuando dieron a todos los demás por muertos, su mujer se había vuelto a casar y ya tenía un montón de hijos con su nuevo marido. A Gunne le pareció que había envejecido y que no era digna de deseo para un hombre que hubiera servido en la guardia de Almanzor, y sin ningún tipo de problema se buscó una más joven y más bella que pudiera lucir sus finas joyas de plata en los brazos. Pero ni para él fue suficiente este consuelo ante el disgusto, y los cuatro estuvieron de acuerdo en que no podían sentirse en paz con la riqueza de los hombres de Berse sin tener una compensación. Se pasearon por la región acompañados de hombres armados para reclamar legítimamente su parte de las riquezas que se habían repartido a los supervivientes de los dos barcos de Berse. Pero lo único que encontraron fueron respuestas abruptas, puertas cerradas y armas empuñadas. Con esto, su resentimiento se hizo aún mayor, y empezaron a opinar que los hombres de Berse no les debían únicamente muchos marcos de plata, sino que también eran hombres infames que habían huido a remo llenos de cobardía, dejándonos a Krok y al resto en la estacada.

—No hubieran podido hacer nada por ayudarnos —dijo Orm—; quedaron muy pocos después de su propia contienda. Era nuestro destino tener que forjarnos al remo.

—Es posible que así fuera —dijo Toke—, pero los hombres de Krok eran también numerosos en la región, y empezaron a pensar como nuestros hombres y pidieron que se les pagara la parte del *hövding* que les tocaba. Con esto, ambos bandos se lanzaron a las armas y la lucha fue furibunda. Cuando llegué a casa, encontré a Halle y a Grinulf heridos tras un ataque, y aun así recuperaron enseguida su buen humor, y quisieron hablar conmigo de inmediato. Habían matado a varios enemigos, dos habían muerto abrasados por Ögmund y por un hermano de Krok, y alguno de los hombres de Berse, cuyos músculos se habían suavizado por su largo bienestar, les habían ofrecido las riquezas necesarias para poder vivir en paz. Otros, en cambio, habían montado en cólera y querían que Ögmund, Halle, Gunne y Grinulf fueran perseguidos. Si yo les prestaba ayuda, correría la misma suerte.

—Y voy a adivinar algo —dijo Orm—, y es que no estuviste tú mucho tiempo de brazos cruzados en todo este embrollo.

Toke asintió pensativo, y dijo que hubiera preferido quedarse tranquilo con su mujer, puesto que se llevaban muy bien entonces y así había sido hasta el día de hoy. No obstante, no podía negar la ayuda a sus amigos, ya que de hacerlo su reputación se hubiera resentido, y por eso decidió unirse a ellos. Y luego, un tiempo después, en

la boda de Gunne con su nueva mujer, había sufrido un molesto contratiempo: una necedad, una vergüenza y un infortunio que le han causado muchos dolores de cabeza y se ha cobrado la vida de muchos.

—Y sabed, los dos —dijo—, que cuando ahora os cuente lo que sucedió os podéis reír sin que alce el arma, a pesar de que he matado a más de uno que sólo ha esbozado una sonrisa al oírlo. Lo que me pasó fue lo siguiente: cierta noche, cuando volvía borracho a casa, me dirigí a la letrina y me quedaba dormido allí mismo, como ocurre a menudo en los grandes festines, y allí me alcanzaron las lanzas de dos hombres que se habían arrastrado sigilosamente hasta el lugar. Me levanté enseguida, apartando el sueño y la borrachera de una bocanada, y creyendo que había recibido heridas mortales, al igual que los dos villanos, porque yo les oía reír satisfechos a través de la pared. Pero no habían sido muy habilidosos con las lanzas, que tal vez eran de palo largo, de modo que me libré de sufrir heridas más graves. Sin embargo, tuve que guardar cama, siempre boca abajo, y tardé mucho tiempo aún en poderme sentar sin dolor en el banco. De todo lo que me ha sucedido en mi vida, esto ha sido lo peor, peor que ser esclavo entre los andaluces.

—¿Así que nunca supiste quién te había atacado? —preguntó Orm.

—Sí que lo supe —dijo Toke—, porque no pudieron mantener la boca cerrada y presumieron de aquello con sus mujeres, y por ahí salió y se hizo público en la región. Se llamaban Alf y Steinar, dos bravucones de buena familia, sobrinos de Ossur *el Bocazas*, que fue segundo de a bordo de los barcos de Berse, que siempre presumía de que, por parte de madre, provenía del rey Alf *el Mujeriego*, de More. Lo supe mientras aún guardaba cama, herido, y entonces hice una promesa, allí tendido: no tocaría ni cerveza ni mujer hasta que les hubiera quitado la vida, y ahora podéis creerme o no, pero mantuve la promesa hasta el final. Cuando me recuperé, los busqué día tras día, hasta que tuve suerte y una tarde los encontré desembarcando después de haber salido a pescar. Allí nos batimos con las espadas en la orilla hasta que derribé a Steinar. El otro huyó y yo le perseguí. Fue una bonita carrera, bien corrida por los dos, cuesta arriba entre la maleza y por los pastos, a través de prados con fresas salvajes, hasta llegar a su finca familiar. Era un hombre de pie ágil y corría para salvar la vida, pero por la misma vida corría yo, y además por dos, por mi vergüenza y por las ganas que tenía de liberarme de la promesa. Le alcancé no muy lejos de su casa, cuando mi corazón estaba a punto de estallar, y le partí la cabeza hasta los dientes ante la mirada atónita de los segadores; os puedo asegurar que jamás me he sentido de mejor humor que cuando le vi allí tendido, ante mí. Me fui a casa sin que nadie me molestara, bebí cerveza todo el día y le dije a mi mujer que lo peor ya había pasado, pero no fue así.

—¿Qué preocupaciones podían quedarte, después de conseguir venganza tan dulce? —preguntó Orm.

—La gente de la región, tanto amigos como enemigos, no podía olvidar cómo se habían infligido mis heridas —dijo Toke sombrío—, y las burlas no acabaron ahí. Yo

pensaba que mi venganza pondría punto final al asunto, al haber matado yo sólo a dos hombres en lucha abierta, pero poco importó eso. Más de una vez *Pico-Rojo* y yo tuvimos que quitarles a algunos la costumbre de esbozar sonrisas al verme, pero ni siquiera eso funcionó, y hasta los que se presentaban con la expresión seria empezaron a despertar mi rabia, ya que yo sabía lo que estaban pensando. Compuse una buena canción sobre cómo maté a Alf y a Steinar, pero pronto supe que había tres tonadas sobre cómo me habían herido, y que la gente en el campo se moría de risa al oírlas. Entonces comprendí que nunca más podría estar a gusto en casa y con mi mujer y mis cosas, así que me fui al norte a través de los grandes bosques hasta Värend. Allí tenía familia y compré una finca. Desde entonces, he vivido contento y soy más rico aún que cuando llegué gracias al excelente comercio de pieles. Tengo tres hijos, todos parece que podrán ser buenos hombres un día, y una hija por la que se pelearán los pretendientes cuando llegue el momento. Pero nunca he hablado con nadie sobre el contratiempo que me alejó de Lister, sólo contigo, Orm, y contigo, pequeño cura, porque sé que puedo confiar en que nadie lo va a oír de vuestra boca. Si no, volverían a empezar la mofa y las risas, a pesar de que hayan pasado cuatro años desde que esta desgracia me sucedió.

Orm dijo que aquél era un interesante relato, y que Toke no tenía que preocuparse porque él se fuera a ir de la lengua.

—Eso sí, me hubiera gustado oír las canciones que compusieron sobre ti —dijo él—, si bien es cierto que nadie recita canciones difamatorias sobre uno mismo.

El padre Willibald vació su jarra y explicó que un relato como aquél, sobre envidias y contiendas, sobre pinchazos de lanza aquí y allá, sobre venganza y canciones burlescas y cosas por el estilo, no era lo que más le gustaba escuchar, a pesar de lo que pensara Orm.

—Y puedes estar seguro, Toke —dijo él—, de que no me dedico a los chismorreos, ya que tengo cosas mejores que contar; sin embargo, estoy seguro de que, si algo bueno pudiéramos hacer contigo, podrías aprender algo de lo que te ha sucedido. Te conozco lo suficiente, por lo que vi en la corte del rey Harald y por lo que Orm me ha contado de ti, para saber que eres un hombre valiente e intrépido, de carácter alegre y seguro de ti mismo. Y sin embargo, cuando sucede un contratiempo como éste, que hace reír a los simples, te vuelves débil y ansioso y te ves obligado a huir de tu casa al comprobar que la fuerza de tu brazo no puede cortar las alas de la burla. En este sentido nosotros los cristianos lo tenemos mejor, ya que si pertenecemos al tipo correcto no nos preocupamos de lo que piensa la gente, sólo de lo que piensa Dios. Soy un hombre mayor, y mi fuerza no da para mucho y, sin embargo, soy más fuerte que tú, ya que a mí nadie me inquieta con burlas y nada de todo esto perturbaría mi ánimo. El que tiene a Dios a sus espaldas, no se dobla ante las habladurías de la gente y se ahorra el sufrimiento por sus risitas y sus parloteos.

—Sensatas palabras las que has escuchado, que merecen cierta reflexión —dijo Orm—, puesto que tienes que saber, Toke, que este cura reúne más sabiduría que tú y

yo juntos, y que siempre es bueno escuchar sus consejos.

—Ahora me doy cuenta de que la cerveza está empezando a afectaros a los dos —dijo Toke—, pero esto va a ser más difícil que otras obras de cristianización a las que te has dedicado.

—No sería ninguna vergüenza para ti convertirte al cristianismo —dijo Orm—, cuando ves que yo ya lo he hecho. Con ello no se me ha ablandado la disposición ni la mano, y nunca he tenido que quejarme de mi fortuna desde que me bautizaron.

—Es posible —dijo Toke—, pero tú no te dedicas al comercio de pieles como yo. Ningún comerciante de pieles puede ser cristiano en este país, despertaría desconfianza en todas las personas con las que hago negocios. Los de Värend dirían: «Si cambia sus dioses ¿quién puede confiar en él en otras cosas?». No, no: por la amistad que nos une puedo hacer muchas cosas por ti, Orm, e incluso por ti, pequeño cura, pero algo así no. Y Mirah, mi mujer, se enfurecería, puesto que aún le queda de su tierra el odio por los cristianos por encima de todo, y para mi gusto su carácter ya es lo bastante mordaz sin que yo agrave las cosas con algo así. Por eso es inútil que lo intentes conmigo, pequeño cura, a pesar de que soy tu amigo y pienso continuar siéndolo.

Ni siquiera el padre Willibald pudo encontrar una manera de salir de aquel aprieto, y Orm bostezó y dijo que ya era bien entrada la noche y hora de dormir. Se despidieron de Toke muy cordiales, él y Orm alabaron la suerte de haberse reencontrado, y estuvieron de acuerdo en que, a partir de ahora, no iba a pasar tanto tiempo entre sus encuentros.

Orm y el padre Willibald volvieron a su campamento, donde reinaba la paz y la tranquilidad. Los hombres dormían a la luz de la luna y roncaban bajo los hilos de humo pálido de las hogueras consumidas. No obstante, uno de los hombres de Orm estaba despierto y alzó la cabeza cuando se acercaron.

—Han venido a traer mensajes para vosotros dos —dijo soñoliento—. Aquí veis esta bolsa, los búhos no han cesado de ulular desde que me la dieron. Bajé al arroyo para beber, y entonces se me acercó un hombre del campamento de los de Finnveden y preguntó por ti, Orm. Le dije que te habías ido a ver a los de Värend, y entonces lanzó esta bolsa a mis pies por encima del arroyo y me dijo que era un saludo para Orm de Gröning y su cura de nariz larga. Entonces le pregunté qué había en la bolsa. Cabezas de coliflor, dijo, y con esto soltó una carcajada y se marchó. Yo creo que aquí dentro hay otra cosa mucho peor que cabezas de col. Aquí la tenéis, la atadura está intacta.

Colocó la bolsa a los pies de Orm, se acostó y se quedó dormido al instante.

Orm observó la bolsa con el rostro sombrío y miró al cura. Ambos hicieron un gesto de incompreensión con la cabeza.

—Esto es alguna maldad —dijo el padre Willibald—. No puede ser otra cosa.

Orm desligó la atadura y volcó el contenido. Dos cabezas humanas rodaron por el suelo, y el padre Willibald cayó de rodillas con un alarido.

—Las dos están tonsuradas —dijo—. ¡Sacerdotes de Cristo asesinados por los paganos! ¿Cómo puede la razón humana comprender totalmente la voluntad de Dios, cuando el diablo se regocija en obras como ésta?

Observó más de cerca ambas cabezas y abrió los brazos en dirección al cielo.

—Los conozco..., los conozco a los dos —dijo—. Este es el padre Sebastián, un hombre de gran piedad, aquel a quien nuestro loco maestro tenía que liberar de la esclavitud. Ahora Dios lo ha liberado y lo ha colocado bien alto en el cielo entre los santos mártires. Y éste es el hermano Nithard de Rheims, que durante un tiempo estuvo con el obispo Poppo en la corte del rey Harald. Luego llegó a Skåne y nadie supo más de él, es posible que lo hicieran esclavo a él también. Lo reconozco por la oreja. Tenía un espíritu ferviente y ponía mucho empeño en la doctrina correcta; en una ocasión, en la corte del emperador, un monje que servía a la emperatriz Teofanía de Constantinopla, la ciudad que los hombres del norte llamáis Miklagård, le arrancó una de las orejas cuando discutieron a causa del origen del Espíritu Santo. Solía decir que había sacrificado su oreja en la lucha contra la herejía, y que encantado daría su cabeza en la lucha contra el paganismo. Y ahora se ha hecho la voluntad de Dios.

—Si esto es lo que él deseaba, pues bien —dijo Orm—. Pero yo creo que los de Finnveden no han dejado a estos hombres sin cabeza para complacerles, fueran lo santos que fueran, y han enviado sus cabezas para causarnos oprobio y disgusto. Esta es nuestra recompensa por haber bautizado a Östen y a sus dos hombres, y por haberlos dejado marchar con vida en vez de matarlos cuando los teníamos presos. Te vas a arrepentir tanto como yo de haber actuado así.

—Una buena obra siempre es buena, y nunca puede ser algo de lo que uno deba arrepentirse, traiga lo que traiga con ella —dijo el padre Willibald—. Y voy a dar sepultura a estas santas cabezas en casa, en mi iglesia, ya que de ellas va a manar mucha fuerza.

—De momento ya mana de ellas un fuerte hedor —dijo Orm sombrío—, pero es posible que tengas razón.

Y siguiendo las órdenes del padre Willibald, recogieron hierba y ramas con muchas hojas que colocaron en la bolsa. Allí colocaron con gran cuidado las dos cabezas y volvieron a cerrarlas con esmero.

CAPÍTULO XII

El Ting de la roca de Kraka

A la mañana siguiente, y tras elegir una comisión de doce hombres de cada grupo, de los de Värend, de los de Göinge y de los de Finnveden, acudieron a los lugares que ya desde antaño eran los suyos, situándose en semicírculo ante la roca cada docena por su lado. Detrás se colocó el público para escuchar las palabras de los sabios. Los doce hombres de Värend estaban sentados en el medio, y su *hövding* se alzó primero. Se llamaba Ugge *el Tartamudo*, hijo de Oar, un hombre de cierta edad que tenía la reputación de ser el más sabio de todo Värend. A él siempre le había costado hablar, pero todos estaban de acuerdo en que así él pensaba mejor y se decía que ya se le notaba la sabiduría de joven, cuando a veces asistía a asambleas de tres días sin mediar una sola palabra y sólo moviendo la cabeza lentamente de vez en cuando.

Se acercó entonces a la roca y, volviéndose hacia los participantes, dijo:

—Hombres sagaces se han reunido aquí hoy. Hombres prudentes, de Värend, de Göinge y de Finnveden, según la tradición de nuestros ancestros. Esto es algo bueno, os saludo y proclamo la paz sobre nuestras decisiones en consejo, y que vuestra sabiduría redunde en beneficios para todos. Hemos venido hasta aquí para deliberar sobre la paz. Las personas somos así, algunos pensamos de una manera y otros de otra. Yo soy ya viejo, he visto muchas cosas y sé lo que pienso: pienso que la paz es una buena cosa. Es mejor que la guerra, mejor que los incendios, mejor que los homicidios. La paz ha reinado entre nosotros durante tres años enteros, y por ello no se han causado daños ni se causarán en el futuro si hacemos posible que no se vea turbada. Los que tengan objeciones las podrán presentar, y éstas serán escuchadas y juzgadas. Los que quieran quitarse la vida lo tendrán que hacer aquí, al lado de la roca, según la ley y las costumbres del Ting. Sin embargo, la paz es lo mejor para todos.

Los de Värend miraron a su alrededor cuando terminó el discurso, puesto que estaban orgullosos de su *hövding* y de su sapiencia. Luego se alzó el de los de Göinge. Se llamaba Sone *el Clarividente*, y era tan mayor que los dos hombres que estaban sentados más cerca de él lo agarraron de las axilas cuando se levantó, pero él los apartó, indignado, y muy dispuesto se tambaleó hasta la roca y se colocó junto a Ugge. Era un hombre alto y huesudo, enjuto y encorvado por la edad, con la nariz larga y mechones finos de barba encanecida, y a pesar de que el tardío sol de verano brillaba y hacía buen tiempo llevaba puesto un abrigo de piel hasta la rodilla y una capucha gruesa de piel de zorro. Tenía el aspecto de un hombre extremadamente sabio, y su reputación le precedía desde hacía mucho tiempo. Todos conocían su clarividencia: podía encontrar tesoros escondidos, ver el futuro y predecir las

desgracias venideras. Además, se había casado siete veces y tenía veintitrés hijos y once hijas, y se decía que todavía se esforzaba en conseguir múltiplos de doce tanto de lo uno como de lo otro. Por ello gozaba del mayor honor entre todos los de Göinge.

Él también proclamó la paz en el Ting y pronunció bellas palabras sobre el carácter de los de Göinge, que era tan pacífico que en cuatro años enteros no había habido una sola expedición belicosa contra los de Varend o los de Finnveden. Esto, dijo, tal vez podía ser interpretado por los forasteros como que la holgazanería y la rutina habían empezado a prosperar entre los de Göinge. Pero el que así pensara estaba equivocado, puesto que aún estaban listos, como sus ancestros, a reprender con filos mordientes a aquellos que se atrevieran a agraviarles, como ya había podido comprobar alguno que otro que lo había intentado. No obstante, nos equivocáramos si pensáramos que la paz que reina viene de los prósperos años que han atravesado, con abundantes cosechas, buenos pastos y ausencia de muertes entre las reses, puesto que un habitante de Göinge harto no es peor guerrero que el que pasa hambre, ni tampoco más blando de carácter, sino que todo depende de una sola cosa: los hombres inteligentes y sensatos han dado consejos y éstos se han seguido.

—Y siempre y cuando éstos existan y sean obedecidos —dijo—, todo nos irá bien. Sin embargo, con los años cada vez son menos, y de los que merecen una total confianza sólo veo a dos, Ugge y un servidor. Por eso es más necesario que nunca que los hombres jóvenes de las comisiones que todavía no tienen canas en la barba nos escuchen, y aprendan así algo de la sabiduría que todavía les falta, porque es cosa buena que los mayores puedan dar consejos y que los jóvenes comprendan que aún les queda mucho por aprender.

El tercero fue el *hövding* de los de Finnveden, que se colocó junto a los otros dos. Se llamaba Olof Pavón y, a pesar de que aún era joven, ya tenía una gran reputación. Era un hombre de buena complexión, de tez oscura, mirada penetrante y altivez en sus maneras. Había estado en la ruta del este sirviendo en la corte del rey, en Kiev, y del emperador de Miklagård, y había regresado a casa cargado de riquezas. El nombre de Pavón le había sido asignado a su regreso por la suntuosidad y los bellos colores que siempre lucía en su vestuario. Y a él le gustaba aquel sobrenombre.

Todos los de Finnveden, tanto los vocales de las comisiones como los que había detrás de ellos, manifestaron su júbilo dando voces cuando se alzó, puesto que ciertamente tenía el aspecto de un *hövding* y, cuando se colocó al lado de los otros dos ante la roca, se hizo patente la gran diferencia entre él y ellos. Llevaba puesta una capa verde, bordada con hilo de oro, y un casco resplandeciente de plata.

Después de proclamar él también la paz, dijo que su fe en la sabiduría de los ancianos quizá no era tan grande como la de ellos mismos; la sensatez, creía él, podía encontrarse en otros lugares, y quizá más que en ellos. A pesar de este hecho, no quería llevar la contraria a los viejos en que la paz era algo bueno, aunque todos tenían que pensar que la paz era cada vez más difícil de preservar y esto sobre todo a

causa de la inquietud que aquí y allá causaban los cristianos con su maldad y oscura sagacidad.

—Y yo sé lo que me digo —dijo— cuando hablo de los cristianos, porque todos sabéis que he estado cinco años en Miklagård y he servido a ambos emperadores, Basilio y Constantino. Allí pude ver cómo son los cristianos en su maldad, incluso cuando sólo se tienen entre ellos para comportarse mal. Se arrancan las narices y las orejas con tenazas cortantes por cualquier cosa, o se castran los unos a los otros. A las mujeres jóvenes, incluso a aquellas bien parecidas, las encierran en casas de piedra y les prohíben relacionarse con hombres, y las que cometen algún error son enterradas vivas en un agujero con paredes de piedra y las dejan morir. A veces sucede que se cansan de su emperador, o éste les disgusta con sus decretos, entonces le cogen a él y a sus hijos y sostienen un hierro candente muy cerca del rostro hasta que se quedan ciegos por el calor. Todo esto lo hacen por su cristiandad, ya que les parece menos injusto mutilar que matar, y de esto tenéis que deducir qué tipo de personas son. Si se hacen estas cosas entre ellos, ¿qué nos harán a nosotros que no somos cristianos si consiguen ser lo bastante fuertes? Todos tenemos que reflexionar a tiempo para poder enfrentarnos a este peligro antes de que se haga mayor. ¿Acaso no acabamos de ser testigos de cómo un cura cristiano se ha abierto paso hasta esta roca y ha perpetrado un homicidio en este lugar sagrado, entre las mujeres de los de Värend? Lo habían traído hasta aquí los de Göinge, a lo mejor con mala intención, y éste es un asunto entre ellos y los de Värend que no nos incumbe a los de Finnveden. Eso sí, lo más seguro sería que decidiéramos aquí en el Ting que todos los curas cristianos que lleguen a Göinge, Värend o Finnveden sean eliminados de inmediato, y que ni siquiera se mantengan con vida como esclavos. Así no irán por ahí con sus argucias y sus parloteos, se podrían evitar problemas y sería más fácil conseguir que reinara la paz.

Así habló Olof Pavón, y muchos asintieron pensativos al escuchar sus palabras.

Él y los otros dos se sentaron sobre las tres piedras de los *hövding* que había en el prado ante la roca sagrada, y el Ting empezó. Era una vieja costumbre tratar sin demora los litigios que habían tenido lugar allí mismo, y por ello el asunto del maestro fue el primero. Ugge pidió compensación por el fallecido Styrkar, y quiso saber a quién pertenecía aquel cura cristiano y qué hacía en el Ting. Orm, que formaba parte de la comisión, se levantó y respondió que tenía que decir que el cura había venido con él, aun cuando se trataba de un hombre libre y no un esclavo.

—Y tendréis que buscar mucho para encontrar un hombre más pacífico que él —dijo—. No es un hombre violento, y lo único que sabe hacer es leer textos y cantar y encandilar a las mujeres. Había venido hasta aquí con un objetivo que ahora ya no podrá realizar.

Orm les habló del maestro y de su objetivo: de cómo le habían enviado desde Hedeby para ocupar el lugar de un sacerdote retenido como esclavo en Finnveden, pero que ahora había sido asesinado.

—Y es posible que tratemos también este asunto más adelante —dijo—. Pero sobre cómo tuvo lugar la muerte de Styrkar tendrán que hablar los testigos que la presenciaron. Yo, la verdad, no creo que este cura sirva para matar a nadie.

Sone *el Clarividente* también opinó que debían escuchar lo que los testigos tenían que decir.

—Pero acabe como acabe este asunto —dijo—, no va a crear disputas entre los de Värend y los de Göinge, puesto que sólo tú, Ugge, serás juez en este asunto. El hombre es extranjero y no sirve para mucho, y además es cristiano, por eso pocos lo van a echar de menos, sea cual sea tu veredicto final. Y de nosotros, de los de Göinge, no puedes pedir compensaciones por homicidio por lo que ha hecho un hombre libre que es, en realidad, un extraño para nosotros.

Interrogaron a los testigos. Muchos habían visto a Styrkar caer de espaldas desde la roca con un gran alarido, pero nadie había visto si había recibido el impacto de una piedra desde el otro lado de la roca. Ni siquiera Toke Grågulleesson, que estaba entre los doce de los de Värend y que había sido el primero en llegar al lugar, pudo decir algo con fundamento al respecto, pero sí explicó que la cruz que el cura cristiano sostenía entre las manos, y que había sido su única arma, estaba hecha con palos tan finos que sin duda hubiera servido para matar un piojo, pero no para acabar con un viejo zorro perseverante como Styrkar. Por ello pensaba que el viejo había resbalado y se había roto el cuello en la caída, pero la opinión más certera al respecto, dijo, la darían las mujeres que habían estado presentes en el lugar si estaban dispuestas a contar la verdad.

Ugge reflexionó unos instantes, y al final dijo que no quedaba otra salida que escuchar lo que tenían que decir las mujeres.

—Según nuestra vieja ley, las mujeres de Värend son testigos aceptables —dijo—, a pesar de que nadie pueda explicar cómo se llegó a esta decisión. Es cierto que no deberíamos hacerlas pasar si no es necesario, porque buscar la verdad en un hombre es como buscar a un cuco en lo más profundo del bosque, pero buscarla en una mujer es como buscar el eco del sonido del cuco. Sin embargo, aquí son las mujeres las únicas que han visto lo que ha sucedido, y el homicidio de un sacerdote en un lugar sagrado es algo que se tiene que juzgar con cautela. Sean, pues, escuchadas.

Las mujeres habían estado esperando y entraron, todas a una, tanto las jóvenes que habían saltado alrededor de la roca como las viejas que las habían asistido en la ceremonia. Todas llevaban sus mejores atavíos, con aros en los brazos y collares, anchas medallas y pañuelos de cabeza cargados de ornamentos. Al principio, cuando se presentaron ante jueces y vocales parecían dominadas por la timidez. Llevaban consigo al maestro, que no tenía buen aspecto, con las manos atadas y una cuerda al cuello con la que un par de viejas lo guiaban, como habían hecho con los machos cabríos hasta la roca. Ante aquella visión, los asistentes y los vocales soltaron una carcajada.

Ugge torció la cabeza y, rascándose detrás de la oreja, observó a las mujeres con expresión preocupada. Les dijo que ahora debían contarle cómo había tenido lugar la muerte de Styrkar: si su prisionero le había asestado el golpe mortal o no. Insistió en que tenían que contar lo que había sucedido de verdad, y en que sólo eso era lo correcto, dijo, y que sólo una podía hablar cada vez.

Primero las mujeres tuvieron miedo del sonido de su propia voz y cuchichearon entre ellas sin poder decidir quién empezaría, pero pronto se pusieron a dar su testimonio con toda seriedad. Su prisionero, dijeron, se había acercado a la roca y había gritado muy fuerte, y había golpeado a Styrkar en la cabeza con su cruz, de modo que este último había proferido un alarido. Después le había colocado la cruz sobre el vientre y lo había empujado roca abajo. Sobre este punto estuvieron todas de acuerdo, pero algunas dijeron que el cura cristiano le había propinado un solo golpe, otras dos, y en este punto tuvo lugar un cierto intercambio de palabras al respecto.

Al escuchar el maestro este testimonio, se quedó pálido de horror y de sorpresa, alzó sus manos atadas al cielo y gritó: «¡No, no!», en voz alta, pero a nadie le importó lo que quisiera decir y las viejas tiraron de la cuerda para hacerle callar.

Ugge dijo ahora que este testimonio era más que suficiente, porque la declaración de las mujeres era digna de crédito debido a que todas estaban de acuerdo. Si el perpetrador había golpeado una o dos veces no tenía importancia, y aquí tenían un caso claro de homicidio de un sacerdote en un lugar sagrado.

—Esta fechoría —dijo— es, desde tiempos ancestrales, una de las peores. Es tan extraña que muchos pasan la vida entera reunidos en Ting sin conseguir juzgar un suceso de tal calibre. Y su castigo, impuesto desde tiempos inmemoriales, quizá no lo conoce nadie más que nosotros los viejos, Sone y yo, a pesar de que pudiera ser que tú, Olof, que te consideras más sabio que nosotros, también lo conozcas.

A Olof Pavón se le notó que no le gustaba la pregunta, pero se apresuró a responder que a menudo había oído que el castigo por este acto era que el culpable fuera colgado por los pies de la rama más baja de un árbol, con la cabeza en un nido de hormigas.

Ugge y Sone esbozaron una sonrisa de satisfacción al escuchar la respuesta.

—Como era de esperar, eres demasiado joven y careces de conocimientos en este asunto —dijo Ugge—. Alcanzar la sabiduría y el saber lleva más tiempo del que tú crees. El castigo correcto es que el culpable sea entregado a Ygg, que era el nombre que antaño tenía nuestro padre Odín, y ahora Sone explicará cómo sigue.

—Se cogen veinte recias lanzas —dijo Sone—, que no tengan el mango podrido, y en cada una, justo debajo del refuerzo de hierro, hay que fijar un palo atravesado. Luego se clavan las lanzas en el suelo hasta la mitad, muy juntas y con las puntas hacia arriba, y sobre ellas se lanza al asesino, que se quedará colgado allí hasta que su cuerpo caiga hasta el suelo.

—Así es —dijo Ugge—, y lo único que has olvidado, Sone, es que tiene que arrojar de modo que caiga de espaldas sobre las lanzas y quede mirando al cielo.

Un murmullo de satisfacción recorrió toda la asamblea del Ting cuando escucharon en qué consistía el castigo, que era tan viejo y extraño que nadie lo había visto jamás. En este punto el maestro se había calmado, estaba de pie con los ojos cerrados y murmuraba para sí, pero entre las mujeres se despertó una gran inquietud. Gritaron en voz muy alta que aquello era una locura, y que no era su intención, y un par de ellas que eran familia de Ugge se abrieron paso para llegar hasta él y le llamaron carcamal, y quisieron saber por qué no les había dicho nada de todo aquello antes de que dieran su testimonio. Habían dicho lo que habían dicho porque querían quedarse con el cura cristiano, que les gustaba y les parecía mejor que Styrkar, creyendo que, de lo contrario, lo soltarían y desaparecería con los de Göinge.

La que más gritaba era una de las viejas, la sobrina de Styrkar, y al final las demás callaron para escucharla. Era corpulenta y de miembros gruesos, y temblaba de ira ante Ugge. Dijo que en Värend no iba a haber orden hasta que las mujeres pudieran juzgar y los vejestorios se pusieran a jugar los unos con los otros con palos de madera.

—Yo he cuidado de Styrkar, de ese trol, durante muchos años —gritó—, y de él me he sustentado. ¿De qué voy a vivir ahora que ha muerto? ¿Oyes lo que digo, viejo? Y aquí viene otro sacerdote, un hombre joven y bello que parece inteligente y dócil, y que decide su muerte, y nadie puede negar que ya era hora. ¿Y qué compensación me das a mí? ¡Arrojar a este joven a las lanzas, para provecho de nadie! Yo te insto a que me lo entreguéis a mí para que sustituya a Styrkar, a quien he perdido. Es un buen cura, y su manera de llevar el final de la danza alrededor de la roca nos satisfizo a todas, y en nueve meses verá todo Värend los resultados de su *sejd*. A un cura como éste van a acudir muchas personas con presentes de todo tipo, y entonces yo tendré de qué vivir, o lo desposo o me lo quedo como esclavo. ¿Qué tendrá que hacer él sobre las lanzas? ¡Ponte mejor tú mismo ahí encima, porque parece que la edad y la sabiduría te han vuelto loco! Soy yo la que me lo tengo que quedar como compensación por el homicidio, si es que hay justicia en el mundo, ¿oyes lo que te estoy diciendo?

Ella alzó los puños ante el rostro de Ugge y parecía que iba a escupirle encima.

—¡Tiene razón, tiene razón! ¡Katla tiene razón! —gritaron las mujeres—. ¡Queremos quedarnos con él en vez de Styrkar! ¡Necesitamos un cura como él!

Ugge abrió los brazos y gritó con todas sus fuerzas para hacerlas callar. Tenía a su lado a Olof Pavón, que casi cae de espaldas de la risa al ver al viejo en tal apuro.

Sone *el Clarividente*, en cambio, se alzó de su piedra y habló de una manera que calmó los ánimos.

—Se ha decretado la paz sobre este Ting —dijo—, y la paciencia de los sabios para con las mujeres es grande. Mal iríamos si tuviéramos que decir que se ha turbado la paz, y la peor parte os la llevaríais vosotras, mujeres, porque en ese caso os podríamos condenar a ser azotadas ante toda la concurrencia con buenos ramojos de abedul o varas de avellano, lo que sin duda sería una deshonra para vosotras. Todo el

mundo se reiría toda la vida de vosotras al veros, y ninguna de vosotras puede desear algo así, por ello dejaréis de gritar y armar escándalo. Hay una cosa que sí me gustaría preguntaros antes de que os marchéis: ¿Recibió Styrkar un golpe del cura cristiano o no?

Las mujeres se habían calmado y respondieron todas a una que no había tocado a Styrkar, sólo había alzado la cruz y el viejo se había caído de espaldas, cayendo tan mal que se partió el cuello. Esto, dijeron, era la más pura verdad, ya que ellas no tenían impedimentos para decirla si sabían cuáles eran las consecuencias.

Las mujeres abandonaron el lugar, también la vieja Katla con su prisionero, mientras Ugge deliberaba con sus vocales. Algunos de ellos pensaban que el cura debía morir, ya que estaba claro que había quitado la vida a Styrkar con hechicería y de un cura cristiano había que deshacerse lo más pronto posible. En cambio, otros se opusieron y opinaron que un hombre que podía quitarle la vida a Styrkar con un sortilegio merecía vivir, porque en ese caso seguro que también había sido útil para las mujeres. También había que pensar en lo que había dicho la vieja, ahora que no se podía pedir compensación alguna a los de Göinge por el daño causado. Al final, Ugge emitió su veredicto: Katla podría quedarse con el cura como esclavo hasta el cuarto Ting desde éste, y usarlo en lo que quisiera durante este tiempo. Ni Sone ni nadie más se opuso a aquella sentencia.

—Yo no lo hubiera podido hacer mejor —dijo Orm al padre Willibald cuando conversaron sobre el tema—. Ahora tendrá que entenderse con la vieja lo mejor que pueda, y de todos modos iba a entregarse como esclavo a los de Småland.

—Quizás el espíritu de Dios haya intervenido, a pesar de sus decrepitudes, cuando se dirigió al cura pagano y a las abominaciones de alrededor de la roca —dijo el padre Willibald—, y ahora es posible que tenga la oportunidad de llevar a cabo grandes actos en honor a Dios.

—Es posible que así sea —dijo Orm—, pero a mí me parece que lo mejor de todo esto es que nos lo hemos quitado de encima. A un hombre pueden gustarle las mujeres, incluso otras que no sean la suya cuando se encuentra de viaje, sobre eso no tengo nada que decir, pero me resulta difícil con un hombre como éste, que además de ladino es sacerdote cristiano y vuelve locas a las mujeres en cuanto le ven. A mí me parece que va contra la naturaleza.

—Tendrá mucho que expiar —dijo el padre Willibald— cuando la vieja Katla le ponga las zarpas encima. Yo preferiría sin ninguna duda estar en la guarida del león hambriento, junto con el santo profeta Daniel, del que me has oído hablar, que en su lugar ahora mismo. Pero bueno, es la voluntad de Dios.

—Que siga siéndonos tan favorable —dijo Orm, piadosamente.

El Ting continuó durante cuatro días y se juzgaron muchos casos. La sabiduría de Ugge y Sone fue alabada por todos, excepto por aquellos que habían recibido sentencias desfavorables, y hasta Olof Pavón se reveló como un juez sensato, experto en muchas cosas a pesar de su juventud y, en algún momento, dejó traslucir que con

el tiempo se podría convertir en alguien importante. En los casos difíciles, cuando la conciliación entre las partes era imposible y las opiniones eran dispares entre jueces y vocales, se incluyó, según las viejas costumbres un tercer juez, sin vocales, para ayudar a convenir una sentencia unánime. Un par de veces, cuando la disputa era entre los de Värend y los de Göinge, Olof Pavón actuó de tercer hombre imparcial e hizo una labor nada despreciable.

Hasta ese momento todo fue bien, pero entre los asistentes fue creciendo la impaciencia, puesto que no surgía ningún duelo judicial que mereciera la pena. Durante el segundo día, una disputa entre un hombre de Finnveden y otro de Göinge sobre el hurto de unos caballos se sentenció a duelo, pues no había testigos y ambas partes fueron perseverantes y ocurrentes con las mentiras, pero cuando se batieron en duelo se comportaron de un modo tan poco diestro que enseguida se atravesaron el cuerpo con las respectivas espadas y cayeron muertos, como las dos mitades de una vasija de barro, así que nadie disfrutó de esta contienda. Los asistentes refunfuñaron decepcionados y les pareció que aquel Ting iba por mal camino.

El tercer día mejoró el humor porque se planteó un caso difícil que despertó esperanzas.

Dos hombres de Värend, ambos conocidos y de buena reputación, llamados Askman y Glum, presentaron demanda por el rapto de dos mujeres. Cada uno había perdido a su hija, muchachas púberes en su mejor beldad robadas por dos cazadores de nutrias de Göinge en las tierras agrestes al este de Stora Oxavad. Los raptores eran conocidos: Agne de Sleven se llamaba el uno, hijo de Kolbjörn *el Quemado*, y el otro Slatte *el Zorro*, sobrino de Gudmund de Uvaberg, que estaba entre los vocales de Göinge. El rapto había tenido lugar hacía un año, y las jóvenes mujeres, por lo que se sabía, aún estaban en manos de sus raptores. Askman y Glum pedían triple dote por cada una, además de una compensación razonable por los daños causados a la viuda Gudny, hermana de Glum, que estaba con las muchachas cuando el rapto tuvo lugar y que había quedado tan maltrecha que había medio perdido la razón durante un buen tiempo. Decían que tenían a la viuda disponible allí: siempre había sido conocida por su honestidad, y como muchos podían atestiguar que había recobrado su razón era el testigo que mejor podía explicar cómo había sucedido todo. Ella y las muchachas habían ido a pasar todo el día a las tierras agrestes para recoger hierbas medicinales, porque habían empezado a escasear. Habían llegado más lejos de lo que pensaban cuando, de repente, las sorprendió una terrible tormenta con truenos, granizo y abundante lluvia, así que sintieron miedo y, caladas hasta los huesos, acabaron por perderse. Habían errado sin encontrar ni camino ni huellas, hasta que cerca de un arroyo encontraron una cueva donde pudieron ponerse a cubierto, exhaustas, muertas de frío y de hambre. Allí en la cueva se toparon con dos hombres que iban a la caza de la nutria, y se sintieron algo reconfortadas al ver que no parecían peligrosos. Los hombres las acogieron con amabilidad, las invitaron a sentarse cerca de la hoguera y les dieron alimentos y cerveza caliente. Allí se quedaron hasta que la tormenta cesó, y

para entonces ya había caído la noche.

Hasta ese momento, dijo la mujer, sólo había sentido miedo por la tormenta y por el dolor que empezaba a notar en la espalda por haber pasado frío sentada con la ropa mojada, pero entonces empezó a temer por las niñas, y ese temor era peor que el anterior, puesto que los hombres estaban muy satisfechos y dijeron que aquello era lo mejor que les había podido suceder, ya que hacía tiempo que no veían mujeres. Fueron generosos con la cerveza, que tenían en un tonelete en la cueva, y calentaron más para combatir el frío. Las muchachas empezaron a sentirse mareadas, por su juventud y por su inexperiencia. En este punto, ella había preguntado con impaciencia el camino para volver a casa, pero los hombres sólo se preocupaban por sentarse cerca de las niñas y comprobar si las ropas se les habían secado. No tardaron en ir tan lejos que Slatte *el Zorro* tomó dos astillas de madera y les dijo que probaran suerte, a ver junto a cuál de los dos hombres se iban a acostar. Entonces ella les había dicho a las niñas que tenían que volver a casa e intentar encontrar el camino en la oscuridad lo mejor que pudieran, pero que ella tenía que quedarse en la cueva, por el fuerte dolor que sufría a causa de la humedad.

—Y esto lo dije porque pensé que los hombres quizá cedían y las dejaban marchar en paz si yo me quedaba con ellos. A mí me pareció lo mejor sacrificarme por las muchachas, ya que para mí el daño era menor, hicieran lo que hicieran esos hombres conmigo. Sin embargo, entonces los hombres enfurecieron y me insultaron, me agarraron ambos y me arrastraron fuera de la cueva gritando que me ayudarían poniendo flechas en el arco si no desaparecía inmediatamente de allí. Pasé la noche entera vagando sola por el bosque, muerta de miedo por los animales salvajes y los espíritus. Cuando llegué a casa y expliqué lo que había sucedido, salieron a buscarlas a la cueva de los cazadores, pero no encontraron ni rastro de ellas, ni de los hombres ni de las pieles de nutria, así que yo enfermé y me sentí muy mal durante mucho tiempo, todo por el daño que me causaron estos hombres malvados.

Este fue el testimonio de la viuda Gudny, y al final hablaba con lágrimas en los ojos. Gudmund de Uvaberg se levantó y dijo que iba a presentar la defensa de los dos hombres jóvenes porque él era posiblemente más inteligente y podía hablar mejor, y porque había oído esta historia más de una vez de la boca de su sobrino Slatte y Agne de Sleven, e incluso de la de las mismas jovencitas. Por eso tenía autoridad como cualquier otro en este tema, o a lo mejor más aún, y del testimonio que acababan de oír de la viuda Gudny podía decir que mucho de lo que había dicho era correcto, pero que sin embargo era incorrecto en gran parte.

—Así lo cuentan Slatte y Agne —dijo—. Dicen que estaban en su cueva durante la tormenta, que era tan fuerte que apenas conseguían mantener la hoguera encendida, y, al escuchar lamentos en el exterior, Slatte salió. Allí encontró a tres figuras bajo la lluvia con las túnicas arrugadas en la cabeza, y en un primer momento tuvo miedo de que fueran troles del bosque. Lo mismo creyeron las mujeres de él cuando le vieron sacar la cabeza, así que retrocedieron y gritaron de miedo. Entonces él comprendió

que se trataba de personas y se acercó para tranquilizarlas. Le acompañaron muy dispuestas al interior, y se sentaron cerca de la hoguera. Las muchachas estaban cansadas y lloriqueaban, pero la viuda no lloraba y dicen que no se le notaba tampoco el cansancio. Sentada, secándose ante la hoguera, no les quitaba los ojos de encima. Quería que le frotaran la espalda y la hicieran entrar en calor con piel de nutria por todas partes, y tras haber bebido como un caballo de su cerveza caliente se animó y se quitó casi toda la ropa porque así sentía mejor el calor, dijo, y buen calor era lo que ella necesitaba.

—Tanto Slatte como Agne son hombres jóvenes —continuó Gudmund—, pero no más necios de lo que es costumbre, y no era nada nuevo para ellos lo que a las viudas les viene a la cabeza cuando miran a los hombres, por eso dudaron y se miraron cuando dijo que las niñas se acostarían en un rincón, y que ella las vigilaría mientras durmieran para que no les pasara nada. A mí me han dicho los dos, Agne y Slatte, que la hubieran complacido si la hubieran encontrado sola, pero les pareció a los dos poco viril compartir una viuda cuando había dos hermosas muchachas al alcance de la mano que a lo mejor estaban tan dispuestas como ella. Eso despertaría las burlas de todo el que escuchara aquella historia y tuviera dos dedos de frente. Por eso se sentaron con las jóvenes y hablaron tranquilamente con ellas, mientras les ayudaban a calentarse los pies en la hoguera. Las niñas se sintieron mejor al haber comido y bebido y entrado en calor, pero no se atrevían siquiera a mirar a los hombres y no hablaban mucho. Esto hizo que a ellos aún les gustaran más, porque mostraban timidez y buena educación, y al final decidieron sorteárselas para que no hubiera problemas y cada uno se llevara una. Al darse cuenta de lo que estaban haciendo, la viuda se levantó gritando, como si hubiera perdido toda cordura en aquel rato allí sentada, y dijo que las niñas tenían que irse inmediatamente, de lo contrario todo iba a acabar en una gran desgracia. Ellas soportarían la travesía, pero ella tenía que pedir hospitalidad por una noche porque si no seguro que iba a morir de dolor y cansancio. Los hombres se quedaron atónitos y preguntaron si quería matar a las niñas, puesto que eso era lo que pasaría si las hacía salir al bosque agreste y oscuro entre todas las abominaciones que habitaban allí. No habían visto jamás crueldad como aquélla, dijeron, pero nada de eso iba a suceder porque estaban decididos a salvar a aquellas muchachas de su locura. También se preocupaban por sus propias vidas, por ello no querían a un ser tan violento en su cueva, ya que cualquier cosa podía suceder cuando se durmieran, de modo que le ordenaron que se fuera y, como parecía fuerte como un toro, dijeron, no corría ningún peligro, pues si se encontraba con un oso o con un lobo seguro que éstos huirían de ella. La agarraron los dos y la sacaron de la cueva lanzando su ropa tras ella. A la mañana siguiente, les pareció sensato marcharse y las muchachas les siguieron de buen grado y les ayudaron a cargar sus capturas y las pieles; aquí en el Ting hay testigos que han oído esta explicación de boca de las niñas. Ahora estas jóvenes mujeres están casadas y satisfechas, y ya tienen hijos.

»Así que todo esto —concluyó Gudmund— no me parece que se pueda llamar

rapto, sino que estos hombres salvaron la vida de estas jóvenes mujeres y no sólo una vez, sino dos: primero cuando las acogieron en su cueva y les dieron cobijo y calor, y después cuando evitaron que las arrojaran al bosque como quería hacer la malvada viuda. Por eso los hombres están dispuestos a pagar una dote normal, pero no más.

Este fue el alegato de Gudmund, que fue acogido con ovaciones entre los de Göinge, aunque entre los de Värend no despertó la misma reacción. Askman y Glum se mantuvieron firmes en sus exigencias. Si los dos hombres hubieran raptado a la viuda, dijeron, les hubiera salido muy barata, pero con muchachas jóvenes era distinto, eso lo podía ver cualquiera, y ningún hombre sensato debía creerse demasiado lo que Gudmund había dicho en defensa de los raptos. Les continuaba pareciendo que lo más correcto era que la viuda Gudny obtuviera una compensación por su sufrimiento, puesto que la conocían bien y nunca se había mostrado tan loca por los hombres como Gudmund la había querido pintar en su relato. Fuera como fuera, tenían que conformarse con lo que se les ofreciera, pero no querían oír hablar de regateo por las muchachas raptadas.

Interrogaron a diferentes testigos de ambos lados, aquellos que habían oído a las jóvenes mujeres explicar cómo había sucedido todo y aquellos que habían oído lo que la viuda Gudny había contado al volver a casa. Tanto Ugge como Sone encontraron la cosa ardua, y los asistentes estaban de buen humor, porque si las cosas iban bien esto podía acabar en una contienda a cuatro.

Ugge dijo que podía dejar que Sone dictara veredicto solo en este asunto, por su gran sabiduría y su profunda y vieja amistad, pero no consiguió convencer a sus vocales de ello y Olof Pavón fue incluido entonces como tercer juez del caso. Dijo que aquel honor no le alegraba nada, porque allí había mucho en juego, o plata o sangre, así que un juez podía esperar disgustos e insultos de muchos, aunque su juicio fuera justo. Primero intentó arreglarlo con doble dote en vez de triple, pero ni los de Göinge ni los de Värend quisieron oír hablar de ello. Slatte vivía en la escasez, dijo Gudmund, ya que los que se dedicaban a la caza de nutrias y castores no podían amasar grandes fortunas debido al bajo precio de las pieles, y Agne de Sleven había perdido toda su herencia cuando su padre murió quemado. La dote normal era lo máximo que podían aportar, y sin ayuda casi no llegaban ni a eso. Los vocales de Värend pensaban por su lado que Glum y Askman no pedían más de lo que era razonable.

—Porque hace mucho tiempo que honramos especialmente a nuestras mujeres —dijeron—, y nuestros vecinos jamás deben creer que pueden capturar a nuestras jóvenes en el bosque como si fueran un botín barato.

Era mejor, pensaban algunos, que las partes se enfrentaran, y creían que Askman y Glum, a pesar de la diferencia de edad, podrían salir con honor de un encuentro como aquél.

Se debatió este asunto un buen rato, pero tanto Sone como Ugge estaban en contra de sentenciar el asunto con una contienda.

—Nadie puede decir —dijo Ugge— que estas dos mujeres raptadas tienen culpa alguna en el asunto, y ciertamente sería una pésima sentencia si las cargáramos con la desgracia de perder o a sus hombres o a sus padres.

—Para llegar a una sentencia unánime en esto —dijo Olof Pavón—, primero tenemos que decidir si se trata de rapto o no. Yo ya conozco mi opinión al respecto, pero quiero que hablen primero los que me superan en edad.

Ugge dijo que para él no había ninguna duda: se trataba de un caso de rapto.

—No es un argumento válido decir que las jóvenes mujeres siguieron a los hombres voluntariamente —dijo—, porque eso lo hicieron a la mañana siguiente, después de haberse acostado con estos hombres toda la noche, cosa que sabemos porque los hombres se las sortearon. Y toda persona sensata sabe que la mujer joven siempre sigue voluntariamente al hombre cuyo lecho ha compartido, y sobre todo si es el primero.

Sone explicó su opinión sobre el asunto, y acabó diciendo:

—Un juez debe decir la verdad, aunque vaya en contra de los suyos. Esto es rapto, no se puede negar. Cuando echaron a la viuda de la cueva, separaron con violencia a las muchachas de la persona que las vigilaba, y con ello las raptaron de su custodia.

Muchos de los de Göinge se lamentaron en voz alta cuando escucharon a Sone decir aquello, pero nadie le llevó la contraria porque, además, su reputación era demasiado significativa.

—Hasta aquí estamos de acuerdo —dijo Olof Pavón—, porque incluso yo opino que se trata de rapto. También estamos de acuerdo en que la sanción impuesta debería ser mayor que la que Gudmund ha ofrecido, pero aún estamos lejos de la resolución de este asunto, porque ¿cómo iban las partes a aceptar como buena nuestra sentencia, cuando se han negado a la conciliación de doble dote? A mí me parece que si alguien tiene que salirse con la suya aquí tendrán que ser los de Värend.

Orm había permanecido en silencio hasta aquel momento, pero entonces quiso saber cuánto era una dote para los de Värend, en bueyes o en pieles, y lo que sumaría todo si se contara en plata.

Ugge respondió que en Värend, desde tiempos ancestrales, se contaban las casaderas en pieles: treinta y seis pieles de marta por la hija casadera de un buen campesino, en los mejores años, en perfecta salud con o sin pegas o lisiaduras. Las pieles debían ser de invierno, aceptables y sin daños por impacto de flecha. O, si no, treinta pieles de castor, también de un tipo que fuera aceptable. Si así se hacía, la novia no tenía que llevar a la boda nada más que lo puesto, una nueva túnica de lino para el ajuar, un peine de cuerno, tres agujas y una tijera.

—Y todo esto suma dieciocho docenas de piel de marta, si multiplicamos por tres —dijo—, o quince docenas de piel de castor, si he contado bien. Son grandes cantidades, y contar esto en plata puede resultar difícil hasta para el más inteligente.

Algunos vocales experimentados acudieron a ayudar, entre ellos Toke

Grågulleesson, que estaba acostumbrado a contar en pieles y plata. Tras esforzarse un buen rato, explicaron que todo junto, la triple dote por dos muchachas, daba un total de siete marcos y un cuarto de plata, ni más ni menos.

—Y para que quede justo —dijo Toke—, hemos restado uno y tres octavos por las túnicas, que no serán necesarias.

Cuando Gudmund de Uvaberg escuchó la cantidad, rompió a reír.

—¡No, no! —gritó—. ¡Nunca aceptaré algo así! ¿Pensáis que estoy loco? Que se enfrenten, será lo más barato, sea cual sea el resultado.

—¡Que se enfrenten! —dijeron varias voces de entre los asistentes.

Orm se levantó y dijo que se le había ocurrido una cosa que a lo mejor podía ser de ayuda en aquel desconcierto, porque él era de los que pensaba que no era bueno que aquel asunto acabara en contienda.

—Es cierto lo que opina Gudmund —dijo—, que siete marcos de plata y cuarto es una gran compensación que puede amargar a cualquiera, y son muy pocos los hombres que hayan tenido tanta plata de una vez en sus manos, aparte de los que se han batido contra los francos o han estado presentes cuando mi antiguo señor, Almanzor de Andalucía, ha repartido el botín, o aquellos que han recaudado tributos del rey Ethelred de Inglaterra, o servido en la corte del emperador de Miklagård. Pero tomemos una tercera parte de esto, que se convierte en dos marcos y una tercera parte de uno y además en doceavo. Y si dividimos esta tercera parte en dos se convertirá en uno y una sexta parte, además de un veinticuatroavo de marco. Todos hemos oído que Agne de Sleven y Slatte están dispuestos a pagar una dote normal, y con ellos tenemos dos sextas partes listas. He pensado que de ningún modo esto va a ser una deshonra para las familias de estos hombres y sus vecinos, si aportan ellos lo mismo. Conozco a Gudmund de Uvaberg, y no quiero pensar que él es más avaro que otros, y uno y un sexto de marco más un veinticuatroavo no es algo que le vaya a asustar, a pesar de que se quede solo. No obstante, seguro que no es el único que quiere ayudar a Slatte, y es posible que eso suceda también en la familia de Agne. Y si las cosas salen bien, tendríamos entonces los cuatro sextos listos, y sólo nos faltaría un último tercio. Y sobre este tercio he pensado lo siguiente: aquí, entre los vocales, hay hombres que quisieran hacer algo por promover la armonía entre vecinos, e incluso por su propia reputación. A mí ya me gustaría ser más rico de lo que soy, pero sin embargo asumiré la parte razonable que me toca, y si hubiera tres, o mejor cuatro, o aún mejor más de cuatro, que quisieran colaborar conmigo, tendríamos listo el último tercio y toda la deuda quedaría saldada.

Cuando Orm terminó y se sentó de nuevo, los vocales se miraron entre ellos y se oyó a algunos murmurar asentimiento. Sone *el Clarividente* fue el primero en tomar la palabra.

—Cómo me gusta oír —dijo— que la gente sensata no se extinguirá con Ugge y conmigo, y aquí tú, Orm de Gröning, has hablado con sabiduría a pesar de tu juventud. Yo no sólo digo esto, que la propuesta que acabamos de escuchar es buena,

sino que estoy dispuesto a contribuir con el último tercio. Esto puede parecer raro porque todos saben que tengo muchos hijos, pero estas cosas a menudo son útiles. Aunque aportara la cuarta parte del tercio, sé lo que hago ya que mi parte la obtengo de mis dieciséis hijos adultos que corren por el bosque como grandes cazadores. Y si sólo les pido dos pieles a cada uno me sobrarán cuando haya pagado mi parte, y con ello puedo ayudar a Agne de Sleven, pues su madre era pariente de mi cuarta mujer. Pero ahora nadie tiene que ser tímido, todos los que quieran pueden hablar libremente y aumentar su reputación ante toda la gente del Ting.

Toke Grågulleesson se apresuró a levantarse y dijo que no tenía por costumbre sacar su avaricia ante tan generosa concurrencia.

—Y esto lo digo a pesar de que soy un simple comerciante de pieles que ni posee grandes riquezas ni las va a ganar jamás; eso lo saben muchos de los presentes que reciben mucho dinero por sus pésimas pieles. Eso sí, ahora tengo suficiente como para poder unirme a Orm y a Sone en este asunto, y lo que pongan ellos, lo pondré yo también.

Ugge *el Tartamudo* empezó a tartamudear, cosa que le solía suceder cuando se emocionaba. Al final consiguió decir que aquello sería un honor para los de Göinge y para los de Värend, y que él también quería poner lo mismo que los demás.

Dos de los vocales de Göinge, Svarte Grim y Thorkel Haröra gritaron que los de Värend no podían ir a la cabeza en este asunto, y que ellos también querían participar. Olof Pavón añadió también que no pensaba dejar todo el honor para los demás, y que por ello quería aportar el doble.

—Y yo opino —dijo— que recaudemos ya nuestra parte, porque estas cosas es mejor hacerlas en caliente. Aquí tenéis mi casco para reunir el dinero y tú, Toke Grågulleesson, que eres comerciante, puedes revisar que el peso del pago sea el correcto.

Toke envió a su sirviente a buscar la balanza de plata, y en este punto se levantaron varios vocales más, tanto de los de Värend como de los de Göinge, que querían participar porque cada vez era una manera más barata de ganar reputación, pues la parte se hacía más y más pequeña con la participación de tantos hombres. Sin embargo, Olof Pavón dijo que nadie había oído decir nada a Gudmund de Uvaberg sobre la parte que le tocaría a él y a otros parientes de Slatte y de Agne.

Gudmund se levantó con vacilación y, con la mirada preocupada, dijo que lo pensaría, puesto queda parte que caía sobre él y sobre su familia era cuantiosa, una sexta parte del total.

—Es cierto que no se me puede contar entre los avaros —dijo—, pero lo peor es que soy un hombre pobre, y sin duda Orm de Gröning se equivoca en este punto. La plata no hace acto de presencia en mi casa, y lo mismo sucede en las del resto de parientes de Slatte. Una carga como ésta sería difícil para nosotros, pero si pudiéramos ahorrarnos la mitad de la sexta parte entonces podríamos contribuir. Entre nosotros hay tantos grandes y reputados hombres, con los cinturones fijados

con plata, que apenas se notaría si recaudais un sexto más, además del tercio que ya tenéis. Entonces mejoraría vuestra reputación, y a mí me ayudaríais en mi pobreza.

Sin embargo, los jueces y los vocales, e incluso el resto de los asistentes que había tras ellos, empezaron a reír y a dar voces al escuchar aquellas palabras, porque todos sabían que si había algo en Gudmund que era mayor que su riqueza era su avaricia. Al final, al darse cuenta de que no contaba con el apoyo de nadie, tuvo que ceder y dos hombres, que hablaron en nombre de la familia de Agne, dijeron que su sexta parte también sería costeadada.

—Y ahora lo mejor sería —dijo Sone a Gudmund— que tú también recaudaras tu parte, porque tienes muchos amigos y parientes aquí, en la concurrencia, y yo mismo pasaré por la familia de Agne.

Toke ya tenía la balanza y empezó a contar.

—Trece hombres participan en esto —dijo—, y cada uno paga una parte igual excepto Olof Pavón, que paga el doble; tenemos que contar, pues, catorce partes. Cuánto es un catorceavo y un tercio de siete marcos de plata y un cuarto, no es fácil de decir, ni siquiera para el mayor maestro de cálculo de Gotland. Pero aquel que es listo sabe lo que hacer, y si lo contamos en pieles será más fácil. Será entonces un catorceavo de seis doceavos de piel de marta, que es un séptimo de tres doceavos, y esto tiene que contarse en pieles completas, ya que siempre pierdo algo en la balanza, eso ya lo sé yo de hace tiempo. Entonces la parte de cada hombre en plata será la misma que el precio de seis pieles. El resultado es que trece hombres han ganado mucha reputación con poco dinero, y aquí veis la balanza y las pesas, que todos podéis probar si queréis antes de que empiece a usarlas.

Algunos hombres concedores probaron la balanza con mucha escrupulosidad, ya que las balanzas de los comerciantes solían estar ajustadas con astucia, así que una prueba de tanteo podía ser de utilidad. Sin embargo, la pesa sólo podía medirse con la mano y, cuando un par de hombres revelaron dudas sobre su exactitud, Toke se mostró dispuesto a batirse en duelo con aquel que tuviera alguna duda.

—Puesto que va de la mano de la profesión de comerciante el batirse por sus pesas —dijo—, y el que no se atreve no merece la confianza.

—No va a haber disputa al respecto —dijo Ugge con decisión—. Toda la plata que se recaude va directamente a Glum y a Askman, y ¿qué sacaría Toke de pesar mal, cuando su propia plata está sobre la balanza?

Cada uno sacó la plata de su cinturón y pesaron cada parte. Algunos dejaron pequeños anillos de plata, otros trenzas de hilo de plata y otros plata cortada en trozos cuadrados. Sin embargo, la mayoría dejó monedas, y allí se reunieron monedas de todos los rincones del mundo y de reinos tan lejanos que nadie podía pronunciar su nombre. Orm pagó con moneda andaluza porque le quedaba todavía mucha, y Olof Pavón con piezas bizantinas adornadas con la imagen del gran emperador Juan Tzimisces.

Cuando terminaron, Toke puso la plata reunida en una pequeña bolsa de tela y la

pesó toda junta. Entonces se vio que estaba correcto, que aquel tercio estaba completo, y que incluso había sobrado algo de plata.

—Es demasiado poco para repartir y devolver —dijo Toke—, no puedo dividir en partes tan pequeñas sobre la balanza.

—¿Y qué hacemos con ella entonces? —preguntó Ugge—. No me parece que sea necesario que Glum y Askman reciban más de lo que han pedido.

—Quizá debamos ofrecérselo a la viuda Gudny —dijo Orm—. Y así recibe una compensación por sus penas y por los padecimientos que ha sufrido.

Todos estuvieron de acuerdo con esto, y pronto volvieron Sone y Gudmund con sus respectivas sextas partes, recaudadas entre la familia y los amigos asistentes al Ting. La sexta parte de Sone estaba correcta, pero en la de Gudmund faltaba bastante, a pesar de que había añadido un fardo de pieles y dos calderas de cobre para completar la plata. Se quejó en voz muy alta y se mostró dispuesto a jurar que no podía recaudar más que aquello, y expresó su deseo de tomar prestado lo que le faltaba de algún hombre rico de entre los vocales, pero nadie quiso hacerlo, puesto que todos sabían que prestarle dinero a Gudmund era lo mismo que arrojarlo al mar.

—Eres un hombre obstinado, Gudmund, ya lo sabemos —dijo Sone *el Clarividente* al final—, pero podrías dejarte convencer de todos modos, tú como los demás. Y ahora recuerdo que he oído contar que Orm Tostesson de Gröning, cuando acababa de llegar a nuestra región, te convenció una vez cuando te negaste a venderle cereales y forraje a un precio razonable. He oído algo de un pozo, pero la verdad es que lo he olvidado casi todo porque empiezo a hacerme mayor. Y mientras ahora tú, Gudmund, reflexionas sobre cómo vas a completar tu sexta parte, estaría bien que tú, Orm, nos contaras qué pasó y cómo le convenciste; estas cosas está bien saberlas.

Aquella propuesta despertó ovaciones, y Orm se levantó y dijo que la historia era breve y sencilla, pero Gudmund saltó del lugar donde estaba y gritó que no quería oír ni una palabra de ello.

—Ya hace tiempo que nos hemos conciliado, Orm y yo —gritó—, y no viene a cuento sacar este asunto ahora. Esperad sólo un momento porque se me ha ocurrido un hombre que había olvidado y no tardaré en volver con lo que falta.

Se apresuró a marcharse, y la muchedumbre no tardó en pedir a Orm que contara la historia, pero éste dijo que aquel suceso tendrían que escucharlo de la boca de otro.

—Lo que dice Gudmund es bien cierto —añadió—. Hace tiempo que pulimos nuestras diferencias sobre este asunto, y ¿por qué iba yo ahora a enojarle en vano cuando ya se ha apresurado a buscar la plata para evitar que esta historia saliera a la luz? Ha sido sólo por eso que Sone *el Clarividente* la ha mencionado.

Aún estaba pronunciando esas palabras cuando Gudmund volvió resollando de su campamento con lo que faltaba. Toke lo pesó, todo estaba correcto, y los dos tercios de la compensación de Slatte y Agne fueron entregados por Ugge a Glum y a Askman, y con ello reconocieron a los raptos de sus hijas como buenos yernos sin más problemas. El último tercio, el de Slatte y Agne, podrían recaudarlo durante el

invierno y pagarlo después en pieles.

En cuanto todo estuvo arreglado, Olof Pavón dijo que quería escuchar lo que habían prometido: cómo Orm había convencido a Gudmund. Todos los vocales se unieron a aquella petición con ovaciones, así que el mismo Ugge se dispuso a hablar.

—Las historias instructivas —dijo— son agradables de oír, y ésta es una que no he oído nunca. Es posible que el interesado esté en contra de que la escuchemos, pero tú, Gudmund, tienes que pensar que nos has causado muchos problemas en este asunto y hemos pagado un tercio por ti a pesar de que lo hubieras podido hacer tú. Por esta abundante plata sin duda podrás soportar que esta historia sea contada, pero si lo prefieres puedes contarla tú mismo, y Orm Tostesson estará a tu disposición para ayudarte si te fallara la memoria.

Gudmund enfureció y empezó a aullar. Era una vieja costumbre que tenía, y por eso a veces lo llamaban El Aullador. Se agazapó, su cuerpo empezó a temblar y con los puños alzados ante sí aulló como un hombre lobo. Tenía la esperanza de que aquello se tomara como un principio de ataque de *berserker*, pues de joven a veces le había funcionado y había asustado a la gente así, aunque esta vez no parecía que fuese a dar resultado alguno, y cuanto más ruido hacía él, más reían los demás. De repente, se calmó y miró a su alrededor.

—Soy un hombre peligroso —dijo—, nadie me va a importunar sin que tenga que arrepentirse de ello.

—Ahora el vocal está perturbando la paz del Ting —dijo Toke— con amenazas, gritos ebrios o sonidos malvados. Por ello pienso que debería pagar una compensación, pero ¿de cuánto? Eso deben decirlo otros, pues sin duda lo sabrán mejor que yo.

—Son los jueces y los vocales quienes tienen que decidir su expulsión —dijo Sone—, y si se resiste o vuelve a una asamblea tendrá que pagar con la barba, así lo dice la vieja ley.

—Sólo en dos ocasiones he visto cortar la barba de un vocal —dijo Ugge pensativo—, y ninguno de ellos tuvo fuerzas para vivir después de aquella vejación.

Muchos estaban enojados con Gudmund, no porque hubiera aullado, ya que a nadie le preocupaba demasiado eso, sino porque la reputación que se habían labrado con su generosidad les había costado mucha plata, de eso culpaban a Gudmund. Por eso en este punto le gritaron furiosos, diciéndole que se marchara si no quería perder la barba. La tenía tupida y bonita, y se notaba que la cuidaba con esmero, por lo que al oír aquellas imprecaciones decidió salir sin más dilación del lugar antes de ponerla en peligro. No obstante, al marcharse se le oyó decir:

—Nadie me humilla sin que se arrepienta de ello.

Orm se vio entonces instado a explicar su primera reunión con Gudmund y cómo lo había sostenido sobre el pozo mientras lo convencía. Esto contentó a los oyentes, pero Orm no se mostró demasiado satisfecho y dijo después que, tras aquello, con el tiempo, podía esperar alguna que otra cosa de Gudmund.

Y con ello quedó concluido este difícil caso sobre el rapto de las dos mujeres. Muchos habían mejorado su reputación, pero todos estuvieron de acuerdo en que Olof Pavón y Orm de Gröning eran los que más alabanzas merecían por su mediación en este asunto.

Durante todo el Ting Orm había esperado oír de los de Finnveden alguna cosa sobre Östen de Öre y de las dos cabezas que habían lanzado por encima del arroyo la primera noche. Pero como no mencionaron nada, decidió él mismo averiguar cómo estaban las cosas, y la noche del tercer día de asamblea se acercó sólo al campamento de los de Finnveden al haberle ellos declarado la paz, para hablar a solas con Olof Pavón.

Este le dio un recibimiento de *hövding*. Hizo que le extendieran pieles de oveja sobre su asiento, lo invitó a salchicha asada, leche agria y pan blanco, además de ordenar a su sirviente que sacara la vasija de los festines. Era una gran vasija con asas, con el cuello delgado y cerrada con un tapón de plomo. La colocó con cuidado sobre el suelo llano entre ellos, junto con dos tazones de plata.

—Se nota que eres *hövding*, tanto en el Ting como aquí —dijo Orm.

—No es bueno estar sin cerveza —dijo Olof Pavón—, y cuando un *storman* acoge a otro *storman* debe haber otra bebida que agua del arroyo. Eres un hombre muy viajado, como yo, y quizá ya hayas probado lo que te voy a ofrecer, aunque aquí en casa no se beba a menudo.

Sacó el tapón y sirvió los tazones. Orm asintió.

—Esto es vino —dijo—, la bebida de los romanos. La probé en alguna ocasión en Andalucía, donde se bebía mucho a escondidas, a pesar de que su profeta la prohibía. También la volví a catar en la corte del rey Ethelred de Inglaterra.

—En Constantinopla, que nosotros llamamos Miklagård, lo toma todo el mundo, mañana y tarde —dijo Olof Pavón—, pero sobre todo los curas, que lo diluyen con agua y lo beben tres veces más que los demás. Ellos lo tienen por una bebida sagrada, pero a mí la cerveza me parece mejor. Brindo para darte la bienvenida.

Ambos dieron un trago.

—El dulzor sienta bien a la garganta después de la salchicha grasa y salada —dijo Orm, dudoso—, pero no te voy a llevar la contraria en lo de la cerveza. En fin, ha llegado el momento de hablar del motivo que me ha traído hasta aquí, quizá ya te lo imagines. Quiero saber si fue tu pariente, Östen de Öre, el que envió las dos cabezas que me llegaron volando por encima del arroyo; cabezas que habían pertenecido a dos sacerdotes cristianos que servían de esclavos entre vosotros. Y también quiero saber si esto significa que este Östen aún quiere mi cabeza. Si es así, lo hace sin motivo alguno y sólo puede hacerlo porque le perdoné la vida la vez que acudió a mi finca a traición para obtener mi cabeza, como había pactado con el rey Sven. Sabes que soy un hombre bautizado y creo en Cristo, y sé que tu opinión de los cristianos es de que somos todos unos malhechores, porque has visto cómo se conducen muchos de ellos en Miklagård. Yo te puedo decir que no soy como los que tú has visto allí, y

aquí en el Ting me he dado cuenta de que tú no eres un hombre que aprecie la maldad y la fechoría, por eso he acudido a ti, pues de lo contrario no me hubiera salido a cuenta venir hasta aquí.

—Que te hayas hecho cristiano es algo que escapa a mi comprensión —dijo Olof Pavón—, puesto que ahora me consta que eres un buen hombre. Y tampoco entiendo mucho al menudo y calvo sacerdote que te acompaña, porque he oído que se dedica a curar a todos los enfermos que acuden a él sin pedir nada a cambio de sus esfuerzos. A los dos os tengo por tan buenos como si jamás os hubierais acercado al cristianismo, y sin embargo tienes que reconocer, Orm, que tú y tu cura fuisteis muy duros con mi pariente Östen cuando le obligasteis a bautizarse. Esa vergüenza le ha vuelto loco, aunque podría ser que el golpe de hacha que recibió en la cabeza también haya contribuido. Se ha vuelto huraño y se pasa los días en el bosque, o no sale de su habitación y se pasa el día lamentándose. No ha querido venir al Ting, pero compró a los dos curas esclavos por una gran cantidad y enseguida los decapitó y envió sus cabezas con su sirviente para que os fueran entregadas como saludo a ti y a tu cura. Ciertamente, ha recibido un duro castigo por lo que intentó contra ti, al ser bautizado y haber perdido todas las riquezas que tú te quedaste, y con ellas la razón, pero a pesar de que es pariente mío no digo que no se lo mereciera, ya que era un hombre de alta cuna y muy opulento para venderse a este tipo de negocios con el rey Sven. Así se lo dije entonces, y no habrá litigio contigo por él; eso sí, puedo asegurarte que si tiene la oportunidad de hacerlo te matará. Él cree que volvería a ser dispuesto y animado si pudiera quitaros la vida a ti y a tu sacerdote.

—Te lo agradezco —dijo Orm—, ahora sé cómo están las cosas. Por los dos curas a los que les cortó la cabeza no hay nada que hacer, y no pretendo vengarles. Y por lo que a él se refiere, intentaré no bajar la guardia por si su locura le llevara a intentarlo de nuevo.

Olof Pavón asintió y volvió a servir vino en los tazones.

El campamento estaba en silencio y no se oía nada, exceptuando el ruido de los hombres durmiendo. Una brisa sopló sobre los matojos y se oyó el aleteo de algunas hojas de álamo. Volvieron a brindar y al hacerlo Orm oyó algunas ramas romperse detrás de él. Cuando se inclinó para dejar de nuevo el tazón en su lugar, sintió un resuello, como de alguien que respirara hondo. Olof Pavón levantó la mirada atento y dio un grito, y Orm se giró medio agazapado, vio algo que se movía y tuvo tiempo de inclinarse aún más.

—Y tuve suerte de tener tan buen oído y de ser rápido —dijo más tarde—, porque la lanza me pasó tan cerca que me arañó el cogote.

De los matojos se oyó un alarido y salió un hombre con una espada. Era Östen de Öre, y enseguida se vio que no estaba en su sano juicio, puesto que tenía los ojos desorbitados como un fantasma y de las comisuras de los labios le colgaban espumarajos. Orm no tuvo tiempo ni de alcanzar su espada ni de ponerse de pie, se echó a un lado y agarró al loco por las piernas, éste cayó hacia delante por encima de

él, y Orm recibió un espadazo en la cadera. Después se oyó un golpe y un gemido, y cuando Orm se levantó, Olof Pavón estaba de pie blandiendo la espada y Östen seguía tendido en el lugar donde había caído. Había recibido el golpe de su pariente en la nuca, y ya estaba muerto.

Algunos hombres acudieron corriendo, despertados por el alarido. Olof Pavón miraba, pálido, al muerto.

—Mi mano ha acabado con él —dijo—, a pesar de que somos familia, pero no quiero que se ataque a un invitado en mi casa, ni siquiera si el que lo hace es un perturbado. Además, su lanza me ha roto la vasija y por ello hubiera matado a cualquiera.

La vasija estaba rota en pedazos y le compadecieron mucho por aquella pérdida, ya que una joya como aquélla era difícil de volver a conseguir.

Hizo que sus hombres llevaran al difunto al pantano, lo dejaran allí y lo sujetaran con estacas afiladas atravesándole el cuerpo, porque de lo contrario los locos se aparecían de nuevo por allí, y todo el mundo sabía que eran los peores espectros que había.

Orm había salido de todo aquello con un arañazo en el cogote y una herida en la cadera, pero no era de las peligrosas, puesto que el filo de la espada había topado con su cuchillo, que llevaba justo ahí, en el cinturón. Por eso pudo volver sin más problemas a su campamento y, cuando se despidió de Olof Pavón, se estrecharon las manos.

—Has perdido tu bella vasija —dijo Orm—, y es una lástima, pero has ganado un amigo, si eso puede servirte de consuelo. Y yo estaría contento si también hubiera ganado lo mismo.

—Sí, así es —dijo Olof Pavón—, y no es poco lo que ganamos tú y yo con ello.

Desde ese momento, entre Orm y Olof reinó una profunda amistad.

El último día del Ting se aprobó que la paz iba a seguir reinando hasta la siguiente asamblea, y con ello pusieron fin al encuentro tribal en la roca Kraka, que en opinión de muchos no había sido de los mejores, pues no había tenido lugar ni un solo duelo que mereciera la pena.

El padre Willibald acudió al campamento de los de Varend para buscar al maestro y despedirse de él, pero la mujer Katla ya se lo había llevado de allí. Orm quiso que Toke le acompañara a casa; sin embargo, su amigo le dijo que no podía hacerlo, pues el comercio de pieles se lo impedía. Se pusieron de acuerdo en visitarse cada año y mantener siempre su amistad.

Así cada uno se dirigió a lo suyo, y Orm se sintió muy satisfecho por haberse sacado de encima al maestro y a Östen de Öre. Cuando llegó la Navidad, Gröning recibió la visita de Toke y de su mujer, Mirah, y todo lo que Orm y Toke tenían que contarse era una nimiedad ante lo que Ylva y Mirah llegaron a explicarse.

Cuando llegó la primavera, la mujer de Rapp, Torgunn, dio a luz a un varón. Rapp estuvo muy contento con aquello, pero al hacer la cuenta de los meses de gestación se

sintió algo dudoso, porque encajaba bastante bien con el día en que el maestro había bendecido el tobillo lesionado de Torgunn. Y ello a pesar de que toda la gente de la aldea, tanto hombres como mujeres, alabaron el niño y su parecido con el padre. A Rapp le consolaban aquellas palabras, pero no podía acabar de sentirse tranquilo. La única persona en la que confiaba ciegamente era Orm, y un buen día se le acercó para pedirle que mirara al niño y le dijera qué parecido le encontraba. Orm acudió a verlo y, tras observar al niño muy detenidamente, dijo:

—Hay una gran diferencia contigo que salta a la vista: el niño tiene dos ojos y tú sólo uno. No obstante, no estaría bien que te quejaras de ello, ya que tú mismo tenías dos ojos cuando naciste. Aparte de esta diferencia, no he visto yo niño que se parezca más a su padre.

Con ello Rapp se quedó tranquilo y disfrutó de su hijo. Quería que el padre Willibald lo bautizara con el nombre de Almanzor, pero cuando éste se negó a darle al pequeño un nombre pagano decidieron ponerle el nombre de Orm, y fue Orm mismo el que llevó al niño a la pila bautismal.

Quince días después, Ylva dio a luz a su segundo hijo. Tenía el pelo y la tez oscura, apenas lloraba y parecía contemplar cuanto le rodeaba con mirada grave. Cuando le alargaron la punta de la espada, la lamió con más ansias de lo que lo había hecho Harald Ormsson. Todos estuvieron de acuerdo en que había nacido un guerrero, y en este punto tuvieron razón. Ylva decía que se parecía a Guld-Harald, el sobrino del rey Harald, pues según ella le recordaba a ese enorme vikingo de su niñez, pero Åsa no estuvo de acuerdo y le dijo que más se parecía a Sven Råttnos, que había tenido también la piel oscura. De todos modos, no lo podían bautizar ni como Sven ni como Harald, así que al final Orm le dio el nombre Svarthöfde, el de la tez oscura. Durante el bautizo se mantuvo en silencio, muy serio, y mordió al padre Willibald en el dedo pulgar. Se convirtió en el hijo más querido de sus padres y el mayor de los guerreros de las tierras fronterizas y, mucho más tarde, después de que pasaran muchas cosas, no hubo *hövding* en la corte de Knut *el Poderoso*, de Dinamarca e Inglaterra, con mejor reputación que el amigo del rey: Svarthöfde Ormsson.

SEGUNDA PARTE

El oro búlgaro

CAPÍTULO I

Del Apocalipsis y de cómo crecieron los hijos de Orm

Y llegó el año en que el mundo iba a terminarse. Orm tenía treinta y cinco años e Ylva veintiocho. Según los cristianos, ese año, que era el mil después de su nacimiento en la tierra, Cristo descendería de los cielos como rey con legiones de ángeles iluminados a su alrededor para juzgar a todos los hombres y enviarlos al cielo o al infierno. Orm lo había oído tantas veces de la boca del padre Willibald que ya se había hecho a la idea. Ylva nunca estuvo segura de si lo creía o no, pero Åsa estaba encantada de participar en todo esto con vida y vestida de gala, y ahorrarse el regreso desde la muerte en mortaja.

No obstante, dos cosas preocupaban a Orm. La primera era que Toke todavía se negaba a ser cristianizado. En la última visita a su casa, Orm había intentado convencerlo muy seriamente y le había descrito la lista de ventajas que pronto se iban a hacer obvias para todos, pero Toke se había mantenido en sus trece y se había medio burlado de la impaciencia de Orm.

—En el reino de los cielos, por la noche, el tiempo puede pasar muy lento si Toke no viene con nosotros —dijo Orm más de una vez a Ylva—. Pierdo muchos *storman* que he conocido y que nunca me encontraré allí: ni Krok, ni Almanzor, ni Styrbjörn ni Olof Pavón, además de otros muchos y buenos hombres. De la gente que me importa sólo estaremos nosotros, nuestros hijos, mi madre y el padre Willibald, Rapp y la gente de casa. Además del obispo Poppo y del rey Harald, tu padre, y eso es algo bueno, pero hubiera sido mejor si Toke viniera con nosotros; es su mujer la que se lo impide.

—Déjalos que vivan la vida como quieran —dijo Ylva—. Todo esto puede terminar de modo muy distinto a lo que tú te imaginas. A lo mejor Dios no tiene tanta prisa por destruir este mundo que tanto le ha costado crear. El padre Willibald dice que nos van a crecer alas, y cuando lo imagino a él con alas, o a ti, o a Rapp, me entra la risa. Yo no quiero alas, quiero llevarme la cadena al cuello, y la verdad es que no creo que vaya a poder. Por eso no estoy tan impaciente por todo esto y preferiría verlo antes de creérmelo.

Las otras preocupaciones de Orm tenían que ver con la siembra. Quería saber en qué época del año iba a venir Cristo, pero el padre Willibald no sabía nada de esto. Orm dudaba si merecía la pena sembrar porque a lo mejor las cosechas nunca iban a ser necesarias, aunque logran madurar antes de la llegada de Cristo. Sin embargo, no tardó en conseguir superar aquellas preocupaciones.

Desde el principio de aquel año las jóvenes mujeres cristianizadas estaban más deseosas de amor carnal que nunca. No sabían cómo les iba a ir en este sentido en el Reino de los Cielos, y por eso querían aprovechar el tiempo mientras pudieran, puesto que la manera terrenal les parecía la mejor y luego ya verían lo que el cielo les ofrecía. Las jóvenes sirvientas se hicieron indomables, y corrían detrás de los hombres en cuanto tenían ocasión, e incluso en las mujeres casadas se notaba una clara diferencia a pesar de que no cruzaban los umbrales del matrimonio, pues no les parecía aconsejable teniendo el Juicio de Dios tan cercano. De ahí que la mayoría de las mujeres de la finca habían conseguido quedar encinta ya en primavera. Cuando Orm supo que éste también era el caso de Ylva y luego de Torgunn y de otras, se sintió aliviado y dio orden de que la siembra siguiera el curso normal.

—Porque si los niños no nacen en el cielo —dijo—, entonces tienen que nacer en la tierra. Estas mujeres no darán a luz este año, sino a principios del próximo, y por eso tiene que ser que los hombres de Dios han calculado mal o que Cristo ha cambiado de opinión. Y ahora he visto una señal certera de que tendremos que esperar su regreso nueve meses después de que las mujeres ya no sean fértiles. Entonces deberemos prepararnos, no antes.

El padre Willibald no pudo decir nada que le hiciera cambiar de opinión en este sentido, y a medida que fue pasando el año el mismo cura empezó a tener sus dudas. Era posible, dijo, que Dios hubiera cambiado de opinión porque aún había muchos pecadores sobre la tierra que no habían podido escuchar el evangelio.

Aquel otoño llegó un grupo de forasteros desde el este y se acercaron a las tierras fronterizas. Todos ellos eran guerreros, y aún llevaban las señales de la batalla, algunos incluso heridas que aún sangraban. Eran once y pasaron por una y otra finca pidiendo alimento y cobijo, y donde se lo dieron se quedaron una noche o dos antes de reemprender el camino. Decían que eran hombres de Noruega, de camino a casa, pero eso era todo. Eran pacíficos y no usaron la fuerza en ningún caso: cuando se les negaba el cobijo, seguían su camino sin mediar palabra, como si aquello no fuera con ellos.

Llegaron a Gröning y Orm salió a recibirlos con el padre Willibald. Al ver al cura, se hincaron de hinojos y le pidieron con gran seriedad que los bendijera, y él lo hizo encantado. Parecía que les había alegrado llegar a una finca cristiana, pero sobre todo haber encontrado un sacerdote. Comieron y bebieron como muertos de hambre y, cuando se hartaron, se quedaron sentados con la mirada fija sin escuchar apenas lo que se contaba, como si otras cosas bailaran en su cabeza. El padre Willibald examinó sus heridas, pero sus bendiciones era lo que querían con más ansia y parecía que no tenían suficiente. Cuando supieron que el día siguiente era domingo, expresaron su deseo de asistir a la misa y a las prédicas. Orm les complació encantado, a pesar de que le había ofendido un poco que no hubieran querido contar nada de sí mismos.

Era un bonito domingo, y acudieron a la iglesia muchos hombres a caballo de

aquellos que se lo habían prometido al padre Willibald en el bautismo. Los forasteros se sentaron en las primeras filas y escucharon con mucha atención lo que tenía que decir el cura. Habló, como lo había hecho todo ese año, sobre que cabía esperar pronto el Apocalipsis. Nadie podía estar del todo seguro, pero era mejor si cada cristiano se preparaba. En este punto se vio sonreír a algunos de los forasteros, eso sí, sin alegría en el rostro, pero otros soltaron lágrimas que les corrieron por las mejillas. Después de la misa quisieron volver a ser bendecidos con una gran oración, y el padre Willibald cumplió su deseo.

—Eres un buen hombre —le dijeron después—, pero no sabes que el Apocalipsis ya ha tenido lugar. Cristo se ha llevado al rey, y a nosotros nos ha olvidado aquí.

Nadie podía comprender qué querían decir, y fue difícil conseguir sacarles más palabras que aquéllas, pero al final explicaron lo que les había sucedido. Hablaban de una forma escueta y con la voz indiferente, como si ya nada bajo el sol significara algo para ellos.

Dijeron que su rey, Olaf Tryggvesson, de Noruega, que tenían por el mejor entre todos los habitantes de la tierra después del mismo Cristo, había caído en una gran batalla entre daneses y suiones. Ellos habían sido apresados por los suiones cuando un grupo numeroso les abordó y, al final, cansados y apretados entre los escudos, ya no pudieron ni alzar las armas, heridos como estaban. Los que corrieron mejor suerte siguieron al rey con Cristo. A ellos, junto con muchos otros, los embarcaron en el barco de los suiones para remar en dirección a casa, en total cuarenta prisioneros. Una noche amarraron en la parte exterior de la desembocadura de un río, que alguien les dijo que era llamado Helgaån, río sagrado. Esto los animó y se soltaron los grilletes, tantos como pudieron, y se enfrentaron a los suiones en el barco. Al final los mataron a todos, y de su grupo la mayoría se fue con su rey. Quedaron sólo dieciséis hombres y remaron para remontar el río con el barco hasta que no pudieron más. Cinco, los que más heridos habían quedado, murieron a los remos, sonriendo, y ellos mismos, once, provistos con las armas de los suiones, abandonaron el barco para cruzar el país hasta Halland y de ahí hasta Noruega. Habían comprendido, dijeron, que eran los peores de los hombres del rey, porque los habían abandonado en la tierra cuando el resto había podido acompañarle. No se habían atrevido a quitarse la vida por miedo a que Cristo no les quisiera entre ellos si así lo hacían. Pensaban que aquélla era una penitencia que les habían impuesto: ir a Noruega para contar lo que había sucedido con el rey. Cada día, dijeron, rezaban todas las plegarias que sabían, que habían sido menos de las que hubieran sido deseables, y se recordaban los unos a los otros lo que habían oído decir al rey a los guerreros cristianos. Ahora estaban contentos de haber encontrado a un cura que les permitiera asistir a misa y que los bendijera, y por eso para ellos había llegado el momento de continuar su camino, pues tenían prisa por llegar a Noruega y explicar lo sucedido. Después, pensaban ellos, vivirían la revelación, a lo mejor de manos del mismo rey, pues ya estarían preparados para llegar a él a pesar de ser los peores.

Continuaron su camino después de agradecer a Orm y al padre Willibald su hospitalidad, y en Gröning no se volvió a hablar de ellos ni del Fin del Mundo.

Cuando el año acabó sin que hubiera la menor señal en el cielo, llegó un tiempo de gran calma en las tierras fronterizas. La paz con los de Småland se mantuvo, y entre los de Göinge no sucedió nada que mereciera la pena mencionar, tan sólo homicidios comunes en los festines y algún que otro incendio intencionado en las disputas entre vecinos. En Gröning todo siguió su curso habitual. El padre Willibald trabajaba para Cristo, y se quejaba en pocas ocasiones sobre la lentitud con que crecía la congregación bajo su cuidado, a pesar de los grandes esfuerzos que dedicaba a ella. Lo que más le amargaba era cuando alguien se acercaba diciendo que estaba dispuesto a que le bautizaran a cambio de un ternero o una vaquilla. Sin embargo, a veces reconocía que las cosas podían haber sido mucho peores, y a menudo decía que creía que algunos de los convertidos quizá no estaban tan anclados en el mal como antes del bautizo. Åsa hizo siempre lo que pudo por ayudarlo, y a pesar de que empezaba a hacerse mayor, aún tenía fuerzas para gobernar a las sirvientas y los niños. Ylva y ella se llevaban bien y apenas reñían, ya que la mayor parte del tiempo Åsa recordaba que su nuera era de estirpe real, y cuando Ylva decía algo, Åsa cedía, aunque a veces parecía que le resultaba fatigoso.

—Porque es seguro —dijo Orm a Ylva— que mi madre es aún más *härklysten* que tú, y eso no es poco. Me alegro de que las cosas hayan salido como yo pensaba, y de que ella nunca se haya atrevido en serio contigo.

Orm e Ylva eran aún felices juntos. Cuando discutían, ninguno de los dos se mordía la lengua, pero esto sólo sucedía en contadas ocasiones y pronto se les pasaba el berrinche sin que hubiera resentimiento entre ellos. Una de las cualidades de Orm era que nunca pegaba a su mujer, ni siquiera cuando lo hacía enfurecer, así que la cosa nunca fue más allá de una mesa volcada o una puerta rota. Pasado un tiempo se había dado cuenta de una cosa, todas estas disputas acababan siempre de la misma manera: él tenía que reparar lo que había roto y acababa siempre siguiendo la voluntad de Ylva, a pesar de que ella ni volcaba mesas ni rompía puertas; como mucho de vez en cuando le arrojaba un pañuelo a la cara o hacía añicos una fuente de barro contra el suelo, a los pies de Orm. Al darse cuenta de este hecho, encontró que no sacaba nada de las discusiones con ella, y a veces pasaban años sin que su armonía se viera turbada por duras palabras.

Tuvieron aún dos hijos más: un varón, al que llamaron Ivar por Ivar Vidfamne, y que Åsa esperaba que se convirtiera en sacerdote con el tiempo, y una hembra a la que llamaron Sigrun. Toke Grågulleesson asistió al bautizo de la niña como invitado de honor, y fue él quien le dio el nombre, aunque tras un largo intercambio de palabras con Åsa, que prefería que le pusieran un nombre cristiano. Según Toke, no había nombre de mujer más bello que Sigrun, ni más honrado en las antiguas canciones, y como Orm e Ylva querían rendirle todos los honores se Cumplió su deseo. Con el tiempo, dijo Toke, contraería matrimonio con uno de sus hijos si todo

iba bien, ya que las hijas mayores de Orm quedaban descartadas porque ninguno de sus hijos tenía la edad adecuada para ellas. A él esto le parecía una gran calamidad, dijo reflexivo, cuando contemplaba a Oddny y a Ludmilla.

Las dos empezaron a crecer y nadie pudo albergar duda alguna sobre cómo iban a salir. Las dos eran pelirrojas y de buen parecer, y pronto atraieron las miradas de los hombres; eso sí, se notaba a simple vista que había una diferencia entre ellas. Oddny tenía un carácter apacible, complaciente, y pronto hizo gala de destreza en las tareas de mujer. Obedecía a sus padres de buen grado, y en raras ocasiones disgustaba a Ylva o a Åsa. Si se daba el caso, siempre era culpa de la hermana, puesto que desde el principio Oddny tuvo la costumbre de obedecerla en todo. A Ludmilla le costaba mucho esfuerzo obedecer y ninguno mandar. Cuando la azotaban, profería gritos de rabia más que de dolor, y se consolaba pensando que pronto sería lo bastante grande como para devolver los golpes uno por uno. Se mostraba reacia con las mantequeras y en el telar, y le gustaba más tirar con el arco, actividad en la que pronto adquirió tanta destreza como su instructor, Ulf Glade. Orm no tenía mano con ella, y sobre todo se reían de su desvergüenza y rebeldía. Cuando Ylva se quejaba de su carácter y de las constantes carreras en el bosque con el arco con Ulf Glade y Harald Ormsson, se contentaba con responder:

—¿Y qué esperabas? Lleva sangre real y en abundancia porque lleva su parte y la de Oddny. Será un potro difícil de domar, y esperemos que sea otro el que se lleve la mayor parte de la molestia.

En las tardes de invierno, cuando todos se reunían alrededor de la hoguera con sus quehaceres, a veces se comportaba bien, incluso podía mostrar cierta diligencia en el hilado siempre que alguien contara alguna historia, ya fuera Orm sobre sus aventuras en países lejanos, ya Åsa sobre la familia y los viejos tiempos, o el padre Willibald sobre las grandes cosas que habían sucedido en los tiempos de Josué y del rey David, o Ylva sobre el rey Harald. Lo que más le gustaba eran las visitas de Toke a Gröning, porque era elocuente, le gustaba hablar y además conocía antiguos versos y muchas historias de héroes de antaño. Si en algún momento hacía ademán de terminar, ella siempre estaba dispuesta a apresurarse a llenarle la jarra de cerveza y suplicarle que continuara. En pocas ocasiones él tenía fuerzas para negárselo, porque con Ludmilla Ormsdotter las cosas eran así, y lo habían sido ya desde que era bien pequeña: era difícil negarse a sus deseos. Tenía la tez blanca, las mejillas finas y las cejas oscuras. A pesar de que sus ojos tenían el color de muchos otros, a los hombres que se acercaban a ella y se encontraban con ellos al mirarla les parecía que no habían visto un par de ojos como aquéllos en ninguna muchacha de la región.

Su primera lección con hombres la tuvo el verano en que cumplió catorce años, el verano en que Gudmund de Uvaberg se acercó a Gröning a caballo con los dos sirvientes que quería que Orm se quedara.

Desde que Orm le había agraviado a en el Ting, Gudmund no había visitado Gröning, ni siquiera había acudido a los Ting posteriores. Sin embargo, ese día estuvo

amable y dijo que quería hacerle un favor a Orm para que los viejos rencores quedaran olvidados.

—He traído a los dos mejores sirvientes que hay —dijo—, y yo te los ofrezco. Son hombres libres, y cada uno de ellos es capaz de hacer el trabajo de dos hombres, y bien hecho. Por eso es un gran favor de amigo el que te estoy haciendo al acudir a ti con ellos, pero también es cierto que tú me lo haces a mí aceptándolos porque son unos glotones de cuidado, los dos, y tras cuatro meses sirviendo en mi casa no me atrevo a quedármelos más tiempo. Yo no soy tan pudiente como tú, y se han convertido en una carga demasiado pesada a la mesa. Si les recortara el sustento se volverían peligrosos, o eso dicen ellos, porque tienen que sentirse hartos cada mañana y cada noche, pues de otro modo parecen enloquecer. Pero trabajarán bien para el que esté dispuesto a alimentarlos, y no se ha visto nada igual a ellos.

A Orm le despertó sospechas aquella oferta y se informó bien, hablando con Gudmund y con los dos hombres, que no ocultaron sus defectos, sino que honestamente contaron cómo eran y cómo querían que fueran las cosas. Al final, como Orm necesitaba hombres fuertes a su servicio, los aceptó y Gudmund se fue de allí satisfecho con su caballo.

Los hombres se llamaban Ullbjörn y Greip. Eran hombres jóvenes, de rostro alargado y cabello rubio, y su fuerza saltaba a la vista, aunque no podía decirse lo mismo de su inteligencia. De la lengua que hablaban se deducía que venían de lejos. Decían que venían de un país muy al norte de Västergötland que llevaba el nombre de Järnbäraland, la tierra de los que portan hierro. En ese país, decían, los osos y los hombres crecían en igualdad de fuerzas, y se batían con resultados que a veces eran favorables a unos y a veces a los otros. Allí ahora pasaban una gran hambruna, y por eso se habían dirigido al sur, donde podían comer hasta hartarse. Habían servido en muchos lugares en Västergötland y en Småland, y dijeron que cuando el sustento les empezaba a parecer escaso mataban al señor de la casa y se marchaban.

A Orm le parecía que habían topado con *storman* mansos, que se habían dejado matar, pero los hombres lo miraron muy seriamente y le pidieron que recordara lo que le acababan de contar.

—Lo que sucede entonces es que nos domina el furor del *berserker* —dijeron—, y nadie puede pararnos, pero si tenemos comida suficiente somos pacíficos y satisfacemos la voluntad de nuestro señor. Así son las cosas.

—Comida tendréis, tanta como os podáis meter entre pecho y espalda —dijo Orm—, y si sois tan buenos trabajadores como decís, es posible que valgáis los ágapes más copiosos. Aun así, debéis saber una cosa, si tenéis la idea de actuar como *berserker* os habéis equivocado de lugar al venir aquí, porque yo no tengo paciencia para tonterías de ese tipo.

Lo miraron pensativos y le preguntaron cuánto tiempo faltaba para la cena.

—Porque ahora es posible que sintamos hambre en cualquier momento —dijeron.

Y fue casualidad que antes de que aquella conversación tuviera tiempo de

continuar entraran para servir la cena. Los recién llegados hicieron honor a su reputación, y comieron con tanta glotonería que todos les miraron atónitos.

—Ahora habéis comido por tres, los dos —dijo Orm—, así que quiero ver cómo trabajáis por dos, y bien.

—Lo verás —dijeron—, ésta ha sido una de esas comidas que nos satisfacen.

Orm los puso a trabajar primero cavando el pozo, y pronto tuvo que reconocer que no habían exagerado en sus capacidades. No tardaron en terminar el pozo, amplio, profundo y recubierto de piedra. Los niños les observaban mientras trabajaban; los dos hombres no hablaban mucho, pero se notaba que a menudo tenían los ojos puestos en Ludmilla. Ella no les tenía ningún miedo y quería saber qué ocurría cuando se convertían en *berserker*, pero ellos no quisieron entrar en ese juego.

Tras esto, Orm les hizo construir un cobertizo para los barcos en el río, y también hicieron este trabajo con destreza y diligencia. Ylva prohibió a sus hijas que se acercaran a la construcción mientras los dos extraños estuvieran trabajando allí, pues según dijo nadie sabía lo que estos medio troles se traían entre manos.

Cuando el cobertizo estuvo listo, Orm los puso a limpiar el establo. Todas las reses estaban ahora pastando y sólo quedaba el toro allí dentro, porque era demasiado arisco para dejarlo suelto. Quedaba estiércol de todo el invierno en los compartimientos, así que Ullbjörn y Greip pasaron allí duras jornadas de trabajo.

Tanto los hombres como la gente de la casa les tenían cierto miedo a aquellos dos hombres, por su fuerza y por su rareza. Ullbjörn y Greip nunca tenían muchas palabras para nadie, pero, a veces, cuando se lo preguntaban, explicaban de una forma muy escueta sus pruebas de fuerza y cómo habían estrangulado a aquellos que se habían mostrado avaros con su sustento, o cómo les habían roto el espinazo sólo con las manos.

—Nadie se nos puede resistir —repitieron—, pero aquí estamos satisfechos y a gusto, y mientras esto dure no hay peligro.

Ludmilla era la única que no les tenía miedo. Iba a menudo a verlos al establo, a veces con sus hermanos, a veces también sola. Los hombres no le quitaban la vista de encima, y a pesar de que ella era joven comprendía muy bien lo que pensaban.

Un día, cuando estaba allí sola, Greip dijo:

—Tú eres la muchacha que yo quiero.

—Y yo también —dijo Ullbjörn.

—Quiero jugar contigo en el heno, si no te da miedo —dijo Greip.

—Yo puedo jugar en el heno mejor que Greip —dijo Ullbjörn.

Ludmilla se echó a reír.

—¿Acaso os gusta a los dos? —dijo—. Pues lo tenemos mal porque soy virgen y de estirpe real, y no me conformo con cualquier vagabundo; eso sí, quizás hay uno de vosotros dos que me gusta más que el otro.

—¿Soy yo? —preguntó Greip dejando la pala.

—¿Soy yo? —preguntó Ullbjörn soltando la escoba.

—A mí me gustará el que sea más fuerte de los dos —dijo Ludmilla—, y ahora quiero ver quién es.

Los dos hombres estaban ansiosos y se miraban airadamente.

—El que consiga dominar al otro tal vez pueda sentarse un ratito conmigo en la orilla del río —añadió Ludmilla en voz baja.

De inmediato se pusieron a mugir como unos salvajes y se agarraron el uno al otro. Parecía que estaban igualados y ninguno vencía, pero las vigas y las paredes contra las que chocaban se estremecían. Ludmilla salió hasta la puerta para no interponerse en su camino.

Allí estaba ella cuando pasó Orm.

—¿Qué es ese estruendo? —preguntó—. ¿Qué hacen ahí adentro?

—Se están peleando —dijo ella.

—¿Se están peleando? —dijo Orm acercándose—. ¿Por qué se pelean?

—Por mí —dijo Ludmilla satisfecha—. Y podría ser que se hubieran convertido en *berserker*.

Dicho esto, se escabulló rauda y veloz porque vio en el rostro de Orm que le invadía la rabia, una rabia que ella no había visto nunca antes.

Contra la pared había una vieja escoba apoyada. Orm separó el palo y lo agarró con la mano, ésta fue la única arma que llevaba cuando entró cerrando la puerta detrás de sí. Se oyó su voz por encima de los alaridos y todo quedó en silencio, para volver a sonar los alaridos al poco rato, ahora con más fuerza aún. Las sirvientas salieron a escuchar lo que pasaba, pero nadie quiso abrir la puerta del establo para ver qué estaba sucediendo ahí dentro. Alguien llamó a Rapp y a su hacha, pero no estaban por allí cerca. Una de las puertas se abrió de golpe y el toro salió espantado, con la atadura rota, y corrió hacia el bosque. Todos gritaron al ver aquello, y Ludmilla entonces sintió miedo y rompió a llorar porque pensaba que la que había organizado era peor de lo que se imaginaba.

Al final se hizo el silencio en el interior del establo y Orm abrió la puerta, tambaleante. Estaba sin aliento y se secaba la frente, cojeaba, llevaba la ropa rasgada y le habían arrancado un pedazo de la barba de una de las mejillas. Las sirvientas se acercaron a él entre gritos y preguntas. Él las miró y dijo que no hacía falta que pusieran plato a Ullbjörn y a Greip para la cena.

—Ni para más adelante tampoco —dijo—, pero la verdad es que no sé cómo tengo yo la pierna.

Así, entró cojeando en casa para que Ylva y el cura le ayudaran.

Había muchos desperfectos en el establo y los *berserkeryacían* juntos en el mismo rincón. Greip tenía el extremo puntiagudo del palo de la escoba clavado en el cuello, y Ullbjörn tenía la lengua fuera. Ambos estaban muertos.

Ludmilla temía angustiada una fuerte reprimenda, e Ylva pensaba que se la merecía por haberse acercado sola a los dos hombres. No obstante, Orm intercedió

por ella, de modo que salió de aquella situación mejor de lo que se hubiera imaginado. Ella contó lo que había sucedido allí dentro, de modo que nadie pudiera culparla de nada. Orm no estuvo descontento con lo sucedido cuando supo que la herida de la pierna era leve porque, a pesar de que ahora podía dar por seguro que aquellos dos hombres eran un intento de venganza por parte de Gudmund de Uvaberg, estaba satisfecho de su proeza: haber vencido solo y sin filos de espada a dos *berserker*.

—Ha sido muy astuto por tu parte, Ludmilla —dijo Orm—, azuzarlos entre ellos cuando lo que querían era a ti, puesto que no sé yo si les hubiera vencido de no haber sido porque ya estaban cansados de haber luchado entre ellos. Por eso quiero decir, Ylva, que me parece que se puede ahorrar los azotes por haber cometido la insensatez de acudir allí donde estaban ellos sola. Es aún muy joven para comprender lo que los hombres pueden pensar al verla.

Ylva sacudió la cabeza, dudosa, pero se hizo la voluntad de Orm.

—Bien está lo que bien acaba —añadió él—. Nadie puede negar que estos dos hombres han trabajado duro y bien desde que llegaron. Ahora tengo un pozo, un cobertizo y una mejor reputación, y a Gudmund lo he dejado con un palmo de narices. Por eso las cosas están en su lugar. Eso sí, le haré saber que si intenta algo más contra mí recibirá una visita en casa que le dejará tieso para siempre.

—Si es así, yo querré acompañarte —dijo Svarthöfde con seriedad desde donde escuchaba la conversación, sentado.

—Aún eres demasiado pequeño para llevar una espada —dijo Orm.

—Tengo el hacha que Rapp me ha forjado, y dice que no hay muchas que tengan un filo como ella.

Tanto Orm como Ylva rieron ante aquella respuesta, pero al padre Willibald le disgustó y dijo que no le parecía bien aquel tipo de discurso en boca de un niño cristiano.

—Y yo te digo, Svarthöfde —dijo—, y lo has oído más de cinco y más de diez veces, que tienes que pensar menos en las armas y más en aprender la plegaria *Pater Noster* que tanto te he explicado e intentado que recuerdes. Tu hermano Harald ya se la sabía a los siete años, y tú has cumplido los doce y aún no lo has conseguido.

—Harald puede estudiar por los dos —dijo Svarthöfde, tranquilo—, yo no tengo prisa por aprender la lengua de los curas.

* * *

Y así pasó el tiempo en Gröning, con pocos acontecimientos de peso. Orm no tenía otro deseo que quedarse allí en paz y tranquilidad hasta el fin de sus días. Sin embargo, un año después de haber matado a los dos *berserker*, recibió una noticia

que le llevó a embarcarse en su tercer largo viaje.

CAPÍTULO II

Del hombre del este

Olof Pavón llegó a Gröning a caballo acompañado por diez hombres, y fue bien recibido por todos. Se quedó allí tres días porque la amistad que le unía a Orm era profunda, pero en realidad su objetivo era llegar hasta la costa este. Se dirigía a Kivik, donde los barcos de Gotland atracaban a veces para vender sal, y cuando Orm conoció sus intenciones decidió acompañarle con el mismo fin.

En aquellos tiempos la sal se había hecho cada vez más difícil de conseguir, sin importar cuánto estuviera dispuesto a pagar el comprador; esto se debía a las continuas razias del rey Sven de Dinamarca, a quien la fortuna todavía acompañaba. Se había embarcado con las mayores flotas que jamás se habían reunido y se abalanzaba con violencia contra todo el que se cruzaba en su camino. Había saqueado y dejado desierto Hedeby, y se decía que en las tierras de los frisios todo estaba devastado y también que pensaba hacerse con toda Inglaterra y todo lo que le diera tiempo a arrasar. El comercio y las transacciones no eran para él, sino los barcos largos y los guerreros. Por eso habían sabido que, en los últimos tiempos, no habían llegado barcos con sal desde el oeste, pues no se atrevían a subir hasta las costas nórdicas. La única que quedaba ahora era la sal que los de Gotland conseguían en Wenden, por la que se peleaban con uñas y dientes los habitantes de la costa, y al final poca o nada llegaba al interior del país.

Orm se llevó a ocho hombres con él y cabalgó con Olof Pavón hasta Kivik. Allí se quedaron un buen tiempo, esperando a que llegara algún barco, y encontraron gente de todas partes que se había acercado a Kivik con el mismo fin. Al final, divisaron dos barcos de Gotland que, con mucho lastre, anclaron a una distancia considerable del puerto, porque el hambre de sal era ya tal que los de Gotland comerciaban con gran cautela para evitar que algún cliente impaciente les quitara la vida. Timoneaban grandes barcos, de remos altos y bien tripulados, y los compradores bogaban hasta allí en pequeños botes y sólo les dejaban subir a bordo de dos en dos.

Olof Pavón y Orm consiguieron una barca de pescadores y se hicieron llevar a remo hasta allí. Vestían capas rojas y cascos brillantes, y Olof refunfuñó por el tamaño del barco porque hubiera querido remar con mayor pompa. Cuando llegó su turno, subieron a bordo de uno de los barcos de los de Gotland que llevaba el emblema del *hövding*. Entonces, dos de sus remeros, uno de Olof y otro de Orm, gritaron sus nombres en voz bien alta para que les quedara claro a los de Gotland que los que subían eran *hövding*.

—Olof Styrsson *el Magnífico*, *hövding* de Finnveden, a quien muchos llaman

Olof Pavón —gritó uno.

—Orm Tostesson *el Viajado*, *hövding* de navegantes y al que la mayoría llama Orm *el Rojo* —gritó el otro.

Al escuchar aquellos nombres los hombres del barco se movilizaron y algunos se agolparon en la borda para saludarles a los dos. Eran hombres que conocían a Olof de sus años en la ruta del este, y había un par de ellos que habían participado en el viaje de Thorkel *el Alto* a Inglaterra y recordaban a Orm de aquellos tiempos.

Había un hombre sentado junto a la borda, justo al lado del lugar por donde subieron al barco. Empezó a gemir impaciente y los buscó con la mano. Era un hombre corpulento con la barba enmarañada y que había empezado a encanecer. Llevaba sobre el rostro una gran venda que le cubría los ojos, y al alargar la mano buscando a los dos recién llegados, se vio que había perdido la derecha hasta la articulación.

—Mira al ciego —dijeron los marineros—. Ahora quiere algo.

—Se diría que conoce a uno de vosotros —dijo el *hövding* del barco—. También perdió la lengua, así que no puede decir nada y por eso no sabemos quién es. Lo subió a bordo un comerciante del este cuando estábamos en el mercado de los euros, a orillas del río Dvina, y nos dijo que tenía que ir a Skåne. Tiene plata para pagar, por eso le acepté. Comprende bien lo que se le dice, y tras mucho preguntar he averiguado que tiene a la familia allí, en Skåne, pero no sé más de él, ni siquiera su nombre.

—Lengua, ojos y mano derecha —dijo Olof Pavón—, sin duda han sido los bizantinos quienes lo han dejado así.

El ciego asintió al escuchar aquellas palabras.

—Soy Olof Styrsson, de Finnveden, y he servido en la guardia del emperador Basilio. ¿Es a mí a quien conoces?

La respuesta del hombre fue negativa.

—Entonces quizá me conozcas a mí —dijo Orm—, a pesar de que no tengo la menor idea de quién puedes ser. Soy Orm, hijo de Toste, hijo de Thorgrim de Grimstad, en Kullen. ¿Es a mí a quien conoces?

El ciego asintió ansioso, y de su garganta salieron algunos sonidos.

—¿Puede ser que fueras con nosotros cuando viajamos a Hispania con Krok? ¿O a Inglaterra con Thorkel *el Alto*?

A esta pregunta respondió que no, y Orm se quedó pensativo.

—¿Quizás eres de Kullabygden? —preguntó.

Aquí volvió a asentir y se estremeció.

—Hace ya mucho tiempo que me marché de allí —dijo Orm—, pero si me conoces es posible que hayamos vivido allí en la misma época. ¿Has estado mucho tiempo en el extranjero?

Asintió despacio y suspiró profundamente. Extendió la mano que le quedaba y la abrió y la cerró, así cinco veces, y una última con cuatro dedos.

—Esta conversación va mejor de lo que se podía esperar —dijo Olof Pavón—. Con esto quiere decir que ha estado fuera veintinueve años, si lo he entendido bien.

El ciego asintió.

—Veintinueve años —dijo Orm pensando—. Entonces tenía yo trece años cuando te fuiste, y debería recordar si alguien de por allí se embarcó hacia el este en aquella época.

El ciego se había levantado y estaba de pie delante de Orm, sus labios se movían e hizo un movimiento con la mano, como si quisiera que Orm se diera prisa. De repente, Orm dijo con la voz cambiada:

—¿Eres Are, mi hermano?

La cara del ciego se iluminó con una especie de sonrisa al asentir a aquella pregunta, y luego se tambaleó y se hundió en el banco con el cuerpo tembloroso.

En el barco todos estaban atónitos ante aquel encuentro, y opinaron que habían vivido algo que era ciertamente digno de explicar. Orm se quedó de pie, pensando, mientras observaba al ciego.

—Mentiría si dijera que te reconozco —dijo—, tan maltrecho como estás, y además, ha pasado mucho tiempo desde que te vi por última vez. Sin embargo, vendrás conmigo a casa, pues allí hay alguien que seguro que te reconocerá enseguida si eres quien dices, puesto que nuestra madre vive aún y todavía habla de ti. Es posible que Dios haya guiado tus pasos hasta aquí, pues aun ciego has podido encontrar el camino hasta mí y hasta ella.

Orm y Olof tenían que pensar ahora en la compra de sal, y ambos se admiraron de la codicia de los de Gotland en cuanto pasaron a los negocios. De los hombres de a bordo muchos eran propietarios de una parte del barco y de la carga, y todos eran del mismo tipo: con buenas intenciones en el resto, pero afilados como cuchillos en todo lo que concernía al comercio.

—No obligamos a nadie —dijeron—, ni a comprar sal ni a otras cosas, pero el que viene aquí a comprar o paga lo que pedimos o se marcha con las manos vacías. Somos más ricos que otros, y más ricos seremos aún, porque los de Gotland somos los más inteligentes. No somos ni piratas ni asesinos, como muchos otros, sino que nos ganamos el pan con transacciones honradas y del precio de la sal ahora sabemos más nosotros que vosotros. ¡Gloria a nuestro rey Sven por haber conseguido que podamos pedir estos precios tan altos!

—El que alaba al rey Sven no puede presumir de estar en su sano juicio —dijo Orm con amargura—, y me parece que me resulta más fácil entenderme con bandidos y asesinos que con vosotros.

—Éstas son cosas que oímos a menudo —dijeron los de Gotland—, y sin embargo no son ciertas. Fíjate en tu pobre hermano, que has encontrado con nosotros. Lleva plata en el cinturón, y no poca, pero ninguno de nosotros se la ha tocado excepto para cobrarle el viaje y el sustento. Otros le hubieran desplumado y arrojado al mar, pero nosotros somos honestos, si bien es cierto que no hay muchos que

quieran verlo así. Eso sí, si lo que hubiera llevado encima hubiera sido oro, no le hubieran ido tan bien las cosas porque al oro no hay nadie que se resista.

—Empiezo a añorar el mar —dijo Orm—, no por nada sino por poderme enfrentar a barcos como éste.

—Eso piensan muchos —dijeron los de Gotland entre risas—, pero aquellos que lo intentan salen del encuentro con serias dificultades, porque tienes que saber que somos fuertes y no nos amedrenta la batalla cuando es necesaria. Temíamos a Styrbjörn, pero después de su muerte ya no tememos a nadie. Y decidnos ahora cómo queréis hacer las cosas, si queréis comprar o no, porque hay muchos detrás de vosotros, esperando.

Olof Pavón pagó sus sacos de sal sin decir gran cosa, pero Orm se quedó refunfuñando a la hora de hacer las cuentas. Su hermano le tocó con el puño donde llevaba algunas monedas de plata, que puso con mucho cuidado en la palma de la mano de Orm.

—Fíjate —dijeron los de Gotland—, es lo que dijimos: no le falta la plata. Y ahora ya no tienes que dudar de si realmente es tu hermano.

Orm vaciló con la mirada puesta en la plata, y luego dijo:

—De ti, Are, la acepto, pero no quiero que pienses que soy un tacaño o pobre, porque tengo suficiente para los dos. Pero siempre es enojoso pagarle con monedas a un comerciante, y peor aun cuando son como éstos.

—Aquí son más fuertes que nosotros —dijo Olof—, y necesitamos sal, cueste lo que cueste. Eso sí, también es cierto que hay que ser rico para relacionarse con los de Gotland.

Se despidieron con pocas palabras de los de Gotland, y llegaron a tierra con su sal para continuar el camino a casa. Orm no sabía si estar contento o triste por llevarse a casa a su reencontrado hermano en aquel estado de mutilación.

Durante el viaje a casa, cuando se reunían en los campamentos, Orm y Olof intentaban averiguar, acribillándolo a preguntas, alguna cosa del destino que había tenido Are. Olof Pavón, que había servido en la guardia personal en Miklagård, nunca le había visto allí, pero al final con tanta pregunta comprendieron que había sido *hövding* de uno de los barcos de guerra. Sus mutilaciones no habían sido resultado de una sentencia, sino que habían tenido lugar después de una batalla, cuando lo habían hecho prisionero. Sin embargo, sí habían sido los bizantinos, eso era seguro. Ni Orm ni Olof consiguieron ir más allá, a pesar de sus esfuerzos con preguntas ingeniosas, porque lo único que Are podía ofrecer eran gestos de afirmación o negación, y se le notaba que le atormentaba que no pudieran encontrar las preguntas correctas y que él no les pudiera ayudar con ellas. Lo que le había sucedido era algo extraño, eso sí lo sacaron en claro, algo que tenía que ver con oro y traición. Además, averiguaron que sabía algo que quería contarles, pero sus esfuerzos por averiguar algo más fueron inútiles.

—Tendremos que tener paciencia —dijo Orm al final—. No sacamos nada con

torturarte intentando adivinar para no llegar a ningún lado, pues al parecer somos incapaces de dar con la pregunta adecuada. Cuando lleguemos, le pediremos ayuda al cura, y entonces quizá sepamos mejor qué hacer, a pesar de que cómo vamos a hacerlo es algo que escapa a mi comprensión.

—Nada es de más difícil comprensión que lo siguiente: cómo ha podido llegar a casa desde tan lejos de esta manera —dijo Olof—. Si algo así ha podido suceder, podemos tener la esperanza de que exista alguna salida para poder averiguar lo que quiere decirnos. Y una cosa es segura, me quedaré en Gröning hasta que sepamos más sobre este asunto.

Are suspiró, se secó el sudor de la frente y se quedó allí quieto.

Cuando se acercaban a Gröning, Orm se avanzó al resto para prevenir a Åsa, pues temía que la alegría y el susto fueran demasiado para ella. Al principio, se quedó confusa al oír lo que Orm le contaba, y empezó a llorar a lágrima viva, pero luego se arrodilló, con la cabeza en el banco, y dio gracias a Dios por haberle devuelto a aquel que durante tanto tiempo había creído perdido. Cuando le vio, corrió hacia él entre sollozos y no le podía soltar, y enseguida empezó a reñir a Orm por haber dudado de si era Are de verdad. Una vez se serenó, dijo que le iba a confeccionar una venda más bonita para los ojos, y cuando supo que él estaba hambriento se sintió de mejor humor y se dispuso a preparar con sus propias manos el plato que, según ella recordaba, era su favorito. Durante varios días estuvo como aturdida y no podía pensar en otra cosa que no fuera Are y en cómo podía hacerle sentir bien. Cuando se mostraba hambriento ella lo miraba feliz, y cuando una vez le dio unos golpecitos sobre la mano en agradecimiento, rompió a llorar de alegría. Y cuando a veces le cansaba con su parloteo, que parecía no terminarse nunca, y él se tapaba los oídos con la mano y el muñón profiriendo gemidos, ella paraba complaciente y podía estar sentada en silencio un buen rato hasta que empezaba de nuevo.

Todos en la casa sentían conmiseración por Are y lo ayudaban en lo posible. Los niños se mostraban tímidos al principio, pero pronto aprendieron a apreciarle y a asistirle. Se dejaba guiar gustoso hasta el río por las mañanas, y se sentaba a pescar con alguien que le ayudara con el cebo y a lanzarlo. Svarthöfde era el acompañante que más le gustaba, e incluso Rapp le gustaba cuando éste tenía tiempo, quizá porque ambos se sentían bien compartiendo el silencio.

Desde el principio todos sintieron mucha curiosidad por saber más de su infortunio, después de que Orm les avanzara lo poco que habían conseguido averiguar durante el camino a casa. Olof Pavón dejó que su gente se marchara con la sal y se quedó sólo con dos hombres. Quería quedarse, le dijo a Ylva, hasta que supieran algo más de Are, porque tenía el presentimiento de que podía tratarse de algo importante. Ylva estuvo contenta de que se quedara, le gustaba y le complacía tenerle de invitado, y además le parecía ver que su mirada se posaba cada vez más en Ludmilla, que ahora se había convertido en una linda muchacha de quince años y cada día se hacía más bella.

—Me alegro de que te quedes —dijo también Orm—, porque no creo que lleguemos muy lejos con Are sin ti, ya que tú eres el único que conoce Miklagård y a la gente de allí.

No obstante, a pesar de los esfuerzos de todos, y de la ayuda de las mujeres y del sacerdote, no consiguieron completar el rompecabezas de la historia de Are. Lo único que consiguieron saber fue que aquella desgracia le había sucedido en el río Dniéper, en la tierra de los pechenegos, al lado del lugar de arrastre más largo que hay, junto a los rápidos. Pero a Olof Pavón lo que hacían allí los bizantinos le parecía una incógnita, y de ahí no salían.

A Orm se le ocurrió algo que podía servir de gran ayuda. Are conocía las runas, y Orm hizo tallar un tablero de madera de lino, blanco y fino, donde Are intentaría dibujar palabras con carbón y con la mano que le quedaba. Are se mostró dispuesto y se esforzó un buen rato, pero era torpe con la mano izquierda, y con la ceguera mezclaba las runas de forma que lo que escribía resultaba incomprensible. Al final, la rabia se apoderó de él, lanzó el tablero y el carbón al suelo y se negó a continuar.

Fueron Rapp y el cura los que, hablando del asunto, inventaron una manera mejor que aquélla de comunicarse con él. Rapp confeccionó una viga con el hacha, que igualó y pulió, y sobre ella grabó las runas, las dieciséis, en el orden correcto, grandes y claras, con un profundo surco entre ellas. Pusieron la viga ante Are y le pidieron que la tocara, y cuando comprendió de qué se trataba se le notó aliviado. Con la mano fue palpando las runas, una a una, formando las palabras que quería decir, y el padre Willibald, a su lado, con una piel de oveja y una pluma, escribía después las que Are señalaba. Al principio fue a trompicones, pero mejoró enseguida y todos sintieron esperanza y alegría cuando sobre la piel empezaron a aparecer frases comprensibles. Cada tarde el cura leía lo que había escrito durante el día, y todos escuchaban deseosos. Tres semanas de trabajo más tarde, el relato estaba completo, pero la primera parte, que hablaba de dónde estaba escondido el tesoro, sólo se la leyó a Orm.

CAPÍTULO III

La historia del oro búlgaro

«Soy el más pobre de todos porque me han quitado los ojos, la lengua y la mano derecha, y a mi hijo, a quien mató el tesorero. Sin embargo, también puedo decir que soy el más rico porque sé dónde se halla escondido el oro búlgaro, y ahora lo explicaré, pues no quisiera que este secreto muriera conmigo. Y tú, cura, lo leerás para mi hermano, pero para nadie más. Después él decidirá si este secreto tiene que revelarse a más personas.

»En el río Dniéper, allí donde hay que arrastrar los barcos durante un recorrido muy largo, en la parte inferior del tercer rápido viniendo desde el sur, junto a la orilla derecha, entre el lugar de los cráneos de los pechenegos y la roca del río donde crecen tres rosales, bajo el agua, en el fino surco donde se ha resquebrajado la losa, escondido bajo grandes piedras donde sobresale la losa para que nada se pueda entrever en el fondo: ahí está el oro búlgaro, y yo soy el único que sabe que se encuentra allí. Dos veces la carga que lleva un hombre robusto en oro repartida en cuatro cofres con el sello del emperador, además de plata en cinco sacos de piel, sacos muy pesados. Este tesoro primero era de los búlgaros, que lo habían reunido robando a mucha gente, después fue del emperador, luego lo robó el tesorero Theofilus Lakenodrako, y finalmente fue mío. Soy yo quien lo ha escondido donde está ahora.

»Voy a contaros cómo sucedió todo. Primero, a mi llegada a Miklagård, serví en la guardia donde están los nórdicos. Allí hay muchos suiones, pero también daneses y noruegos, e islandeses, de la parte más lejana del mar. El trabajo es bueno y la soldada generosa, pero yo llegué tarde para participar en el saqueo del palacio del emperador Juan Tzimisces. Había sido un asalto muy exitoso del que se habló durante mucho tiempo. Es una vieja costumbre, la guardia puede saquear el palacio cuando muere el emperador. Hay mucho que contar, cura, pero sólo explicaré lo necesario, ya que me canso de palpar la viga. Serví en la guardia durante mucho tiempo, me convertí al cristianismo y encontré esposa. Ella se llamaba Karbonopsina, que significa “negro como el carbón” en nuestra lengua; era de buena familia según los parámetros bizantinos porque su padre era hermano de la esposa del segundo custodio de la ropa de seda de las tres princesas.

»Así son las cosas en Miklagård. Está el emperador Basilio, que no tiene hijos, hay un Constantino, que es su hermano y al que también llaman emperador, pero en realidad el emperador de verdad es Basilio. Gobierna el reino y destruye a los que se sublevan, y cada año se mide en el campo de batalla con árabes y búlgaros. Constantino, su hermano, se queda en el palacio a jugar con sus riquezas y con los

cortesanos y los eunucos que se agolpan a su alrededor. Cuando alguno de ellos le dice que es tan bueno como su hermano o aún mejor, le asesta un golpe en la cabeza con su pequeño bastón negro con un pájaro de oro en la empuñadura. Sin embargo, el golpe no suele ser muy fuerte y no tarda mucho en obsequiarle. Es severo en algunas cosas cuando le cambia el humor, y lo peor es cuando ha bebido. Él es el padre de las tres princesas, que se consideran lo más bello que existe después de los emperadores, puesto que son todos descendientes de la estirpe de emperador. Estos son sus nombres: Eudokia, que tiene joroba y marcas de pústulas y a quien tienen escondida; Zoe, que es una de las más bellas mujeres y cuya pasión por los hombres empezó a temprana edad, y Teodora, que no destaca por inteligente ni por pía. Las tres están aún por casar, ya que parece que nadie es lo bastante bueno para ellas, según dicen los emperadores. Para Zoe esto es una gran calamidad desde hace tiempo.

»Nosotros en la guardia alternábamos el campo de batalla siguiendo al emperador con la vigilancia del palacio y el hermano. Recuerdo muchas cosas, pero me cuesta avanzar, así que ahora voy a hablar de mi hijo.

»Mi mujer le puso el nombre de Georgios, y así lo bautizó, puesto que yo me encontraba de viaje con el emperador cuando nació. Por ello la azoté bien a mi regreso y le llamé Halvdan, que era un buen nombre para él, y cuando creció la gente lo conocía por los dos nombres. Con ella y con otros hablaba la lengua de los griegos, que es una lengua para mujeres y sacerdotes, pero conmigo hablaba la nuestra, a pesar de que le costaba más esfuerzo. Cuando él tenía siete años, mi mujer agarró un tremendo empacho de mejillones y murió, y yo ya no volví a casarme. Las esposas de otras tribus no me gustan. Las mujeres de Miklagård no sirven para mucho, en cuanto se casan se vuelven atolondradas y perezosas, y con los partos envejecen y les cuelgan las carnes, y además son desobedientes y, si se las mete en vereda, les falta tiempo para ir a contárselo a curas y obispos. No son como las nuestras, que tienen la cordura de cumplir con su deber y mejoran con los hijos. Esto lo pensábamos todos los de la guardia, y muchos de ellos cambiaban de mujer cada año, pero nunca estuvieron satisfechos.

»Sin embargo, mi hijo era mi dicha. Tenía una buena constitución y era ágil, ocurrente y alegre. No temía a nada, ni siquiera a mí. Fijaos cómo sería que ya las mujeres se giraban al verlo pasar cuando era pequeño, y aún se giraban más rápido cuando alcanzó la edad adulta. Esta fue su desgracia, pero nadie pudo hacer nada al respecto. Ahora está muerto, pero rara vez está fuera de mis pensamientos. Él y el oro búlgaro son las dos únicas cosas que tengo en mente, y el tesoro podría haber sido suyo si las cosas hubieran ido de otra manera.

»Tras la muerte de su madre, mi hijo pasó mucho tiempo con la familia de ella, el custodio de la ropa de seda, Symbatios, y su esposa. Eran mayores y no tenían hijos, ya que el custodio, que servía en la cámara de las mujeres, era eunuco. Sin embargo, estaba casado, siguiendo la costumbre que éstos tenían entre los bizantinos. Los dos abuelos tenían a Halvdan en gran estima a pesar de que lo llamaban Georgios, y

cuando yo me marchaba de viaje con el emperador se quedaba a su cargo. Una vez, a mi regreso, el abuelo se me acercó llorando de alegría y me contó que mi hijo se había convertido en compañero de juegos de las princesas, sobre todo de Zoe, y que ésta y él ya se habían peleado amigablemente y habían quedado igualados porque ella era dos años mayor que él. A pesar de la riña, ella había dicho que prefería jugar con él que con las sobrinas del metropolitano Leo, o con el hijo del protovestibular Nikeforos, que tenía el labio leporino. La misma emperatriz Helena, dijo Symbatios, le había acariciado la cabeza y le había llamado pequeño varego, y le había dicho que no podía arrastrar a su alteza la princesa emperatriz del cabello cuando ella se portara mal con él. El niño había mirado con los ojos como platos a la emperatriz y le había preguntado cuándo entonces iba a poder hacerlo. En este punto, la emperatriz se había reído a carcajadas, y el hombre dijo que aquél había sido el momento más feliz de su vida.

»Estas son cosas infantiles, lo sé, pero pensar en ellas es la única alegría que me queda. Con el tiempo las cosas cambiaron, y voy a dejar de lado muchas cosas que alargarían demasiado mi historia. Unos cinco años después de que sucediera esto, yo era *hövding* de un grupo de la guardia. Entonces, una vez más, entró Symbatios en mi cámara y lloró, si bien esta vez no lo hizo de alegría. Ese día había entrado en el ropero interior, donde se guardaban los atavíos de coronación y donde rara vez entraba alguien, para ver si había ratas. En lugar de ratas había encontrado a Halvdan y a Zoe juntos, entretenidos con un nuevo juego, que le había horrorizado más que nada, sobre un lecho de numerosos atavíos de coronación que habían sacado de los arcones. Los jóvenes habían pescado su ropa a toda velocidad y habían salido corriendo dejándole sin palabras allí de pie. Los vestidos, de seda color púrpura, se habían arrugado tanto que no supo qué hacer. Al final, los desarrugó lo mejor que pudo y los volvió a colocar con mucho cuidado. Sólo una cosa, dijo, le cabía esperar si esto se descubría: sin duda, su cabeza iba a rodar. Fue una suerte que la emperatriz estuviera enferma y que todos los altos cortesanos se encontraran en su cámara, porque nadie pensaba en otra cosa que en su enfermedad. De ahí también que la vigilancia de las princesas no fuera buena, y que Zoe hubiera tenido esa oportunidad con mi hijo. Ciertamente toda la culpa la tuvo ella, ya que nadie podía creer que a un niño de trece años se le hubiera ocurrido sólo algo así, pero nadie pudo cambiar lo que había sucedido y Symbatios consideró que aquella desgracia era la peor que jamás le había acontecido.

»Yo me reí al oír aquella historia y pensé que mi hijo tenía a quién parecerse. Intenté consolarle diciéndole que Halvdan todavía era demasiado joven para hacerle un emperadorcito a la princesa Zoe, por mucho que lo intentaran, y los daños a los atavíos no podían ser demasiado graves. A pesar de aquellas palabras, el abuelo siguió lamentándose y dijo que estaban en juego nuestras vidas, la suya y la de su mujer, y la mía y la de mi hijo, porque el emperador Constantino nos mataría sin dudar si llegaba a saber lo que había pasado, y nadie creería que Zoe se había

asustado porque la sorprendieran junto con Halvdan. Tenía quince años y de talante se parecía más a un demonio ardiente que a una muchacha tímida, y por eso pronto volvería a intentarlo con Halvdan, ya que aparte de él sólo tenía mujeres y eunucos a su alrededor. Entonces no tardaría en desvelarse todo y la princesa Zoe recibiría la reprimenda de un obispo, y a Halvdan y a los demás nos quitarían la vida.

»Mientras hablaba me invadió el miedo. Pensé en todos los que vi mutilar y sacrificar, durante el tiempo que pasé en la guardia, por la ira del emperador. Encontramos a mi hijo y, a pesar de que le reprendimos por lo que había hecho, le costaba arrepentirse de lo vivido. Esta no había sido la primera vez, y él negó ser un niño que se dejaba seducir, afirmando que había estado a la altura de Zoe en este asunto. Yo comprendí que nada iba a poder separarles y que, si aquello continuaba, la desgracia estaba servida, por eso le encerré con el custodio de la ropa de seda y fui a ver al más alto *hövitsman*.

»Su nombre era Zakarias Lakenodrako, y le llamaban portador mayor de la espada, que es un título muy honorable entre los bizantinos. Era un hombre mayor, apuesto, de gran estatura, con piedras preciosas rojas y verdes en los dedos y con la inteligencia y la seriedad en el discurso. Además es muy astuto, como todos los que alcanzan un alto cargo en Miklagård. Me incliné haciendo una reverencia ante él, y le dije que ya no me sentía a gusto en la guardia y pedí que me asignaran a un barco de guerra el tiempo que me quedaba de servir al emperador. Reflexionó y el asunto le pareció difícil. Al final, decidió complacerme si yo a cambio le hacía un favor. Su deseo era, dijo, dar una buena paliza al archimandrita Sophron, que era el confesor del emperador Constantino y su peor enemigo, y que los últimos tiempos había empezado a hablar mal de él al emperador a sus espaldas. No quería que hubiera derramamiento de sangre por arma, le dijo, sino sólo bastonazos que le escocieran bien las carnes. La única manera de hacerlo era sorprendiéndolo en los jardines imperiales, por la noche, cuando se marchara de palacio en su mula blanca de regreso a casa.

»Yo le respondí que hacía ya tiempo que yo era cristiano, y que azotar a un hombre de Dios tenía que ser un delito grave, pero él, de un modo paternal, me instruyó para sacarme de mi error. “El archimandrita es un hereje”, dijo, “que desvirtúa las dos naturalezas de Cristo, y fue por este motivo que nos enemistamos la primera vez. Por eso darle unos azotes es una buena acción; eso sí, tienes que saber que no es fácil de dominar, así que llévate contigo a dos hombres fiables que te ayuden. Antes de ser monje era *hövding* de un grupo de bandidos en Anatolia, y ahora aún puede derribar a un hombre con una mano atada. Por todos estos motivos sólo los mejores hombres de la guardia pueden darle la azotaina que necesita. Espero de ti lo mejor, de tu inteligencia y de tu fuerza; llévate buenos bastones y hombres fornidos”.

»Estas fueron las palabras del protospatrios Zakarias, y así me traicionó, arrastrándome al pecado. El castigo de Dios me ha alcanzado por haber azotado a uno

de sus hombres, porque si bien es cierto que era un mal hombre, también era hombre de Dios. Sin embargo, al principio yo no lo comprendí. Me llevé conmigo a dos hombres de confianza, Ospak y Skule, les di vino y dinero y les dije que íbamos a meter en vereda a un hombre que desvirtuaba las naturalezas de Cristo. Se preguntaban por qué teníamos que ser tres para azotar a uno, pero cuando nos encontramos con el archimandrita y vieron su estampa no hicieron más preguntas. Nos abalanzamos hacia él y yo recibí una coza de la mula. Con el rosario, que llevaba en la muñeca y que tenía pesadas bolas de plomo, le propiné tal golpe a Skule en la sien que cayó al suelo y quedó inmóvil. Ospak, en cambio, un buen hombre de Oland con la fuerza de un oso, lo arrancó de la silla y lo derribó. En este punto, nos había enojado tanto que le propinamos una paliza mayor de la que le hubiéramos propinado en un principio. Profirió maldiciones a gritos y pidió ayuda, pero nadie acudió a salvarle, porque en Miklagård, si alguien pide auxilio, todos corren en otra dirección para evitar que los detengan luego como culpables. Al final oímos a jinetes acercándose y supimos que eran arqueros jázaros de la guardia de la ciudad, soltamos al archimandrita, que no pudo más que arrastrarse, y nos escabullimos. A Skule le tuvimos que dejar allí en el suelo.

»Al día siguiente volví a visitar al portador mayor de espada, Zakarias, que estaba tan complacido con todo que se mostró muy respetuoso conmigo. Todo había transcurrido de la mejor manera, dijo sonriente. La guardia llegó y encontró a Skule muerto. El archimandrita estaba detenido con cargos por pelea callejera y homicidio. Había grandes esperanzas de que no le soltaran sin cortarle las orejas, porque el emperador Constantino temía a su hermano y éste era muy duro contra los monjes inquietos y no le gustaba que mataran a golpes a hombres de su guardia. Por todo ello, mi recompensa no tardaría en llegar. Ya había consultado con amigos bien posicionados en la flota, y pronto sería *hövding* de uno de los barcos rojos, que se consideraban los mejores.

»Y con ello se hizo lo que él había dicho, porque incluso los *storman* bizantinos en ocasiones podían mantener su palabra. Me dieron un buen barco y me alejé con mi hijo de los peligros que lo amenazaban en palacio. No tardamos mucho en zarpar con la flota hacia occidente, al país llamado Apulia, donde había enfrentamientos con los siervos de Mahoma, tantos con los de Sicilia como con los de tierras más lejanas. Allí estuvimos mucho tiempo y pasaron muchas cosas que serían muy largas de explicar. Mi hijo creció apuesto y fuerte, y lo puse a formar parte de los arqueros de mi barco. Le gustaba el mar y lo pasábamos bien, pero en tierra era un insensato con las mujeres, como son los jóvenes, y a veces reñíamos por esto. Cuando atracábamos en los puertos del emperador, en Bari y en Tarentum, en Apulia, o en Methoni, donde están los grandes astilleros y donde las soldadas se pagan, había muchas mujeres donde escoger. Donde van los navegantes con botín y soldada, allí se agolpan ellas, pero en estos lugares había *hövitsman* de guerra imperiales llamados estrategas, y coroneles de la flota con escudos de plata, así como altos funcionarios llamados

asecretos y logotetas que gestionaban las soldadas, los impuestos y otras cosas. Llevaban a sus esposas con ellos, mujeres delicadas con voz de paloma y las manos blancas, con los ojos maquillados y llenas de atrevimiento. Estas no eran para los navegantes, le decía a menudo a Halvdan.

»No obstante, él no me prestaba demasiada atención en estas cuestiones, era su destino que las mujeres lo devoraran con la mirada, y para él sólo valía lo mejor, puesto que ya había probado a la hija del emperador. Las mujeres bizantinas son ardientes por naturaleza y siempre están dispuestas a traicionar a sus maridos cuando les viene en gana. A sus maridos no les gusta, y los altos cargos no dudan en matar a los hombres jóvenes de los que sospechan y a veces a sus mujeres con ellos, para poder casarse de nuevo con la esperanza de tener mejor suerte. Yo aconsejé a Halvdan que dejara tranquilas a las mujeres casadas y se centrara en las demás, y si me hubiera escuchado nada de lo que pasó hubiera pasado. Ahora no estaría muerto, ni yo tendría el aspecto que tengo. Y no hubiera tenido nada que contar del tesorero Theofilus y del oro búlgaro. Hubiera sido mejor así.

»Sin embargo, no le mataron por una mujer sino por el oro, pero la mujer nos separó, a él y a mí, y esto llevó a lo siguiente.

»Llegó un día en que el protospatrios Zakarias Lakenodrako escupió la sagrada hostia en la cara de su enemigo, el archimandrita Sophron, que desde hacía tiempo ya había recuperado el favor imperial, y gritó bien alto ante toda la corte que el archimandrita le había envenenado el pan. El archimandrita fue flagelado y encerrado en un monasterio lejano por aquello, pero el protospatrios Zakarias fue destituido de su cargo y le cortaron las orejas, por la irreverencia que había mostrado ante Cristo, ya que lo correcto era tragarse el cuerpo de Cristo con fe, una vez que ya se tenía en la boca, aunque hubiera estado envenenado. Cuando llegó esta noticia desde Miklagård, me reí bien alto, ya que me resultaba difícil de decir cuál de aquellos dos hombres era peor, y sin embargo habían completado la buena acción de cortarse las orejas mutuamente.

»Pero Zakarias tenía un hijo que se llamaba Theofilus. Este había cumplido ya la treintena, y era también funcionario de la corte. Cuando mutilaron y alejaron a su padre, Theofilus se dirigió a los dos emperadores y se postró bocabajo ante ellos. Les dijo que, ciertamente, los pecados de su padre eran graves y el castigo tan leve que casi rompía a llorar cuando lo pensaba. Alabó la bondad de los dos emperadores con tal insistencia que el emperador Basilio no tardó en hacerle tesorero de la flota. Desde ese momento, él fue el encargado de la repartición del botín y la paga de las soldadas.

»Cuando llegamos a Methoni con la Flota Roja para carenar y recibir la soldada, el tesorero Theofilus estaba allí con su mujer. Yo no la llegué a ver, pero mi hijo reparó enseguida en ella, y ella en él. Fue en la iglesia donde se vieron por primera vez, y a pesar de que él era sólo un arquero joven y ella una mujer de clase alta, se encontraron en secreto y disfrutaron juntos. Yo no supe nada de todo aquello hasta que un día vino a decirme que se había cansado del mar y que iba a conseguir un

mejor trabajo en el séquito del tesorero. La mujer se había apañado para que el tesorero supiera que Halvdan era el hijo de un hombre que una vez había ayudado a su padre a vengarse del archimandrita, y así no sólo obtuvo la consideración de la mujer, sino también la del hombre.

»Cuando supe todo esto le dije que atravesándose el pecho con una espada iba a obtener el mismo resultado que con aquella acción. Y también que no me parecía justo que me dejara sin familia por una mujer con los ojos pintados, pero él se mantuvo firme e hizo caso omiso de mis sensatas palabras. La mujer, dijo, era como una llama ardiente, excepcional en todo, y no la podría dejar nunca. Además, iba a ganar en posición y riqueza sirviendo al tesorero, y se ahorraría tener que hacer de mísero arquero. Y no había peligro alguno de que le descubrieran y le mataran, aduciendo que considerara que él era mitad bizantino y que por eso podía comprender muchas cosas, tanto con las mujeres como en otras cosas, mejor que yo. Con esto enfurecí y maldije a su madre, y así nos separamos.

»Esto supuso para mí un gran pesar, pero me dije que cuando la mujer se cansara de él, o él de ella, volvería y entonces, pensaba yo, me acompañaría a casa cuando mi servicio terminara y se casaría allí, y así olvidaría su sangre bizantina.

»Pasó el tiempo y el emperador Basilio, que es el mayor de los guerreros de Miklagård, volvió a la guerra con los búlgaros. Estos son aguerridos combatientes y grandes bandidos que importunan mucho a sus vecinos, por eso han incomodado a muchos emperadores. El emperador Basilio había jurado acabar con su feudo, destruirles y colgar a su rey de cadenas de hierro en la puerta de entrada a la ciudad. Entró en su reino con un gran ejército y, siguiendo sus órdenes, la Flota Roja subió al mar Negro para asolar sus costas.

»Doce de los mejores barcos fueron apartados para un objetivo especial, y entre ellos estaba el mío. Embarcamos soldados del ejército, tantos como cupieron en el barco, y navegamos hacia el norte bordeando la costa hasta la desembocadura del río Danubio, que es el mayor de todos los ríos. El hombre que comandaba los doce barcos se llamaba Bardas. Iba a bordo del mayor de los barcos y oí decir, cuando remontábamos el río los tres en línea, que el tesorero de la flota se encontraba a bordo con él. Yo me alegré y esperé poder volver a ver a mi hijo, si todavía vivía. Eso sí, nadie supo decirnos por qué nos acompañaba el tesorero.

»Oímos los cuernos de guerra sonar y llegamos a una fortaleza que los búlgaros habían construido detrás de una doble muralla sobre una colina, no muy lejos del río. Alrededor sólo había marismas y terreno yermo, y lo único que se veía eran cañas y pájaros. Nos preguntamos todos por qué el emperador nos había enviado a aquel lugar, pero allí desembarcaron los soldados para asaltar la fortaleza y con ellos los arqueros del barco. Los búlgaros lucharon con ahínco en las murallas, y no conseguimos superarlos hasta el segundo día. A mí me hirieron en el brazo con una flecha y volví al barco. Allí me sacaron la flecha y me curaron la herida y, al caer la noche, pude ver sentado desde el barco cómo ardía la fortaleza y los hombres del

tesorero volvían con prisioneros cargados con pesados fardos. El barco donde se encontraban Bardas y el tesorero estaba en la parte inferior y más cercana a la fortaleza, luego había dos barcos, luego el mío y luego el resto colocados en fila río arriba. Un rato después del anochecer, se oyó bulla y gran follón desde alguno de los barcos inferiores, y desde los demás algunos gritaron preguntando qué pasaba. Yo pensé que eran saqueadores que Bardas azotaba. Pronto se hizo el silencio y la calma, y sólo se oyó el aullido de los lobos que husmeaban entre los cadáveres, y yo no pude dormir porque el brazo me ardía.

»Un hombre se acercó a nado a lo largo del barco. Le oí en el agua, pero no pude ver nada. Cogí una lanza y pregunté quién andaba ahí porque a los búlgaros se les podían ocurrir muchas cosas, pero la respuesta me alegró sobremanera, pues reconocí la voz de mi hijo. Cuando lo tuve a bordo se sentó, jadeando. Yo dije: “Qué alegría verte de nuevo, no tenía yo grandes esperanzas”. Él respondió en voz baja: “Han matado a Bardas en el barco y a muchos con él. El tesorero y su padre huyen con el oro, que es más del que nadie ha visto jamás. Tenemos que alcanzarlos y quitárselo, ¿tienes a los arqueros a bordo?”.

»Le di de beber y recuperó el aliento, y le respondí que había unos quince arqueros a bordo, pero que el resto seguía en tierra. Sin embargo, yo quería saber más de ese oro porque era la primera noticia que tenía de él.

»Estaba impaciente y dijo: “El oro era del rey de los búlgaros, que lo tenía oculto aquí. El emperador lo supo y nos envió aquí con el tesorero, en quien confiaba. Yo vi el oro cuando lo cargaban a bordo, y ayudé a guardarlo y a ponerle el sello del emperador. Sin embargo, el tesorero odia al emperador por el agravio cometido contra su padre, que está aquí con él y con quien lo ha planeado todo. Todos los que le acompañaban estaban confabulados y, al caer la noche, han matado a Bardas, al *hövitsman* con él y a los arqueros que había allí. Ha sido todo muy fácil porque los han cogido desprevenidos. Yo he pensado: ‘Hace poco, el oro era del emperador y nadie excepto los ladrones pudo tocarlo. Ahora es del tesorero, ¿de quién será si se lo quitan a él?’. Así he razonado yo y me he dejado caer al agua cuando nadie me veía y he venido nadando hasta aquí. Piensan que me han herido y que me he ahogado. Respóndeme a una pregunta: ¿de quién será el oro si se lo quitan a ellos?”.

»Yo dije: “Por eso el tesorero ha querido poner su barco ahí abajo, para poder escapar en la oscuridad, y si ya se han marchado el oro será del que lo consiga y lo conserve, así son siempre las cosas en el mar. Se dejarán llevar primero por la corriente en silencio y empezarán a remar cuando ya nadie les pueda oír. Luego alzarán velas, cuando despunte la aurora, y con este viento estarán pronto bien lejos, mar adentro. Estaría bien saber adónde se dirigen, tenemos mucho que pensar en este asunto, y no quiero dar ningún paso antes de saber lo que más nos conviene”.

»Halvdan dijo: “El tesorero me dijo en confianza que íbamos a huir a Tmutorokan, más allá de Crimea, querían repartir allí el oro y luego dirigirse a los jázaros para estar seguros, y desde allí cada uno podría ir a donde quisiera. No sólo

me lo dijo a mí, así que por eso no es seguro que se dirijan allí. Sin embargo, poco antes de embarcarnos en este viaje le oí murmurar con su padre una vez, cuando llegaron noticias. Fue entonces cuando escuché al abuelo decir que sería una buena cosa para ellos si el Gran Príncipe de Kiev hubiera vuelto a procrear de nuevo con amantes y ya no respetara el honor de su alteza, la hermana del emperador, porque así la amistad entre este último y él empezaría a resentirse. Esto es lo que yo le oí decir, y por eso creo que se dirigen a Kiev”.

»Yo dije: “Halvdan, eres inteligente y creo que tus suposiciones van bien encaminadas. Si van a Kiev, van en la dirección que más nos conviene y nos ayudan con el transporte del oro un buen trecho. Si los alcanzamos allí, en Kiev, no sería difícil encontrar hombres que nos ayuden contra ellos, si lo necesitáramos. No tenemos prisa porque no los podríamos seguir por mar, nos verían y se asustarían, y quizá cambiarían de rumbo. Poco antes de que amanezca podremos salir sin hacer mucho ruido, incluso los mejores guardias de barco duermen entonces. He lamentado mucho que me dejaras, Halvdan, pero quizás eso fue lo mejor que pudo pasar, y parece que la fortuna nos podría sonreír a los dos ahora”.

»Esto fue lo que yo dije, lo mejor que se me ocurrió entonces, pero a ningún Dios le gusta escuchar a los que cantan victoria antes de hora.

»Le pregunté sobre la mujer que le había seducido, y me respondió que el tesorero se había cansado de ella y la había encerrado en un monasterio porque había cogido la mala costumbre de rebelarse cuando él la azotaba. “Y cuando yo mismo”, dijo Halvdan, “supe que también se divertía con otros hombres, pues me cansé de ella”.

»A mí me pareció bien y le prometí mujeres mucho mejores que aquélla cuando llegáramos a casa con el oro.

»Levamos el ancla cuando llegó el momento y salimos a la corriente, con los remos alzados y los remeros durmiendo en los bancos. Así nos deslizamos río abajo sin que se oyera ni un grito. Cuando los marineros y los arqueros se despertaron, hice que les dieran mejores alimentos que de costumbre y abundante bebida, y les dije que perseguíamos a ladrones que habían huido con el botín del emperador. Más no les dije. No quería comportarme de una manera infame robando el barco y la tripulación del emperador, sólo pretendía tomarlos prestados hasta que completara mi objetivo. En eso pensé que tenía razón, puesto que me debía la soldada de un año entero.

»Salimos del río y navegamos a vela en el mar llenos de incertidumbre, pero cuando encontramos la desembocadura del Dniéper pudimos hablar con los pescadores locales y supimos que uno de los barcos rojos del emperador había remontado el río el día anterior. Mi barco era más pequeño que el del tesorero, pero no sentí ningún miedo, ya que yo llevaba arqueros lesguios y jázaros a bordo, buenos guerreros, y él sólo contaba con los hombres de su propio séquito.

»Remaron duro y con pocos descansos, pero les di a los remeros el doble de vino cuando empezaban a quejarse. Pensé que el tesorero con su pesado barco tenía que

estar pasándolo peor. En la orilla no se avistaban caballos, ni pechenegos, y eso nos alegró, ya que si los pechenegos salían a saquear o ponían a sus caballos a pastar en estas tierras, consideraban el río como suyo, con todo lo que navegaba por él, y ningún navegante podía entonces cocinar sus alimentos en tierra. Tenían fama de ser los más altivos y los peores bandidos; el mismo emperador les pagaba para mantener su amistad cada año.

»El cuarto día nos llegaron tres hombres muertos que flotaban a la deriva en el río. Por las marcas que tenían en la espalda, dedujimos que se trataba de remeros del tesorero que se habían cansado. Yo lo tomé como una buena señal con la esperanza de poder alcanzarle en los rápidos. Al día siguiente nos llegaron más hombres muertos, pero no de los del tesorero. Luego vimos a su barco embarrancado y vacío en una punta. Comprendí entonces que se había encontrado con un barco de río, y que había creído conveniente cambiarlo por el suyo para subir al lugar de arrastre más rápido y con más facilidad, ya que un barco de guerra con quilla es difícil de arrastrar sobre troncos.

»Hacia la tarde del octavo día, oímos los rápidos y llegamos al lugar de arrastre. Allí no se veía nada, excepto a dos remeros que habían dejado atrás por su debilidad. Cuando les dimos vino se espabilaron y dijeron que el tesorero había puesto su nuevo barco sobre troncos aquel día, pero que no habían encontrado caballos ni bueyes para contratar porque la orilla estaba vacía y sólo tenía a los remeros, que estaban ya muy cansados, para arrastrar el barco. Por eso no podía haber llegado muy lejos.

»Halvdan y yo sentimos gran alegría al escuchar aquellas palabras. Nos llevamos a los arqueros con nosotros y seguimos las marcas que dejaban. Entre el segundo y el tercer rápido, les avistamos. Entonces dimos un rodeo para sobrepasarlos y nos escondimos detrás de una tumba de los *hövding* de los pechenegos, adornada con calaveras, que está sobre una colina, y esperamos allí con los arcos preparados hasta que se nos acercaron. Yo vi al tesorero y a su padre caminando junto al barco, armados hasta los dientes y empuñando la espada. Cuatro arqueros iban a apuntarles a ellos, y el resto iba a disparar a los hombres que vigilaban a los porteadores.

»Los arcos silbaron y cayeron algunos hombres, y entonces blandimos las espadas y con gritos de guerra nos abalanzamos contra ellos. Los remeros de la cuerda se soltaron y escaparon, y todo tuvo lugar en medio de una gran confusión, pero el tesorero y su padre no cayeron porque el diablo y su coraza los protegía bien. El protospatrios Zakarias, que había recibido algún rasguño de flecha, huyó el primero con el paso de un jovenzuelo, pero al que yo no perdía de vista era al tesorero. Le vi girarse, atónito, pálido desde la barba negra hasta la frente, cuando le alcanzaron los gritos y las flechas. Reunió algunos hombres a su alrededor y profirió alaridos con una potente voz, puesto que tuvo que haber sido difícil para él separarse de tanto oro. Me hubiera gustado encontrarle de pie cuando llegué a él.

»Halvdan, yo y el maestro de los arqueros, un lesguiano llamado Abchar, tuvimos tiempo de llegar antes y batirnos con los hombres que se habían colocado ante el

tesorero. Le vi enseñar los dientes cuando reconoció a Halvdan, pero no podíamos alcanzarle porque sus hombres luchaban con valentía, a pesar de que él se escondía tras ellos. En este punto los arqueros habían llegado tras nosotros, y los hombres del tesorero fueron acorralados contra el barco, pero cuando los derribamos él se había escabullido y algunos de sus hombres con él.

»El atardecer estaba ahora cerca, y la duda sobre cómo proceder se apoderó de mí. El maestro de los arqueros era un hombre que siempre cumplía órdenes sin preguntar, y a él le dije que cogiera a sus hombres y persiguiera con ellos a los fugitivos río arriba lo más rápido que pudiera, y que no parara hasta que cayera la noche. Le dije que el emperador había puesto precio a la cabeza del tesorero y la del abuelo, y que ofrecían cien monedas de plata a aquel que me entregara sus cabezas. Se apresuró a marcharse con sus hombres, y Halvdan y yo nos quedamos solos y subimos a bordo. En la bodega del barco encontramos el tesoro escondido detrás de sacos y barriles. Eran cuatro pequeños cofres y siete bolsas de piel, todo con el sello del emperador. Lo que yo sentí al ver aquello fue sólo angustia y gran preocupación, porque, ¿qué íbamos a hacer ahora? ¿Y cómo íbamos a llevarnos todo aquello a casa sin que nadie lo descubriera? Era un asunto difícil de resolver. Halvdan dijo: “Antes de que vuelvan los arqueros, tenemos que esconder el tesoro”. Yo dije: “¿Dónde vamos a poder encontrar un escondite para tal carga?”. Él dijo: “Quizás en el río”. “Tienes razón”, dije yo, “quédate aquí de guardia e iré a ver qué hay por ahí”.

»Bajé al río y encontré el lugar que ya he descrito con el agua espumosa que manaba. Entre los dos cargamos el tesoro y lo escondimos bien, pero después de mucho pensar dejé dos sacos de plata en el barco.

»Abchar y sus hombres volvieron. Traían consigo tres cabezas, pero no las que me hubiera gustado ver. Comimos y bebimos juntos de lo que había en el barco. Luego le dije: “Aquí ves, Abchar, los dos sacos con el sello del emperador. Este es el tesoro que el tesorero Theofilus y su padre han robado al emperador. Ahora lo tenemos mal porque este tesoro tiene que devolverse al emperador de una manera segura, pero él me dio órdenes de no volver sin la cabeza del tesorero. Por eso ahora tenemos que hacer lo que sea mejor. Mi hijo y yo vamos a remontar el río para ir hasta Kiev a buscar al tesorero, y dos de tus hombres, los que se ofrezcan como voluntarios, pueden acompañarnos. Tú y los otros tenéis que volver a Miklagård, y los demás haremos lo que podamos para llegar a casa cuando hayamos concluido nuestra tarea”.

»Eso dije yo. Abchar asintió y sospesó los sacos. Habló con sus hombres y dos jázaros se mostraron dispuestos a unirse a nosotros. Abchar y los otros se marcharon con los sacos, y yo me sentí satisfecho de que todo hubiera ido bien hasta aquel momento. Me quedé con los dos arqueros para que me ayudaran a encontrar un bote, porque podía haber bandidos y quizás el tesorero había tenido tiempo de serenarse. Yo supuse que él seguía huyendo, pero en esto me equivoqué.

»Estábamos cansados y esa noche monté guardia yo solo, luego puse a uno de los

jázaros a ello, pero seguramente se durmió, y fue entonces cuando ocurrió la desgracia. Aquella noche, cuando todos dormíamos junto al barco del tesorero, éste nos atacó con su padre y cuatro hombres que le quedaban. Yo me desperté con el ruido de las piedras, cuando alguien tropezó, y me levanté empuñando la espada. Dos hombres corrieron hacia mí, pero a la luz de la luna vi al tesorero derribar a uno de los jázaros y correr hacia Halvdan con la espada en alto. Halvdan debía de dormir profundamente y apenas tuvo tiempo de coger la espada; yo hubiera dado mi vida y todo el oro por haber llegado a tiempo. Los hombres que yo tenía delante cayeron muertos sin que yo me diera cuenta, pero allí yacía ya Halvdan, muerto, cuando yo llegué al tesorero. Le golpeé con ambas manos y ése fue mi mejor y último golpe: le atravesó el casco y el capuchón de malla y le partió el cráneo hasta tal punto que vi caer los dientes de su boca. Sin embargo, cuando la muerte ya le había mordido, su espada me dio en el ojo. Caí al suelo y sentí que aquél era el fin, pero me daba igual porque pensé: “Halvdan está muerto y he podido vengarle; ahora todo ha terminado”.

»Ahora estoy cansado de esta historia y de ella ya os lo he contado todo. Lo siguiente que recuerdo es yacer atado con el protospatrios Zakarias sentado a mi lado y riendo con unas carcajadas que no eran las de un humano. Me explicó cómo me iban a mutilar y graznó mucho sobre el oro. Yo le escupí y le pedí que me enseñara las orejas. Sólo le quedaba un hombre a sus órdenes y me mutilaron la mano. Tenía aceite ardiendo del barco preparado para sumergir el muñón, de modo que no muriera enseguida, pero me prometió una muerte rápida si le decía dónde estaba el oro. No le di ese gusto y no sentí dolor porque yo ya tenía el alma muerta. Le dije que el oro iba de camino al emperador y me creyó. No volvió a interrogarme: en vez de eso, me cortaron la lengua burlándose de mi suerte.

»Lo siguiente que recuerdo es que se oyeron gritos, un hombre se ahogaba, empezó a toser y se hizo el silencio. Luego me acostaron en un barco que arrastraron por tierra, me dieron de beber... Yo no entendía nada. Después el barco navegó y en general yo estaba como muerto. El que remaba hablaba mucho, y yo comprendía gran parte de lo que decía. Era el otro jázaro que cantaba y silbaba, contento. Se había escapado en el ataque y había corrido hasta mi barco, pero no lo había encontrado. Había vuelto atrás y se había acercado a escondidas a los que se encargaban de mí y los había matado con flechas. Nadie sabrá por qué se tomó tantas molestias por lo que quedaba de mí, quizás era un buen hombre, los jázaros a menudo lo son. Dos hombres pobres habían acudido desde la otra orilla a saquear a los muertos, y a ellos les había dado el barco del tesorero con todo lo que había dentro a cambio de que le dieran su bote y le ayudaran a pasar conmigo el lugar de arrastre. Así fueron las cosas, y de esto sólo sé lo que él me contó.

»Reía mucho y alababa su fortuna, porque con el tesorero y su padre habían encontrado plata y oro en abundancia, y las armaduras y armas que se había llevado eran de la mejor calidad. Incluso en los demás caídos habían encontrado monedas y alhajas, y en mi hijo un bonito anillo de oro. Iba a comprar caballos en Kiev y una

mujer, o dos, y volvería con su gente como un hombre rico y con coraza. Me cuidó lo mejor que supo mientras me contaba esto mismo, y yo quería rodar por la borda y morir ahogado, pero estaba demasiado débil para intentarlo siquiera.

»Él sabía que yo tenía la intención de ir a Kiev, y cuando llegamos me dejó con unos monjes. Yo quise pagarle con plata porque tenía aún el cinturón lleno, pero no la aceptó y me dijo que tenía suficiente y que, con lo que había hecho por mí Dios le tendría en buena consideración.

»Me quedé con los monjes, que me curaron, y al final me sentí mejor y empecé a pensar en el oro. Algunos hombres del norte que habían viajado hasta allí vinieron a verme y me hicieron preguntas; supieron entonces que quería volver y también que podía pagar. Así remonté el río y de uno pasé a otro, hasta que llegué al barco de los de Gotland, donde nos encontramos.

»No ha sido fácil para mí tener que pensar constantemente que no iba a poder hablar del oro búlgaro a pesar de que llegara a casa, con mi familia, por mis mutilaciones, pero con tu sabiduría, cura, he podido explicarlo todo y ahora podré morir más satisfecho.

»Orm hará lo que estime más oportuno con el oro. Es un cuantioso tesoro que basta para muchos, y nadie puede decir qué valor tiene todo el oro o cuánta sangre se ha derramado por él. Está donde yo he dicho, y no será difícil de encontrar para el que tenga la información que he dado. Y aún hay una señal más cerca del escondite del oro, y son los huesos, que las cornejas ya habrán limpiado, del tesorero Theofilus y del protospatrios Zakarias, que sus almas vaguen para siempre, errantes, por el río, y los de mi hijo Halvdan, que Dios le ayude».

CAPÍTULO IV

De las deliberaciones sobre cómo ir a buscar oro

Orm envió a un emisario a buscar a Toke en cuanto conoció la existencia del tesoro.

—Dile lo siguiente —dijo—: que se trata de un viaje para buscar un gran tesoro en oriente, y que él es la persona con quien yo quiero deliberar sobre el tema. Y sería bueno si pudiera darse prisa en venir.

No hizo falta presionar a Toke, y antes de que Are y el cura terminaran la historia, él ya había llegado a Gröning, impaciente por saber más de todo aquello. En cuanto le dieron la bienvenida y le sirvieron la cerveza, dijo:

Mensaje me llega
de vela llena,
remos crujiendo
y oro en oriente.
De lejos me trae
el seductor perfume
de la salitre marina
y de la quilla y la brea.

Pero Orm, pensativo, respondió:

Cuarenta años
y sensatas palabras
no alientan
a un viaje incierto.
No con prisas
se recoge
el oro lejano
de Gårdarike.

—Pero el tesoro es ingente —añadió—, y jamás había sentido tal indecisión. Ylva no quiere aconsejarme; me dice que soy yo quien tiene que decidir en este asunto, y esto no creas que es algo que suceda a menudo. Por eso te he llamado para que me ayudes. Está aquí Olof Pavón, que conoce bien el este y es un hombre de gran inteligencia, pero tres son mejor que dos en deliberaciones tan importantes como ésta.

A Toke le explicaron entonces la historia de Are y el oro búlgaro. Orm omitió sólo el lugar donde estaba escondido.

—Esa información me la guardo para mí hasta que lleguemos allí —dijo—, porque el oro puede acarrear mucha desgracia y, si se supiera demasiado pronto donde está escondido, podría llegar a oídos de otros y alguien podría adelantarse y llegar allí antes que yo. Si ese oro va a ser recogido, lo será por mí porque es mi herencia de Are, quien se considera ya muerto. Sin embargo, lo compartiré con generosidad con los que me ayuden a llegar hasta él si se lleva a cabo el viaje. No me siento bien desde que supe de la existencia de este oro, y algunas noches me ha resultado difícil conciliar el sueño por la inquietud que me producían tales pensamientos. Mi gran preocupación es la siguiente, tendremos que pasar mucho tiempo fuera de casa, y sufriré por la finca y la gente a cada momento. Y otra cosa es que hay que invertir dinero en un buen barco para este viaje, y en marineros, claro. Y si al final la cosa no sale bien y alguien ya ha encontrado el tesoro, se habrá gastado mucho dinero para nada.

Toke dijo que él estaba dispuesto a embarcarse sin dudarlo.

—Y mi buen consejo es, Orm, que te embarques —dijo—. De otro modo, vas a darle vueltas a este oro hasta que no puedas ni comer ni dormir, y nunca te sentirás bien. Hasta podría ser que de tanto pensar perdieras la razón. Es tu destino ir a buscar ese oro, tienes que aceptarlo; y la verdad es que yo he oído peores cosas que ésta. Será un viaje largo, eso es cierto, pero es razonable que tengas ciertas molestias por un tesoro así. Por mi parte, las cosas están claras: el comercio de pieles no va bien, y mi mujer está encinta, por eso puedo acompañarte sin ningún problema.

—Rapp también me dijo que fuera —dijo Orm—, pero lo hizo cuando pensaba que él me iba a acompañar. Cuando le dije que quería que se quedara en casa para vigilar la finca y proteger a sus habitantes, lo consideró y me aconsejó olvidar el oro y quedarme en casa. El padre Willibald aconseja a su manera: me dice que ya soy lo bastante rico y lo bastante viejo para pensar más en los tesoros terrenales que en los celestiales, pero me cuesta estar de acuerdo con él en este asunto.

—En eso se equivoca el cura —dijo Toke—, aunque sea muy sabio en otras cosas. Las personas son así; cuanto mayores se hacen, más piensan en bienes y oro. Eso mismo le sucedió al rey Harald, lo dice mi mujer, y eso que él era el más sabio de todos los hombres, a pesar de que yo le engañé una vez. Y yo siento cada vez más rabia por los comerciantes de Gotland en Kalmarna, incluso cuando no pagan menos por las pieles que antes.

—Hay otra cosa que los años traen consigo —dijo Orm—; no sé si podré aguantar el viaje tan bien como antes.

—Soy mayor que tú —dijo Toke—, y a mí no me pesan los años. Además, no hace mucho que oí decir que habías matado a dos *berserker* con el palo de una escoba. Ciertamente se puede llamar a eso una hazaña, y a mí me parece ver que la juventud no te ha abandonado, aunque tú no lo quieras creer. He oído que corrían detrás de tu hija Ludmilla. A esta muchacha la envidiarán las mujeres, y va a tener muchos hombres a su alrededor después de esto. Ahora me gustaría saber lo que tú,

Olof, piensas del asunto.

—Orm y yo hemos hablado mucho de este tema —dijo Olof Pavón, reflexivo—, y he estado tan indeciso como él y no he podido ayudar. Yo soy el que mejor sabe cuan largo es este viaje y qué peligros puede entrañar, pero con un barco lleno de hombres capaces pueden superarse muchas pruebas. Orm quiere que le acompañe, si al final el viaje se hace, pero para mí no es fácil. Es cierto que podría ser útil, ya que conozco todo el camino hasta Miklagård, el gran río y sus peligros. Tras darle muchas vueltas, al fin he llegado a una decisión, y esto es lo que yo pienso: irás a buscar el oro, Orm, y yo te acompañaré a cambio de que me entregues a tu hija Ludmilla en matrimonio.

Orm lo miró sorprendido.

—¿Qué te acabo de decir? —dijo Toke riendo—. Este es el primero de muchos.

—Pero si ya tienes una mujer —dijo Orm.

—Tengo dos —dijo Olof—, porque ésa es la costumbre de nuestros *hövding*, pero si me entregas a tu hija, las alejaré de mí.

—Me podrían tocar yernos peores —dijo Orm pensando—, y podría ser bueno casarla antes de que aparezcan más *berserker* dando alaridos a su alrededor. Este es un asunto importante que merece cierta reflexión. ¿Has hablado con mis mujeres de esto?

—No hubiera estado bien hablar con ellas antes de hablar contigo, pero no creo que Ylva vaya a oponerse. Ella sabe tan bien como tú que soy el más rico de los *hövding* de Finnveden. Cuento con ciento cuarenta vacas y algunas vaquillas y, además, provengo de la estirpe más antigua.

—De mi estirpe no voy a hablar, si bien puede que sea mejor que la de la mayoría —dijo Orm—, ya que por mis venas corre sangre Vidfamne y es en honor a él que mi hijo menor lleva su nombre. Sin embargo, la niña es nieta del rey Harald, no lo olvides, así que un matrimonio así no lo vas a encontrar por mucho que busques en toda Småland. Por eso pienso que tendrás que alejar a las dos mujeres que tienes ahora de las cocinas o del horno de pan si quieres a mi hija, y si no lo haces así me va a ir mal a mí con ella.

—Merece ese honor —dijo Olof—, y ya he podido comprobar que la paz del hogar se ve turbada cuando uno tiene más de una mujer. Ahora me siento alegre de que no te hayas opuesto a mí en este asunto, y por ello te doy las gracias.

—No me des las gracias demasiado pronto —dijo Orm—, escuchemos primero lo que tiene que decir Ylva al respecto. Soy yo el que decide, pero el que tiene dos dedos de frente deja a su mujer que dé su opinión en estos temas.

Llamaron a Ylva a las deliberaciones, y cuando le dijeron de qué se trataba dijo que aquella noticia no la sorprendía en absoluto.

—Y un pretendiente como éste no debería tener un no por respuesta —dijo—, porque tú, Olof, eres rico y de buena familia, así que sería difícil encontrarte un igual en estas tierras. Además, eres un hombre sensato y a mí siempre me ha parecido que

ésta es una valiosa cualidad. Es cierto que si hubieras sido aún más inteligente hubieras elegido a Oddny, que es apacible y complaciente y de buen parecer como su hermana. Pero bueno, un hombre lo hace lo mejor que sabe en estos asuntos, y mejor no lo puede hacer. Para mí está bien que elijas a Ludmilla, puesto que es indomable y difícil de tratar, pero eso puede mejorar cuando se case.

—Así son las cosas —dijo Toke—. No hay nada que objetar a la muchacha, su carácter no es peor que el tuyo cuando te vimos por primera vez en la corte del rey Harald, Orm y yo, y sin embargo te domaron pronto y nunca he oído a Orm quejarse de ti.

—Hablas por hablar —dijo Ylva—, a mí no me domaron, a los de la sangre Gorm no hay quien nos dome, somos lo que somos ante el mismo Dios. Eso sí, Orm mató a Sigtrygg y me entregó la cadena de oro de Almanzor, no lo olvides, y entonces comprendí que me pertenecía porque nadie más hubiera podido tener un gesto como aquél, pero no vengas diciendo ahora que me domaron.

—Una cadena muy útil, aquélla —dijo Orm—; nadie lo podrá negar. Y podría haber una también para Ludmilla si traemos el oro a casa. Ahora, Olof, puedes hablar tú mismo con ella y será considerada tu prometida. La boda se celebrará cuando volvamos, si has podido deshacerte de tus mujeres entonces.

Olof dijo que aquello no era ningún problema en Finnveden, bastaba con pagar una digna suma a las mujeres y dejarlas marchar. Lo podía arreglar rápido, y a él le parecía mejor que la unión tuviera lugar antes del viaje, pero Ylva y Orm se opusieron y, al final, no le quedó más que armarse de paciencia.

Hasta este momento iba todo bien para Olof Pavón en este asunto, a pesar de que no consiguiera que todo se desarrollara exactamente como él quería. Ludmilla le recibió bien y tuvieron mucho de que hablar. Todos vieron que ella estaba satisfecha, a pesar de que luego confesó a Oddny y a Ylva que esperaba que un *hövding* como aquél se hubiera presentado con las manos llenas de alhajas. Ella le preguntó si se volvía violento cuando bebía y si estaba más alegre por las mañanas o por las tardes. También quiso saber qué aspecto tenían las dos mujeres de las que se iba a separar por ella; le preguntó por su finca y sus vacas, por los sirvientes y sirvientas que tenía y por las riquezas de sus arcas. A todo respondió de un modo que satisfizo a Ludmilla.

No obstante, el padre Willibald reaccionó con un gesto severo cuando se enteró de la noticia, ya que con las prisas nadie había pensado que Olof Pavón era pagano, y esto le parecía muy mal.

—Una muchacha cristiana —dijo—, que yo mismo he bautizado, no se puede abandonar a un pagano.

Sólo si Olof se bautizaba podía tener lugar aquel matrimonio. Sobre este tema hubo un tenso intercambio de palabras entre las mujeres, porque Åsa estaba de acuerdo con el cura, e Ylva y Ludmilla, en contra. Al final Orm ordenó que pusieran fin a tanta charla porque ahora tenían que pensar en el viaje y ya tendrían tiempo de

hablar después de la boda. Si Olof se bautizaba, pues muy bien, pero si no lo hacía se iba a poder casar con Ludmilla de todos modos.

—Y luego ya tendrá ella tiempo de cristianizarlo si le parece que vale la pena —dijo él.

Åsa le reprendió duramente por aquellas palabras, pero Orm le pidió que pensara en Are y que recordara que los que le habían mutilado de aquella manera eran hombres cristianos.

El padre Willibald se mostró triste, y dijo que desde que el año mil no había traído consigo el Juicio Final, la gente se tomaba menos en serio la doctrina de Cristo.

—Y si continúa así —dijo—, el diablo vencerá al final y todos acabaréis volviendo al paganismo.

Orm entonces le pidió que no estuviera de mal humor, y que no pensara tan mal de todos ellos.

—Porque yo estoy contento con Cristo, y tengo la esperanza de que él también lo esté conmigo —dijo—, a pesar de que entregue a mi hija en matrimonio de la manera que a mí me parece mejor. Muchas cosas tienen que pasar para que yo le traicione, porque Él siempre me ha ayudado.

Toke dijo que, a propósito de aquello, podía explicarles noticias de Värend.

—Seguro que aún recordaréis al sacerdote Rainald —dijo—, el mismo que en nombre de Cristo derribó al viejo Styrkar en la roca. Ahora la vieja está muerta, la que se lo llevó de esclavo, y es un hombre libre y bien considerado por muchos. Aún sigue ejerciendo el sacerdocio, pero no para Cristo. Se cansó de él mientras servía en casa de la vieja, y ahora maldice todo lo que tiene que ver con él y venera a Frey^[36] en su lugar, amasando ingentes fortunas con sus artes. Todas las mujeres le obedecen y lo consideran el mejor de los curas que se ha visto entre los de Värend. Se dice que ha reunido hasta un séquito, y que es ya como un *hövding* para los vagabundos.

El padre Willibald escuchó aquello horrorizado. Desde ese momento, dijo, no tenía que rezar por aquel hombre; aquélla era la primera vez que oía que un cristiano se entregaba abiertamente al diablo.

Ylva dijo que tenía su lado bueno, y que era una pena que hubiera acabado así. Orm rió.

—Dejad que ambos, él y el diablo, se entiendan tranquilamente —dijo—. Tenemos cosas más importantes en que pensar ahora.

Ya no tenía dudas sobre el viaje en busca del oro, y se decidió que, si encontraban un buen barco en la costa, zarparían en el solsticio de verano.

—Lo más difícil será encontrar marineros —dijo Orm—. Es posible que tengamos hombres competentes, pero aquí, tierra adentro, no nos sobran, y reclutar extraños puede tener sus riesgos con la carga que vamos a buscar. Sería sensato elegir sólo unos pocos, y así la paga será menor, pero quizá sea más sensato aún reclutar a muchos, pues desconocemos los peligros que nos esperan.

CAPÍTULO V

De cómo navegaron hasta Vi, en Gotland

Olof Pavón se marchó a casa para prepararse para el viaje y contratar a marineros de entre los hombres que conocía en Halland. Orm, Toke y Harald Ormsson cabalgaron hasta la costa con la intención de comprar un barco. En la desembocadura del río dieron con uno a la venta. Su propietario empezaba a hacerse mayor, y quería venderlo para poder dejar algo en herencia a sus hijas. Lo examinaron detenidamente y lo encontraron en buen estado. Tenía veinticuatro pares de remos, y barcos así estaban bien considerados, pero a Orm le pareció que no hubiera estado mal si hubiera sido mayor. Toke estuvo de acuerdo con él.

—Puesto que son importantes *hövding* los que van a viajar en él —dijo—, y treinta pares de remos no me parecería demasiado para nosotros.

—En los lugares de arrastre —dijo Harald Ormsson—, donde hay que tirar del barco por tierra como nos ha contado Olof Pavón, quizás os parecerá lo bastante grande.

—Mira que tienes suerte, Orm —dijo Toke—; no sólo eres inteligente tú, sino que además tus hijos han heredado esa cualidad.

—No es bueno recibir enseñanzas del propio hijo —dijo Orm—, y no va a convertirse en costumbre mientras yo esté al mando, pero por esta vez puedo estar de acuerdo con él porque el chico tiene razón. Esta va a ser una carga más pesada que cuando arrastramos la campana de Santiago.

—Entonces éramos jóvenes —dijo Toke—, ahora somos *hövding* de peso, y no tendremos que tocar la cuerda. Los jóvenes estarán en los arreos, mientras nosotros caminamos a su lado con los pulgares en el cinturón y nos maravillamos ante su nimia fuerza, aunque es posible que sea cierto que un barco así sea demasiado para su ímpetu.

Al final, y tras largas negociaciones, Orm compró el barco.

Allí en la desembocadura había grandes granjas, y compró bueyes, cerdos y malta, cerrando un trato con los campesinos sobre la cerveza, la matanza y el ahumado para que el barco estuviera bien abastecido de alimento y bebida. Se quedó atónito cuando supo lo que todo aquello iba a costar en plata, y su pesar aumentó cuando contrató a unos cuantos jóvenes de las granjas para un viaje de un año. Emprendió el camino a casa con los demás, descontento y murmurando que aquel oro búlgaro le iba a llevar a la pobreza y la desgracia.

—Una cosa he aprendido —dijo Harald Ormsson—; hace falta mucha plata para conseguir oro.

—Bien dicho —dijo Toke—, y si continúas así acabarás siendo tan sabio como tu

abuelo. Del brazaletes de Odín rezuma un aro cada miércoles, decían nuestros ancestros, así que ahora tiene muchos, pero si no hubiera sido por el primero no tendría ninguno. No te hagas vikingo si no tienes plata en abundancia, y tampoco comerciante de pieles, ése es mi consejo. Sólo los escaldos pueden hacerse ricos de la nada, pero para conseguirlo tienen que componer mejores canciones que los demás, y ése es un fastidio que va de la mano de esa profesión.

De camino a casa fueron a visitar a Sone *el Clarividente* porque Orm tenía algo que hacer allí.

La granja de Sone era grande y espaciosa y estaba llena de sus hijos y de sus nietos. Él era muy viejo ya, y se había vuelto friolero, de modo que lo encontraron cerca de la hoguera murmurando para sí. Orm le saludó respetuoso, y Sone no tardó en reconocerle; asintió con amabilidad, les pidió novedades y empezó a hablar de su salud. No era tan buena como antes, pero no tenía de qué quejarse y le suponía una alegría, dijo, no haber perdido la razón: todavía la tenía en mejor estado que la de algunos.

Unos cuantos de sus hijos habían acudido a saludar a los visitantes y a escucharles; eran hombres robustos de todas las edades. Cuando oyeron a su padre hablar de su cordura, gritaron que eran sólo palabrerías de su padre. De su razón, dijeron, no quedaba nada más que la lengua y la cháchara. Sone enfureció al oír aquello, y alzó el bastón para hacerles callar.

—La ignorancia es atrevida —le dijo a Orm—. Piensan que he gastado mi razón engendrándoles, y que no me queda nada para mí, pero se equivocan. Esto es muy fácil de comprobar porque la parte que les ha tocado a ellos no es excesiva. A veces sí que me sucede que me equivoco con su nombre o lo olvido del todo, y esto les enfada tanto que hablan mal de mí, pero la verdad es que esos nombres no son de los que merezca la pena recordar.

—He venido a verte a ti, pero también por tus hijos —dijo Orm—. Emprendo un largo viaje a oriente, al reino de Gårdaríke, a buscar una herencia. Ya he comprado el barco, y éste puede ser un viaje en el que se necesiten buenos guerreros. Siempre he oído alabar a tus hijos por ser hombres dispuestos, y por eso he pensado que sería bueno si me pudiera llevar algunos conmigo. Ofrezco una paga honrada y, si las cosas van bien, habrá plata que repartir a la vuelta.

Sone se impacientó ante aquellas palabras. No había oído noticia mejor en mucho tiempo, dijo, y no tenía inconveniente en ceder a algunos de sus hijos para que hicieran el viaje con él. Sin duda, necesitaban salir al mundo y aprender a comportarse y a ser sensatos. Además, aligeraría un poco la carga de los que tenía alrededor en casa.

—Son demasiados para mí ahora, a mis años —dijo—; llévate a la mitad, saldremos ganando los dos, pero no los elijas de los mayores ni de los pequeños, escoge media veintena de los del medio. Nunca han estado a bordo de un barco, pero en el campo de batalla son muy válidos.

Algunos de los hijos se mostraron dispuestos enseguida, otros se lo pensaron un poco y acabaron por unirse a ellos. Habían oído la historia de cómo Orm había matado a dos *berserker*, y le tenían por un gran *hövding*. Deliberaron hasta muy tarde y, al final, once de ellos decidieron embarcarse. Prometieron estar listos para el solsticio de verano, momento en el que Orm los pasaría a recoger.

A Toke le pareció un buen reclutamiento, pues parecía que estos hombres podían ser de utilidad. El mismo Orm estuvo satisfecho, y su pesar había desaparecido ya cuando se marcharon de allí la mañana siguiente.

Cuando llegaron a casa, todos corrieron a ellos con una triste noticia. Are había muerto: acababan de sacar su cuerpo del río. Svarthöfde era el único que lo había visto todo y no tenía mucho que contar. Estaban sentados con el cebo, él y Are, y Are estaba como siempre, excepto quizá porque se había mostrado más cariñoso de lo habitual con Svarthöfde, y un par de veces le había acariciado la mejilla y revuelto el pelo. Al cabo de un rato se levantó, hizo tres veces la señal de la cruz sobre el pecho y se dirigió al agua con paso ligero, para perderse donde estaba el precipicio. No le vieron más, y Svarthöfde no tuvo tiempo de hacer nada. Rapp había tardado mucho tiempo en encontrar el cuerpo.

Åsa cayó en cama por aquello y quería morir. Orm se sentó a su lado y la consoló lo mejor que pudo. Cualquiera en su situación hubiera perdido las ganas de vivir, dijo Orm, y no es extraño que haya querido reunirse con Dios por su desgracia, ahora que ya ha resuelto el asunto del oro.

—Dios le devolverá ahora la vista, la mano y la lengua, no lo olvides, y si todo va bien se habrá reunido con su hijo allí también. No es poco lo que ha ganado, y todo hombre sensato hubiera hecho lo mismo.

Åsa estuvo de acuerdo con Orm, pero sin embargo le resultaba difícil soportar la tristeza, y tardó tres días en salir de la cama. Dieron sepultura a Are junto a la iglesia, cerca del lugar donde el padre Willibald había enterrado las cabezas de los dos sacerdotes que Östen de Öre había decapitado. Åsa escogió su lugar cerca de Are; ella pensaba que no tardaría mucho en irse con él.

Toke volvió a casa para preparar el viaje y, antes del solsticio de verano, él y Olof Pavón llegaron a Gröning con hombres diestros en sus séquitos. Olof había tenido que arreglar muchas cosas, había dado una generosa compensación a sus dos mujeres y las había echado de la finca, si bien una de ellas había opuesto mucha resistencia. Por eso ya no había impedimentos para su matrimonio con Ludmilla y volvió a expresar su deseo de que el enlace tuviera lugar antes del viaje, pero Orm se mantuvo firme, pues le parecía poco natural pensar en la boda antes del viaje.

—Estáis ya comprometidos —dijo—, y tendrás que tener paciencia. Un hombre recién casado de poco sirve en un viaje tan largo. Tú y yo ya hicimos un trato, y así se hará. Primero iremos a buscar el oro y, cuando volvamos, te daré a mi hija como recompensa por tu ayuda, pero no suele ser costumbre pagar primero y recibir la ayuda después.

Olof Pavón era un hombre recto en todo y no podía negar que lo que Orm decía era lo justo. El único argumento que él tenía era la profunda fascinación que ejercía la joven en los hombres, que era tal que todos se divertían con ella. No se le podía acercar sin que le cambiara la voz, respiraba fuerte y él mismo decía que nunca había vivido algo así antes. Ludmilla opinaba lo mismo que él sobre la fecha de la boda, pero le advirtió que por mucho que le intentara convencer, Orm no iba a cambiar de opinión. Sin embargo, Olof y ella pronto se pusieron de acuerdo en que no debían dejarse vencer por el desánimo, puesto que lo importante era que los dos pensaban y deseaban lo mismo.

Antes de partir, Orm decidió minuciosamente cómo iban a funcionar las cosas en la aldea durante su ausencia. Rapp se quedaría al cargo, a pesar de que se quejaba porque quería irse con ellos, y tendría a su disposición un buen número de hombres para la protección y el cuidado de la granja. Sin embargo, Ylva tomaría todas las decisiones y no se podría tomar ninguna decisión importante sin que ella fuera consultada. Harald se quedaría en casa porque Orm no quería arriesgar a su primogénito en aquel viaje lleno de peligros, y éste tampoco mostró grandes deseos por embarcarse. Ulf Glade sí les pudo acompañar y al final hasta Svarthöfde, que desde hacía tiempo se lo venía suplicando a Orm y a Ylva. Más de una vez a Ylva le saltaron las lágrimas, de tristeza y de rabia, por la tremenda obstinación de Svarthöfde en este asunto, y quería saber qué pintaba un niño de trece años entre todos aquellos guerreros, pero nada pudo quitarle esa idea de la cabeza. Dijo que se escaparía de casa y se embarcaría con un barco forastero si no se hacía su voluntad en esto, y Ulf Glade prometió que cuidaría de Svarthöfde más que de sí mismo. A Svarthöfde aquellas cosas no le parecían necesarias, pero él mismo prometió portarse bien y no exponerse a peligros innecesariamente. Con todo, dijo tener la intención de enfrentarse a aquellos hombres pérfidos que sacan los ojos de la gente si la fortuna se los ponía en el camino. Ahora tenía ya espada y lanza, y se sentía como un guerrero. Orm estaba contento de que le acompañara, aunque no quería que Ylva se diera cuenta de ello.

El padre Willibald pronunció una larga prédica sobre los que se embarcan, y los bendijo a todos con una larga oración. Toke y Olof Pavón y algunos hombres paganos de su séquito escucharon la prédica, y todos estuvieron de acuerdo en que se sentían reforzados de una manera extraña por la bendición. Muchos de ellos acudieron después al cura desenvainando sus espadas para que también las bendijera.

En la despedida, las mujeres lloraron mucho, y entre los que se marcharon había algunos que también estaban emocionados, pero la mayoría estaban contentos de salir de viaje y prometieron traer cosas buenas a su regreso. Orm se sintió bien al cabalgar con tan magnífico séquito.

Llegaron a casa de Sone *el Clarividente* para recoger a sus hijos, y éstos pronto estuvieron listos. El viejo estaba sentado en un banco junto a la pared de la casa y se calentaba al sol. Ordenó a sus hijos, a los once que iban a partir, que acudieran a él

uno a uno, porque quería despedirse de ellos. Así lo hicieron, y les miró con atención mientras murmuraba su nombre sin equivocarse con ninguno. Cuando el último acabó de pasar, se quedó allí sentado, en silencio, con la mirada perdida al frente. Luego le dio un temblor e, inclinando la cabeza hacia atrás, cerró los ojos. Sus hijos se inquietaron ante aquello, dieron un paso atrás y murmuraron tímidamente: «¡Está teniendo una visión! ¡Está teniendo una visión!». Al cabo de un rato abrió los ojos y miró a su alrededor con la mirada ausente, como si se hubiera despertado de un largo sueño. Volvió a ser el mismo de antes, y les dijo que ya podían partir.

—¿Qué has visto? —le preguntaron.

—Vuestro destino —respondió.

—¿Vamos a volver? —preguntaron todos, impacientes.

—Siete de vosotros volveréis.

—¿Y los otros cuatro...?

—Se quedarán donde tengan que quedarse.

Los once se agolparon a su alrededor y le suplicaron que les dijera qué cuatro.

—Porque si cuatro van a morir ahí fuera, será mejor que se queden aquí para que nada malo les suceda.

El viejo esbozó una sonrisa triste.

—Habláis desde la ignorancia, como hacéis a menudo —dijo—. He visto el hilado de las Hiladoras, y a cuatro de vosotros sólo os queda un poco de tiempo más. Nadie puede alargar ese hilo. Cuatro de vosotros moriréis, hagáis lo que hagáis, y lo sabréis cuando llegue el momento.

Sacudió la cabeza y se quedó pensativo. Luego dijo:

—A nadie le alegra ver los dedos de las Hiladoras, y pocos son los que lo hacen. Sin embargo, a mí me vienen las visiones a pesar de que yo preferiría ahorrármelas; eso sí, nunca he visto su rostro.

Volvió a quedarse en silencio, luego miró a sus hijos y asintió.

—¡Y ahora marchaos! —dijo—. Siete de vosotros volveréis. Es suficiente.

Los hijos no insistieron, puesto que aquello les infundía cierto temor, y lo mismo le sucedió a Orm y a todos los que le acompañaban. Cuando se alejaban a caballo, los hijos continuaron murmurando amargamente sobre su padre y sus rarezas.

—Me hubiera gustado preguntarle por mí —dijo Toke—, pero no he osado.

—Yo he pensado lo mismo —dijo Olof Pavón—, pero tampoco me he atrevido.

—También podría ser que las tuyas sólo fueran palabras vacías —dijo Orm—, a pesar de que es cierto que mi madre también tiene visiones a veces.

—Sólo el que no le conozca puede pensar que esto que dice son palabras vacías —dijo uno de los hijos de Sone que cabalgaba cerca de él—. Se cumplirán sus vaticinios porque siempre ha sido así, y con esto nos lo pone peor a nosotros de lo que se imagina.

—Me da la sensación de que sabe lo que hace mejor que la mayoría —dijo Toke—. Además, podéis tener el consuelo de que siete van a regresar en buen estado.

—Es cierto —respondió el otro, sombrío—. ¿Pero qué siete? Ahora los hermanos no podremos tener ni un solo momento de alegría hasta que hayan muerto cuatro de nosotros.

—Pues mayor será vuestra alegría entonces —dijo Orm.

Los hijos de Sone hicieron una mueca de duda.

Cuando llegaron al barco, y tras enviar los caballos de vuelta con un aldeano, Orm se puso a repintar la cabeza de dragón, ya que en un barco honorable la cabeza de dragón tiene que brillar encarnada como la sangre. Lo estibaron todo y a cada hombre le asignaron un lugar a bordo. En un principio, Orm no quería sacrificar un chivo para el buen viaje, pero todos se opusieron a él en este asunto, así que al final tuvo que ceder.

—Puedes ser todo lo cristiano que quieras —dijo Toke—, pero en el mar las viejas costumbres son las correctas, y si no las sigues ya te puedes lanzar de cabeza a lo más hondo.

Orm sintió que tal vez tuvieran razón, aun cuando le resultaba duro pensar que el precio de un chivo se iba a sumar a todos los demás gastos que ya había tenido para este viaje, antes de que empezara siquiera.

Y todo estuvo listo. En cuanto la sangre del animal corrió por la roda, salieron a vela con buen tiempo y viento a favor. De su juventud, Toke conocía la ruta marítima hasta Gotland y había asumido la guía del barco hasta el Vi, en Gotland. Nadie sabía mucho de la ruta a partir de ese punto; tendrían que contratar a un segundo para que les ayudara, pero en Gotland eso no sería difícil, puesto que había muchos dispuestos a ello.

Orm y Toke se sentían bien de nuevo en el mar, como si muchas de las preocupaciones de tierra firme de repente hubieran desaparecido. Cuando entrevieron Lister a lo lejos, Toke dijo que las penas ciertamente podían resultar pesadas y numerosas para el comerciante de pieles, pero que ahora mismo se sentía tan despreocupado como la vez que se había embarcado con Krok.

—Y no comprendo cómo he podido estar tanto tiempo alejado del mar —dijo—, porque un barco con una buena tripulación es lo mejor que hay. Es bueno poder tener una vida acomodada en tierra y nadie tiene que avergonzarse por ello, pero un viaje a un destino lejano, con un posible botín y este olor en la nariz, es la mejor suerte que un hombre puede correr, y es buena cura para la edad y los pesares. Es extraño que nosotros los nórdicos pasemos tanto tiempo en casa como hacemos, a pesar de que seamos conscientes de esto, de que somos más diestros con los barcos que otros y de que tenemos el mundo entero para saquear.

—A lo mejor lo que pasa es lo siguiente —dijo Orm—: muchos prefieren envejecer en tierra a emprender un viaje en busca de la certera curación para la edad con la que sin duda se encuentran a menudo los navegantes.

—Aquí percibo muchos olores —dijo Svarthöfde, preocupado—, pero ninguno que me parezca agradable.

—Es por falta de costumbre y porque aún es ignorante —dijo Orm—. Es posible que el olor del mar de aquí no sea el mismo que al oeste, donde el mar es verde por el salitre y la intensidad de su fragancia es mayor. De todos modos, éste de aquí no me despierta queja alguna.

Svarthöfde no respondió porque se sintió mareado. Primero sufrió una vergüenza terrible, pero le alivió ver que muchos de los hombres de tierra adentro empezaban a colgarse de la borda. Se oía a alguno que otro suplicar con voz temblorosa que el barco tenía que atracar en tierra antes de que todos perecieran.

Orm y Toke, sentados a la espadilla, estaban muy a gusto.

—Tendrán que acostumbrarse, y los compadezco —dijo Orm—. Una vez yo tuve el mismo problema.

—Mira a los hijos de Sone —dijo Toke—. Ahora tienen otras cosas en que pensar que el vaticinio de su padre. A los de tierra adentro les cuesta un cierto tiempo comprender lo bien que se está a bordo. Con este viento pueden vomitar a barlovento sin que les entre el vómito en los ojos al que le sigue en el remo, y con ello se evitan muchas riñas entre hombres susceptibles. Nadie nace marino, y el mar no se rinde a tus pies a las primeras de cambio, uno tiene que curtirse.

—Todo llega, con el tiempo —dijo Orm entre risas—. Si el viento se va tendrán que ponerse a remar, y el remo en un mar como éste suele ser un duro juego para los que no están acostumbrados. Entonces añoraran poder vomitar con libertad sin dejarse la piel triscando.

—Lo mejor será que pongamos a Olof de vigilante de los remeros —dijo Toke—. Parece que tiene la mente en otro lado, y es comprensible...

Olof Pavón estaba apesadumbrado. Se había acostado al lado de donde estaban ellos, tenía sueño y no decía gran cosa, pero al cabo de un rato murmuró que no sabía si lo que le entristecía era el mareo o el mal de amor, y quiso saber si el barco iba a hacer puerto esa noche. Orm y Toke estuvieron de acuerdo en que no sería sensato hacerlo si el viento se mantenía y el cielo continuaba claro.

—Se lo pondríamos demasiado fácil a los hombres que no tienen la costumbre de navegar —dijo Toke—, y más de uno desaparecería durante la noche, porque aún les sería fácil llegar a casa contentos de haberse ahorrado este trago. Cuando llegemos a Gotland se sentirán ya mejor, y entonces podrán pisar tierra firme de nuevo.

Olof Pavón suspiró y no dijo nada.

—Con esto ahorramos también muchos alimentos —dijo Orm—, pues de otro modo tragarían comida en tierra para vomitarla después.

En eso tenía razón, porque el viento continuó y, durante la navegación a vela hasta Gotland, poco menos de la mitad de los hombres pudo estar a la altura en las comidas. Eso sí, en cuanto llegaron a las aguas más tranquilas cerca de Gotland, los que se habían sentido mal empezaron a causar estragos de nuevo, y a Orm le pareció que no había visto mayor apetito que aquél.

—Pero bueno, se lo merecen —dijo—, y quizás ahora se habrán acostumbrado al

mar.

En el puerto de Vi, de Gotland, había tantos barcos amarrados que Orm se planteó seriamente si debían entrar. Bajaron la cabeza de dragón y colocaron un escudo de paz, y remarón sin que nadie les molestara. La ciudad era imponente y llena de marineros y ricos comerciantes, y los hombres de Orm tuvieron mucho que admirar desde que pusieron pie en tierra. Había casas construidas sólo con piedra, otras resultaron servir sólo para beber cerveza en ellas, y la riqueza de la ciudad era tal que alegres ramerás se paseaban con anillos de oro claro en las orejas y escupían a todo aquel que no acudiera a ellas con monedas de plata en la mano. No obstante, había una peculiaridad en esta ciudad que les maravilló más que nada y que no quisieron creer hasta que la vieron con sus propios ojos y durante mucho rato. Se trataba de un hombre de la tierra de los sajones que pasaba todo el día rascando la barba de la barbilla de los hombres opulentos de la ciudad. Por ello recibía siempre una moneda de cobre, incluso cuando aquellos a los que había rascado salían de allí con heridas sangrantes. Los hombres de Orm opinaron que esa manera de ganarse la vida era la más extraña que jamás habían visto u oído, y no les parecía nada envidiable.

El humor de Olof Pavón había mejorado, y él y Orm fueron a buscar un piloto competente. Pocos hombres se quedaron en el barco, ya que todos querían estirar las piernas y refrescarse, pero Toke se quedó a bordo.

—La cerveza de Godand es tan sabrosa —dijo—, que una vez de joven bebí mucha en este mismo puerto. Con ella vino el desasosiego, un hombre murió y sólo tras grandes dificultades conseguí escapar a nado. Los de Gotland tienen buena memoria en todo, y no me gustaría que me reconocieran por algo así cuando tenemos cosas más importantes en que pensar, por eso me quedo a bordo. Y ahora, los que desembarcáis, id con cuidado porque no tienen mucha paciencia con los forasteros que les disgustan.

Orm y Olof subieron a bordo con el segundo que habían contratado. Era un hombre menudo y achaparrado, canoso, que se llamaba Spof. Había estado muchas veces en la ruta del este, conocía todas las rutas marítimas y quiso examinar el barco antes de tomar una decisión. No dijo gran cosa, pero asintió a casi todo y al final pidió que le dejaran probar la cerveza del barco, que era la que Orm había encargado en la desembocadura del río y de la que nadie se había quejado. Spof la cató y se quedó pensativo:

—¿Es ésta la única cerveza que tienes? —dijo.

—¿No te parece lo bastante buena? —dijo Orm.

—Es lo bastante buena para navegar —dijo Spof—; la tomaré con gusto. ¿Los hombres que tienes, son pacíficos, se desloman encantados y se contentan con poco?

—¿Que si se contentan con poco? —dijo Orm—. Casi no se contentan con mucho cuando no están mareados. No los he escogido porque sean pacíficos, y no creo que les guste más el trabajo y la carga que a otros.

Spof asintió reflexivo.

—Como yo imaginaba —dijo—. Llegaremos a la zona de los rápidos en lo peor de la canícula de verano, y tendrás que tener mejor cerveza de arrastre que ésta si quieres que todo salga bien.

—Hubiera tenido que pensar en ello —dijo Olof Pavón—, es cierto lo que dice.

—¿Cerveza de arrastre? —dijeron Orm y Toke.

—Nosotros los de Gotland —dijo Spof—, somos los que más hemos navegado en los ríos de Gårdaríke, y hemos llegado muy lejos. Conocemos las rutas fluviales más alejadas, más allá del lugar de arrastre de los merienos, que nadie ha cruzado con grandes barcos excepto nosotros. Y es con la cerveza de arrastre con la que conseguimos llegar a lugares donde otros tienen que dar la vuelta. La cerveza tiene que ser de la más alta calidad para que proporcione fuerza y ánimos, y de ella beben los hombres cuando transportan los barcos por los lugares de arrastre. No obstante, durante el viaje no la pueden probar. Esto se nos ocurrió a nosotros, y por eso la mejor cerveza la hacemos aquí, pues de ella dependen nuestras riquezas.

—Si no me equivoco de medio a medio —dijo Orm—, esa cerveza no se vende barata.

—Es tanto más cara que la cerveza normal como tanto mejor, o un poco más —dijo Spof—, pero vale su precio porque, sin su ayuda, no hay nadie que pueda llegar hasta Gårdaríke.

—¿Cuánta necesitamos? —preguntó Orm.

—Déjame ver... —dijo Spof—. Un barco de veinticuatro remos, sesenta y seis hombres y el camino inferior hasta Kiev. Allí hay siete arrastres menores que no causan muchos problemas, es el arrastre más largo, hasta el río Dniéper, el que ofrece grandes dificultades. Cinco barriles de los más grandes deberían ser suficientes.

—Los navegantes de la ruta del oeste viajan más barato, eso seguro —dijo Orm.

Y después de que compraran la cerveza y de que Spof recibiera la mitad de su paga, que quiso cobrar enseguida, Orm estuvo más seguro de que esa aseveración era cierta. Murmuraba triste, al contar la plata, que iba a llegar a Kiev como un mendigo con un bastón en la mano, y el barco y las armas empeñados a los de Godand.

—Sea como sea, me pareces un buen hombre, Spof, con conocimientos y sensatez —dijo—, y creo que no me arrepentiré de haberte elegido como segundo de a bordo, a pesar de que tu paga no es de las más baratas.

—Conmigo es como con la cerveza —dijo Spof tranquilo—; soy caro pero estoy a la altura.

Se quedaron tres días en Vi, y Spof hizo confeccionar soportes bien firmes para los barriles hasta que todo estuvo como él quería. La cerveza ocupaba mucho sitio y lastraba el barco, pero a los hombres no les importó aquella molestia después de haberla catado en tierra. Ya el primer día muchos se habían bebido la plata que llevaban, y persiguieron después a Orm, impacientes, intentando sacarle una parte de su paga, pero nadie tuvo éxito en sus peticiones. Algunos intentaron entonces cambiar sus corazas de cuero por cerveza, otros sus cascos, y cuando los de Gotland

se negaron a estos cambios, sacaron los cuchillos; por estas riñas subieron a bordo hombres de ley para exigir compensaciones económicas. Orm y Olof Pavón se sentaron con ellos medio día hasta conseguir reducir las compensaciones a la mitad, y encontraron que la cantidad ya era lo bastante elevada. Tras esto no soltaron a un solo hombre en tierra sin que antes hubieran dejado sus armas a bordo.

Los hijos de Sone eran hombres acaudalados y se aplicaban a comer, pero les costaba disipar las premoniciones de su padre. El segundo día, volvieron todos juntos al barco, los diez, llevando en brazos al undécimo, que estaba moribundo. Le habían avisado, dijeron, pero aun así se había acercado furtivamente a una joven que trabajaba cavando en un campo de coles detrás de una choza, y la había seducido con buenas palabras y buena mano. Enseguida había salido una vieja que le había clavado la pala en la cabeza. No habían podido hacer nada para evitarlo.

Toke examinó al muchacho herido y dijo que no le quedaba mucho tiempo de vida. Murió durante la noche, y los hermanos lo enterraron con cuidado y brindaron por la prosperidad de su viaje hacia la muerte.

—Era su destino —dijeron—. Nuestro padre sabe lo que se dice en estas cosas.

Y a pesar de que añoraban al difunto y no tenían más que alabanzas para él, se notó que se sentían aliviados porque ahora, se dijeron, sólo tres se iban a enfrentar al infortunio, y con ello desaparecía una cuarta parte de sus preocupaciones.

A la mañana siguiente, el barco zarpó y pusieron rumbo al norte con Spof a la espadilla. Orm dijo que ignoraba qué iba a suceder a partir de aquel punto, pero sí tenía una esperanza: ahorrarse tener que parar en un puerto tan caro como el de Vi, en Gotland.

CAPÍTULO VI

De cómo remaron hasta el Dniéper

Rodearon la isla de Gotland y, al pasar Ösysla, pusieron rumbo al este y entraron en el río Dvina. Remontando este río entraban en la ruta inferior del camino a Miklagård, que sobre todo utilizaban los de Gotland. La ruta superior, que era el camino de los suiones, seguía el curso del Bålagård, y remontaba el río de los votios hasta el Ladoga y de ahí por Nóvgorod hasta el Dniéper.

—Y nadie sabe cuál de estas rutas es más penosa. Ni yo lo puedo decir, a pesar de que las he recorrido las dos, porque resulta que los esfuerzos a contracorriente siempre van a ser peores en el camino que se elija, sea cual sea. Una cosa buena para nosotros es que llegamos tarde, y nos ahorramos la crecida primaveral.

Los hombres estaban de buen humor al entrar en el río, a pesar de que sabían que les esperaban grandes esfuerzos. Tras haberse dividido el trabajo de la siguiente manera, tres días de remo y uno de descanso, bogaron atravesando la región de livos y semigalios, en cuyas orillas de vez en cuando avistaban poblados de pescadores, y luego adentrándose en unas tierras desiertas donde no había más que ver que los surcos del río y el frondoso bosque que se presentaba infinito a ambos lados. Los hombres sentían una cierta inquietud por aquel paraje; a veces, alrededor de las hogueras, cuando desembarcaban a pasar la noche, oían los bramidos lejanos de animales que no conocían, y murmuraban entre ellos que quizá se trataba del oscuro y tenebroso Bosque de Hierro del que hablaban sus ancestros, donde estaba también la prole de Loki.

Un día se encontraron con tres barcos que remontaban el río en fila, muy cargados y bien tripulados, y con tan sólo seis pares de remos fuera en cada uno. Eran de Gotland y volvían. Los hombres estaban delgados y muy curtidos por el sol, y miraron el barco de Orm con curiosidad. Algunos reconocieron a Spof y le saludaron con un grito e intercambiaron algunas palabras cuando los barcos se cruzaron despacio. Venían de la Gran Bulgaria a orillas del Volga, y habían estado en el curso inferior del río, en el mar Caspio, haciendo negocios con los árabes. Llevaban buena carga a casa, dijeron: tejidos, vasijas de plata, esclavas, vino y pimienta, y tres hombres del barco del medio alzaron a una joven muchacha desnuda y la sostuvieron sobre la roda de los brazos y del pelo, mientras gritaban que estaba a la venta por doce marcos, a precio de amigo. La mujer gritaba y agitaba las piernas porque tenía miedo de que la arrojaran al agua, y los hombres de Orm respiraron hondo ante aquel espectáculo. Sin embargo, cuando la levantaron de nuevo, sin que nadie aceptara la oferta, gritó palabras llenas de ira y sacó la lengua.

Los *hövding* de los barcos de Gotland querían saber quién era Orm y adónde se

dirigía, y qué tipo de mercancías transportaba.

—No soy comerciante —dijo Orm—; voy a Kiev a recoger una herencia.

—Tiene que ser una buena herencia, si tiene que salirte a cuenta el viaje —le dijeron los de Godand, incrédulos—. Si lo que quieres es saquear, tendrás que buscarte a otros porque nosotros siempre navegamos bien acompañados.

Dicho esto, los barcos acabaron de cruzarse y se separaron.

—La mujer no estaba nada mal —dijo Toke pensativo—. Por los pechos que tenía yo no le pondría más de veinte años, a pesar de que es difícil hacer un juicio sobre alguien que cuelga con la cabeza entre los brazos. Pero hace falta ser de Gotland para pedir doce marcos por una esclava, aunque sea joven. Sin embargo, yo pensaba que tú, Olof, harías una oferta.

—La podría haber hecho —dijo Olof Pavón—, si no me encontrara en la situación que me encuentro. Es lo único que me importa, y esto que siento no va a pasar así como así.

Orm, en cambio, se había quedado mirando el barco con la expresión sombría.

—Al final será mi destino el de enfrentarme a los de Gotland —dijo—, a pesar de que soy un hombre pacífico. Su arrogancia es grave, y empiezo a estar cansado de dejarles tener siempre la última palabra.

—Quizás esto sea algo que podamos pensar de regreso a casa —dijo Toke—, si nuestro plan no sale como esperamos.

Pero Spof dijo que en ese caso Orm tendría que buscarse otro segundo, porque no quería batirse contra sus compatriotas.

Por la tarde del mismo día, tuvieron un encuentro más. Sintieron el estridente chirrido de los remos y del recodo más cercano apareció un barco acercándose a gran velocidad. Llevaban fuera todos los remos y avanzaban a toda potencia. Al avistar el barco de Orm, bajaron el ritmo. Era una embarcación de veinticuatro pares de remos, como la suya, y bien repleta de hombres armados.

Orm gritó enseguida a los remeros que bogaran con fuerza y con estabilidad; todos los demás debían prepararse y Toke, que iba a la espadilla, cambió el rumbo ligeramente para poder abordar a los extraños sin que les embistieran, si entraban a batallar.

—¿Qué gentes sois? —gritaron desde el barco desconocido.

—Hombres de Skåne y de Småland —respondió Orm—. ¿Y vosotros?

—Ostrogodos.

En este punto el río era ancho y había poca corriente. Toke gritó a los remeros de babor que bogaran y a los de estribor que dejaran descansar los remos, e hizo virar al barco muy rápido, en dirección a los ostrogodos hasta que ambos barcos se deslizaron en paralelo río abajo, tan cerca el uno del otro que casi no podían mover los remos.

—Ahí os podríamos haber cogido si hubiéramos querido —dijo Toke satisfecho—. Y eso a pesar de que teníais la corriente a favor. No es la primera vez que nos vemos en una situación así.

El ostrogodo comprendió su intención beligerante y se le calmó la voz.

—¿Habéis encontrado a alguien de Gotland por el camino? —preguntó.

—Tres barcos esta mañana —respondió Orm.

—¿Habéis hablado con ellos?

—Con mucha amabilidad. Llevaban buena carga y nos han preguntado por los ostrogodos.

—¿Por los ostrogodos? ¿Tenían miedo?

—Nos han dicho que estaban tristes sin vosotros.

—Típico de ellos —dijo el ostrogodo—. Tres barcos, dices... ¿Y qué mercancía lleváis vosotros?

—Armas y hombres. ¿Te interesa alguna de las dos cosas?

—Pues entonces estamos iguales y no tenemos por qué batirnos —dijo el otro—. Escucha bien mi consejo, venid con nosotros y asaltemos a los de Gotland, obtendremos ganancias que valdrán la pena y las repartiremos como buenos hermanos.

—¿Qué cuenta tienes tú pendiente con ellos? —preguntó Spof.

—Ellos son ricos y yo no, ¿acaso no es ese motivo suficiente? La fortuna no nos ha sonreído en el camino de vuelta a casa. Salimos ricos del Volga, pero los merienos nos tendieron una emboscada en su lugar de arrastre. Allí perdimos uno de los barcos y la mayor parte de la mercancía. No queremos volver a casa pobres, acompañadnos si sois los hombres que parecéis ser. Lo que llevan los de Gotland hace que valga la pena el esfuerzo; se dice que en su casa han empezado a poner herraduras de plata a sus caballos.

—Tenemos asuntos pendientes en la dirección opuesta —dijo Orm—, y son asuntos urgentes, pero a los de Gotland les gustará veros; tres barcos contra uno puede que sea lo que más desean.

—Será lo que pueda ser —dijo el otro, sombrío—, pero lo que siempre he oído decir se confirma, que los de Skåne son temperamentales bolas de sebo que sólo piensan en ellos y nunca hacen un favor de amigo al prójimo.

—Es cierto que rara vez pensamos en los ostrogodos, excepto cuando es necesario —dijo Orm—, y ahora ya hemos perdido bastante tiempo por tu culpa. ¡Adiós!

El barco de Orm se mantuvo ligeramente detrás del otro y Toke viró para ponerse a contracorriente de nuevo, pero mientras esto sucedía la ira se hizo demasiado grande en el *hövding* de los ostrogodos y de repente arrojó su lanza a Orm.

—¡Aquí tienes algo que te dará que pensar! —gritó mientras la lanza volaba por los aires.

Muy cerca de Orm estaba Olof Pavón, y este último hizo entonces algo que se ha oído explicar muchas veces, pero que en pocas ocasiones se ha visto hacer. Cuando llegó la lanza dio un paso adelante, la agarró al vuelo, justo por el refuerzo, le dio la vuelta en la mano y la devolvió con tal rapidez que apenas pudieron ver lo que estaba

pasando. El ostrogodo no estaba preparado para tan fulminante respuesta, y la lanza le alcanzó el hombro, se tambaleó y quedó sentado.

—¡Ahí va un saludo de Finnveden! —dijo Olof.

—¡Sí, sí! —gritaron los hombres de Olof asintiendo en todas direcciones mientras estallaban de alegría por la hazaña de su *hövding*. Todos a bordo se alegraron con ellos, a pesar de que estaban seguros de que ahora iban a tener a los ostrogodos encima. Sin embargo, éstos se quedaron desanimados y continuaron río abajo, y ya no les volvieron a ver más.

—Jamás he visto un lanzamiento como éste —dijo Orm—, te lo agradezco.

—Soy tan diestro como tú con la mayoría de las armas —dijo Toke—, pero no sería capaz de emularte en ese lanzamiento. Y que sepas, Olof Styrsson, que para que Toke Grågulleesson diga algo así tiene que ser algo excepcional.

—Es un don —dijo Olof—, pero es posible que sea poco común. Lo aprendí de joven, sin mayor problema, pero nunca he podido desapronderlo.

Aquella noche hablaron largo y tendido de la proeza, en su campamento en la orilla del río, y de qué pasaría cuando los ostrogodos alcanzaran a los de Gotland.

—No pueden atacar a tres barcos con uno, por muy furiosos que estén —dijo Toke—, pero van a seguir a los de Gotland hasta la desembocadura del río y cruzarán los dedos para que tengan mal tiempo en el mar. Si separan a los de Gotland podrán atraparles mejor, pero les van a dar trabajo.

—Los ostrogodos son un pueblo peligroso —dijo Orm—. Llevábamos algunos en el viaje a Inglaterra con Thorkel Höge. Son buenos guerreros, y ellos se tienen por ser los mejores de todos. Es por eso que les cuesta entenderse con otra gente y por eso también no se esfuerzan demasiado. Son alegres cuando están borrachos, pero el resto del tiempo no tienen mucho sentido del humor. Lo peor es cuando piensan que alguien se ríe de ellos a sus espaldas, entonces sí que prefieren hacer chocar las puntas de lanza. Por eso montaremos una firme guardia esta noche, porque podría ser que cambiaran de opinión y volvieran.

Pero eso no sucedió, y reforzados por aquel encuentro los hombres bogaron hacia el interior de aquella tierra infinita.

Llegaron a un lugar donde el agua fluía alrededor de grandes losas. Allí vararon el barco y lo vaciaron para arrastrarlo por un terreno ya marcado que bordeaba el rápido por la parte superior, para luego botarlo de nuevo al agua. Cuando transportaron toda la mercancía por el mismo camino y de nuevo la estibaron, los hombres preguntaron con confianza si no había llegado el momento de beber la buena cerveza, pero Spof respondió que sólo un principiante podía pensar así.

—Esto no es un lugar de arrastre —dijo—, esto es un levantamiento. Sólo va a haber cerveza especial en los lugares de arrastre.

Varias veces llegaron a lugares como aquél y a algunos de más difícil paso aún, pero Spof siguió en sus trece y empezaron a preguntarse cómo debía ser un lugar de arrastre.

Cada tarde, después de que hubieran desembarcado para pasar la noche, pescaban en el río y siempre obtenían buenas y abundantes capturas. Por eso no pasaron necesidad, a pesar de que casi todos los alimentos de a bordo se habían terminado; aun así, sentados junto a la hoguera donde se asaba el pescado, se sentían tristes, añoraban la carne fresca y estuvieron de acuerdo en que demasiado pescado lleva a la melancolía. Ahora también empezaban a estar hartos del arduo trabajo al remo, pero Spof les consoló diciendo que pronto tendrían la oportunidad de ver otras cosas.

—El arduo trabajo al remo aún no ha empezado —dijo.

Los hijos de Sone eran los que llevaban peor el tener que comer pescado, y cada tarde salían a cazar. Se llevaban lanzas y arcos, y eran diestros en encontrar los senderos de animales y los abrevaderos, pero a pesar de su insistencia y de que volvían muy tarde al campamento, tardaron mucho tiempo en obtener una presa. Al final, consiguieron cazar un alce, que habían conseguido hacer entrar en una grieta. En esa ocasión no volvieron al campamento hasta el amanecer. Habían hecho un fuego en el bosque y habían comido hasta hartarse, y no fueron desprendidos con la carne que cargaron hasta el campamento.

Tras esto, la caza se hizo más interesante. Ulf Glade y Svarthöfde se unieron a los hijos de Sone y otros con ellos, y Orm se arrepintió de no haberse llevado un par de los grandes perros, que ahora podrían serles de mucha utilidad.

Una tarde, Svarthöfde llegó jadeante al campamento y pidió hombres y cuerdas a gritos. Había carne para todos, dijo, y cada uno de los hombres del campamento se apresuró a ayudar. Habían conducido cinco grandes animales a una ciénaga y los habían matado allí, por eso necesitaban muchos hombres para poder sacarlos. Todos acudieron contentos a ayudar, y las presas no tardaron en yacer sobre tierra seca. Los animales parecían bueyes grandes y barbudos. Orm jamás los había visto antes, pero un par de hombres de Toke dijeron que se trataba de uros, como los que aún había en el lago Asnen, en Värend, y que allí se tenían por sagrados.

—Mañana nos tomamos el día libre y celebramos un festín —dijo Orm.

El banquete fue del gusto de todos, y los uros, que fueron calificados de únicos en sabor y jugo, fueron acompañados por la cerveza que quedaba de la desembocadura.

—No pasa nada —dijo Orm—, ya se había empezado a agriar.

—Cuando lleguemos a la ciudad de los polochanos, Polatsk, podremos comprar hidromiel —dijo Spof—, pero no dejes que nadie te convenza de tocar la cerveza de arrastre.

Cuando se recuperaron de aquel ágape y continuaron el viaje, tuvieron tanta suerte que pudieron navegar a vela un día entero y llegaron a un lugar donde se empezaban a ver rastros de civilización.

—Aquí empieza el domino de los polochanos —dijo Spof—, pero no veremos a ninguno hasta que lleguemos a su ciudad. Los que viven aquí, en las tierras salvajes, no se acercan al río cuando saben que pasa un barco, porque tienen miedo de que los capturen como esclavos remeros y los vendan en el extranjero.

Spof les explicó también que estos hombres no tenían más dioses que las culebras, que vivían con ellos en las chozas, pero Orm miró a Spof y dijo que no era la primera vez que se embarcaba, y que se iba a creer sólo lo que le pareciera de aquello.

Llegaron a la ciudad de Polatsk, una ciudad formidable con doble muralla y empalizada. Muchos se paseaban desnudos, aunque no vieron a ninguna mujer entre ellos; al parecer, hacía un tiempo se habían recaudado los tributos y fue una orden del *hövding* de la ciudad: ningún hombre podría ir vestido si no pagaba todo lo que debía al Gran Príncipe. Algunos de ellos parecían más disgustados que otros, decían que habían pagado pero tenían que ir desnudos de todos modos porque no les quedaba nada que ponerse después de haber pagado los tributos. Para mejorar su situación antes de que llegara el frío, ofrecían a sus mujeres a cambio de una camisa o a sus hijas por un par de zapatos, e hicieron buenos negocios con los hombres de Orm.

El *hövding* de la ciudad era de origen suión y se llamaba Faste. Les recibió amable y quiso que le contaran novedades. Él era ya mayor y había servido mucho tiempo en la corte del Gran Príncipe, tenía mujeres de Polatsk en su casa y muchos hijos, y cuando empezó a embriagarse habló con más fluidez la lengua de la ciudad que la suya propia. Orm le pudo comprar hidromiel y tocino, y otras cosas que necesitaba.

Cuando estaba a punto de proseguir su viaje, Faste se acercó a Orm para pedirle que se llevara con él a su escribiente, que se dirigía a Kiev con una cesta llena de cabezas. El Gran Príncipe quería ver que sus *hövding* en las ciudades se mantenían laboriosos, y sobre todo le gustaba que le enviaran las cabezas de los peores malhechores. En los últimos tiempos no había habido un emisario seguro hasta Kiev, y ahora no quería desaprovechar esta oportunidad. El escribiente era un joven hombre de Kiev y llevaba una piel de oveja donde había escrito los nombres de los propietarios de las cabezas, así como los delitos que habían cometido.

Tras la hospitalidad de Faste, a Orm le pareció que no se podía negar a pesar de que no le agradaba aquello. Las cabezas le despertaban pensamientos sombríos porque no era la primera vez que veía algo así, y también se le ocurrió que la suya propia fue una vez vendida al rey Sven, a pesar de que aquella transacción nunca culminó. Por eso la cesta le parecía un objeto de infortunio y todos se unieron a Orm en aquella idea. También se notaba en el calor del verano que las cabezas empezaban a tener ya unos días, y poco después de haber zarpado los hombres refunfuñaron sobre el fuerte hedor que desprendían. El escribiente se sentó junto al cesto y parecía que a él no le molestaba, pero comprendía la lengua de los nórdicos y él mismo sugirió que sujetaran el cesto con un cabo y lo arrastraran en el agua. Esta propuesta tuvo gran apoyo, ataron bien la cesta y la arrojaron por la borda. Llevaban la vela desplegada y buena velocidad y, entrado el día, Svarthöfde gritó que el cesto se había soltado y no había rastro de él.

—Ahora, escribiente, lo que tienes que hacer es saltar al agua a buscar tus tesoros

—dijo Toke—; si no, la mala fortuna puede perseguirte.

El contratiempo disgustó al escribiente, pero no parecía demasiado preocupado. Lo más importante era la piel de oveja; mientras la conservara, el resto no tenía tanta importancia. Sólo eran nueve cabezas y creía que las podía tomar prestadas de amigos entre los funcionarios de Kiev; ellos solían tener malhechores en abundancia por castigar.

—El uno ayuda al otro por la misericordia de Dios —dijo—, y todas las cabezas son iguales.

—He oído que en este país sois cristianos —dijo Orm.

—En Kiev sí lo somos —dijo el escribiente—, porque el Gran Príncipe así lo ha ordenado y es mejor no llevarle la contraria.

Llegaron a un lugar donde confluían dos ríos. El de la derecha, de nombre Ulla, era el que iban a seguir, y fue en este punto que se hizo más arduo el trabajo al remo porque la corriente era fuerte y el río se estrechaba, y a menudo tuvieron que arrastrar el barco por lugares no navegables. Se deslomaron largo y duro, y hasta los más corpulentos lo sintieron, así que los hombres pensaron con nostalgia en los buenos días que habían pasado en el río Dvina. Al final, llegaron a un lugar donde Spof amarró el barco, a pesar de que era pronto. Aquí, dijo, tenían el lugar de arrastre.

Allí encontraron troncos que habían sido abandonados por viajeros que iban en la dirección opuesta. Había tablas y cilindros, y una especie de gruesos patines. Unos cuantos aún servían, pero otros tuvieron que ser confeccionados de nuevo con las hachas, de árboles caídos. Vararon el barco y, con mucha carpintería, colocaron los patines adelante y atrás, a ambos lados de la quilla. Mientras estaban ocupados con esto vieron a algunos hombres que salían del bosque; se mantuvieron alejados, y se quedaban de pie, vacilantes. Spof se alegró de verles, les hizo una señal con la mano y, sosteniendo una jarra, gritó lo que pudo en su idioma, sólo dos palabras: bueyes y plata. Los hombres se acercaron y fueron invitados a beber, y el escribiente de Faste fue entonces de utilidad porque podía hablar con ellos.

Tenían bueyes en alquiler, pero sólo diez, a pesar de que Spof hubiera querido más. Los tenían pastando en el bosque, en el interior, donde los bandidos y los recaudadores de tributos no los pudieran encontrar, y en tres días podrían estar allí con ellos. No pedían una gran paga, y más que plata querían lona de la vela porque a sus mujeres les gustaba aquel tejido rayado. Eso sí, si alguno de los bueyes moría, querían una buena compensación por él. A Orm le parecieron razonables sus peticiones, algo que durante el viaje no había tenido la oportunidad de pensar.

Todos se aplicaron a ayudar con los trabajos de carpintería y confeccionaron un amplio carro con sólidos discos de roble que actuaban de ruedas. Sobre él cargaron la cerveza y la aseguraron, y con ella la mayoría de bienes del barco.

Los hombres de los bueyes llegaron como habían dicho y, cuando todo estuvo listo, amarraron dos bueyes al carro y el resto al barco.

—Con seis bueyes más hubiera ido todo bien —dijo Spof—, ahora tendremos que

ayudar a tirar, pero bueno, tenemos que estar agradecidos por lo que tenemos, porque sin la ayuda de los bueyes esto es peor que cualquier otra cosa que uno pueda probar.

Cuando empezaron a tirar, algunos de los hombres se adelantaron para apartar árboles caídos y allanaron el camino. Luego pasó el carro. Sus bueyes eran dirigidos con cautela, y cuando las ruedas empezaron a humear, engrasaron los ejes con tocino y brea. Y finalmente pasó el barco con muchos de los hombres tirando de cuerdas al lado de los bueyes. Cuando el camino era cuesta abajo o si pasaban por zonas con hierba o musgo, los bueyes podían tirar solos, pero cuando era cuesta arriba los hombres tenían que tirar con todas sus fuerzas y, en los tramos más arduos, tuvieron que poner cilindros bajo los patines. Los guías de los bueyes hablaban sin cesar con ellos, y a veces les cantaban para que tiraran de buen grado. Sin embargo, cuando los hombres de Orm se dirigían a ellos como estaban acostumbrados a hacerlo en casa con sus bueyes, no servía de nada porque éstos no comprendían lo que les decían. Esto maravilló a los hombres porque demostraba, dijeron, que los bueyes eran animales mucho más inteligentes de lo que habían creído hasta el momento, puesto que ellos, como las personas, no comprendían las lenguas de los extranjeros.

A los hombres les cansó el calor, el duro trabajo y correr arriba y abajo con los cilindros, pero continuaron, incansables, porque era para ellos un gran consuelo ver el gran carro con la cerveza ante sí, e hicieron lo que pudieron para acompañarlo. En cuanto acamparon por la tarde, todos pidieron la cerveza a gritos, pero Spof dijo que este primer día había sido fácil y que el hidromiel de Faste aún era lo bastante bueno. Lo bebieron refunfuñando y no tardaron en dormirse, y el día siguiente fue aún peor. Hacia la tarde, muchos de ellos empezaron a caer rendidos, pero Toke y Orm los animaron y a veces se pusieron en la cuerda ellos mismos, y cuando la tarde del segundo día llegó Spof dijo que al fin había llegado el momento de tomar la cerveza de arrastre. Abrieron uno de los barriles y repartieron justamente la comida entre todos, y a pesar de que todos habían probado la cerveza en Vi, en Gotland, estuvieron de acuerdo en que no habían comprendido lo magnífico de su sabor hasta aquel momento, y que era una buena recompensa por los esfuerzos. Orm ordenó que también los guías de los bueyes tuvieran su parte, y bebieron contentos y enseguida se emborracharon y se pusieron a cantar, porque sólo estaban acostumbrados al hidromiel aguado.

El tercer día llegaron a un lago estrecho y largo situado entre las lomas de dos colinas, y allí se les aliviaron los esfuerzos. El carro y los bueyes avanzaron por tierra, pero el barco pudo hacerlo en el agua, con los patines aún colocados. Con una suave brisa atravesaron el lago a vela y acamparon en la orilla opuesta. No muy lejos del lugar de acampada había un poblado, situado en lo alto de la ladera que daba al lago, con pastos exuberantes en la parte inferior, y vieron cómo hacían entrar las reses cebadas tras haber pastado, a pesar de que aún quedaba un buen rato para el final del día. El poblado parecía grande y estaba protegido por una peculiar estructura que, en algunos puntos, era una alta muralla de piedra y tierra, pero en otros dejaba ver una

empalizada de gruesos troncos que parecían poder superarse con facilidad.

Los hombres estaban de buen humor porque éste era el mejor día que habían tenido en mucho tiempo, y al ver las reses de nuevo sintieron el anhelo de carne fresca. Ni Orm ni Olof quisieron darles plata para comprar, porque no les parecía necesario teniendo en cuenta los gastos que habían tenido, pero muchos de los hombres, que no se podían controlar, decidieron ir a buscar lo que querían al poblado. El escribiente de Faste dijo que los habitantes de esta región eran salvajes de la tribu de los dregovichos, que aún no pagaba tributos, así que con ellos, dijo, se podía hacer como uno quisiera. Spof dijo que la última vez que estuvo allí, hacía siete años, este poblado estaba en construcción, pero entonces no había visto reses y no habían molestado a los que trabajaban en la construcción. Orm dijo a los hombres que no mataran a nadie en el poblado sin motivo y que no se llevaran más reses de las necesarias, y tras escucharle partieron. Los hijos de Sone eran los más impacientes, puesto que desde que entraron en el río Ulla no habían podido cazar tras los ingentes esfuerzos.

Los que habían ido por tierra llegaron un poco más tarde al campamento, y cuando el escribiente contó a los guías de los bueyes que algunos hombres habían ido al poblado para buscar reses empezaron a mofarse de ellos riendo hasta el llanto. Orm y los demás se preguntaron de qué reían, y el escribiente les gritó inútilmente para averiguarlo: sólo respondieron que todos lo verían pronto, y con ello volvieron a echarse a reír.

En ese momento se oyeron alaridos salvajes desde el poblado, y pronto vieron correr ladera abajo a todo el grupo de los que habían ido a buscar reses. Agitaban los brazos y gritaban, a pesar de que no se veía a nadie más que a ellos, y un par cayeron y rodaron por el suelo y quedaron inmóviles, otros consiguieron llegar al lago y saltaron al agua.

Todos los del campamento se quedaron atónitos al ver aquello.

—¿Huyen de diablos o de fantasmas? —preguntó Orm.

—Es posible que sea de las abejas —dijo Toke.

Estaba claro que tenía razón, y todos empezaron a reír como los guías de los bueyes, que lo habían sabido desde el principio.

Los perseguidos tuvieron que quedarse un buen rato en remojo, dejando sólo la nariz fuera del agua, antes de que las abejas se cansaran y volvieran a casa. Al regresar al campamento cabizbajos y con el rostro hinchado, se sentaron sin hablar mucho pensando que su reputación se había visto mermada con aquella huida de las abejas. Lo peor fue que tres de los hombres habían muerto en la ladera por la caída, dos de los de Olof Pavón y uno de los hijos de Sone. Esto fue motivo de pesar, ya que los que habían perdido eran buenos hombres y Orm ordenó que sirvieran cerveza de arrastre para honrar la memoria de los difuntos y para que los que habían sufrido picaduras pudieran recuperarse.

Los guías de bueyes hablaron entonces de los dregovichos, y el escribiente

tradujo lo que dijeron.

Estos dregovichos, dijeron, eran más listos que otros y habían encontrado una manera de estar tranquilos en sus poblados. Tenían muchos enjambres de abejas que vivían en los troncos de protección, y en cuanto un extraño tocaba los troncos o se encaramaba a ellos salían en tromba a picar. Sin embargo, habían tenido suerte de haberlo intentado de día, porque por la noche les hubiera ido mucho peor. Las abejas sólo podían vigilar el poblado durante el día, porque por la noche duermen. Por eso, los inteligentes dregovichos tenían también osos que capturaban cuando aún eran crías, a los que adiestraban y trataban bien, y si los bandidos asaltaban por la noche, soltaban a los osos, que mataban a los intrusos y volvían después a sus señores para recibir las galletas de miel de premio. Por eso nadie se atrevía a acercarse a los poblados de los dregovichos, ni siquiera los crueles hombres que recaudaban los tributos para el Gran Príncipe.

Al día siguiente, se quedaron en aquel lugar para dar sepultura a los muertos. Algunos de los hombres querían prender fuego al poblado para vengarse, pero Orm lo prohibió con dureza porque nadie había puesto la mano encima a los muertos, que no tenían a quien culpar más que a ellos mismos. Era preocupante la situación de los que habían recibido las peores picaduras, porque estaban muy enfermos, pero los guías de los bueyes subieron al poblado y hablaron con la gente de allí y, un rato después, volvieron con tres mujeres mayores. Estas examinaron a los enfermos y les untaron con un ungüento compuesto por grasa de serpiente, leche de mujer y miel, además del jugo de hierbas curativas, lo que hizo que se sintieran mucho mejor. Orm dio cerveza y plata a las mujeres, que bebieron con ansias sin dejar una gota, y le agradecieron humildes la plata. El escribiente habló con ellas, le miraron muy seriamente, asintieron y volvieron al poblado.

Un rato después, llegaron algunos hombres del poblado con tres cerdos y dos bueyes jóvenes. El escribiente se acercó a ellos, pero lo apartaron a un lado y se colocaron ante Orm y Olof Pavón, y empezaron a hablar ansiosos. El escribiente estaba junto a ellos y escuchaba, y de repente gritó y huyó al bosque a la carrera. Nadie pudo entender qué sucedía excepto los guías de los bueyes, y éstos no conocían muchas palabras de la lengua de los nórdicos, pero por los gestos quedó claro que los dregovichos querían regalar los cerdos y los bueyes a Orm a cambio del escribiente. Lo querían para dárselo a sus osos, porque no sentían aprecio por los hombres del Gran Príncipe. Orm no pudo complacerles en este asunto, pero también a ellos les sirvió cerveza de forma muy amistosa. A lo largo del día llegaron otras mujeres con grandes quesos, que cambiaron cada una por una sabrosa cerveza. Los hombres, que estaban asando carne, opinaron que aquello se presentaba mejor de lo que habían esperado. Lo único malo era que las que bajaban eran viejas y no jovencitas, pero a estas últimas seguro que los dregovichos no las dejaban salir del poblado.

El escribiente salió de su escondite al final de la tarde, atraído por el olor a asado, impaciente por alejarse de aquellos salvajes. El Gran Príncipe iba a saber cómo se

habían comportado con uno de sus servidores, dijo.

Continuaron el viaje y llegaron a otro lago, que era aún más grande que el anterior, y en el séptimo día de arrastre llegaron a un río que Spof llamaba río de los Castores, y los guías de bueyes Berezina. Todos se alegraron al ver aquel río, y aquí bebieron la última cerveza de arrastre que les quedaba, pues aquí terminaban los esfuerzos del viaje.

—Pero ahora no nos queda cerveza que nos ayude a la vuelta —dijo Orm.

—Es cierto —dijo Spof—, pero sólo es necesaria en el camino de ida, porque con las personas es como con los caballos: cuando vuelven a casa tiran de buen grado sin necesidad de acicates.

Pagaron a los guías de bueyes y recibieron más de lo que habían pedido porque Orm, a pesar de que a veces resultaba algo tacaño con los comerciantes que para él se comportaban como bandidos o peor, nunca lo era con hombres que le hubieran servido bien. Además, empezaba a pensar que se acercaba al oro búlgaro. Los guías le dieron las gracias y, antes de volver a su casa, fueron con Spof y Toke a un poblado donde hablaron con buenos hombres que se mostraron dispuestos a alquilarles bueyes para el camino de vuelta. Orm hizo construir un escondite donde colocaron la madera que utilizarían a la vuelta, pero tres tandas de patines se habían roto en el camino por tierra. Orm se llevó el carro, ya que les podía ser útil en los rápidos.

Navegaron río abajo, pasando las cabañas de pescadores y las construcciones de los castores, y se alegraron de que el viaje ahora fuera menos dificultoso. El río fluía brillante y negro entre magníficos árboles de ribera, y a los hombres les pareció que los peces de aquel río eran más jugosos que los que habían pescado en el Dvina. Sólo tenían que remar unos pocos, el resto de hombres descansaban tranquilamente y se explicaban historias preguntándose si harían todo el viaje sin tener que presentar batalla.

El río se ensanchó más y más y llegaron al Dniéper. Orm y Toke estuvieron de acuerdo en que ni siquiera los mayores ríos andaluces podían medirse con aquél, y Olof Pavón dijo que de todos los ríos sólo el Danubio era mayor que éste. Sin embargo, Spof pensaba que el Volga era el más grande de todos ellos, y tenía mucho que contar de sus viajes por aquella región.

Se cruzaron con cuatro barcos, que luchaban por remontar el río, y hablaron con sus tripulaciones. Eran comerciantes de Birka que volvían a casa desde Crimea. Estaban cansados y dijeron que el comercio les había ido bien, pero que la vuelta a casa no. Les habían atacado en los rápidos y habían perdido muchos hombres, porque los pechenegos habían llegado desde el oeste e intentaban controlar el paso por sus tierras. Nadie debería viajar más allá de Kiev, dijeron, antes de que los pechenegos se marchen del río y vuelvan hacia pastos más orientales.

Estas noticias dieron a Orm mucho que pensar, y después de que se despidieran de los comerciantes se quedó en silencio, pensativo.

CAPÍTULO VII

De lo que aconteció en los rápidos

Aquella tarde, pararon a pasar la noche junto a un poblado donde podían comprar ovejas e hidromiel. Después de haber comido, Orm se sentó a deliberar con Olof y Toke sobre las noticias que habían oído y sobre cuál era la mejor manera de proceder, ahora que empezaban a acercarse al objetivo final de su viaje. Subieron a bordo del barco vacío para poder hablar sin que nadie les oyera, y allí se sentaron en la calma del atardecer, mientras las libélulas jugaban en la superficie del agua y el río chapoteaba despacio alrededor del barco.

A Orm le parecía que tenía muchas preocupaciones.

—En este momento la situación es la siguiente —dijo Orm—: tenemos que diseñar un plan inteligente si queremos que esta historia tenga un final feliz. Nadie sabe nada del tesoro excepto nosotros tres, además de los dos muchachos, que sin duda mantendrían la boca cerrada. Todo lo que los hombres saben es que vamos a Kiev a recoger una herencia, y ni siquiera a Spof le he contado más. No obstante, ahora tenemos que decirles que nos dirigimos a los rápidos, y que la herencia está oculta allí, pero si lo hacemos, todo Kiev lo sabrá también al poco de que nosotros lleguemos allí, porque los hombres que beben en un buen puerto no pueden callar algo así más allá de la tercera jarra, ni siquiera si la muerte es el castigo que les espera a los que hablan demasiado. Y si nuestro asunto llega a oídos del Gran Príncipe y de sus hombres, tendremos servido el infortunio, porque entonces serán muchos los que quieran compartir la plata y el oro con nosotros, y más aún los que prefieran matarnos a todos y quedárselo todo ellos. Además de todo esto, tenemos que pensar en los pechenegos, que esperan al acecho en los rápidos.

Olof y Toke estuvieron de acuerdo en que había muchas cosas que tener en cuenta. Toke quería saber cuánto camino había de los rápidos hasta Kiev, y si podrían encontrar comida con facilidad.

—Desde Kiev hasta los rápidos hay nueve días de viaje completos —dijo Olof—, pero Spof lo sabrá mejor que yo. Cuando recorrí ese camino, conseguimos comida de los pastores de la orilla con trueques, y también de un rico poblado de severianos, pero puede ser que ahora que no hay paz las cosas sean distintas.

—No sería muy inteligente llegar a Kiev sin que los hombres sepan cuáles son en realidad nuestros intereses —dijo—, porque allí puede haber muchas tentaciones y algunos quizá se nieguen a continuar con nosotros si decimos sólo que el objetivo de nuestro viaje es Kiev.

—Lo peor es que el Gran Príncipe no tardaría en reclutar a muchos de nuestros hombres, y si por él fuera, a todos nosotros —dijo Olof—. Yo he servido al Gran

Príncipe Vladimir, y sé cómo son las cosas en Kiev. Siempre ha sido generoso en las soldadas y si ahora están en guerra pues pagará mejor que de costumbre. A él le parece que nunca tiene bastantes nórdicos en sus filas; nos considera los mejores, cosa que por otro lado es bien cierta, y nos aprecia mucho desde que le ayudaron los suiones con la cerveza de príncipe en su juventud. Él mismo es descendiente de los suiones. Tiene muchas maneras de tentar a los nórdicos para que se queden en Kiev, aunque en un principio no se dejen tentar por el oro.

Orm asintió mientras observaba los reflejos en el agua, pensativo.

—Hay muchas cosas que hacen desaconsejable visitar al Gran Príncipe Vladimir —dijo—, y sin embargo su reputación es tal y su sabiduría tan célebre que es indignante estar en su ciudad y no poder verle. Es posible que iguale al rey Harald. Se dice que ahora, de viejo, lo tienen por un hombre sagrado, si bien le ha llevado cierto tiempo llegar hasta ahí. Pero bueno, tenemos que pensar sobre todo en lo más importante. Nuestro objetivo es encontrar el tesoro, y cuando lo hayamos conseguido tendremos otro, llevarlo hasta casa intacto. Y ahora creo que estamos los tres de acuerdo, lo más inteligente es ir directos a los rápidos.

—Sí, es cierto —dijo Toke—, pero de todos modos no estaría de más escuchar la opinión de Spof al respecto. Él es quien mejor conoce el camino, y quizá sepa más que nosotros de estos pechenegos.

Los otros dos asintieron y llamaron a Spof. Orm le habló entonces del tesoro.

—No te dije nada de esto antes —dijo—, porque aún no te conocía, pero ahora sé que eres un buen hombre.

—En ese caso este viaje es más largo de lo que yo pensaba —dijo—, e incluso más peligroso. Mi paga te pareció ya cara, pero si hubiera sabido que íbamos a llegar hasta los rápidos te hubiera costado aún más.

—No te vamos a engañar con la paga —dijo Orm—, por este viaje hasta los rápidos podrás añadir lo que te parezca razonable. Y otra cosa te digo aquí y ahora, con Toke Grågulleesson y Olof Styrsson como testigos: no te quedarás sin tu parte del tesoro si todo nos va bien con él, y será la parte completa que le toca a alguien con tu cargo.

—Entonces me parece bien —dijo Spof—. Nosotros, los de Gotland, nos sentimos mejor cuando conocemos el estado de nuestros asuntos.

* * *

Spof también les aconsejó, después de pensarlo mucho, que se dirigieran directamente a los rápidos.

—Por los alimentos no os preocupéis, son más baratos más abajo —dijo—. Una vez conseguí cinco cerdos bien cebados por un hacha de hoja ancha y una bolsa de

alforfón. Vamos a encontrar ricos poblados hasta Kiev y en adelante, y podremos comprar lo necesario para que nos alcance a ir y volver de los rápidos. Y lo mejor sería que compraras lo que necesitamos, como has hecho hasta ahora, si te llega la plata, porque no es una buena idea conseguir las cosas por la fuerza en el camino, ya que puede dar un gusto amargo al deshacer el mismo camino de vuelta.

Orm respondió que aún le quedaba algo de plata con que tintinear, a pesar de que ya había gastado la mayor parte de ella.

—El mayor problema son los pechenegos —continuó Spof—. Es posible que tengamos que comprarles nuestra libre circulación, pero también podría ser que no nos dejaran pasar. Estaría bien si me pudieras decir en qué orilla está el tesoro, y a qué altura de los rápidos.

—Está en la parte oriental —dijo Orm—, entre el segundo y el tercer rápido, contando desde el sur. Pero el lugar exacto no lo va a saber nadie hasta que lleguemos al lugar donde se encuentra.

—En ese caso hay un buen trecho desde el inicio del lugar de arrastre —dijo Spof—. Lo mejor sería que pudiéramos llegar de noche, pero nos hubiera ido bien tener a alguien que comprendiera la lengua de los pechenegos por si entramos en contacto con ellos de un modo amistoso, aunque, en fin, eso es algo que ahora no podemos remediar.

—Para eso sí hay solución —dijo Toke—, nos llevamos al escribiente de Faste a los rápidos. Ya llegará a Kiev en algún momento, en el camino de vuelta, y siempre habrá alguien entre ellos que comprenda su lengua, aunque él no comprenda la de ellos.

Así acabaron aquellas deliberaciones. A la mañana siguiente, antes de proseguir el camino, Orm habló a los hombres. Les dijo que iban a seguir el descenso por el río más allá de Kiev, a un lugar donde se encontraba escondida la herencia de su hermano.

—Puede ser que tengamos que luchar —dijo—, y si actuáis como hombres dispuestos y la herencia llega a mis manos, tendréis una parte de ella, además de la buena paga que ya os habíamos prometido.

Los hombres no tuvieron mucho que decir al respecto. Sólo los hijos de Sone murmuraron entre ellos que allí iban a morir dos, y que hubieran preferido tener cerveza de arrastre, y no la bebida dulce que les daban en este país, para poder luchar con todas sus fuerzas.

Desembarcaron en varios lugares en el curso inferior del río, en los poblados de los polianos, que vivían un período de abundancia. Allí Orm compró alimentos y bebida, y se avituallaron también como cuando emprendieron el viaje desde casa. Y un día después, al atardecer, cuando el río estaba cubierto por la niebla, pasaron Kiev a remo y no pudieron distinguir gran cosa de la ciudad.

El escribiente de Faste se inquietó al ver que no desembarcaban allí.

—Mi asunto para con el Gran Príncipe es de suma importancia, como ya sabéis

—dijo.

—Se ha decidido que nos vas a acompañar a los rápidos —dijo Orm—. Se te da bien hablar con la gente y nos puedes ser útil allí donde vamos. Te dejaremos en Kiev cuando volvamos.

El escribiente mostró gran desazón, pero después de haber hecho jurar a Orm, por la Santísima Trinidad y san Cirilo, que no le iba a vender a los pechenegos y que no le iba a obligar a remar, se calmó y dijo que el Gran Príncipe tendría que armarse de paciencia.

Pronto los poblados a lo largo de la orilla empezaron a escasear, y al final cesaron del todo para dejar paso a los pastos, donde gobernaban los pechenegos. Desde el barco, a veces podían verse rebaños de ovejas y caballos en los abrevaderos, vigilados por pastores a caballo con largos gorros de piel y largas lanzas. A Spof le pareció una buena noticia que sólo vieran rebaños en la orilla izquierda, y nunca en la derecha. Esto era porque el caudal del río era alto, dijo, y por eso los pechenegos no podían acceder con los rebaños a la orilla derecha, porque perderían muchas cabezas en los lugares de paso. Amarraban el barco siempre en la orilla segura, pero de todos modos pusieron vigilantes cada vez que acampaban por si les atacaban.

Cuando les faltaban tres días para llegar a los rápidos, se volvieron más cautos y sólo remaban de noche, y durante el día escondían el barco entre altas cañas, en refugios de la orilla derecha. El último día se escondieron en un lugar tan apacible que, durante las horas de espera, sólo oyeron el murmullo del agua y, al caer la noche, remaron hasta la orilla izquierda, donde empezaba el camino de arrastre.

A Toke le había tocado quedarse a bordo del barco con veinte hombres más. Iban a remar de nuevo al centro del caudal, y pasarían la noche anclados allí hasta que escucharan voces conocidas que les llamaran desde la costa. Toke no quería quedarse en el barco, pero no tuvo más que conformarse cuando le tocó hacerlo. Orm hubiera preferido dejar a Svarthöfde con él, pero no consiguió hacer su voluntad en este asunto.

Orm y Olof Pavón subieron por el camino con el resto del grupo, con Spof de guía y los hombres armados con espadas y arcos. Spof había recorrido aquel camino en varias ocasiones, y dijo que tenían que pasar el sexto rápido contando desde el norte. Tendrían que caminar a paso ligero durante tres horas, e iban a tener el tiempo justo para volver antes del amanecer con el tesoro si les costaba mucho tiempo sacarlo. Llevaban con ellos el carro del lugar de arrastre anterior, para transportar el tesoro en él, e incluso al escribiente, si bien no le complacía mucho la idea. Empezaron la caminata en una noche sin luna, pero vieron que no tardaría en salir y Orm se alegró de ello, pues estaba preocupado por no poder llegar a ver el lugar donde estaba escondido el tesoro.

Sin embargo, cuando la luna hizo acto de presencia, les ocasionó problemas enseguida, porque lo primero que iluminó fue a un jinete con gorro de punta y abrigo largo que estaba quieto sobre una colina situada a la izquierda del camino. Se

detuvieron de inmediato ante aquella imagen, y se quedaron de pie, en silencio. Aún estaba oscuro en la depresión donde ellos se encontraban, pero el jinete miraba en dirección a ellos como si el ruido de los pasos o el chirriar de las ruedas le hubiera alertado.

Uno de los hijos de Sone tocó a Orm con el arco.

—Está lejos —susurró—, y la luz de la luna es traicionera, pero pensamos que le podemos alcanzar para que no se mueva de ahí, si tú quieres.

Orm dudó un instante, y respondió susurrando que no sería él quien iniciaría la contienda.

El jinete de la colina dio un silbido que sonó como el de un chorlo, y un nuevo jinete apareció a su lado. El primero alargó el brazo y dijo algo, y luego se quedaron quietos los dos. Luego, de repente, dieron media vuelta sobre los caballos y se marcharon.

—Quizá fueran pechenegos —dijo Orm—, y ahora sí que lo tenemos mal, porque estoy seguro de que nos han visto.

—Pronto estaremos en el quinto rápido —dijo Olof—; sería una lástima dar media vuelta cuando hemos llegado tan lejos.

—Una contienda con jinetes no es nada con lo que uno sueña —dijo Orm—, sobre todo si son superiores en número.

—Quizá nos dejen tranquilos hasta el amanecer —dijo Spof—, puesto que la luz de la luna también va en su contra.

—Continuaremos —dijo Orm.

Se apresuraron todo lo que pudieron, y cuando llegaron a la parte inferior del sexto rápido, Orm empezó a mirar a su alrededor.

—Ahora los que tengan mejor vista que me ayuden —dijo—. En el río tiene que haber una roca, con tres rosales, que no estarán en flor en esta época del año.

—Ahí veo una roca con plantas alrededor, pero no sé si son rosales —dijo Svarthöfde.

Bajaron al agua y encontraron tres rocas más en el agua, pero parecía que no había rosales cerca, y Orm entonces encontró la grieta en la roca por donde manaba el agua, tal como Are lo había descrito.

—Si ahora podemos encontrar una colina que se llama el lugar de los cráneos de los pechenegos, querrá decir que no estamos lejos de lo que buscamos —dijo Orm.

No tardaron mucho en encontrarla. Spof señaló una alta colina situada en el interior.

—Se ve que enterraron a un *hövding* allí —dijo—, y hay cráneos en estacas, sin duda de alguna incursión de los pechenegos aquí en los rápidos.

—Entonces démonos prisa —dijo Orm—, no sea que vayamos a acabar ahí colgados nosotros también.

Se acercó a lo largo de la grieta hasta llegar al lugar situado entre la roca con los rosales y la colina de los cráneos.

—Aquí debería estar —dijo—; ahora sabremos si hemos hecho el viaje en vano.

Todos estaban impacientes, y con una lanza midieron la profundidad del agua en la grieta.

—Necesitamos hombres altos para esta pesca —dijo Orm—, pero yo ya he notado algunas piedras amontonadas contra la pared, y así es como tienen que estar.

Dos hermanos de entre los hombres de Olof, llamados Staf *el Largo* y Skule, originarios de Halland, eran los más altos del grupo. Se mostraron dispuestos a bajar al agua y a hacer lo que pudieran. Quedaron sumergidos hasta el cuello, y Orm les dijo que se agacharan y, sumergidos, fueran sacando las piedras que estaban amontonadas junto a la pared una a una. Sacaron grandes piedras durante un buen rato y el trabajo les pareció arduo, pero después de descansar y recuperar el aliento continuaron. Skule dijo que había tocado algo que no era piedra, pero que no conseguía soltar.

—Muévelo con cuidado —dijo Orm—, pero quita primero todas las piedras.

—Aquí hay algo que no es piedra —dijo Staf *el Largo* subiendo un bulto. Era un saco, y muy pesado, así que tuvo que hacer un gran esfuerzo. Justo cuando lo tenía casi a la mitad de la grieta, el saco se rompió en dos porque la piel de la que estaba hecho se había estropeado en el agua. Todos profirieron un alarido de terror y de dolor cuando un reguero de plata se salió y cayó al agua. Staf *el Largo* intentó cerrarlo con las manos y el rostro, y los hombres se agolparon hacia el saco para sacarlo y salvar lo que pudieran, aunque mucho de su contenido se perdió de todos modos.

—Empezamos bien —dijo Orm con amargura—. ¿Es así cómo tratas tú la plata? ¿Cuánto me va a quedar a mí si sigues sacándola así? Al menos ahora sabemos que hemos llegado al lugar correcto —añadió más tranquilo—, y que nadie se nos ha adelantado. Ahora ve con cuidado con el resto, muchacho de Halland. Tiene que haber cuatro sacos más.

Todos los hombres arremetieron contra Staf *el Largo*, que, enojado, quiso salir del agua. Él no podía evitar que el saco estuviera maltrecho, dijo, y si él hubiera tenido tanta plata por esconder, hubiera tenido el sentido común de ponerla en mejores sacos. Otros podían ahora tomarle el relevo y veríamos si lo podían hacer mejor.

Pero tanto Orm como Olof dijeron ahora que él no podía haberlo evitado, y se calmó y continuó con la pesca.

—Aquí hay algo más —dijo Skule levantando la captura—, y es más pesado que la piedra.

Era un pequeño cofre de cobre, muy verde y pesado, atado con finas cuerdas rojas en zigzag, selladas con plomo.

—Sí, sí, los cofres —dijo Orm—, los había olvidado. Tiene que haber cuatro cofres pequeños como éste. Están llenos de baratijas para mujeres, pero toda la plata está en los sacos.

Con los demás sacos tuvieron mejor fortuna, y los pudieron sacar enteros. La

alegría de todos aumentaba con cada nuevo hallazgo, y nadie pensaba ya en los pechenegos o en el tiempo que pasaba. Tuvieron que buscar durante un buen rato los dos últimos cofres, porque se habían hundido en los guijarros del fondo, pero al final también los encontraron y lo colocaron todo en el carro.

Había transcurrido la mayor parte de la noche, y en cuanto se pusieron en camino volvió la preocupación por los pechenegos.

—Vendrán cuando empiece a clarear —dijo Spof.

—La fortuna de Orm es mejor que la de la mayoría —dijo Olof Pavón—, y la mía no es de las peores, podría ser que acabáramos evitando a los pechenegos, puesto que ha pasado mucho tiempo desde que los jinetes nos vieron y no hemos visto ninguno más. Además, difícilmente los pechenegos nos estarán esperando detrás del último rápido, donde termina el camino de arrastre, porque no tenían modo de saber que sólo íbamos hasta medio camino para luego volver. Por eso no vendrán hasta que hayan comprendido su error, y si todo va bien nosotros llegaremos antes que ellos al barco.

Sin embargo, su pronóstico no fue cierto, aunque no anduvo muy errado, ya que poco después del amanecer, cuando estaban a poca distancia del barco, escucharon el estrépito de cascos tras ellos y los pechenegos llegaron como una tormenta de Odín.

Orm hizo parar al grupo enseguida y les ordenó colocarse delante del carro con los arcos preparados. Los hombres estaban de un humor espléndido y preparados a batirse por la plata con cuantos pechenegos se presentaran.

—Nadie va a tocar este carro mientras cuatro o cinco de nosotros estemos vivos —dijeron tranquilos.

No obstante, la destreza de los pechenegos no era nada desdeñable y no fueron fáciles de vencer. No avanzaron directos hacia los hombres de Orm, sino que llevaron a sus caballos al máximo galope, pasaron por su lado a la distancia adecuada para los arcos, y lanzaron sus flechas al pasar. Luego se volvieron a reunir y esperaron y procedieron de la misma manera en la dirección opuesta. La mayoría de los hombres de Orm eran cazadores avezados, así que se revolvieron bien, y cada vez que un enemigo caía del caballo lanzaban gritos de júbilo. Pero también las flechas de los pechenegos alcanzaban a veces sus objetivos, y al cabo de un rato Orm y Olof estuvieron de acuerdo en que no podían continuar de aquella manera.

Entre dos ataques, Orm llamó a Svarthöfde y a Ulf Glade. Habían sufrido algunos rasguños de flecha, pero estaban los dos animados porque decían que habían alcanzado cada uno un enemigo. En el lugar donde el grupo se había parado, había unas rocas que daban al río, y esto fue una suerte porque, gracias a eso, los pechenegos no podían atacarles desde ese lado. Orm les dijo a los muchachos que se metieran por las rocas intentando que no les vieran. Luego debían apresurarse a bajar hasta el barco por la orilla para avisar a Toke de que acudiera en su ayuda lo más rápido que le fuera posible, y con todos y cada uno de los hombres de a bordo.

—Y ahora depende de vosotros que esta historia tenga un final feliz —dijo—, porque aquí empiezan a escasearnos las flechas.

Los muchachos sintieron gran orgullo por la confianza que habían depositado en ellos en semejante asunto, y se marcharon enseguida. Los pechenegos volvieron y en aquel ataque Olof Pavón recibió una flecha en el pecho que se le metió entre los huecos de la malla y quedó fija.

—Se me ha clavado bien —le dijo a Orm—. Ahora ya no sirvo para nada.

Se tambaleó, pero se mantuvo de pie y se acercó al carro para tenderse sobre él, con la cabeza sobre un saco de plata. Allí yacían ya otros heridos.

En el siguiente ataque de los pechenegos, los hombres de Orm dispararon sus últimas flechas, pero al mismo tiempo se oyó un murmullo de satisfacción entre los hombres.

—¡Ya está! —dijeron—. Ha caído Finn Sonesson, hijo de Sone. La flecha le ha atravesado el cuello y ya está muerto. Kolbjörn, su hermano, ha caído hace un rato. Este era el cuarto, ya no quedan más y, por tanto, venceremos.

Y lo que dijeron fue cierto, porque se oyeron gritos de guerra de la dirección del barco que indicaban que Toke había desembarcado. Se notó que a los pechenegos no les gustó aquello, porque mientras los hombres de Orm buscaban ansiosos flechas ya disparadas que todavía podían usarse, se oyó un estrépito de cascos que moría a lo lejos.

Orm ordenó que no mataran a los enemigos heridos que aún estaban allí.

—Dejadlos ahí en paz —dijo—. Los suyos volverán sin duda a buscarles.

Sus propios heridos, los que no podían caminar, estaban sobre el carro. A los siete que habían muerto los llevaron a hombros, para darles sepultura con honores en cuanto tuvieran la oportunidad. Ahora tenían prisa por regresar al barco, antes de que volvieran los pechenegos.

El escribiente de Faste había desaparecido, pero cuando pusieron en marcha el carro lo encontraron durmiendo debajo. Lo despertaron a punta de lanza, y todo el mundo se rió de él. Dijo que él no tenía nada que hacer en aquella batalla al ser funcionario del departamento de tributos, y que no había querido molestar a nadie; además, estaba cansado después de la caminata. Los hombres reconocieron que era una buena señal que se hubiera quedado dormido durante la batalla.

Pronto se reunieron con Toke y sus hombres, y la alegría fue mutua. Toke no había tenido muchos problemas con los enemigos, y cuando se acercó a ellos con gritos de guerra y flechas huyeron casi de inmediato. Los hombres pensaron que quizá para entonces también se les habían acabado las flechas.

Llegaron al barco y Orm miró a su alrededor.

—¿Dónde tienes a los muchachos? —preguntó a Toke.

—¿Los muchachos? —dijo Toke—. Pero si te los has llevado tú.

—Los he enviado a buscar ayuda por la orilla —dijo Orm con la voz cambiada.

—¿Qué ha sido de ellos? —dijo Toke, preocupado—. He oído el ruido de los cascos y gritos de guerra, y he visto a los pechenegos venir al galope y dar la vuelta, entonces he amarrado el barco para venir a ayudaros, pero no he visto a los

muchachos.

Uno de los hombres de Toke dijo que, antes de que el barco llegara a tierra, había visto a tres pechenegos salir de las rocas a la orilla y arrastrar algo, podían haber sido hombres muertos o prisioneros. Habían ido hacia sus caballos y después, dijo, no había pensado más en ello, porque el barco había llegado a tierra y la batalla había empezado.

Orm se quedó sin habla. Se quitó el casco y lo dejó caer al suelo. Se sentó en una roca de la orilla con el rostro hacia el río. Allí se quedó, inmóvil, y nadie se atrevió a molestarle.

Los hombres susurraban entre ellos y lo miraban, e incluso Toke estaba callado sin saber qué hacer. Spof y el escribiente de Faste llevaron a los heridos a bordo.

Al final, Orm se levantó, se acercó a Toke y se soltó la espada *Lengua-Azul*. Todos sintieron miedo al ver aquello.

—Voy a visitar a los pechenegos —dijo—. Esperarás aquí con el barco tres días. Si Svarthöfde vuelve, dale la espada. Si nadie vuelve, llévatela a casa, para Harald.

Toke recibió la espada.

—Esto no me gusta nada —dijo.

—Reparte el tesoro de una manera justa —dijo—, como se hubiera hecho si yo hubiera vivido, pues es poca la fortuna que le ha brindado a la familia Toste.

CAPÍTULO VIII

De cómo Orm liberó a Svarthöfde y se encontró con un viejo amigo

Orm se llevó consigo al escribiente de Faste, y fue a buscar entre los pechenegos caídos. Allí encontraron a uno herido, un hombre joven, que había recibido el impacto de una flecha en el costado y de otra que le había atravesado la rodilla. Parecía animado y, sentado, roía un trozo de carne seca sujetando una larga botella de madera en la otra mano. El caballo pastaba a su lado.

Este hombre pudo comprender algo de lo que le decía el escribiente, y se alegró cuando supo que no habían ido allí para cortarle la cabeza. Orm hizo explicar al escribiente que le querían ayudar a montar al caballo y acompañarle a su poblado. Cuando el escribiente terminó de repetirlo varias veces, el pechenego asintió y mostró la rodilla. La flecha le había atravesado totalmente la pierna, de lado a lado por debajo de la rótula, de modo que la punta sobresalía por la parte interior y no había podido sacársela solo. Orm le rasgó el pantalón de cuero y movió la flecha un rato con delicadeza, introdujo más el vástago de la flecha hasta que toda la punta de hierro estuvo fuera para poder cortarla y sacar el resto. El pechenego apretaba los dientes mientras Orm procedía y silbaba despacio, y cuando terminó se puso la botella en la boca y la vació. La otra flecha ya se la había sacado él mismo.

Orm sacó un puñado de plata y se lo dio. El rostro del hombre se iluminó ante aquel gesto y lo aceptó de buen grado.

Allí cerca había caballos junto a sus señores caídos. Se apartaron cuando Orm y el escribiente se les acercaron, pero cuando el pechenego les llamó con un sonido especial se acercaron a él y se dejaron capturar.

Ayudaron al herido a subir al caballo, puso la pierna magullada encima de la silla y montó bien así también. El escribiente no quería acompañarle, pero Orm no le dejó elección.

—Si te niegas, te retorceré el cuello —dijo—. El prisionero seré yo, no tú.

El escribiente murmuró que un funcionario del departamento de tributos no tenía nada que ver con aquella historia, pero al final cedió y no se habló más del asunto.

Cabalgaron por los pastos, que eran el reino de los pechenegos. Habría que esforzarse mucho para encontrar una tierra peor, dijo Orm después, y quizá retóricamente, porque no se veía ni bosque, ni agua, ni animales ni seres humanos, sino sólo hierba y el espacio vacío, y a veces una especie de ratas enormes que se escondían entre los terrones herbosos. El pechenego detuvo el caballo dos veces para señalar en el suelo y pedir al escribiente que recogiera las hierbas que le señaló.

Tenían la hoja ancha y con ellas se envolvió la rodilla y las fijó con cuerda de arco. Con ello pareció aliviar el dolor de su herida, porque continuó cabalgando sin cansarse.

Cuando el sol alcanzó la mitad de la altura de mediodía, llegaron al campamento de los pechenegos, situado en una hondonada atravesada por un arroyo: a lo largo de éste había cientos de tiendas. Los perros y los niños armaron gran bulla al verlos llegar, y Orm pudo ver que el campamento estaba lleno de hombres con sus caballos. El pechenego se acercó montando orgulloso con sus dos prisioneros, y cuando le ayudaron a bajar mostró la plata que le habían dado y señaló a Orm.

Orm hizo decir al escribiente que quería hablar con su jefe. Nadie pareció comprender lo que decía, pero al final llegó un hombre con las piernas muy arqueadas que sí entendió lo que decía y pudo responderle en su misma lengua.

—Dile lo siguiente —dijo Orm—. Habéis hecho prisioneros a mis dos hijos, que son muy jóvenes, durante la batalla en los rápidos esta noche. Yo soy un *hövding*, y he venido a comprar su libertad. He venido sin armas para mostrar mi amistad y honestidad.

El pechenego se acarició pensativo la larga barba del bigote y habló un rato con el hombre herido que los había llevado hasta allí. Su parloteo sonaba más como el sonido que hacen las lechuzas que a una lengua humana, pensó Orm, pero parecía que se entendían sin problemas. Muchos de los que se habían agrupado alrededor de Orm esbozaban amplias sonrisas y, sacando sus cuchillos, se los pasaron por el cuello. Este fue el peor momento, dijo Orm después, porque aquello podía querer decir que habían degollado a sus prisioneros, aunque él albergaba la esperanza de que eso fuera lo que iban a hacer con él. Esto último le pareció una preocupación menor si podía salvar a Svarthöfde.

Le dijo al escribiente:

—Pregúntale lo siguiente: ¿viven aún los prisioneros?

El pechenego asintió, y llamó a tres hombres, que fueron hasta ellos. Aquellos hombres eran los propietarios de los prisioneros.

Orm dijo:

—Diles lo siguiente: quiero comprarles a los prisioneros a cambio de mucha plata. Son mis hijos.

Los tres hombres se pusieron a hablar, pero el de las piernas arqueadas dijo que Orm y el escribiente debían acompañarle ahora a ver a los *hövding*. Llegaron a tres tiendas mayores que las demás, y entraron en la mediana.

Tres hombres mayores vestidos con pieles y con las cabezas rapadas estaban sentados sobre una piel de oveja en el suelo, con las piernas cruzadas comiendo una especie de papilla de un gran cuenco de barro. El de las piernas arqueadas se quedó de pie en la entrada e hizo señas a Orm y al escribiente de que se mantuvieran en silencio. Los tres viejos comían muy dignos, soplaban la cuchara y comían satisfechos. Cuando el cuenco estuvo vacío, lamieron las cucharas y se las guardaron

entre su ropa, y sólo entonces parecieron percatarse de la presencia de los extranjeros.

Uno de ellos asintió al hombre de las piernas arqueadas. Este hizo una reverencia y empezó a hablar, y los *hövding* le escucharon entre eructos, con expresión indiferente.

El que estaba sentado en el medio era más pequeño que los otros dos y tenía las orejas muy grandes. Ladeó la cabeza y examinó a Orm detenidamente. El de las piernas arqueadas había terminado de hablar y se hizo el silencio. El menudo graznó algunas palabras y el otro se inclinó respetuoso y se llevó al escribiente fuera.

Luego el pequeño *hövding* dijo despacio:

—¡Sé bienvenido, Orm Tostesson! Lo mejor será que hagamos como si no nos conociéramos. Y es cierto que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Vive aún Ylva, la hija del rey Harald, que había jugado en mis rodillas?

Orm suspiró largamente. Lo reconoció tan pronto empezó a hablar; era Felimid, uno de los bufones del rey Harald.

—Aún vive y te recuerda bien —dijo Orm—, y es su hijo el que está prisionero aquí. Este encuentro es ciertamente para dejar boquiabierto a cualquiera, y es posible que sea bueno para los dos. ¿Eres *hövding* de los pechenegos?

Felimid asintió.

—Uno tiene que conformarse con lo que el destino le ofrece cuando la edad le atrapa —dijo—, pero no tengo de qué quejarme, la verdad.

Habló con los otros dos *hövding* y gritó hacia la parte posterior de la tienda. Una mujer entró con una gran jarra, que pasó de uno a otro y no tardó en estar vacía. La mujer la volvió a llenar y, cuando estuvo vacía de nuevo, los dos *hövding* se levantaron con grandes esfuerzos y salieron.

—Se van a dormir ahora —dijo Felimid a Orm cuando se quedaron solos—. Es lo que les pasa a esta gente, enseguida se embriagan y, cuando esto sucede, se echan de inmediato a dormir la mitad del día. Son almas sencillas, pero ahora tú y yo podemos hablar sin que nos molesten. Sin duda has recorrido un largo camino, ¿tienes hambre?

—Sí, tienes razón —dijo Orm—. Ahora, desde que te he visto, me siento aliviado y hay tres cosas que me gustaría: ver a mi hijo de nuevo y comer y beber.

—Le podrás ver cuando hayamos acordado el rescate —dijo Felimid—, porque te va a costar plata, a pesar de que seas mi amigo, ya que de lo contrario toda la tribu enfurecería. Eso sí, de momento empezarás siendo mi invitado.

Volvió a gritar algunas órdenes y, acto seguido, entraron seis mujeres y colocaron una alfombra en el suelo.

—Estas son mis esposas —dijo Felimid—. Es posible que parezca mucho para un hombre viejo como yo, pero ésta es la costumbre aquí. Y algo tengo que hacer contra el aburrimiento desde que Ferdiad murió y se acabó la bufonería.

—Es una pena oír esto de tu hermano —dijo Orm—. ¿Cómo murió? ¿Y cómo llegasteis hasta aquí?

—Come ahora y te cuento, que yo ya estoy harto. Aquí no tenemos cerveza, pero

ésta es una bebida que hacemos de leche de yegua. Pruébala, hay bebidas peores.

Era una bebida clara, de sabor agridulce, que no despertaba muchos comentarios positivos, según le pareció a Orm, pero notó enseguida que era fuerte.

El maestro de Erin obligó a Orm a comer todo lo que había e hizo volver a las mujeres con más y, durante este tiempo, le contó cómo le había ido a él y a su hermano.

—Continuamos viajando por el mundo, como dijimos cuando nos despedimos, y llegamos al palacio del Gran Príncipe de Kiev. Servimos en su corte dos años y bufoneamos para la alegría de todos, disfrutando de grandes honores, pero entonces notamos que empezábamos a engordar, de modo que nos invadió el desasosiego y nos marchamos, a pesar de que todos querían que nos quedáramos, porque antes de que se nos terminara el tiempo queríamos llegar hasta la corte del emperador de Miklagård, como habíamos pensado en un principio. Sin embargo, nunca llegamos allí porque en los rápidos nos capturaron los pechenegos. Nos encontraron demasiado mayores para ser útiles y nos quisieron matar para colgar nuestras cabezas en las estacas, como es su costumbre. Entonces les mostramos nuestras artes, lo más sencillo, hasta que se pusieron bocabajo en círculo a nuestro alrededor, venerándonos. Pero no nos quisieron soltar y, cuando empezamos a comprender su lengua, nos hicieron sus *hövding*, por nuestra sabiduría y nuestros conocimientos de magia. Pronto nos acostumbramos a esto, pues es más fácil ser *hövding* que bufón. Además, desde hacía un tiempo habíamos comprendido que la edad, al final, también nos había atrapado. Es cierto lo que decía el arzobispo Cormac Mac Cullenan en los viejos tiempos: El sabio, cuando llega a los cincuenta, no tiene que perder la razón con borracheras inútiles, ni caer en los brazos del amor carnal en el frío de las noches de primavera, ni bailar cabeza abajo.

Felimid probó un sorbo de su jarra y asintió apesadumbrado.

—Así es la vida —continuó—, y ésta fue una de las cosas que mi hermano Ferdiad olvidó en una ocasión, cuando una de sus mujeres había dado a luz a gemelos de sexo masculino. Entonces bebió mucha de esta leche de yegua fermentada y bailó cabeza abajo ante toda la concurrencia, como el rey de los judíos ante Dios, y durante el baile cayó y se quedó tendido en el suelo: cuando fuimos a levantarlo, estaba muerto. Lloré mucho su pérdida y aún lo hago, pero nadie puede negar que fue una buena muerte para un maestro bufón. Desde entonces vivo aquí, con los pechenegos. Son como niños y me cuidan mucho, y en pocas ocasiones me desobedecen, excepto cuando van a cazar cabezas. Es una vieja costumbre que tienen y que no pueden abandonar. Pero, bueno, ahora quiero que me cuentes de ti y de lo tuyo.

Orm le explicó todo lo que quería saber, pero fue cauto al hablar del tesoro en los rápidos y dijo que estaba compuesto de tres sacos de plata porque no quería perder más plata de la que fuera necesaria al pagar el rescate de Svarthöfde y Ulf. Al final le contó la batalla, y cuando terminó, Felimid dijo:

—Ha sido una suerte que capturaran a tu hijo y a tu hijo adoptivo con vida, y eso

fue porque eran jóvenes. Los que los capturaron han pensado obtener buenos beneficios de ellos vendiéndolos a árabes y bizantinos. Por eso tendrás que prepararte a pagar caro por ellos, y es una suerte que tengas un tesoro a mano.

—Pagaré lo que consideres razonable —dijo Orm—, y es del todo justo que el hijo de la hija del rey Harald sea caro.

—Aún no le he visto —dijo Felimid—, porque sólo me inmiscuyo en este tipo de expediciones de mis hombres cuando es necesario. Siempre están buscando hombres y botines en los rápidos, pero, bueno, ya va siendo hora de que resolvamos este asunto.

Salieron de la tienda y Felimid dio algunas órdenes. Despertaron a los otros dos *hövding*, que también salieron, y cuando Felimid se sentó con ellos y Orm en la pendiente de hierba, llegaron todos los del campamento para colocarse a su alrededor en círculo. Trajeron a los dos prisioneros, guiados por los hombres que los habían capturado. Ambos estaban pálidos, y Svarthöfde tenía sangre en el pelo. Cuando vieron a Orm se les iluminó el rostro, y lo primero que dijo Svarthöfde fue:

—¿Dónde tienes la espada?

—He venido desarmado para liberaros —dijo Orm—; fue culpa mía que os hicieran prisioneros.

—Nos sorprendieron por la espalda entre las rocas —dijo Svarthöfde, triste—, y no pudimos hacer nada.

—Nos golpearon la cabeza —dijo Ulf Glade—, y no nos dimos cuenta de nada hasta que despertamos amarrados a lomos del caballo.

Mientras, Felimid hablaba con los otros *hövding* y con los hombres que les habían capturado, y tuvieron lugar largas deliberaciones sobre la cantidad que debería exigirse.

—Aquí tenemos la siguiente costumbre —dijo—. Todos los que participan en la batalla deberían recibir su parte del rescate, y los que capturan a los prisioneros reciben el doble. Les he dicho que Svarthöfde es tu hijo y que eres un *hövding* entre tu gente, pero he omitido que es el nieto de un gran rey, porque de lo contrario la cantidad que exigirían sería demasiado grande.

Al final se decidió que volverían al barco al día siguiente, y que por Ulf Glade pagarían toda la plata que cupiera en cuatro gorros de punta de los pechenegos, pero por Svarthöfde pagarían su peso en plata.

A Orm aquel rescate le pareció cuantioso, pero cuando pensó en lo que había sentido aquella misma mañana al saber que Svarthöfde había sido capturado le pareció que, a pesar de todo, las cosas habían salido mejor de lo que había esperado.

—No pesa mucho —dijo Felimid para consolarle—; hubiera sido peor si te hubieran pesado a ti. Y un hijo vale más que la plata. Veo que se parece a Ylva. Yo lamento no haber tenido ninguno. Tuve uno, pero murió cuando aún era un bebé y ahora sólo tengo hijas. Los hijos de Ferdiad serán *hövding* cuando yo falte.

Durante el día llegaron al campamento los pechenegos que habían ido a recoger a

sus heridos a los rápidos. Habían dejado allí a los muertos porque los pechenegos no tenían la costumbre de molestarse con ellos, excepto si el que había muerto era un gran *hövding*.

Sin embargo, volvieron disgustados de que los hombres de Orm se hubieran llevado a sus muertos, pues habían perdido así sus cabezas y les parecía que era justo que Orm también les pagara por aquella pérdida.

Felimid les gritó enfadado porque no le pareció razonable la petición, pero como insistieron le dijo a Orm que no había que ser demasiado duro con ellos en este asunto, pues sus ansias de cabezas eran una locura que no tenía solución.

Orm se desmoralizó y pensó que aquellos pechenegos pensaban despellejarle hasta los huesos, pero como estaba en sus manos no pudo llevarles la contraria. No obstante, pensó con dolor que los sacos de plata iban a perder mucho peso por aquel gran desembolso por los muchachos, además de la parte que les tocaba a sus hombres, pero después de pensar un rato supo qué hacer.

—Voy a pagar por las cabezas de mis hombres si así me lo aconsejas —le dijo a Felimid—, y tendrán más de lo que esperan. Recogimos el tesoro con prisa porque temíamos un ataque y, al hacerlo, uno de los sacos se rompió y la mayor parte de su contenido cayó al agua; eran bellas monedas de plata. Por la prisa no pudimos recogerlas, y por eso una tercera parte del tesoro está todavía allí donde lo encontramos y, si tus hombres no temen al agua, pueden encontrar allí grandes riquezas.

Describió el lugar y cómo se podían reconocer fácilmente las rocas. Felimid tradujo lo que había dicho y, antes de llegar al final de la traducción, algunos hombres jóvenes se dirigieron a sus caballos para ser los primeros en pescar la plata.

Felimid celebró entonces un banquete y dijo que debían pasar un buen rato, él y Orm, por los viejos tiempos. Habló mucho del rey Harald y de su hermano, e incluso recordó el día en que, siendo invitados de Orm, habían ayudado al padre Willibald a convertir paganos.

—Pero ahora los maestros de Erin se han terminado —dijo—, y ya no queda nada de la buena bufonería. Nosotros éramos los últimos de la familia O’Flann, que ha bufoneado ante reyes desde los días del rey Conchobar Mac Nessa. Yo he intentado enseñar a algunos jóvenes algo de mi arte, pero no ha salido bien. Los muchachos son completamente ineptos y, cuando lo intenté con las muchachas y les enseñé a bailar de la manera en que baila un maestro bufón, tampoco tuvieron la inteligencia para comprender este arte, a pesar de que me esforcé mucho y les mostré cómo se tenía que hacer todo. Es cierto que no fueron tan inútiles como los muchachos de esta tribu, y una llegó incluso tan lejos como a bailar cabeza abajo y hacer sonar la flauta, pero nada más, y ni la melodía ni los movimientos de las piernas fueron como debían ser.

Escupió ante sí e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Por esto se volvió tan vanidosa —continuó—, a pesar de ser sólo una aprendiz con pocos conocimientos, que me cansé de verla y la regalé a Gzak. Seguro que

habrás oído hablar de este Gzak, porque es uno de los tres hombres más poderosos del mundo. Es el *hövding* mayor de todos los pechenegos, y pasta sobre todo en Crimea. Le alegró la muchacha porque es un alma simple y no sabe mucho de estas cosas. Después Gzak la regaló al emperador de Miklagård, para agradecerle una gran cantidad de dinero que éste le había enviado en honor a su amistad. En Miklagård no deben de tener mucha bufonería porque, al parecer, en cuanto el rey y la corte la vieron bailar se ganó una excelente reputación y, un año más tarde, murió de vanidad. Y ahora esto me ha causado problemas. El invierno pasado Gzak me hizo saber por un mensajero que quería dos nuevas bailarinas como aquélla para poder darle una nueva alegría al emperador. Las estoy entrenando ahora, pero me amargan con su necesidad y torpeza a pesar de que me he esmerado en elegir las bien. No son nada que te vaya a sorprender, puesto que tú nos has visto a mí y a mi hermano, pero si quieres pueden actuar y quizás a tus chicos les divierta verlas.

Orm no dijo que no y Felimid dio la orden, que despertó gritos de júbilo y alboroto entre los presentes.

—La tribu entera está orgullosa de ellas —dijo Felimid—, y sus madres las lavan con leche dulce cada día para que se les aclare la piel, pero nunca aprenderán a bailar de la manera correcta, por mucho que me esfuerce.

Desenrollaron alfombras en aquel lugar abierto, ante los *hövding*, y llegaron hombres con antorchas. Luego entraron las bailarinas entre murmullos de la concurrencia. Las dos muchachas eran de buena complexión y parecían tener unos trece o catorce años. Llevaban gorros rojos sobre el pelo negro y bandas de perlas verdes de cristal en el pecho, vestían pantalones anchos de seda de oro de Serernas Land^[37], atados en los tobillos.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi bailarinas —dijo Orm—, desde que serví a mi señor Almanzor, pero sé que jamás las había visto tan bellas como éstas.

—La apariencia no es lo más importante, sino el arte —dijo Felimid—, pero soy yo el que ha diseñado su atuendo y es posible que merezca una alabanza.

Las bailarinas llevaban a dos muchachos de su misma edad que se pusieron de cuclillas y empezaron a tocar la flauta. Las dos niñas empezaron a dar saltos en el resplandor de la antorcha, al ritmo de las flautas; daban rápidos brincos y se pavoneaban, y daban volteretas hacia atrás y vueltas sobre una pierna. Todos, excepto Felimid, se mostraron encantados con aquel espectáculo. Cuando terminaron, se oyeron gritos de júbilo y estuvieron satisfechas al ver que a los forasteros también les gustaba su baile. Luego miraron a Felimid con vergüenza, y él asintió indiferente y se giró hacia Orm.

—No voy a hacer comentarios —dijo—, porque las entristecería a ellas y a toda la tribu. Y hoy lo hacen lo mejor que saben porque hay extranjeros entre los espectadores, pero los flautistas son mi gran preocupación, pues son peores que las niñas. Yeso a pesar de que son esclavos jázaros que han practicado mucho, y los

jázaros tienen buena reputación en este arte, pero son sólo palabras.

Empezaron un nuevo baile y, al poco, Felimid dio un grito furioso y todo se paró.

—Qué suerte tiene mi hermano Ferdiad que se ahorra escuchar esto —le dijo a Orm—. Él era más sensible que yo.

Gritó a los músicos, y uno de ellos se acercó para entregarle su instrumento.

Una magia se apoderó de la flauta cuando Felimid la empezó a tocar. Era como si sonaran alegría y felicidad, bromas y risas, beldad femenina y el brillo de la espada, los destellos de la mañana sobre un lago y el viento soplando en el campo primaveral. Svarthöfde y Ulf se balanceaban y parecía que les costaba mantenerse sentados, los dos *hövding* sentados al lado de Felimid asintieron en paz y se durmieron, los pechenegos marcaban el ritmo con los pies y las manos, reían y lloraban, y las bailarinas se movían como si las hubieran transformado en vello arremolinado por el viento de la flauta de Felimid.

Se sacó el instrumento de la boca y movió satisfecho sus grandes orejas.

—Pues no ha ido mal del todo —dijo.

—Yo soy de la opinión —dijo Orm— que no hay maestro como tú, y no me extraña que estos hombres te adoraran cuando te vieron por primera vez, pues nadie puede comprender cómo sacas un tono así de una flauta como ésa.

—Es la bondad inherente a la madera de la flauta cuando está bien hecha —dijo Felimid—, y esa bondad sale cuando la hace sonar alguien que tiene esa misma bondad, y además la paciencia de buscar lo que oculta la flauta, allí donde acaba la madera y empieza el alma.

El escribiente de Faste se acercó, se hincó de hinojos ante Felimid y le pidió prestada la flauta. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Felimid—. ¿Sabes tocar la flauta?

—No —respondió el escribiente—. Soy funcionario del departamento de tributos, pero quiero aprender, quiero quedarme contigo y tocar la flauta. Felimid le dio la flauta. Se la colocó en la boca y empezó a soplar. Sacó algún que otro sonido, pero nada más, y los pechenegos se desternillaban de risa ante tan vanos esfuerzos; sin embargo, él continuó, pálido y con los ojos atónitos, y Felimid le miró muy serio.

—¿Ves algo? —le preguntó Felimid.

El escribiente devolvió la flauta y se estremeció con un sollozo.

—Veo lo que tú has tocado —respondió.

Felimid asintió.

—Te puedes quedar —dijo—. Te enseñaré. Podrás ser lo bastante bueno para tocar ante el emperador cuando tenga listas a las muchachas. Puedes quedarte la flauta.

Así terminó aquella velada y, a la mañana siguiente, Felimid y sus invitados regresaron al barco a caballo con un gran séquito de pechenegos, pero antes de partir Felimid repartió obsequios de despedida y Orm y Svarthöfde recibieron cada uno su cuchillo con adornos de oro en la empuñadura y una artística vaina de plata. Para

Ylva le dio un rollo de seda de Serernas Land. Le dieron las gracias por los presentes, y lamentaron no tener nada bello que darle a cambio como símbolo de amistad.

—Pocas cosas me importan en la vida —dijo Felimid—, y el oro y la plata no están entre ellas. Por eso el daño es menor puesto que ya tengo vuestra amistad. No obstante, sí hay algo que me gustaría pedir a cambio, si se diera la oportunidad. Orm, ¿tienes aún aquellos enormes perros?

Orm dijo que aún estaban bien con él, y que cuando se fueron dejaron catorce.

—Pronto tú, Svarthöfde, serás un guerrero adulto —dijo Felimid—, y teniendo en cuenta lo pronto que has empezado te embarcarás en largos viajes. Quizás entonces vayas a Kiev, y quizás a Miklagård. Y si así fuera traerás contigo dos o tres perros para mí. Sería, ciertamente, un obsequio de amistad, el mejor de todos, porque son originarios de Erin, como yo.

Svarthöfde dijo que así lo haría si llegaba hasta esas latitudes, y con esto se marcharon del campamento. El escribiente de Faste asintió cuando pasaron por su lado, pero ahora tenía cosas más importantes que hacer, estaba sentado con los esclavos jázaros y practicaba, muy concentrado, con la flauta. Tanto Svarthöfde como Ulf se hubieran quedado más tiempo con los pechenegos para disfrutar de la danza y otras diversiones, pero Orm tenía prisa por volver al barco y contar a sus hombres lo sucedido, y además se sentía medio desnudo y mal, dijo, al no tener a *Lengua-Azul* con él.

Cuando se acercaban al río, los pechenegos se detuvieron a una cierta distancia de la orilla para no entrar en disputas con los hombres de Orm, y ni los propietarios de los prisioneros ni los demás querían soltar a Svarthöfde y a Ulf antes de que hubieran pagado el rescate. Orm fue solo hasta el barco y, cuando los hombres le vieron, dieron gritos de alegría y remaron hasta la orilla. Toke le devolvió la espada y le preguntó cómo le había ido. Orm le habló de Felimid y de su amistad, del acuerdo que habían alcanzado y del rescate que tenía que pagar por Svarthöfde y por Ulf Glade.

Toke rió satisfecho.

—Pues una vez más no nos podemos quejar de nuestra fortuna —dijo—, y no te va a hacer falta plata para recuperar a tus muchachos. Tenemos a nueve pechenegos prisioneros que serán suficientes como rescate, están atados, a bordo.

Le dijo también que Spof y Staf *el Largo* y muchos de los demás no habían podido resistirse a la idea de la gran cantidad de plata que había caído al agua.

—Me rogaron y suplicaron hasta que cedí —dijo—, y Spof, junto con veinte hombres, se marchó, siguiendo la orilla oeste, por donde no les amenazara ningún peligro. Entre dos rápidos atravesaron el río por un lugar por donde apenas tuvieron que nadar y, al amanecer, se acercaron con mucho cuidado hasta el lugar donde había estado escondido el tesoro. Oyeron gritos de alegría y vieron a los caballos pastando, y atacaron a los pechenegos cuando se disponían a pescar la plata. Los capturaron a todos sin problemas, ya que iban desarmados, y los cogieron antes de que pudieran

salir del agua. Allí los hombres consiguieron también mucha plata de la que los pechenegos ya habían pescado para ellos. Ahora estábamos reunidos para decidir si enviábamos a uno de los prisioneros a su gente para liberarte a ti y a los muchachos.

Orm dijo que sin duda aquéllas eran buenas noticias, a pesar de que los pechenegos quizá no opinaban lo mismo. Se quedó de pie un buen rato pensativo, dudoso.

—No voy a pedir rescate por estos prisioneros —dijo—. Y por ello nadie más que yo sufrirá pérdidas. Eso sí, no hay que soltarlos hasta que hayan liberado a los chicos.

—Eres un gran *hövding* —dijo Toke—, y puedes actuar en consecuencia, pero esto es ser generoso con gente que no se lo merece. Fueron ellos los que nos atacaron primero, no al revés.

—No conoces a Felimid —dijo Orm—. Se merece un obsequio, y en este asunto las cosas se harán como yo disponga.

Él y Toke fueron a buscar un saco de plata, y entre los dos lo llevaron hasta el lugar donde les esperaban los pechenegos, que corrían entre ellos midiendo los gorros para encontrar aquel que fuera más ancho, pero Felimid se disgustó con esto y se quitó su propio gorro y ordenó que la plata se midiera en él, y así se hizo.

Enviaron a algunos hombres a buscar entre la madera vieja que había al principio del camino de arrastre, y volvieron con un palo que colocaron sobre una piedra, desplazándolo hasta que dio el peso correcto. Svarthöfde se sentó entonces en uno de los extremos. En el otro los pechenegos colocaron las sacas de las sillas de montar, y en ellas Toke vertió plata hasta que Svarthöfde fue levantado. Todos los pechenegos, dijo Felimid, estuvieron de acuerdo en que aquella transacción tenía lugar de una manera *hövding*, porque dijeron que si Svarthöfde se hubiera desnudado hubieran ahorrado plata sin que ellos hubieran podido presentar queja.

—He tenido mucha suerte en este viaje, y haberte encontrado ha sido una suerte más. Nos entregaste obsequios cuando nos fuimos de tu campamento, y ahora yo tengo uno para ti. Aquí lo tienes.

Toke había soltado a los prisioneros, y Felimid y sus hombres los miraron atónitos.

—Son los que fueron a buscar la plata —explicó Orm—. Mis hombres fueron allí con la misma intención y los capturaron. Y ahora te los devuelvo sin rescate, a pesar de que muchos pueden pensar que éste es un gesto de necio. Pero así son las cosas, Felimid, no quiero mostrarme avaro contigo.

—Te mereces toda tu fortuna —dijo Felimid.

—Con los grandes perros haremos, sin embargo, como hemos acordado tú y yo —dijo Svarthöfde—; los traeré conmigo cuando pase por aquí. Y quizá no vaya a tardar mucho, porque ahora que me han pesado en plata me siento adulto.

—Ten preparadas bailarinas lavadas en leche cuando lleguemos, y tan bonitas como las que acabamos de ver —dijo Ulf Glade.

Felimid se rascó detrás de la oreja.

—¿Acaso es para lo que te parece que este viejo sirve? —preguntó—, ¿para tener las bailarinas listas cuando lleguéis? Las escogeré con cuidado de entre las más feas y las bañaré en estiércol, pues de otro modo la juventud atolondrada quizá las considere algo que merezca la pena robarle al viejo Felimid, después de todo el trabajo que les he dedicado.

Se despidieron del viejo maestro bufón y de sus pechenegos, y volvieron al barco para soltar amarras y regresar a casa. Los heridos estaban bien, e incluso Olof Pavón, que era quien tenía heridas más graves, parecía estar de buen humor. Los hombres bogaron de buen grado, a pesar de que les esperaba un largo trecho de remo a contracorriente. Los hijos de Sone eran los más alegres, aun cuando llevaban a bordo dos hermanos que iban a ser enterrados con los otros dos del primer campamento. A Toke le pareció que aquel viaje había sido peculiar hasta aquel momento, puesto que habían recorrido un largo camino y conseguido grandes ganancias, y sin embargo no había tenido que sacar a *Pico-Rojo* ni una sola vez. Aunque pensaba que quizá se vería obligado a hacerlo en el camino de regreso a casa, con tanto oro por vigilar. Ulf y Svarthöfde estaban muy satisfechos y explicaban a los hombres todo lo que habían pasado con los pechenegos. Orm era el único que aún seguía meditabundo.

—¿Te has arrepentido de haber soltado a los prisioneros sin rescate? —preguntó Toke.

—No, no es eso —respondió Orm—, pero mi fortuna ha sido demasiado buena, por eso me invade la angustia, pues me gustaría saber cómo les va en casa.

CAPÍTULO IX

De la vuelta a casa y de cómo Olof Pavón prometió convertirse al cristianismo

Enterraron a los muertos en un lugar en el que pudieran yacer sin que nadie les molestara, y remontaron el río sin más incidencias con la ayuda del viento y la vela. La mejoría de Olof Pavón era lenta, no tenía hambre y la herida no cicatrizaba, y sopesaron si atracar en Kiev por él para buscar la ayuda de un médico. Pero él no quiso ni oír hablar de ello porque estaba tan ansioso como Orm por volver rápido a casa. Los hombres siguieron remando de buen grado, ya que se sentían todos ricos y no querían gastar la plata con desconocidos.

Cuando llegaron al río de los castores y tuvieron que bogar duro, Svarthöfde se puso a los remos como los demás, diciendo que ahora pertenecía al grupo de los adultos. Fue dificultoso para él, pero, a pesar de que se le llagaron las manos, continuó hasta que le relevaron en su turno. Por aquello se llevó grandes alabanzas del mismo Spof, quien solía ser parco a la hora de los elogios.

Encontraron muchos bueyes en el poblado donde los habían reservado, y la vuelta por tierra se les hizo más fácil esta vez. No obstante, cuando llegaron al poblado de los dregovichos, donde estaban las abejas y los osos, se quedaron tres días en su antiguo campamento, y pidieron a las sabias viejas del pueblo que echaran un vistazo a Olof, que había empeorado durante el trayecto por tierra. Estas le abrieron las heridas y le pusieron dentro jugo de hormigas y ajeno hasta que gritó bien alto de dolor. Las viejas dijeron que era una buena señal: cuanto más gritara, mejor. Le untaron la herida con unguento de grasa de castor, y le hicieron beber un brebaje amargo que le fortaleció mucho. Del poblado trajeron varias brazadas de heno nuevo, además de dos orondas mujeres. Las viejas desnudaron a Olof y lo lavaron con savia de abedul; después lo acostaron sobre una piel de oso, sobre el heno, con una mujer a cada lado para que no se enfriara. Luego le dieron un poco más de aquel brebaje y lo cubrieron con pieles de buey. Pronto concilió el sueño y durmió dos noches y un día arropado por las dos mujeres, y cuando se despertó ambas gritaron que ya se sentía mejor. Las viejas recibieron un buen pago por esto, e incluso las jóvenes fueron bien recompensadas, a pesar de que se negaron muy seriamente a mantener caliente a nadie más.

Desde ese momento, Olof Pavón mejoró rápido. Cuando llegaron a la ciudad de los polochanos, la herida ya había cicatrizado y podía comer y beber de nuevo tan bien como los demás. Aquí los *hövding* se hospedaron en casa de Faste de nuevo, y le explicaron cómo el escribiente se había perdido, sin que el *hövding* de la fortaleza

pareciera darle demasiada importancia.

En esta ciudad los hombres se sintieron como en casa, y después de emborracharse y disfrutar de los placeres carnales durante tres días, para alegría de los pobres de la ciudad, remontaron el río Dvina lentamente cuando los árboles ya empezaban a dejar caer sus hojas, y llegaron al mar cuando ya habían empezado las noches con escarcha.

Una mañana en Ösysla les atacaron vikingos estonios desde cuatro pequeños barcos repletos de hombres. Spof los vio primero, saliendo de la niebla, e hizo bogar a los remeros todo lo que pudieran, y cuando los estonios fueron a abordarles, con un barco por cada lado, viró rápido y embistió a uno de ellos, que tuvo que huir a tierra a remo mientras se hundía. Otro les atacó por el costado y recibieron a bordo garfios de hierro y tenazas, pero antes de que tuvieran tiempo de abordarlos los hijos de Sone saltaron al barco estonio, sin escudo y con gritos animados, y se abrieron paso con espadas y hachas limpiando el barco sin más ayuda. Cuando los otros estonios vieron aquello, comprendieron que se habían topado con *berserker* y se apresuraron a huir a remo.

Los hijos de Sone recibieron grandes elogios por aquella proeza, pero algunos entre ellos estaban desmoralizados y hablaban mal de su padre. Uno había perdido dos dedos, al otro le habían abierto la mejilla con una lanza, el tercero tenía la nariz destrozada y todos los demás tenían heridas, aunque algo más leves. Los que habían sufrido las peores heridas dijeron que aquello era culpa de su padre, que los había empujado a la temeridad con sus palabras porque estaban seguros de que iban a salir ilesos de la contienda. Pero el resto de hermanos no estuvo de acuerdo y dijeron que lo único que el abuelo había prometido era que siete volverían a casa vivos, pero de heridas y rasguños no había dicho nada; y por aquello estuvieron a punto de llegar a las manos. Orm y Toke los calmaron con palabras razonables, y el viaje continuó sin que la cosa pasara de ahí.

Navegaron a vela con buen tiempo toda la travesía desde Ösysla hasta casa, hasta la desembocadura del río, y Orm pudo repartir la plata que le tocaba a cada hombre, tanto su sueldo como la parte del tesoro. Nadie quedó descontento, pues repartió una parte mucho mayor del tesoro de la que nadie se hubiera podido esperar.

Una mañana, al amanecer, cuando Toke estaba a la espadilla y el resto dormía, Orm se sentó a su lado, con gran pesadumbre.

—La mayoría estarían contentos en tu situación —dijo Toke—. Todo ha ido bien, has conseguido grandes riquezas y pronto llegaremos a casa.

—Hay una cosa que me inquieta —dijo—, y el oro me pesa.

—¿Cómo es posible que te pese el oro? —dijo Toke—. Eres rico como un rey, y los reyes no acostumbran a estar cabizbajos por sus riquezas.

—Es demasiado para mí —dijo Orm, triste—. Tú y Olof tendréis una generosa parte, pero aun así es demasiado para mí. He engañado a los hombres en esto y les he dicho que en los cofres hay baratijas para las mujeres. Por eso debo esperar una

desgracia.

—Te preocupas antes de hora —dijo Toke—. Nadie sabe lo que contienen los cofres, quizá también sea plata. Y lo que dijiste de las baratijas para las mujeres fue algo inteligente, y yo hubiera hecho lo mismo, porque incluso los mejores hombres se vuelven salvajes cuando saben que hay oro cerca.

—Ahora te lo voy a decir para que Dios me oiga bien —dijo Orm—. Abriré uno de los cofres y, si encuentro oro en él, lo repartiré entre los hombres. Nos quedarán tres, y a ti te daré uno y el otro será para Olof; sólo el tercero será para mí. Habiendo dicho esto, me siento mejor.

—Haz lo que te parezca —dijo Toke—, de cualquier manera no voy a tener que dedicarme a las pieles nunca más.

Orm fue a buscar uno de los pequeños cofres y lo colocó ante ellos para cortar las cintas rojas con el sello del emperador. Estaba cerrado con un robusto cierre, e introdujo en él su cuchillo y el de Toke hasta que lo hizo saltar. Levantó la tapa y observó el contenido en silencio.

Ni Fafner en
la antigüedad
pudo incubar
en mejor nido.

Dijo Toke con devoción. Y Orm no respondió, a pesar de que tenía la costumbre de mostrarse a la altura de Toke cuando éste componía un verso.

El sol había salido e iluminaba el cofre. Estaba lleno de oro que no se había oscurecido, a pesar de haber estado sumergido en el río. La mayor parte eran monedas de muchos tipos diferentes que llenaban el cofre hasta el borde, y entre ellas había joyas: anillos, grandes y pequeños, cadenas y eslabones, broches y cálices, y otros objetos parecidos, «como hermosos pedazos de tocino en un espeso puré de guisantes», dijo Toke.

—Las mujeres se alegrarán cuando abramos los cofres en casa —dijo—. Espero que no se vuelvan locas al ver esto.

—No va a ser fácil repartir todo esto de una manera justa —dijo Orm.

Para entonces, los hombres habían empezado a despertar y Orm les dijo que iba a repartir entre ellos uno de los cofres con baratijas para las mujeres, y que su contenido se había revelado mejor de lo que esperaban.

La repartición duró todo el día. Salieron ochenta y seis monedas, grandes y pequeñas, para cada hombre, y además, una parte igual para los muertos, que se repartiría entre los herederos, y la parte de Spof, cuatro veces la del resto. Con las joyas fue más difícil, y a veces no tuvieron más remedio que partirlas en trozos para poder hacer un reparto justo, pero a menudo los hombres se pusieron de acuerdo entre ellos para quedarse con una bella joya entera. Entre algunos esto llegó casi a disputa,

pero Orm dijo que podían esperar a pelearse cuando llegaran a tierra. Algunos de los hombres jamás habían visto una moneda de oro, y cuando Spof les dijo cuánta plata valía el oro se quedaron con la mirada fija, la cabeza entre las manos, sin conseguir poder contar cuan ricos eran a pesar de sus esfuerzos.

Cuando terminaron, muchos de los hombres se pusieron a coser para ampliar sus cinturones, otros frotaban y sacaban brillo a su oro para aclararlo, y reinaba una alegría general cuando hablaban de su fortuna, del regreso a casa y de la gran fiesta que organizarían entonces.

Llegaron a la desembocadura del río y lo remontaron hasta llegar a la altura de una granja de un campesino que Orm conocía. Allí vararon el barco entre los restos de la escarcha de la noche, lo colocaron en el cobertizo y arrendaron caballos. Algunos de los hombres se marcharon a casa, pero la mayoría continuó con el grupo.

Spof dudaba. Quizá sería mejor, dijo a Orm, que se quedara allí mismo, en aquella granja; se decía que el campesino era un buen hombre, y así podría encontrar un barco en primavera para poder llegar hasta Gotland.

—Pero será un invierno incierto para mí —dijo preocupado—, porque, ¿qué campesino es tan bueno como para no matarme en cuanto sepa lo que tengo en el cinturón? Y a nadie le importa matar a uno de Gotland, sin pensárselo dos veces, por las riquezas que creen que poseemos.

—Vendrás conmigo —dijo Orm—, serás mi huésped durante el invierno, no te mereces menos. Luego podrás volver aquí a buscar un barco para regresar a casa en primavera.

Spof le agradeció el gesto y dijo que le acompañaría gustoso.

Se pusieron en camino y no se sabía quién tenía más ganas de llegar a Gröning, si Orm o Olof Pavón.

Llegaron a un lugar donde el camino se bifurcaba. Uno de los dos senderos llevaba a la finca de Sone, pero los hijos de éste, disgustados, no se decidían y se rascaban la cabeza. Orm quiso saber lo que les faltaba.

—Estamos bien ahora —dijo—, y mejor que nadie. Somos ricos y no nos puede pasar nada antes de que lleguemos a casa, pero en cuanto volvamos a ver al viejo se acabará el hechizo, podremos morir como los demás. Antes no teníamos miedo de morir, pero ahora sería una lástima, con tanto oro en las manos.

—Podrías venir conmigo —dijo Orm—, y brindar por el regreso en Gröning. Todos sois buenos hombres, y puede ser que tenga cama para todos durante el invierno. Después podréis embarcaros en una nueva expedición, si así lo deseáis, y vivir todo el tiempo que queráis yendo de aquí para allá.

Los hijos de Sone se alegraron al escuchar aquellas palabras, y se prometieron los unos a los otros que tardarían en visitar al abuelo. Lo más seguro para ellos, dijeron, era volver a marcharse a Gårdaríke.

—Podrías convertirlos en mis hombres —dijo Svarthöfde—. Ulf y yo iremos allí tarde o temprano.

—Es un poco pronto para hablar como un *hövding* —dijo Orm—; algo vas a tener que esperar aún.

Cuando se acercaban a Gröning, la impaciencia de Orm se hizo inmensa, y él y Olof se adelantaron a los demás. Lo primero que vieron fue a hombres reparando el gran portón, luego la iglesia carbonizada. Al ver aquello, Orm sintió tal horror que apenas se atrevía a seguir cabalgando hasta la granja. Los hombres del portón le vieron y dieron un grito, e Ylva apareció corriendo. A Orm le gustó ver que al menos ella estaba viva.

—¡Qué bien que hayas llegado al fin a casa! —dijo gritando de alegría—, aunque hubiera sido mejor que hubieras llegado hace cinco días.

—¿Ha pasado una gran desgracia? —preguntó Orm.

—Nos atacaron bandidos por la noche —dijo—, hace cuatro días. Harald está herido, Rapp está muerto y tres hombres con él. Se han llevado a Ludmilla, la cadena y muchas otras cosas, y a tres de mis mujeres. Al padre Willibald le golpearon con un mazo en la cabeza y está medio muerto. Yo pude escapar a tiempo con los niños pequeños, Oddny y la abuela, y estuvimos escondidos en el bosque casi todo el día siguiente. Eran de Småland. También se llevaron las reses, pero los perros las persiguieron y volvieron con catorce vacas. Åsa piensa que podría haber sido peor, y yo ahora que has vuelto a casa también lo pienso.

—Es lo bastante terrible ya —dijo Orm—. Rapp muerto, Ludmilla desaparecida y el cura en pésimo estado.

—Y la cadena —dijo Ylva.

—No te preocupes por ella —dijo Orm—. Tendrás todas las joyas que necesites. Me alegro de tener hombres disponibles porque esto no va a quedar así.

—Eso mismo digo yo, Orm —añadió Olof Pavón—. No va a quedar así. ¿Alguien sabe de dónde eran los bandidos?

—Nadie sabe nada —dijo Ylva—. A Harald le hirieron al principio de la batalla, y se arrastró hasta la sauna y se quedó allí tendido. Tal vez el padre Willibald pueda contarnos algo si se recupera; la iglesia fue lo único que incendiaron y, algo extraño, fue allí donde le golpearon. Saquearon lo que pudieron y, por la manera de hablar, supimos que eran de Småland, eran muchos. Se llevaron a sus muertos; cinco fueron abatidos por Rapp y sus hombres mientras luchaban en la puerta. Es todo lo que he podido averiguar.

Los hombres de Orm habían llegado ya, e Ylva se sintió aliviada al ver a Svarthöfde de nuevo. Lo primero que hizo Orm fue enviar a unos cuantos hombres a caballo a los vecinos ricos para comprar alimento, ya que en la despensa no quedaba mucha comida ni bebida, nada, tras el paso de los bandidos.

Luego fue a visitar a los heridos; Harald había recibido una flecha en medio del pecho y un golpe en el hombro, pero estaba animado y dijo que pronto se iba a recuperar, y que lo que más ansiaba era escuchar lo que Ulf Glade o Svarthöfde tenían que contar de su viaje.

Åsa estaba con el sacerdote y le cuidaba lo mejor que podía. Tenía la cabeza envuelta con vendas y todavía estaba medio inconsciente. Cuando vio a Orm, se le iluminó la mirada y, con la voz muy débil, dijo: «¡Bienvenido a casa!». Pero al instante se desmayó y Åsa dijo que pasaba la mayor parte del tiempo acostado murmurando para sí, sin que ella pudiera comprender lo que decía.

Estuvo contenta de ver a Orm de nuevo, y enseguida le reprochó que no hubiera llegado a casa a tiempo, pero cuando supo que había traído el tesoro de Are con él, se suavizó y dijo que aquel ataque no había sido gran cosa comparado con los que ella había vivido en su juventud. Que hubieran raptado a Ludmilla, dijo, era lo que ella siempre había vaticinado desde que la niña había recibido un nombre tan desafortunado. El padre Willibald se iba a recuperar, a pesar de que había estado cerca de la muerte, porque ahora comprendía de vez en cuando lo que decía y eso era una buena señal. Lo que más la preocupaba era la despensa vacía y todas las reses perdidas.

Toke, Spof y Svarthöfde se llevaron algunos hombres para seguir el rastro de los bandidos y ver adónde les llevaba. No iba a ser difícil de seguir, dijeron los hijos de Sone, porque no había llovido después del ataque. Mientras estaban fuera, Orm interrogó minuciosamente a los supervivientes de entre los hombres de Rapp para averiguar algo más de los bandidos, pero éstos no pudieron decirle más de lo que ya le había contado Ylva.

El día antes del ataque, dijeron los hombres, había habido una celebración que el sacerdote había llamado Día de Todos los Santos, y al final del día habían brindado por los santos. Después todos durmieron bien hasta el amanecer, cuando los bandidos los atacaron. Nadie se dio cuenta de nada hasta que los perros ladraron, y en ese mismo instante los bandidos derribaron la puerta con troncos. Rapp y Harald salieron primero y los hombres poco después. Todos hicieron lo que pudieron, y la mayoría de las mujeres pudo escapar con los niños a la parte trasera, y de ahí por el río hasta el bosque. Sin embargo, ellos eran duros de vencer y en la puerta no pudieron resistir mucho tiempo. El sacerdote, que cada vez estaba más sordo, no se despertó enseguida, a pesar del ruido. Cuando salió, Rapp ya estaba muerto y los bandidos corrían por todas partes. Vio la iglesia en llamas, y con un alarido se apresuró hacia ella, y por eso los perros no fueron soltados a tiempo.

Y esto, dijeron, era todo lo que sabían, porque al ver caer a Rapp y a varios con él, y al tener que enfrentarse a un enemigo tan superior, se rindieron y se escondieron. Después, cuando los bandidos ya se habían marchado, soltaron a los perros, pues ni siquiera los mismos bandidos se habían atrevido a acercarse a ellos. Los canes les siguieron entonces la pista y estuvieron fuera un día para volver con algunas de las vacas.

Orm escuchó aquel relato apesadumbrado y todo le pareció muy mal gestionado, pero de nada servía culpar a nadie ya, pensó, y no quiso decir nada de que los hombres salvaran la vida después de que Rapp y Harald cayeran.

No sabía si sentía más pesar por Rapp o por Ludmilla, pero cuanto más vueltas le daba, más le invadía la ira y con ella la impaciencia por verse las caras con aquel grupo de bandidos. Le parecía más probable que fueran de Värend, a pesar de que fueran tiempos de paz, y de que no creía tener enemigos allí.

Al día siguiente, el padre Willibald estaba más espabilado, a pesar de que aún se encontraba muy débil. Tenía cosas que contarle.

Él llegó al portón cuando ya lo habían derribado, dijo, y lo primero que vio fue la llama de una hoguera que los bandidos habían encendido ya junto a la iglesia. Corrió hacia ellos y les dijo que se apartaran del templo sagrado de Dios.

—Entonces se me acercó un hombre de barba negra que, con una carcajada, gritó: «La iglesia de Dios arderá porque yo he negado la existencia de Dios. Ése fue mi tercer pecado. Tras éste, no me quedan ya pecados por cometer». Éstas fueron sus palabras seguidas de una nueva carcajada, y entonces le reconocí. Era el sacerdote Rainald, el que estuvo aquí hace mucho tiempo y que fue entregado a los de Småland durante el Ting. Era él y nadie más que él. Ya habíamos oído que se había entregado al diablo. Yo le maldije y corrí hasta la hoguera, pero un hombre me golpeó y perdí el conocimiento.

Todos lanzaron un grito de asombro al escuchar aquello y el padre Willibald cerró los ojos y asintió.

—Así es —dijo—, alguien que había sido siervo de Dios ha quemado mi iglesia.

Tanto Åsa como Ylva rompieron a llorar, ya que les parecía demasiado horrible esto del sacerdote que servía al diablo.

Olof Pavón hizo rechinar los dientes y sacó la espada. La hincó en el suelo dejándola clavada y puso las dos manos juntas sobre el pomo.

—Ésta es mi promesa —dijo—. No voy a sentarme a la mesa, ni a dormir en lecho, ni reír con júbilo, hasta que mi espada atraviese el cuerpo de este hombre que se llama Rainald, que era el sacerdote de Dios y que ha robado a Ludmilla Ormsdotter. Si Cristo me ayuda y la recupero, le veneraré desde ese momento.

CAPÍTULO X

De cómo ajustaron cuentas con el maestro loco

Los vecinos acudieron a Gröning con hombres y caballos en cuanto se enteraron del ataque y del regreso de Orm, ansiosos por participar en la venganza. Estas cosas sucedían en pocas ocasiones en aquellos tiempos, dijeron, y esperaban disfrutar mucho con ello. Aquellos de entre ellos que eran cristianos dijeron que participaban en la venganza por la agresión al cura y por el incendio de la iglesia. Orm les dio a todos la bienvenida y esperó a que regresaran los que había enviado a seguir el rastro de los bandidos.

Al final de la tarde del tercer día, llegaron. Habían seguido el rastro de los bandidos hasta las montañas del noroeste, y lo mejor era que traían con ellos a Torgunn, la esposa de Rapp, que habían encontrado hambrienta y prácticamente muerta en las tierras salvajes. Entonces habían dado media vuelta. Ella se había escapado de los bandidos y había caminado cuanto había podido, después los hombres se habían turnado para llevarla a cuestas. Tres de ellos ya se le habían declarado, y con ello se había sentido algo mejor, pero dijeron que ella no creía que ninguno estuviera a la altura de Rapp.

Ella sí tenía cosas importantes que explicar. El padre Willibald tenía razón: aquel que un día habían llamado maestro era el *hövding* de la banda. Él la reconoció y hablaron durante el camino de vuelta a casa de los bandidos. Le dijo que negaba la existencia de Dios y que podía hacer lo que le viniera en gana. Había quemado la iglesia para ahorrarse tener a Dios cerca, ya que en cuanto desapareciera este templo había que recorrer mucho camino hasta encontrar el siguiente.

Sus seguidores, dijo Torgunn, eran fugitivos y malhechores y todo tipo de gente, algunos hasta de Västergötland y Njudung, que habían buscado protección uniéndose a él y ahora vivían del saqueo. Eran numerosos y no temían a nadie, y el maestro tenía gran poder sobre ellos.

De Ludmilla no sabía gran cosa, excepto que estaba animada y que había amenazado al maestro y al resto con pronta venganza. Los bandidos se las llevaban a su cubil, y los grandes perros les atacaron por el camino. Un par de los bandidos recibieron mordiscos y otro murió, y los perros se llevaron parte de las reses, cosa que les había molestado mucho. Ella y Ludmilla habían intentado huir entonces, pero las habían capturado de nuevo.

Habían llegado al escondrijo de los bandidos, situado en el extremo norte de un lago muy grande, lago que tuvieron siempre a su derecha en el camino de ida. Los bandidos llamaban a ese lugar Poblado del Sacerdote, y allí Torgunn había sido sorteada a un hombre llamado Saxulf, un hombre malvado, grande y tosco. La ató

sobre pieles en su choza y acudió a ella borracho por la noche. Entonces le soltó las ataduras, pero no le dio ni comida ni bebida. Ella ya sabía que era viuda, pero no soportaba verse obligada a acostarse con un hombre que se comportaba de aquella manera. Por eso, al poco de que él se durmiera, salió gateando de debajo de las pieles y cogió un rodillo de pan con ambas manos. La fuerza, dijo, se la había dado Dios, además de su ira y su deseo de vengar a Rapp, y cuando Saxulf recibió el golpe de rodillo no se oyó nada, sólo sacudió algo las piernas. Tras asestarle el golpe salió a escondidas y se marchó sin que nadie se diera cuenta. Caminó rápido y llena de pavor un día entero, o más, siguiendo el rastro que habían dejado al venir; encontró arándanos y luego yació sin fuerzas mucho tiempo esperando la muerte y las fauces de los animales salvajes, hasta que Svarthöfde y sus hombres la encontraron y le ofrecieron algo de comer. Había vuelto hombros de los hombres y ya se sentía mejor.

Esta fue la historia de Torgunn. Fue muy útil porque con ella supieron dónde podían encontrar la guarida de los bandidos. El gran lago, dijeron los entendidos que habían recorrido el camino siguiendo el rastro, era el que llamaban Asnen, y entre los hombres de Olof Pavón había un par que conocían estas regiones deshabitadas y los senderos de por allí. Estos se encargaron de guiar al grupo hasta la guarida de los bandidos, pero dijeron que lo mejor era tomar otro sendero cuando ya hubieran viajado un día, y seguir un camino más al oeste para sorprenderles desde ese lado. A Orm y a los demás les pareció una inteligente idea, ya que así podrían sorprenderlos con el lago a las espaldas.

Orm contó en total ciento doce hombres en su grupo, al día siguiente partirían. Estaba nervioso por el oro búlgaro y por la noche, cuando todos dormían, se llevó a Toke, a Olof y a Svarthöfde y escondió los cofres en un lugar seguro en el bosque, lejos de senderos, donde las personas no llegaban. Sin embargo, no se preocupó de esconder la gran cantidad de plata que tenía; se había acostumbrado a ella, dijo, y podía quedarse en las arcas de Ylva a pesar de que la finca ahora sólo estaría protegida por los pocos hombres que dejarían allí.

A la mañana siguiente, se levantaron todos antes del amanecer. Aún había unas cuantas cosas que hacer antes de que pudieran marcharse, puesto que los grandes perros iban a acompañarles y tenían que acostumbrarse primero a todos los desconocidos, para que no hubiera confusiones más adelante y mordieran a los hombres equivocados. Con algunos de los hombres fue tarea fácil, los perros se acostumbraron a ellos husmeándoles una o dos veces, pero en cambio con otros se mostraron reacios y les ladraron sin tener más idea en la cabeza que el querer matarles. Esto despertó muchas burlas, ya que los que provocaban desconfianza se sintieron algo apenados y pensaban que ellos olían tan bien como los demás, cosa que despertó muchos comentarios entre los presentes.

Al final todo estuvo listo y el grupo partió con los perros conducidos con cuerdas por hombres seguros.

Siguieron el rastro de los bandidos, y continuaron todo el día hasta que llegaron

cerca de la zona donde encontraron a Torgunn. Allí escogieron un lugar donde acampar para pasar la noche, y a la mañana siguiente tomaron el sendero del oeste, con los dos hombres de Olof que conocían la zona a la cabeza. Avanzaron durante tres días por terreno difícil, entre ciénagas, colinas y frondosos bosques, sin ver una sola casa ni encontrarse con una sola persona. Los perros comprendieron bien en qué tipo de caza participaban sin preocuparse demasiado del rastro de las presas, aunque aquélla era una de sus virtudes; cuando iban a la caza de seres humanos, se mantenían en silencio hasta que los soltaban.

Por la tarde del cuarto día desde su partida de Gröning, llegaron a un lugar donde se cruzaban dos rastros. Allí pararon y los expertos dijeron que tenían el lago ante ellos, y que el poblado de los bandidos estaba en esa dirección, un poco más allá. Había sido un viaje agotador, pero Orm y Olof Pavón estuvieron de acuerdo en que el ataque debía tener lugar de inmediato, porque empezaban a escasear los víveres y a ellos apenas les quedaba paciencia. Algunos de los hombres jóvenes se encaramaron a un árbol sobre una colina, de modo que pudieron señalarles la posición exacta del poblado, y Orm dividió a sus hombres en tres grupos. Toke estaría a la cabeza de uno, Olof del otro y él del tercero. A los perros se los quedó él para que no fueran soltados antes de tiempo. Toke atacaría desde el lado norte, Olof Pavón, desde el sur. Con Toke iba Svarthöfde y con él, los hijos de Sone, que ya se habían empezado a considerar sus hombres. Orm ordenó que nadie incendiara casas ni abusara de mujeres, puesto que allí podía haber más mujeres robadas que las suyas. Cuanto Toke hiciera sonar el cuerno, los dos otros grupos se apresurarían a acercarse, cada uno desde su lado, sin gritos de guerra.

Los grupos de Toke y Olof se marcharon, y los hombres de Orm atravesaron la maleza con cuidado hasta que llegaron al lindero del bosque, en el desbroce alrededor del poblado. Allí se sentaron los hombres y empezaron a roer los alimentos que les quedaban, a la espera del cuerno de Toke.

Orm se llevó a Spof, y los dos gatearon hasta una maleza de avellanillo, donde se tumbaron a observar el poblado. Parecía considerable, muchas de las construcciones eran nuevas y se veía a la gente ocupada en sus labores entre las casas, tanto hombres como mujeres. En un poblado así podía haber fácilmente ciento cincuenta hombres, creía Spof. Entre el poblado y donde se encontraban ellos, en una depresión del terreno, se encontraba el manantial del poblado, que era un pequeño estanque. Una mujer, con dos cubos colgados al hombro pendiendo de una vara, llegó para llenarlos de agua y se marchó. Luego aparecieron dos hombres y abrevaron cuatro caballos. Cuando éstos terminaron, se pusieron nerviosos y empezaron a piafar, y Orm pensó que sentían la cercanía de los perros. Estos últimos estaban tranquilos, detrás de Orm, respirando y temblando, pero en silencio.

Los hombres del manantial consiguieron dominar a sus caballos, se marcharon y pasó un rato. Luego llegaron tres mujeres con cubos en ambas manos y dos hombres que parecía que las vigilaran. Orm respiró hondo porque la más alta de ellas era

Ludmilla. Susurró esta información en la oreja de Spof, y éste le respondió que la distancia era buena para el tiro con arco. El cuerno de Toke tardaba en sonar y Orm no quería desplazar a su grupo antes de hora, pero Spof señaló dos hombres que tenían cerca, que habían participado en la batalla en los rápidos y que eran de los más certeros con el arco. Creían poder abatir a los hombres allí en el manantial, y se levantaron cada uno detrás de un árbol para poner las flechas en el arco, pero Orm les pidió que esperaran.

Para entonces, las mujeres ya habían llenado sus cubos y se habían dado la vuelta para marcharse, cuando Orm imitó dos veces el sonido de un ratonero común. Era un sonido que le gustaba imitar, y que sus hijos conocían bien, y vio cómo Ludmilla se enderezaba al oírlo. Ella dio algunos pasos con las demás, y luego tropezó derramando toda el agua que llevaba, soltó un grito y volvió al manantial a llenar los cubos. Lo hizo muy despacio, y cuando terminó se sentó a mirarse el pie. Los dos hombres dijeron algo con un severo tono de voz y se acercaron a ella para llevársela con ellos, entonces ella se tiró al suelo boca arriba y se puso a chillar.

Toke seguía en silencio, pero ya no podían esperar más porque, cuando los perros oyeron los alaridos de Ludmilla, empezaron a gruñir.

Orm dio la orden a sus hombres y los dos arcos sonaron a la vez. Los disparos fueron buenos y las flechas impactaron en los blancos, pero los hombres llevaban puestas gruesas corazas de cuero y no cayeron. Se arrancaron las flechas y gritaron. Ludmilla se levantó y golpeó al que tenía más cerca en la cabeza con uno de los cubos, y corrió con todas sus fuerzas en dirección al bosque. Los dos hombres eran osados y la persiguieron hasta casi pisarle los talones, y en ese mismo instante vieron a algunos hombres salir de entre las casas para ver qué era aquel griterío en el manantial.

—Suelta a los perros —dijo Orm saliendo de la maleza a toda velocidad, mientras sonaba el cuerno y los gritos de guerra del lado de Toke.

Tanto el cuerno como los gritos fueron ahogados por los ladridos de los perros cuando los soltaron, y los dos perseguidores se detuvieron aterrorizados cuando los vieron llegar. El uno dio media vuelta y huyó como loco, hasta que el perro que iba a la cabeza dio un salto y le mordió en el cuello, derribándole. Sin embargo, al otro parecía que le quedaba algo de cordura y corrió hacia el manantial, se metió en él y desenvainó la espada. Tres perros le atacaron a la vez, y logró alcanzar a uno de ellos, pero enseguida le abatieron y se hundieron en el agua con él. Sólo los perros volvieron a salir.

Ludmilla daba saltos de alegría cuando vio a Orm. Quiso saber enseguida cómo estaba Olof y cómo les había ido con el oro, y Orm se lo explicó sucintamente. A ella la habían tratado como a la hija de un *hövding*, y se había ahorrado acostarse con otros hombres que no fueran el cura loco, que era un hombre indulgente, así que a ella le parecía que ciertamente lo podía haber pasado peor.

Orm detuvo a Spof y a dos hombres más de los de más edad y les ordenó que se

quedaran en el linde con Ludmilla hasta que hubieran terminado en el poblado. Las otras dos mujeres llegaron hasta ellos: eran las mujeres del cura, dijeron. Durante el ataque se habían echado al suelo, se habían quedado bocabajo y los perros no las habían tocado.

En el poblado ya florecía la batalla cuando Orm y sus hombres llegaron allí. Los hombres de Olof se batían contra un grupo de bandidos en la calle entre dos casas, y se le oyó gritar por encima del fragor de la batalla que los hombres de barba oscura estaban reservados para la espada de Olof Styrsson. Orm intervino desde el otro lado y perdió algunos hombres alcanzados por flechas disparadas desde las casas. Los enemigos fueron acorralados y reducidos, a pesar de que resistieron con valentía, y los hombres de Orm no tardaron en entrar en las casas para enfrentarse a los que allí se escondían. Vio a dos de los perros muertos con flechas que les atravesaban el cuerpo, y cada uno con un hombre debajo; a los otros los oyeron correr hacia el lago.

Orm se topó con Olof Pavón; estaba empapado en sangre y tenía el escudo lleno de golpes.

—Ludmilla está salvada —gritó Orm—. La tengo a buen recaudo.

—¡Gracias, Cristo! —gritó Olof—. ¿Pero dónde está el renegado? Ese es mío.

Los hombres de Toke recibían la peor parte, ya que la mayoría habían corrido hacia ellos al oír los gritos de guerra desde ese lado. Los hombres de Orm y los de Olof les atacaron entonces por la espalda y aquí tuvo lugar la parte más dura de la batalla, con muchas bajas, porque los bandidos luchaban como hombres furibundos. Orm dio la vuelta a una casa persiguiendo a uno que se escapaba, un hombre vestido con cota de mallas que empuñaba una espada, cuando un hombre calvo con un hacha salió por una de las puertas y le atacó. Orm alcanzó al de la cota, de modo que éste rodó por el suelo, y con un salto se zafó del golpe de hacha del otro, pero tropezó con una montaña de estiércol y cayó de espaldas y vio al calvo alzando de nuevo la espada. Al caer, explicó más tarde, pensó en la batalla de Maeldun de hacía mucho tiempo, y en los escudos que le habían protegido entonces, y no sintió alegría alguna al pensar que pasaría la próxima noche acampado en el reino de los Cielos. Sin embargo, el calvo abrió los ojos y la boca, soltó el hacha, cayó sobre las rodillas y las manos y se quedó allí con la mirada fija. Cuando Orm se levantó de nuevo, oyó alguien que gritaba su nombre desde una casa, justo delante de él: eran los hijos de Sone, que estaban sentados a horcajadas sobre el tejado y agitaban los arcos, contentos de haberle podido ayudar a tiempo. A su lado, saludando con alegría, estaba Svarthöfde.

Orm se sintió cansado después de aquello y, de pie, miró a su alrededor. Había una gran confusión por todas partes. Las mujeres gritaban, los hombres se perseguían los unos a los otros en las casas, las vacas y los cerdos corrían por allí y la mayoría de los bandidos que aún conservaban la vida huían por el lago. Toke y Svarthöfde se acercaron a él. La espada de Toke goteaba sangre y gritó a Orm que no había vivido nada mejor que aquello desde sus años de juventud. No obstante, tenía prisa y, dando

voces a sus hombres, corrió detrás de los que huían. Svarthöfde se detuvo e hizo bajar a sus hombres del tejado.

Se oyó un gran fragor, y un hombre de barba negra empuñando un hacha se acercó corriendo ligero, con Olof Pavón siguiéndole de cerca. El fugitivo se apartó cuando vio a Orm y saltó por encima de la cerca y continuó. Svarthöfde se dio la vuelta y lanzó una piedra, que le alcanzó en la cabeza y lo derribó.

—¡Es mío! ¡Es mío! —gritó Olof, jadeante.

El caído rodaba por el suelo. Olof llegó y, agarrando la espada con las dos manos, atravesó la cota y el cuerpo del hombre de tal modo que la espada quedó clavada en el suelo.

—¡Dios! —gritó el yaciente dos veces con una voz horrible. Fue lo único que dijo.

—He cumplido mi promesa —dijo Olof satisfecho.

—¿De veras es él? Me cuesta reconocerle —dijo Orm.

—No está bien llevar bienes robados a la vista en una batalla —dijo Olof inclinándose sobre el muerto—. Mira aquí.

De la cota de mallas sobresalía un objeto de oro, y Olof lo cogió. Era la cadena de Almanzor.

—Sí, lo es —dijo—. Y hay una cosa más, si lo pienso bien. ¿Quién, si no, iba a llamar a Dios en el momento de su muerte? Me pregunto qué querría de él.

CAPÍTULO XI

De la caza de los grandes perros

Algunos de los hombres del maestro loco escaparon en barcas, pero no muchos, puesto que hombres y perros les persiguieron por la orilla. Mataron a los enemigos heridos porque todos fueron considerados malhechores. Veintitrés de los hombres de Orm murieron, y muchos quedaron heridos, aunque todos estuvieron de acuerdo en que aquélla había sido una buena batalla de la que se hablaría mucho tiempo.

En el poblado había cerveza en abundancia y mataron a muchos cerdos. Luego celebraron un banquete en honor a los muertos, después de haberlos reunido y enterrado. Las mujeres raptadas del poblado pudieron marcharse donde quisieron, cada una con su vaca y el botín que pudieran cargar. Las sirvientas de Ylva, las dos jóvenes, estaban entre ellas y mostraron gran alegría al ser liberadas. Les habían pasado muchas cosas, dijeron, y las habían tenido encerradas desde que Torgunn había conseguido escapar. Ahora su deseo era casarse con hombres firmes.

Los perros fueron muy alabados por su actuación, y sólo habían caídos dos de ellos. Cuando reunieron a todas las reses para llevarlas a casa como botín, Orm dijo que los perros podían dirigir el ganado solos, ya que estaban acostumbrados a esta tarea. Había caballos para todos los heridos, y después de que mejoraran lo suficiente para poder montar Orm salió del poblado vacío de los bandidos para regresar a casa por el camino más corto, que era el del sur, el que bordeaba el lago.

Ludmilla también montaba a caballo, y Olof no la dejaba sola ni un momento. Había suplicado a Orm y a Toke que no contaran demasiado de las dos jóvenes mujeres que le habían dado calor en el poblado de los dregovichos, para no disgustarla. Los dos habían respondido riendo y diciendo que el hechizo que le gobernaba debía de ser muy fuerte, y que sin duda le había arrebatado la mitad de su juicio porque tener reacciones tan infantiles no era habitual en él. Sin embargo, Olof les había respondido muy serio que él era mucho mayor que ella, y toda precaución era poca.

Viajaban despacio para facilitar las cosas a los heridos más graves. A la cabeza iban los perros con su rebaño, sin prisas y amables, y si alguna vaca intentaba escapar o dar media vuelta, enseguida le cerraban el paso.

Acamparon pronto y examinaron a los heridos y, a la mañana siguiente, continuaron bordeando el lago hasta el lugar que los más ancianos llamaban Tyr Angar, los Prados de Tyr. Allí, en otra época, vivía gente, y habían tenido lugar grandes batallas, de ahí venía el nombre. Se decía que en el Tyr Angar se había derramado tanta sangre, que la hierba todavía crecía más exuberante que en otros lugares, aunque no quedaban ni habitantes ni casas.

Al acercarse a estos prados, los perros se inquietaron y los hombres se preguntaron si era porque habían percibido el rastro de algún oso o si aún podían sentir el viejo olor a sangre. Entraron en la maleza olvidando las vacas y, de repente, algunos empezaron a dar grandes ladridos. Otros se unieron a estos primeros, y pronto ladraron todos como si estuvieran de nuevo en plena batalla. A Orm aquello le pareció muy extraño, ya que no había escapado ningún bandido en esa dirección. Todos se apresuraron a subir a una pequeña elevación del terreno a la vera del camino para ver mejor.

A lo lejos, a la derecha, se veían los campos más allá de la maleza, y allí corrían las reses con perros persiguiéndolas.

—¡Uros! —gritó uno de los hombres de Toke—. ¡Están persiguiendo a los uros!

Parecía que los perros habían decidido que aquellos animales formaban parte de su rebaño, y que debían ir a casa como los demás. Se esforzaban mucho y los hombres desde lo alto pudieron ver cómo se batían con los tercos animales para hacerles girar en la buena dirección. A los uros no les gustó nada aquello, y sus bramidos se mezclaban con los ladridos de los perros, pero al final consiguieron agruparse la mayoría y desaparecieron en dirección al sur, entre las cuestas del bosque, aún con los perros detrás.

No podían hacer nada al respecto, y los hombres tuvieron que conducir a las vacas sin la ayuda de los perros. Los hombres de Toke, que sabían de estos uros, dijeron que a veces, al principio del invierno, bajaban desde Västergötland hasta Tyrs Ängar. Los ancestros los consideraban sagrados mientras pastaban en el terreno del dios de la guerra, y allí pasaban el invierno sin que nadie les molestara. Antes eran mucho más numerosos, como explicaban los mayores, pero en esta región sólo se podían encontrar ahora en Tyrs Ängar, y a menudo ni siquiera allí.

Encontraron el rastro de los uros al este de la piedra sagrada de Kraka, pero en los frondosos bosques al sur de la roca los perros lo habían tenido difícil, porque por el rastro se veía que la manada que conducían se iba reduciendo. Sin embargo, una parte del rebaño se había mantenido unida y, cuando Orm llegó a casa, le dijeron que los perros habían llegado hasta allí con dos machos, cinco hembras y algunas crías. Los hombres de casa habían intentado capturarlos, aunque sin éxito, y cuando los animales continuaron en dirección al sur, los perros decidieron que habían terminado el trabajo y se fueron directos a sus abrevaderos de comida, muy cansados y con las patas sangrando.

Luego los uros fueron vistos en muchos lugares de aquella región boscosa, y nada había pasado en mucho tiempo que despertara tal sorpresa entre los de Göinge como aquello. Cualquiera cosa era posible entonces, dijeron, desde que con sus propios ojos habían visto regresar a los uros, y todos recordaron el viejo dicho que decía que ningún rey les visitaría hasta que regresaran los uros. Ahora, decían los más sabios, debían estar preparados para lo peor, y tener arcos y lanzas a punto. Algunos de los bautizados pensaban que Cristo iba a visitar Göinge en un gran carro tirado por uros,

pero no tuvieron mucho apoyo con aquella teoría. La mayoría esperaba al rey Sven, y cuando les llegaron noticias certeras de que había muerto en Inglaterra, con el rostro negro de ira contra las gentes de allí, estalló una alegría tal entre los de Göinge que la cerveza se terminó, y los hombres se quedaron roncós y sedientos sin otra cosa más que beber que leche.

Pero aquellos que vivieron más tiempo vieron recompensada su espera cuando el rey Knut Svensson *el Poderoso*, rey de Danavälde e Inglaterra, llegó a la desembocadura del río con la mayor flota de la que jamás nadie haya oído hablar, y se batió en el río sagrado con los reyes de los suiones y los noruegos.

* * *

Y aquí acaba la historia de Orm Tostesson y de su fortuna. Ya no volvió a embarcarse, pero desde ese momento casi todo le fue bien en la vida. De lo único que se quejaba era de un dolor que de vez en cuando tenía en la espalda, y que ni siquiera el mismísimo padre Willibald conseguía aliviar todas las veces.

Olof Pavón se casó con Ludmilla y vivieron felices juntos, si bien se decía que él no tenía tanto poder de decisión en su casa como antes. Spof se declaró a Torgunn y ésta se resistió al principio, pues lo encontraba algo bajito y de barba canosa, pero cuando él al final dejó a un lado su prudencia y le puso delante todo lo que llevaba en el cinturón, no pudo resistirse más. Se fueron a Gotland cuando llegó el momento, en el barco que habían dejado en un cobertizo de la desembocadura del río, y con ese mismo barco Svarthöfde, Ulf Glade y los hijos de Sone se embarcaron para probar suerte en un viaje más largo. Se llevaron un par de perros con ellos, como habían prometido a Felimid, y estuvieron fuera siete años.

A su regreso, Ulf Glade se casó con Oddny, que nunca quiso saber de nadie más, pero Svarthöfde se embarcó a Inglaterra y, en la batalla del Río Sagrado, estuvo en el barco del rey Knut.

Toke Grågulleesson disfrutó mucho de su cofre de oro y les colgó tantas joyas a su mujer y a sus hijas, que el tintineo y el repiqueteo se oía de lejos cuando se vestían para las grandes ocasiones. Vendió la granja que tenía en Värend y se construyó una más grande en Gröning. Allí Orm y él lo pasaron bien, como Ylva y Mirah, a pesar de que ni Toke ni su mujer se bautizaron jamás. Cuando llegó el momento, la hija menor de Orm se casó con el mayor de los hijos de Toke, como habían decidido mucho antes sus respectivos padres.

Orm y Toke vivieron muchos años, y jamás perdieron el gusto por la vida, pero aunque llegaron a viejos nunca tuvieron tiempo de terminar su relato sobre la época en que remaron en el barco del califa y sirvieron a «mi señor» Almanzor.



FRANS GUNNAR BENGTSSON (Tåssjö, Suecia, 1894 - Ribbingfors, Gullspång, Suecia, 1954). Escritor sueco conocido, sobre todo por su novela *Orm el Rojo*, obra que transcurre durante el periodo vikingo y que se publicó en dos partes: *Röde Orm - Sjöfarere i Västerled* (*Navegante en la ruta del oeste*, 1941) y *Röde Orm, hemma och i Österled* (*En casa y en la ruta del este*, 1945).

Nació en la finca Rossjoholm en Tåssjö, cerca de Kristianstad, donde su padre trabajaba como gerente. En 1930 se licenció en literatura por la Universidad de Lund y en 1939 se casó con Gerda Fineman, que era secretaria de la editorial que publicaba sus trabajos.

Comenzó su carrera como poeta y en 1923 publicó su primera colección de poesía, que fue bien recibida por la crítica. Se dedicó después a escribir más ensayos. Sus amplios conocimientos históricos y literarios, junto con su estilo exquisito, hacen de sus ensayos obras de fácil lectura. Se interesaba particularmente por los hombres de acción y dedicó su atención a personajes históricos.

Bengtsson también hizo algunas traducciones memorables, como *Walden* de Henry David Thoreau o el *Paraíso perdido* de John Milton.

Orm el Rojo está considerada por los suecos como uno de los mejores libros en sueco del siglo xx.

NOTAS

[1] Harald *Diente Azul*, *Harald Blåtand* en sueco (†986), fue rey de Dinamarca aproximadamente desde el año 958 hasta su muerte y rey de Noruega alrededor del año 970. La tecnología *Bluetooth* lleva su nombre en inglés *Harald Bluetooth*. (N. de la T.) <<

[2] Harald *Diente de Guerra*, Harald Hildetand en sueco, rey legendario que vivió entre los siglos VII y VIII. Tras la muerte de su abuelo materno, regresó a Skåne, desde donde conquistó Suecia, Dinamarca, Noruega y el norte de Alemania. Ivar Vidfamne era rey legendario de Suecia (655-695), cuya existencia no está documentada históricamente, pero cuyas gestas mencionan en muchas fuentes de la historia nórdica. (N. de la T.) <<

[3] *Långskepp* o *drakkar*, embarcación para unos cincuenta remeros utilizada para la guerra y la piratería, dotada para grandes distancias. Su diseño alargado y estrecho la hacía más veloz, tenía un mástil abatible y una vela rectangular, pero también podía ser impulsada a remo. (N. de la T.) <<

[4] *Storman*, hombre con poder o influencia en la comunidad, aristócrata terrateniente, de clase alta. (*N. de la T.*) <<

[5] *Hövding*, jefe, alto dirigente, líder. (*N. de la T.*) <<

[6] *Orm*, serpiente en sueco. (*N. de la T.*) <<

[7] *Jarl*, título nobiliario inmediatamente inferior al de rey. (*N. de la T.*) <<

[8] Las Hiladoras o Nornas son un espíritu femenino de la mitología nórdica. Tres de ellas son las principales: Urd, el destino; Verdandi, lo que ocurre ahora, y Skuld, lo que debería suceder. Las Nornas viven bajo las raíces del fresno Yggdrasil, el árbol del mundo en el centro del cosmos, donde tejen los tapices de los destinos. La vida de cada persona es un hilo en su telar, y la longitud de cada cuerda es la duración de la vida de dicha persona. (*N. de la T.*) <<

[9] *Jomsvikingar* o Vikingos de Jomsborg. Denominación de una fraternidad vikinga fundada por Harald *Diente Azul* que habitaba en Jomsborg, una gran fortaleza en la isla de Wollin, en la desembocadura del río Oder. (*N. de la T.*) <<

[10] *Stambo*, hombre que, en el barco vikingo, especialmente en la embarcación del rey, tenía su lugar en la parte delantera de la proa (para protegerla en caso de batalla). También era el encargado de llevar el pendón real. (*N. de la T.*) <<

[11] Los *berserker* eran guerreros vikingos que combatían semidesnudos, cubiertos de pieles. Entraban en combate en trance, poseídos por el odio, insensibles al dolor. Se lanzaban al combate con furia ciega, incluso sin armadura ni protección alguna. (*N. de la T.*) <<

[12] La península de Kullen está situada al noroeste de Skåne, entre el estrecho de Öresund y la bahía de Skålderviken. (N. de la T.) <<

[13] Vittfarne, como el protagonista de la saga Ingvar den *Vittfarne*. (N. de la T.) <<

[14] Un barril de grano era la unidad de medida que se utilizaba para referirse al área que se alcanzaba a sembrar con la cantidad de semillas que contenía un barril. (*N. de la T.*) <<

[15] *Kalv*, temerá en sueco. (*N. de la T.*) <<

[16] El *blot* era el sacrificio que los paganos nórdicos ofrecían a sus dioses. (N. de la T.) <<

[17] *Sejd*, tipo de hechizos o brujerías que fue practicado por los nórdicos paganos. El *sejd* conllevaba el encantamiento con hechizos, que también podía ser llamado *goldrar*. Los practicantes del *sejd* eran predominantemente mujeres. (N. de la T.) <<

[18] *Njörvasund* es el nombre medieval utilizado en la literatura para el estrecho de Gibraltar. (N. de la T.) <<

[19] *Hövitsman*, durante la Edad Media se llamaba así a la persona con cargo de mando militar. A menudo estaba ligado a un cierto territorio, desde todo el país (*rikshövitsman*) a algunas regiones. (*N. de la T.*) <<

[20] El hidromiel es una bebida a base de agua, miel y levadura que tiene una graduación alcohólica superior a la de la cerveza. Se decía que tenía un poder divino que, entre otras cosas, podía dar la vida eterna. Tenía mejor reputación que la cerveza y por este motivo se bebía en las fiestas, mientras que la cerveza se dejaba para el día a día. (*N. de la T.*) <<

[21] Ägir, o Aegir es un *jotun*, rey de los mares en la mitología nórdica. (*N. de la T.*)

<<

[22] Ran, diosa de las profundidades marinas que pesca a los ahogados con su red y se los lleva a su morada en el fondo del mar. Esposa del gigante Ägir, con quien tuvo nueve hijas. (*N. de la T.*) <<

[23] Los Æsir o Ases son los principales dioses del panteón de la mitología nórdica.
(*N. de la T.*) <<

[24] *Kungsgård*, palacio real y lugar donde el rey se hospedaba de modo temporal durante sus viajes. (N. de la T.) <<

[25] *Brygghus*, edificio independiente utilizado para elaborar cerveza, pero también para calentar agua o lavar. (*N. de la T.*) <<

[26] *Comes stabuli*. Encargado de los establos y los caballos que además organizaba los viajes del rey, era capitán del ejército, etcétera. (*N. de la T.*) <<

[27] *Drapa*, poema escáldico solemne, a menudo dedicado a un rey o un *jarl*. (N. de la T.) <<

[28] *Landvettar*, antigua denominación de seres mitológicos protectores cuya benevolencia se obtenía a través de sacrificios. De especial importancia en Islandia, en cuya primera ley islandesa se decretó que no se podía navegar hacia las costas con la cabeza de dragón en la proa para no asustar a los *landvettar*, por eso la tenían que bajar. En el escudo de Islandia se representan cuatro *landvettar* en forma de dragón, un gran pájaro, un toro y un gigante. (N. de la T.) <<

[29] El cuervo en la mitología nórdica es también un heraldo. Huginn y Munnin son dos cuervos que sirven al dios Odín. Viajan alrededor del mundo recabando información y noticias. Parten al alba y regresan por la tarde, se posan en el hombro de Odín y le susurran las nuevas. (*N. de la T.*) <<

[30] *Miklagård*, la gran ciudad, nombre con el que los vikingos aludían a Constantinopla. (N. de la T.) <<

[31] En sueco, *Blåman*, hombre de piel oscura. (N. de la T.) <<

[32] Folke Filbyter es el ancestro pagano de la estirpe Folkunga. El nombre Filbyter significa «aquel que castra potros con los dientes». (*N. de la T.*) <<

[33] Diosa de los muertos de la mitología nórdica. Su reino era una suerte de versión pagana del infierno. (*N. de la T.*) <<

[34] Gårdarike, reino de Rusia en la literatura medieval. (*N. de la T.*) <<

[35] Legendario rey de los daneses, último descendiente de la dinastía de Sköldungar, que vivió en el siglo VI. <<

[36] Tercer dios, junto con Odín y Thor, del panteón nórdico. Invocado, sobre todo, para las cosechas y la fertilidad. (*N. de la T.*) <<

[37] Serernas Land, antigua denominación para China. (*N. de la T.*) <<